

BIBLIOTECA ARGENTINA DE HISTORIA Y POLITICA

Félix Luna

YRIGOYEN



Lectulandia

La figura de Hipólito Yrigoyen está indisolublemente ligada a una etapa de profunda transformación de la realidad argentina. La historia reconoce en él al protagonista del proceso de quiebra del monopolio del poder que ejercía la minoría oligárquica consolidada al compás del auge económico de las últimas décadas del siglo XIX y comienzos del XX, proceso que condujo a una efectiva democratización de la base política del Estado.

Félix Luna recrea en su libro las circunstancias personales y políticas del líder radical: su militancia inicial en el autonomismo, su paso por la docencia, influido por el ideario krausista, su participación en la revolución del Noventa, todavía bajo la sombra de Alem, los fallidos intentos revolucionarios de 1893 y 1905, la paciente labor de organización que le permitiría alcanzar la presidencia de la Nación y entrar en el tiempo de las grandes realizaciones, aquellas que, en palabras del autor, hacen que Yrigoyen viva, «como viven los personajes cuyo quehacer no lo fue para un momento, sino para siempre».

Lectulandia

Félix Luna

Yrigoyen

ePub r1.0

rafcastro 07.08.17

Título original: *Irigoyen*
Félix Luna, 1954
Retoque de cubierta: rafcastro

Editor digital: rafcastro
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A
CARLOS LUNA VALDÉS,
mi padre

ADVERTENCIA

A principios de 1954 apareció *Yrigoyen*, cuya tirada —entre las reimpressiones posteriores y la edición especial para la obra *Pueblo y gobierno*— alcanzó casi diez mil ejemplares, hoy totalmente agotados. Era un libro de juventud, escrito sin la indispensable tranquilidad ni el necesario reposo, pero de todos modos fue útil, incluso esclarecedor para muchos compatriotas.

Ahora, años después, a instancias de amigos cuya opinión respeto, he resuelto entregarlo de nuevo a la imprenta. Lo hago porque la figura de su protagonista sigue teniendo vigencia argentina y porque es importante continuar difundiendo su ideario para demostrar que la causa nacional a la que consagró su vida tiene una trascendencia que se proyecta por encima de rótulos partidarios y enfrentamientos circunstanciales.

He creído aconsejable aligerar el primitivo texto de muchas páginas. Parte de ese material va ahora como nota; parte ha sido drásticamente eliminado. En todo caso, he tratado de respetar la versión original del libro en la medida en que no obstara a presentarlo en una nueva forma más manuable y de más fácil lectura.

No hay libro de juventud que su autor no relea con un poco de rubor. Confieso que al trabajar de nuevo estas páginas, creadas en una irrecuperable etapa de mi vida, he vuelto a recorrer territorios espirituales que creía abandonados para siempre. Admito que me ha sorprendido la rotundidad de ciertos juicios que hoy no suscribiría con la tranquilidad de corazón con que antes lo hice; algunas de estas apreciaciones han sido eliminadas de la presente edición; otras quedan, como testimonio de una etapa política e ideológica de la que no me avergüenzo ni reniego. Pues este trabajo también me ha brindado una satisfacción: comprobar que no he abdicado ninguno de los ideales de fondo que estas páginas trataron de expresar, y que estos años corridos, en su exigencia y dureza, han reafirmado mi fidelidad a lo que Yrigoyen representó en el país.

Vaya, entonces, a correr su nuevo destino editorial esta biografía del gran caudillo radical, escrita por un muchacho que creyó indispensable explicar su significación nacional y corregido ahora por un hombre a quien los años han ayudado a completar una concepción del país que es idéntica, en esencia, a la que expresó con su vida y su

lucha este argentino perenne, Hipólito Yrigoyen.

Noviembre de 1963

EL TEMPLARIO DE LA LIBERTAD

Este libro sobre Hipólito Yrigoyen está escrito por alguien que no alcanzó a conocerlo. Tal vez resulte interesante como testimonio de las nuevas promociones argentinas, para que se sepa qué encuentran ellas de permanente en la vida y en la trayectoria del gran americano. Lo hemos escrito, precisamente, pensando en nuestra generación; en aquellos muchachos de hoy que eran niños todavía cuando Yrigoyen dejó de pertenecer físicamente a su pueblo, a fin de que ellos puedan percibir el sentido de su gesta y alentarse con el ejemplo de su empresa. Decía Sarmiento que es en la vida de los grandes hombres donde deben inspirarse los pueblos. Creemos que el recuerdo de la vida de Yrigoyen ha de ser fecundo, porque nos enseñó primordialmente que la existencia sólo cobra plenitud y justificación cuando se la pone al servicio de un gran ideal.

Sucedía que cuando deseábamos saber algo sobre Yrigoyen y acudíamos a lo que sobre él hay escrito, topábamos con panegíricos elementales o bárbaras diatribas, por no mentar el novelón pergeñado para éxito de librería. Nosotros hemos querido decir con sencillez lo que sentimos y lo que creemos de este hombre que ocupa con su figura cuarenta densos años de historia argentina. No pretendemos ser imparciales. No podríamos serlo, porque éste es un libro escrito con amor y devoción. Estamos embanderados y de ello nos jactamos; pero somos, sí, fundamentalmente honestos, y creemos que eso basta. Podríamos decir con Bossuet: «Venir a hacerme el neutral o el indiferente por el hecho de estar escribiendo una historia y disimular lo que soy cuando todo el mundo lo sabe y yo me enorgullezco de ello, sería buscar en el lector una ilusión demasiado grosera».

He aquí, pues, un libro de iniciación, para que se conozca cabalmente la gesta prometeica de este hombre que también quiso arrebatarse el fuego sagrado a los señores del universo para iluminar los espíritus y dar calor a los cuerpos de su gente. Relatan las antiguas mitologías que Hipólito, hijo del semidiós Teseo y la amazona Atíope, fue arrojado al mar por unos toros que contra su carro lanzó Poseidón, dios del océano. El océano significa el infinito, aquello inconmensurable contra lo cual la lucha parece insensatez. También este Hipólito nuestro se lanzó con mística locura contra una infinitud de intereses, de odios, de prejuicios, de miserias. Pero el augurio

fatídico evocado por el nombre del caudillo parece compensarse poéticamente con el significado de su patronímico —que en idioma vasco es tanto como «Señor de los Altos» o «Dueño de las Regiones Altas»—. Fue Yrigoyen, verdaderamente, dueño de altos dominios: los de la gloria, los del afecto de su pueblo, los del vivir póstumo... Pero él vivió este señorío con resignado fatalismo como si supiera que habría de prevalecer en su destino el trágico hado del héroe griego, vencido por sus poderosos enemigos.

Por eso no supo de descansos ni de treguas. Por eso fue su vida semejante a la de esos frailes-soldados que vestían cota y cargaban espada sobre la estameña monacal y partían sus días entre la oración y la pelea, lanzándose a la conquista de su ideal con la pujanza de sus almas y la fuerza de sus brazos. Esta trabazón de espíritu y materia domeñados al logro de un mismo fin constituye lo más típico de la vida de Yrigoyen. Político sagaz que sabía pulsar acertadamente las fibras más sensibles de su pueblo, era al mismo tiempo un idealista que desdeñaba todo medio indigno, por importancia que tuviera dentro de su plan; un moralista intransigente que posponía triunfos ante los imperativos éticos que orientaban su vida.

Como un templario de los antiguos tiempos, ciñó su existencia a la consecución de su ideal, y una vez que se sintió señalado por el dedo de Dios formuló sus votos, abandonó los halagos del mundo y tomó las órdenes de su sacerdocio laico. Fue realmente un sacerdote por la austeridad monjil de su vida, por la actitud de intérprete de la voluntad divina que asumió ante su pueblo, por el don de la infalibilidad que le atribuyeron sus fieles y la iluminada fe con que lo siguieron. Fue un sacerdote hasta por su lenguaje sibilino y enigmático, incomprensible para los descreídos, pero sugestivo y evocador para los que en él creyeron.

Semejante a la de los iniciados de los viejos misterios, su existencia fue una tremenda tentativa para expresar el sentido de su apostolado, no solamente a un pueblo que no comprendió sino una faz de su emprendimiento, sino (y esto es lo patético) a discípulos que no alcanzaron tal vez a interpretar cabalmente el significado esotérico de su trayectoria.

Errores tuvo y también pecados: pero esto nos ayuda a descubrirlo más humano, más de carne y hueso, y no como lo vieron los contemporáneos que lo siguieron, para quienes fue un enorme interrogante que nunca acertaron a descifrar; un viejo mago dueño de la clave de los enigmas, sabedor de los ritos y las palabras, distante de sus neófitos, dramáticamente incomprensido hasta por sus discípulos dilectos.

Nosotros, en cambio, lo evocamos como un gran clarividente que tuvo la visión sobrecogedora de la verdad de las cosas argentinas y la sensación espantable de ser el elegido para la faena de reordenarlas según su auténtico sentido. Imaginamos el drama interior: su débil rechazo, la confrontación de lo augusto de la misión impuesta con lo precario de los medios disponibles. Luego, la lucha larga, «en la angustia muchas veces, pero siempre también en la certidumbre», los desengaños, las deserciones, el cansancio, la incomprensión, la indiferencia. Después, mucho

después, el triunfo y el estupor ante el hecho inesperado de que no basta llegar a la meta para que todo se transforme, y que lo más difícil es precisamente justificar la victoria con la acción ulterior. Y luego, de nuevo la lucha, la lucha siempre, la lucha con propios y extraños: con éstos para vencerlos o convencerlos, con aquéllos para frenarlos a veces, a veces para impulsarlos. Y así, día tras día, año tras año, entre triunfos y derrotas, hasta que antes de tenderse para el descanso largo confía al discípulo más amado las fórmulas misteriosas y unge su frente con el óleo sagrado.

Tal lo evocamos, Gran Maestro de esa orden cívica que él definió como la «religión civil de los argentinos». Es que así como la Orden del Temple se fundó para defender el Santo Sepulcro de los ataques de los infieles y mantener expeditas las rutas que llevaban a Tierra Santa, así Hipólito Yrigoyen acaudilló a su pueblo para salvarlo de los ataques de los incrédulos y para mantener seguros y transitables los caminos de su libertad: ¡Caminos de la libertad del pueblo! Libertad política de oligarquías, dictaduras y demagogias; libertad económica de capitalismo voraces, de explotaciones e imperialismos; libertad social de miseria e incultura... He aquí la misión que se impuso este fraile sin hábito, este soldado sin armas: he aquí la Causa ante la cual hizo holocausto de su vida este «alucinado misterioso» que se sintió «símbolo de las proposiciones planteadas», es decir, encarnación de los anhelos reivindicadores de un pueblo.

Causa permanente ésta, que convoca hoy a todos los que sentimos con honradez el dolor de una Argentina frustrada que él trató de realizar. A éstos, a los más jóvenes, dedico este libro, hagiografía de un santo laico cuyo misterio quisiéramos entregar, como íntimo mensaje, a los argentinos supervivientes, en virtud que sienten todavía la emoción de la República en su pugna secular por realizarse en libertad, en amor, en salud, en alegría y están en la empresa con superado desaliento, en gozosa esperanza «spes gaudentes», como quería San Pablo.

Septiembre de 1953

I

EL «CURSUS HONORUM».

1852. Año lleno de presagios.

El 3 de febrero ha caído en las lomas de Caseros el poder de don Juan Manuel de Rosas, gobernador de Buenos Aires y virtual dictador de la Argentina durante veinte años.

Una nueva atmósfera envuelve la tierra de los argentinos; hay ansias de paz tras las interminables guerras civiles, de trabajo después de esos años de inseguridad. Se desea la fraternidad de vencedores y vencidos, sin odios ni venganzas: y la circunstancia de haber derrotado a Rosas no sus enemigos de siempre sino quien había sido hasta poco antes su lugarteniente contribuyó a que el nuevo régimen se constituyera sin mayores persecuciones.

La organización política de la Nación, tan suspirada, estaba a punto de realizarse: los gobernadores se reúnen para sentar las bases del nuevo orden constitucional.

Año lleno de augurios, éste de 1852 que divide tajantemente dos épocas. El 13 de julio, en una casa del suburbio porteño (Matheu y Rivadavia), nace Hipólito Yrigoyen^[1].

1

Su padre era un vasco francés honrado y laborioso, que trabajaba en diversas ocupaciones. En un tiempo fue porteador y carrero, pero su especialidad era la de cuidar caballos. No sólo los componía y preparaba, sino que también curaba sus achaques con palabras y fórmulas que sólo él sabía (cualidad ésta que heredó su hijo, el argentino que usó con más habilidad de las palabras como instrumento de acción política). El viejo Yrigoyen fue albéitar durante algún tiempo de Leandro Alen, un almacenero federal muy adicto a Rosas que tenía parejeros en sociedad con el Restaurador, entre ellos un célebre «pico blanco» con el que ambos ganaron en cierta

famosa carrera unas leguas de campo en Vicente López.

El vasco, humilde y sin muchas luces pero trabajador y honrado, contrajo matrimonio poco después con la hija de su patrón. La niña pertenecía a una esfera social más elevada que la de su marido: Alen había sido distinguido varias veces por Rosas y siendo joven formó parte de la Mazorca y anduvo en cosas de la policía. Cuando los emigrados unitarios tomaron el gobierno de Buenos Aires, a fines de 1852, el viejo Alen fue procesado con otros rosistas de actuación y fusilado públicamente en la plaza central de Buenos Aires. Su cadáver fue colgado de una horca y exhibido al pueblo varias horas.

Parece definitivamente demostrada la inocencia del abuelo de Yrigoyen en lo que se le imputó. Pero para los enemigos políticos de sus descendientes, Leandro Alem fue siempre el hijo del ahorcado, e Hipólito Yrigoyen, el nieto. La pasión de sus adversarios no se detuvo a verificar la justicia o injusticia de la condena ni permitió la prescripción del estigma. El patíbulo alzado por delitos comunes proyectó su sombra a través de los años, como para oscurecer la estatura de los descendientes del infortunado pulpero de Balvanera.

2

La organización nacional se ve dificultada en su realización: los antiguos emigrados se oponen a que Buenos Aires forme parte de la Confederación Argentina o, por lo menos, a que la integre en las condiciones que pretende el resto del país. Ellos se resisten a entregar a la Nación la aduana, que proporciona pingües rentas a la provincia, así como ceder la ciudad para capital de la Confederación. El puerto significa el control de la economía nacional; la ciudad, la hegemonía política y cultural sobre las demás provincias. Buenos Aires —piensan los antiguos unitarios— quedaría descabezada, y anulada su preponderancia histórica si se efectuaran estos dos trasposos.

Además, el círculo de repatriados ve en Urquiza un eventual imitador de Rosas. Desconfían de su sinceridad y les irrita el desdén con que el caudillo entrerriano trata a la altiva metrópoli del Plata.

Al fin, en setiembre de 1852 estalla el descontento porteño contra Urquiza, y la provincia se constituye en Estado, independiente de la Confederación, aunque sin atreverse a proclamar en forma abierta su absoluta desvinculación con el resto de la nacionalidad.

Las provincias dejan de lado a la hermana díscola y se reúnen en Asamblea Constituyente, sancionando en mayo de 1853 una carta que constituye una inteligente adecuación jurídica a la realidad social y política del país. Tal carácter asegura su idoneidad y perduración: sus casi cien años de vigencia son el mejor elogio de la

Constitución de 1853 y de la sabiduría patriótica de sus inspiradores. Luego se elige presidente a Urquiza, y el gobierno nacional se instala en Paraná.

Pero la Confederación arrastra una penosa existencia. Carece de fuentes de recursos, no tiene puerto adecuado para exportar o importar. Se endeuda con empréstitos contratados a bancos brasileños e inunda las provincias con papel moneda que todos rechazan.

A pesar de todo, el presidente Urquiza lucha bravamente por sacar adelante su gobierno. Llama a técnicos extranjeros para estudiar las posibilidades económicas del país, proyecta líneas férreas, funda las primeras colonias con inmigrantes suizos e italianos, hace venir a un plantel de profesores franceses, echa las bases del servicio de correos, nacionaliza la Universidad de Córdoba, impulsa la enseñanza secundaria.

Sabe perfectamente Urquiza que el estado de separación con Buenos Aires no puede subsistir. Realiza, en consecuencia, pacientes negociaciones para lograr el acercamiento, pero la elección de un ultraporqueño para gobernador de Buenos Aires las suspende. Ante la imposibilidad de un acuerdo pacífico, el Congreso Nacional autoriza al presidente a incorporar por la fuerza al Estado escindido. Se libra la batalla de Cepeda —octubre de 1859— que sella la derrota del ejército porteño. Acampa Urquiza por segunda vez en su vida frente a la orgullosa ciudad; pero, actuando con magnanimidad, permite que la provincia resuelva en qué forma retornará a la Confederación. La Legislatura porteña acepta la renuncia del intransigente gobernador, y elige en su reemplazo al joven coronel Bartolomé Mitre, ratificando luego el tratado de unión que el presidente y el nuevo gobernador porteño han firmado.

Pero cuando ya la unión nacional parece sólidamente establecida un incidente sangriento ocurrido en San Juan enciende de nuevo la guerra civil. Ahora, sin embargo, el gobierno de la Confederación está trabajado por disidencias internas, y Urquiza, jefe de sus tropas, pelea en Pavón desgadamente. La batalla tiene resultado incierto, y el caudillo entrerriano se retira disgustado a su terruño, mientras el gobierno de Paraná, sin fuerzas para sostenerse, se declara en receso.

Mitre entra entonces en su momento histórico. Recaba la adhesión de las provincias por la persuasión o por la fuerza; proclama «un nuevo orden de cosas»; hace una bandera del cumplimiento de la Constitución de 1853. Algunos caudillos urquicistas del interior intentan resistir y son ferozmente eliminados.

Un año después de Pavón el país estaba pacificado, y Mitre era proclamado presidente de la Nación. A tuertas o a derechas, la unidad nacional se había logrado.

tiene cronista; y la dificultad se acentúa en este caso por la extrema reserva que nuestro personaje guardó siempre sobre los detalles íntimos de su vida. Hay tradiciones que coinciden en afirmar que era un niño callado, dócil, más bien retraído. No parecen haber sido sus mocedades aquellas turbulentas, llenas de juegos crueles y varoniles en los que sobresalen los futuros conductores.

El niño crióse exclusivamente dentro del núcleo familiar. Ello facilitó tal vez un contacto más estrecho y permanente con su padre, de quien debió aprender esa tenacidad y constancia que caracteriza a la noble raza euskara.

A los nueve años entra en un colegio de religiosos franceses. Allí estudió un año, para pasar luego a un instituto dirigido por un clérigo español, donde completó su instrucción. Mientras tanto ayuda a su padre en las tareas de su menester; anda entre troperos y cuarteadores, se roza con orilleros y compadritos, ingresa en el mundo raro y ya agonizante del suburbio porteño, con sus tipos característicos y con sus estilos de vida; allí adquiere detalles que conservará toda su vida.

Se dice que trabajó como carrero y como cuarteador: no hay nada seguro sobre esto, ni tiene —desde luego— mayor importancia histórica. Pero lo cierto es que el muchacho sabe, desde niño, de la labor dura y el trabajo honrado, y esto sí tiene alguna importancia porque revela que su característica modalidad —realista, metódica, ordenada— fue el fruto de conocer desde la infancia la responsabilidad de la tarea diaria.

El hecho de que Hipólito trabajara desde niño en esas faenas no debe inducir a creer que su familia estaba en una situación económica precaria. El trabajo perseverante del padre había logrado asegurarles un regular pasar, que permitió a los hermanos —Hipólito, Roque, Martín, Amalia y Marcelina— recibir una educación esmerada. No ocurrió lo propio con los Alen, que quedaron en la mayor pobreza después de la muerte del viejo Leandro. La viuda debió capear la tormenta desarrollando esas industrias domésticas tan características en las viejas familias criollas. Dulces y pasteles salieron de sus manos, costuras y bordados ganados a la noche. Su hijo Leandro recordó muchas veces con emoción la abnegada actividad de la pobre mujer que posibilitó al futuro caudillo los estudios en el colegio y en la Universidad.

Por otra parte, los Alen debieron sufrir más que los Yrigoyen el desdén de la sociedad. En ese duro decenio del '52 al '60 Leandro pensó cambiarse el apellido. Un eminente jurisconsulto lo disuadió de ello, pero al menos modificó su grafía, pues desde entonces firmó «Alem» con «m» y no con «n», como era realmente el patronímico del fusilado. Leandro, diez años mayor que su sobrino, hubo de padecer mucho más penosamente esas pequeñas prolijas persecuciones que suelen ejercer los vencedores sobre los derrotados que han tardado mucho en serlo. No es de extrañar, pues, que su carácter fuera modelándose triste, huraño, impulsivo, sensible.

Así, cuando Urquiza se aprestaba por primera vez a incorporar Buenos Aires a la Confederación, Leandro abandona su casa —¡tiene apenas 17 años!— y se une a su

ejército. Va a luchar contra la orgullosa sociedad porteña que lo señala con el dedo, contra el gobernador que ha sido presidente de la Cámara de Justicia que confirmó la sentencia de su padre... Y el muchacho pelea bravamente en Cepeda y tiene parte en el triunfo nacional sobre la provincia disidente. Pero cuando lo de Pavón, Alem ya no se siente extraño a su ciudad. Se lo estima en diversos círculos y gradualmente el pasado tiende a olvidarse. Entonces su fibra porteña reacciona ante la posibilidad de un menoscabo a la autonomía de su pago y, abandonando de nuevo a los suyos, parte con las tropas que comanda Mitre a hacer la campaña que habrá de culminar con el derrocamiento del gobierno de la Confederación.

4

Mitre topóse con un quehacer titánico.

Había que gobernar casi millón y medio de habitantes diseminados a través de un millón de kilómetros cuadrados, en un territorio devastado por las guerras, y cuyas poblaciones estaban separadas por distancias enormes y enconos no menos grandes. Al Sur, ocupando las tierras más fértiles de Sudamérica, la indiada, que periódicamente se desataba en malones ávidos sobre las poblaciones de la campaña bonaerense y cordobesa. Flanqueando los lindes del país, el Paraguay, vecino enigmático y amenazante, consolidado en un régimen monolítico de sumisión a sus dictadores vitalicios; el Imperio del Brasil, acechando la oportunidad de intervenir en los codiciados territorios del Plata con su escuadra poderosa o sus bancos usureros, y la Banda Oriental, polvorín de la Argentina por las repercusiones sentimentales y políticas que en el país despertaban sus luchas civiles.

La situación financiera era angustiada: el gobierno de Paraná había legado un enorme déficit y circulaban en el país tal diversidad de tipos monetarios que dificultaban el intercambio comercial. La salazón de carnes, que había otrora enriquecido a la oligarquía terrateniente amiga de Rosas, estaba en decadencia por falta de mercados. Fuera de las industrias provincianas, poco más que de tipo doméstico por su técnica y vastedad, no había actividad productora, y todo tenía que importarse, hasta los cereales.

Sin embargo, estas dificultades eran pequeñas comparadas con la labor de integración efectiva de la nacionalidad que le aguardaba. La Constitución daba una fórmula perfecta para obtenerla, pero la Nación seguía espiritualmente dividida. Resultaba difícil a las provincias olvidar el egoísmo porteño y los desmanes cometidos cuando sus ejércitos hicieron de ellas regiones *provictas* al modo romano, uncidas a la *urbs* todopoderosa. Los viejos caudillos federales que habían colaborado con Urquiza en la organización nacional sólo esperaban la voz de su jefe para alzarse contra Buenos Aires; y el Partido Liberal, fundado por Mitre para respaldar su

política, estaba anarquizado por las ambiciones de sus dirigentes y desvalido de todo ambiente en el interior.

La faena, pues, era bien difícil, pero Mitre la acometió con tesón.

Previo a toda empresa de gobierno era menester dar una Capital a la Nación. Y Mitre, que tanto había luchado en los cuerpos legislativos y en los campos de batalla para que su ciudad no fuera federalizada, presenta como presidente un proyecto al Congreso Nacional por el que se declararía capital de la Nación precisamente a Buenos Aires. La iniciativa no prosperó, debido a la oposición de una fracción del Partido Liberal en la que se destacó como dirigente el doctor Adolfo Alsina, quien desde entonces se separó del tronco común para constituir el Partido Autonomista. Las autoridades nacionales, empero, siguieron residiendo en Buenos Aires, en virtud de una ley sancionada en lugar del proyecto de Mitre por la que el gobierno de la provincia admitía provisionalmente al de la Nación como huésped hasta que la cuestión se arreglara definitivamente.

La unificación de los diversos signos monetarios en circulación se realizó reduciendo a oro los billetes de la Confederación y los de las provincias que los habían emitido e imponiendo paulatinamente el papel moneda porteño, de gran aceptación. La Nación tomó a su cargo la deuda flotante con la banca inglesa, que venía desde tiempos de Rivadavia, como la dejada por el gobierno de la Confederación y el de la provincia de Buenos Aires. A su vez, cumpliendo el precepto constitucional que tanta resistencia había despertado entre los porteños, las rentas de la aduana y otros rubros que hasta entonces explotaba Buenos Aires ingresaron definitivamente al erario nacional.

La construcción de los ferrocarriles, pretendida panacea de todos los males que padecía el país, mereció la atención del gobierno de Mitre. Quinientos kilómetros de vías se colocaron durante su período. Las concesiones y privilegios obtenidos por las empresas fueron extraordinariamente generosos. A algunas el gobierno les otorgó un porcentaje de garantía. A otras las eximió de prestar caución pecuniaria o se comprometió a no intervenir las tarifas mientras las ganancias no excedieran cierto límite máximo. Pero en esa época el afán de progreso —el afán de instalar aquellas cosas que ellos creían era el progreso— urgía a los gobernantes, y cualquier condición impuesta por los que venían, en su concepto, a traerlo parecía razonable.

Después de sofocar con dureza las últimas rebeldías de las montoneras del interior —que convulsionaron durante 1862 y 1863 todo el norte y el oeste argentinos, llegando a ocupar Córdoba, la segunda ciudad de la República— Mitre trató de ganarse la confianza de las provincias. Les hizo votar subsidios, auxilió a familias de La Rioja y San Juan que habían quedado en la indigencia después de la guerra y trató de engrosar su partido en el interior, esforzándose en todo momento por suavizar las asperezas que los conflictos pasados habían dejado subsistentes.

A través de su actuación gubernativa Mitre reveló poseer grandes condiciones de estadista. Enérgico al par que dúctil, capaz de dominar los grandes problemas sin

descuidar los pequeños detalles, Mitre fue el hombre llamado a forjar la unión espiritual del país. No la obtuvo totalmente, pero ello es lógico, porque los errores y los odios acumulados durante medio siglo no podían olvidarse en seis años.

Sin embargo, su presidencia hubiera podido ser de resonancias decisivas en la modelación política del país de no haber sucedido un acontecimiento que interrumpió toda su obra: la guerra con el Paraguay.

5

Leandro e Hipólito congenian, pese a su diferencia de edad. El sobrino admira al tío, impetuoso y corajudo, que ha intervenido en dos campañas militares, estudia Derecho y es poeta. A Alem le llama la atención la seriedad y la tenacidad del hijo de su hermana. Ambos son sensibles y soñadores, y están ligados por el triste sino del antecesor ejecutado. Leandro actúa siempre en pose de hermano mayor, protegiendo y enseñando al adolescente, que va completando lentamente sus estudios secundarios. Hipólito se emplea en una tienda, luego en una empresa de tranvías y en un estudio jurídico. Estas tareas le roban tiempo y se retrasa en el colegio, donde su tío enseña filosofía para ganarse unos pesos.

Leandro, en cambio, es buen estudiante, de inteligencia despierta y facilidad para retener y exponer. En la Facultad de Derecho tiene amigos, y poco a poco se va disipando el prejuicio con que algunos compañeros lo habían mirado al principio. Él no hace nada para simpatizar con ellos; es demasiado altivo para buscar amistades, pero no faltan condiscípulos que se sienten atraídos por este extraño muchacho, siempre melancólico, siempre en actitud defensiva.

Hace versos, poesías donde abundan el amor, la muerte, las lágrimas y los suspiros. En general, no superan el tono ramplón de la época, influida por los últimos ecos del romanticismo. En alguna ocasión aborda el tema cívico: cuando la aventura imperial de Napoleón III en México escribe una oda cantando a la libertad del país hermano del Norte. Otra vez, a Montevideo, ensangrentada en las eternas guerras civiles de divisas. Pero donde encuentra, siquiera por un momento, su expresión auténtica es en unas bellas cuartetas donde alude veladamente a su destino, a su lucha contra sombras que vienen a perturbar su vida, a la tristeza de su niñez.

En esos tiempos ser poeta era todo un título. Más todavía cuando el poeta era, como Alem, bien plantado, pálido y de ojos negros. En todos lados se hace conocer y querer. En su barrio, la Balvanera bravía mechada de pampa y suburbio, los compadritos lo miran con respeto: saben de su coraje en las guerras civiles y de su naciente prestigio en los comités.

Porque anda en política. Es autonomista. Adolfo Alsina se ha convertido en el ídolo de Buenos Aires. Retacón, largas barbas y voz de trueno, defiende en la

Legislatura los derechos locales contra los avances del gobierno nacional. Es violento, bravo hasta la temeridad, insolente, seguro de sí mismo. Se alza contra Mitre, y empieza a gritarle impertinencias debajo mismo de sus narices. Y el pueblo porteño lo aclama. Con Alsina están las gentes del suburbio y el pobrerío urbano, porque el autonomismo es esencialmente popular, es «chusma», como dicen los respetables mitristas, adictos al gobierno que brinda orden y garantías.

Alem tenía que sentirse necesariamente cómodo en ese partido. Se había criado en la orilla de la ciudad, en la pobreza, junto con todos los humildes que no tenían ideas políticas pero creían en los hombres políticos. ¿Que Alsina era hijo de aquel que pudo haber salvado a su padre y no lo hizo? ¡Qué importaba! Era demasiado noble para acordarse de esto. Y también enronqueció, viviendo su nombre. Con él, Hipólito.

6

Desde 1828, época en que la antigua Banda Oriental nació a la vida independiente como consecuencia de la guerra (o mejor dicho, de la paz) entre Brasil y la Argentina, los bandos internos de ambos países habían intervenido siempre en las luchas civiles de las dos márgenes del Plata.

Rosas había apoyado las aspiraciones de Oribe, blanco, y los unitarios auxiliaron a Rivera, colorado. Argentinos y orientales atacaron durante nueve años a Montevideo, que fue defendida por orientales y argentinos. Las líneas de simpatía y de intereses comunes habían persistido a través de Caseros y Pavón, y así como los argentinos habían luchado en la Banda Oriental, a favor de una u otra fracción política, los uruguayos habían servido en los ejércitos de Mitre y Urquiza después de la caída de Rosas.

En 1863 los colorados intentaron desalojar del gobierno a los blancos, desembarcando en la costa oriental al mando de Venancio Flores con la aquiescencia de Mitre y el formal apoyo del Brasil —que trataba de azucar las disensiones políticas uruguayas para mantener el papel de árbitro que venía jugando desde 1821—. Los colorados atacaron primeramente Paysandú con la cooperación de la escuadra brasileña. La destrucción de esta población, tras un mes de asedio, provocó airadas reacciones en la Argentina, que fueron explotadas por los enemigos de Mitre. La prensa opositora acusaba al presidente de traidor por contemplar impasible la destrucción de un pueblo amigo por las siempre odiosas fuerzas del Imperio. (Desde entonces el tema de la «heroica Paysandú» tuvo ecos emotivos en el sentimiento nacional y se prolongó hasta hoy en los cantares de los rapsodas vernáculos).

Por otra parte, Solano López, dictador del Paraguay, que había puesto a su patria en un temible pie de organización bélica, no podía mirar con indiferencia la

intromisión brasileña en los asuntos del Plata, llave de la economía del Paraguay. No dudó entonces López en declarar la guerra al Brasil en noviembre de 1863, y para abrir una brecha en el interrogante argentino prometió ayudar a Urquiza en sus aspiraciones contra Mitre.

Mitre estaba frente a una gran tentación. Las cosas se habían perfilado de tal guisa que ahora tenía a sus tres grandes enemigos —Urquiza, el Partido Blanco y Solano López— en un mismo frente. Con la ayuda del Imperio podía aplastar a los aliados exteriores de Urquiza, debilitando para siempre al caudillo entrerriano. Pero las pocas simpatías con que hubiera podido contar el Imperio en la Argentina se habían enajenado después del ataque a Paysandú, y resultaba aventurado dar un paso tan impopular. La imprudencia de López, empero, dio a Mitre la oportunidad deseada. Ante su negativa al pedido de atravesar territorio argentino para invadir el sur del Brasil, López invadió Corrientes en abril de 1865. La noticia conmovió al pueblo argentino, especialmente a la opinión pública de Buenos Aires, y Mitre pudo declarar la guerra al Paraguay y firmar el Tratado de la Triple Alianza en plena exaltación patriótica.

Mitre pensó que la guerra, fácil y corta, consolidaría la incipiente unidad nacional frente al enemigo común y unificaría el anarquizado frente interno. Urquiza prometió colaborar con el gobierno nacional y cumplió con lealtad su compromiso. Pero la lucha fue larga y penosa, y despertó resistencias en todo el país. Las provincias del noroeste se rebelaron en 1867, levantando como bandera la paz con el Paraguay. Los contingentes reclutados en el interior se desbandaron en varias oportunidades. Estadistas de la talla de Alberdi, Juan María Gutiérrez y Adolfo Alsina —a la sazón gobernador de Buenos Aires— se mostraron contrarios a continuarla.

La guerra contra el Paraguay estuvo a punto de destruir la unidad nacional y brindó un tema muy explotable contra Mitre. Su presidencia terminó en plena lucha, mantenida hasta sus más increíbles posibilidades por el heroísmo del pueblo paraguayo. La victoria no reportó a nuestro país ninguna ventaja territorial ni política.

7

Cuando llega a Buenos Aires la noticia del ataque paraguayo a Corrientes, Alem, que cursa los últimos años de su carrera, se alista como voluntario. Es la tercera vez en sus 23 años que abandona el hogar para defender por las armas un ideal. Su sobrino, que tiene ya 13 años, lo despide con devoción, quizás con secreta envidia.

Alem forma parte de un batallón reclutado entre gente del suburbio porteño. Era uno de los pocos que sabían leer y escribir y el único universitario. Luchó valientemente y siguió haciendo versos. Vio morir en los esteros pestilentes de la selva guaraní a lo más granado de la juventud porteña. Vio batallones enteros

masacrados frente a los fortines de Solano López. Vio languidecer tristemente, oscuramente, a centenares de hombres atacados por el tifus, el cólera, la disentería.

Vio la guerra. Y un día entre los días, durante un ataque a Curupaytí, fue herido y debió retornar a Buenos Aires. Un poco más pálido, un poco más flaco, más tristes sus ojos negros y las charreteras de capitán jineteándole los hombros.

Encuentra a la ciudad apasionada con el problema de la sucesión presidencial. Adolfo Alsina aspira a la primera magistratura y desde la gobernación de Buenos Aires trata de barajar posibilidades, pero su candidatura es demasiado local para prosperar en el país. El ministro del Interior, Elizalde, parece ser el hombre que apoya Mitre para su sucesión pero el presidente envía una carta desde el frente de lucha donde proclama su prescindencia en la contienda, y efectivamente cumple su anuncio. Desde su feudo mesopotámico, Urquiza también hace cálculos. Cuenta con los electores de tres o cuatro provincias, pero no bastan; si pudiera conseguir la adhesión de Alsina... Urquiza gestiona con habilidad y logra que Alsina se resigne a integrar la fórmula encabezada por el vencedor de Caseros en aras de la liquidación de la candidatura de Elizalde.

Tal vez ese binomio, Urquiza-Alsina, hubiera sido la gran solución nacional: el artífice de la organización constitucional y campeón de los derechos de las provincias vinculado al paladín de las aspiraciones porteñas. Pero los autonomistas no veían con agrado la voltereta política de su jefe, enemigo acérrimo del caudillo entrerriano hasta ayer, aliado a él ahora a cambio de la vicepresidencia.

En eso se estaba cuando alguien sugiere, casi por broma, el nombre de un sanjuanino, maestro desde su juventud, autor de libros, propulsor de nuevos métodos de educación. Exiliado en Chile durante la tiranía, se había caracterizado por su obsesivo afán de progreso y por su odio a las montoneras. Ahora era ministro en Washington. La nueva candidatura, lanzada al azar sin base sólida, tomó inesperadamente un extraordinario auge. Varios gobernadores se adhieren a ella ante la perspectiva de que un provinciano presida la Nación. Alsina mismo comprende que es más lógico apoyar a ésta que a la de Urquiza, su enemigo de siempre. Elizalde, desprestigiado por su excesiva debilidad ante las exigencias brasileñas y huérfano de padrinazgos oficiales, abandona la lucha. Los sueños de Urquiza se desvanecen.

Con la adhesión de Alsina, que pasa sin mayores escrúpulos a encaramarse al segundo término del nuevo binomio, la elección queda definida. Y así, como dice Ricardo Rojas, por «gracia y milagro del espíritu», en esta forma «misteriosa, o al menos inexplicable», fue elegido presidente de los argentinos Domingo Faustino Sarmiento.

Alem apoyó esta fórmula con todo entusiasmo. Sarmiento, autodidacto, luchador, recio carácter, no podía menos que atraerlo.

Cuando pasó la efervescencia política volvió a dedicarse con ahínco a sus estudios. Adolfo Alsina en la vicepresidencia era para el joven autonomista una ancha oportunidad para iniciar su carrera, y no podía demorar su graduación.

En 1869 se recibe, por fin, de abogado. Cuenta ya con 27 años densamente vividos y un envidiable prestigio de soldado, buen poeta y fogoso orador. El nombre de Leandro Alem no evoca ya recuerdos dolorosos. Ahora va precedido del título de «Doctor», esa credencial que es casi imprescindible —lo mismo que el generalato— para actuar con éxito en la vida cívica de esos revueltos tiempos sudamericanos.

Se ha instalado con su madre y con su sobrino en una casa ubicada más cerca del centro. Hipólito ha abandonado la casa paterna. Posiblemente haya ocurrido algún conflicto con su padre. Vasco, el uno, hijo de vasco el otro, ninguno ha querido ceder, e Hipólito decide vivir con su admirado Leandro, que le consigue un empleo supernumerario en una oficina nacional.

Porque Alem ya es un personaje de cierta figuración. Se ha incluido su nombre en la lista de candidatos autonomistas a diputados nacionales, pero no logra los sufragios requeridos. En las elecciones de marzo de 1870 tampoco reúne los votos necesarios; en la campaña que precedió a estos comicios Alem y su sobrino han cooperado en la organización de un «club» autonomista, cuyo programa sustenta un principio que luego será fundamental en la prédica de Yrigoyen: el respeto al sufragio popular, tan desvirtuado en aquella época. Al fin, en marzo de 1872, Alem es elegido diputado a la Legislatura de la provincia.

En agosto del mismo año, Hipólito es nombrado comisario de la parroquia de Balvanera. Tiene 20 años de edad. Ya empieza para él su *cursus honorum*.

8

Sarmiento llegaba al gobierno sin un partido orgánico que lo respaldara, con la guerra ardiendo todavía y los últimos restos de la montonera correteando el ángulo noroeste del país. Si la labor que había afrontado Mitre fue difícil, la que a él le esperaba no lo era menos.

Sarmiento era de temperamento decidido. «Las cosas hay que hacerlas, aunque salgan mal, pero hay que hacerlas», solía decir. Tenía un criterio formado sobre la realidad políticosocial del país, y lo había sintetizado en el título de su libro más representativo: *Civilización y barbarie*. La distinción era tajante, sin términos medios, y sobre esa base emprendió su obra de gobierno.

Barbarie eran las montoneras: él las aplastó implacablemente dondequiera brotaron («todos los caudillos llevan mi marca», se jactó después). Barbarie era el desierto: él hizo construir 800 kilómetros de ferrocarril y 5000 de telégrafo. Barbarie era la ignorancia: había que «educar al soberano», había que ir a la democracia por la vía de la cultura —la vieja idea que obsesionaba a Mariano Moreno allá por 1810—: él fundó escuelas, importó maestros, organizó la enseñanza, aplicó nuevos métodos educativos. Barbarie era el gaucho, cuya sangre era —según él— «un abono que es

preciso hacer útil al país»: él fomentó la inmigración europea y sembró de colonias la pampa mostrenca y vacía. Barbarie era el ejército de línea, con sus jefes hechos únicamente a fuerza de coraje y padecimientos: él fundó el Colegio Militar y la Escuela Naval para que las nuevas camadas de oficiales se fueran modelando sobre normas científicas y disciplinarias. Barbarie era la vetusta legislación colonial: él impuso a libro cerrado el nuevo Código Civil, que significó en su época lo más avanzado en doctrina y técnica jurídica. Barbarie, en fin, era no conocer nuestros propios recursos: él contó cuántos éramos y qué teníamos en el censo general de 1869.

Al principio, la suerte no lo acompañó. Apenas terminada la guerra del Paraguay —marzo de 1870—, antiguos soldados de Urquiza asesinaron al vencedor de Caseros y se apoderaron del gobierno de Entre Ríos. El Presidente sofocó personalmente la sedición, que inquietó durante un año todo el litoral argentino. Coincidió la derrota de los sublevados con los primeros brotes de una tremenda epidemia de fiebre amarilla que azotó Buenos Aires durante los seis primeros meses de 1871, arrojando un saldo de 13 000 muertos y la paralización casi total de la actividad económica.

Pese a estas desgracias, Sarmiento prosiguió su tarea, forcejeando entre palabrotas y trasudores con toda suerte de dificultades. Despertó enconadas resistencias, y su carácter borrascoso no le ayudó, por cierto, a limar asperezas. Acabó por indisponerse con todos: con el vicepresidente Alsina y su partido, en el Congreso, con los promotores de su candidatura.

Pero no en vano el destino ha ido a buscarle. Llevó a buen término su período gubernativo, y al entregar el mando pudo exhibir su obra con orgullo. Trescientos mil inmigrantes habían ingresado al país para entregarle su trabajo y el germen de la futura aleación étnica. 16 000 colonos laboraban 400 000 hectáreas de tierra generosa. El crédito exterior era firme. La renta nacional se había duplicado. Triplicado la red ferroviaria. Cuadruplicado el número de muchachos que estudiaban en los colegios secundarios. El derecho privado estaba codificado ya. Los montoneros estaban exterminados para siempre.

Los que nunca hacen nada jamás se equivocan. La perogrullada viene al caso para justificar los errores de Sarmiento: porque los tuvo, y grandes, grandísimos. El principal, tal vez, fue no haber sabido distinguir con exactitud qué cosas correspondían a cada término de su fórmula dialéctica y, sobre todo, no haber hallado —a la manera hegeliana— la síntesis que pudiera abrazar ambos. Así, muchas veces confundió lo civilizado con lo meramente europeo, y no pocas tachó de bárbaro a lo que era apenas autóctono. Introdujo de este modo en nuestra realidad elementos que nunca llegarían a ser constitutivos de lo nacional y arrancó de raíz otros que, bien orientados, le hubieran dado acentos propios, auténticos.

A ochenta años de distancia es fácil distinguir todas estas cosas; pero en el ardor del entrevero, Sarmiento no tuvo tiempo ni gana ni perspectiva para hacer tales discriminaciones y siguió metiendo su civilización a martillazos, a contrapelo, como

con rabia.

Y cuando el magnífico energúmeno terminó su presidencia, el país ya estaba en vías de transformación.

9

A la muerte de la madre de Alem —ocurrida poco después de haber sido éste elegido diputado, en circunstancias que contribuyeron a hacerla aun más dolorosa—, la familia se reagrupó a su alrededor. Él y su hermana Tomasa se instalaron en un caserón amplio y poco confortable, no lejos de sus viejos barrios, junto con sus dos sobrinos, Hipólito y Roque.

Mientras Alem empezaba a ser conocido por su actuación en la Legislatura, su sobrino desempeñaba con toda corrección su cargo de comisario de Balvanera. Pese a su juventud, Hipólito se había hecho respetar bien pronto por todos, sea por su porte grave y reflexivo, sea por su tranquilo coraje, revelado ante gente de mal vivir o ante subordinados que al principio no quisieron tomar muy en serio al joven comisario. El caso es que actuó con firmeza y responsabilidad, y aunque alguna vez pudo dejarse arrebatar por impulsos bien excusables en su edad, su conducta reveló en general un gran equilibrio de espíritu.

Aparentaba más años de los que en realidad tenía. Era muy alto, más que su tío, de complexión robusta aunque no gruesa. Vestía con elegancia y seriedad. Era parco y medido en sus palabras y hablaba con suavidad, casi en un susurro. Lo que aprendió en los cinco años que estuvo allí le fue utilísimo, y él mismo así lo reconoció en alguna oportunidad. No sólo desarrolló facultades innatas hasta entonces no descubiertas, sino que se interiorizó en los métodos policíacos contra los cuales tanto debió luchar más tarde. El arte de vigilar es viejísimo, tan viejo como el de burlar la vigilancia. Durante sus largas andanzas de conspirador Yrigoyen derrotó a los pesquisas que lo asediaban con esas antiquísimas mañas que sucesivas generaciones de pícaros vienen transmitiéndose hace siglos y que él tuvo oportunidad de conocer bien.

Además, el empleo, cómodo y bien remunerado, le permitió proseguir sus estudios. En 1873 se matricula en la Facultad de Derecho, y desde entonces rinde con regularidad sus materias.

A todo esto, Alem agigantaba su estatura. En esos tiempos en que la oratoria lo era todo, como en la antigua Grecia, él hacía gala de una palabra fácil y sugestiva, no florida ni ampulosa sino cortante, seca, desgarrada. La facilidad de su réplica lo hizo temible en la Legislatura, corporación de tanta calidad como el mismo Congreso Nacional. La traza de Alem —tan flaco y pálido como antes, pero luciendo ahora unas negras barbas que le dan un aire espectral, trágico— es ya popular en Buenos

Aires. En su casa, en la Legislatura, en los comités alsinistas, doquiera vaya está rodeado de su séquito. Los diarios mitristas lo empiezan a llamar «el señor de Balvanera», así como rotulan al autonomismo de «partido de hombres de acción», en contraposición al de ellos, que es el «del orden y los principios».

Tío y sobrino piensan, quizá, que el éxito les ha sonreído y les ha dado todo lo que podía darles. No saben que estos largos años no son ni siquiera sus propias vísperas.

10

En los amenes del gobierno de Sarmiento dos candidaturas perfilábanse netamente para la próxima presidencia.

Irremediablemente liquidada a partir de la muerte de Urquiza la vieja corriente federal que había apoyado al caudillo entrerriano, la solución debía darla uno de los dos términos en que estaba dividido el tronco liberal surgido de Pavón. Nacionalistas y autonomistas, Mitre y Alsina aprestáronse a la lucha.

Pero lo mismo que en 1868, estaba escrito que ninguno de los extremos debía triunfar. Nicolás Avellaneda, Ministro de Instrucción Pública, había sondeado sus posibilidades electorales y trabajaba su candidatura hábilmente, sin apuro. Era el más eficaz colaborador de Sarmiento en materia de educación popular, y el gran sanjuanino, próximo a terminar su período sin saber aún si el sucesor continuaría su obra, no trepidó en empujar la candidatura de «Juan, mi discípulo bienamado», como llamó alguna vez a su ministro. Y un buen día los dos rivales porteños cayeron en cuenta que este tucumano de 36 años, barbas asirias y breve talla contaba con el apoyo de una liga de gobernadores que le aseguraba el triunfo en el próximo Colegio Electoral.

Pero Avellaneda no quería que las provincias prescindieran de su hermana mayor. Tenía muy presente la experiencia de Urquiza, y sabía que Buenos Aires no perdona a quien pasa sobre ella. Trató, pues, de recabar la adhesión de alguno de los dos grandes partidos locales, y al fin logró que Alsina —repetiendo su estratégica retirada de seis años antes— sacrificara su candidatura a cambio del Ministerio de Guerra del futuro gobierno, con vistas a la subsiguiente presidencia.

Con el vuelco autonomista la elección no podía ofrecer dudas. Sin embargo, el Partido Nacional peleó bravamente y pudo triunfar en Buenos Aires, Santiago del Estero y San Juan. Reunido el Colegio Electoral en agosto de 1874, se proclamó presidente a Avellaneda. Las provincias se tomaban una pacífica revancha de Pavón...

Un mes más tarde los mitristas se lanzaron a la revolución, alegando que los comicios habían sido fraudulentos. La revolución fue sofocada en dos meses, y sus

dirigentes, procesados y posteriormente amnistiados, incluso Mitre, que había sido condenado a muerte.

Así entró a gobernar Avellaneda: entre fragores revolucionarios y con la economía del país resquebrajada por la especulación y expansión ficticia de los valores, lo que redujo la renta nacional y casi llevó al gobierno a suspender los pagos de la deuda exterior. Pero Avellaneda encaró la situación con firmeza. Anunció que ahorraría «sobre el hambre y la sed del pueblo» y, mediante una inflexible campaña de economías, consiguió que el crédito argentino arrojara un saldo favorable al país por primera vez desde 1852. Además, el déficit presupuestario se redujo a un mínimo, y la red ferroviaria que dejara Sarmiento se duplicó; se inició la exportación de cereales, que luego constituiría la principal fuente de recursos del país, y un cuarto de millón de inmigrantes llegó a nuestras playas.

Esta irrupción de extranjería empezó a prestar al país su fisonomía definitiva. Fue esta época la del afianzamiento del almacenero o el comerciante «gallego» y el chacarero «gringo». Los aportes inmigratorios engendraron en la campaña una población bastante acriollada, pacífica y laboriosa, mientras Buenos Aires íbase convirtiendo en una capital cada vez más atenta a los ecos del exterior, cada vez más ajena a las grandes cuestiones vernáculas. Correlativamente, el tipo nativo empezó a ser desplazado del ordenamiento económico-social. Fue por estos años cuando apareció el *Martín Fierro*, clamor angustiado de una raza que asiste a su propia desvalorización humana y presiente su aniquilamiento.

También fue en esta época cuando se resolvió el viejo problema de los indios, que hasta entonces ocupaban la mitad sur de lo que es hoy el territorio del país. Lo fue, por cierto, *manu militari*, a la manera bíblica. Lo que pomposamente se dio en llamar la «Conquista del Desierto» significó para el gobierno nacional el dominio de 20 000 leguas cuadradas que fortificaron su poder, al pasar a depender directamente de la Nación con exclusión de las provincias colindantes.

La incorporación de estos enormes territorios a la actividad económica está estrechamente vinculada con la política seguida por Avellaneda en materia de tierras públicas.

Poco antes de la campaña contra la indiada, Avellaneda había hecho aprobar su proyecto de ley sobre inmigración y colonización, que propendía a la adjudicación de lotes a cada familia, sobre el modelo del *homestead* norteamericano. Avellaneda quiso evitar la formación de más latifundios en el país, y pensó que su ley permitiría la instalación de millares de colonos propietarios; pero se equivocó. Expresa Cárcano —clásico historiador de esta materia— que «la colonización indirecta por empresas particulares, produjo el fracaso de la ley», al caer «en las manos voraces de especuladores que solicitaron millares de leguas sin intención de poblarlas». Y agrega: «La Ley Avellaneda en manos de un gobierno celoso y previsor, podría perfeccionarse dentro de su mismo mecanismo y haber llenado su objeto [...] pero las administraciones posteriores [...] abrieron las válvulas de las grandes concesiones, rompieron los tornillos de seguridad y [...] la tierra pública se repartió por todo el país, sin conseguir jamás poblarla». Bien pudo decir Yrigoyen cincuenta años más tarde: «La tierra pública es la piedra de escándalo de toda una época: el país ha sido testigo de su salteamiento».

Avellaneda llevó adelante todavía las grandes inspiraciones de sus predecesores,

pero dejó filtrar corruptelas que luego se harían tremendas. Lenta, pero perceptiblemente, iba apareciendo algo cuya esencia no podía caracterizarse aún, pero que iba precedido por síntomas susceptibles ya de ser señalados. Éstos eran: en lo político, un crecimiento desmedido del poder central, con detrimento de las autonomías provinciales, acompañado de un progresivo falseamiento del sufragio popular; en lo económico, una distribución cada vez más injusta de la riqueza, cuyos instrumentos de producción y reparto se iban adjudicando al capital extranjero o a una minoría privilegiada, y en lo espiritual, un creciente desarraigo de las expresiones de cultura, encandiladas con temas y formas ajenas.

Lenta, pero perceptiblemente, estaba formándose ese conglomerado de intereses, mitos, tabúes, rótulos, falsedades, utopías, grandezas y miserias que Yrigoyen pudo catalogar magistralmente con un solo y definitivo nombre: el Régimen.

11

Alem e Yrigoyen hubieran querido que el presidente fuera Alsina, no tanto por apego al caudillo porteño cuanto por repugnancia a todo lo que fuera candidatura impuesta desde las esferas oficiales. Sin embargo, cuando Alsina anunció su apoyo a Avellaneda ellos consintieron y al estallar la revolución mitrista colaboraron activamente en la defensa del gobierno. Alem sofocó personalmente la sublevación de un buque de guerra, y su sobrino convirtió la comisaría y la casa de Leandro en verdaderas fortalezas. Si bien Avellaneda no era santo de su devoción, ambos cumplieron con lealtad su obligación de defender a las autoridades constituidas.

Probablemente influyó en esta actitud su irreductible antipatía hacia el mitrismo y la admiración que ambos profesaban por Sarmiento, cuya presidencia fenecía entre peripecias tan amargas. El caso es que tío y sobrino se jugaron por el gobierno en momentos difíciles: y esto significa siempre una inversión que a la larga devenga intereses.

En este caso particular, sin embargo, bien pronto acabaron las relaciones cordiales entre el oficialismo y nuestros dos personajes. Aunque teóricamente los gobiernos de la Nación y de Buenos Aires estaban en manos de sus correligionarios, Alem, con su ya característica independencia, criticaba sin tapujos el proceso político-económico cuyas características hemos señalado anteriormente. No es de extrañar estas divergencias entre hombres de una misma curtiembre, pues en aquella época los partidos no tenían una dirección única, ni estaban sometidos a una disciplina, aun elemental. Las listas de candidatos salían de asambleas tumultuosas donde la guapeza y la oratoria retumbante jugaban un papel principalísimo —democracia en su estadio más primitivo—, y cada club o comité las modificaba luego a su antojo con fabulosas borras. Así era posible que llegaran a los cuerpos representativos ciudadanos de

las tendencias más diversas, amparados sin embargo por un rótulo común.

Paralelamente a su actuación casi opositora en la Legislatura, dentro del autonomismo Alem empezó a alzar cabeza contra Alsina. Aunque el jefe máximo defraudó las esperanzas de sus fieles al rehuir por dos veces la lucha electoral, franca e incierta, Alem no se había atrevido a alzarse abiertamente contra esa política de componenda que él odiaba. Pero ahora Alsina, absorbido en su Ministerio de Guerra por quehaceres que justificaran su aspiración a la próxima presidencia, iba alejándose insensiblemente de la anécdota diaria del autonomismo, mientras Alem acrecía su prestigio hasta sentirse con los suficientes arrestos para luchar contra el hombre en el cual creía cada vez menos.

La divergencia hizo crisis con motivo de las elecciones de gobernador en Buenos Aires. Alem y su núcleo no aceptaron el candidato que había proclamado la mayoría del Partido Autonomista y lanzaron su propia fórmula, encabezada por Aristóbulo del Valle, joven de 32 años que habría de ser el más grande orador que haya tenido jamás el país. Prudentemente, Alsina no quiso romper lanzas con la fracción rebelde, y se mantuvo en una actitud de prescindencia frente al conflicto interno.

En marzo de 1877 se realizan los comicios de renovación de la Legislatura porteña, previos a los de gobernador, que debían efectuarse siete meses más tarde. Los que sostienen a Del Valle presentan lista propia y se aprestan a ganar las elecciones a cualquier precio. Ganan, en efecto. Pero el triunfo revela lo peligrosa que puede resultar esta fracción intransigente con respecto a la futura conciliación autonomista-nacionalista. El alzamiento es inexorablemente condenado por los gobiernos de la Nación y la provincia, que empiezan a desmontar las piezas útiles a los rebeldes, alejando a los «delvallistas» de los puestos estratégicos.

El primero en caer es Hipólito Yrigoyen. Se lo acusa de haber participado en un tiroteo ocurrido el día de la elección entre las dos fracciones autonomistas. Poco después es exonerado por decreto de su puesto de comisario, que había desempeñado durante cinco años.

No analizaremos lo justo o injusto de la medida: es probable que Hipólito haya participado en la riña para defender a su tío (que fue rozado por dos balazos), como también es de suponer que en su exoneración haya intervenido algo más que un espíritu de justicia. Lo que sí es digno de ser señalado es que tal hecho — aparentemente perjudicial para Yrigoyen— le permitió evadirse de un oscuro destino burocrático que le cerraba infinitas posibilidades, para lanzarlo a la inseguridad económica, acicate de tantas iniciativas, a la acción política activa y al desarrollo de sus condiciones personales, susceptibles de adormecerse en el empleo cómodo y rutinario.

Por de pronto, ya en libertad para exteriorizar sus inclinaciones cívicas, Yrigoyen se dedica a ayudar a su tío en la nucleación de la fracción «delvallista», que se agrupa en el Comité Republicano primero, y luego, ya francamente abiertos del autonomismo, en el Partido Republicano. Yrigoyen organiza y es elegido presidente

de un comité parroquial, suceso que revela en él, recién llegado a la política activa, una capacidad organizadora y un ascendiente personal no comunes.

Pero la lucha se hace difícil para estos muchachos díscolos. Lanzada ya la idea de la conciliación en mayo de ese año '77, deben afrontar todo el poder de los gobiernos nacional y provincial, así como el prestigio de Mitre y Alsina, ahora unidos en torno a la idea acuerdista. Avellaneda desea el entendimiento de los partidos, porque quiere gobernar sin la permanente desazón de las conspiraciones de los mitristas. A éstos, que desde 1874 están ausentes de los comicios —y consecuentemente de las representaciones públicas— los satisface la posibilidad de recobrar posiciones sin lucha. Y Alsina, siempre ambicionando la futura presidencia, sabe que todo es agua para su molino.

Sólo el viejo Sarmiento alienta a los republicanos desde su diario, clamando contra la «confabulación» y vapuleando equitativamente a Mitre y Alsina. En estas condiciones, luchando frente a tales poderes, el Partido Republicano no podía vencer. A pesar de todo, triunfa en setiembre en elecciones de importancia secundaria, pero es aplastado en las de gobernador (diciembre de 1877) por el doctor Carlos Tejedor, el candidato de transacción que votan mitristas y alsinistas.

No obstante la derrota, los dirigentes republicanos trataron de reorganizar el partido, dando un carácter impersonal a su dirección y suscribiendo una plataforma de aspiraciones concretas, al estilo de los partidos norteamericanos. Pero el desastre había sido decisivo y ya no podía subsistir mucho tiempo.

Conviene señalar la trascendencia del episodio. En él se advierten antecedentes de futuras actitudes de Alem e Yrigoyen. La intransigencia frente a los acuerdos de dirigentes, fraguados con prescindencia de la voluntad popular y cuyo fin más o menos lejano es el reparto de posiciones, así como la aspiración de constituir un partido sobre la base de principios y no de personas, serán más tarde temas básicos en el ideario de ambos.

12

La inesperada muerte de Alsina —diciembre de 1877— dio por tierra con los planes de los partidos conciliados. La futura presidencia era de nuevo una incógnita, y la lucha política se reinicia en consecuencia, confirmándose así el escepticismo de Alem con respecto a la consistencia de acuerdos como el que lograra aderezar el malogrado caudillo porteño.

Tejedor, gobernador de Buenos Aires, lanza su candidatura. Pero Avellaneda no estaba dispuesto a renunciar a esa tácita atribución de nombrar sucesor que todos sus predecesores —salvo Mitre— se habían arrogado. Al gobernador de Buenos Aires le opone una figura nueva: el joven general Julio A. Roca, sucesor de Alsina en el

Ministerio de Guerra.

Es de notar que las dos candidaturas no se apoyaban en partidos determinados. Tejedor era sostenido por los restos de la Conciliación, o sea el mitrismo y parte del autonomismo. Roca no contaba siquiera con eso en Buenos Aires, pero su baluarte estaba en el interior del país, donde le eran adictos la mayoría de los gobernadores. En realidad, los patrocinantes de ambos candidatos eran, sencillamente, el gobierno nacional y el gobierno de Buenos Aires...

Así planteadas las cosas desde mediados de 1878, cada uno se dedica a allegar posibilidades a su causa. Roca logra resolver el viejo problema de la indiada por medio de la conquista del desierto, que dirige personalmente, lo que le granjea cierto prestigio. Tejedor, al no poder acometer empresas similares, hostiliza en toda forma al gobierno nacional, arma las milicias provinciales y amenaza con la guerra civil. Las relaciones entre los dos poderes van tornándose cada vez más tirantes, y Buenos Aires —asiento de ambos— empieza a vivir un clima bélico.

En un momento dado la solución parece ser, nuevamente, Sarmiento. El titán infatigable sueña con una segunda presidencia que completaría su obra y detendría al país en la pendiente a que irremediablemente camina. Lo apoyan los republicanos, que, aun reincorporados ya al tronco autonomista, tienen sin embargo actitudes independientes. Pero Tejedor y Roca advierten el peligro y se afinan por un instante para abortar la candidatura del gran sanjuanino. Lo logran, y desde ese momento —anota Ricardo Rojas— Sarmiento empieza a ser viejo.

Excluida toda posibilidad de avenimiento o de superación de los dos antagonismos, el país marcha hacia la guerra civil. Se realizan las elecciones primarias de presidente, en un ambiente de gran violencia. Apoyado por la liga de gobernadores, Roca triunfa; pero Tejedor desconoce las elecciones y predica el derrocamiento del gobierno nacional. En junio de 1880 Avellaneda, acompañado de cierto número de miembros del Congreso, abandona Buenos Aires refugiándose en un pueblo vecino, donde organiza el sitio de la ciudad.

Después de unos días de combate el gobierno provincial cede. Renuncia Tejedor y el Congreso sanciona una ley declarando capital de la República a la ciudad de Buenos Aires.

Así, al final de su mandato aprovechó Avellaneda esta coyuntura militar para dar un corte definitivo a la cuestión que venía perturbando la vida pública del país desde tiempos de Rivadavia. Pero ni él ni los representantes provinciales que sancionaron la federalización de Buenos Aires pudieron prever que este hecho constituiría el arranque de un doble proceso de centralización gubernativa y desarraigo espiritual que aún hoy padecemos. Ellos suponían que al descabezar la provincia rebelde el poder nacional adquiriría un medio de hacerse respetar y un asiento digno de la potencialidad económica que estaba alcanzando el país. Pero el agigantamiento del poder central fue aplastando gradualmente la vida propia de las autonomías provinciales, mientras la enorme ciudad iba convirtiéndose en un elemento extraño y

aun contrario a la Nación.

Así, la federalización de Buenos Aires dio origen a una hipercefalía monstruosa, centrando en el balcón del país su actividad política, económica y cultural: es decir, descentrando su realidad política, económica y cultural. Las provincias creyeron vencer a la hermana alborotada y mandona arrebatándole su orgullo: pero Buenos Aires se vengó terriblemente, al transferirles el instrumento de su futura servidumbre.

Todo esto fue previsto únicamente por Alem, que en la Legislatura de Buenos Aires enronqueció cuatro, cinco sesiones profetizando —la verba ululante, el gesto desmesurado— las consecuencias que acarrearía al país tal despojo. El Partido Autonomista que fundara Alsina para defender los fueros de la provincia había claudicado al apoyar el proyecto de Avellaneda; pero él, el gran solo, seguía siendo el defensor de la autonomía porteña —que es como decir la autonomía de cada una de las provincias—. Dijo todo lo que tenía que decir, y cuando terminó renunció a su banca y se fue a su casa.

A fines del año '80 la provincia accede a traspasar a la Nación todo el territorio de la ciudad de Buenos Aires. Dos años después se funda La Plata. Roca ya había asumido la presidencia en octubre, iniciando desde entonces un estilo de gobierno que ejercería con intervalos a través de veinticinco largos años.

Empezaba el Régimen.

13

En marzo de 1878, mientras rendía en la Facultad de Derecho las últimas materias de su carrera, Yrigoyen es elegido diputado a la Legislatura de Buenos Aires. Absorbido por sus estudios, Yrigoyen no ha intervenido en la campaña previa; ni siquiera se ha llegado a la sección electoral que lo ha proclamado, al sudeste de la provincia. No se ha movido mayormente para obtener su diputación, pero la exoneración sufrida el año pasado, el hecho de ser sobrino de Alem y su actividad en ocasión de los desgraciados comicios de diciembre del '77, todo ha contribuido para que el Partido Republicano lo incluya entre sus candidatos.

Yrigoyen tiene 25 años de edad y ya es diputado provincial. El escalafón político parece abrísele brillantemente.

Dos años ejerce su representación. Durante este lapso, el país vive los acontecimientos que hemos reseñado en el capítulo anterior, y la Legislatura porteña, sensible a esos hechos, debate ampliamente la situación política.

A mediados del año '78 Yrigoyen, al igual que Alem y el resto de los republicanos, se reincorpora al autonomismo: muerto Alsina, desarticulada la «Conciliación», no había objeto en llevar adelante el partido que se había organizado como protesta frente a aquel acuerdo. Pero su retorno al autonomismo no significó

renunciar a la libertad de criterio que había caracterizado a los republicanos. Así, cuando se perfilan las candidaturas de Tejedor y Roca, los antiguos rebeldes lanzan el nombre glorioso y aún temible de Sarmiento. Ya hemos relatado cómo cayó éste, ante los ataques combinados de ambos candidatos oficiales; pero ello determinó el alejamiento de Alem, Del Valle y otros antiguos republicanos de la causa de Roca. En cuanto a Tejedor, combatíanlo a fondo en la Legislatura, negándole recursos económicos y denunciando sus maniobras bélicas, al punto que el irascible gobernador llegó a preconizar públicamente la clausura del cuerpo.

Yrigoyen, sin intervenir mucho en los largos debates políticos, tuvo una actuación discreta, y aun lucida.

Presenta varios proyectos muy sensatos, y tiene intervenciones siempre precisas, concretas y sobrias. Una vez sermonea a un ministro por no guardar el debido respeto a una Comisión. Otra, acude a aclarar la situación de un colega ausente. En materia de finanzas demuestra ser bastante versado: en cierta ocasión habla dos horas para refutar conceptos del ministro de Hacienda.

Al terminar su diputación en marzo de ese tempestuoso año '80, Yrigoyen puede enorgullecerse de haber desempeñado su mandato con una mesura y corrección que parecen casi impropias de sus escasos años.

Por entonces anda muy pobre. Su representación y los trabajos políticos para reorganizar el autonomismo han ocupado toda su actividad. Económicamente, su posición es la misma que cuando perdiera su puesto de comisario, tres años antes, pero ahora no está en una situación tan desvalida como antes. El presidente Avellaneda trata de agrupar en torno a Roca, su protegido, todos los elementos autonomistas posibles: y a una sugestión de Alem, nombra a Yrigoyen administrador general de Patentes y Sellos de la Nación, función que ocupa desde julio hasta setiembre de 1880.

A todo esto, ya se han producido los sucesos militares que culminaron con la renuncia de Tejedor.

¿Qué actitud adoptan en esta coyuntura Alem y su sobrino? Alem no podía acompañar a Tejedor en su alzamiento: el gobernador de Buenos Aires era un autocandidato que para triunfar había enarbolado la bandera autonomista de los buenos tiempos de Alsina, pero sin la sinceridad de éste, tan sólo como tema efectista y para exaltar las pasiones de aldea de los porteños. Tampoco podía ver con buenos ojos a Roca, impuesto desde los círculos oficiales por un sindicato de gobernadores con el beneplácito de la naciente oligarquía —que le estaba agradecida por los miles de leguas que el conquistador del desierto le había puesto a su alcance— y la aprobación de las grandes empresas extranjeras, que veían en el joven y enérgico militar una garantía de orden y prosperidad.

Alem, pues, tras la frustrada *reprise* del viejo Sarmiento, no tomó partido alguno frente a las dos candidaturas. En setiembre de 1880, cuando se debió elegir diputados a la Legislatura porteña para tratar la cesión de Buenos Aires a la Nación, Alem

aceptó la candidatura que le ofreció el Partido Autonomista, dejando constancia de que lo hacía al solo efecto de oponerse a tal cesión. Así lo hizo, tal como lo hemos señalado anteriormente; y después de esas sesiones memorables, todos comprendieron que Alem había trascendido las categorías locales de caudillo parroquial o dirigente partidario, para convertirse en un estadista de envergadura nacional. Es éste uno de sus grandes momentos históricos, y precisamente por esto es más significativo su renunciamento. Voluntariamente, Alem corta su carrera política e inicia con este retiro un enclaustramiento de diez largos años.

La situación de Yrigoyen fue muy otra. Él, como la gran mayoría del autonomismo, creyó que federalizar Buenos Aires era conveniente, o al menos inevitable. Tal vez creyó también en la posibilidad de que Roca fuera una solución para los problemas del país. Hombre joven, hecho en la aspereza de las guerras con las montoneras y la indiada, con una candidatura nacional en su extensión (aunque sólo horizontal, sin profundidad popular), Roca hubiera podido significar la solución de las anacrónicas competencias de localismos. Yrigoyen lo apoyó, contribuyó a reorganizar el Partido Autonomista después de la derrota de Tejedor y aceptó luego la candidatura a diputado nacional que le ofreció su partido.

Elegido diputado al Congreso Nacional en setiembre de 1880, Yrigoyen actuó sólo un año y cuatro meses, pues él y sus colegas de lista iban en reemplazo de los diputados porteños exonerados durante las ocurrencias militares del año '80. Su papel en el Congreso fue más pobre que el desempeñado en la Legislatura.

Falta con relativa frecuencia e interviene raramente en los debates. Pero cuando lo hace, sus palabras revelan equilibrio y rectitud. Así, frente a una moción de tratar sobre tablas un sueldo extraordinario para los diputados, él es el único que se opone a considerarla, aduciendo razones de moral pública. En otra ocasión protesta por un calificativo agravante que lanza un colega contra adversarios del propio Yrigoyen.

Hay una sensación como de desgano, de incomodidad, en la actuación de Yrigoyen como diputado nacional: es que ya cayó en cuenta de lo que es el aparato político en que ocasionalmente ha quedado enredado y se siente fundamentalmente antagonista de sus compañeros de ayer.

En enero de 1882 concluye su diputación nacional, y con ella esta etapa de su carrera política.

Ahora, recapitemos. La actuación de este joven de treinta años que ha intervenido desde un discreto segundo plano en el movimiento político del país de los últimos cinco años, ¿deja realmente entrever alguna posibilidad de que llegue a ser un gran conductor de hombres? ¿Tienen sus inauguraciones cívicas algún signo que pueda distinguirlo como futuro triunfador?

Examinando con ligereza el camino recorrido, nada parece augurar a Yrigoyen un destino no común. No exterioriza ninguna habilidad de las que se suponen consustanciales al tipo del caudillo: no es orador ni escritor, ni siquiera es hombre de acción política muy activa. En realidad, aunque su nombre figure al pie de

manifiestos y declaraciones junto con el de los grandes figurones del país, aunque se lo respete y considere en todos los círculos, Yrigoyen no es todavía sino el sobrino de Alem. Formado a su lado, arrastrado por su personalidad fascinante, recibiendo día a día sus inspiraciones. Yrigoyen carece aún de vida propia. Da la impresión de que todo lo que políticamente es y hace se lo debe a su tío; y él mismo, retraído y modesto, parece condenado a ser un eterno segundón político. El *cursus honorum* que está escalando no presenta diferencias con el de muchos que no pasarán nunca de dirigentes de tercer orden.

Pero aunque los suyos no lo sepan, aunque él mismo no se sienta protagonista, el destino ya lo ha marcado, y los acontecimientos, las posturas y las palabras que hemos destacado equivalen a presagios apenas descifrables; o, más que presagios, enigmas cuya respuesta sólo es dable adivinar a los elegidos.

Pero ahora ha terminado el *cursus honorum* de Hipólito Yrigoyen. El próximo cargo público que ocupe será, treinta y cinco años más tarde, la presidencia de la Nación.

II

LA BÚSQUEDA

1 ...DEL HOMBRE

Ahora que Yrigoyen entra en una etapa escasa en sucesos de trascendencia externa conviene ir conociéndolo como hombre de carne y hueso, para que al volver a seguirlo en su próximo itinerario político sepamos ya con qué clase de persona nos las tenemos que ver.

Es cierto que Yrigoyen no ha llegado aún a su madurez. Pero durante el lapso que corre entre sus veinte y sus treinta años Yrigoyen ha vivido dura y activamente, ha sido un precoz en su actuación pública y la fisonomía espiritual que ha adquirido es ya definitiva. Podemos, pues, examinarlo con la seguridad de que las conclusiones que obtengamos tendrán vigencia para toda su vida.

Por de pronto, caemos en cuenta que sus cualidades son de típico cuño vasco, como si el mejor legado que el humilde carrero hubiera hecho a su hijo fuera este inapreciable acervo de virtudes ancestrales. El tesón y la constancia invencibles; la laboriosidad y el sentido de la responsabilidad; la hidalguía y la fe en la palabra empeñada; la aptitud para distinguir lo bueno y lo malo tajantemente, sin concesiones, características todas que hace siglos vienen singularizando a la noble raza euskera y que Yrigoyen poseyó en alto grado.

Tenía una voluntad recia, que no conocía la fatiga ni la decepción, y obligaba a todo su ser a ceñirse a la consecución del fin propuesto. Colocaba el fin muy por encima de los medios y por ello, aunque una y otra vez los medios fallaran, él conservaba inalterable su fe, su idealismo, a través de descalabros y decepciones. Toda su labor política será, en síntesis, el triunfo de su carácter sobre el ambiente hostil o indiferente. Hasta sus concepciones políticas serán reflejos de su voluntad indoblegable. La intransigencia, dogma fundamental del radicalismo, ¿qué es sino una permanente voluntad de rechazar todo lo que sea éticamente condenable, aunque políticamente pueda resultar conveniente?

Su inteligencia era clara y penetrante, pero intuitiva, cordial, más que razonadora. Yrigoyen fue un formidable instintivo. Poseía cierto don de adivinación, cierta mágica sensibilidad que le permitía captar sutilmente sentimientos casi no gestados, ideas no expresadas aún por sus interlocutores, lo que le granjeó más tarde una mítica aureola de catador infalible de hombres.

—Al doctor Yrigoyen no se lo podía engañar. El adivinaba todo lo que uno pensaba —nos dijo un humilde correligionario del caudillo en cierta ocasión.

Es que esa facultad para captar hombres e ideas Yrigoyen la educaba y la ejercitaba constantemente en su diario trato con los centenares de personas que llegaban hasta él. Y así como le bastaba un golpe de vista para conocer a fondo a un hombre, así también, por síntomas imperceptibles, preveía certeramente grandes acontecimientos.

No sólo fue un maestro en el arte de descubrir el espíritu de los hombres, sino que era un intérprete fiel de las esperanzas, los anhelos y los sentimientos del alma de su pueblo, como si una intuición rumbeadora le fuera señalando dónde estaba la verdad de las cosas argentinas. Sólo aquella misteriosa capacidad premonitoria explica el sentido de tantos renunciamentos, tantos sacrificios y voluntarias frustraciones que Yrigoyen llevó a cabo durante su vida con la inmovible seguridad de que ellos llegarían a producir su fruto. Porque el don de conocer irrazonadamente y sin los ordinarios medios físicos los fenómenos espirituales de los pueblos es una merced que sólo se otorga a los grandes señalados, como si a cambio de sobrellevar la aterradora responsabilidad de la suerte de sus gentes la Providencia les hiciera gracia de instrumentos no comunes para poder llenar cabalmente su destino. Yrigoyen poseyó esos instrumentos en grado máximo: por eso muchos de sus seguidores lo veneraron como a un demiurgo; y por eso su liderazgo tuvo algo de carismático y patriarcal, «como el de un juez hebreo del Antiguo Testamento».

La bondad, la grandeza de alma, era otra cualidad dominante en Yrigoyen. Toda su vida, pública y privada, está poblada de anécdotas que revelan hasta qué punto llegaba su generosidad, su incapacidad para odiar a nadie, su repudio a la violencia, su amor por los seres humildes y desamparados. Pensaba bien de todo el mundo, y se dice que nunca se lo oyó hablar mal de nadie. No criticaba nunca: cuando en su presencia se despedazaba de palabra a alguien, él callaba. Tenía pequeñas claves para mostrar que una persona había dejado de serle grata sin necesidad de hablar mal: «equivocarse» en el apellido, por ejemplo, o no recibirlo. Pero evitaba tener que explicar a otros la razón de su actitud.

No se vengó de sus enemigos jamás, habiendo sido, como fue, el argentino más insultado y más calumniado del último medio siglo. (Antes de él, sólo de Sarmiento podía decirse tal cosa). Amaba a la humanidad con un sentimiento ecuménico y le dolía hondamente el hombre en su eterna lucha por realizarse. Fuera de su actuación pública hizo el bien calladamente, sin ánimo de ostentación ni esperanza de recompensa, evangélicamente. Muchísimas personas fueron ayudadas por él: jóvenes

a quienes costeó su carrera, enfermos cuya curación corrió de su cuenta, desterrados políticos a quienes subvencionó en el exilio. Y no pocas veces ocurría esto sin que los propios favorecidos supieran quién los protegía.

Durante veinticinco años donó sus sueldos de profesor a una sociedad de misericordia, como donó más tarde los de Presidente de la Nación. Sus enemigos adjudicaron a estos desprendimientos una baja intención demagógica, pero olvidan que cuando empezó a realizarlos estaba completamente alejado de la actividad política. Siendo presidente, usó de la autoridad de su investigadura para aliviar las necesidades de gente humilde. Yrigoyen era un supremo defensor del hombre y no creía que hubiera en el mundo nada más digno de respeto y protección que el hombre mismo. Casi al final de su vida sintetizó en una breve sentencia su concepto sobre la dignidad de sus semejantes: «Los hombres deben ser sagrados para los hombres...». Éste fue el sentido último de su vida y su lucha, lucha terca para resguardar los fueros humanos de las opresiones que pudieran deformar o trabar la plena realización del individuo.

En cambio, su sensibilidad, siempre alerta a todo lo que fuera sufrimiento ajeno, era casi neutra a las impresiones que requirieran una valoración de tipo estético. Las bellas artes nunca le preocuparon, como tampoco la música. Tampoco le atrajo la literatura pura, y sus propios escritos adolecieron de notables defectos de sintaxis, léxico y claridad, a pesar de que en algunos logró alcanzar una gran vibración lírica, atribuible más a esa «elocuencia del corazón» de que hablaba Séneca que a una verdadera fibra artística. Yrigoyen no parece haber tenido el sentimiento de lo bello sino en cuanto la belleza estuviera referida de algún modo al hombre, a sus sueños, a sus esperanzas y aunque ciertamente amó la naturaleza, ello fue más por necesidad de descanso espiritual que por mera complacencia estética.

Era sobrio. En casa de su tío ocupaba una celda retirada, amueblada con severidad. Luego, cuando hizo fortuna, no cambió su manera de vivir y prescindió de todo lujo y comodidad, llevando una existencia de monje o de avaro. Pero avaro no era, ciertamente, puesto que aplicó toda su hacienda a los gastos de su partido: lo que sucedía era que Yrigoyen no se sentía esclavo de necesidades artificiales. Presidió durante algún tiempo una mesa en el Café de París, y asimismo frecuentó el hotel España, donde solía cenar, pero más fue por razones políticas —para vincularse con la mejor juventud de su tiempo— que por inclinación a la tertulia o al regalo. En 1897 ingresó en el Jockey Club y concurrió algunas veces allí; pero desde 1900 en adelante no pisó la institución, aunque siguió siendo socio hasta su muerte. Era sobrio como un criollo viejo, sencillo en sus gustos, ascético casi. No fumaba. Era un gran caminador, aunque sus actividades políticas y el retraining que paulatinamente se fue imponiendo lo obligaron más tarde a restringir sus caminatas. Se levantaba al alba y se acostaba en seguida de cenar. La más grande concesión que se permitía era media botella de *champagne* que tomaba por comida, porque su digestión, un tanto lenta, se facilitaba con el ácido carbónico. Muchas veces, en su casa o en el campo,

solía almorzar de pie en la cocina un poco de carne asada, sin ceremonia ninguna, aunque conocía perfectamente el *ars cissoria* y las complicadas reglas de la buena mesa. Solía pasar semanas en su estancia viviendo como un paisano, liberado de las servidumbres de la carne y de la convivencia gregaria, como para recibir en estado de gracia el oscuro mensaje de quién sabe qué ocultos poderes.

Poseía una memoria napoleónica. Hombres y nombres no se le olvidaban jamás. Los favores y los servicios que se le prestaban tenían infaliblemente recompensa. Siendo Presidente, ayudó a una dama que, al parecer, no tenía antecedentes para merecerlo. Preguntado por alguien, respondió:

—Todas las cosas tienen su explicación. El padre de esta dama, cuando mi hermano Roque y yo decidimos trabajar en el campo después de mi cesantía como comisario, avaló con su responsabilidad un préstamo de 50 000 pesos que pedí al Banco de la Provincia, del cual era director ese señor...

¡Eso había ocurrido cincuenta años atrás!

Estaba psicológicamente configurado hacia adentro. Impresiones, hechos de cualquier índole, opiniones ajenas y toda clase de datos objetivos eran absorbidos generosamente por su espíritu, sin que barrera psicológica alguna lo impidiera, pero luego iba transformando en su intimidad espiritual tales elementos sobre la base de conceptos apriorísticos previos y por medio de una activa y constante vida interior. Así, una vez elaborados todos esos materiales, obtenía sus propias impresiones, sus sentimientos y sus pensamientos, opuestos tal vez a aquellos que habíanle servido originariamente para construirlos, pero, de todos modos, inmutables ya, dogmáticos, definitivos.

Sobre estas trasposiciones construía su propio universo y en él iba situando hombres y cosas con arreglo a su cosmovisión y no sobre la realidad concreta. Tal disposición espiritual explica su optimismo inveterado, su generoso concepto de la naturaleza humana, su resistencia a mudar juicio sobre alguien, su repugnancia a apelar a algo que no fuera su propio criterio para probar una verdad de la que estuviera él convencido: en fin, hasta su literatura hermética, esotérica, el *trobar clus* de su pluma.

Su tipo mental cerrado, completo en sí mismo, hubiera podido hacer de Yrigoyen un fanático implacable, un inquisidor, si su gran equilibrio de espíritu y su evangélica bondad no suavizaran constantemente las duras aristas de su intransigencia, haciendo que ésta careciera de todo matiz de intolerancia, para llegar a ser, sencillamente, una honda fidelidad a los propios ideales. En realidad, bajo sus modales suaves, bajo la impavidez de su rostro, bajo su calma y su parsimonia, ardía un temperamento violento, apasionado, que sólo la formidable disciplina que supo imponerse logró dominar. Únicamente una pasión tal pudo darle esa seguridad y constancia en sus ideales que al fin le daría el triunfo, y solamente el freno con que supo férreamente constreñirse evitó la dispersión y el malogramiento de sus excepcionales condiciones.

Pero si era exigente consigo mismo, no lo era con respecto a los defectos de los

demás. No era el tipo de puritano intolerante, abroquelado en sus propias virtudes, sino benévolo y tolerante con respecto a las manías, las faltas y los pequeños vicios ajenos, siempre, claro está, que no lo fueran en el orden político, porque entonces era absolutamente intransigente.

Esta anécdota testimonia lo dicho:

Él no iba nunca a las carreras: había ido una vez acompañando a Alem y se retiró a la mitad del espectáculo. Sin embargo, en oportunidad de visitarlo un amigo (que durante la segunda presidencia sería su ministro de Obras Públicas) le preguntó si concurría a las carreras.

—Sí, doctor —contestó el doctor José Benjamín Ábalos, un poco turbado—. Y también tengo un caballo...

—¿Tiene un caballo? ¿Qué tal es? ¿Sale bien? ¿Es punteador?

Un poco desconcertado al escuchar preguntas tan técnicas en boca de quien parecía tan alejado de las actividades turfísticas, el doctor Ábalos las contestó. Entonces Yrigoyen hizo llamar a su «edecán», un humilde correligionario dueño de un boliche situado frente a su casa, que hacía menesteres menores de su servicio, y con una amplia sonrisa, le dijo:

—Aquí el doctor Ábalos se va a las carreras hoy. Dígame, ¿no tiene un «datito» para él...?



Era de estatura prócer. Su porte daba una sensación de seguridad y robustez, como un viejo quebracho o un ombú de nuestras pampas. En su vejez, los ochenta densos años que había vivido curvóronle apenas las recias espaldas y redondearon un poco el torso esbelto, pero casi hasta su muerte conservó su apostura garbosa e imponente.

Si en lo espiritual Yrigoyen heredó cualidades netamente paternas, su tipo físico, en cambio, vínole por la línea de los Alem. En efecto, su madre —a quien se parecía mucho— era de ascendencia criolla con alguna antigüedad en el país, lo que supone inevitables aportes de sangre indígena. Aunque sus facciones eran regulares y de rasgos delicados, con el andar de los años los ojos rasgados fuéronse achinando, el bigote raleó, las comisuras de los labios se hicieron más profundas, los pómulos se acentuaron hasta que al fin, como si el tiempo hubiera liberado sus avatares terrígenas, desde su primera presidencia luce cierta prestancia de ídolo coya, de máscara incaica, reforzado el parecido por su clásica expresión impasible, un poco melancólica. Su cutis era atezado, satinado, casi limpio de vello; producía una impresión de pulcritud. El cabello, erecto y renegrido, lo conservó así casi hasta su muerte. Magnífico ejemplar humano, gozó siempre de una salud perfecta. Su manera de vivir, austera y simple, favoreció tal disposición natural. A fuerza de exigirse, Yrigoyen había logrado dominar su cuerpo hasta obligarlo a ser un servidor sumiso del espíritu.

En el trato diario hacía gala de una serenidad y una dulzura inalterables. Sólo dos veces en su vida se lo vio perder la calma; dícese que entonces fue tremenda su explosión y que los infortunados que la provocaron prefirieron que los tragara la tierra. Ordinariamente hablaba con voz suave, como haciendo confidencias, pero con

fuego y vida en la voz, reforzando sus palabras con los ademanes pausados y señoriales de sus magníficas manos. Su voz era una de las cosas que difícilmente se olvidaban.

—Su voz y su piel... —dijo una mujer que lo amó mucho a cierto indiscreto que le preguntó qué le había impresionado más en Yrigoyen.

Nunca echaba mano de expresiones chocantes o chabacanas, pero usaba, con alguna frecuencia, giros y términos apaisanados. Una vez estaba en rueda de correligionarios y se conversaba sobre candidaturas. Al mentarse el nombre de determinado ciudadano, Yrigoyen observa:

—Es un buen radical, pero «pecho frío»...

Y ante el desconcierto de los presentes se dirige sonriendo a uno de los contertulios, hombre de campo, y le dice:

—Explíqueles, mi amigo, qué quiere decir «pecho frío»...

Entonces el designado aclaró que a los caballos de tiro que no suelen cinchar a la par de sus compañeros sino más débilmente, por lo menos de primera intención, se los suele llamar así. El apelativo era exacto, porque el correligionario aludido era un poco remolón para la labor política, aunque una vez lanzado resultaba tan activo y pujante como el que más.

En su vocabulario corriente solía usar palabras anticuadas o fuera de uso. Aunque era afable y aun, en ocasiones, afectuoso, su personalidad irradiaba una imponencia tal que tornaba inimaginable cualquier llaneza en el trato. Así, poquísimos lo tutearon: sólo Alvear, Saguier y algún otro lo llamaban por su nombre de pila, pero sin tutearlo. Nadie era osado de fumar en su presencia. Mientras hablaba o reflexionaba solía golpear suavemente el dorso de la mano izquierda con los dedos de la diestra; si se impacientaba golpeaba sin ira pero con cierta nerviosidad el borde de la mesa tras la que se sentaba en su casa. Le gustaba caminar mientras conversaba, tomando del brazo al interlocutor. Su trato adolecía de un toque de cursilería muy en boga entre los hombres a cuyo lado se crió: el afán por la perífrasis y la palabra un tanto rebuscada de la época castelarina.

«El presidente —decía el doctor Emilio Giménez Zapiola, que tuvo con Yrigoyen un sonado incidente y por ello no puede ser tachado de serle favorable en demasía— trata los asuntos políticos con gran dominio del tema. Conoce de memoria a todos los hombres que han actuado en el país. Sabe los sucesos políticos por dentro, por los entretelones, y se coloca en una gran altura para encararlos. Muéstrase como un convencido y habla con la firmeza de un principista. Eleva tanto su punto de mira, que su pensamiento parece con frecuencia una abstracción. Dos grandes impulsos parecen animarle: el bienestar general y el deseo de hacer individualmente el bien y no dañar personalmente a nadie. Su expresión, al tratar asuntos políticos, es, no obstante cierto marcado dejo de afectación verbal, precisa, clara y a veces elocuente. Habla con espontaneidad y sin vocablos rebuscados o de dudosa procedencia etimológica. Poco o nada del mal gusto de su expresión escrita...».

Era un poco a la antigua. Los modernos elementos de la técnica, las invenciones y novedades no le inspiraban mucha confianza. Tenía la reticencia del criollo, su instintiva desconfianza hacia todo lo que fuera cosa nueva. No usaba nunca el teléfono, jamás fue al cinematógrafo, prescindía de caloríferos y ventiladores. En una

conferencia con el presidente Herbert Hoover habló del progreso humano como cifrado preferentemente en el desarrollo de las grandes inspiraciones espirituales más bien que en los factores meramente técnicos.

No repudiaba la técnica como instrumento de mejoramiento de la humanidad, pero veía que la técnica huérfana de dirección ética sería devastadora y terrible; y por eso se afanaba en enseñar cómo debía situarse a cada cosa según su verdadera jerarquía.

Para esta enseñanza y para la que realizó a través de su vida, disponía de sus maravillosos instrumentos de atracción personal: en primer término, su palabra. Los coloquios con hombres superiores suelen ser monólogos que ellos desarrollan ante el suspenso neófito. No hacía esto Yrigoyen, que realmente dialogaba con sus interlocutores, ejerciendo una suerte de mayéutica graduada según los alcances de cada cual. Poseía —ya veremos hasta qué punto— el difícil arte de conversar, pero también el no menos difícil de saber escuchar. Con mil argucias dictadas por su innata astucia o aprendidas en el comercio con miles de hombres, Yrigoyen acertaba distancias, rebajaba alturas sin perder su natural jerarquía, hasta que el interlocutor se sentía cómodo y abría su espíritu tanto como el caudillo lo deseara.

Todo su ser, pues, en lo físico y en lo espiritual, estaba hecho para dominar. Pero suavemente, sin violencias, por la sola magia de su personalidad, sin que para seguirlo fuera necesario verlo ni oírlo ni leer ninguna página suya: por medios incomprensibles, misteriosos. Estaba destinado a acaudillar almas. Si no hubiera proyectado su acción hacia el campo político, hubiera sido un santo del temple de Loyola o un místico laico como Gandhi o Tolstoy. Todo él era caudillo. Hasta su nombre se prestaba al coro y a la invocación. Hipólito Yrigoyen... Vibrante primero y rotundo, para alongarse luego querendosamente en las cuatro sílabas eufónicas del patronímico vasco. Hipólito Yrigoyen... «Señor de las Altas Regiones...».



En 1882 Yrigoyen vive uno de los momentos clave de su itinerario. En abril ha fenecido su período de diputado nacional, sin pena ni gloria. Probablemente se siente un poco culpable de haber servido a los designios de Roca. Su decepción es grande: al igual que muchos autonomistas que contribuyeron a la exaltación del joven conquistador del desierto, se siente traicionado por «El Zorro» —así llaman al Presidente—, retorcido y mañoso como el bicho al cual los clásicos fabularios atribuyen el monopolio de la astucia. Roca había impreso a su gobierno un giro autoritario, centralista y oligárquico, necesariamente repugnante a aquellos antiguos defensores de la autonomía provincial y de la democracia rudimentaria y corajuda de Alsina. Por otra parte, Yrigoyen, ante el carácter que va tomando este régimen, comprende que debe someterse a él para seguir ganando posiciones en el *cursus*

honorum político; pero no está, por cierto, dispuesto a hacer tal cosa. Prefiere retirarse voluntariamente de la política, frustrando un destino que se le abría lleno de halagüeñas perspectivas, imitando el gesto de Alem que, desde su histórico alarido del '80, está mudo y retraído.

Se acabó la política para Yrigoyen. Y ahora ¿qué hacer?

Había terminado de rendir las materias teóricas en la Facultad de Derecho; le faltaban los «procedimientos», que se consideraban satisfechos dando examen ante la Academia de Jurisprudencia o practicando como «meritorio» en los tribunales. Uno de sus posibles caminos era ejercer su profesión en el bufete de Alem, donde trabajaba de tiempo atrás; pero allí —lo dijo muchos años más tarde— había sentido «de manera definitiva su incompatibilidad» con todo aquello que constituía la abogacía. Podía dedicarse a su cátedra en la Escuela Normal, donde había sido nombrado profesor de filosofía en marzo del año anterior: mas tal actividad tampoco satisface totalmente sus inquietudes. Está pobre y sigue viviendo en casa de su tío.

A los treinta años de edad, terminada su vida pública, Yrigoyen debió sentirse inútil y fracasado, vacíos de sentido sus años anteriores. Pero también debió comprender que los próximos años de forzada inactividad cívica debía dedicarlos a su propia formación. El régimen de Roca iba para largo, lo que urgía, entonces, era encontrarse a sí mismo, ordenar su bagaje intelectual, inventariar y sondear sus facultades, esos poderes apenas ejercitados cuya razón de ser no comprendía aún. Lo primordial era aprovechar esta etapa de su vida para madurar su personalidad según normas que lo disciplinaran y orientaran. Lo necesario, ya en otro orden de cosas, era ganar una posición económica que le permitiera actuar en cualquier plano con seguridad e independencia, sin depender de nadie.

No sabemos si este currículum fue desarrollado por vía racional, discursiva, o si Yrigoyen intuyó la necesidad de imponérselo en una de esas certeras corazonadas a que nos hemos referido anteriormente. Lo cierto es que desde el fin de su diputación hasta 1890 toda su actividad se encamina, en lo espiritual, a una búsqueda afanosa de su auténtico destino, adecuándose correlativamente para poder vivirlo con plenitud, y en lo cotidiano, a trabajar con empeño para salir de pobre y lograr respaldar sus vagos sueños con realidades económicas positivas.



Contribuyó poderosamente a la realización de este programa una circunstancia que impresionó con hondura el ánimo de Yrigoyen: el descubrimiento que hizo por aquella época —tal vez un poco antes— de una original orientación filosófica: el krausismo.

El hallazgo de Krause significó para Yrigoyen toda una revelación, una resurrección espiritual casi sauliana que modeló definitivamente su mentalidad y sus

modos de vida.

Como hemos acotado anteriormente, había sido nombrado en 1881 profesor de filosofía en la Escuela Normal de Maestras. Ello lo obligó a acercarse a las expresiones contemporáneas del pensamiento europeo y a replantearse problemas filosóficos que tenían un poco olvidados. Así fue como empezó a entrever, maravillado, una concepción de alta inspiración ética, cuyo sentido de austeridad, cuya prédica por la fraternidad universal y acendrado idealismo, estaban muy en consonancia con su forma de ser y de pensar. Allí encontró Yrigoyen conceptos que traducían sentimientos suyos apenas expresados, ideas casi no pensadas; y él las asimiló de inmediato, como quien caza al vuelo alborozadamente una palabra que no podía encontrar y que alguno pronuncia por casualidad...

En realidad, Yrigoyen no bebió las doctrinas de Krause tal cual éste las expuso, sino a través de sus epígonos belgas —a través de la edición del *Derecho Natural* de Ahrens, de 1873— y aun por vía de la generación krausista española agrupada en torno a la Institución Libre de Enseñanza, todos los cuales exponían el pensamiento del maestro alemán en forma más accesible que éste. El krausismo español, bueno es advertirlo, no consistió precisamente en una tematización de la doctrina de su inspirador. Fue un movimiento intelectual de intenciones renovadoras en lo pedagógico, en lo literario y hasta en lo político. Fieles a la propedéutica aconsejada por Krause, sus discípulos españoles incursionaron en todos los ámbitos del saber, sin prevenciones dogmáticas, logrando sacudir en su momento la yerta vida cultural ibérica y preparando así el advenimiento de la generación del '98 y el subsiguiente renacimiento intelectual de España.

El encuentro de nuestro héroe con esta disciplina esencialmente formativa y con aquellos santos laicos que le daban testimonio se produjo en momentos en que se debatía en el trance patético de indagar la razón de su existencia. ¿Cómo no lo iban a impresionar las enseñanzas de aquellos hombres, consagrados apostólicamente a su divulgación? El conturbado profesor de filosofía encontró que el krausismo abría vertientes de esperanza en su alma, casi agotada por la decepción, y se lanzó a beber ansiosamente en sus aguas.

«En su reino estaba excluida draconianamente la frivolidad». Esto que dijo el maestro Cossio de un gran pensador español podría también aplicarse a Yrigoyen desde que le es revelado el krausismo. Su modo de vivir se hace desde entonces más duro y exigido. Dona sus magros sueldos de profesor a la Sociedad de Beneficencia anónimamente, como si considerara a su actividad docente un sacerdocio que no admitiera salario ni retribución alguna. Viste ropas oscuras de corte severo. Se abstiene de concurrir a diversiones, ni siquiera a tertulias, y sus días se dividen entre la enseñanza, sus faenas rurales y la lectura. Se vuelve más retraído, más callado que nunca. La única concesión que sigue haciendo a la carne es de orden sexual, como relataremos más adelante.

Y no solamente influye el krausismo en su conducta o en sus costumbres, sino

que no pocos de sus principios se incorporan al ideario que sustentará y más tarde serán revelados en actitudes afirmativas. Así, la generosa acogida que encontrará, treinta y cinco años más tarde, el movimiento de Reforma Universitaria en el presidente Yrigoyen tiene un claro antecedente en las enseñanzas de Giner de los Ríos, que veía a la educación no como una coacción sobre el individuo, sino como un método que le permitiera desenvolver por sí mismo sus propias fuerzas internas, tratando de evitar la «intelectualización», o la desmedida acumulación de conocimientos o la despersonalización del educando, para procurar, en cambio, hacerle comprender el sentido de su propia existencia. Asimismo, sus observaciones al proyecto de ley de divorcio llevan implícita la exaltación que hace Krause de las llamadas «asociaciones de finalidad universal» (familia, nación como pueblo) que son el fundamento de la moralidad, y deben, por consiguiente, fortificarse y agruparse progresivamente hasta realizar el ideal de una humanidad unida, cuyos miembros puedan tener equitativa parte en el Bien y en la Felicidad.

Alejado de la política por autodeterminación y olvidado ya de las prácticas religiosas que cultivara hasta su juventud^[2], Yrigoyen tenía que orientarse hacia una doctrina que le hiciera creer de nuevo en algo. En ese instante vital en que necesitaba reordenarse a base de valores nuevos o hundirse del todo en el escepticismo y la vulgaridad, el krausismo significó para Yrigoyen no sólo un renacimiento de su vida interior casi agostada, sino también un esquema existencial sobre el cual pudo ir desarrollando su conducta con arreglo a elevadas normas éticas.



Durante este período de decisiva estructuración espiritual Yrigoyen leyó mucho, a fin de irse capacitando intelectualmente para el futuro.

Aunque la suya fue todo lo contrario al tipo de cultura libresca fabricada sobre ideas ajenas y citas memorizadas, Yrigoyen poseyó un acervo bastante rico de lecturas: en sus modestos anaqueles estaban «las mejores fuentes de la sabiduría humana», no muchos libros pero óptimos y continuamente releídos.

Allí estaba el divino Platón con sus estupendas divagaciones sobre el alma, la virtud, el amor. Allí estaba Aristóteles, racional, metódico y tan admirable en sus exóticos bestiarios como en su metafísica. Allí San Agustín añorando su burgo ultramundano, y el Ingenioso Hidalgo, y el poeta florentino. También los hombres que han enseñado al mundo a gobernarse: los antiguos clásicos junto a Montesquieu, Rousseau y los grandes historiadores ingleses y franceses. En fin, Bossuet, Fenelon, Emerson y los revolucionarios ideológicos del siglo de las luces, varios historiadores y constitucionalistas argentinos completaban su librería.

Yrigoyen nunca hizo gala de erudición en sus escritos y rarísima vez citó autores. Su absorbente actividad pública le impidió seguir de cerca, en sus últimos tiempos, el

movimiento intelectual contemporáneo, constriñéndolo a especializarse en materias concurrentes a sus tareas; pero aun así fue amplio y profundo el conocimiento que tuvo de los procesos ideológicos e históricos de la humanidad. Su sabiduría, empero, no era tanto letrada cuanto popular, humana, elemental: sabiduría un poco a la manera de un viejo cacique o un brujo de tribu. Por eso no acopiaba obras ni autores al pie de sus páginas ni dejaba caer nombres en boga al decir sus palabras en tono menor: porque comprendía que leer mucho es sólo cuestión de tiempo, pero saber mucho es cosa de sensibilidad y humanidad.

Claro que ello no implicaba desdeñar el mensaje de los grandes inquietos que los siglos nos vienen transmitiendo. En la etapa que describimos Yrigoyen sintió también ansiedad por escuchar tal mensaje, y muchas veces amaneció sobre los libros en el cuartucho retirado de la casa de su tío. Tras sus largas vigiliias con estos hombres que habían vivido realmente para algo, cuyas vidas tuvieron algún sentido y alguna trascendencia, Yrigoyen, urgido por la angustia metafísica de conocer su destino, susurrábase apenas la pregunta indescifrable aún, obsesionante: quién soy, para qué estoy...



«¡En cuanto a empleos...! Salvo que aluda usted al hecho de haber sido presidente del Consejo Escolar de Balvanera y Profesor de la Escuela de Profesores, en cuyos únicos casos —bueno es que sepa si lo ignora— que fui designado para esos cargos por Sarmiento, quien así me lo pidió cuando fue Presidente del Consejo de Educación y esta institución era autónoma. Acepté el primero en su carácter honorario y el segundo destinando al Hospital de Niños la compensación que tenía asignada, retirándome de aquél cuando Sarmiento lo hizo de la Dirección General, y continuando en éste hasta que el doctor Quintana me destituyó, en seguida de la Revolución de 1905».

Así historiaba Yrigoyen su paso por la enseñanza pública, casi treinta años después de su nombramiento de profesor. Difícilmente podría haber exhibido títulos más honrosos.

Seguramente conocía a Sarmiento, por intermedio de Alem, que por entonces era secretario de la logia masónica donde el ex Presidente de la Nación oficiaba de Gran Maestro. Alem admiraba fervorosamente al glorioso anciano —ya hemos relatado sus desplantes sarmientistas en el seno del autonomismo—, y no es difícil que aquél, empeñado desde el Consejo de Educación en dar a la enseñanza todo el impulso que hubiera querido imprimirle desde la presidencia, le hubiera pedido aceptase la presidencia ad honorem del Consejo Escolar de Balvanera.

En cuanto a su profesorado, ya sabemos que fue nombrado en marzo de 1881 titular de las cátedras de Historia Argentina, Instrucción Cívica y Filosofía en la

Escuela Normal de Maestras. Tenía, entonces, 29 años de edad.

El lector ya conoce la donación de sus sueldos —«de la compensación que tenía asignada»—, gesto al que por primera vez se refirió treinta años más tarde en la página de polémica que hemos transcripto. En su época, esta decisión pudo trascender gracias a la devota infidencia de la directora de la escuela. No fue, pues, su magisterio una actividad lucrativa, pese a la difícil situación económica por la que atravesaba, sino un apostolado docente desinteresado y aun gravoso, como veremos.

El ejercicio de la cátedra a lo largo de cinco lustros influyó notablemente en Yrigoyen. Ya hemos señalado de qué manera contribuyó a su recreación espiritual el contacto que trabó por entonces con la filosofía krausista. A su vez, el estudio y la exposición de nuestra historia fue dándole una visión global de la misma, haciéndole comprender hasta qué punto el período que vivía el país estaba truncando y aun frustrando las grandes posibilidades abiertas desde sus orígenes. Años más tarde, en repetidas ocasiones ubicó Yrigoyen su propia trayectoria dentro de los ciclos en que solía dividir el acontecer nacional (1.º Independencia, 2.º Organización y Constitución, 3.º Reparación). Ello y el hecho de que su lucha se librara como si cada palabra o cada actitud tuvieran un eco *sub speciae aeternitatis*, demuestran que Yrigoyen había superado el conocimiento anecdótico de la historia, enfocándola intelectualmente desde un plano superior.

El método didáctico que usaba era original y parecía que se ajustaba a aquellas enseñanzas de Giner de los Ríos de que antes hicimos memoria. Encargaba a sus alumnas, en forma sucesiva, la exposición de la lección próxima, responsabilizándolas del desarrollo de la clase y reservándose él la única función de hacer las observaciones pertinentes. Este sistema, que se adelantaba a posteriores concepciones pedagógicas, solía producir entre las condiscípulas una lógica emulación, que favorecía el desarrollo de sus aptitudes docentes. Es de imaginar con qué ahínco estudiarían las futuras maestras para evitar hacer un mal papel con su apuesto profesor, quien —a pesar de su estiramiento para tratarlas— provocó en muchas de ellas sentimientos de admiración y cariño que a veces duraron toda su vida.

De sus años de profesor nos viene una leyenda muy semejante a la que pone acentos hagiográficos a los de su comisariato. Ésta, sin embargo, es más precisa que aquella, y sus referencias abundan en nombres. Muchos casos se cuentan, similares en su significado a los de su actuación en Balvanera: el de alumnas carentes de libros por su situación económica que eran provistas de ellos por Yrigoyen anónimamente, atribuyendo luego la donación a la escuela. O el de la maestra enferma que cobró puntualmente sus sueldos durante la larga licencia concedida hasta su curación, sin saber que el Estado no pagaba en tales casos y que los supuestos sueldos no eran sino ayudas silenciosas de Yrigoyen.

Él siempre guardó silencio sobre estas actitudes. Sólo se refirió a ellas públicamente poco antes de su muerte, en el cuarto escrito de defensa ante la Corte

Suprema: «... hasta la remuneración de las cátedras que por largos años desempeñé fueron entregadas a mitigar las dolencias humanas y para becar a las alumnas pobres que no tenían medios para seguir sus carreras, todo lo que es de pública notoriedad pero que yo por primera vez lo digo, porque surge desde lo íntimo de mi alma ante la iniquidad de que estoy siendo víctima».

Indudablemente, su actividad docente le fue útil, en muchos sentidos. Lo obligó a ordenarse, a imponerse un método de vida y de estudio. Aguzó su innato sentido de lo justo. Aprendió a hacerse querer y respetar, sin apelar al halago ni a la intimidación. El roce con colegas y discípulas perfeccionó su no aprendido arte de tratar a la gente y lo indujo a manifestar su mundo interior, tarea difícil y aun penosa en constituciones psicológicas como la suya.



La década del '80 al '90 fue también la de su prosperidad económica.

Urgido a hacer fortuna antes que los tiempos llegaran y lo encontraran descuidado en ese aspecto, Yrigoyen advirtió que el trabajo rural era la actividad donde podía enriquecerse, y la más acorde con su temperamento. Tuvo suerte. Desde algunos años antes arrendaba en sociedad con su padre una vieja estancia en Estación Micheo (provincia de Buenos Aires), donde criaba ovejas. Esta estancia —siete leguas de campo flor— la arrendó hasta después de su primera presidencia, pagando un alquiler muy alto para la época: pero la gran calidad del campo compensaba la largueza del canon, con creces. Sin embargo, esta estancia sola no bastaba: necesitaba más tierras para llevar a la práctica un método novedoso y remunerador que se empezaba a usar en nuestro agro por entonces.

Con el crédito que obtuvo en un banco compró dos estancias y, poco más tarde, otra. Allí trabajó en lo que se llamaba la «invernada», consistente en comprar animales flacos para engordarlos durante el invierno en sus campos y venderlos luego con apreciable ganancia; o también, permitir que animales ajenos engordaran en campos propios por una tasa determinada.

Eran tiempos de prosperidad para la campaña. Después de la liquidación del problema del indio, y la pacificación definitiva del país, Buenos Aires, el sur de Santa Fe, Córdoba y San Luis se veían cruzadas por ferrocarriles y caminos, sembradas de nuevas poblaciones, divididas las propiedades por las alambradas. La calidad de los ganados mejoraba mediante la introducción de ejemplares importados. Los nuevos frigoríficos absorbían casi toda la producción ganadera, pagándola bien, y las pampas, antes sólo cubiertas de pastos silvestres, empezaban a renovar, año tras año, sus estupendas cosechas de cereales.

No es de extrañar, pues, que Yrigoyen lograra en poco tiempo saldar su deuda con el banco, convirtiéndose en propietario perfecto de los fundos comprados.

En el curso de su vida llegó a ser propietario de casi veinticinco leguas, distribuidas a través de las más feraces regiones del país. «El Trigo», cerca de Las Flores, en la mejor zona de pastoreo de Buenos Aires, fue de las primeras que tuvo: la hipotecó para pagar los gastos de la revolución de 1893 y como no pudo pagar los servicios acudió a la firma acreedora y manifestó que estaba dispuesto a desprenderse del campo para darlo en pago de la deuda. Pero la casa, que conocía la solvencia y seriedad de Yrigoyen, le hizo saber que no tenía ningún apuro por cobrar. Sin embargo Yrigoyen realizó una segunda hipoteca con la que pagó la primera, y como no estaba en condiciones de amortizar la segunda operación, perdió la estancia. Siempre recordó con cariño este campo, del que salió para encabezar la revolución de 1893. También fue propietario del campo «La Señá», en el departamento Anchorena (San Luis), que conservó hasta su muerte. Al advenir a la segunda presidencia, en 1928, como los gastos de la campaña política le habían creado algunas obligaciones, lo hipotecó en \$ 300 000 a una firma belga, que lo compró a la sucesión por el valor de la hipoteca. En Fraga, cerca de Villa Mercedes (San Luis) fue dueño de un campo que también conservó hasta su muerte, bien que retaceado por intrusos que se adentraron en sus lindes. También tuvo dos leguas, a poca distancia de la ciudad de Córdoba, en sociedad con un amigo, y cerca de Bahía Blanca fue dueño de «El Quemado», en condominio con su hermano Martín.

Las otras estancias que tuvo fueron arrendadas. En Norberto de la Riestra (Buenos Aires) arrendó un campo que muchos creyeron de su propiedad, pero en realidad era de una viuda que muchas veces se lo ofreció en venta a precios ventajosísimos, negándose siempre Yrigoyen a comprarlo por un prurito de delicadeza.

Estos campos y sus frutos —en dinero o en especies— representaron una fortuna de varios millones, que Yrigoyen fue aplicando casi exclusivamente a las necesidades de su partido, ya que, como hemos dicho, su vida era sencilla y exenta de lujos, aunque tenía gusto en agasajar con esplendidez a sus amigos.

De tal modo, su enorme hacienda fuese reduciendo a través de sus luchas, a tal punto que debió sobrellevar sus últimos años con ciertos apuros económicos, y su sucesión arrojó déficit. Es que Yrigoyen tenía por el dinero ese desapego típico del criollo, capaz de perder en un instante, sin un gesto, el fruto de largas jornadas. Él no era un sibarita ni un *bon viveur*. A su austeridad casi le molestaba su fortuna. Como un hidalgo castellano, de esos que arruinaban sus casas sosteniendo las huestes que habrían de luchar por la gloria de sus señores, así Yrigoyen empobreció voluntariamente en aras de sus ideales. Y, en verdad, pocas veces el fruto de un trabajo honrado habrá tenido mejor destino^[3].

Aunque sus cuantiosos intereses estaban radicados en la campaña, Yrigoyen no se instaló en ninguna de sus estancias, sino que viajaba periódicamente, alternando el estudio y la cátedra con los trabajos campesinos. Porque conviene advertir que no sólo ordenaba sino que también laboraba como el más humilde de sus peones. Lo dijo muchos años más tarde: «... trabajando en la vivificante labor de la naturaleza, siendo ésta la única fuente de todos los bienes reales que he tenido en la vida, y no tampoco mandando hacer, sino orientando, estimulando y yendo a la cabeza».

Tenía una profunda versación de las cosas del campo, y comprendía como un paisano los secretos de la tierra. Conocía las épocas propicias para cada una de las labores rurales y adivinaba el curso del tiempo enigmático, con esa meteorología intuitiva y sin yerros que el hombre de campo no puede desconocer, so pena de que la naturaleza lo venza. Sabía de los animales, de sus calidades, sus defectos, sus pestes,

sus modos de curarlos. Era ducho en la difícil nomenclatura de la hipología gaucha, tanto como en la de esas mil pilchas que sirven para la faena diaria o para gala de sus dueños.

Sin ser él mismo un gaucho, su fina sensibilidad le permitió comprender a la gente de nuestras pampas, y su personalidad, recia y mansa, logró penetrar en el afecto de quienes le sirvieron: ese afecto donde es tan difícil hallar plena acogida, porque para ello se requiere cariño, admiración, fe, respeto y confianza en proporciones sabias e imponderables.

El personal de sus estancias recibía un sueldo muy superior a los que generalmente se pagaban en aquellas épocas. Yrigoyen les daba, además, una participación en las ganancias que obtenían, según la responsabilidad y el trabajo de cada uno. Solía regalarles ropa y otras prendas, y cada vez que llegaba a la estancia venía cargado de «encargues» que le hacían los peones y que él les traía sin olvidar nada.

A veces les aconsejaba que compraran pequeñas propiedades para tener un abrigo en su vejez. «El único que no gozará de estas ventajas cuando todo esto se liquide, seré yo...», dijo alguna vez, como si presintiera que sus tierras iban a ser arrebatadas, poco a poco, por la gran pasión de su vida. En la actualidad viven todavía algunos antiguos peones de las estancias de Yrigoyen. Muchos son propietarios, y están en buena posición económica. Todos conservan muy a lo vivo el recuerdo de su viejo patrón, y se han mantenido fieles a su credo político. Uno de ellos guarda, como una reliquia, la «americana» en que él solía andar.

Difícilmente recibía amigos en sus estancias. Prefería pasar sus estadías solo, conversando con sus peones o leyendo algún libro, o simplemente cavilando, en las horas que el trabajo le dejaba libre. En los grandes momentos de su vida política Yrigoyen se recluyó en alguno de sus campos, como para encontrar inspiración y consejo en los mensajes de la tierra. Ya veremos, en el curso de nuestro relato, cómo el campo fue para Yrigoyen alivio y pausa de sus trajines.

El contacto con el agro, con sus tradiciones, con sus realidades y con sus necesidades, fue también una gran experiencia. Le reveló la existencia de gentes muy diferentes de las que él conocía, gentes que miraban la vida desde puntos de vista distintos, preocupados con problemas que no eran los de la urbe lejana, y cuyas esperanzas hubiera sido difícil imaginar de no haberlos conocido. Yrigoyen debió asimilarse a ellos, captarlos, resolver sus problemas, recoger sus aspiraciones y sus pobres sueños. Y debió, además, mandarlos, lo cual es fácil cuando esto equivale solamente a ordenar, pero difícil cuando además lo es «orientando, estimulando y yendo a la cabeza».



El relato que a través de las páginas anteriores hemos hecho de distintos aspectos de la personalidad de Yrigoyen puede hacer creer al lector que se ha tendido a idealizar al protagonista de esta verídica historia, convirtiéndolo casi en una creación novelesca, en un ente de ficción que jamás pudo existir. No es así, sin embargo, pues sólo se han referido hechos y se han descrito características de nuestro héroe con toda objetividad, si bien comprendiendo lo difícil que puede resultar en una época como la actual creer en la real existencia de figura tan poco común. Pero ahora debemos llegarnos a una faz de su intimidad que nos lo muestra con debilidades y caídas semejantes a las de todos; con pasiones y miserias que revelan su vasallaje y sumisión a la carne. Aspecto humano, demasiado humano tal vez, pero que al fin lo hace más nuestro, menos intangible, menos esfumado. Nos referimos, naturalmente, a su vida amorosa.

Conviene advertir, previamente, que sus enemigos, impotentes para atacar su personalidad pública —¿podría seriamente habersele atribuido avaricia, perjurio, corrupción, venalidad?— se cebaron ruinmente sobre esta parte de su vida, ciertamente vulnerable. Al hallar un punto débil, estos moralistas de ocasión concentraron allí sus ataques y sus calumnias. Ya que no podían hacer de Yrigoyen un ladrón ni un ambicioso, lo convertirían en un sátiro ebrio de lujuria.

Mas Yrigoyen no fue tal cosa. Fue, sencillamente, un hombre que a través de su árida misión, afrontada con plena conciencia de lo que ella suponía en cuanto a renunciamientos, sintió hambre y sed de cariño, como cualquiera, mas con la convicción de que su sacerdocio exigía el celibato, la absoluta libertad y que no tenía derecho a hacer caminar su áspero camino a ninguna mujer. Él no podía ofrecer a aquellas que lo amaran más que penas y desazones. Así, las que se le entregaron, casi sin esfuerzo de su parte, sólo por sus demoníacos poderes de seducción, se casaron con la tristeza y la soledad, pero a sabiendas, voluntariamente. Ellas supieron que su amor significaba trocar una vida de seguridades de todo orden por otra en la que los sacrificios, los sufrimientos y aun la vergüenza del repudio social serían las únicas galas de sus nupcias sombrías. Pero escogieron serenamente su penuria a cambio del amor de ese hombre: y todas ellas supieron andar por un sendero de penas hasta purificarse y redimirse por el dolor.

Por eso, porque Yrigoyen supo que su amor era fatal, no buscó ni persiguió a las mujeres. Tomó a aquellas que las circunstancias le pusieron a su mano y las sedujo sin esfuerzo. Por ser tan hombre, justamente, no se jactó nunca de sus conquistas ni habló jamás de sus hijos. Reaccionaba con violencia cuando alguien, inadvertidamente, se refería a ellos.

Pero las mujeres no jugaron en su vida un papel ni siquiera secundario. Sus íntimos le escucharon decir, más de una vez: «El amor mata o ata»... Tal vez por su personalidad dominante, quizá por la índole de su trayectoria, el hecho es que hembra alguna influyó en su vida privada, ni mucho menos en su actividad política. Sin embargo, él apreciaba su belleza y rodeó a aquellas que lo amaron de cariños y

cuidados. «Yrigoyen echaba a perder a las mujeres...», rezongaba una señora que lo conoció mucho. «Les hacía regalos, las colmaba de atenciones». Pero, sea como fuere, faltó en su vida ese detalle femenino que la embellece, que hace desaparecer lo feo y lo árido del cotidiano existir. Él no supo de eso ni de la apacible dulzura que entraña la presencia constante de una compañera a quien dedicar los triunfos, con quien compartir las penas. Su vida fue, en este aspecto como en tantos otros, de una soledad trágica y resignada.

Siendo muy joven, no más de veinte años, tuvo relaciones con un ama de llaves o dama de compañía de la casa de sus padres. La muchacha no significó nada para Yrigoyen y bien pronto se alejó de él, pero le dejó una hija que acompañaría al caudillo durante toda su vida. Yrigoyen túvola a su lado siempre. Él mismo cuidaba de ella en su infancia: sus manos torpes de solterón trenzaban sus cabellos y solía llevarla frecuentemente a su estancia. En realidad, nunca admitió tener otros hijos que ésta, Elena, «la niña», la hija fiel y obediente que se consagró al cuidado de su padre renunciando voluntariamente a cosas tan agradables como la figuración social o tan caras como su vocación religiosa.

Otra mujer que lo amó mucho fue una dama austríaca, viuda de un ameno escritor porteño. Era dueña de la estancia que Yrigoyen arrendaba en Micheo y con este motivo la conoció y la trató Yrigoyen. Cuando este formidable conquistador de hombres y mujeres entró en su vida, ella se alejó totalmente de los círculos mundanos donde brillaba por su belleza y donosura y se consagró toda entera a su amante.

Retiróse a una quinta por Barracas, no lejos de la casa de él, y voluntariamente enclaustrada vivió allí mucho tiempo en gozosa soledad. El caudillo tuvo de ella un hijo que se dedicó a la carrera diplomática.

Algunas aventuras más debió tener Yrigoyen. Se habló de sus conquistas entre sus colegas de la Escuela Normal. También de una estanciera que vivía cerca de Cañuelas y a la cual solía visitar junto con don Máximo Paz (que tenía amores con una hermana), haciéndose los dos siete u ocho leguas a caballo. Pero el gran amor de su vida, trágico y sombrío como todos los suyos, fue una muchacha a quien él conoció un poco antes de la época a que estamos haciendo referencia. De buena familia, con un tipo nórdico muy interesante, ella lo acompañó a través de esos diez o doce años tan importantes de su formación. Profundamente enamorada de su seductor, dejó casa y familia para irse a vivir, junto con los hijos que de él iba teniendo, a una casa del barrio de Palermo en la que permaneció hasta que una enfermedad pulmonar la obligó a retirarse a un lugar serrano de la provincia de Buenos Aires, donde se apagó tristemente a fines de 1890.

Ella fue la novia perenne de su larga soltería. La quiso y la rodeó de ternezas; pero no convivió con ella ni reconoció sus hijos. Seis fueron éstos, de los cuales murieron párvulos tres. Uno de los sobrevivientes se parecía extraordinariamente al caudillo: tanto que algunos radicales —¡incurable sentimentalismo radical!— se propusieron en un momento de desorientación y acefalía encumbrarlo a la jefatura del

partido, como si esa semejanza física pudiera evocar las viejas adhesiones y los antiguos entusiasmos que supo concitar su padre.



En 1889 Yrigoyen, que hasta entonces había vivido con su tío en la calle Cuyo, se instaló con su hermana en una casa de altos, en la calle Rivadavia, frente a lo que es ahora la Plaza del Congreso. Se ha pretendido que este abandono de la casa de Alem se debió a un episodio íntimo que molestó a Yrigoyen y lo distanció de su tío, pero la verdad es que ambos siguieron en esa época frecuentándose mutuamente.

Por su método de vida, por sus nuevas posibilidades económicas y por su temperamento, Yrigoyen no podía seguir en casa ajena como pariente pobre. Sus mismos amoríos lo obligaban a vivir con cierta independencia. Por otra parte, fue proverbial en esos tiempos la fraternal solidaridad entre Alem y sus sobrinos. Unidos por el común recuerdo del viejo Leandro, empeñados en superar el prejuicio social que sobre ellos pesaba, tío y sobrino lucharon de consuno para abrirse paso en la vida. Alem protegió generosamente a los hijos de su hermana, y ellos estrecharon filas alrededor de su tío, orgullo y esperanza de la familia.

Un tiempo antes de que Yrigoyen se retirara de la casa de Alem ocurrió un suceso que lo afectó mucho. Su hermano Roque, que corría con los intereses de la familia y parece haber tenido extraordinarias condiciones de caudillo, falleció después de una larga enfermedad. Yrigoyen se impresionó mucho, y durante un tiempo se encerró más aun en su mutismo y ensimismamiento. Hubo de sufrir también una profunda crisis religiosa. Poco se sabe de esto, porque los aspectos subjetivos de su vida han sido siempre poco conocidos. Pero se sabe, en cambio, que durante la enfermedad de su hermano intimó grandemente con dos amigos de Roque que también lo asistían: Carlos Pellegrini y Roque Sáenz Peña, futuros presidentes de la Nación, los dos, que desde entonces distinguieron y apreciaron mucho a Hipólito a pesar de sus diferencias políticas. La amistad de Yrigoyen con ambos personajes tuvo más tarde una extraordinaria importancia en la política nacional.

2 ...DEL PAÍS

Mientras el hombre buscaba incansablemente su camino y las circunstancias externas y personales íbanse misteriosamente conjurando para preparar su advenimiento, también el país trataba de encontrarse a sí mismo.

Pero el país estaba lanzado por una pendiente peligrosa que podía llevarlo a desvirtuar totalmente su tradicional manera de ser.

La prosperidad, la *civilización* que Sarmiento había empezado a imponer, estaba

ahogando el espíritu de la Patria vieja. En verdad, las presidencias de Roca y Juárez —1880 a 1890— fueron una maligna deformación, una caricatura de la de Sarmiento, con todos sus aspectos malos exagerados y sin ninguno de sus aciertos. El viejo lo sabía, y tal vez se sentía en parte responsable de esto; por eso, durante este período de su vida se mantuvo en permanente trance agonista, pugnando con sus músculos ciclópeos por detener aquello que había desatado durante su gobierno: ¡Anciano e impotente aprendiz de hechicero...! Porque ahora ya no se trataba de la aventura de la civilización, llevada a cabo heroicamente entre mil penurias y riesgos. Ahora eran los caminos fáciles de un progreso desbocado de orientación ética, de la sensualidad, del descreimiento en todo lo que no fuera materialismo. En la década que describimos —durante la cual se afirmaron definitivamente las bases de nuestra actual estructura crematística—, los instrumentos de producción y distribución de la riqueza quedaron, preferentemente, en poder del capital extranjero y de un círculo más o menos cerrado de nativos, sin desconocer por cierto que amplios sectores de la población se beneficiaron con la creciente circulación de los bienes.

Así, el progreso no era del país, sino de la oligarquía gobernante y sus aparceros británicos. Sin embargo, de este progreso ajeno e impuesto se hizo un dios fenicio ante el cual todo debía ser sacrificado: soberanía popular, autarquía económica, sistema federal, solidaridad americana. «Una política material como pragmatismo de emergencia —expresa Del Mazo— así fuera oligárquica, pero con conciencia de su precariedad, habría podido tener una prospectiva. Pero vigorizados y hasta consagrados sus lemas por varias presidencias, desembocó en la pretensión de convertirse en una doctrina básica del Estado, doctrina de su fin permanente».

La justificación que intentaban los beneficiarios de tal régimen dejaba entrever sus intenciones de perpetuarlo. Pero llevar adelante un orden de cosas como éste significaba prescindir enteramente del pueblo: no sólo por resultar éste el principal damnificado, sino porque gran parte de la nueva armazón político-económica basábase en el progresivo aplastamiento y sustitución del elemento nativo por las grandes camadas inmigratorias de mentalidad aún no arraigada, trabajo barato y voto fácil.

Se perfilaba, pues, un doble proceso de alejamiento del país por parte de sus propios directores. Uno, al prestarse a que entes extraños controlaran la riqueza nacional y la usufructuaran en su provecho. Otro, al declarar al pueblo incompetente para gobernarse, sustituyendo las viejas, rudimentarias formas de la democracia y la república por un régimen oligárquico cada vez más insensible a los grandes problemas argentinos.

Y todavía podía agregarse a éstos el desarraigo en el orden cultural, cuyas expresiones se revelaban como impotentes para manifestar lo nacional —su realidad, su pasado, sus esperanzas—, embobados como estaban, quienes las producían, en temas y formas extrañas. Procesos éstos, por otra parte, idénticos a los que padecieron por estas calendas otros pueblos de América sometidos a fórmulas

semejantes bajo rótulos diferentes.



Fue legendaria la prosperidad de aquella década. La Nación vivía alucinada la peripecia del progreso. Más de un millón de inmigrantes llegaron en esos diez años, cantidad tal vez excesiva para una población que no excedía por entonces de los tres millones y medio, y cuyas características no estaban todavía lo bastante fijas y maduras como para prevalecer en el choque con la irrupción de extranjería. Las obras y servicios públicos crecieron gigantescamente. Los ferrocarriles saltaron de 2300 a 9200 km. La renta nacional subió de diecinueve a treinta millones de pesos. El intercambio comercial, de ciento sesenta y cinco a doscientos cincuenta y cinco millones. Quinientos millones de pesos oro estaban invertidos en el país.

Había terminado para siempre la Argentina elemental y bravía y surgía impetuosamente un país a la europea que se esforzaba por eliminar sus últimos rasgos criollos.

La ciudad de Buenos Aires, ahora patrimonio de la Nación, recibió una verdadera inmigración interna proveniente de las provincias, cuyos hijos acudían a estudiar en su Universidad o a ocupar los empleos nacionales de que les hacían gracia los dos presidentes provincianos que gobernaron durante esos diez años. La orgullosa aristocracia porteña asistió sin rencor a esa pacífica conquista de su ciudad por los provincianos, y bien pronto fuéronse enlazando sus familias con las viejas estirpes de la tierra. La antigua rivalidad se iba olvidando, y en la ciudad de todos se iba formando calladamente una sólida conciencia de unidad nacional, mucho más compacta que la que Mitre había impuesto en Pavón, veinte años antes.

Buenos Aires iba transformándose también en el aspecto material. Ya no era una «gran aldea»: ahora estaba adquiriendo todas las apariencias de una capital del Viejo Mundo. Las casonas coloniales del antiguo barrio sur, el preferido de las grandes familias porteñas, fueron reemplazadas por lujosas mansiones muy estilo francés. Nuevas avenidas se abrieron, se construyeron paseos y parques, y se empezaron a edificar los principales edificios públicos. Pero, al lado de la ostentación casi insolente de esa fácil riqueza, florecían también inmundos «conventillos», casas de inquilinato donde se hacinaban en promiscuidad inhumana centenares de personas. Y esto es algo típico de aquella época —y no sólo de aquélla—: esa convivencia de la extrema riqueza con la miseria extrema, expresiones de prosperidad y bienestar ocultando apenas situaciones que constituían mudas acusaciones contra un sistema falso y artificial.

Las estancias dejaron de ser escenario de rudas faenas y entrenamientos bárbaros, vigías del indio y la montonera: ahora íbanse convirtiendo en establecimientos científicamente organizados para la explotación agrícola-ganadera. La exportación de

cereales, que se había iniciado durante el gobierno de Avellaneda, fue pronto uno de los rubros más importantes de la balanza comercial. También la carne congelada empezaba a ser un renglón de peso en nuestra economía; se exportó por vez primera en 1877, y en 1885 se instaló el primer frigorífico. Superada la época del saladero, los ganados se refinaban y la hacienda criolla —magra y guampuda— era gradualmente sustituida por las especies europeas precoces y poco rústicas.

Industrias audaces se instalaban en las grandes ciudades. Y los obreros que en ellas trabajaban diez, doce horas diarias, empezaron a agremiarse y a bregar tímidamente por la mejora de sus condiciones de labor. Surgían nuevas fuentes de trabajo. En Tucumán la secular explotación de la caña de azúcar tomaba un auge extraordinario. En Mendoza las vides caseras y los parrales de huerta se extendían en filas cada vez más largas, creando una industria vitivinícola de gran porvenir. Se construían puertos; el de Rosario exportaba la producción de las praderas santafecinas y cordobesas.

Un nuevo *savoir vivre* se adueñaba de los sectores dirigentes del país. La oligarquía iba deviniendo plutocracia. La manera de vivir hispanocriolla cedía paso a usos y costumbres más acordes con las comodidades que otorgaba la nueva riqueza. El vigor y unidad de la familia, la religión presidiendo todas las etapas de la existencia, el vivir sencillo y sin complicaciones, el llamar las cosas por su nombre, aun esa cualidad tan simpática de nuestro pueblo de apasionarse por la cosa pública y ventilar a grito herido los problemas comunes —cualidad ésta especialmente notable en Buenos Aires, la «Atenas del Plata»— todas estas características tan argentinas fueron aletargándose durante esta década. Los gobiernos alentaron esa despersonalización, coadyuvando a que las masas inmigratorias encontraran un país en estado de conquista y no un pueblo homogéneo que ansiara realizarse auténticamente con el esfuerzo amigo de los recién llegados.

De este modo fueron sancionadas leyes que arrancaban de cuajo las hondas raíces católicas de la nacionalidad, destruyendo elementos espirituales que eran —cuando menos— bases comunes para futuros desenvolvimientos y factores de unidad sentimental. Un lujo de nuevos ricos enmarcó las exteriorizaciones gubernativas, y el boato inútil y el despilfarro pusieron notas de rastacuerismo en los telones exteriores, mientras en el interior del país pueblos olvidados yacían en creciente pobreza.

Al amparo de la nueva era una generación de literatos se hizo presente en el campo intelectual. Habían pasado ya las épocas en que los libros debían escribirse entre peregrinajes de destierro —como el *Facundo*— o angustias de raza vencida —como el *Martín Fierro*—. La llamada «Generación del 80» escribió mucho y en su tiempo deleitó, pero no significó nada en cuanto contribución al análisis y a la búsqueda de la entraña argentina. Pudieron escribir en francés, por ejemplo, y sus obras serían igualmente deliciosas e intrascendentes. Salvo alguna novela al estilo de Zola que intentaba fotografiar el Buenos Aires de entonces en su asombrosa transformación, ninguna obra de la época trató de bucear en su realidad temporal y

por eso han pasado. En cambio, los grandes libros bárbaros perviven y siguen teniendo permanencia en sus anhelos, como que fueron escritos con dolor y ansiedades patrióticas.

La «Generación del 80» tradujo literariamente el fácil patriotismo de una clase que creía estar asistiendo a la construcción de su país, realizada en la mejor forma imaginable; en realidad, estaban colaborando —algunos inconscientemente, otros a sabiendas— en la elaboración de estructuras perversas, estaban sirviendo a oscuras potestades.

En esta imposición de nuevas formas culturales fueron desplazadas hasta las expresiones rudas y populares del arte. Cadencias y ritmos consustanciados con nuestras gentes y nuestras cosas fueron sustituidos por notas extrañas. Ésta fue la época en que los postreros trovadores de la Pampa enmudecieron sus violas. ¡Qué iban a cantar, los pobres...! Ellos eran Santos Vega, ellos decían de las cosas buenas y sencillas de la tierra: no eran ciertamente el Malo, que cantó al progreso y la riqueza en la payada legendaria...



Pero si la década del '80 hubiera significado únicamente esto, si sólo hubiera sido una transformación física de la fisonomía tradicional del país, no podría ser por ello criticable. No caben argumentos sentimentales frente a la inmutabilidad de las leyes económicas, y, en todo caso, lo doloroso del cambio hubiera estado en cierto modo compensado por las ventajas de las nuevas adquisiciones.

Sin embargo, sucedió que el nuevo orden instaurado era, además, sustancialmente maligno, puesto que entrañaba el despojo de la riqueza nacional.

El desgarramiento de atributos esenciales y típicos de nuestro pueblo vino, pues, como una consecuencia lógica de este proceso, junto con el desprecio por lo criollo y lo popular.

Porque aun aquellas cosas que en su hora habían sido introducidas en el esquema económico-social del país como presuntos instrumentos de progreso fueron resultando por esos tiempos sólo factores de exclusivo enriquecimiento para sus dueños, y a veces llegaron a desquiciar las primitivas organizaciones crematísticas nativas o a empobrecer tradicionales emporios de riqueza.

El ferrocarril, por ejemplo.

Los campeones de la civilización habían pugnado para que los rieles cruzaran las pampas vacías suponiendo que ello bastaría para que el progreso tocara con su varita mágica la fisonomía aún arisca y montaraz del país. En muchos sentidos, naturalmente, el ferrocarril significó un adelanto para la Nación. Pero, protegidos por privilegios excesivos, atentos únicamente a sus dividendos y sin amor por la tierra que a la vez enriquecían y expoliaban, los empresarios no tendieron sus caminos de hierro por las viejas rutas del tráfico interior ni trataron de unir entre sí las regiones económicas del país.

Así pudo suceder que zonas enteras quedaran desvinculadas —en el aspecto comercial primero, en lo espiritual subsiguientemente— por la ruina de la industria vernácula del transporte a sangre que las hacía

depender del ferrocarril, muchas veces caro o incómodo. Hoy, a casi cien años de haberse tendido el primer riel, todavía no hay un camino de hierro que una las cuatro capitales andinas, o las provincias de Cuyo con el Norte argentino, o la Mesopotamia con Cuyo. Es que no se trataba de vincular las zonas del país que por su distinta producción pudieran beneficiarse con el intercambio ni se pretendía abrir rutas sobre las naciones hermanas, con las cuales requiérese tener comunidad de intereses para poder afirmarse luego en comunidad de ideales. No. Las líneas férreas del país iban formando sobre el mapa un sector de círculo cuyos tupidos rayos convergían sobre el centro: el puerto de Buenos Aires, donde los cereales y las carnes transportadas se volcaban en las hambrientas bodegas de ultramar. Ésa era —y sigue siendo— el concepto de la política ferroviaria; un embudo que se ensancha sobre las regiones feraces, para achicarse y volcar su contenido en la rada.

Actualmente hay zonas argentinas que están notoriamente arruinadas por el ferrocarril. Zonas de humildes pero florecientes industrias que no pudieron dar salida a sus productos debido al flete exagerado que exigía el ferrocarril, monopolizador de hecho de todo el transporte. En otras regiones, pueblos enteros de existencia secular fueron abandonados por su población, por haberlos dejado el riel de lado en su itinerario.

Es que el trazado del recorrido se hacía a base del «plan del progreso», y no del «plan tradicional», como anota Bernardo Canal-Feijóo refiriéndose a su provincia con palabras que pueden aplicarse a toda la realidad del país: «El mapa civil y económico cuajado en tres siglos de existencia lenta y probada, no contaba para el ferrocarril: tal era, pura y simplemente, la verdad. Éste traía consigo una razón o una finalidad propia a cuya luz la historia de tres siglos, la historia vivida parecía resultar equivocada o inútil. Era visible que el trazado de la línea no venía a servir motivos de la región; cuando menos, los motivos a que estaba radicalmente comprometido el hombre regional; traía su propia razón, que incluía dos partes, la del capital de explotación y la que era prometida entonces, por mecánica añadidura, bajo el nombre de progreso».

Todo esto, en lo referente a los ferrocarriles de capital privado, británico en su mayor parte. El Estado argentino —nacional o provincial— trató en un principio de contrarrestar la actividad puramente comercial y lucrativa de las empresas inglesas ayudando a construir o construyendo él mismo líneas con fines de fomento y mínimas pretensiones de ganancias. Así, la primera vía férrea que se tendió en el país librada al servicio en 1859 por una sociedad anónima integrada por capitales exclusivamente nacionales, fue expropiada en 1862 por el gobierno de la provincia de Buenos Aires y explotada con inmejorable éxito durante casi treinta años. Modelo de servicios, con fletes mucho más bajos que los de los ferrocarriles particulares y alentando generosas ansias de expansión hacia Chile, este ferrocarril constituyó un exponente de la capacidad de nuestras fuerzas creadoras. Pero más tarde cuando el Régimen empieza a crear sus estructuras, se va imponiendo la consigna meteca de que el Estado es mal administrador y no debe tener a su cargo ningún servicio público. Y así, en 1889, sin que ninguna urgencia financiera obligara a tan monstruosa operación, el gobierno de la provincia de Buenos Aires se desprendió de la propiedad de aquellos 1200 kilómetros de rieles argentinos, y los entregó por una nonada a un consorcio británico. Lo mismo hizo poco más tarde el gobierno nacional con el Ferrocarril Andino.

Los hombres sencillos y virtuosos de la tierra intuyeron la estafa y la entrega bajo las palabras grandilocuentes y las cifras incomprensibles. La intuyeron y la repudiaron. Leandro Alem fustigó en 1874 en la Legislatura un proyecto de enajenar el Ferrocarril Oeste que por entonces no prosperó, porque las defensas nacionales todavía no se habían relajado, como ocurrió después.

Durante mucho tiempo nuestra política ferroviaria se dirigió con este criterio. Ya tendremos oportunidad de admirar la genial visión y el amplio sentido americano con que Yrigoyen encaró el problema, primera vez que en nuestro país al transporte sobre rieles se le atribuyó una función de servicio público antes que de interés particular.

Lo mismo pasó con la propiedad de la tierra. En un país como el nuestro, cuya economía se basaba principalmente en la producción agraria y donde el suelo se ofrecía en enormes extensiones mostrencas, parecía lógico entregar la tierra progresivamente a manos de pequeños propietarios para lograr así un doble propósito: evitar los latifundios improductivos sustituyéndolos por la chacra o la colonia y crear una población apegada a la tierra, cuyo papel en la vida societaria suele ser conservadora de las grandes tradiciones nacionales y plena de sentido

común y realismo.

Pero ello no ocurrió.

El Régimen instalado desde 1880 repartió la tierra con prodigalidad a clientes y entenados. Imitando el ejemplo de Rosas, se premió con suertes de tierra a los expedicionarios del desierto, pasando a manos de éstos (y en seguida a la de especuladores alertas que compraban los títulos a precios ridículos) no menos de 5500 leguas. Por diversas leyes sancionadas a través de esos años, treinta millones de hectáreas fueron entregadas a particulares.

Así pudieron formarse enormes latifundios, pertenecientes muchos de ellos a compañías extranjeras, que instauraron verdaderos feudos en sus posesiones. La Patagonia, particularmente, fue coto cerrado donde dos o tres empresas contaban con policía propia, leyes particulares y un poder superior al del mismo Estado. Allí las ganancias se lograron por medio de la compra de los funcionarios nacionales, que debían cerrar los ojos ante la iniquidad y el crimen, y a base de la explotación y la eliminación física de los indios, por la entrega de cuyas degolladas cabezas llegaron las compañías a pagar premio. No se conoce aún la historia trágica de la Patagonia. Los que pudieron difundirla fueron blandamente silenciados; y alguno, más valiente, que la escribió fue asesinado en circunstancias misteriosas y su libro retirado de la circulación...

La responsabilidad de esta ignominia corresponde exclusivamente al Régimen. Su legislación posibilitó la formación de estos imperios: sus grandes bonetes dejaron impunes e ignorados esos delitos. La legislación de tierras sancionada en este período retrasó por muchos años las posibilidades económicas del país. Dice Cárcano de la ley de 1882, que «fue un retroceso en la legislación de tierras, porque no encerraba un propósito practicable de población y trabajo... La causa inmediata de esta ley fueron las propuestas al gobierno de grandes empresas capitalistas, que deseaban adquirir campos con mayores facilidades que las establecidas en las leyes vigentes».

Se abandonó la colonización oficial que Urquiza y Sarmiento habían propugnado. Los inmigrantes llegaban a roturar la tierra, pero se encontraban con el campo cerrado. Las consecuencias de tal sistema perviven hasta hoy. En la actualidad, sólo uno de cada 34 habitantes de la campaña es propietario de la tierra que trabaja. El 70% de los campesinos está formado por arrendatarios, es decir, hombres sin apego al predio ajeno que ellos explotan precaria y bárbaramente, sometidos a un sistema legal que es fuente de permanentes conflictos y víctimas de los intermediarios —llámense éstos gobiernos o consorcios particulares— que les son indispensables para vender sus productos.

Bien pudo expresar Yrigoyen en 1929 que «la historia de lo acontecido con la tierra pública mantiene una acusación ilevantable sobre los gobiernos del pasado» al ser «enajenada a precios viles sin plan ni concierto, sustrayéndola a sus convenientes destinos económicos para hacerla servir de base a los extraordinarios enriquecimientos privados que se obtuvieron a expensas de la fortuna nacional».

Al asumir Roca el poder no había en el país otro partido que el suyo. El Partido Autonomista Nacional no era en realidad una fusión de ambas corrientes políticas, como parecía sugerirlo su nombre, sino la unión de sendas fracciones de los mismos. Muchos autonomistas, como Alem y Del Valle, se alejaron del nuevo partido, y la mayoría de los nacionalistas, con Mitre a la cabeza, desertaron de las luchas cívicas. Dueño de la hegemonía política por abandono de los posibles contrincantes, el Partido Autonomista Nacional tenía las situaciones de todo el país, y las agitaciones políticas que ocurrían no fueron más que pujas internas entre hombres que eran, en última instancia, correligionarios.

Por esos años sólo esporádicamente surgió algún conato de oposición, cuando determinada medida del gobierno hirió intereses o sentimientos poderosos. Así, la sanción de las leyes organizadoras del estado civil y la enseñanza despertaron resistencia en amplios sectores de la opinión. Asimismo, la imposición por parte de Roca de un sucesor impopular determinó que elementos políticos de poca afinidad se

nuclearan precariamente para resistirla. Pero ninguna de esas reacciones fue duradera ni tuvo posibilidad de trascender, aun por el mismo hecho de lo circunscripto del motivo determinante. Así gobernó durante aquellos tiempos el Partido Autonomista Nacional con Roca como jefe indiscutido, exhibiendo orgullosamente la prosperidad que iba adquiriendo el país, la tranquilidad, el orden y el apaciguamiento de las antaño enconadas luchas electorales. Época, al parecer, verdaderamente octaviana.

Pero las apariencias no concordaban con la realidad. Aparte de las características que hemos señalado en el proceso económico-social, en lo político se estaba marchando hacia un despotismo ilustrado, al servicio de la oligarquía y con total prescindencia del pueblo. Las presidencias anteriores se habían desenvuelto a través de luchas que a veces traspasaban el campo cívico para llegar al entrevero y la patriada; pero esto connotaba, por lo menos, una voluntad popular de intervención activa en la cosa pública. Podría haberse orientado este sentimiento enseñando a la ciudadanía a interesarse por los problemas comunes; pero desde la asunción del poder por Roca, la peripecia política se escurre de manos del pueblo y es exclusivamente controlada por la oligarquía, es decir por el Presidente. Porque ahora el Presidente era todopoderoso. Ningún gobernador podría oponérsele después de la federalización — prácticamente, la presidencialización— de Buenos Aires y el desarme de las milicias provinciales. Dueño el gobierno nacional de enormes recursos financieros, sembradas todas las provincias de las guarniciones del ejército a sus directas órdenes, el Presidente unía a estos poderes la jefatura del partido gobernante.

Así inauguró Roca su sistema centralista y autoritario, que concluyó de hecho con las autonomías provinciales y encumbró en cada bajalato núcleos adictos que se repartieron las gangas del poder. Los atrios dejaron de ser escenario de ardientes luchas, para convertirse en teatro de mecánicas representaciones electorales. Acabaron aquellas asambleas partidarias tempestuosas donde a golpe de coraje se ganaba una candidatura: ahora las listas se designaban a través de medias voces o silencios expresivos. En el Congreso no se perturbó la instalación del Régimen: sabían los legisladores que su prebenda debíase al Único y que ella duraría en razón directa de su buena conducta y su fidelidad al círculo gobernante.

Hubo, justo es decirlo, amplia libertad de opinión, y no fueron pocos los espíritus responsables que advirtieron al país el peligro a que lo conducían las nuevas formas políticas y económicas. Sarmiento, ya acezando en las angustias de la muerte, denunciaba todavía las corruptelas del roquismo, sus repartijas, sus errores. Pero el decorado pimpante de la década del progreso se metía por los ojos a los directores del país. Las posibilidades de enriquecerse eran muchas y muy accesibles, y la política estaba conducida enérgica y mañosamente por Roca. Nadie quería lanzarse a una lucha que, a más de estéril, parecía perjudicial al país. Había que dar al extranjero una sensación de paz y orden para que los empréstitos no se mezquinaran, para que los inmigrantes no se acobardaran, para que no huyeran los capitales, aun a costa de cosas muy caras que se habían conquistado con mucho esfuerzo.

Tal ocurrió con don Bernardo de Irigoyen, esperanza de los sectores menos reaccionarios del Partido Autonomista Nacional, cuya candidatura a la sucesión de Roca quisieron lanzar en 1886 Alem, Del Valle y otros. Se trataba de impedir que Roca transmitiera el poder a su concuñado Juárez, liberal, vanidoso, impopular y tal vez moralmente no muy íntegro. La prestigiosa candidatura de don Bernardo hubo de cuajar; pero cuando el prócer cayó en cuenta de que el Presidente no lo apoyaría a él sino a su pariente declinó la lucha y abandonó a sus amigos.

Entró, pues, a gobernar Juárez con el mismo círculo de Roca, bien que no tardó en repetir esa ley histórica que manda al favorecido a abandonar, una vez triunfante, a quien lo encumbró. Las jerarquías gobernantes ascendieron entonces desde el Juzgado de campaña hasta la Presidencia de la Nación en inalcanzables dimensiones kafkianas y con iguales características de rapiña y avidez, de desprecio hacia lo popular, de malquerencia contra los contados opositores, de adulación al inmediato superior. La austeridad republicana, el concepto de la función gubernativa como servicio y responsabilidad, desaparecieron.



Ahora sí reinaba en el país un clima de negociado y coima. Si el gobierno de Roca había guardado ciertas apariencias, el de Juárez se echó sobre la riqueza nacional con desenfado, impudicamente. Había muchos negocios productivos, pero como el de gobernar, ninguno. La venta o el arriendo de obras públicas constituyó una fuente de succulentas propinas. Las Obras Sanitarias de la capital, la venta de tierras, la enajenación de los ferrocarriles, la conversión de los servicios de empréstitos exteriores de papel moneda a oro, fueron en su época sonoros escándalos que no afligieron ni enmendaron a los hombres del gobierno. La quimera ponía reflejos amarillos y fríos en todos los ojos.

Se jugaba desenfrenadamente a la Bolsa. El gobierno garantizaba ganancias a toda clase de explotaciones; y entonces florecían los fundadores profesionales de empresas imposibles, engatusando a los compradores de acciones y haciendo tira y afloja de coimas y porcentajes en los despachos ministeriales. Corría el dinero. Los créditos concedíanse a cualquiera. Los bancos provinciales empapelaban el país con billetes sin más garantía que la de la Nación, que no controlaba estas emisiones sino muy superficialmente.

Eran momentos decisivos para salir de pobres. Todos especulaban. Los guerreros del Paraguay o del desierto empeñaban sus chafalonías para intentar el último golpe de suerte. Profesores, profesionales, eclesiásticos, horteras, todos caminaban por estupendas posibilidades de riqueza y miseria. En esas condiciones ¿quién sería el tonto que tratara de hacer oposición al Régimen...? ¿Quién denunciaría el negociado, el robo, la coima...?

¡Década del Ochenta! ¡El año verde! ¡El país sin indios ni montoneras que pugna por realizarse! ¡La oligarquía que hincha la bolsa a reventar! ¡El galleguito y el gringo que llegan a hacer la América! ¡Los señores del universo que se reparten el país provisto, al otro lado del mar! ¡Años de prosperidad, de rastacuerismo y de narcisismo! ¡El corte de mangas a la Patria vieja! ¡Oro y acciones al portador!

III

LOS TREINTA AÑOS SECULARES

1. LA INTRANSIGENCIA

I

Y así llega el año '89.

Sucedió que unos jóvenes vinculados al oficialismo creyeron oportuno demostrar su adhesión al Presidente. Lo hicieron, en efecto, pero tuvieron el poco tino de titularse públicamente «incondicionales» de Juárez. La palabreja, más que el acto en sí, provocó el repudio de algunos muchachos porteños de cierta figuración universitaria y social, que días más tarde organizaron como respuesta una vibrante asamblea. Así se dejó constituida la «Unión Cívica de la Juventud» como núcleo de oposición al gobierno.

El acto independiente habíase realizado en su preciso momento, y por ello tuvo amplias proyecciones en el tiempo y en la política argentina. En efecto, la crisis económica que día a día se tornaba más inevitable estaba provocando un malestar creciente. La especulación, la inflación monetaria, la desvalorización del peso papel y el creciente drenaje de oro estaban creando un nervioso clima de inseguridad económica que se traducía en un sentimiento general de irritación contra el gobierno y especialmente contra Juárez, acusado de lucrar con estupendos negociados.

Ciertamente la crisis se debía a causas determinadas por la coyuntura económica que el país vivía en ese momento, pero también había culpa del gobierno, que se había confiado excesivamente en su potencialidad y se había embarcado en gastos presupuestarios muy gravosos, comprometiéndose, además, a pagar en oro los servicios de empréstitos anteriores y a garantizar dividendos mínimos a una cantidad de empresas de toda índole.

Esta situación se completaba en lo político con las características que hemos

señalado en el capítulo anterior, bien que agravada la situación por la pretensión de Juárez de imponer un sucesor absolutamente impopular y, para peor, cordobés, lo cual hería el sentimiento porteño y lo enconaba aun más contra el Presidente.

Con tales antecedentes no ha de extrañar que la convocatoria de la muchachada tuviera amplio eco. Era la primera vez en casi diez años que se alzaba decididamente una tribuna contra el gobierno. Núcleos opositores habían existido siempre, aunque reduciendo su grito a las tertulias y las sobremesas. Cuando Roca finalizaba su período intentó coordinar las fuerzas que se le oponían, pero el esfuerzo se hizo con frialdad y desconfianza, y el ambiente no era todavía propicio.

Pero ahora sí. Los errores de Juárez eran muy grandes, y lo peor era que él mismo, rodeado de una corte de adulones o interesados, no lo sabía. A la inversa, las divisiones que antes habían separado a los adversarios del régimen imperante estaban desapareciendo insensiblemente por obra del tiempo y por la fuerza de la reacción antijuarista.

Todas esas circunstancias hicieron posible que el acto de la juventud —1.º de setiembre de 1889— congregara a ex republicanos y mitristas, masones y católicos, viejos patricios y mozos sin actuación política, como una manifestación del unánime repudio que merecía el juarismo a las fuerzas independientes.



La nueva organización contó bien pronto con el apoyo de las crecientes fuerzas opositoras. Se instalaron clubes parroquiales en Buenos Aires y se organizaron filiales en Salta, en Corrientes, en La Plata y Entre Ríos. Después de diciembre se reorganizó, creándose una Junta Consultiva donde se dio cabida a personalidades de dimensión nacional —Mitre, Goyena, don Bernardo de Irigoyen, etc.—. La Unión Cívica perdió así su sentido como expresión de mocedades insurgentes, pero ganó en fuerza y representatividad al aglutinar sin distinción de edades todos los matices de la oposición contra Juárez.

Porque es de notar que, fuera de los propósitos que alentaba de moralizar la administración y posibilitar el sufragio libre, la Unión Cívica no condenaba el Régimen como tal sino tan sólo la gestión gubernativa de Juárez y su círculo. Algunos cívicos habían colaborado con Roca. Muchos, especialmente los mitristas, se beneficiaron con la nueva estructura económica y eran banqueros, terratenientes, miembros de los directorios locales de empresas extranjeras. Ellos querían, simplemente, un estado de cosas donde existiera menos autoritarismo, más decencia administrativa, más respeto por la opinión, pero no pensaban tocar nada de lo existente en otros terrenos. Tal vez los únicos que envolvían en su repudio a todo el Régimen eran los del ala de Alem.

Alem fue invitado desde el primer momento a ocupar un lugar preponderante en

la Unión Cívica. ¿Quién podría tener más autoridad moral que él para condenar las corruptelas del juarismo? Alem arengó a los muchachos el 1.º de setiembre y quedó consagrado ese día como el conductor más popular de la oposición. Buenos Aires no había olvidado al defensor de su autonomía, pese a los diez años de enclaustramiento que él mismo se había impuesto.

En cambio Yrigoyen no entró al principio en el movimiento, a pesar de los requerimientos de su amigo Del Valle. Él asistió desde su retiro al espectáculo de la aparición del Régimen. Habíale pesado la responsabilidad que en parte pudo caberle y repudió el nuevo orden gubernamental intensamente con todo ese callado ardimiento de que era capaz. Sabía que Juárez no era el único culpable y que no bastaba derribarlo para que el estado del país variara: se imponía un cambio radical. Por eso le disgustaba que se hiciera una cuestión casi personal de la lucha contra el Presidente.

Cuarenta años más tarde Yrigoyen recordaba su posición ante la revolución del '90 con estas palabras: «Cuando la descomposición estalló con todos los descreimientos y sin reatos algunos, constituyéndose en régimen y volcándose en él las agrupaciones y todas las tendencias partidarias en una unidad usufructuaria sin reparo alguno, me recogí a meditar sobre el problema que tan inaudito atentado presentaba a la consideración del juicio supremo de la patria, profundizando e ilustrando mi espíritu en todo cuanto debiera en su hora dar la solución. Esa tarea abarcó todo el tiempo corrido desde el '80 al '90, y al aparecer las concitaciones públicas que sobrevinieron, e incorporarme a ellas, dije a la alta dirección de la que formaba parte, que no concurriría a la acción pública para cambiar un gobierno por otro, *sino en pos de una primordial transformación que consideraba indispensable*».

Además, desconfiaba de los nuevos opositores. En la Unión Cívica había hombres sinceros, jóvenes idealistas y viejos luchadores, pero al lado de ellos también militaban hombres que habían sido hasta ayer los beneficiarios del Régimen y aun responsables muy directos de la actual situación.

¿Qué acción positiva podría hacerse —pensaba— con esa coalición de elementos heterogéneos, cuyo único vínculo común era la oposición a Juárez?

Por estos motivos no intervino Yrigoyen mayormente en la organización de la Unión Cívica, aunque miró con simpatía ese esfuerzo en el que andaban metidos todos sus amigos; y permitió que su nombre figurara como Presidente honorario del comité local de General Alvear, en la provincia de Buenos Aires.



En los primeros meses de 1890 la situación financiera se agravó sensiblemente. El oro subía en forma espectacular y los billetes con que los bancos provinciales empapelaban el país eran rechazados por todos. La inflación traía su secuela de angustia y necesidad. Las quiebras en el comercio asumían caracteres de epidemia. El gobierno se veía en figurillas para servir la deuda exterior en metálico. Ese 1.º de mayo fue el primero que miró con asombro flamear de banderas rojas y gritos de reivindicación obrera por las calles porteñas.

Los cívicos continuaban su organización estimulados por el creciente malestar popular. El 13 de abril se realizó un acto en el Frontón Buenos Aires, que terminó con una gigantesca —para esos tiempos— manifestación, cuya fuerza y entusiasmo inquietó por vez primera al círculo oficialista. Tres días antes había renunciado el gabinete, y los nuevos ministros parecían una promesa de rectificación por el hecho de no pertenecer tan estrechamente como los anteriores al círculo palaciego.

Pero ya era tarde. La revolución estaba en marcha. Era lógico que ello fuera así. Ya hemos expresado que sólo había un propósito común en la Unión Cívica: el repudio a Juárez. Pero a éste no podía derribárselo por el voto popular, ya que el comicio era una farsa y todo su mecanismo —inscripción y depuración del Registro Cívico, autoridades de las mesas electorales, fuerza pública, escrutinio, etc.— estaba controlado por el oficialismo. Tampoco era factible eliminarlo por el medio constitucional del juicio político, porque el Congreso estaba integrado por hombres atados a compromisos e intereses.

La Unión Cívica, pues, sólo podía terminar con Juárez por la revolución armada, y urgentemente. Ya existían controversias en su seno: Mitre se mostraba frío en su colaboración y a mediados de mayo se fue a Europa, prestando antes su tácita aprobación para el alzamiento. Don Bernardo no trabajaba como se había esperado, y los católicos, con Estrada y Goyena a la cabeza, exigían que se proclamara un candidato a Presidente como paso previo a cualquier plan. En este estado solo un gran objetivo podía suavizar estas diferencias. Alem lo vio así y comprendió que el único modo de sacar al país del atolladero era lanzándose a la revolución. Y desde el mitin del 13 de abril, ungido ya Presidente de la Unión Cívica, empezó a trabajar en este sentido.

No duraron más de cuatro meses las tareas conspiradoras. La revolución estaba en la calle y no faltaba más que encauzarla. Un grupo de militares ofreció espontáneamente su colaboración a la Junta Revolucionaria que el mismo Alem presidía. Hombre a hombre, se iban seduciendo con rapidez cuadros enteros de oficiales. El tribuno de las grandes jornadas populares vivía con intensidad. Alma de la conspiración, trabajaba febrilmente día y noche, asistiendo a reuniones secretas, convenciendo tibios y conteniendo exaltados, examinando planes y proyectos; todo ello sin descuidar su actividad pública en asambleas y comités parroquiales para no inspirar sospechas demasiado vehementes a la policía, que lo vigilaba de cerca.

Aristóbulo del Valle, mano derecha de Alem y responsable de la oposición que denunciaba con voz impar en el Senado los escándalos del Régimen, reveló a Yrigoyen lo que se traía la Unión Cívica entre manos, y lo invitó a colaborar en la conspiración. Las dudas que impedían al taciturno profesor de filosofía militar activamente en la política de la Unión Cívica no eran tan grandes como para hacerle rehuir su cooperación en la patriada; así es que después de breve indecisión aceptó, pero señalando que no quería ocupar cargos directivos, pidiendo en cambio, que «no se le economizaran peligros». Fue designado por la Junta para hacerse cargo de la

Jefatura de Policía de la ciudad cuando la revolución estallara, nombramiento que no aceptó, haciendo constar que había de desempeñar ese puesto sólo durante el lapso imprescindible para conservar el orden en la población. A principios de julio ingresó en la Junta Revolucionaria y desde entonces intervino en sus deliberaciones.

A todo esto, la revolución era un hecho que todos veían como inminente. El gobierno también, pero la dificultad de su posición impedía tomar medidas drásticas. Se demoraba el estallido, y cada retraso significaba una posibilidad más de que el complot fuera descubierto. Los vaivenes internos de la Junta, consecuencia de los diversos criterios sustentados, hicieron cambiar de plan tres veces y postergar la fecha fijada en dos oportunidades.

A mediados de julio un alto jefe comprometido, el general Campos, fue arrestado por una infidencia de cierto militar a quien Yrigoyen había tratado de ganar para la conspiración. La noticia desalentó, se creía que todo había sido descubierto. Pero la verdad era que el gobierno había asestado un palo ciego: lo demostró la falta de energía con que procedió y la lenidad del arresto, que permitió a Campos seguir conspirando desde su encierro.

Pero es que allí andaba Roca. El Zorro sabía de la revolución y deseaba que triunfara, porque estaba distanciado con Juárez, pero no quería que el gobierno se hundiera, pues el triunfo de Alem hubiera sido un golpe tremendo para todo lo que él representaba. Además, el vicepresidente Pellegrini le seguía siendo adicto. Su juego, entonces, era claro: se trataba de «regular» la revolución, ajustarla con sutileza de tal modo que derribara a Juárez sin echar abajo el gobierno y sin que ella misma triunfara. Hacer una revolución que se quedara a mitad de camino.



Cada día que pasaba significaba un peligro más. En consecuencia, la Junta decidió sin más retardo lanzarse a la revolución con los elementos comprometidos. Yrigoyen insistió en la conveniencia de demorar el estallido hasta que se contara con otros cuerpos de los que se esperaba la adhesión: así el éxito sería seguro y se evitarían luchas estériles. Pero su opinión no prevaleció y la fecha y el plan definitivo quedaron fijados.

Sería el 26 de julio. En la noche del 25 al 26 las fuerzas comprometidas serían sacadas de los cuarteles por miembros de la Junta, y se concentrarían en el Parque de Artillería, antiguo depósito de armas que alzaba su vetusta fachada en pleno centro de la ciudad. Una vez operado el contacto, debía avanzarse sobre los objetivos estratégicos de la ciudad. Tomada Buenos Aires, lo demás resultaría fácil.

La primera parte del plan se cumplió con felicidad. Todos los regimientos apalabrados salieron sin inconvenientes de sus cuarteles y llegaron al Parque casi sin ser sentidos. Yrigoyen estaba designado para una misión delicada: sublevar el

Colegio Militar, cuyos cursos superiores habían estado desde el primer momento con la revolución.

(La vida urde a veces situaciones mucho más paradójicas que las que pueden hacer los hombres: ese mismo Colegio Militar que Yrigoyen condujo a la revolución bajo la alta noche de invierno habría de derribarlo de la presidencia cuarenta años más tarde...).

Casi 1500 hombres entre soldados y civiles se concentraron en el Parque. Todo marchaba perfectamente. El general Campos, libertado por sus compañeros al sublevarse el regimiento donde estaba detenido, mandó tocar el Himno Nacional al salir el sol. Había júbilo en los rostros trasnochados. Pero a partir de entonces, la suerte varió. Pretextando diversas causas, Campos se negó a cumplir de inmediato la segunda parte del plan trazado. Las tropas se quedaron en el Parque en vez de avanzar sobre la ciudad, casi acéfala de autoridades y pronunciada tumultuosamente por la revolución. Desde ese momento, las fuerzas del gobierno se redujeron a sitiarse el baluarte cívico, hasta que al cabo de tres días de pelea la Junta se vio obligada a capitular, logrando que las autoridades se comprometieran a no perseguir a los sublevados.

No fue fácil rendirse. En la Junta se discutió con acritud el problema, mientras las veteranas tropas del gobierno cazaban como chingolos a los bisoños ciudadanos, tocados con las boinas blancas y las cucardas blancas, verde y rosa que fueron desde entonces los colores simbólicos del radicalismo. El general Campos fue desde el primer momento el campeón del abandono de la lucha. En cambio, Yrigoyen, con tozudez vascuence, propuso romper el cerco y batirse en retirada sobre la provincia de Buenos Aires, que —estaba seguro— se alzaría espontáneamente. O si no, embarcarse en la escuadra, que era revolucionaria, municionarse en Montevideo y luego marchar a sublevar las provincias del litoral. Sin embargo, con una honda congoja ardiendo en cada pecho, los miembros de la Junta ordenaron abandonar las armas.

¿Cuál fue la causa de la derrota? Por esos días fue moneda corriente la especie de que la revolución había sido traicionada, y se sindicó al general Campos como presunto autor de la felonía. Algo había de cierto. Parece que el jefe militar de la revolución se comprometió con Roca a mantener el movimiento en *statu quo* hasta conseguir la renuncia de Juárez. Acérrimo mitrista, Campos no quería que la revolución triunfara con amplitud, porque entonces el gobierno caería en poder de Alem: prefería que el único sacrificado fuera Juárez, a fin de que Pellegrini asumiera la presidencia y así se pudiera cumplir la promesa de Roca de realizar un acuerdo político sobre la base de la candidatura única de Mitre.

Porque ciertamente la revolución había sido militarmente vencida. Pero ¿había fracasado? Aparte de las consecuencias inmediatas que tuvo —y que examinaremos en seguida— la Revolución del Parque fue el punto de arranque de una época política que todavía vivimos. De ese episodio salen las grandes corrientes ideológicas por nacer, en la persona de sus futuros conductores, presentes allí. Los viejos muros del Parque albergaron durante esas jornadas a Yrigoyen, que sería más tarde el artífice

del radicalismo, a un médico, Juan B. Justo, que habría de dar teoría y conducción al socialismo, y a un joven abogado rosarino que años más tarde sería uno de los más tremendos enemigos de Yrigoyen y fundador él mismo del Partido Demócrata Progresista: Lisandro de la Torre.

Del Parque salía la Unión Cívica derrotada pero con mártires, con símbolos y con calor popular. Ahora, un lazo común de sangre y penas unía a los cívicos. Muertos queridos justificaban la sinceridad del alzamiento.

Pero tampoco el gobierno salió con bien de la conmoción. Había quedado demostrada su impopularidad y su debilidad. A Juárez el vicepresidente Pellegrini lo había alejado de la ciudad astutamente no bien sonaron los primeros disparos, sugiriéndole la conveniencia de no exponerse y la necesidad de traer fuerzas del interior. En la confusión de los primeros momentos Juárez, que no carecía de valor personal, siguió el consejo del pérfido amigo de Roca, y así dejó a sus silenciosos enemigos en posesión del poder, quedando él en la desairada actitud de desertar su puesto mientras el vicepresidente dirigía personalmente la lucha y ofrecía la renuncia del Presidente a los revolucionarios por medio de gestores oficiosos.

Terminada la lucha, vino la reacción. Muchos de los obsecuentes de la víspera reconocieron que los errores de Juárez habían llevado la situación al extremo de hacer necesario el alzamiento. La crisis económica se agravaba hora a hora, y la incertidumbre de que se produjera una nueva revolución repercutía intensamente. Se rumoreaba que el gobierno no podría servir el inminente servicio exterior de la deuda, cosa que no había ocurrido bajo ningún gobierno y constituía un timbre de orgullo para el país.

Juárez intentó formar su gabinete llamando a personalidades de todos los matices políticos. Pero ya era inútil. El ex Único era ahora repudiado unánimemente. Los diputados y senadores que él había consagrado con una palabra, con un gesto, ahora iban en delegación para exigirle su renuncia. Roca y Pellegrini intrigaban, convenciendo a los contados personajes a quienes hubiera podido dirigirse Juárez de que no debían formarle ministerio. En la calle, en las confiterías, en los cuarteles, en todos lados se exigía a gritos la dimisión de Juárez. Ya era una necesidad nacional.

Al fin, una semana después de las jornadas del Parque, acosado por todos, abandonado por sus amigos, Juárez renunció. Tal vez no fue él tan culpable como se creyó en su época, pero sucede que los hombres públicos son arrastrados por acontecimientos compuestos de imponderables elementos de prejuicios, odios, mitos y tabúes que, una vez desbocados, nadie puede detener. Juárez fue la expresión de una época argentina que repentinamente vio a toda una clase social enriquecida sin haberse provisto previamente de bases éticas. No vio —o no quiso ver— lo que tenía ese estado de injusto y perjudicial para el país: éste fue su gran pecado.

El júbilo de Buenos Aires y del interior al saberse la dimisión de Juárez fue enorme. Como el chivo emisario del relato bíblico, Juárez llevaba en su triste retirada todos los pecados y suciedades del pasado. El vicepresidente Pellegrini parecía abrir

una nueva era, a juzgar por las explosiones de alegría que provocó su ascensión. Pero Pellegrini significaba tanto como Juárez en cuanto a los vicios y corruptelas que parecían haber huido con la renuncia; y esto quedó demostrado al designar a Roca ministro del Interior.

En las antípodas del campo político, dos hombres —Juárez y Alem— advirtieron con qué habilidad vulpina había actuado el Conquistador del Desierto. En una de las tantas oportunidades en que vinieron a exigirle la renuncia, exclamó Juárez, en un arranque de impotente ira: «¡Yo renuncio si Pellegrini renuncia también!», porque sabía muy bien quién se ocultaba tras la figura desgarbada de su vicepresidente. En cuanto al torturado caudillo porteño, mientras asistía —desganado y escéptico— a la tumultuosa celebración popular, dijo amargamente a sus fieles: «¿Qué celebran? ¿Qué están viviendo? ¡Mejor harían si pusieran crespones...!».

Los dos sabían que, como un ladrón de victorias ajenas, el único afortunado de todo el episodio había sido Roca.



Yrigoyen salió del Parque con experiencias amargas pero valiosas. Pudo advertir durante esos días cuánto influye en el éxito de una acción política la homogeneidad o heterogeneidad de las fuerzas que pretenden llevarla a cabo. Cayó en cuenta de la falta que hace en tales casos un jefe audaz, sereno y responsable, y tal vez empezó a decepcionarse de su tío, arquetipo de pureza, desinterés y coraje, pero incapaz de una conducción eficaz.

Su misma actuación personal habíale mostrado ser dueño de un frío valor y una cordura difíciles de hallar en momentos de confusión. Del Valle lo citó con elogio varias veces en la crónica que escribiera tiempo después. Las tareas de la conspiración hicieron que afloraran de nuevo esos maravillosos instrumentos de seducción, cuya justificación y sentido solo ahora empezaba a entrever. La misma infidencia que provocara involuntariamente pondría en su futura actuación un elemento constante de recelo y precaución.

Es que la política, dominadora y fascinante, volvía a apoderarse de él, que tal vez creía haber terminado con ella para siempre después de su diputación de 1880. Los grandes caudillos suelen tener una primera actuación que fracasa o yerra, para atravesar luego por un período de retiro y concentración y retornar luego triunfalmente a aquella acción en la que han de realizar plenamente sus posibilidades. Tal cosa estaba sucediendo con Yrigoyen, que ante el espectáculo de la nueva reacción popular sentía hervir su sangre con los ímpetus de los tiempos del Partido Republicano...

Ya no vivía en una soledad tan rigurosa. Ahora salía más y se vinculaba preferentemente con gente joven, a la que atraía con su rara personalidad tan

misteriosa, tan llena de múltiples perfiles, tan ardiente en sus ideales como suave en sus proceder.

Por esos días debió haber sentido nuestro héroe la sensación de estar ante la bifurcación de dos caminos. ¿Por cuál caminaría él? Uno lo devolvía a su cómoda posición social y económica, a sus trabajos rurales, a su cátedra, a la mujer que lo amaba y sus hijos. El otro lo llevaba a la lucha política, con su secuela de incertidumbres y sacrificios, en busca de un ideal que había llevado siempre ardiendo como una lámpara votiva. ¿Por cuál caminaría él...?



Concluida la revolución planteóse a los dirigentes de la Unión Cívica el interrogante de la acción a desarrollar en el futuro. Reunida la Junta Consultiva, Del Valle planteó la necesidad de «iniciar un movimiento de resistencia, levantando como bandera la personalidad del general Mitre», visto el contraste sufrido por el movimiento armado.

Asintieron todos y la Unión Cívica se hubiera subalternizado en una pequeña acción personalista, de no haberse opuesto Yrigoyen, recientemente incorporado al alto organismo. Serena pero firmemente, negó que la revolución hubiera sido realmente vencida. Afirmó que correspondía mantener el impulso del movimiento, desde que no habían desaparecido las causas que lo motivaron, y que lo procedente era convocar a la opinión nacional a fin de que ésta pronunciara su juicio.

Del Valle, varón generoso y cristalino, después de conferenciar largamente con su amigo retiró su moción. Pero ella fue retomada por don Bernardo de Irigoyen, quien la sostuvo empeñadamente en debates que se prolongaron durante todo un mes.

No se conservan las actas de aquellas contiendas verbales, largas y caballerescas. Pero se sabe que, uno a uno, los miembros de la Junta fueron ganados por la argumentación de aquel hombre de 39 años, sin mayor actuación pública, que se atrevía a refutar a los prohombres de más prestigio del país.

El último día José Manuel Estrada, el magnífico líder católico, anunció confidencialmente a Yrigoyen que don Bernardo desistía de su tesis. Así ocurrió, en efecto, y quedó resuelto entonces que se convocaría una Convención Nacional para dar autoridades permanentes al partido y elegir candidatos a presidente y vicepresidente de la Nación.

Aunque las elecciones de renovación presidencial debían realizarse un año más tarde no era ésta una precaución excesiva. Los gobiernos provinciales, salvo el de Córdoba, no habían caído con su antiguo jefe, Juárez, y Roca seguía desde el Ministerio del Interior ajustando el mecanismo político que había quedado algo descalabrado después de la renuncia del «Único».

La Convención Nacional de la Unión Cívica se reunió en Rosario en enero de

1891. Previamente se había convenido más o menos tácitamente en propiciar el nombre del general Mitre para la presidencia de la Nación. Era, sin duda, Mitre el primer ciudadano de la República. Su personalidad revestía un simbolismo casi mítico de austeridad y pureza. No sólo se lo apreciaba como estadista, sino que su labor en los campos de la historia, el periodismo y las letras lo había rodeado de un prestigio que trascendía las fronteras. Ciertamente es que, ya en sus gloriosos setenta años, Mitre pecaba de dominante, terco y vulnerable al halago, pero no es menos cierto el patriotismo y el desinterés con que actuaba. Era seguro que su candidatura tendría predicamento popular y auspicio entre la opinión calificada. Sin embargo, no dejó de despertar resistencias en el mismo seno de la Unión Cívica.

Yrigoyen fue uno de los que recibieron con frialdad las sugerencias de los cívicos mitristas.

«¿Cómo quiere que me haga mitrista...? —cuéntase que le dijo a Del Valle—. ¡Eso sería como pedirme que me haga brasilero...!».

Pese a esta resistencia, Mitre fue proclamado en Rosario candidato a presidente, casi por unanimidad. Integraba la fórmula el expectable ciudadano don Bernardo de Irigoyen, antiguo autonomista de cepa federal y urquicista. El binomio era una síntesis de corrientes sentimentales e ideológicas con antiguas raíces nacionales y, a la vez, presentaba dos estadistas cuyas virtudes cívicas y personales eran indiscutidas.

Roca debió sentirse abrumado ante los aprestos de los cívicos. Su máquina electoral era impotente para oponerse a semejante par. A Mitre y a don Bernardo no se les podía escamotear la elección con fraudes o chicanas. Hacerlo hubiera significado la guerra civil. Pero el astuto socio de Pellegrini no necesitaba ganar las elecciones para conservar su predominio en el campo político argentino. Había una vía más directa: simplemente, ganar a Mitre^[4]...

El 12 de marzo (1891). Alem y Del Valle son elegidos senadores nacionales por la Capital Federal. El 19, Mitre llega de Europa, y la ciudad le tributa una impresionante recepción. Si algo le faltaba a Roca para convencerse de la urgencia de evitar la lucha con Mitre era esto. Sin esperar más, a los dos días de su llegada, el Maquiavelo nativo visita al prócer. Le habla. Le pinta con negras tintas el estado del país y le plantea la necesidad de una unión entre todos los partidos. Le manifiesta su arrepentimiento por los errores pasados. Le expone que él, Mitre, debe aceptar el sacrificio de la Presidencia futura, y que él, Roca, no desea otro honor que el de ser un activo propagandista de su candidatura. Habla El Zorro, y Mitre, ya trabajado por los antecedentes reseñados, acepta. Acepta, y al terminar la fructífera entrevista se confunde en un estrecho abrazo con el nuevo y oficioso «manager» de su candidatura.

¡El abrazo Mitre-Roca! ¡Cómo recuerda el de estos egregios varones otros abrazos no menos célebres de la historia hispanoamericana que se hicieron invariablemente en nombre de altisonantes lemas, para concluir en una confusa repartija de la cosa pública...!

Al día siguiente la prensa publica la sensacional noticia, y Roca, como jefe del autonomismo nacional, comunica a los caciques provinciales que Mitre y él «habían convenido en la necesidad de suprimir la lucha electoral para la presidencia futura» sobre la base de «un franco y leal acuerdo que constituya un gobierno nacional sin exclusiones para nadie ni propósitos partidistas». ¡Con qué íntima complacencia no habrá firmado esta circular! Iba a pura ganancia por dos caminos: por un lado apuntalaba al Régimen suspendiendo una lucha que le podía ser fatal. Además, la intransigencia del sector alemista le hacía descontar la división de la Unión Cívica. O sea, el refuerzo de las propias filas y la división de las ajenas.

Ira y sorpresa entre los cívicos adictos a Alem. Por más que desconfiaran de Mitre nunca habían supuesto que su propio candidato les hiciera tamaño desaire. Concertar semejante pacto con el máximo representante de todo cuanto ellos repudiaban sin consultarlos, sin tomar en cuenta la opinión de tantos correligionarios responsables, entrañaba —cuando menos— una inconcebible vejación. Por otra parte, era ya un secreto a voces que el arreglo suponía la eliminación de don Bernardo para ser sustituido por alguien que debía indicar Roca.

El acuerdo significaba matar el ímpetu revolucionario de la Unión Cívica al uncirla al carro chirriante y descuajeringado del Régimen. Éste se beneficiaba con un armisticio donde los que deponían las armas eran precisamente los vencedores. Roca, maestro de la intriga, llevaba sus métodos al único partido que por su configuración popular y organización democrática hubiera podido acelerar el proceso político-económico argentino en un sentido más justo y progresista. La mágica palabra de «unión» —usada siempre por los que tienen intereses que proteger ante movimientos de rebelión— era nuevamente un señuelo para cazar incautos. Las palabras melosas del Zorro habían engatusado a Mitre, tal como viene enseñando la fabulilla desde hace siglos. El acuerdo era un acto personalista, autoritario, antidemocrático e inmoral. Y, además, equivocado y peligroso. Así lo sintieron Alem y su grupo, y, por supuesto, su sobrino.

Al principio los adversarios del acuerdo no exteriorizaron su protesta con toda la airada reacción que les provocara la insólita actitud de Mitre. Esperaban, quizás, una rectificación. Pero el general no estaba acostumbrado a desdecirse. Rodeado de admiradores para quienes su palabra hacía fe, Mitre insistió en su posición a través de conferencias que sostuvo con Alem y don Bernardo.

En vista de la decisión tomada por Mitre, Alem, en su carácter de presidente del Comité Nacional de la Unión Cívica, publicó el 14 de abril un manifiesto donde insiste en la necesidad de que la elección de «los dignatarios públicos vuelva a ser, entre nosotros, un atributo privativo del pueblo, como lo determinan las leyes, y no una función de los Gobiernos, como lo han sancionando prácticas viciosas que han sido el principal origen de nuestros trastornos políticos». Y, más concretamente, declara más adelante que «no aceptaremos compromisos de ningún género que importen la continuación del régimen funesto...» para terminar anunciando que «nos

ratificamos en el programa de principios que tenemos proclamado, e iremos a las urnas con los candidatos designados por la Convención del Rosario».

La actitud de Alem determina nuevas conversaciones. Fracaso. Hay radicales divergencias sobre el fondo de la cuestión. Se enconan los ánimos. Desde *El Argentino*, los alemistas lanzan pullas a los partidarios del acuerdo. En mayo una revolución que en Córdoba preparaban adictos de Alem es descubierta. Delatada — dicen los conspiradores— por los mitristas, que ya han entrado en la política de no crear dificultades al gobierno.

Roca asiste con delicia a la creciente división cívica y no descuida su tarea de seguir adobando el acuerdo. Parodiando el ejemplo de la Unión Cívica, cita a los oficialismos provinciales para que envíen sus personeros, a fin de constituir la Convención del Partido Nacional —del rótulo partidario se elimina la palabra «Autonomista», sancionando así en la forma lo que estaba sucediendo en los hechos desde el principio del régimen roquista—. La Convención lo nombra presidente, por lo que renuncia al Ministerio del Interior, sin abandonar, por cierto, la dirección de la política oficial.

En los primeros días de junio el Comité Nacional de la Unión Cívica toma conocimiento formal de la proposición del Partido Nacional. Éste propone que se nombre una comisión para estudiar las bases de un acuerdo que evite la próxima lucha electoral por medio de una fórmula única.

La discusión en el Comité Nacional es tumultuosa. El coronel Espina propone que se rechace de plano la invitación. Gritos y aplausos rubrican estrepitosamente sus palabras. Pero se resuelve nombrar la comisión, con instrucciones de limitarse a escuchar las proposiciones que se enuncien.

El 14 de junio las comisiones firman *ad referendum* el pacto. Se acepta en él la fórmula común integrada por Mitre y un salteño muy amigo de Roca, el doctor José E. Uriburu. El malestar se acentúa en la Unión Cívica. Ya se habla abiertamente de traición. Los mitristas, que habían querido «copar» la Unión Cívica para ponerla al servicio de su jefe, se echan ahora en brazos de Roca sin que los inquiete abandonar a los compañeros de la víspera, braman en todos los tonos los amigos de Alem.

Por fin, el 24 de junio el Comité Nacional decide convocar a la Convención Nacional para que ésta se pronuncie en última instancia. Pero los mitristas ya habían visto perdida la partida. Resuelven desconocer la resolución del alto cuerpo y tres días más tarde fundan la «Unión Cívica Nacional», que aprueba el pacto y a la que se adhiere un regular número de comités locales.

La disidencia que venía trabando desde el Parque la marcha del nuevo movimiento popular había hecho crisis. Se estaba cumpliendo inflexiblemente un proceso histórico que las grandes revoluciones deben seguir para realizarse.

Del Valle, disgustado por el encono con que se lleva la lucha, renuncia a su banca y se retira a la vida privada. Ahora quedaban al frente de la Unión Cívica Alem y su grupo, los cuales se apresuraron a denunciar la rebeldía de los acuerdistas, expulsaron

a los miembros del Comité alzados y publicaron el 2 de julio un manifiesto enjuiciando el proceder de Mitre, y reiterando que la agrupación «no se ha propuesto la elevación de un hombre al poder, sino cambiar el régimen imperante. La conciliación con el oficialismo servirá para mantener y consolidar lo que se propuso destruir la Unión Cívica con el aplauso del país entero. Por eso no se debate la honradez de personalidades: se trata de los derechos del pueblo, que en nombre de la fuerza se quiere suprimir, violando la resolución de una Convención que ha interpretado fielmente la voluntad nacional». Firman el manifiesto Leandro N. Alem como presidente, y Joaquín Castellanos, Abel Pardo, Carlos Estrada, Marcelo T. de Alvear, Adolfo Mugica y Remigio Lupo.

Y en el documento, como una afirmación de rotundidad e intransigencia frente a la componenda y sus muñidores, este aditamento al nombre del partido: *radical*.

Yrigoyen no había temido la depuración de las filas cívicas. Él, que había podido apreciar hasta qué punto los intereses encontrados trabaron la Revolución del Parque y se había opuesto a que el esfuerzo reparador se convirtiera en parcialidad personalista, intuía que la división de la Unión Cívica era necesaria para adquirir homogeneidad y pujanza.

Ahora, sí, la política lo había apresado, y ya para siempre. Este que surgía ahora, entre algaradas y barullos, era su partido, el que había añorado sin conocerlo en sus retiros cavilosos del '80 al '90. Desde que Mitre se abrazó con Roca, Yrigoyen se echó a la lucha sin descanso. Fueron aquellos meses de una actividad sin pausa para él y su tío. Había que denunciar a los acuerdistas, había que convencer a los indecisos, debíanse ganar comités y apresurar el proceso de separación de aquellos que habían pactado. Su actuación durante la revolución y después de ella, le había granjeado un renombre de sensatez, seriedad e inflexibilidad principista que nucleó a su alrededor un buen número de jóvenes distinguidos que lo tenían por jefe.

Cuando se produjo la separación definitiva de los mitristas se convocó a una asamblea integrada por los miembros no-acuerdistas de la Convención de la Unión Cívica de la provincia de Buenos Aires. Era el 18 de julio. Debíase elegir un comité provisional que se encargara de reorganizar los ochenta y tantos comités departamentales diseminados a través del primer estado argentino. Urgía la actividad, porque la Convención Nacional debía reunirse en agosto para elegir la nueva fórmula presidencial radical.

En forma poco menos que inesperada Yrigoyen resulta electo presidente provisional del Comité de la Provincia, y un mes después —cubiertos ya los claros que habían dejado los acuerdistas— es confirmado definitivamente en el alto cargo. ¿Cómo pudo obtener tal cosa? Había en el partido figuras de más expectabilidad que el sobrino de Alem para ocupar un puesto de tanta responsabilidad. Pero en esta ocasión, quizá por única vez en su vida, Yrigoyen se había empeñado en obtener tal cargo. Sabía hasta qué punto el puesto le sería útil, y sabía lo útil que sería él en ese puesto. Varios años ocupó la presidencia del Comité de Buenos Aires, al que

convirtió en un puntal del radicalismo, moldeándolo a su voluntad e infundiéndole sus mejores características.

A todo esto, la política seguía su curso en ese tempestuoso año '91. En agosto se reúne la Convención Nacional de la Unión Cívica y elige la nueva fórmula. Don Bernardo es proclamado candidato a presidente, y un cordobés, el doctor Juan M. Garro, a vicepresidente. Alem no ha querido que se lo incluya en la fórmula, probablemente para que no se suponga que su disentimiento con Mitre se debe a ambiciones personales. El tribuno, ardiente de pasión, se pone al frente de la campaña electoral. Hay asambleas todos los días. El nuevo partido exhibe sus fuerzas con una confianza y una gallardía que desconcierta a los zurcidores del acuerdo.

Alem es la voz estremecida de la lucha. Hace tribuna de cualquier lugar, vive en olor de multitud. Recorre la Capital barrio por barrio, y en setiembre se larga para el interior. Rosario, Córdoba, Tucumán, Salta y Jujuy le tributan apoteóticas bienvenidas. Los pueblos sencillos y virtuosos de las provincias parecen haberse reencontrado con uno de aquellos caudillos amados que los conducían —décadas antes— a la gloria y a la muerte. Nunca se había hecho en el país semejante tipo de agitación cívica.

Mientras tanto, las cosas van mal para los acuerdistas. Ya lo había dicho Alem trece años antes, en una coyuntura política similar: «No se puede conciliar lo inconciliable». Las fricciones entre mitristas y roquistas se hacen diarias. Éstos no querían entregar las prebendas oficiales a los nuevos aparceros; aquéllos insisten en que el sacrificio de unirse con sus tradicionales enemigos merece compensaciones más positivas que las muy magras que se les otorgan. En todas las provincias el acuerdo anda mal. En Buenos Aires el gobernador hostiliza abiertamente a los cívicos-nacionales. Al fin, Mitre se convence de que su candidatura —que había aceptado como prenda de unión de los argentinos— no servía más que para dividir y enconar a todos los partidos, y entonces, noblemente, renuncia.

El acuerdo estaba roto. Así se anuncia oficialmente. Roca renuncia a la jefatura del Partido Nacional y expresa que abandona la vida política. Hay desconcierto en los oficialismos provinciales. Los mitristas han quedado descabezados y huérfanos. Los únicos, que, retemplados por el fracaso del pacto siguen trabajando activamente, son los radicales.

Por esos días se produce un hecho fundamental para la actuación política de Yrigoyen. El presidente Pellegrini, liberado de la tutela de Roca por el voluntario ostracismo que éste se ha impuesto, decide convocar una reunión de personalidades selectas, a fin de buscar una solución común. A la casa del Presidente concurren ocho a diez conspicuos eupátridas. Cuatro de los presentes ostentarán la banda presidencial en algún momento de su vida. Y a esa reunión de grandes bonetes del país asiste, especialmente invitado, Hipólito Yrigoyen. La invitación del Presidente es un espaldarazo que consagra la mayoría del joven presidente del comité radical de Buenos Aires.

Pellegrini tomó la palabra, explicando que el objeto de la reunión era conseguir que los partidos allí representados se pusieran de acuerdo sobre los candidatos a la futura presidencia. El general Mitre se adhiere a los conceptos del Presidente, y, repitiendo su actitud personalista de marzo, ofrece el apoyo incondicional de su partido.

Entonces interviene Yrigoyen. Aclara que habla a título personal, pero que desde ya adelanta que la Unión Cívica Radical no secundaría los planes del Presidente, agregando que éste no estaba cumpliendo con su deber ni estaba a la altura de su alto puesto, y que la presidencia futura debía nacer de los comicios, y no de un conciliábulo.

Estas palabras cayeron como una bomba sobre el cónclave. Pellegrini reaccionó violentamente, con esa espontaneidad que lo caracterizaba, y dándose una nerviosa palmada en el muslo, grita:

—¿Y cómo quiere el doctor Yrigoyen que me coloque en mi puesto si me están quemando la cara las llamaradas de una revolución hecha precisamente por su partido...?

Pero, sin amilanarse, el callado profesor de filosofía contesta con igual ademán e idéntico tono:

—¡Cumpla el Presidente con su deber: garantice el comicio, y verá cómo ninguna revolución radical le quema la cara! En ese caso —agregó— verá usted cómo la institución cívica a la que pertenezco será el primer factor de la tranquilidad y seguridad pública.

Intentó aun Del Valle defender la iniciativa presidencial, arguyendo que había momentos en la vida de los pueblos en que sus mandatarios podían y debían consultar a los ciudadanos más capacitados. Pero Yrigoyen remató su intervención observándole por vía de interrupción que eso se justifica cuando algún suceso inesperado o extraordinario requiere tal consulta, pero nunca cuando se trata de elementales reglas de gobierno para garantizar el ejercicio del derecho electoral. La reunión había fracasado. ¿Para qué hablar más? Uno a uno se fueron retirando los egregios. Ante una observación despectiva de alguno, Mitre elogia generosamente a Yrigoyen, calificándolo de «esperanza de la patria».

Muchos años después Yrigoyen relataba el episodio al líder aprista peruano Víctor Raúl Haya de la Torre.

—La reunión terminó a capazos —concluyó risueñamente el caudillo— y yo salí convencido de que los hombres viejos de la Argentina eran «de a ocho por un peso»...

A todo esto, las oligarquías lugareñas lanzan en diciembre una candidatura que representaba una reacción antirroquista no disimulada: la de Roque Sáenz Peña, enemigo personal del Zorro. Roca acusa el golpe y —resucitando de su suicidio político de octubre— anuncia a fines de diciembre el resurgimiento del acuerdo con Mitre, aunque todavía sin haber convenido en el candidato.

Los hechos daban la razón a Alem y sus adictos, cuando señalaban el pacto como un apuntalaje al régimen roquista. Mitre estaba ya completamente entregado a los enjuagues del Zorro. Así lo denunciaron los radicales a través de la tumultuosa campaña que llevaban a cabo. Alem pasaba entonces por la mejor época de su vida. Después de su gira por el Norte habíase llegado hasta las provincias de Cuyo en medio de una continua aclamación multitudinaria. Era, realmente, el presidente de los corazones argentinos. Recio, duro, implacable, su traza de profeta y apóstol se metía por los ojos y se aquerenciaba para siempre en el sentimiento popular. Las blancas barbas y el luto permanente ponían algo de austeridad ciudadana y de retobo gaucho frente a la sensualidad de los detentadores del poder. ¿Quién no se sentía atraído por ese carácter férreo al comparar la recta línea de su trayectoria cívica con las sinuosas agachadas de sus adversarios?

Poco después se realizaron las elecciones de senador y diputados nacionales por la Capital. Elecciones sangrientas, donde a tiros y ponchazos se defendió el sufragio popular contra los policías bravos y los matones de la máquina roquista. Alem resultó reelecto senador. Días antes, cuando la convención radical proclamó la lista de candidatos, Yrigoyen hizo anunciar en ella por un personero —Lisandro de la Torre— que no aceptaría integrarla, y que si lo incluían, como era el pensamiento de todos, habría de renunciar. Iniciaba con este gesto una serie de actitudes similares que irían

esmaltando su vida de ejemplares renunciamentos.

Se aproximaban, entretanto, las elecciones de presidente. ¿Qué haría Roca? No temía la candidatura de don Bernardo; sabía cómo hacer para anularla, y ya lo veremos. Pero le intranquilizaba la del joven Sáenz Peña, que significaba todo un alzamiento contra su influencia. Había que hundir ésta primero. Y, efectivamente, así lo hizo. El procedimiento fue sencillísimo: propuso públicamente, en un cónclave de antiguos juaristas, mitristas, autonomistas y católicos sueltos, la candidatura común del padre de Sáenz Peña, un venerable anciano sin filiación política definida. El hijo renuncia de inmediato para no verse en el trance de oponerse a su progenitor, y Roca se ve del día a la noche dueño de un candidato hechura suya, apoyado desganadamente por todos los partidos menos el radical. El candidato a vicepresidente seguía siendo el doctor José E. Uriburu, hombre vinculado a las altas finanzas inglesas, cuya presencia en el gobierno era una garantía para los tenedores de títulos nacionales de la City.

Solucionado de esta suerte el problema en las esferas oficiales, faltaba liquidar al candidato de la Unión Cívica Radical. El pujante partido, indiferente a los tejemanejes palaciegos, continuaba su esfuerzo de agitación cívica en la seguridad del triunfo. Una semana antes de los comicios debía efectuar en todo el país un mitin simultáneo donde exhibiría sus fuerzas.

Pero el día antes el presidente Pellegrini decreta el estado de sitio, ordena la prisión de Alem y los principales dirigentes del partido y hace que la prensa oficialista anuncie estridentemente el descubrimiento de un feroz plan para derrocar el gobierno.

Roca y Pellegrini habían abandonado en este caso el guante de seda con que solían actuar. Usaron de un recurso tan burdo como el hartado manido de la conspiración para caer sobre los comandos radicales y dejar huérfano y desorganizado al partido. No sería ésta, por cierto, la última vez que se echó mano de semejante pretexto para llevar la desmoralización a la gran fuerza popular.

De los dirigentes radicales, sólo uno fue respetado: Hipólito Yrigoyen. A él no lo detuvieron ni fue confinado en un buque de guerra como sus correligionarios. Nunca se supo con certeza a qué se debió la deferencia gubernativa. Tal vez el *duetto* seguía pensando que Yrigoyen era la parte más vulnerable y blanda del radicalismo. Quizá se proponía minar el prestigio de Alem al distinguir de ese modo al sobrino. O pudiera ser que, recatado y silencioso como era, lo creyeran menos peligroso que los del grupo detonante de Alem. Nunca se supo. Muchos años más tarde Lisandro de la Torre lanzó la temeraria acusación de que Yrigoyen había denunciado la conspiración radical y por eso no había sido tomado. Fiel a su costumbre, Yrigoyen guardó silencio ante el tremendo ultraje.

Pero la verdad es que la acusación caía por su base, porque la tal conspiración no existió nunca.

Había, sí, preparativos, conversaciones, aprontes llevados sin un fin inmediato porque todos coincidían que el único modo de terminar con el Régimen era volteándolo. Era notorio que las casas de ciertos radicales eran verdaderos arsenales,

como lo era también el hecho de que muchos militares estaban ardientemente embanderados en el partido de Alem. Pero ni el complot que Pellegrini dijo haber descubierto fue tal ni su existencia tenía sentido ante la posibilidad de la victoria radical. Nadie lo creyó, y el mismo Pellegrini menos que nadie. Fue una artimaña tramposa y pícara de los dos socios.

El caso es que el 10 de abril de 1892 se realizaron canónicamente las elecciones, mientras los dirigentes del radicalismo vegetaban en pontones y cárceles. Así fue elegido Presidente de la Nación el doctor Luis Sáenz Peña.

II

Ese año '92 transcurre bajo un signo estelar de confusión e incertidumbre. Pellegrini, varias veces a punto de renunciar, entrega el mando en octubre a su sucesor, que de inmediato se ve presionado por la pesada influencia de Roca. El hijo del Presidente, que odia al Zorro más que nunca, intenta nuclear algunos elementos alrededor de su padre a fin de neutralizar las exigencias del general. Pero fracasa. Sáenz Peña malgobierna, debatiéndose entre influencias encontradas que lo obligan a marchar y contramarchar sin sentido ni lógica.

El radicalismo, mientras tanto, sigue organizándose. Más de dos meses dura el exilio de sus jefes, que pasean en la tierra amiga del Uruguay su nostalgia y su rabiosa impotencia, amparados por la simpatía popular y la generosa ayuda de los «blancos». Cuando regresan el pueblo les tributa una recepción grandiosa. Alem reafirma con su oratoria garbosa y compadrona la inflexible voluntad del partido de seguir luchando contra el Régimen. Decídese darle estructura orgánica y se convoca la Convención Nacional para noviembre de ese año.

Yrigoyen sigue trabajando sin pausa. Los últimos sucesos le han demostrado que el Régimen habrá de defender sus posiciones por todos los medios. El único modo de vencerlo será la revolución. Pero Yrigoyen no cree en una revolución lírica, romántica, proclamada a grito herido en asambleas y tertulias. Sabe que el movimiento del Parque fracasó por la disparidad de criterio de sus jefes. Adoba la revolución con paciencia y constancia. La gente debe ir a la lucha no comprometida, sino convencida. Debe haber homogeneidad espiritual y disciplina. Y, sobre todo, el movimiento debe ser esencialmente civil, no pretoriano. Yrigoyen conoce como un baqueano la provincia de Buenos Aires. Cada pueblo, cada estancia, cada hombre de prestigio, es archivado con prodigiosa fidelidad en su memoria. A su casa, sobre la Plaza del Congreso, entran y salen continuamente los mensajeros de la nueva consigna. Arde allí permanentemente un fogón a cuyo torno dialogan en tono menor los hombres buenos y dignos de Buenos Aires.

En noviembre se congrega la Convención Nacional de la Unión Cívica Radical.

Allí está lo más significativo del civismo argentino.

Juan C. Belgrano, el sobrino nieto del creador de la bandera patria; Pedro C. Molina, distinguido intelectual cordobés; Salvador de la Colina, jurista eminente que integra la delegación riojana con Pelagio B. Luna. Está José Néstor Lencinas, uno de los más recios luchadores del radicalismo en el interior, y los santiagueños Corvalán y Ábalos. Por Santa Fe llegan Mariano Candiotti y Lisandro de la Torre. Y Juan Posse —aquel que tituló a sus radicales tucumanos «federales»—; Corrientes está representada por la figura legendaria de Ángel S. Blanco, el último montonero, que llegaba del exilio después de la derrota que sufriera el levantamiento encabezado por él en su provincia. Adolfo Saldías el historiador de la Confederación, Ángel Ferreyra Cortés, Delfor del Valle, Francisco Barroetaveña, José Camilo Crotto y otras personalidades completaban el alto cuerpo.

El mismo día que la Convención se instalaba y escuchaba el enjundioso informe de Alem, la Convención de Buenos Aires, presidida por Yrigoyen, emitía una declaración que exteriorizaba su claro propósito de derrocar el Régimen por las armas. Decía que por subsistir en todo el país las causas que provocaron la acción del radicalismo era su deber «ratificarse en todas sus declaraciones y compromisos anteriores, y continuar la lucha en el mismo terreno, con iguales propósitos y con el mismo carácter y tendencia con que hasta ahora lo ha sostenido». Era, claramente, el mandato de alzarse en armas de nuevo.

La Convención Nacional aprueba un manifiesto que califica de régimen de fuerza, surgido por el fraude y la violencia, al gobierno de Sáenz Peña, y el 17 de noviembre sanciona la carta orgánica, primer documento de este tipo en nuestra evolución política. La Unión Cívica Radical se daba un gobierno descentralizado, elegido democráticamente a través de una serie de jerarquías que abarcaban desde el modesto comité local hasta la Convención Nacional, máximo órgano deliberativo, y el Comité Nacional, cuerpo ejecutivo permanente.

Contrastaba el sereno reagrupamiento de fuerzas que estaba realizando la Unión Cívica Radical con el estado caótico en que se debatía el gobierno de Sáenz Peña. Vencido el noble empeño de su hijo, el Presidente vira hacia el partido de Mitre. Pero estalla en Corrientes una revolución mitrista que es sofocada con lujo innecesario de violencias, lo que granjea al Presidente la oposición de los cívicos-nacionales, viéndose así obligado a echarse definitivamente en brazos del roquismo.

A lo largo de varios meses gobierna Sáenz Peña a la deriva. Se suceden vertiginosamente los ministros, y la renuncia del Presidente se anuncia a cada momento. Por fin, a principios de julio el Presidente decide vender su alma al diablo: ya que no puede gobernar con los partidos oficialistas lo hará con los radicales. En consecuencia, el 3 de julio de 1893 encomienda a Aristóbulo del Valle la organización del ministerio.

Se recordará que Del Valle había decidido retirarse de la política cuando ocurrió el fraccionamiento de la Unión Cívica. Él no creía en la revolución, y tal vez hubiera transado con la candidatura del Acuerdo, pero alentaba sanos propósitos de liberar a las provincias de sus pesadas oligarquías y suponía que desde el gobierno podría realizar tal empeño. Contando con el apoyo de Sáenz Peña decidió sacrificarse,

sosteniendo con su prestigio un gobierno en quiebra para facilitar desde arriba los anhelos emancipadores del pueblo.

El Comité Nacional de la Unión Cívica Radical, invitado por Del Valle a colaborar, se niega a hacerlo. No transige con el Régimen en ninguna de sus formas, y cree que Del Valle, bien intencionado, comete un error, aunque mira con simpatía los buenos propósitos del tribuno. Del Valle ofrece ministerios a personalidades radicales, que no aceptan. Yrigoyen, que ya había sido invitado a ocupar un ministerio antes del vuelco político de Sáenz Peña, es instado de nuevo por Del Valle. Pero rehúsa, expresando que «la Unión Cívica Radical sólo busca rehabilitar el comicio, hacer que nuestras instituciones políticas sean ciertas y reales, y no coparticipaciones gubernativas». ¡Magnífica continuidad de pensamiento! Casi veinte años más tarde se negará en términos similares a idénticos ofrecimientos que le hará otro Presidente, hijo de éste que ahora lo invita.

Del Valle forma entonces un ministerio con algunos personajes sin mayor significación política y se lanza de lleno a la tarea de desmontar la máquina del Régimen. Ordena desarmar las milicias provinciales, cuerpos creados ilegalmente por los gobernadores que se apoyaban en ellas para sostenerse, y envía al Congreso sendos proyectos de intervención a Buenos Aires, Santa Fe y San Luis, las provincias más castigadas por las oligarquías.

El Régimen empieza a tambalearse. Era la hora del pueblo. Era la hora de Yrigoyen.



Ya no había motivo para demorar el estallido. Sabiéndose protegidos en sus aspiraciones por el jefe del ministerio nacional, los radicales de las tres provincias a punto de ser intervenidas resuelven derribar por sí solos a sus opresores. El 29 de julio (1893) el gobierno de San Luis es depuesto por el doctor Juan Súa al frente de los radicales de esa provincia. El 31, la laboriosa población rosarina amanece entre disparos de fusil; los radicales toman la ciudad después de un día de lucha sangrienta y avanzan sobre Santa Fe obligando a renunciar al gobernador.

En Buenos Aires se pone en práctica el plan largamente acariciado por Yrigoyen. Desde el 27 desaparece de la ciudad el presidente del Comité de la Provincia. Ese día y el siguiente casi un centenar de ciudadanos sale calladamente de la ciudad hacia el interior de la provincia. Van con aire de mensajeros, como si portaran un gran secreto. Ya es llegado el día, la hora... La mayoría de los delegados son hombres distinguidos, profesionales casi todos, jóvenes en su mayor parte. Cada uno tiene un punto como objetivo y lleva instrucciones precisas.

Es llegada la hora del pueblo, la hora de Yrigoyen.

El gran urdidor está en su estancia «El Trigo», cerca de Las Flores. Ha perdido

momentáneamente el contacto con sus camaradas, pero sabe que todos han de cumplir con su deber. No en vano ha estado preparando durante dos años la organización admirable del Comité de la Provincia de Buenos Aires. Piensa dirigirse a Témperley, empalme ferroviario de importancia estratégica donde se ha decidido instalar el cuartel general de la revolución. Pero a última hora le avisan que por la línea de Las Flores peligra el éxito del movimiento. Entonces decide sublevar personalmente la zona.

¡30 de julio! La noche era helada. Las constelaciones benignas tiritaban por la suerte de los esforzados. Como un caudillo de los tiempos recios de la Patria, Yrigoyen ha juntado sus peones y algunos amigos. Son cincuenta o sesenta. El camino debió hacérseles largo. Yrigoyen sentía la responsabilidad de tantas vidas útiles pesándole como una carga. En la alta noche, una sobrecogedora sensación de caminar hacia lo desconocido y mil presentimientos fugaces chispeándole la frente.

¡30 de julio! ¿Cómo saldría la patriada? Hasta entonces Yrigoyen había desempeñado papeles de cooperación o tareas organizadoras, mas ¿cómo enfrentaría desde la jefatura del movimiento los hechos imprevistos, las situaciones difíciles que pudieran presentarse? ¿Tendría la decisión, la serenidad, la visión necesarias para llevar adelante un movimiento de tanta envergadura? Frío afuera y un vacío seco y tenso en el cuerpo. Las boinas blancas de los insurrectos son copos de nieve sobre la pampa oscura...

A la una de la mañana llegan a Las Flores. La suerte está echada. Rodean silenciosamente la manzana de la comisaría. Yrigoyen y el subteniente Hermelo entran en el local. Hay que actuar con decisión. Un grito:

—¡Viva la revolución!

Los milicos, desprevenidos, se arremolinan sin saber qué hacer. Yrigoyen se impone. Explica a los agentes cuál es el fin del movimiento, exagera su fuerza, los invita a incorporarse a la patriada. Ellos, criollos casi todos, lo conocen bien. Saben de la bondad, de la generosidad y de la hombría de bien del dueño de «El Trigo». Hay un momento de indecisión entre los policianos. Acaso, como el clásico sargento Cruz, también ellos están hartos de andar con la lata en la cintura sirviendo malos gobiernos. Una pausa densa, en la que el tiempo fluye apenas. ¡La suerte de la revolución balanceándose en aquella comisaría de campaña! Y, de súbito, todos pegan el consabido viva. ¡La revolución ha triunfado!

Tomada Las Flores, se aguarda la llegada de un tren en el que debían venir amigos porteños. Efectivamente, poco después llega un pequeño contingente en el que figuran los jóvenes José Fidel Lagos y Juan M. de la Serna. En el mismo tren se dirigen todos hacia Olavarría. Allí hay una fuerza considerable, que custodia el presidio de Sierra Chica. Desde la estación Hinojo, Yrigoyen conferencia telefónicamente con el director de la cárcel y el jefe de las fuerzas. Luego conversa personalmente con ellos. Les hace ver la inutilidad de la resistencia, les advierte que toda la provincia está a esas horas prácticamente tomada y los responsabiliza de la

sangre que se derrame. Ambos acatan la intimación y entregan sus fuerzas con la condición de que no se obligue a incorporar a nadie contra su voluntad.

Antes de partir sobre Olavarría ocurre un episodio que pone a prueba el coraje personal del jefe de la revolución. Un soldado avisa a Yrigoyen que la custodia de la cárcel, formada por mandras de la peor calaña, está a punto de amotinarse. No se puede perder un instante: están municionados y constituyen la única fuerza regular de la hueste. Años más tarde, cuando la revolución de 1905, un incidente semejante ocasionó una impresionante masacre. Pero aquí está Yrigoyen: entra al vagón donde está la tropa, resueltamente ordena el desarme y el peligro pasa. Se sigue hasta Olavarría, que es tomada sin dificultad.

Entretanto, ¿qué sucedía en el resto de la provincia?

Es un error bastante generalizado creer que la revolución de 1893 triunfó pacíficamente y en pocas horas. El novelista Gálvez, por ejemplo, nos pinta a Yrigoyen sacando la revolución limpia e instantáneamente a luz, como un mago que produce un conejo de su galera en un abrir y cerrar de ojos... No fue así. Debíóse luchar en muchos puntos; algunos no alcanzaron a pronunciarse sino bastante más tarde de la fecha indicada —hasta una semana después— y otros debieron ser tomados por «expediciones auxiliares», si se permite el término, después de larga resistencia.

Por de pronto, no estuvo el movimiento absolutamente sincronizado. En Zárate y Saladillo la revolución estalló el 29, un día antes de la fecha fijada, en vista de la poca voluntad de resistencia que exteriorizaron las autoridades ante la ostensible llegada de los delegados radicales. En general, los enviados del Comité cumplieron con felicidad sus cometidos, pero hubo muchos puntos donde la revolución debió ser hecha por los dirigentes locales, sin contar con ninguna cooperación central. Así, Chivilcoy fue tomada gracias a la astucia de los hermanos Risso Patrón, que debieron adelantarse a los mitristas y coparles su propio movimiento; Pergamino fue tomada por el dirigente local don Juan Manuel de la Fuente; Rojas, por don Juan Oyhanarte —padre de Horacio y Raúl, que poco después fue asesinado por matones del Régimen—; Merlo, por don Juan Manuel Giménez; Lincoln, por don José María Páez; San Miguel, abandonado por las autoridades, fue tomado por milicias formadas espontáneamente bajo la dirección del doctor Ernesto Quesada. En Tandil y Rauch la policía se entregó sin luchar. Pilar fue también desguarnecida, apresurándose el pueblo a elegir las nuevas autoridades. En el Salto los radicales locales se apoderaron fácilmente de la situación; igual cosa sucedió en Capilla del Señor. San Justo, en cambio, costó bastante lucha, pero fue finalmente tomada. Lobería también fue expugnada por grupos locales dirigidos por Nereo Crovetto —gobernador de la provincia treinta y cinco años más tarde— y Arturo H. Amayo. En San Fernando, los delegados del Comité triunfan y consiguen la adhesión de Las Conchas y San Isidro avanzando luego sobre San Martín, donde había dura resistencia oficialista. Los de Zárate, los prematuros radicales de Zárate se dan el lujo de avanzar sobre Campana, que está ocupada por los mitristas, y logran que éstos les entreguen la ciudad. En Bolívar los mitristas prestan apoyo a los radicales. En Bahía Blanca los revolucionarios toman la Municipalidad y los gubernistas se hacen fuertes en la policía: unos y otros se tirotean durante un buen lapso, hasta que se decide concertar un armisticio de 48 horas, finalizado el cual los oficialistas se rinden.

Pero no en todos los puntos habían ocurrido las cosas con tanta suerte. En Haedo las fuerzas de Témperley al mando del doctor Abel Pardo que Alvear había desprendido para expugnar el importante centro ferroviario debieron luchar durante dos días, y se requirieron los refuerzos de San Fernando, Las Conchas y San Isidro a las órdenes de Saguier y Del Valle para rendirlos. En San Nicolás los oficialistas se hicieron fuertes en la estación durante dos días de sangriento tiroteo hasta su rendición. En Brandsen la iniciativa de la revolución había sido tomada por los mitristas que triunfaron de primera intención, pero horas más tarde, fuerzas de La Plata restablecieron a las autoridades aunque después abandonaron el pueblo definitivamente. En Cañuelas se luchó durante todo el día 30 hasta que refuerzos gubernistas resolvieron la situación y se sostuvieron allí hasta ser disueltos por tropas revolucionarias enviadas desde Témperley. En Chascomús hubo pelea larga: tomada al fin la ciudad por los radicales, fue atacada un día más tarde por 400 guardiacárceles, que lograron reconquistar la plaza y procedieron incontinenti a un riguroso saqueo del comercio local; cuando el mayor Guerrero tomó Ferrari, descolgóse sobre Chascomús y alejó a los oficialistas. La importante localidad de Mar del Plata sólo pudo tomarse el 9 de agosto, pues el delegado Dupuis quedó aislado y sin recursos durante varios días en la zona adyacente hasta que logró levantar una partida de entusiastas jóvenes que tomaron Arbolito y avanzaron belicosamente sobre la ciudad atlántica con intención de atacarla; los buenos oficios del prestigioso estanciero don Félix Camet y las

súplicas del cuerpo consular evitaron la lucha, logrando la rendición y entrega de la ciudad. En Necochea la primera intentona revolucionaria fue derrotada y disueltos quienes la habían llevado a cabo: sólo después de la toma de Mar del Plata pudo organizarse allí una autoridad radical. Tampoco pudo ser tomado Bragado en primera instancia: debieron ayudar los de Lincoln a los radicales locales. Lo de Luján fue peor: en sus cercanías, en la estancia de don Enrique Fernández, se habían concentrado unos ochenta conjurados bajo la dirección de los doctores Moutier y Le Breton, más en la noche del 29 al 30 abandonaron su reducto ante la aproximación de fuerzas policiales relativamente numerosas y se replegaron sobre la estancia de don Bernardo de Irigoyen, en General Rodríguez, buscando contacto con numerosos correligionarios que estaban allí; más tarde debió enviarse desde Témperey una nutrida expedición para tomar Luján. En La Plata el fracaso fue total. Funcionaba allí una Junta Revolucionaria compuesta por los señores Luis Monteverde —años más tarde gobernador de la provincia—, Pedro Berton, escribano Juan M. Guezalez, Miguel Gutiérrez y Adolfo Fernández Rojas, que contaba con no menos de 300 ciudadanos comprometidos. Pero la entrega de las armas falló, y la madrugada del día 30 cogió a los conjurados vagando por Tolosa, desorientados ante la inexplicable ausencia de quien debía armarlos. Poco después casi todos eran detenidos, con lujo de vejaciones.

El conejo, pues, estaba saliendo de la galera del prestidigitador, no sin sacudones... La situación del 30 a la noche, si bien era satisfactoria, no era ni con mucho decisiva. Faltaban puntos importantes por tomar, y La Plata parecía inexpugnable. Además, la equívoca actitud mitrista —que ya veremos— provocaba confusión. En la Capital Federal reinaba una enorme excitación. Ese día, domingo, se había realizado un gran acto radical para conmemorar el tercer aniversario de la Revolución del Parque, y las noticias del alzamiento puntano, santafecino, y ahora el bonaerense, llegaban a la muchedumbre como impactos.

Una esquila que Leandro Alem escribe al día siguiente a su sobrino Martín Yrigoyen revela la tensión en que se vivían aquellas horas decisivas:

«... Aquí gran agitación y gran entusiasmo. San Luis triunfó completamente y está funcionando con toda tranquilidad el gobierno provisorio. En el Rosario la lucha ha sido ruda. Han peleado un día y medio; hay muchas bajas; pero hoy a las tres de la tarde se rindió el enemigo. Santa Fe a la fecha estará sitiado y tengo plena confianza en el triunfo después de la dominación del Rosario. Leiva estaba aquí y al regresar fue preso por nuestros amigos del Baradero. Les falta, pues, el brazo principal.

Sabíamos aquí que Hipólito venía dominando todo el Sud y en cuanto al Norte los datos fidedignos recibidos hasta este momento son los adjuntos. Mejor te acompaño toda la lista.

Esta noche debe haber algo muy serio en el Congreso y tal vez demore el propio para comunicártelo.

Ayer con motivo de la conmemoración de julio el pueblo se ha manifestado en acto solemne e imponente. Nunca hubo un mitin más grandioso que así aplaudía también a los revolucionarios de ahora. Escribo corriendo porque el movimiento es grande.

En este momento sabemos que Santa Fe pide capitulación.

No quiero demorar el propio, porque conviene no perder tiempo.

Felicidad para todos. Tuyo

(firmado). L. ALEM»^[5].

Yrigoyen continuaba su incursión por el centro de la provincia. De Olavarría, reforzadas considerablemente sus fuerzas, pasa al Azul, donde hay tropas gubernistas. Mientras se acerca solicita conferenciar con el jefe de la policía local. No necesita más que hablar con él para usar sus artes de convencimientos. ¿Cómo ha de serle difícil convencer a ese modesto funcionario, a él, que desde hace tres años no se entrena en otra cosa? Y el Azul se rinde sin lucha...

El día 31 de julio ya podía considerarse triunfante la revolución. Justamente en el día de San Ignacio de Loyola y de los vascos, su labor, obra maestra de tenacidad típicamente euskera, daba plenos frutos. En sólo 48 horas Yrigoyen había conseguido que el primer estado argentino se le entregara, con dócil sumisión de mujer enamorada. Y el hombre que asaltado de interrogantes y corazonadas había salido el

30 de su estancia acompañado de cincuenta esforzados llega a Témperley el 3 de agosto a las 10 de la mañana conduciendo 1200 hombres...

Allí estaba instalado el cuartel general de la revolución, con 2850 ciudadanos perfectamente armados. Constantemente llegaban columnas revolucionarias que venían de tomar localidades cercanas, o ciudadanos que en forma individual o en grupos concurrían a colaborar con la revolución. El doctor José Camilo Crotto con la gente de Puente Alsina había llegado el día anterior; el doctor Oscar Lilledal con voluntarios de San Justo, al día siguiente; el hijo de Alem, el cadete Leandro Alem se había presentado para prestar su apoyo al movimiento. Marcelo T. de Alvear —enormes bigotazos y rico poncho al cuello— dirige el campamento. Apenas llega Yrigoyen se convoca a consejo de guerra. Un cuarto de hora dura la deliberación. Se resuelve enviar 250 hombres al mando del subteniente Hermelo a batir las fuerzas gubernistas que ocupan Luján; 30 hombres al mando del subteniente Romero para disolver los grupos enemigos de Cañuelas, y se nombra al coronel Martín Yrigoyen comandante militar en jefe de todas las fuerzas revolucionarias.

El 5 de agosto el mayor Guerrero toma Ferrari y eso decide el éxito del movimiento: Ferrari abría el camino a La Plata. Ese día, las fuerzas de Témperley ascendían a 4500 hombres divididos en dieciocho batallones dotados de servicios de intendencia, auditoría, etc. Venían en viaje, además, los contingentes del doctor Adolfo Moutier, que al fin había tomado Haedo, del doctor Ramón P. Obligado con gente de Balcarce y Lobería, el coronel Crescencio Acosta, desde el Azul y Olavarría y el doctor José de Apellániz, de Rauch, Tandil y Ayacucho, totalizando estos aportes, no menos de 4000 almas.

Ante este panorama el gobernador presenta su renuncia a la Legislatura ese día 5. La jornada siguiente es de júbilo en el campamento: llega Alem a visitar a los revolucionarios. Tenía el vivac más aire de verbena que de campamento militar. El tribuno revista las tropas y vuelve a Buenos Aires. A cada rato llegan familias y amigos de los insurrectos: hasta el popularísimo payaso Frank Brown llega a repartir golosinas entre los soldados. No era esta revolución del tipo de golpe sombrío y tenebroso que hemos conocido después los argentinos: era un pronunciamiento verdaderamente popular, jocundo, bullanguero, con alegrías de Patria nueva. Un cabildo abierto, pero luminoso, sin garúa...

El 7 de agosto se convoca al Comité de la Provincia para reunirse en Lomas de Zamora. Concurren unos 60 miembros. Preside Yrigoyen. Hay solemnidad y ardimiento en la asamblea. El jefe de la revolución abre el acto, explicando que ante la acefalía gubernativa corresponde que el Comité adopte alguna actitud. Una pausa. Pide la palabra el doctor Domingo F. Demaría: expresa que se debía nombrar gobernador provisorio, y que éste no podía ser otro que Hipólito Yrigoyen, en consideración a sus condiciones personales y el conocimiento cabal demostrado de la situación de la provincia y para que se pudiera completar la obra iniciada. La asamblea aclama las palabras del doctor Demaría. Pero Yrigoyen expresa entonces que él se ha puesto al frente de la revolución solamente para derribar un gobierno ilegal, y que no desea ocupar puesto alguno, agregando que en el partido existían hombres de preparación y competencia para ello. El Senado insiste a grandes voces su reclamo, y el público que rodea el salón municipal en cuyo recinto se realiza la deliberación se une al clamor de los delegados. Hay hasta lagrimeos: Yrigoyen no cede. No y no. Y concluye, tajante: «Ni la provisoria ni la definitiva».

Se vota entonces una resolución por la que el Comité de la Provincia, vista la acefalía gubernativa que existe en la misma, decide designar gobernador provisorio.

Se empieza a tomar la votación para elegir al ciudadano que ocupará el cargo. Empieza Delfor del Valle, que sufraga por Yrigoyen: éste le pide que retire su voto, porque será consecuente con sus declaraciones. Del Valle vota entonces por el doctor Juan Carlos Belgrano. Luego toca votar al doctor Demaría. También lo hace por Yrigoyen. Algo picado, éste expresa que si se insiste en votar por él se retirará. Tal actitud hace que se excluya definitivamente su nombre, eligiéndose en consecuencia al doctor Belgrano, con la abstención de unos veinte delegados y diez o doce votos repartidos entre Alem y don Bernardo.

Al día siguiente, las fuerzas de Témperley parten en tren a ocupar La Plata. A las órdenes del coronel Yrigoyen van 2500 hombres; marcha a la retaguardia su hermano con 4000 más, y unos 500 permanecen en el campamento. El día 9 de agosto a la tarde desembarca el ejército en la estación. No menos de 4500 hombres perfectamente armados y luciendo gallarda apostura desfilan por las calles 13 y 44. Martín e Hipólito Yrigoyen marchan al frente de la lucida tropa, aclamados constantemente por el pueblo platense que se ha volcado a la calle. En el Hipódromo se levanta el campamento. Con las últimas luces de la tarde termina la pacífica toma de La Plata al posesionarse el gobierno provisorio de los edificios públicos. Los periodistas acosan en el campamento a los jefes revolucionarios. Yrigoyen no se deja ver y se niega a dar a publicidad los innumerables telegramas que recibe de todos los puntos del país.

Ha triunfado la revolución. Pero en la Capital Federal algo estaba pasando.



Es que el Régimen había caído en cuenta del peligro en que estaba. Del Valle había resultado demasiado peligroso y era menester eliminarlo. Hay un hombre que puede neutralizar la acción revolucionaria del ministro de Guerra: ese hombre es Pellegrini. El ex presidente acaba de llegar de una gira por el Norte del país; había sido detenido por los radicales en Haedo, pero Yrigoyen había ordenado su libertad en un arranque de hidalguía demasiado generoso que sus mismos amigos criticaron. No bien llega a la Capital, Pellegrini se da a la tarea de hundir a Del Valle.

A todo esto, varios militares roquistas y mitristas con mando de tropa conminaban al Presidente a deshacerse de su ministro: de lo contrario lo depondrían y reconocerían un triunvirato integrado por Mitre, Roca y Pellegrini. Éste, por su parte, usa con astucia y sin escrúpulos de su «gran muñeca». Reúne al Congreso y desencarpeta aquellos proyectos de intervención a Buenos Aires, San Luis y Santa Fe que remitiera Del Valle al Poder Legislativo antes que esas provincias derribaran sus gobiernos. Así usa Pellegrini contra Del Valle las propias armas que éste forjara para destruir a las oligarquías provinciales. El 11 de agosto los proyectos se convierten en ley, mientras Del Valle estaba en La Plata conferenciando con el gobierno provisorio.

No está de más hacer notar la admirable duplicidad con que actuaron los mitristas en esta oportunidad. Trataron de sacar partido de la revolución bonaerense, haciendo un simulacro de alzamiento en la zona norte de la provincia y solicitando a Yrigoyen que se uniformara la acción y el comando de ambas revoluciones — naturalmente, con vistas a un futuro gobierno provisorio de carácter mixto—. Ante la lógica negativa del caudillo, que consideraba que la revolución no podía desvirtuarse admitiendo elementos extraños a todo su proceso, los mitristas se hicieron acérrimos enemigos del movimiento al cual habían querido colgarse. Comandábalos, bueno es recordarlo, aquel general Campos de oscura actuación en el Parque. Con los restos que le quedaron después de un descalabro sufrido el 8 de agosto frente a fuerzas gubernistas Campos entra en La Plata y pretende birlar el esfuerzo radical convocando al pueblo para elegir gobernador: pero ante la proximidad de las fuerzas de Yrigoyen, los cívico-nacionales se desbandan sin pena ni gloria.

Los mitristas prestaron apoyo a las maniobras de Pellegrini y votaron afirmativamente en el Congreso el proyecto de intervención a las provincias radicales.

Sabedor Del Valle de las andanzas de Pellegrini vuela a la Capital y advierte que la situación se le escapa de las manos. Pellegrini y Roca habían engatusado con maña al anciano Presidente. Jugando su última carta, Del Valle pide al Presidente que lo nombre interventor en Buenos Aires para asegurar la imparcialidad del gobierno nacional. El Presidente, desconcertado, demora un día su contestación.

Esa noche, Alem suplica a Del Valle que se alce en armas contra Sáenz Peña. El pueblo no espera más que una señal. Hay regimientos enteros que están listos. Una sola palabra del ministro de Guerra, y la vetusta armazón del Régimen se derrumbará como un árbol podrido. ¡Si Del Valle hubiera dicho sí...! Pero se negó. Su conciencia no le permitía rebelarse contra un gobierno del que aún formaba parte. Sus escrúpulos —ciertamente muy respetables— retrasaron por veinte años la evolución del país. Al día siguiente, el débil Sáenz Peña comunica a Del Valle que sus compromisos políticos le impiden nombrarlo interventor. Del Valle ha fracasado. Renuncia, entristecido, y se retira definitivamente de la vida pública. Dos años y medio después este gran repúblico muere.

Ahora Roca maneja de nuevo la situación. Hace nombrar ministro del Interior al doctor Manuel Quintana, expresión típica de una clase y una época. Quintana es duro y enérgico: desprecia lo popular y odia el desorden, que tanto daño causa a los dividendos de sus clientes británicos. Ordena el desarme de las fuerzas revolucionarias bonaerenses y envía un poderoso cuerpo de ejército a disolver los bisoños cuerpos de ciudadanos.

Ante la intimación del enviado nacional, Yrigoyen se remite a la actitud que adopte el gobierno provisorio de la provincia. En una entrevista que el enviado mantiene con los ministros del doctor Belgrano se conmina perentoriamente la rendición. Ante la perspectiva de una lucha estéril y sangrienta, el gobierno provisorio acata la orden, que se cumple no sin que acaezcan episodios dolorosos.

El 25 de agosto, el Comité de la Provincia lanza un manifiesto invitando a deponer las armas. La revolución había sido vencida por las intrigas de Pellegrini y la debilidad de Sáenz Peña, pero sus fines se habían cumplido en parte. La potencia del radicalismo, la hidalguía de sus hombres y el amplio calor popular que había rodeado su causa, habían quedado ampliamente demostrados.

A pesar de la caída de Del Valle, Alem cree llegado el momento de ordenar el levantamiento general en todo el país. El espíritu radical se había retemplado con los triunfos de agosto, y aunque les habían escamoteado la victoria, existían esperanzas de que ahora ésta sería definitiva. Hay conferencias entre los dirigentes. Yrigoyen les anuncia que él no se sublevará: no hay planes concretos ni se sabe con certeza cómo responderán las guarniciones. Además, Quintana está decidido a usar de cualquier medio, legal o no, para aplastar la revolución que ya se siente en el aire. No conviene diseminar las fuerzas, dice Yrigoyen, ni asestar golpes prematuros. Pero el grupo de Alem insiste y la revolución queda decidida. Se resuelve que el ídolo del pueblo encabece el levantamiento desde Santa Fe, donde el gobierno radical surgido de la revolución se dispone a resistir la intervención nacional.

Yrigoyen tiene la convicción de que esta revolución, sin pie ni cabeza, ha de fracasar. Él debe cuidar las reservas de Buenos Aires, intactas y alertas. Se retira. Los amigos de Alem se quejan de lo que consideran una injustificable deserción. Allí empieza a agravarse una tensión entre tío y sobrino a la que tendremos oportunidad de referirnos más adelante.

El interior del país, mientras tanto, estaba en llamas. Desde principios de agosto Corrientes estaba sublevada con Blanco a la cabeza, pero las fuerzas nacionales, con el apoyo de los mitristas, sofocan la rebelión. El 6 de setiembre estalla la revolución en Tucumán: los radicales se hacen fuertes en distintas partes de la ciudad, que asiste durante cuatro días a una sangrienta lucha. El 12 llega un batallón gubernista para colaborar con el gobierno provincial, pero se subleva también. Al fin, el activo Pellegrini se traslada a Tucumán con una división de ejército armada de 60 cañones, que aplasta definitivamente la revolución.

A todo esto, Alem había logrado burlar la intensa vigilancia de que se lo hacía objeto. Por un boquete practicado en los fondos de su casa de la calle Cuyo pasó a la de un adicto, de donde salió disfrazado. Se embarcó en un barquichuelo y se lanzó hacia Rosario. El 24 de setiembre los radicales reconquistan Rosario casi sin lucha. En el interior de la provincia de Santa Fe avanzan ejércitos radicales improvisados con fervor y coraje: en el Norte, don Cándido Elormendi al frente de los peones de los saladeros y de los indios «sauceros» sale de San Javier, toma San Cristóbal y ocupa Rafaela. Alem llega a Rosario y aparece entre los suyos. Una división de suizos viene desde las colonias a defender Rosario. Desde Entre Ríos llegan voluntarios para colaborar en la patriada, y hasta caen 300 «blancos» de la otra banda a poner el hombro. Gabino Ezeiza, el gran payador de color, también se incorpora a las mesnadas radicales.

Las esperanzas prosperan entre ramalazos de decepción. Una cañonera que iba a llevar auxilios a las fuerzas gubernistas se subleva y entrega los pertrechos a los revolucionarios. Otros buques de la Armada se alzan, pero son derrotados.

Sin embargo, el gobierno contaba todavía con poderosos elementos. Después de dominar Tucumán, la división de Pellegrini reforzada por otra que dirige Roca

personalmente, se echa sobre Rosario. Amenazan bombardear la ciudad si no se rinden los revolucionarios. Alem ordena la disolución, pero, eso sí, «guardando bien las armas». Él se entrega y asume todas las responsabilidades. Lo encarcelan, a pesar de que desde hace un mes es senador nacional por la Capital.

A principios de octubre la revolución radical ha sido totalmente aplastada. El 21 de setiembre fue detenido Yrigoyen.

Le habían avisado que se escondiera, que lo andaban buscando. Pero él no se inquietó. Todos sabían que no conspiraba y que no tenía arte ni parte en la revolución heroica y descabellada de Alem. Vuelve a su casa esa noche y se retira a descansar. Como a las dos de la mañana se despierta bruscamente: tiene una corazonada. ¡Si fuera verdad!... No conviene que lo detengan; no quedaría ningún dirigente responsable al frente del partido porque casi todos están en Rosario con Alem. Se levanta, se viste rápidamente. Cuando está por salir, una comisión policial lo detiene. ¡Mala suerte! No se queja ni se aflige.

Lo llevan a un viejo buque de guerra, luego a un pontón medio anegado. Allí hay centenares de radicales presos. Casi un mes dura ese encierro injusto e innecesario, padecido con estoicismo por Yrigoyen, que sufre mucho por el mareo y la falta de higiene. Luego deportan los presos a Montevideo. Yrigoyen permanece hasta diciembre en la única tierra no argentina que pisó en su vida. Luego, regresa calladamente.

Pasó el cimbrón. El Régimen gobierna en toda su insolente prepotencia. La prensa está amordazada. Las provincias intervenidas militarmente en su mayoría. Alem, preso todavía, pese a la orden de libertad impartida por la Corte Suprema. Rigor policial y vejaciones irritantes para con los vencidos.

Yrigoyen piensa que hay que empezar de nuevo.

III

Durante medio año languideció Alem en la cárcel. Cuando volvió, estaba quebrado. Ya no tenía esa gallarda pujanza que había arrebatado a los pueblos tras su reclamo viril: ahora estaba abatido, más viejo, quizás enfermo. Todavía arengaba a sus gentes y parecía superar su quebranto al conjunto de sus propias palabras; pero un regusto ácido y amargo tenía su verbo, y su penacho arrogante se había abajado. No lo había doblegado el castigo: Alem no era de esos. Pero el fracaso, la supuesta traición a la que él atribuía la derrota del alzamiento y la pobreza franciscana que sobre él se cernía, todo contribuía a su vencimiento moral.

Hubo también algo más: algo más delicado y doloroso que lo afectó grandemente: sus choques con Yrigoyen. Ya hemos mencionado cómo difirió su criterio con el de su sobrino en lo referente al estallido de setiembre del '93. Cumple ahora referirnos brevemente a las desinteligencias que entre ambos existieron para dar la exacta versión de aquella situación que ha sido maliciosamente exagerada por los detractores

de Yrigoyen y que —por su misma oscuridad— ha constituido siempre un inagotable filón de fantásticas calumnias.

Desde su incorporación a la Unión Cívica actuó Yrigoyen con entera independencia. Su personalidad acabada, la firmeza de sus convicciones y aun su misma modalidad hacían que no dependiera sino de sí mismo. Necesariamente, pues, hubo de chocar con su tío, impetuoso y arrollador, que estaba habituado a tratar a Hipólito como ahijado. Cuando Alem notó que su sobrino cargaba personalidad propia, se permitía sostener opiniones diferentes o contrarias a las suyas y hasta se rodeaba de un distinguido núcleo de jóvenes que lo tenían por un mentor, debió sentirse lastimado. Era la suya una reacción semejante a la que tiene cada padre cuando el hijo toma conciencia de su individualidad y se planta con autonomía frente al que obedeció hasta ayer. En el caso de Alem, tal sentimiento debió ser más doloroso por la delicadeza extrema de su espíritu.

La elección de Yrigoyen como presidente del Comité de la Provincia, por ejemplo, fue una sorpresa para Alem. Su candidato era otro, y debió resultarle increíble que su sobrino pudiera haber llegado al alto cargo no sólo sin su beneplácito, sino hasta contra su deseo.

Poco a poco, sin darse cuenta ellos mismos, los celos mutuos fueron abriendo grietas profundas entre tío y sobrino. Es fácil atribuir estos distanciamientos a causas achacables a uno u otro, según las simpatías personales de cada cual. Mas lo cierto es que ello obedecía a una ley fatal, a un sino inexorable: Alem e Yrigoyen eran demasiado grandes para convivir en el radicalismo. Cada uno era una individualidad completa en su tipo, dotada de temperamento, puntos de vista, modos de lucha y sentido político diametralmente opuestos. No es necesario, entonces, buscar otras causas que las que nos ofrece la lógica para saber a qué obedecieron las tan traídas y llevadas divergencias entre ambos caudillos. Dos hombres así fatalmente tenían que sentirse desafines y obrar en consecuencia.

A poco andar, el Comité de la Provincia de Buenos Aires se convirtió en un órgano casi autónomo del comando nacional del radicalismo. La Unión Cívica Radical de Buenos Aires era la fuerza más potente y disciplinada del partido, a diferencia del resto, caótico e inmaduro en muchos sentidos. Yrigoyen tenía discípulos que lo seguían con fervor y que, acaso sin proponérselo, resistían a Alem y su grupo como instintiva reacción defensiva de su jefe. Aunque por esta época no tuvieron mayor trascendencia, sábese que no faltaron gestiones para limar tales asperezas. Luego, la revolución del 30 de julio de 1893, preparada y realizada por Yrigoyen con prescindencia de la dirección nacional, así como su negativa a colaborar en la de setiembre, ahondaron más aún los resquemores. Más tarde, la vida interna partidaria puso algunas veces frente a frente a ambos dirigentes. Pero lo curioso es que, si bien Alem llegó a creerse minado en su posición por su sobrino, y así lo dijo alguna vez públicamente, con su característica franqueza, éste nunca hizo cargos ni acusó agravios contra su tío.

En realidad, Yrigoyen no tenía nada contra Alem (salvo, tal vez, la resistencia no consciente que provoca un obstáculo en el espíritu del que va marchando hacia su destino). La verdad es que la lucha que libró Yrigoyen en el seno del partido fue dirigida contra el grupo que rodeaba a su tío. Yrigoyen conocía muy bien a ese pequeño cónclave usufructuario del prestigio del caudillo, cuyos integrantes estaban muy lejos de vivir en la tensión heroica y agonista del magnífico luchador. Los conocía uno a uno, y desconfiaba de ellos y de su radicalismo.

No se equivocó: casi todos terminan gobernando con los hombres del Régimen cuando don Bernardo aceptó en 1898 la gobernación de Buenos Aires. Alguno que sobrevivió hasta asistir al triunfo de la Unión Cívica Radical llevó su odio a Yrigoyen al punto de unirse a los elementos antirradicales y tener parte en la frustración del gran esfuerzo de redención popular que realizó desde el poder. ¡Ésos eran los amigos de Alem! Yrigoyen que conocía a los hombres con pasmosa certeza, caló desde el principio a los Barroetaveña, Lilledal, Castellanos, Candiotti, Saldías, De la Torre, Melo. Contra ellos, que tarde o temprano significarían el apaciguamiento, la componenda o la transacción con el Régimen, fue inflexible, y opúsoles su terca determinación: no contra su tío, a quien amaba y respetaba.

Por otra parte, la situación que relatamos no tuvo por esos días mayor trascendencia pública y fue conocida únicamente por aquellos que frecuentaban los mentideros partidarios. Sólo mucho tiempo después esos hechos salieron a luz, revelados con maligna exageración por los enemigos de Yrigoyen, ya Presidente.



Pero retomemos el hilo de la crónica. A pesar del descalabro bélico sufrido en el '93, el radicalismo retornó a la lucha electoral con una vitalidad que debió asombrar a los hombres del Régimen. En enero de 1894, se realizan elecciones de diputados nacionales por la provincia de Buenos Aires. Ganan los radicales. Un mes después se elige gobernador en la misma provincia: la Unión Cívica Radical triunfa en la elección primaria, obteniendo 45 electores sobre 36 que lograron respectivamente los cívicos nacionales y los autonomistas. Realmente eran dignos de admiración estos resultados, considerando las condiciones desventajosas en que debieron ir a los atrios los radicales, con sus jefes presos o exiliados y padeciendo una intervención sin ningún viso de imparcialidad. Pero el acuerdo —naturalmente «patriótico y necesario» como todos los acuerdos de todas las épocas— frustró la voluntad popular: ante la posibilidad de que un radical gobernara el primer estado argentino, mitristas y roquistas se coaligan eligiendo de consuno un cívico-nacional, el doctor Udaondo. Con esta maniobra, el Régimen comprometía el apoyo mitrista a cambio de la rica prebenda de Buenos Aires.

En febrero se elige senador nacional por la Capital en reemplazo de Alem, que en diciembre había sido declarado cesante por sus pares. Nuevamente triunfa el radicalismo: pero una vez más las maquinaciones de la oligarquía impiden que se cumpla el veredicto popular. El Colegio Electoral elige a Alem, y el Senado posterga

indefinidamente el tratamiento del diploma hasta que el caudillo renuncia. Esta actitud era un signo del estado espiritual en que ahora se debatía el gran abanderado: en otros tiempos hubiera hecho estremecer al país con sus protestas airadas. Ahora, en cambio, fastidiado por el desaire del servil conciliábulo, renuncia sin mayor lucha. El Colegio Electoral elige, entonces, a don Bernardo de Irigoyen, que jaquea desde su banca al gobierno hasta que en noviembre de 1894 logra derribar estruendosamente a Quintana del Ministerio del Interior, con lo que el Presidente pierde su apoyo más efectivo.

Tan débil quedó la situación de Sáenz Peña después de la dimisión de Quintana que en la primera coyuntura renunció también a su alta investidura, dejando así en poder del vicepresidente Uriburu —sumiso instrumento de Roca— la presidencia de la Nación.

Pasado el *pathos* revolucionario que sacudió al país, la política se desenvolvía lánguidamente, sin interés. Roca, casi eliminado por un momento merced a la enérgica reacción popular, tenía ahora más que nunca la situación en su mano. Alguien le había preguntado —allá por 1886— que más podía pretender un ciudadano que ya había ocupado la presidencia de su país.

«Ser reelecto...», contestó paladinamente el Zorro, que acababa de abandonar la primera magistratura. Y ahora, después de los azarosos interregnos de Juárez y Sáenz Peña —completados respectivamente por Pellegrini y Uriburu— se aprestaba a colmar su ambición con la segunda presidencia.

La caída de Sáenz Peña (enero de 1895) pareció infundir nuevo ritmo al juego político, llevando nuevas esperanzas a los decaídos ánimos radicales, tantas veces burlados por la fuerza o la intriga. Alem había renunciado el año anterior a la presidencia del Comité Nacional, fundando su decisión en motivos de salud. Debió retirar su dimisión a pedido de sus amigos, pero ya no era un jefe de partido como en el '91 o el '93. Estaba enfermo y desmoralizado. Pobrísimo, además. Sin embargo, la renuncia del Presidente le infunde renovadas ansias de lucha. Se había dado todo entero a su pueblo y ahora se iba apagando lentamente. Pero, a ratos, la brasa en que se consumía con generosidad se avivaba y sabía llamear.

Acepta la candidatura a diputado provincial que le ofrece el partido y triunfa en las elecciones provinciales de febrero de 1895 con sus colegas de lista contra las fuerzas coaligadas de cívico-nacionales y roquistas.

Briosamente encabeza Alem la nueva lucha. Convoca la Convención Nacional y organiza la compra de un diario, *El Argentino*, que será el órgano oficial de la Unión Cívica Radical, con la colaboración de las mejores plumas del país. En junio se incorpora a la Legislatura, su vieja Legislatura donde quince años atrás voceara la profecía avizora.

Pero poco le dura el envi6n. La Convención Nacional se reúne en largas sesiones secretas sin llegar a nada concreto. La división interna mina sutilmente el partido. Su actuación en la Legislatura no es, ni con mucho, comparable a la de los grandes

tiempos.

Y llega 1896. En marzo el radicalismo es derrotado por primera vez en las elecciones de la Capital. La derrota radical provoca renunciadas en el seno del Comité Nacional. Hay disgusto y tensión en las esferas dirigentes. Se habla de reorganizar ampliamente el partido y se realizan conversaciones en tal sentido. Alem deja establecido que él colaborará, pero que no desea volver a ocupar la presidencia. Está cansado y enfermo^[6].

Abril. Mayo. Junio. Alem decide pegarse un tiro. No puede soportar la vida que lleva. Se siente «inútil, estéril y deprimido». Acaso intuye que está convirtiéndose en un obstáculo para la marcha del partido. Siente que es un fracasado. Políticamente, nada de lo que inició ha tenido éxito. En cuanto a su vida privada —minúscula como es, porque él vive «en casa de cristal»— lo poco que esconde como un tesoro querido también ha fracasado: una pobreza sin remedio, un amor imposible... Hay una desolación de erial en su alma, azotada por pamperos huracanados. Y resuelve fríamente terminar con su vida.

Una noche escribe algunas cartas de despedida y un testamento político conmovedor, en el que manifiesta la serena convicción de su fracaso, y la firme creencia de que la obra del radicalismo no ha de quedar trunca. Y el 1.º de julio de 1896, Leandro Alem, el amado de las multitudes argentinas, el caudillo bueno del alma y las barbas cándidas, se da muerte por su propia mano. Murió en la calle, escenario de sus mejores triunfos y ágora de las más resonantes arengas que de su corazón salieron.

A todo esto, ¿qué era de nuestro héroe?

Yrigoyen partía su tiempo entre la política y las labores rurales. La revolución del 30 de julio había reducido sensiblemente su fortuna, y necesitaba reconstruirla para las futuras actividades. Porque, ahora sí, Yrigoyen sabía sin vacilaciones ni dudas que él debía comandar el radicalismo.

Tenía al respecto ideas muy precisas. Sabía que la conducción de Alem era la expresión de un momento de la vida argentina en que las fuerzas no contaminadas insurgieron casi espontáneamente contra el Régimen. Por un instante el triunfo había parecido seguro, pero todavía las estructuras del Régimen eran potentes, y la insurrección popular fue aplastada. Ahora eran necesarios distintos métodos para llevar otro tipo de acción más penosa y más larga que la anterior: la creación de un movimiento homogéneo, sin la menor vinculación con el Régimen y sus epígonos, con un comando responsable que llevara la acción sin urgencias —ya en el terreno electoral, ya en la lucha armada— con el objeto de plantear el reclamo previo de la devolución de la soberanía al pueblo, para construir sobre esa base un orden de cosas radicalmente diferente al del Régimen.

Yrigoyen sabía que le correspondía a él la suprema responsabilidad de acaudillar el radicalismo. Del Valle, retirado de la política pero con gran ascendiente en el radicalismo, murió repentinamente en enero de 1896. Sobre don Bernardo había

recaído nominalmente la jefatura del partido en el orden nacional; pero todos sabían que este respetabilísimo estadista no daba a la lucha contra el Régimen otro alcance que la sustitución de algunos hombres y algunos procedimientos. Sólo Yrigoyen sabía con claridad de qué modo y con qué fines debía encararse la futura acción de la Unión Cívica Radical. La muerte de Alem, sin embargo, desanimó a todos, y él mismo no escapó a tal sentimiento.

La noche del velatorio del caudillo alguien hablaba de la necesidad de reorganizar la Unión Cívica Radical. Entonces Yrigoyen tomó la palabra, y dijo gravemente:

—Lo que hemos perdido hoy es demasiado grande para que podamos pensar todavía en estas cosas. —Y con la conciencia del nuevo mandato que sobre él recaía, agregó—: Vuelvan ustedes a sus provincias (la mayoría de los circunstantes eran hombres del interior) y yo les avisaré cuando la Unión Cívica Radical esté en condiciones de reiniciar la lucha.

Por esta época inició su costumbre de dejarse ver lo menos posible. Ya no concurría a una elegante confitería del centro, donde muchachos de la mejor sociedad solían rodear su mesa. Ahora se lo veía únicamente en el Comité de la Provincia o en su domicilio. Se había instalado con su hija Elena en una modesta casa, a media cuadra de la Plaza Constitución, en pleno barrio sur. El barrio sur era el refugio de las últimas casonas coloniales. Era de calles estrechas, festoneadas de rejas voladizas, y desde la acera podían verse los vetustos zaguanes llenos de ecos y los grandes patios florecidos. En esa barriada —casi anacrónica ya en la ciudad cada vez más europea— recaló Yrigoyen y en esa humilde casa de altos encendió de nuevo el fogón. Por la escalera empinada de Brasil 1039 peregrinarían durante treinta años miles de argentinos en busca de consejo y de orientación.

Por las noches un grupo de discípulos lo esperaba en una esquina cercana. Aparecía Yrigoyen caminando solo por la calle Montes de Oca, del lado de Barracas, y se encaminaban todos hacia el Comité de la Provincia, situado en la calle Cangallo. La larga caminata era compartida cada noche por Yrigoyen con uno de los amigos, mientras el resto del grupo los seguía a unos pasos. ¡Qué larga docencia no ejercería Yrigoyen por esos callejones sombríos de San Telmo y Montserrat!

Allí aprendieron lecciones de civismo los muchachos más promisorios de esa generación. Entre ellos, el primero, Marcelo de Alvear, hijo y nieto de próceres, por quien Yrigoyen tenía predilección. Alvear era generoso, caballeresco, corajudo, sentimental, impulsivo, con un corazón grande y una boca llena de palabrotas. Era un argentino típico, un clásico porteño *fin de siècle*. Después, a medida que pasaron los años fue volviéndose sensual y escéptico, y algunas veces sus defectos vencieron sus cualidades innatas. Al final de su vida toleró en su partido cosas intolerables. Pero en la época a que hacemos referencia vivía de nobles ideales y profesaba una viril adhesión a Yrigoyen.

También eran del grupo Delfor del Valle, hermano de Aristóbulo, a quien solía comisionar Yrigoyen para plantear ante los cuerpos del partido sus propias iniciativas, y José Camilo Crotto, con su cara redonda y colorada de «cocoliche», medio poeta, con su espíritu buenazo (tanto que cuando fue gobernador de Buenos Aires, treinta años después, ordenó no perseguir ni molestar a los vagos que infestaban la provincia, por lo que desde entonces a esta feliz clase de mortales suele denominárselos con el apellido del manso gobernante que los protegió), y Pancho Ayerza, hombre adinerado que solía contribuir con Yrigoyen y Alvear a los gastos del partido, y Tomás Le Breton, Vicente Gallo, Julio Moreno, Ángel Gallardo, Tomás de Veyga y otros.

Trabajando intensamente en el Comité de la Provincia Yrigoyen logró mantener al radicalismo bonaerense fuerte y disciplinado, mientras el desaliento cundía en el resto del país. Ese año '96 fue trágico para los radicales. La muerte de Del Valle, la derrota de la Capital, el suicidio de Alem... Parecía que el radicalismo se desmoronaba. Pero ahí estaba Yrigoyen, trágicamente consciente de ser ahora el elegido para conducir la hueste. Hasta entonces, todo había sido apronte, aprendizaje. Ahora, el destino venía directamente hacia él, apartándole todos los obstáculos, para que pudiera asumirlo cumplidamente. Yrigoyen debió sentir por esos tiempos la misma sensación que lo estremeciera aquella noche helada de julio, cuando iba con cincuenta esforzados a alzarse con la provincia de Buenos Aires...

Pero desde entonces tres años habían pasado y su personalidad habíase prestigiado grandemente. Se sabía su desinterés, y se habían comentado sus repetidos rechazos a la gobernación de Buenos Aires, a la senaduría nacional, a las diputaciones que se le habían ofrecido, a homenajes públicos que se le brindaron. Pellegrini había declarado públicamente en cierta ocasión que «en ningún documento firmado por él debían leer un ataque dirigido a su buen nombre y merecido concepto público». Aun el general Mitre, sabiéndole irreductible antagonista, lo había elogiado sin reservas.

Yrigoyen tenía renombre y madurez como para tomar la bandera que había caído de la mano yerta de Leandro Alem.

IV

Poco después de la trágica muerte de Alem algunos de los que formaron parte de su círculo comenzaron a agitar la opinión en torno de la figura de don Bernardo de Irigoyen, con vistas a la próxima elección presidencial, que habría de realizarse dos años más tarde. Con este propósito organizaron una manifestación que a fines de agosto de 1896 fue a saludar al prócer en su residencia, y de inmediato se inició la tan postergada reorganización partidaria de la Capital Federal.

En marzo de 1897 se eligen en Buenos Aires diputados a la Legislatura. En el escrutinio, accidentado y poco limpio, le fueron escamoteados a la Unión Cívica Radical plurales votos, por lo que sólo obtuvo dos diputados. Esto indignó a la masa partidaria, que, ante la imposibilidad de lograr la revisión del resultado, exigió la renuncia en bloque del resto de los legisladores provinciales radicales. Tal temperamento fue aconsejado también por Yrigoyen, que al parecer ya columbraba el significado de la abstención electoral como postura principista y como táctica de lucha.

Sin embargo, en vista de que no pocos correligionarios se oponían, se consultó al Comité Nacional. Allí dominaban los antiguos amigos de Alem que ahora rodeaban a

don Bernardo. Después de un laborioso trámite el alto cuerpo aconsejó que no se renunciara, aunque reconociendo la justicia de la protesta. El Comité de la Provincia desconoció el dictamen, y pretendió llevar adelante el pensamiento primitivo. Y aunque al fin nada se hizo a ese respecto, la divergencia entre ambos organismos quedó en evidencia y profundamente acentuadas las divergencias ideológicas de unos y otros.

El año '97 avanzaba, entretanto. Roca se aprestaba a realizar su gran ambición: ser reelecto presidente. En realidad, nunca dejó de serlo virtualmente desde 1880, salvo el breve eclipse durante el gobierno de su concuñado Juárez, y ya en los últimos meses del '95 y primeros del '96 había ejercido el Poder Ejecutivo Nacional por ausencia del doctor Uriburu. Su poder era más fuerte que nunca. Pellegrini, «la gran muñeca», adobó con energía y desparpajo la candidatura de su amigo: y hete aquí que el Zorro, con 54 años de edad y un nefasto pasado político tras sí, fue proclamado en julio candidato a presidente por el Partido Autonomista Nacional.

Pero esta vez el Régimen no estaba dispuesto a compartir las delicias del poder con nadie. Se sentía invulnerable, ante la disgregación creciente del radicalismo, y podía prescindir del apoyo de los mitristas, eternos usufructuarios de votos ajenos.

Los cívico-nacionales, al verse desdeñados de tal guisa por sus antiguos aliados, comprendieron que su última posibilidad radicaba en una nueva unión, esta vez con los radicales. Alem, el argentino intransigente, ya no estaba al frente del partido popular: ahora dominaban don Bernardo y su cenáculo y éstos también sabían que con el aporte mitrista tal vez pudieran obtener algunas posiciones. Además, dentro del Partido Autonomista Nacional mismo los elementos progresistas de Roque Sáenz Peña ofrecían su apoyo a la eventual coalición antirroquista.

Poco después de la proclamación autonomista se constituyó un «Comité de la Juventud», bastante heterogéneo por su composición, cuyo único nexo de unión era el común odio que todos profesaban a Roca. Los dirigía el infaltable Barroetaveña, y su tono general no difería del otro comité juvenil cuya decidida actuación había posibilitado la reacción del '90. Pero los de ahora olvidaban que la unión conseguida a base de una repugnancia común podía tal vez ser eficaz para una revolución como la de siete años atrás, pero nunca para una acción constructiva. Olvidaban también que ahora existía un partido que por su composición humana, por su estructura en ancho y profundo y por su repercusión sentimental en el pueblo, estaba todavía en condiciones de afrontar la lucha contra el Régimen sin necesidad de comprometerse en una unión inútil y peligrosa.

Abocados, pues, a la tarea de aunar fuerzas dispares, el Comité de la Juventud invitó a la Unión Cívica Radical y a la Unión Cívica Nacional a un mitin conjunto. Ambas agrupaciones aceptaron, y el 15 de agosto se realizó el acto. Al pasar los manifestantes por la calle Florida, se abrió el balcón de una suntuosa residencia, y al lado del dueño de casa aparecieron el general Mitre y don Bernardo. La víspera ambos personajes habían conferenciado largamente, y habían proyectado la fusión de

sus respectivos partidos. El acuerdo se repetía. Los viejos actores seguían trabucando sus papeles. No aprendían.

El mitin, sin embargo, y la campaña para reconstruir la vieja Unión Cívica no prosperaron. Desde *La Nación* Mitre hacía derroches de dialéctica para convencer a los radicales remisos. Sabían todos que el obstáculo mayor residía en el Comité de la Provincia, donde la opinión de Yrigoyen era seguida; por lo que desde las páginas del prestigioso matutino llegó a insinuarse la posibilidad de que el mismo Yrigoyen ejerciera la dirección del nuevo partido.

Pero nada podía doblegar la intransigencia principista del caudillo bonaerense: ni la tentación del poder ni los halagos de una dirección partidaria. Entonces se propuso algo más sutil: las «paralelas», consistentes en actitudes concordantes y candidatos comunes de ambos partidos, sin llegar a la unión, junto con los grupos autonomistas dispersos.

Esta proposición fue llevada a la Convención Nacional de la Unión Cívica Radical. Después de debates tumultuosos, que a veces terminaron en batallas campales, el organismo resolvió el 6 de setiembre de 1897 aceptar la política de las «paralelas».

Yrigoyen llega ahora a uno de los momentos clave de su vida. Va a matar el partido que ha recogido sus mejores afanes: va a liquidar, aparentemente, la obra de su tío y de él mismo. El radicalismo se ha desvirtuado: sus sacrificios, sus ideales y su tradición serán archivados, ante la posibilidad de un triunfo electoral, por hombres que han perdido la fe en el radicalismo como fuerza libertadora. La singularidad y la capacidad de lucha de sus huestes han sido puestas en duda. Para eso, más vale irse. «¡Para vivir estéril, inútil y deprimido, es preferible morir...!», había dicho Alem un año antes. Sabía Yrigoyen que esto no debía aplicarse sólo al caso individual: cuando los grandes movimientos llegan a esterilizarse por sendas tortuosas, más vale terminar con ellos. «¡Sí: que se rompa, pero que no se doble...!».

Habla con unos y con otros, sin que nada trascienda al público. Y el 29 de setiembre, el comité radical de la Provincia, reunido en casa de Alvear, resuelve por el voto de casi todos los presentes rechazar la política impuesta por la dirección nacional partidaria y disolverse. Luego se leyó un largo documento original de Yrigoyen con la colaboración de Alvear, Ayerza y Le Breton, en el que se hacían consideraciones de peso sobre el concepto de la intransigencia y se anunciaba la postrer resolución del comité, ante la desvirtuación de los propósitos que habían orientado al radicalismo desde su primer momento.

El documento es solemne y desgarrado. Alienta en toda su extensión un sentimiento de viril tristeza. Debió haberse escuchado en medio de un silencio patético. Al terminar, uno de los delegados dijo que se imponía un acto de estricta justicia: dar un voto de agradecimiento al doctor Hipólito Yrigoyen, por los importantes servicios prestados a la provincia desde la presidencia del Comité. Todos los delegados, entonces, se pusieron de pie y aplaudieron con emoción, estrechando

la mano del jefe.

Días más tarde algunos dirigentes de provincias hicieron llegar su adhesión al pronunciamiento bonaerense: Julio Moreno, Fernando Saguier, Martín Torino, Pelagio B. Luna.

Después, cada cual a su casa. El Comité de la Provincia de Buenos Aires, la única organización efectiva y disciplinada de la Unión Cívica Radical, se había disuelto. La Unión Cívica Radical, como organización visible, había desaparecido del escenario político. Con el rótulo quedaban don Bernardo y sus amigos, indignados ante la quiebra de su combinación. Con el rescoldo de las brasas ardiendo todavía bajo las cenizas calientes, Yrigoyen y los suyos.

V

Ahora cumple echar una ojeada a esos años del noventa y tantos, a fin de saber con seguridad qué había significado para el país este movimiento que concitó tras su bandera tantas voluntades y tantos sacrificios en seis años escasos de actuación.

Nunca la República se había estremecido al conjuro de reclamo alguno con vibraciones tan hondas. Alsina y Mitre lograron, en un momento de sus trayectorias, despertar grandes entusiasmos y adhesiones perdurables, pero los movimientos que encabezaron fueron esencialmente personalistas. Ahora el radicalismo había conseguido sacudir al país de punta a punta en una sola vibración nacional. Y aunque Alem había sido el alma y la encarnación del nuevo sentimiento popular, éste trascendía ampliamente la simple adhesión emocional al caudillo, para exteriorizarse en un nuevo enfoque de la realidad argentina, en una toma de posición integral tan novedosa y distinta que hizo decir a Pellegrini alguna vez que «el radicalismo es un temperamento».

Por primera vez existía un partido verdaderamente nacional, afincado en todo el territorio, organizado democráticamente y con una dirección más o menos impersonal. Estas características de la Unión Cívica Radical hubieran justificado por sí su aparición en la vida política del país, pues los partidos anteriores o contemporáneos habían sido locales y el predominio que algunos lograron en el orden nacional se debió a coaliciones entre fuerzas provinciales con alguna afinidad (aun la única y decisiva de gozar del gobierno).

Lo que representaba, pues, el radicalismo como elemento de unificación espiritual del país, era incalculable. Pero a esto se unía, además, su composición humana —que superaba toda clasificación como partido de clase— y su ideario. Porque, tal vez diluido entre la oratoria cursi y difusa de la época, tal vez más intuitivo que expresado orgánicamente, el radicalismo alimentaba ensueños patrióticos y de redención humana que podían sintetizarse en su aspiración suprema de derribar el Régimen.

Quizá no hubiera muchos radicales que supieran detallar qué harían con el país una vez liquidadas esas estructuras: pero todos conocían oscuramente que el radicalismo construiría entonces un ámbito nuevo donde la injusticia política del fraude, la injusticia social de la explotación y la injusticia económica del enfeudamiento no existirían. Gobernando el pueblo, todo habría de andarse. Había quienes achicaban la lucha de la Unión Cívica Radical a la mera supresión de la primera injusticia, pero muchos, Yrigoyen sobre todo, tenían los tres esquemas perfectamente en claro, como si fueran grados de sucesivo conocimiento para iniciados.

Por de pronto, en los seis años de su primera época, el radicalismo había aparecido como una gran esperanza para la población nativa. El solo hecho de plantear una lucha a muerte contra el Régimen que los había esquilado y vejado, atraía hacia el radicalismo la adhesión de la gente de la tierra. Los dirigentes mismos del nuevo partido, con su romántico halo de revolucionarios y predicadores, fascinaban a los pueblos criollos, que instintivamente desconfiaban de las contrafiguras de aquellos apóstoles —los «vacunos», los oligarcas y vividores de la sucia política roquista— a quienes debían su despojo. Por eso, y porque supieron tocar fibras adormecidas, porque golpearon a la puerta de la emoción popular y fueron una luz en su noche sin esperanzas, los criollos de la Argentina superviviente se allegaron a la Unión Cívica Radical y creyeron en ella.

Aunque parezca extraño también albergó el radicalismo a muchísimos extranjeros o hijos de extranjeros, pues la adhesión del criollaje no significó en ningún momento la exclusión de los elementos de inmigración. Ello se debió a la amplitud milagrosa de la nueva congregación cívica, tan distinta por su generoso sentido social de los sectarios y herméticos partidos de izquierda que por entonces también empezaron a actuar en el país. La Unión Cívica Radical excedía estos encasillamientos y los sobrepasaba. Los gringos y los gallegos que habían arraigado en el país y sentían como propias sus convulsiones políticas sabían que sus hijos sólo podrían participar activamente en la dirección de la cosa común, si se abría el *cursus honorum* a todos los argentinos sin distinción de origen: posibilidad sólo factible mediante un movimiento netamente popular. El radicalismo, al apelar al sentimiento de esos recién llegados, evitó que se hicieran indiferentes a la suerte del país, y logró de ellos esa asimilación a la tierra que Sarmiento había temido no llegara a producirse.

Hombres de toda categoría social habían servido con abnegación a la Unión Cívica Radical. Aristócratas de la ciudad, estancieros de la campaña, profesionales y comerciantes, junto a humildes trabajadores y peones de campo. Nadie se sintió incómodo o fuera de lugar. Mucho antes que Yrigoyen proclamara su repudio a la lucha entre clases sociales, la aleación de las filas radicales había logrado el prodigio de amalgamar tras un común ideal a gente de tan diversa laya. Es que el radicalismo era un partido nacional en ancho y profundo. Con razón pudo decir años más tarde un gran escritor incorporado a sus filas en su madurez: «Fui al radicalismo, y me recibieron hijos de inmigrantes y nietos de próceres».

Sólo seis años habían bastado para que se operara la formación de esta agrupación, que más que de partido político tenía características de credo religioso por el místico fervor de sus adeptos, por el idealismo con que supo afrontar las más tremendas pruebas, por su altiva intransigencia frente al repudiado Régimen. La maravilla había sido posible por el esfuerzo de hombres como Alem, Del Valle e Yrigoyen, pero también puede explicarse por la urgente necesidad que tenía el pueblo de creer en algo, de salvar algún valor del derrumbe de esencias morales al que llevaba el Régimen, ese Régimen «falaz y descreído» que no respetaba ninguno porque se basaba justamente en el culto de la sensualidad y lo positivo. Pero el pueblo necesita creer y soñar y esperar: y precisamente en un instante en que su difícil construcción de jerarquías morales parecía abatirse surgió el radicalismo con claros y límpidos reclamos éticos. Éste, tal vez, sea uno de los grandes servicios que ha prestado el radicalismo al país: salvar la fe del pueblo en las consignas espirituales olvidadas, plantear de nuevo las grandes exigencias populares por una vida pública virtuosa y digna.

El radicalismo había acertado a asumir una causa que era nacional, que no estaba parcializada a zonas geográficas, intereses económicos o clases sociales. A su alrededor, cada vez en mayor medida, se irían nucleando las grandes mayorías populares, sintiéndose expresadas por este partido y su intransigente conductor.

No ha de extrañar, por tanto, que las masas volvieran a exaltarse tras las nuevas banderas. Fue, en esos tiempos, una verdadera resurrección de lo popular y sus formas. Se sintieron de nuevo los hombres humildes protagonistas de la gesta histórica —como cuando la Independencia—, y por eso ofrendaron voluntariamente sus vidas en los cantones revolucionarios. Antes no les había faltado coraje: les faltó fe para rendir ese coraje ante una divisa. Ahora, en el radicalismo ellos se «hallaban» (para usar esa expresión que sabe a reencuentro y redescubrimiento) y por eso se dieron fervorosamente a él.

La vida cívica cobró una relevancia como no la había tenido desde los tiempos bravos de Alsina. Se defendía el credo nuevo con desplante machazo. El entusiasmo por la causa tenía puntillos de postura byroniana o garibaldina, ante la posibilidad siempre inminente de la patriada. Los jóvenes eran, ahora sí, jóvenes. La nueva fe se hizo canto en las guitarras florecidas, porque en esa época sus grandes alegrías y sus grandes penas las expresaba nuestro pueblo cantando. Y en los comités radicales, mientras el costillar se doraba sabiamente y corrían los convites para asentar los vivos, el moreno Gabino entonaba sus décimas ingenuas, y Andrés Cepeda, Pablo Vázquez, José Betinotti y tantos otros payadores tornaron a desplegar otra vez los grandes temas de la Patria y la Libertad. ¡Como si al aflorar la vieja corriente de lo vernáculo hubieran surgido nuevamente aquellos rapsodas de nuestras gestas que el progreso había hecho desaparecer...!

2. LA REVOLUCIÓN

I

Y llegamos a los amenes del siglo XIX, el de las grandes maravillas y las grandes iniquidades. Las naciones europeas, definitivamente integradas, extienden su poder político y económico a todo el mundo. En América, pierde España su última colonia, y una fuerza pujante manifiesta desde el Norte su voluntad de hegemonía continental. Los pueblos indohispanos siguen oprimidos por oligarquías o por dictaduras castrenses, con el benévolo apoyo de los capitalismo afincados.

En la Argentina, después de la reacción popular contra el Régimen, todo parecía haber vuelto a los tiempos de la década proverbial del '80. Muerto Alem, muerto Del Valle, deshecho el radicalismo por la lucha interna entre los «bernardistas» e «hipolitistas», la oligarquía apacentaba plácidamente sus haberes sin más desazones que las aparejadas por las pujas del reparto. La prosperidad había retornado al país. Buenas cosechas, crédito seguro. Las revueltas más resonantes se producían en el terreno literario, donde la nueva sensibilidad encabezada por Darío pugnaba por barrer los últimos restos del romanticismo. Los sectores usufructuarios del poder y la riqueza, alejado ya el fantasma radical, miraban con tolerancia no desprovista de cierto humorismo a las nuevas formaciones políticas extremistas: ¡esos socialistas de Justo, melencidos y detonantes, que hablaban de revolución social y de proletariado oprimido...! ¡Esos anarquistas tenebrosos, apocalípticos! Y se sentían satisfechos los respetables burgueses al comprobar cuán magistralmente habían conciliado ellos su bienestar con su patriotismo...

Era la segunda época de oro de la oligarquía. Por un instante había tambaleado la arquitectura del Régimen; pero ahora, nuevamente, todo estaba firme. Roca evocaba con su apellido la solidez perenne de las cosas incommovibles: era victoriana con fondo de pampa.

El radicalismo, prácticamente, no existía. Había bastado al Zorro ofrecer a don Bernardo la gobernación de Buenos Aires para que el viejo estadista, harto ya de luchar desde el llano, aceptara la comprometedor prebenda. Votos roquistas contribuyeron al dudoso triunfo de don Bernardo: y aunque los radicales netos decidieron votarlo en el Colegio Electoral como homenaje a su larga actuación, la pirueta política lo alejó definitivamente de Yrigoyen y los suyos. La Unión Cívica Radical estaba acéfala, sus organismos habían caducado hacía mucho y no se habían renovado. No había comités ni jerarquías funcionales. El radicalismo era apenas un sentimiento que latía en unos pocos corazones argentinos.

En alguna ocasión intentó fundar de nuevo la Unión Cívica Radical. A fines de 1901 el doctor J. Lino Churrarín levantó de nuevo el nombre querido con propósitos electoralistas, pero su esfuerzo murió oscuramente.

También los mitristas trataron de aprovechar los elementos decepcionados del radicalismo, fundando el Partido Republicano, al que pretendieron dar carácter amplio, y al cual se adhirieron por breve lapso el prestigioso cordobés Pedro C. Molina y el coronel Ángel S. Blanco. Pero los verdaderos radicales no se confundían: sabían que «el banderín de la cantina no era la bandera del regimiento...» y se quedaron en su altivo recogimiento, aguardando que tocara a generala el único que podía hacerlo: Hipólito Yrigoyen.

Yrigoyen ya era el jefe máximo del radicalismo: «El general», como lo titulaban sus allegados. En las provincias, los de la guardia vieja reconocían su indiscutible mayorazgo, y en Buenos Aires lo tenía por tal ese brillante estado mayor distribuido en los cien partidos de la provincia, cuyos hombres parecían rivalizar en hombría de bien, coraje y patriotismo.

Trabajaba mucho. Los desastres políticos acarrear siempre quebrantos económicos y él, idealista como era, también sabía ser a veces increíblemente práctico. Poco a poco reconstruía su hacienda, como un obseso leñador que hachara incansablemente durante el estío, para echar al fuego en invierno el producto de su trabajo. Seguía en sus cátedras y a veces usaba un pabellón de la escuela donde enseñaba para sus reuniones con militares.

Porque conspiraba. Yrigoyen, al igual que su tío, había encarado desde el principio la lucha contra el Régimen de un modo total, sin concesiones. De ahí su intransigencia frente a los acuerdos que sucesivamente y con distintos nombres aquél le propuso. Agotada la instancia legal, la lucha era concebida por Yrigoyen desde la circunstancia militar. No había sino una diferencia de grado entre la lucha cívica y la lucha en los cantones. Por eso Yrigoyen pasó de un plano al otro sin esfuerzos, naturalmente. Cuando la deserción de don Bernardo terminó de quebrar formalmente al radicalismo, Yrigoyen se lanzó a conspirar, trabajando al mismo tiempo en la reconstrucción del partido. Intransigencia significaba lucha sin transacciones ni componendas. Abstención sería más tarde la expresión del recogimiento del pueblo frente a la usurpación: la Revolución era el último recurso, la apelación viril y postrera, el sacrificio supremo.

El trabajo de Yrigoyen era doble y paralelo. Había que estructurar de nuevo el radicalismo —en sus gentes, sus dirigentes y sus organismos— y había que crear las posibilidades de la revolución cívico-militar. Otra constitución que no fuera la suya se hubiera agotado en esta faena.

Pero Yrigoyen podía hacerla. Estaba en su mejor época. Repechaba galanamente la cincuentena, con ese estilo sin edad, herencia de sus avatares indios. Una de las rarísimas fotografías suyas de esos tiempos nos lo muestra luciendo un fino bigote que cae a la criolla sobre las comisuras de los labios, finos y sensitivos. Los ojos grandes, soñadores, enmarcados por el largo arco de las cejas. La frente, alta y ancha. Son las facciones de un idealista, ascético sin llegar a la dureza, sensible sin caer en lo pusilánime, suave y firme a un tiempo. Por entonces había fallecido su madre, a la que se parecía mucho físicamente; por esa circunstancia cargó mucho tiempo un riguroso luto.

La jefatura habíale llegado sola, por su propia gravitación. No la había

ambicionado, pero tampoco la rehuía. La aceptó como un hecho fatal, inevitable, asumiendo con sencillez su investidura de caudillo. El destino venía hacia él sin vacilación. Recordaban los radicales sus gestos viriles sin desplantes, sus tajantes definiciones, sus renunciamentos: y ante la tranquila seguridad, ante el optimismo vivificante de que hacía gala, sentían infundirse en entusiasmos que parecían idos para siempre. Como en las peregrinaciones de los tiempos ingenuos venían los radicales de todo el país a visitarlo, y uno a uno subían la escalera empinada de la casa, un poco abatidos, un poco expectantes: y salían con un fuego nuevo alentándoles el corazón y un mensaje de esperanza a flor de boca.

En eso andaba Yrigoyen. En tales labores de forja, construyendo el nuevo radicalismo.

II

Las cosas andaban mal por el lado de la provincia de Buenos Aires. En marzo de 1898 asumió la gobernación don Bernardo, trabado en su acción por una Legislatura en la que ni «vacunos» (roquistas), ni mitristas, ni intransigentes, ni menos aún sus propios amigos, tenían mayoría propia. Su administración se desenvolvió, así, penosamente, entre inacabables conflictos con el Senado, que le negaba acuerdo para los ministros, debiendo intervenir por dos veces el gobierno federal al Poder Legislativo.

Hundido en el desprestigio por su pésima administración y por sus reiteradas claudicaciones, feneció el «bernardismo», fagocitado por el roquismo. Frente a él, despreciando la prebenda gubernativa y fustigando los inmorales repartos de posiciones, se había mantenido Yrigoyen. Los intransigentes se negaron a concurrir a las farsas electorales del Régimen, aunque sin declarar expresamente la abstención, como si una consigna apenas murmurada los hubiera secretamente apalabrado. Sólo en 1901, al proclamarse la combinación Ugarte-Saldías, se oyó nuevamente la voz radical: se constituyó un Comité de la Juventud en La Plata que repudió el pacto, expresando su adhesión a Yrigoyen.

A todo esto, el Régimen tropezaba con dificultades de orden social, que lo fueron llevando a crear una serie de instrumentos represivos de extraordinario rigor, trocando así su plácida tolerancia de antaño para con las nacientes organizaciones obreras en hostilidad declarada. Aquellos detalles apenas visibles se manifestaban ahora inconteniblemente a través de los nuevos voceros. Desde el '90 en adelante, los gremios se estaban organizando activamente; la creciente instalación de industrias favorecía su formación.

En 1890, el «Comité Socialista Internacional» había celebrado por vez primera en Buenos Aires la fecha de los trabajadores. Bajo la dirección del antiguo médico del Parque, Juan B. Justo, se había fundado en 1896 el

Partido Socialista, que pretendía erigirse en órgano político de la clase trabajadora. La llegada al país de anarquistas europeos influyó grandemente en la organización y orientación de las nuevas formaciones obreras, que fueron acentuando su inclinación revolucionaria total, sobrepasando el tibio electoralismo reformista del Partido Socialista. En 1901 se constituye la FORA, central obrera de neta tendencia anarco-socialista.

Las condiciones de trabajo —diez, doce, catorce horas diarias con salarios de dos o tres pesos—, la inmigración creciente que mantenía la oferta laboral a niveles bajos, la insalubridad de las fábricas, la vivienda mísera, la falta de contralor estatal y de legislación protectora, todo contribuyó a que alrededor de 1900 los conflictos sociales se agriaran grandemente. En 1901 hubo una huelga general organizada por la FORA que la Policía reprimió con severidad. El orden de cosas impuesto por la oligarquía acusaba resquebrajamientos en su infraestructura; y esto no lo podían tolerar sus beneficiarios. La grita contra los «agitadores» acreció entonces, y en julio de ese año se sancionó la arbitraria «ley de residencia», instrumento de persecución que hasta hoy no ha podido ser derogado^[7]. El estado de sitio y la clausura de los diarios considerados peligrosos fueron comunes ese año. Frente a la protesta obrera, el Régimen cerraba filas y golpeaba duro.

Sin embargo, hubo un hombre de la oligarquía que vio con claridad el problema y planteó la solución en sus términos justos: Joaquín V. González. Estadista eminente, espíritu excepcional, comprendió que los movimientos sociales que agitaban al país no eran producto de agitaciones artificiales, sino fruto de irritantes injusticias. Era ministro del Interior de Roca, y envió en tal carácter al Congreso un proyecto de Código del Trabajo que la oligarquía legislativa no consideró jamás. No podía esperarse otra cosa de esos estólidos diputados y senadores: sólo una mentalidad avizora como la de González pudo comprender que a veces es necesario renunciar a algunos privilegios para conservar los restantes...

Ante la insensibilidad del gobierno, las masas obreras tornáronse más agresivas. Varias huelgas reprimidas sangrientamente ocurrieron por esos años. El trapo rojo, símbolo de las reivindicaciones sociales de todo el mundo, empezó a sustituir a la bandera azul y blanca. El repudio hacia las clases dominantes se hizo extensivo en el sentir de muchos trabajadores a la nacionalidad entera. Leopoldo Lugones, que por esos tiempos era socialista, escribió una amarga parodia del Himno Nacional:

«Hoy comprendemos *el grito sagrado*:
es miseria, conchavo y patrón.
Hoy comprendemos *las rotas cadenas*,
poder y trono del hábil ladrón...».

Los sectores del trabajo se desargentinizaban. Si el radicalismo no cobraba vigor y no hacía suyas las demandas justas de los desposeídos se corría el peligro de abandonar a fuerzas sin acento nacional ese material humano acosado que abarrotaba las grandes concentraciones urbanas del país.

III

Pero el radicalismo se estaba reorganizando. En 1902 se empezó a trabajar activamente en tal sentido. Era una labor fatigosa e ímproba, tanto más cuanto se sabía que el partido no iba a buscar posiciones, sino a reafirmar su austera posición de lucha contra el Régimen. Había que buscar a los correligionarios e infundirles nueva fe. Muchos de ellos estaban decepcionados o cansados; algunos ya habían abandonado toda actividad cívica; otros no alcanzaban a comprender el significado profundo del enfrentamiento integral contra el Régimen. Era un trabajo de docencia previa el que había que realizar.

Provincia por provincia, pueblo por pueblo, fueron así constituyéndose de abajo hacia arriba los nuevos organismos. No era el «rejunte» logrero de los partidos del Régimen, logrado sobre la base de promesas o intereses creados: aquí, cada uno se bautizaba en el nuevo credo sabiendo que iba a pura pérdida; a negarse voluntariamente toda participación en aquello a que tenía derecho como ciudadano. Al ingresar en el radicalismo esos argentinos formulaban un compromiso riguroso con su conciencia, compromiso hecho de prohibiciones y obligaciones, como el juramento de una antigua orden de caballería. Era una heroicidad y un poco de locura ser radical. Y, sin embargo, los comités se constituían, los registros engrosaban y nuevos valores nutrían las filas del radicalismo.

A fines de 1903 la reorganización estaba casi concluida. En julio de ese año, Yrigoyen cumplió aquella promesa hecha la noche del velatorio de Alem. Entonces había dicho a varios dirigentes del interior que él les avisaría cuando creyera llegado el momento propicio para dar nuevamente forma el partido: casi siete años habían pasado, y ahora, terminados los conflictos con Chile que habían paralizado por un tiempo las labores cívicas, eliminados los elementos proclives al acuerdo y ya en franco tren de organización, Yrigoyen pensó que podía realizarse una demostración pública de fuerza.

Convocó entonces a los principales correligionarios de las provincias, y el 26 de julio se realizó una grandiosa procesión cívica hasta la Recoleta, encabezada por él mismo y los dirigentes más preclaros del radicalismo. El acto dio la sensación de la asombrosa vitalidad de la Unión Cívica Radical y su persistente arraigo popular. Refiere la tradición que Roca y Joaquín V. González, vichando el desfile desde una ventana, coincidieron en que el radicalismo era el gran partido del futuro. Luego Yrigoyen conversó con los visitantes y los puso al tanto de la marcha de la conspiración, recomendándoles la urgencia de llevar a feliz cabo la reorganización partidaria. Hemos dicho que ésta marchaba satisfactoriamente: faltaba culminarla, con la constitución de la máxima autoridad ejecutiva del partido: el Comité Nacional.

El manifiesto del Comité Nacional de 1904 es uno de los documentos más importantes de nuestra historia política. Enjuicia al Régimen en términos claros y

rotundos. Hace notar que «el radicalismo, sin autoridades ni disciplina de partido, ha subsistido como tendencia y se ha acentuado vigorosamente como anhelo colectivo». Condena la política del acuerdo: «Al cabo de trece años de ejercicio de esta política positivista, el país comprueba el arraigo del Régimen cuya coparticipación se proclamó como medio lento pero seguro de extirparlo». Hace el proceso del Régimen, que «es el mismo en lo político, en lo económico y en lo administrativo». Analiza uno a uno los diversos aspectos de la vida nacional, señalando las corruptelas y desaciertos de la oligarquía en lo referente a finanzas, administración, ejército y marina, obras públicas, justicia, régimen federal, etc. Y dice: «La vida obrera, en movimientos persistentes, ha dejado oír sus reclamaciones, y las ha visto contestadas o con la violencia armada o con leyes de excepción que invisten a la Policía con facultades extraordinarias, al desterrar como peligroso, sin forma de proceso ni expresión de causa, al extranjero que proteste».

El Comité Nacional expresa en el manifiesto su escepticismo ante las soluciones que puedan brindar al país los nuevos partidos desprendidos del tronco roquista —el Partido Republicano, mitrista, y el Partido Autonomista, pellegrinista— y reitera su convicción de que «orden y probidad en las finanzas, patriotismo en la vida pública, justicia recta, educación bien inspirada y adecuada distribución de la riqueza y progreso, harán que [...] se levante nuestra Patria al lugar prominente que le corresponde en el mundo».

Finaliza el manifiesto dando las razones en que se funda el Comité Nacional para decretar la abstención de la Unión Cívica Radical en todo el país, y termina protestando contra el régimen imperante y declarando el «inquebrantable propósito de perseverar en la lucha hasta modificar radicalmente esta situación anormal y de fuerza, por los medios que su patriotismo le inspire».

En estas últimas líneas, se lee una sola palabra: Revolución.

En la sucesión de hechos de la época, el acontecimiento pasó sin mayor notoriedad. Los diarios apenas le prestaron atención^[8]. Pero tengo para mí que ese hecho fue en la Argentina el de más trascendencia política de los primeros quince años del siglo xx. Significó la reestructuración formal y definitiva de la única corriente popular capaz de realizar los anhelos de redención política y social del pueblo argentino.

La revolución de 1905, la posterior postura abstencionista, la conquista del voto secreto, todo fue consecuencia de la reorganización radical de 1903-1904. Tal vez ellos mismos no lo supieran, pero aquellos hombres de tierra adentro que habían deliberado esos cuatro o cinco tórridos días, aquellos muchachos desmandados y lengualargas, estaban haciendo historia...

IV

Las fuerzas políticas que sostenían al Régimen habían sufrido un grave cisma en 1901. Pellegrini, puntal del sistema, se separó airadamente de Roca. Ambos habían propiciado una ley que disponía la unificación de la deuda exterior de la República, cuyo servicio sería controlado por un sindicato de banqueros dependientes de la Banca Rostchild, que intervendría las entradas aduaneras. El proyecto despertó justificada resistencia por lo que tenía de lesivo para la dignidad y la soberanía del país. Esos días, Buenos Aires vivió un clima de pueblada que puso a prueba el coraje físico de Pellegrini, a quien se suponía principal gestor del proyecto por su vinculación con el poderoso consorcio. Pero cuando Pellegrini esperaba el máximo apoyo del Presidente para aguantar el cimbrón, éste retiró el proyecto del Congreso, dejando en descubierto a su amigo. La maniobra de Roca exasperó a Pellegrini, que se propuso desde entonces hundir a su antiguo socio.

Cuando Roca se enteró de la reacción de Pellegrini cuéntase que exclamó sonriendo:

—¡«El Gringo» volverá...!

Pero esta vez, su sagacidad había fallado. «El Gringo» no volvió. Por lo contrario, se dedicó empeñosamente a nuclear todos los elementos que dentro del Partido Autonomista Nacional pudieran resistir al Zorro.

Pellegrini tenía magníficas cualidades y defectos enormes: pero todos a flor de piel, sin disimulos ni hipocresías. Era una fuerza casi elemental por su acometividad, su capacidad de adhesión y de odio, por su sinceridad increíble y sus reacciones infantiles. Dirigido hacia el bien, hubiera podido ser un factor decisivo en la evolución del Régimen hacia formas más justas: en lo político, su papel hubiera sido semejante al de Joaquín V. González en lo social. Pero el Régimen, fosilizado en sus apetitos, era rebelde a toda evolución. Con su traza de Vercingetórix vernáculo y su vozarrón tonante, Pellegrini acosaba desde el Congreso al gobierno de Roca. Denunciaba sus corruptelas y voceaba su propia contrición.

Así llegó Roca a las postrimerías de su período, con la división cundiendo en las filas de su partido y sin fuerzas para imponer, como en el '88, su candidato a la sucesión presidencial. Reunió entonces —octubre de 1903— una llamada «Convención de Notables», integrada por todos los adictos que hubieran desempeñado representaciones públicas en los últimos veinte años, para decidir el nombre del futuro Presidente.

Allí jugó su última carta Pellegrini, en un formidable esfuerzo para anular la pesada influencia del Zorro. Poco le faltó para triunfar, pero Roca vetó duramente su candidatura, y ante el equilibrio de las fuerzas que jugaban en el conciliábulo debió asentir a Quintana, roquista tibio con vinculaciones con el mitrismo.

Da grima leer los diarios de la época. Todos son chismes y rumores sobre la «media palabra» presidencial; sobre el vuelco de las camarillas provinciales, sobre la adhesión de los caudillejos locales a tal o cual candidatura. El pueblo no aparece para nada. Las parodias representativas muñidas desde la Casa Rosada o en los cenáculos de moda asumían grotescas formas de legitimidad que a nadie engañaban, pero que todos admitían. El pueblo, replegado en la abstención, expresó su repudio a esos

escamoteos en airadas manifestaciones que el gobierno reprimió con violencia.

En abril de 1904 se realizaron las elecciones (que ciertamente no variaron el estilo general de la época en lo referente a fraudes de toda índole), y así fue ungido Presidente el doctor Manuel Quintana. Los mitristas, que habían designado candidato al ex presidente Uriburu, obtuvieron algunos electores. Pellegrini, que también se autoproclamó candidato con el apoyo de reducidos grupos provinciales escindidos del autonomismo nacional, no obtuvo ninguno.

V

Mientras el radicalismo se reorganizaba públicamente sin fines electorales próximos, Yrigoyen seguía tramando pacientemente su revolución.

Él sólo dirigía los movimientos, orientaba los contactos, despachaba y recibía los emisarios, convencía a los remisos y archivaba en su memoria privilegiada los informes que le rendían los conjurados. Con recomendable técnica, no escribía jamás, y hurtaba el cuerpo al público. Burlaba a la policía con las viejas mañas aprendidas en sus tiempos de comisario. Evitaba dispersar la dirección de los trabajos, y aun se mostraba reservado sobre su marcha a dirigentes conspicuos. Por esta época perfeccionó hasta lo increíble sus métodos de captación. No sólo su dialéctica, su voz y sus ademanes: ahora todo su ser parecía volcarse exclusivamente a la tarea abismante de atraer hombres.

Sabía seducirlos: empleaba en la creciente extensión de su dominio, cualidades envolventes. Les hablaba sibilamente, suavemente, con una cortesía familiar y pomposa a la vez, con acento acariciante, blando, con ambiente crepuscular en que flotaba una bruma de enigma. Y de su casa, en que la austeridad se manifestaba en signos de desprecio ascético, volvían a la urbe, a la aldea de donde procedían, con el mensaje, con el augurio de que la reparación se avecinaba, de que el estallido germinaba ya, de que la victoria de la causa se cernía invisiblemente sobre los cuarteles secretamente minados, enredados en su trama sutil^[9]...

«Sus ojos eran maravillosamente expresivos: era difícil resistir a su insinuación...», nos decía uno de sus contemporáneos.

Yrigoyen vivía como en trance, dándose generosamente en sus soles y sus lunas. Su férrea voluntad iba doblegando una por una todas las dificultades. Su revolución, la que en el '90 no pudo realizar por falta de personalidad, la que en el '93 no pudo redondear por las intrigas palaciegas, iba a hacerla ahora según sus convicciones y conforme a su experiencia.

A través del plan revelado por el hecho material de la revolución, se descubre en Yrigoyen una clara visión de la realidad argentina.

No debía ser una revolución exclusivamente militar. La reparación debía ser obra de todos los sectores del país: era, pues, injusto que el elemento castrense cargara con la responsabilidad y la gloria.

Pero los hombres de armas no serían los únicos protagonistas de la patriada. También los civiles tenían su puesto designado. Si difícil era la labor de ganar militares para la causa, no lo era menos la de distribuir ciudadanos en objetivos determinados. Era previa una difícil selección, un balance individual de cualidades y defectos, un profundo conocimiento de lo que cada cual pareció dar y de lo que realmente daría en la eventualidad. La misión que se adjudicaba a los civiles era tal vez más peligrosa que la de los militares. Sublevar regimientos, tomar comisarías, fortificar lugares estratégicos o anular baluartes gubernistas, raptar individuos considerados peligrosos para la revolución. Pero las instrucciones se emitieron con claridad y precisión, y mucho antes de saber cuál sería la fecha todos los conspiradores sabían cuál era su misión y a las órdenes de quién deberían actuar.

El carácter amplio de la revolución en su aspecto humano excluía también la idea de que fuera un movimiento restringido en lo geográfico. La estructura hipercefálica del país posibilitaba la victoria de un movimiento que triunfara solamente en lo local metropolitano, pero no era el triunfo lo que se buscaba, sino también la convocatoria y el esfuerzo consciente de la mayor cantidad de ciudadanos. Por eso Yrigoyen dispuso que el movimiento estallara simultáneamente en las principales ciudades — Bahía Blanca, Rosario, Córdoba, Mendoza, Tucumán—, cuando tal vez hubiera bastado tomar la Capital Federal, y aun la Casa Rosada, para ganar la Nación entera. Esta característica pinta sugestivamente el estilo nacional de la revolución, y la singulariza de los cuartelazos contemporáneos cuyo único itinerario fue de los veinte kilómetros que separan Campo de Mayo de Plaza de Mayo.

Otra cualidad de la futura revolución: exclusivamente radical. Nada de mendigar a otros partidos una ayuda que en última instancia no habría de significar sino compromisos y perturbaciones internas. La reparación debía asumirla la única fuerza que se había mantenido en lucha frontal y sin claudicaciones contra el Régimen y sus laderos. Recordaba demasiado bien Yrigoyen los secretos factores que gravitaron en la derrota de la Revolución del Parque, para incurrir en el error de aceptar aportes ajenos. En un momento dado, Marcelino Ugarte primero y Roque Sáenz Peña después —distanciados por entonces de Roca— le ofrecieron ayudas que hubieran equivalido al triunfo de la revolución que preparaba el radicalismo: el sagaz caudillo, cortés pero firmemente, rechazó la oficiosa cuarteada de ambos políticos. Comprendía que ése era el primer paso para que la revolución perdiera su acento de lucha *radical* contra el Régimen.

Así, con estas características, íbanse desarrollando las labores revolucionarias. Se hacían cada vez más tangibles las utopías del gran urdidor. Poco a poco, cuerpos enteros ganáronse para la revolución. El plan maduraba.

Terminaba su período Roca, y la revolución no se largaba. Algunos impacientes exigían el inmediato pronunciamiento: Yrigoyen les explicaba que la revolución no se hacía contra Roca sino contra el Régimen, por lo que era indiferente ordenarla entonces o después. No se podía cometer el mismo error de quince años atrás, cuando

lo del Parque se redujo a un alzamiento contra el pobre Juárez en vez de darle el carácter de una gran protesta contra la suma iniquidad del Régimen.

Pasaba el tiempo. Un movimiento tan vasto no podía menos que ser sentido. El gobierno estaba al tanto de qué se tramaba y quién era el jefe; pero ignoraba cuándo se produciría y con qué elementos. Su actitud, por consiguiente, era de mera vigilancia, desconcertado ante la impenetrabilidad de la conjura, y sin saber si toda aquella inquietud no era más que un «bluff» de los radicales. ¡Era tan sólido el Régimen! ¡Estaban tan arraigadas sus estructuras y tan protegidas por los intereses creados! La revolución radical poco a poco llegó a ser una vaga amenaza para la oligarquía, de esas que siempre existen pero que nunca se concretan.

Poco se sabe en concreto sobre la preparación en sí del movimiento. Yrigoyen, que era el único que tenía todos los hilos, nunca hablaba de esto, como si la consigna de silencio le hubiera sellado los labios aun muchos años después de producido. Sus colaboradores eran segundones que sólo conocían las partes que les eran encomendadas, ignorando el plan general. Circulan algunos relatos de estos últimos, donde cada uno cuenta su experiencia personal, pero falta todavía la obra que estudie en profundidad de qué manera, en aquella época de las vacas gordas y el descreimiento, pudo operarse el milagro de encender en miles de corazones argentinos un fuego de idealismo y sacrificio que los impulsara alegremente al holocausto por el vago sueño de una Argentina mejor.

VI

Es el caso que para mediados de 1904, coincidiendo con la estructuración formal de los organismos partidarios, la revolución estaba lista. Se decidió la fecha y se la postergó una o dos veces, hasta que se señaló el 10 de setiembre como fecha definitiva. Pero unos días antes el jefe de guardiacárceles de la provincia — secretamente adicto a Yrigoyen, que hacía de él una pieza maestra en el plan revolucionario— fue violentamente destituido, y removido un alto funcionario del Ministerio de Guerra que el caudillo radical utilizaba para trasladar a los militares según conviniera. Esos dos acontecimientos dieron la sensación de que el gobierno estaba en la pista de la conspiración, y nuevamente se resolvió postergar el estallido.

Así, esperando por momentos el reventón, Roca terminó en octubre su período entre julepes y desazones. Cuando entregó el mando, Mitre, con sus 83 años a cuestas, lo abrazó y le dijo:

—Yo le tomé juramento cuando usted asumió el mando: ahora vengo a decirle que ha cumplido...

Pero la frase no podía tapan la desoladora realidad del segundo gobierno de Roca. El país estaba más que nunca dependiendo económicamente de los intereses del

capital británico, a través de la deuda exterior, de los ferrocarriles, de los puertos, del crédito. La oligarquía se aferraba cada vez más a sus privilegios; eran éstos los buenos tiempos en que la *jeunesse dorée* iba a Europa a sentar plaza de rastacuerismo, derrochando el dinero del «viejo» estanciero o del abuelo bolichero. El fraude electoral, superada la etapa bravía del entrevero en los atrios, se cotizaba regularmente por medio de las libretas venales de Cayetano Ganghi, cocoliche traficante de votos que se jactaba de haber tuteado a todos los presidentes que conoció. Los sectores del trabajo sufrían sordas convulsiones, apostillados entre la creciente miseria y las leyes represivas. La intelectualidad argentina moría de hastío. Estado de sitio, persecuciones a los sindicatos. Ley de residencia.

Todo esto dejaba la presidencia de Roca. No había cumplido, no, su juramento, dijera lo que dijera aquel solemne acuñador de frases...

VII

Al fin, la Junta Revolucionaria señaló la noche del 3 al 4 de febrero de 1905. En los últimos días de enero los delegados del alto organismo partieron a sus destinos silenciosamente. Centenares de hombres estaban viviendo una insoportable tensión, contando hora a hora el tiempo que faltaba para jugarse.

La víspera, la Junta recibió mensajes en clave de casi todos los elementos comprometidos, expresando que todo marchaba bien. Yrigoyen, sin embargo, desconfía y pretende postergar de nuevo el estallido, pero ya no había tiempo de avisar a todos, y se resuelve seguir adelante.

Pero, en realidad, el gobierno tenía la impresión de que la revolución era inminente. Un oficial de la Escuela de Tiro comunica esa tarde al ministro de Guerra que todos sus compañeros se habían retirado del cuerpo para intervenir en un movimiento que habría de estallar a la madrugada. Un oficial de la Penitenciaría es sacado de su alojamiento so pretexto de una fiesta, pero se apercibe de que algo sospechoso ocurre y se apresura a avisar a sus superiores.

La conspiración, cuya existencia conocía la Policía, como es natural, cobra ahora dramática realidad para el gobierno. A las nueve de la noche el ministro cabildea con el jefe del Estado Mayor, general Carlos Smith, y con el jefe de Policía. Se toman algunas medidas urgentes. El general Smith se dirige completamente solo al Arsenal de Guerra, y entra por el vecino Regimiento 10 de Infantería. Manda armarse a los pocos soldados que encuentra: pasa al 1 de Infantería, donde halla todo el personal durmiendo y algunos síntomas extraños: luces apagadas, oficiales ajenos al cuerpo que desaparecen al toparse con él, etc. Se hace cargo de la unidad, y luego entra al Arsenal, ordenando inmediatamente fortificarlo con ametralladoras y nutridos pelotones en la guardia y azotea. La enérgica actitud del prestigioso jefe frustra

cualquier intención subversiva de la oficialidad. Como a las cuatro de la mañana llegan unos treinta y cinco ciudadanos desarmados en seis coches; preguntan por el coronel Martín Yrigoyen y penetran en el cuartel al serles franqueada la entrada, siendo de inmediato detenidos.

La imposibilidad de tomar el Arsenal dio por tierra con todos los planes revolucionarios. Allí debían acudir los grupos civiles a proveerse de armas. Algunos fueron avisados y pudieron retirarse de sus puntos de reunión sin ser sentidos; pero otros llevaron adelante la misión que tenían encomendada, sin suponer la esterilidad de su esfuerzo. Así fueron atacadas alrededor de las cuatro de la mañana, las comisarías 2a., 3a., 14a., 16a., 17a. y 27a. En un momento dado —4.15 de la mañana— pareció tan crítica la situación de las fuerzas policiales de la Capital Federal que el jefe ordenó abandonar todas las comisarías y concentrarse en el Departamento, pero, al parecer, la orden no llegó a cumplirse.

La Policía, a todo esto, también estaba a la ofensiva. Allanó algunos edificios, sorprendiendo a buen número de ciudadanos ocultos. Sin embargo, los revolucionarios lograron hacerse fuertes en algunos puntos. Unos 70 edificios fueron tomados para convertirlos en cantones, algunos de los cuales resistieron heroicamente; el de Bolívar y Brasil se rindió cuando se lo amenazó con cañones, bien entrada la mañana. En Matheu y Caseros 39 radicales fueron desalojados a costa de sensibles pérdidas por ambas partes. En Perú entre Belgrano y Venezuela, así como en Bolívar entre México y Venezuela y en Bolívar y Cochabamba también se instalaron cantones.

Pero el gobierno, a pesar de todo, dominaba la situación. A las 3.45 había llegado el presidente Quintana a la Casa de Gobierno, escoltado por el 8 de Caballería, al mando del antiguo subteniente revolucionario de 1890 y futuro general revolucionario de 1930, entonces mayor José F. Uriburu. Convocado con urgencia el gabinete, se declaró el estado de sitio en todo el país, se ordenó la convocatoria de clases de reserva y se prohibió a los diarios noticias o comentarios relacionados con los sucesos revolucionarios. Al mismo tiempo, se ordenó a los militares en actividad su presentación a las autoridades, so pena de ser puestos a disposición de la Justicia del fuero.

Las noticias que llegaban al gobierno eran, en verdad, inquietantes. Sublevaciones en Bahía Blanca, Mendoza, Córdoba y Rosario. Intranquilidad en Concordia y La Plata. Pero la Capital Federal, llave de la situación nacional, estaba controlada por el gobierno. Las pocas comisarías asaltadas eran recuperadas paulatinamente por las fuerzas policiales. Los cantones estábanse localizando, y ya se sabía que aparte del 9 de Caballería de Campo de Mayo (que se dispersó al llegar a Chacarita) ningún regimiento de la guarnición de Buenos Aires se había pronunciado, viniendo sobre la ciudad para sofocar los últimos puntos de resistencia varios cuerpos adictos al gobierno.

Al mediodía del sábado 4 todo estaba normalizado en la Capital. Numerosas

detenciones se habían realizado: José Luis Cantilo, Raúl Carranza, José Santos Arévalo, Atilio Larco, Domingo Salaberry, algunos obreros de la FORA y muchos ciudadanos. El diario anarquista *La Protesta* fue clausurado. A Fernando Saguier lo detuvieron en San Fernando, y a Remigio Lupo, en La Plata. Mas el director del movimiento, aquél cuyo nombre callaban los diarios y los comunicados oficiales pero que estaba en el susurro esperanzado del pueblo, ése no fue tomado. Se ocultaba, viendo las posibilidades de sostener los pronunciamientos del interior.

Pero ¿qué había pasado en el interior? En diversos puntos la revolución había tenido éxito.

En Mendoza toda la guarnición había respondido a la revolución: el 1 de Artillería de Montaña, el 1 de Caballería y el 2 de Cazadores. En el primero el jefe fue reducido a prisión a la hora señalada para el levantamiento: los oficiales no comprometidos fueron invitados a un baile y secuestrados allí. El 1 de Caballería, en Campo de los Andes, adelantó unas horas su pronunciamiento por razones especiales. En Pocito (San Juan) el 2 de Artillería de Montaña se sublevó parcialmente, y los revolucionarios acudieron a Mendoza para unirse a sus compañeros. El depósito del 2 de Cazadores proveyó de armas a los grupos civiles que tocados con la boina blanca y la escarapela tricolor del Parque patrullaban la ciudad y pusieron sitio a la Policía y Casa de Gobierno.

Aquí fue donde se produjo el combate más reñido, pues el gobernador y algunos militares adictos se hicieron fuertes en esos edificios y resistieron hasta el mediodía, bajo un espeso tiroteo. (Cabe consignar que en la Casa de Gobierno la histórica Bandera de los Andes fue respetada por los proyectiles, a pesar de estar colocada en lugar muy castigado por las descargas). Al fin, amenazado por los cañones del 1 de Artillería, el gobernador depuso las armas y se retiró a su casa sin ser molestado, y el doctor José Néstor Lencinas, jefe de la Junta Revolucionaria local, se constituyó en gobierno, publicando un optimista manifiesto que daba por triunfante a la revolución en todo el país, «bajo la dirección del ínclito ciudadano doctor Hipólito Yrigoyen».

En Córdoba también la situación se había volcado por la revolución. A las 3 de la mañana del sábado, el 8 de Infantería había atacado el Departamento de Policía, donde estaban encerradas todas las fuerzas policiales de la ciudad debido a un telegrama del ministro de Guerra que había recibido, momentos antes, el jefe de la guarnición local. Después de un ataque recio, el Departamento se rinde. Los revolucionarios lo ocupan y dejan en libertad a sus defensores —después de felicitar a sus jefes por la resistencia—, y marchan a expugnar el 1 de Artillería, al que se sabía irreductiblemente gubernista. Dirigían el ataque, personalmente, el teniente coronel Daniel Fernández y el doctor Aníbal Pérez del Viso. Al promediar la mañana, los gubernistas pidieron parlamento, y se comprometieron a permanecer en el cuartel sin pronunciarse por unos ni por otros si cesaba el ataque insurgente. Se aceptó el compromiso, y la revolución quedó triunfante en Córdoba, proclamándose un gobierno provisorio integrado por el teniente coronel Daniel Fernández como

gobernador, los doctores Abraham Molina y Aníbal Pérez del Viso de ministros, y el doctor Ramón Gómez, jefe de Policía. Poco después se difundió una proclama que expresaba que la jornada vivida era semejante a la de Caseros, y que «por fin ha llegado el día en que termina el régimen oprobioso que ha dominado el país desde hace 30 años, cubriéndolo de ignominia ante propios y extraños. Desde hoy desaparecerán para siempre las oligarquías, en virtud del esfuerzo viril que ha realizado nuestro pueblo en unión con nuestro ejército valeroso».

Ese mismo día, a la madrugada, habían sido detenidos por el doctor Delfor del Valle, especialmente encargado de esta tarea por la Junta, el vicepresidente de la Nación, doctor Figueroa Alcorta, el hijo del general Roca y otros conocidos personajes de las esferas oficiales, que estaban accidentalmente en Córdoba, todos los cuales fueron tratados con la máxima cortesía. Al día siguiente el mismo dirigente radical al frente de unos 60 hombres se dirigió por ferrocarril a Jesús María con intención de apresar al general Roca, que estaba veraneando cerca; pero sabedor el Zorro de esto se dirigió a caballo hasta Estación Sarmiento, donde se hizo preparar un tren especial con la ayuda de un inglés empleado del Ferrocarril Central Argentino, logrando escapar a Santiago del Estero^[10].

En Bahía Blanca también había triunfado la revolución. Esta guarnición tenía gran importancia en los planes de Yrigoyen, porque debía apoyar a las fuerzas sublevadas de la Capital, poniéndose en marcha sobre Buenos Aires inmediatamente de pronunciada. Una distinguida delegación había enviado la Junta Revolucionaria para que cooperara con los conjurados locales. El viernes 3 a la noche un misterioso telegrama transmitido desde Buenos Aires a *La Nueva Provincia*, y comunicado por el director del diario a las autoridades, obligó a apresurar todo el plan sin aguardar la hora fijada por temor a que los jefes militares de la guarnición tomaran medidas que frustraran la intención subversiva. Los oficiales comprometidos se dirigen a los cuarteles y sublevan sin dificultad el 2 y el 6 de Infantería, alejando a balazos a los jefes de estos regimientos, que intentan entrar. El destacamento apostado en Ingeniero White también se pronuncia y en dos locomotoras viene a unirse a sus compañeros. A las 6 de la mañana del sábado la guarnición de Bahía Blanca se embarca en 12 coches por el Ferrocarril Sud rumbo a Buenos Aires vía Bolívar, entre estentóreos vivas a la Patria y a la Unión Cívica Radical. La expedición era comandada por el mayor Aníbal Villamayor, y viajaban también los civiles ingeniero Germán Kuhr, Cornelio y Agustín Baca, Alejandro Moreno, Valentín Vergara, Luis Roque Gondra y el director de *La Nueva Provincia*, D. Enrique Julio. Ese día y el siguiente la columna avanzó lentamente, debido a que las fuerzas policiales de los pueblos de la ruta levantaban los rieles y obstaculizaban en toda forma la marcha, bien que sin ofrecer lucha abierta.

En Rosario, en cambio, la situación había quedado indecisa. Bajo la supervisión del delegado de la Junta, doctor Leopoldo Melo, don José Bacigalupo subleva el 9 de Infantería y don Ricardo Núñez el 3 de Artillería, mientras don José Chiozza

coordina y dirige las operaciones entre los militares sublevados y los grupos civiles de la ciudad. Los cuerpos salen con algún retraso de San Lorenzo para avanzar sobre Rosario, donde los revolucionarios ya han tomado la estación del Ferrocarril Central Argentino y se han fortificado en varios puntos, mientras la Policía abandona todas las comisarías y se concentra en la Central. Cerca del Arroyito se produce un largo combate entre los sublevados y las fuerzas policiales y de bomberos, que dura hasta el mediodía. A eso de las 17 los militares, enterados ya del fracaso de la revolución en Buenos Aires, tornan lentamente a sus cuarteles aduciendo la necesidad de evitar una guerra interna y dejando de esta suerte abandonados a los civiles, que son tomados durante los días siguientes y vejados con grillos y esposas.

En La Plata hubo inquietud y movimientos extraños, pero no llegó a estallar la revolución.

Hemos dicho que el gobierno nacional dominaba la situación.

En efecto, al mediodía del sábado ya se sabía que la revolución estaba circunscrita a Córdoba y Mendoza y a la columna de Villamayor en marcha. En Rosario los sublevados estaban ya volviéndose al cuartel, y en la Capital todo estaba normalizado.

Se dieron órdenes, entonces, para reducir los últimos focos. El general Lorenzo Winter debía marchar sobre Rosario y Córdoba. El general Saturnino García, de Salta, caería sobre Córdoba por el Norte, con fuerzas de Tucumán y Santiago del Estero. Para aplastar el movimiento de Mendoza iría el general Ignacio Fotheringham desde Río Cuarto, con su regimiento y el 4 de Artillería de Villa Mercedes, en combinación con el coronel Tiscornia, que bajaría desde San Juan. En cuanto al convoy que había partido de Bahía Blanca, sería tomado entre dos fuegos por el coronel Mobiello —jefe del acantonamiento de la ciudad atlántica— con las fuerzas que pudiera reunir y el coronel Zeballos, que saldría de La Plata.

Así las cosas, poco podía durar el esfuerzo revolucionario. Todo había fallado con el fracaso del Arsenal. Cundía el desaliento al enterarse de las derrotas de unos y la detección de otros.

Sin embargo, aún hubo intentos de resistencia. En Córdoba el subteniente Regino P. Lescano se largó a Villa María para detener el avance del general Winter: lucha con una avanzada gubernista, la rechaza, destruye las vías, vuela algunos puentes, manda fabulosos telegramas a las fuerzas nacionales amenazándolas con brigadas inexistentes y regresa por fin a Córdoba con 14 locomotoras y unos 100 milicos juntados en las localidades del camino. Pero al llegar a la ciudad la encuentra desguarnecida, pues sus compañeros se habían dispersado ante la inminente llegada del general García, que efectivamente entra el lunes 6 por la tarde.

Los dirigentes de la sublevación de Córdoba corrieron diversas suertes. El coronel Fernández, gravemente herido durante los ataques al 1 de Artillería, se ocultó y fue detenido bastante después. Abraham Molina fue detenido en seguida, y también el doctor Pérez del Viso, a quien se suponía huido a Chile por La Rioja. El doctor Ramón Gómez regresó a su provincia, Santiago del Estero, y luego se presentó espontáneamente al Juzgado de Córdoba. Algunos oficiales sublevados fueron pillados días más tarde en un bosque del departamento Santa María

por una comisión policial asesorada por el célebre comisario Santiago. Otros lograron pasar al Paraguay por el Chaco, ayudados en sus peripecias por los paisanos de Santiago del Estero. En cuanto a Delfor del Valle, fue tomado en Villa Mercedes, al pretender pasar a Chile.

Pasado ya el trance revolucionario, el corresponsal de *La Prensa* en Córdoba escribía: «No podemos dejar de hacer constar la correctísima actitud de los revolucionarios que se han mostrado respetuosos del público en todos los momentos, aun durante la lucha. No se ha cometido el menor atropello, ni siquiera la más leve falta de respeto».

En Mendoza ocurrió una dispersión semejante. En Panquehua, estación próxima a la ciudad, los revolucionarios se batieron duramente con las fuerzas que bajaban de San Juan. La lucha quedó indecisa, pero ante el avance del ejército del general Fotheringham, armado de cañones y muy superior en número, los dirigentes del alzamiento ordenaron deponer las armas y resolvieron pasar a Chile, donde fueron detenidos.

Queda, pues, la columna comandada por Villamayor. Es conocido el trágico desenlace de esta empresa. El lunes 6 por la mañana, al llegar a Estación Pirovano, la certeza del fracaso se apoderó de los dirigentes, y se convino ponerse al habla con las fuerzas gubernistas que venían de La Plata para tratar la rendición. Cuando en eso se estaba la soldadesca, enfurecida por el rigor con que los oficiales habíanles impedido cometer atropellos durante el viaje, dispara sobre sus jefes y sobre los civiles, matando a ocho dignísimos ciudadanos y dos militares e hiriendo a otros quince. El mayor Villamayor, que poco antes se había separado de las tropas para un reconocimiento, se entregó a las autoridades de 25 de Mayo días más tarde en un estado de gran abatimiento. Otros oficiales y particulares revolucionarios pudieron escapar disfrazados, y algunos consiguieron pasar al Uruguay.

El miércoles 8 de febrero ya no restaba ningún foco revolucionario. El gobierno decretó la disolución de los regimientos sublevados y ordenó que sus banderas y estandartes fueran depositados en el Arsenal. Sólo quedaba por realizar la prolija tarea de búsqueda de prófugos y ulteriores procesos.

Mucha gente había detenida: Marcos Crovetto, Luis Burgos, Ernesto H. Celesia, Pablo Schikendantz, Fernando Guerrico. De Salta traen presos a Moisés Oliva y José Saravia. En Córdoba encarcelan a Alejandro Chacón y Elpidio González. En Corrientes, al coronel Ángel S. Blanco. El doctor Pedro C. Molina se refugia en la legación uruguaya y logra pasar a Montevideo, de donde regresa en marzo para presentarse a la Justicia, no sin haber hecho en el Uruguay manifestaciones un tanto extemporáneas. A la capital del país vecino llegan huidos por el lado de Entre Ríos Miguel y Eduardo Laurencena, Solano Reyes y Eleodoro Fierro. El coronel Martín Yrigoyen se presenta al Consejo de Guerra, excusándose de no hacerlo personalmente por su estado de salud.

Uno a uno van cayendo todos los complicados y —como sucede siempre— algunos que no lo son. Los presos civiles son alojados en un transporte de la armada, el *Santa Cruz*. Hay más de 70 presos. Están hacinados y mal alimentados. Las noticias del fracaso los desmoralizan, y la tragedia de Pirovano ensombrece todos los ánimos. Para distraerse, confeccionan como pueden dos periódicos diariamente: *Don Hipólito* y *El Prisionero*.

El 5 de marzo el Ejecutivo prorroga el estado de sitio por sesenta días más. Los

militares presos son rápidamente juzgados y condenados a penas que llegan hasta 8 años de reclusión. Y el 2 de mayo los embarcan en el transporte *Patria* —¡ironías de las palabras!— para llevarlos a Ushuaia, donde habrán de cumplir su condena. Con inútil ensañamiento, los llevan a pie y encadenados desde la Penitenciaría hasta la dársena. ¡Quintana no perdona!

Mas, ¿qué es de Yrigoyen? Rumores corren muchos, pero en concreto nada se sabe sobre él. En los primeros momentos de la derrota se lo da como escondido en una quinta del barrio «El Reducto» de Montevideo; luego se anuncia que antes de fines de febrero se presentará en el Juzgado, noticia ésta —dice un diario— que «refleja lo que se dice en el misterioso cuartel general del señor Yrigoyen». El 28 de febrero se aglomera una gran cantidad de público frente al Juzgado Federal para asistir a la llegada del jefe de la revolución. La Policía despliega todos sus sabuesos por los alrededores para detenerlo antes de que alcance el edificio. Pero el inaprehensible caudillo no aparece. Para desquitarse del faltazo el gobierno lo exonera al día siguiente «por razones de mejor servicio» de las cátedras que venía desempeñando desinteresadamente desde hacía 25 años.

Pasa el tiempo, y «el General» sigue a resguardo, pese a la febril labor de la Policía. Una revista semanal caricaturiza al jefe de Policía buscando como Diógenes, con un farol, a «un hombre»...

A principios de mayo los diarios anuncian que Yrigoyen ha permanecido todo el tiempo en Buenos Aires, liquidando algunas propiedades suyas para pagar los gastos de la revolución y devolver las sumas que habían confiscado las Juntas de Mendoza y Córdoba. El 6 de mayo *La Prensa* noticia que Yrigoyen se presentará al Juzgado la siguiente semana, cosa que hace efectivamente días después en medio de gran expectación. El 10 de mayo aparece el manifiesto de la revolución, y una semana después otro, explicando las causas del fracaso.

Tal, la Revolución del 4 de febrero de 1905.

VIII

La Revolución de 1905 provocó una impresión general de estupor. La revolución radical, tal vez por esperada, parecía imposible que alguna vez se concretara. Menos todavía en aquella época de bonanza económica. «Sólo a locos puede ocurrírseles creer en el triunfo de una revolución que está contra los intereses y las aspiraciones de las fuerzas conservadoras del país», declaraba a los diarios el gerente de una gran empresa al día siguiente del movimiento. «Locos de verano» titulábase un artículo que publicó sobre la revolución una difundida revista. Y *Caras y Caretas* apuntaba jocosamente: «En lugar de los regimientos tales y cuales, el gobierno debió mandar para sofocar el movimiento a un congreso de alienistas dotados de regular número de

mangueras, chalecos de fuerza y demás aparatos de amansar locos... ¡Una ducha fría y adiós revolución!».

Ése era el tono general de los comentarios. Fueron expresiones excepcionales las del diario *La Prensa* —que aún condenando la revolución no dejó de reconocer como exactos algunos de los motivos aducidos en el manifiesto— y del Partido Autonomista de Pellegrini y Roque Sáenz Peña, que deliberadamente guardó silencio, lo cual era ya de por sí elocuente. Salvo éstas, todas las otras manifestaciones del país calificaron de locos —por lo menos— a los revolucionarios. Parecía, efectivamente, que un ataque contra especies tan sólidas y protegidas como las del Régimen pudiera llevarse a cabo solamente por orates. Era incomprensible para la oligarquía que los ciudadanos apresados en los cantones de Buenos Aires fueran «muchachos jóvenes vestidos decentemente», como anotaba con asombro *La Nación*. Era de no creer que don Alejandro Moreno, por ejemplo, dueño de vastos intereses, hubiera abandonado sus estancias y sus negocios para largarse —así, porque sí— a sublevar la guarnición de Bahía Blanca y venirse después con la expedición de Villamayor a Buenos Aires, para terminar tristemente en la matanza de Pirovano. No se entendía por qué profesionales prósperos y respetables como el doctor Pérez del Viso o el ingeniero Kuhr o el doctor Saguier anduvieran en chirinadas, jugándose la tranquilidad, el bienestar, la libertad y aun la vida. O por qué tantos muchachos vieran frustrada su carrera, malograda su vocación, y anduvieran languideciendo en los presidios del Sur o en el exilio... No, no lo podían comprender, y preferían atribuir a insensatez el heroico emprendimiento de los sublevados de febrero.

Sin embargo, locos o no, lo cierto era que la revolución había sido tramada perfectamente y había estado a un tris de derribar al Régimen. Lo concreto era que nadie había imaginado que tantos civiles y militares pudieran estar comprometidos para quehacer tan radical, tan absoluto. Lo real era que por debajo de la armazón plácida y chula del Régimen hervían rebeldías suficientes como para forjar un movimiento que lo hizo tambalear.

Para el común de la gente, en cambio, la patriada fue como el bautizo de sangre del nuevo radicalismo y la evidencia dolorosa de la sinceridad con que se sostenían los viejos ideales. Ahora el pueblo sabía que no todo era amaño y componenda en la política del país y que miles de ciudadanos estaban dispuestos a rendir su vida por su causa. Un tono heroico animaba el estilo radical. Símbolos nuevos y mártires fueron brindados al calor popular. Una sólida convicción del prodigio permanente que era el radicalismo en su potencia, en su idealismo, en su capacidad de sacrificio, ponía orgullosa conciencia en todos los corazones radicales. Se cumplía esa ley histórica que manda que en ciertas comunidades en pleno proceso ascensional las derrotas se conviertan psicológicamente en victorias y en motivos de lucha.

En este caso, los radicales batieron incansablemente el parche sobre este tema durante los años posteriores al levantamiento de febrero. Gran parte de su prédica consistió por entonces en asegurar que una próxima —y esta vez invencible—

revolución era inminente y en exhortar a los ciudadanos el ingreso a la nueva empresa. En 1907 Ricardo Caballero terminaba un discurso pronunciado en cierta localidad de Córdoba con estas palabras: «¡Correligionarios y amigos: los que estéis dispuestos a morir al pie de nuestra bandera, que es la de vuestra redención, preparaos para la futura revolución radical!».

El primer manifiesto, fechado el 4 de febrero de 1905, anuncia el ejercicio «del supremo recurso de la protesta armada [...] ante la evidencia de una insólita regresión que después de 25 años de transgresiones a todas las instituciones morales, políticas y administrativas amenaza retardar indefinidamente el restablecimiento de la vida nacional». Enuncia luego las causas que llevan al radicalismo a tan grave paso, causas que «si no han tronchado su porvenir, han malogrado al menos su vitalidad en uno de los períodos de mayor actividad y de más franca expansión». El sufragio popular, la vida comunal, el sistema federal, el régimen constitucional, la justicia, la instrucción, las finanzas, el ejército, cada renglón de la vida argentina es analizado detenidamente, señalándose cómo se han desvirtuado sus orígenes y funciones «mientras quedan sin solucionarse los grandes problemas del bienestar nacional».

Luego señala cómo ha quedado deprimida la personalidad del país ante América y responsabiliza de todos estos hechos al «régimen funesto que pesa ignominiosamente sobre el país», ante cuyo predominio «todos los preceptos morales han sido escarnecidos, se han rendido los hombres y han claudicado los partidos». Expresa que «se han anticipado los vicios y complicaciones de las sociedades viejas (aquí late un tema que luego será obsesivo en Yrigoyen, sobre la posibilidad de que la Argentina sea el germen renovador de la civilización occidental); la clase obrera, desatendida hasta en las más justas peticiones, forma con sus reclamos un elemento de perturbación económica y genera graves problemas, que el Gobierno ha debido prever y resolver oportunamente» (y esto es un anticipo del intervencionismo estatal que ejerció magistralmente Yrigoyen en materia social).

En un párrafo de grandes evocaciones expresa: «Bastará recordar estos antecedentes [los de la emancipación y organización del país], fijar el pensamiento en la razón que nos señala predestinados a ser el centro de poderosas agrupaciones humanas y acaso el punto de partida de la renovación del mundo [...] y luego mirarnos en el llano en diminuta proporción, habiendo perdido autoridad moral y gran parte de riqueza, en el desenfreno de la orgía gubernativa; bastará eso para reconocer, con amargura, que en la primera centuria de vida independiente hemos fracasado ante nuestra propia conciencia, ante la historia y ante el mundo entero, defraudando el voto y las inspiraciones de los que nos dieron patria». Ante tal espectáculo, las protestas de regeneración de quienes han causado semejante estado de cosas «son una blasfemia, y el progreso de que blasonan, una iniquidad».

Fustiga luego el manifiesto la política del Acuerdo, que «malogró la reivindicación, a punto ya de conseguirse, traicionando deberes patrióticos a cambio de posiciones oficiales». Adelantando una respuesta a quienes pudieran criticar la revolución, lanzada contra un presidente que sólo contaba con cuatro meses de gobierno, dice: «La República no podrá olvidar que los ciudadanos que hoy dirigen sus destinos son los mismos que en 1893 avasallaron las cuatro provincias que habían reasumido su autonomía [referencia directa a Quintana], ahogaron sus libertades [...] encarcelaron y desterraron a los más distinguidos ciudadanos del país con lujo odioso de arbitrariedades y vejámenes. Connaturalizados con el teatro en que se han desenvuelto, no es posible esperar de ellos severos conceptos morales ni altas inspiraciones cívicas. No se efectúan en el espíritu humano cambios tan radicales que permitan pasar del escepticismo, del descreimiento y de la corrupción política en que se ha vivido, a una acción reparadora, destinada, precisamente, a destruir el sistema del que se ha sido instrumento o servidor. La hipótesis de que pueda hacerse en esa forma y por esos medios, supondría la relajación y la rendición de las fuerzas morales de la República». No admite una evolución en ese sentido: la reparación debe ser tajante: «Entre el último día del oprobio y el primero del digno despertar, debe de haber una solución de continuidad, una claridad radiante, que lo anuncie al mundo y lo fije eternamente en la historia».

Finalmente declara que la Unión Cívica Radical «va a la protesta armada venciendo las naturales vacilaciones que han trabajado el espíritu de sus miembros, porque contrista e indigna el hecho de que un pueblo [...] tenga aún que derramar su sangre para conseguir su justa y legítima reparación». Termina el documento señalando el carácter exclusivamente radical del movimiento y sellando quienes lo dirigen un solemne compromiso de alta moral cívica, en caso de que la revolución triunfe.

Si el manifiesto de la revolución es sereno y levantado en su tono, el que se difundió el 16 de mayo de 1905 para explicar el fracaso y justificar —si cabía— la actitud asumida alienta un *pathos* virilmente acongojado, cargado de angustias y dolores.

Comienza atribuyendo a «la delación y la perfidia, que siempre fomentan los gobiernos sin moral», el fracaso del movimiento. Relata la incertidumbre de la dirección revolucionaria sobre las posibilidades de que el gobierno

conociera los detalles del estallido, y señala que la acción oficial obstaculizó el despliegue de las fuerzas civiles y militares comprometidas, quedando así «importantísimos y decisivos elementos militares sin pronunciarse». Reitera un concepto ya expresado en el manifiesto anterior: que la vastedad del movimiento «excluía en absoluto el riesgo, no sólo de una guerra civil, sino de otros trastornos que los inevitables del primer instante».

Evoca luego melancólicamente a los caídos, elogiando su arrojo, su patriotismo, su desinterés: «Eran apóstoles y pasan a ser mártires, uniendo sus sacrificios al de los que les han precedido, en holocausto de los más sagrados ideales de la Patria».

Luego sale al cruce de los que condenaron la revolución como perjudicial al progreso del país, diciendo: «Triste condición sería la de un país si su prosperidad sólo hubiera de consistir en el fomento de sus intereses materiales. El progreso es preferentemente constituido por las fuerzas morales que contiene en acción, por la altivez de los ciudadanos, por la probidad pública y privada, por la decisión intensa para todas las nobles labores humanas». Pensamiento éste que repetirá Yrigoyen 23 años más tarde al presidente norteamericano Hoover.

Se extiende sobre el concepto de lo que es el progreso en la Argentina y lo que debería ser, y luego el manifiesto dice algo que debió parecer asombroso a muchos personajes del Régimen y a no pocos dirigentes radicales: «El criterio extranjero está habituado a pasar por alto el concepto de nacionalidad soberana y organizada a que tenemos derecho, para sólo preocuparse de la riqueza del suelo argentino y de la seguridad de los capitales invertidos en préstamos a los gobiernos o empresas industriales o de comercio. A esa condición hemos llegado, como consecuencia de una moralidad política que no ha sabido rodear de respeto el nombre del país, caracterizando su reputación ante el mundo por la rectitud de sus procederes y la seriedad en el cumplimiento de las obligaciones contraídas. Los causantes y beneficiarios de este desastre del honor y el crédito nacional carecen de autoridad y de título para condenar, invocando el prestigio argentino en el exterior, un movimiento de protesta armada respetable y digno, porque es y será siempre representativo de intereses sociales de todo orden, y exponente de potencia cívica, de sanas energías y de altos anhelos». El párrafo transcrito contiene transparentes alusiones a Quintana, que en 1878 patrocinó como abogado un incalificable acto de fuerza de Inglaterra, en protección de intereses bancarios británicos que se dijeron amenazados por una medida financiera del gobierno de Santa Fe.

El manifiesto difunde, a continuación, un concepto que luego Yrigoyen habrá de elaborar exhaustivamente: «La Unión Cívica Radical no es un partido en el concepto militante; es una conjuración de fuerzas emergentes de la opinión nacional, nacidas y solidarizadas al calor de las reivindicaciones públicas». Su programa: «restablecer la vida del país en la integridad de su prestigio y de sus funciones», sabiendo sus afiliados «de antemano, que no van a recibir beneficios ni conquistar posiciones», rechazando, como lo han hecho hasta ahora, «la dirección de gobiernos, la coparticipación en otros y la jefatura de oposiciones falaces y engañosas».

En su última parte la exposición alcanza una alta vibración lírica. Es el último recuerdo dedicado a los que cayeron en la revolución. Se adivina la emoción de quien las escribió, responsable de esas vidas tronchadas. «Lo imprevisto tiene tanto de crueldad como de injusticia; pero el esfuerzo hecho al calor de convicciones y de deberes sagrados, no se esteriliza nunca en desenlaces negativos. Hay siempre fecundación de savia nueva en las inmolationes sufridas y en los sacrificios. Los que son capaces de realizarlos, con la alta visión de la felicidad de la patria, están siempre en el corazón de los pueblos. Los infortunios de la adversidad suelen ser consecuentes con los que van con el rostro vuelto hacia el sol y el pecho descubierto al combate; pero vale más quemarse a sus rayos que vivir a las sombras de egoísmos».

Tras este canto de fe y esperanza, al filo mismo de la derrota, la expresión de olímpica indiferencia de los vencidos hacia el ditirambo o el dicterio extraño, que depende siempre de la suerte que haya tenido la empresa: «El anatema, que estaba previsto para el caso de adversidad, debía reproducirse como tantas otras veces. Estaban igualmente previstas las alabanzas para el caso de triunfo; pero como siempre, éstas y aquél se estrellarán en la integridad de nuestros fines».

Y concluye el notable documento con un latido de serena confianza en la divinidad: «La providencia fija los destinos de los pueblos y de los hombres; ¡que ella proyecte un rayo de luz en nuestro sendero, mientras nos mantengamos dignos!».

3. LA ABSTENCIÓN

Llegamos al último de los períodos en que puede dividirse aquel largo lapso de lucha que Yrigoyen llamó alguna vez «los 30 años seculares». El primero comprende

desde la fundación de la Unión Cívica hasta la disgregación de 1897, y la característica principal impresa a la acción desarrollada por esos años es la intransigencia con que debió preservarse el núcleo más radical de la fuerza, de «las falacias de que fue objeto en su propia entidad». El segundo corre desde los primeros síntomas de reagrupamiento del radicalismo en 1902 hasta los sucesos de febrero de 1905; y el signo que lo preside es la Revolución. El último, que trataremos a continuación, llega hasta la ley electoral, antes de cuya sanción la Unión Cívica Radical continuó formalmente recogida en austera abstención. «Como en un trípode, en tres principios fundamentales se sustenta la Unión Cívica Radical: la Revolución, la Intransigencia y la Abstención. Son tres principios que integran una sola doctrina: la de la reparación fundamental», ha escrito Horacio Oyhanarte, uno de los primeros teorizadores de la doctrina radical. Fundados en ella, hemos metodizado así los primeros años de lucha del radicalismo en el llano.

I

Pasado el trance revolucionario, bajo proceso los dirigentes civiles y confinados o exiliados los militares, ese año de 1905 no podía ser sino de recogimiento y reordenación. Yrigoyen mismo necesitaba rehacerse económicamente, porque — aparte de los grandes gastos que le aparejó la preparación del movimiento— había vendido apresuradamente algunas propiedades para disponer de dinero contante. La rápida liquidación de inmuebles le significó un perjuicio grande. Por otra parte, se había impuesto el deber de ayudar a los exiliados y a las familias de los presos, lo que le insumía erogaciones no despreciables.

Pero ahora estaba libre de sus anteriores obligaciones docentes y podía dedicarse sin dispersiones a su trabajo y a la política. Ésta, como hemos dicho, debía quedar un poco postergada después del quebranto de febrero, pero no por cansancio ni por desfallecimiento de ánimos, sino porque lo urgente era lograr que los militares presos y exiliados pudieran reintegrarse a sus hogares y a su carrera.

Uno o dos meses después de la revolución, una institución cívico-cultural, la «Asociación de Mayo», inició un movimiento de opinión pro amnistía, que fue apoyado en el Uruguay por el directorio del Partido Nacional (ex blanco). Voces autorizadas se alzaron en idéntico sentido en el país, e instituciones políticamente neutrales y muy respetables se unieron al reclamo. La Unión Cívica Radical, como tal, no hizo oficialmente ninguna gestión: no correspondía pedir gracia para sus caídos. Pero Yrigoyen movilizó todas sus influencias para que, sin desdoro para nadie, esos dignos jóvenes argentinos pudieran rehacer sus vidas.

El esfuerzo por la amnistía, sin embargo, se estrellaba ante la enconada inflexibilidad de Quintana. Hubo que esperar a que se muriera para que la iniciativa

prosperara. En efecto, en marzo de 1906 falleció. El doctor Figueroa Alcorta, que lo sustituyó en la primera magistratura, vio en la amnistía una coyuntura para granjearse la simpatía popular y en mayo del mismo año promulgó la ley, cuyo principal animador fue Pellegrini, que con ese motivo pronunció en el Senado los discursos más sentidos y enjundiosos de su carrera (también los últimos).

Después de un año largo de reclusión o destierro pudieron retornar los revolucionarios. En mayo, apenas promulgada la ley, los radicales exiliados en Chile —trece en total, incluso el doctor Lencinas y su hijo Carlos—, ansiosos de volver a su patria sin demora, atravesaron a pie la cordillera, no sin haber pasado por trances que pusieron en peligro sus vidas. Pero el núcleo más numeroso de exiliados y confinados debía arribar a Buenos Aires el 8 de julio, después de reunirse en Montevideo. La dirección del radicalismo decidió infundir un carácter nacional a la recepción de los ausentes, y al mismo tiempo convino en hacer coincidir la concentración popular que llevaría a cabo con el reinicio de una activa labor de proselitismo y reorganización.

Los amigos uruguayos que tan fraternalmente habían ayudado a sus hermanos de la otra banda los despidieron con un banquete en el Club Nacional, bajo un gran retrato de Aparicio Saravia, muerto poco antes en Masoller.

La víspera del aniversario de la independencia argentina llega al puerto de Buenos Aires el buque que traía a los revolucionarios regresados. Después de ser cordialmente recibidos por una delegación del Comité Nacional fueron instalados en los balcones de la esquina de Florida y Cangallo para recibir los saludos de la manifestación radical. En una exhibición de fuerzas que sabía a confianza y a orgullo la concurrencia estábase congregando desde el mediodía por la avenida de Mayo desde Perú hasta Entre Ríos y, por esta última, tres cuabras hacia el Sur, agrupándose cada comité y cada delegación provincial —que habían venido en nutridas cantidades de todas las regiones— en los lugares previamente designados. A las 3 de la tarde, precedida de la clásica banda de música de los buenos tiempos y encabezada por el Comité Nacional en pleno, la manifestación echó a andar por Florida hacia plaza San Martín.

Yrigoyen no pudo concurrir a esta gran concentración, por encontrarse esos días enfermo de cierto cuidado, al menos éste fue el pretexto para no exhibirse.

Al día siguiente, 9 de julio, en el local de Victoria 536 se reunió el Comité Nacional. Era la primera vez que lo hacía, después de su constitución, en febrero de 1904. ¡Cuántos sucesos habían ocurrido desde entonces! La conspiración, el alzamiento, la derrota, la prisión, el exilio... Había claros entre los miembros: el ingeniero Kuhr y el doctor Baca, asesinados en Pirovano, el doctor José S. Arévalo y el venerable doctor José Lino Churrarín, fallecidos poco antes.

El alto cuerpo resolvió, primeramente, aprobar la actuación de la Mesa Directiva en lo referente al cumplimiento del mandato revolucionario que se le había impartido dos años antes. Luego decidió reorganizar ampliamente el partido en todo el país, y

comenzar una intensa campaña de proselitismo y esclarecimiento popular. Y, finalmente, se sancionó un proyecto que todavía no se ha llevado a cabo, pero que deberá cumplirse alguna vez para realizar un acto de estricta justicia: levantar un monumento a los caídos de la Revolución de 1905.

A poco más de un año de la revolución en que se había comprometido la Unión Cívica Radical, motejada de locura por las fuerzas vivas y los intereses creados, el pueblo demostraba físicamente su adhesión al partido derrotado. ¡Cómo no se irían reconfortados aquellos modestos luchadores de tierra adentro ante la evidencia de que sus sacrificios tenían un eco popular! Ese año 1906 fue de activa labor cívica. Todos los días los periódicos anoticiaban de la constitución de nuevos comités, de la realización de actos, de conferencias. En la Capital Federal, sobre todo, la labor fue intensa. Los muchachos plantaban todos los domingos los cuatro tablones de la tribuna, por plazas y esquinas, mientras allí no más, cerquita, los anarquistas despotricaban contra el Estado, y el Ejército de Salvación desafiaba la tarde «municipal y espesa» con los heréticos sonos de sus fanfarrias.

También fue 1906 el año de los grandes sepelios. Murieron Mitre, Pellegrini y don Bernardo. Las flaquezas y debilidades de estos próceres se van olvidando a medida que pasa el tiempo. Sólo queda de ellos el recuerdo de sus personalidades impares, de su patriotismo indiscutible, de su honestidad ejemplar, de su afán de engrandecer al país. Mitre sigue viviendo a través del diario que fundó, de la biblioteca que supo acumular, de las instituciones de todo tipo que contribuyó a crear. A Pellegrini le construyeron un monumento, pero no se les ocurrió otra decoración que vacas y caballos y espigas, como si no hubiera aportado al futuro del país otros elementos de progreso que éstos. Del pobre don Bernardo, nadie se acuerda.

II

A todo esto, la era de Roca tocaba a su fin. Quintana había prescindido del artífice máximo del Régimen, aunque no lo había atacado. Pero en marzo de 1906 una coalición de pellegrinistas y republicanos logró derrotar electoralmente en la Capital Federal a la lista oficialista. Ciertamente, no significó esto una reacción de los sectores menos retrógrados del Régimen sobre la vetusta máquina que Quintana y su protector Ugarte habían heredado de Roca: tal resultado se logró, simplemente, porque los núcleos circunstancialmente opositores habían organizado el fraude mejor que los elementos gubernistas... Sin embargo, Figueroa Alcorta llegó a la conclusión de que estaban doblando a muerto por Roca y se apresuró a cantarle el responso: no bien ascendió a la presidencia —al día siguiente de la elección, pues esa misma noche falleció Quintana— se rodeó de adictos de Pellegrini.

Ahora, desde la primera magistratura y contando con el apoyo gozoso de

Pellegrini, Figueroa Alcorta se propuso liquidar definitivamente la influencia del ex presidente, ya bastante decaída. El fallecimiento de Pellegrini le significó un rudo golpe, pero él prosiguió implacablemente la caza de roquistas. El Zorro no ofreció lucha: después de haber ocupado por dos veces la más alta magistratura escurrió el bulto filosóficamente y se dedicó a viajar por Europa.

Figueroa Alcorta había sido el tercer hombre del Régimen que intentó destruir a Roca. Los anteriores —Roque Sáenz Peña y Pellegrini— habían fracasado, pero ninguno de los dos había dispuesto de los resortes del poder cuando se alzaron contra el jefe máximo. Figueroa Alcorta sí, y por eso logró su propósito, aunque ello no alcanzó a significar un mejoramiento en las prácticas cívicas y en el estado general del país, puesto que se limitó a sustituir el roquista por otro personalismo con sus mismos vicios y corruptelas y sin la mínima virtud de la astucia socarrona y elegante del hábil tucumano.

Así fue gobernando Figueroa Alcorta, venciendo progresivamente las resistencias que por razones elementales de conservación le ofrecían los resabios del roquismo en el interior y el ugartismo en Buenos Aires, y sin tener el gesto de sacudir los compromisos que lo ataban al Régimen para abrir en el país una posibilidad de legalidad y justicia. Vano fue el intento que personalmente hizo Yrigoyen en 1907 y 1908, en sendas entrevistas sostenidas con el Presidente, para decidirlo a brindar comicios honorables y garantidos. Figueroa Alcorta se excusó con argumentos de fábula. Yrigoyen reveló estas conversaciones en detalle a la Convención Nacional de la Unión Cívica Radical en 1909, y en 1926 Figueroa Alcorta escribió su propia versión en carta particular que fue posteriormente publicada donde coincide en líneas generales con el relato del caudillo radical.

Aunque el Régimen parecía tan sólido como siempre, estaba en realidad atravesando sus postreras etapas. En la oligarquía gobernante se daban ya los síntomas de la decadencia. Había perdido la fe en su misión y se sensualizaba cada vez más. La conciencia de su debilidad interna lo llevaba a fraguar conflictos exteriores para distraer la permanente protesta popular y unificar el frente interno en su torno; así, desde 1908 uno de los más destacados estadistas del Régimen, el doctor Estanislao Zeballos, agitó al país en una campaña pro armamentismo ante supuestas amenazas bélicas del Brasil. El respeto por las formas y los ritos legales, preocupación hasta entonces obsesiva en los hombres del Régimen, empezó a perderse: en 1908, Figueroa Alcorta clausura dictatorialmente el Congreso, ante la posibilidad de que los roquistas supervivientes, con la alianza del ugartismo, le incoen juicio político. Poco después interviene Córdoba, baluarte roquista, y somete al ugartismo con métodos poco menos que de fuerza.

La represión de los clamores obreros tomó por esos tiempos características inesperadamente brutales, sin lograr otra cosa que un mayor encono en las luchas sociales.

En 1906 hubo 60 000 obreros en huelga; en 1907 los huelguistas fueron 169 000, y casi 200 000 en 1909. El 1.º de mayo de 1906 la policía disolvió a sablazos el mitin organizado en conmemoración del Día del Trabajo por los socialistas; en la misma fecha de 1909, los «cosacos» (ya tenían el triste apodo) cargaron contra los asistentes al mitin anarquista de Plaza Lorea y mataron a 8 obreros, hiriendo a más de 40. Con ese motivo, las centrales obreras declararon la huelga general, que duró varios días y fue un rudo golpe para la economía del país. En noviembre del mismo año un jovencito de filiación anarquista mata al jefe de policía, a quien se culpaba de la masacre de Plaza Lorea: se decreta el estado de sitio, y muchos locales sindicales son clausurados. El estado de sitio dura hasta enero de 1910. En mayo de ese año la central anarquista declara nuevamente la huelga general; otra vez estado de sitio; el Congreso aprueba apresuradamente la «ley de defensa social», verdadero código de defensa de clase.

El mes del Centenario de la nacionalidad transcurre entre sobresaltos y odios: amenazas de perturbar con bombas los actos celebratorios y persecución a los centros obreros por la policía o por «niños bien», que por unos días abandonaron las grescas cotidianas de las «milongas» para ayudar a la policía a salvar a la Patria, o sea aquellas categorías sin las cuales ellos no concebían pudiera existir el país.

¡1910! ¡Centenario de la Patria! Si Moreno hubiera podido asistir al cumpleaños de la Argentina ¿no habría aprobado tristemente aquello de que «hemos fracasado ante propios y extraños» que había dicho Yrigoyen cuando lo de 1905...? Aquella Patria creada para ofrecer a la humanidad una posibilidad grande de libertad y justicia era apenas un país sometido a una oligarquía que mantenía su predominio político por el fraude y la violencia, a través del predominio económico sustentado merced a la explotación de gran parte del pueblo. El esfuerzo de emancipación e integración nacional de 1810 estaba, a 100 años de distancia, paralizado y maneado.

Las fiestas del Centenario con las exhibiciones del progreso material que en algunos aspectos registraba el país no pudieron ocultar el latente descontento y la inestabilidad que bullía tras los decorados. Vinieron príncipes e infantas: las colectividades extranjeras llenaron nuestras avenidas de monumentales regalos, pero en los yerbatales misioneros los «mensúes» seguían siendo tratados como esclavos, la Patagonia seguía padeciendo señores de horca y cuchillo, en las fábricas los obreros y las obreras seguían trabajando diez horas diarias y viviendo en dantescos inquilinatos. Y las farsas electorales seguían sucediéndose en acefalía de pueblo. ¡La Patria de Moreno...!

Pero aquellas convulsiones, aquellos actos de fuerza, las tentativas de obturar los escapes de la tremenda tensión que agobiaba al país, no eran sino los últimos esfuerzos de un grupo dirigente que sentía escapársele el control del poder. Era imposible ya mantener la hegemonía de la oligarquía, encaramada desde 1880 al goce de todos los privilegios. Nuevos tipos sociales se afirmaban y exigían enérgicamente el ejercicio de sus derechos, de todos sus derechos. Los hijos de la gran inmigración —comerciantes, profesionales, intelectuales— se sentían tan argentinos como los nietos de los patricios, y ya no se resignaban a vivir como en tierra ajena. Crecían en el país fuerzas en proceso de ascensión e intereses de toda laya que se sentían cada vez más alejados de los directores de la cosa pública. Buenos Aires se extendía enormemente, sobrepasando los viejos lindes del arroyo Maldonado por el Norte y el

Riachuelo por el Sur: largamente surgían las casas chatas y las calles hacia los tres rumbos que enmarcaban el río, y los barrios distantes iban invadiendo el centro por medio de su pujante clase media, de sus tangos clandestinos y entradores, de su idioma peculiar, entre cocoliche y agauchado.

Una camada brillante de escritores, surgida con las rebeldías de la nueva sensibilidad y nucleada en las tertulias iconoclastas del Ateneo, del Café de los Inmortales o en la esotérica cofradía de «La Syringa», rompía con las formas vetustas de la expresión y adelantaba en las letras la revolución que inexorablemente se venía contra el orden vigente. Nuevos valores empezaban a surgir. En 1907 aparecía la revista *Nosotros*, generosa palestra donde escritores de todas las tendencias echaron su cuarto a espadas literario durante casi treinta años. Ricardo Rojas filosofaba sobre la nacionalidad y planteaba fecundos interrogantes a los argentinos sobre su origen y su destino. Florencio Sánchez traía por primera vez a los tablados cosas del país con jerarquía artística e intención docente. Por los barrios porteños andaba Evaristo Carriego, fijando en versos inolvidables lo más característico de su fauna. Y José Ingenieros, con sus disquisiciones un poco líricas, un poco científicas; y Leopoldo Lugones, olvidado ya de sus desplantes libertarios; y aquel extraño artífice de sonetos, Diego Fernández Spiro; y Roberto Payró, y Gregorio de Laferrère y tantos otros, todos iban creando, tal vez sin saberlo, un ambiente intelectual de no conformismo y rebeldía que chocaba necesariamente con la chatarra burguesa y satisfecha de la época y preparaba en los espíritus la actitud mental de repudio al orden actual, indispensable para su destrucción posterior.

No. No podía el Régimen continuar gobernando. Ya era francamente anacrónico. Estaba fosilizado, enquistado en sus egoísmos. Chorros de vapor salían de las calderas donde hervían las fuerzas constructoras de la grandeza del país. Y había el peligro de que estallaran si no se les abría, urgentemente, una válvula.

Por esos años el radicalismo debió afrontar cuestiones internas que, por la envergadura de quienes las plantearon y por el hecho de ser las primeras desde la reorganización de 1904, tuvieron considerable gravedad y pusieron a prueba el temple de su estructura.

Fueron ellas la renuncia del doctor Pedro C. Molina al partido y la disidencia de un calificado núcleo de dirigentes, ocurridas ambas en la segunda mitad de 1909. Los dos hechos tuvieron un sentido de disconformidad con la actitud abstencionista que la Unión Cívica Radical mantenía desde su reorganización, y, en último término, contra el paladín de tal posición. Pero el auténtico radicalismo salió incólume de la prueba, afirmado en sus convicciones y dejando a salvo la dignidad con que Yrigoyen había asumido su conducción.

No intervino en estas protestas el pueblo radical, que se sentía íntimamente identificado con la posición de recogimiento electoral en que el partido se mantenía. Se alejaron algunos dirigentes, los infaltables impacientes, cansados de una postura que les cerraba toda posibilidad de figuración pública. El 6 de setiembre de 1909 apareció el «manifiesto disidente», fechado el 1.º y encabezado por Leopoldo Melo, a quien seguían no menos de medio centenar de dirigentes metropolitanos y algunos de las provincias, entre ellos seis presidentes de comités parroquiales y numerosos miembros de organismos de distrito.

En realidad, el documento no hacía más que exteriorizar una disconformidad que ya tenía estado público y que se suponía más importante de lo que fue. Yrigoyen trató de evitarla con su gestión personal, y con ese propósito conferenció el 1.º de setiembre con los protestantes en el estudio del doctor Melo; pero fue inútil. Apareció el

manifiesto, y el conflicto interno se hizo evidente.

En el documento se atacaba la posición abstencionista que sostenía la dirección partidaria, «a pesar del respeto que pueda inspirarnos la sinceridad de una errónea obstinación». Critica la conducción personalista que se atribuye a Yrigoyen, recuerda que los organismos partidarios han caducado y protesta por la falta de programa de que adolece la Unión Cívica Radical. «El silencio y la inacción no constituyen programa para nosotros», expresa, y acusa a la dirección de estar «viviendo en el pasado, olvidando deberes del presente».

El manifiesto —redactado probablemente por Melo— es injusto en su ataque a la orientación partidaria y en su reproche de inactividad. En cambio, señala una anomalía evidente, cuando afirma que los organismos nacionales habían caducado. Ello era cierto, puesto que el Comité Nacional constituido en 1904 y vuelto a reunirse en 1906 había cesado su mandato con exceso; en cuanto a la Convención Nacional, no alcanzó a reunirse en esta segunda época del radicalismo iniciada en 1904, y la última vez que había deliberado fue doce años atrás, cuando «paralelistas» y «antiparalelistas» culminaron sus discusiones con una formidable bronca. Pero convocar y reunir esos organismos era difícil; y el radicalismo no perdía fuerzas por esas inevitables transgresiones a su Carta Orgánica. Movimiento de esencia sentimental, desparramado por todo el territorio, cósmico casi en su afinamiento a la tierra y en su entrañable repercusión en los corazones argentinos, el radicalismo superaba el circunscripto caso reglamentario para desbordarse incontenible.

Cuando algún movimiento no cumple las normas que constriñen su actividad pueden suceder dos cosas: que esté en potente proceso ascensional o que esté en plena decadencia. El primer caso era el del radicalismo de entonces, que se forjaba día a día con la prédica o con la conducta de sus grandes y sus modestos abanderados. No se cumplía a veces con la Carta Orgánica, pero ciertamente se cumplía con el país.

Huérfanos de apoyo, los disidentes no llegaron a adoptar ninguna actitud afirmativa. Su alzamiento languideció melancólicamente, y casi todos volvieron al partido cuando la ley electoral les abrió picada hacia la prosperidad política. Inconcebible debilidad fue admitirlos y tolerar que integraran las representaciones públicas al lado de aquellos que habían mantenido entera su fe. Muchos de los disidentes de 1909 fueron más tarde subrepticios saboteadores de la obra gubernativa de Yrigoyen y futuros creadores del «antipersonalismo», que por odio al gran repúblico llegaron a las peores aberraciones políticas.

Más trascendencia que el «manifiesto disidente» tuvo en su momento la sonada renuncia del doctor Pedro C. Molina. En julio de 1909 este dirigente eleva su renuncia al Comité Central de Córdoba. Aduce como motivo su desacuerdo con el criterio proteccionista que en materia económica había mantenido días antes un diario porteño que dirigía el doctor Crotto y era sostenido por Yrigoyen. Expresa que el «liberalismo leal y sinceramente practicado» era la única posibilidad de salvación del país, y después de plantear su posición librecambista afirma que no puede seguir militando en un partido que sustente la opinión del referido órgano.

La actitud de Molina produjo estupor. Era una de las personalidades más conspicuas del radicalismo, al que había adherido desde los primeros tiempos, si bien había formado parte, por breve lapso, del Partido Republicano, cosa que hicieron no pocos dirigentes radicales durante el oscuro interregno que precedió a la reorganización de 1904. Abogado de gran actuación, periodista activo que había fundado y dirigía el órgano partidario de Córdoba, había sido presidente del Comité Nacional y del Comité Central de su provincia. Y aunque poco disciplinado y amigo de desplantes ruidosos, era sin duda un valioso elemento para la causa radical por su talento, su prestigio y su desinterés. Es de imaginarse, pues, el efecto que habrá causado semejante actitud en momentos en que el radicalismo requería la mayor solidaridad y disciplina entre sus miembros.

La respuesta del organismo provincial fue digna y precisa. Se le acepta la renuncia y se agradecen «los valiosos servicios prestados a la colectividad en su actuación pública de 19 años», haciéndose la salvedad en los considerandos de que el vínculo que une a todos los radicales es «la decisión común de reconquistar el imperio de la soberanía popular mediante la restauración del libre mecanismo del sufragio», lo que no puede estar afectado en manera alguna por el hecho de que un periódico no-oficial del partido haya mantenido un criterio determinado en materia económica, ya que todos los afiliados están en libertad de sostener sus opiniones dentro de este concepto fundamental y sobre la base del respeto mutuo.

La actitud del Comité Central de Córdoba mereció el aplauso de varios organismos similares de otras provincias. Poco después Molina adhirió al manifiesto que habían publicado los disidentes, afirmando ahora no ya una desavenencia de tipo doctrinario, sino su total repudio contra la orientación abstencionista y revolucionaria del radicalismo y haciendo velados ataques a Yrigoyen.

Después de esto Molina se retiró de toda actividad política, de la que estaba de hecho bastante alejado. Como homenaje a su anterior actuación, en 1912 fue elegido diputado nacional encabezando la lista radical, pero renunció a su banca de inmediato, dedicándose a sus labores rurales, en cuyas actividades falleció en 1920.

El episodio no hubiera tenido mayor trascendencia en la vida partidaria de no mediar la decidida actitud de Yrigoyen, que por única vez en su vida decidió polemizar públicamente, rectificando algunos conceptos vertidos por el renunciante. El prestigio de Molina, la aparente fuerza de sus argumentos y la oportunidad en que caía la

renuncia debieron decidir al jefe radical a salirle al paso para evitar la desorientación entre los correligionarios.

La decisión de Yrigoyen no dejaba de entrañar inconvenientes. Era notoria la capacidad intelectual del dirigente cordobés y su temible habilidad dialéctica. Yrigoyen, en cambio, carecía de la práctica diaria de la expresión escrita como su contrincante, y por razones temperamentales tenía dificultades para manifestarse cabalmente. Sin embargo salió bien parado en el trance, por la autoridad moral que cargaba y por la bondad intrínseca de aquello que sostenía.

No es ésta la ocasión de analizar las cartas cambiadas. Sólo diremos que en ellas se afirma la personalidad de Yrigoyen y se concretan conceptos fundamentales sobre la Unión Cívica Radical y el Régimen, aportando importantes elementos para el ideario radical y para su propia ontología. Yrigoyen aparece en su plena madurez espiritual, abarcando hechos y situaciones con la seguridad que presta una visión propia, particular sobre la realidad. En la primera carta adjudica al radicalismo la categoría de unión civil convocada ampliamente para reconstruir las instituciones y poner en vigencia la Constitución, excediendo así las dimensiones de parcialidad política y asumiendo una causa que es «la de la Nación misma». Con agudo sentido político caracteriza al Régimen como la deformación de la vida argentina englobando tras ese rótulo todo el orden de cosas vigentes, con sus usufructuarios y sus ocasionales antagonistas. En su segunda carta Yrigoyen refuta algunas afirmaciones de Molina y señala aspectos de la trayectoria del radicalismo. En la última transcribe documentos y testimonios en apoyo de sus aserciones, dando por concluido el debate.

Su antagonista, a su vez, afirma que el radicalismo está desorganizado, que su orientación es equivocada y que su Carta Orgánica no se cumple. Las dos últimas cartas están destinadas a justificar actitudes que Yrigoyen le reprocha.

Considerada con imparcialidad la polémica Yrigoyen-Molina salta a la vista la firmeza incommovible y la consecuencia ideológica del primero. Ello reviste a sus palabras de una autoridad que escuece y molesta a su contrincante (...«el tono de superioridad que adopta al referirse a mí») que es tal vez más ágil en la expresión y más leguleyo, así como más metódico y circunscripto al tema, pero menos sólido y afirmativo en sus expresiones. Molina es un duelista que hace gala de una esgrima fantástica, con molinetes aparatosos y sobrecogedores tiros a fondo; pero Yrigoyen, reconcentrado y medido, sabe clavar la hoja sin mayor brillo pero con pasmosa eficacia.

La polémica duró desde setiembre de 1909 hasta enero del año siguiente, y se cruzaron tres cartas por antagonista. Fue un gran espectáculo para la masa radical, que presenció suspensa esa lucha de ideas con la misma emoción con que pudiera haber asistido a un duelo criollo o una depositada famosa. Una circunstancia que se manifiesta en este episodio y que merece la pena señalarse es la habilidad que Yrigoyen revela para rotular los fenómenos políticos argentinos con palabras exactas y permanentes. Es en esta polémica cuando aflora esa capacidad suya que habría de convertirse luego en una de sus grandes armas de lucha. No hubo hombre público en el país, salvo Rosas, que con tanta astucia se valiera de las fórmulas semánticas como instrumento de acción política. Saber definir es ya un índice de claridad mental: pero saber cuadrar a cada cosa el nombre cuya repetición exaltará o disminuirá con su sola mención aquello que engloba, es sólo un privilegio de los grandes avezados. Yrigoyen fue el gran definidor de cuarenta años de vida cívica argentina: a través de su insomne vigilancia fue bautizando hechos, movimientos, sentires colectivos, y los nombres que él puso —como los del Jehová del *Génesis*— bien puestos estuvieron, y así quedaron para siempre.

III

El Régimen se aprestaba a designar el nuevo Presidente, que habría de elegirse —teóricamente— en abril de 1910.

Ultimado el roquismo en todo el país, la solución habría de ser dada exclusivamente por las fuerzas agrupadas por Pellegrini y Sáenz Peña. Pero Pellegrini había fallecido, así es que sin mayor trabajo la elección recayó en Sáenz Peña, embajador en Roma por entonces. Esta vez no hubo dentro del conglomerado del Régimen un conato siquiera de oposición. El Partido Republicano, que con el nuevo rótulo de «Unión Cívica» pretendió sostener la candidatura del doctor Guillermo Udaondo, la retiró a último momento, con lo que la elección presentóse canónica. El

Régimen había llegado a la perfección en materia de unanimidades y claudicaciones...

Sin embargo, la personalidad del futuro Presidente era de por sí un progreso. No estaba tan comprometido como sus predecesores con los intereses que gobernaban el Régimen, y era capaz de gestos líricos todavía. Además, vinculado a Yrigoyen por el común origen federal de sus familias y por una vieja amistad nacida a la vera del difunto hermano menor del caudillo radical, cabía la posibilidad de que éste pudiera convencerlo sobre la necesidad de dar un definitivo golpe de timón en la política argentina.

Por su parte, el radicalismo no podía aceptar la nueva farsa electoral que se preparaba. Para emitir el pronunciamiento partidario frente a la renovación presidencial, se decidió reunir la Convención Nacional, el órgano máximo del partido. La convocatoria movilizó durante la segunda mitad de 1909 a toda la organización, y para diciembre de ese año ya estaban elegidos los delegados.

El 29 de diciembre comenzaron las deliberaciones, que tuvieron carácter secreto. Se leyó en esa oportunidad el informe de Yrigoyen sobre sus entrevistas de 1907 y 1908 con el Presidente de la Nación, y se resolvió que antes de tomar una decisión una delegación del cuerpo iría a reclamar al primer magistrado el cumplimiento de sus promesas en materia electoral. Al día siguiente los doctores Luna, Gallo, Saguier, Lencinas y Pedro L. Cornet se apersonaron a Figueroa Alcorta para hacerle presente el clamor popular por unos comicios decentes, así como la necesidad de que ellos se realizaran sobre la base del padrón militar, eliminando los registros electorales, que eran verdaderos monumentos de impudicia cívica.

Era la tercera vez que se planteaba un reclamo similar a Figueroa Alcorta pero tampoco en esta oportunidad supo asumir una actitud independiente. Ahora se excusó, aduciendo que el Congreso estaba en contra de la innovación y que era inútil convocarlo para que la sancionara.

Regresaron a la Convención los emisarios, y continuó la sesión. El 31 de diciembre se resolvió la posición que adoptaría la Unión Cívica Radical ante los hechos y las situaciones de pública notoriedad en seis puntos que reafirmaban la abstención electoral ante las próximas elecciones y proclamaban la inquebrantable voluntad del radicalismo de seguir luchando por la regeneración electoral del país.

Ese mismo día, mientras el máximo cuerpo deliberativo finalizaba sus sesiones, se constituyó el Comité Nacional, que había demorado este acto en deferencia a la soberanía de la Convención. Fue elegido presidente el doctor José C. Crotto, y eran sus vicepresidentes don Ignacio Iturraspe y el doctor Vicente Gallo. Los doctores Julio C. Moreno y Delfor del Valle fueron elegidos secretarios.

IV

En abril de 1910 se realizaron las elecciones presidenciales, en medio de la indiferencia popular. Sáenz Peña, que había venido de Roma, tornó a su embajada para volver al país en las vísperas de la transmisión del mando.

Durante la ausencia del Presidente electo volvieron a cobrar fuerza los rumores que daban como inminente la revolución radical. En marzo de 1910 renunció el ministro de Guerra, y ello dio pábulo a nuevas versiones. Las tropas son acuarteladas frecuentemente. Se prolonga el estado de sitio y la policía vigila de cerca a Yrigoyen y a los dirigentes más destacados del partido; en algunas oportunidades se producen detenciones de éstos. El nuevo ministro de Guerra solicita autorización al Presidente para tomar medidas drásticas contra los militares sospechosos. Tan vejatoria se hace en un momento dado la vigilancia policial que el Comité Nacional decide «suspender toda manifestación de vida cívica hasta que no se normalice la situación institucional del país».

¿Qué ocurría? Ramón J. Cárcano, uno de los más sagaces políticos del Régimen, cuenta en sus *Memorias* hasta qué punto la psicosis de la revolución se apoderó por esos días de todo el círculo oficial. El único que no creía en ella era Figueroa Alcorta, zorro viejo a quien no engañaban las astutas maniobras de Yrigoyen. Porque la revolución no existía. Se mantenía, como siempre, un permanente estado de alerta en el partido, y los contactos con los militares adictos no se habían abandonado: aun se habían recibido secretamente adhesiones importantes, como la del teniente general Pablo Ricchieri. Pero la revolución, con su complejo engranaje y sus delicados aprontes, no existía.

Sin embargo, Yrigoyen, con inusitada actividad, trataba de presionar moralmente al oficialismo —y por ende al Presidente electo— creando una sensación de inseguridad, pues sabía que en el estado de culpabilidad permanente que padecía el Régimen cualquier síntoma de reacción sería magnificado por la oligarquía consciente de sus transgresiones.

Así, el caudillo radical se movía incansablemente, procuraba despistar a la policía sin despistarla del todo, se ocultaba, reaparecía y en todo instante se conducía como un conspirador a punto de dar la señal decisiva.

—La policía me vigilaba día y noche, a toda hora y en todo lugar. Sin ponerme en contacto con ella, fue mi mejor elemento de propaganda —relataba Yrigoyen a un amigo, meses más tarde. Y explicaba que no teniendo organización militante ni recursos, su sistema consistía en rodear de misterio todas sus andanzas, agregando—: «No duermo dos veces en una misma casa, hago visitas sospechosas, aparezco o desaparezco con precauciones simuladas. Cuando me oculto a la misma custodia policial, se produce una situación de alarma, acuartélanse tropas, se refuerzan las comisarías: el estallido se les antoja inminente. La policía no puede averiguar mi paradero hasta once días antes de regresar Sáenz Peña...».

Yrigoyen supo en ese trance hacer un estupendo «bluff». Astucia de criollo viejo, que con toda seriedad canta envidia con veintiuno... Así logró que poco antes de la

llegada del Presidente electo un ambiente de incertidumbre y tensión reinara en el oficialismo.

En medio de un ambiente tan cargado, temiendo por instantes el estallido, arriba a Buenos Aires el flamante Presidente de los argentinos. El buque que lo conduce llega de traspasada y en pie de guerra. Clandestinamente, sin que una aclamación le dé la bienvenida ni un rostro amigo le tienda una sonrisa, es llevado a su domicilio a altas horas de la noche, custodiado por una nutrida escolta policial. ¡Triste llegada! El hueco rodar del carruaje por las calles solitarias y el tintineo de los sables de sus custodios fueron los únicos acompañantes de Sáenz Peña en este melancólico arribo. Parecía un preso, no un gobernante. ¡Tengo para mí que esa noche plena de amargura y de celos Sáenz Peña hizo el firme voto de abrir al pueblo las puertas del comicio!

V

Trabajado el ánimo del Presidente electo por la «guerra de nervios» que había sabido desatar Yrigoyen con la involuntaria complicidad del gobierno, sólo faltaba un impulso para que el paso decisivo fuera dado. La larga lucha del radicalismo había creado un estado de espíritu colectivo que respaldaría cualquier eventual decisión democrática del Presidente. Todo estaba pronto.

Así pudieron realizarse sin dificultad las históricas entrevistas entre el futuro jefe del Estado y el caudillo radical, a instancias de un amigo común que un año antes había insinuado a ambos, sin resultado, tal posibilidad. Fueron en total tres, y tuvieron lugar las primeras en riguroso secreto durante el mes de setiembre de 1910, y la última, con posterioridad a la asunción del poder por Sáenz Peña.

En la primera, que duró dos horas y se efectuó en un ambiente de gran cordialidad, el Presidente electo expresó su propósito de «asegurar el ejercicio libre y honesto de todos los derechos prometidos por la Constitución». Yrigoyen manifiesta su agrado ante este propósito, y asegura que el radicalismo concurrirá a las urnas si el gobierno da garantías. En larga conversación se conviene amigablemente que Sáenz Peña obtendrá del Congreso la adopción del padrón militar —exigencia que venía planteada desde las entrevistas de Yrigoyen con Figueroa Alcorta en 1907 y 1908, y la delegación de la Convención Nacional con el mismo, en 1909—, así como la reforma de la ley electoral, en tal forma que el ejercicio del sufragio llegara a ser indubitablemente garantido.

Sáenz Peña supone que obtenido el desarme de la actitud abstencionista y revolucionaria de la Unión Cívica Radical no habría inconveniente en que ésta lo acompañara en el gobierno. Aprovecha, entonces, la próxima entrevista (en la que habrían de concretarse algunos aspectos formales de la futura ley) para hacerle ofrecer dos ministerios en el gabinete nacional por medio del gestor de las conversaciones. Pero Yrigoyen, consecuente con sus anteriores actitudes y en un hábil gesto político, declina el ofrecimiento. Manda decir a éste las mismas palabras que dijera al otro Sáenz Peña, al viejo, en oportunidad parecida, casi veinte años antes. Y fueron estas palabras:

«La Unión Cívica Radical no busca ministerios. Únicamente pide garantías para votar libremente».

Cuando se entera de la respuesta Sáenz Peña no sale de su asombro. Está acostumbrado a las viejas mañas del Régimen, donde cada núcleo persigue como fin último el usufructo del gobierno. No podía entender que pudiera existir un movimiento cívico cuyo objetivo fuera el honrado cumplimiento de la Constitución, con prescindencia de la búsqueda del poder.

—¡Es un gran error de Hipólito! —expresa—. Los radicales podrían tomar el gobierno por asalto... pero es

muy difícil que lo hagan en comicios libres. El PAN, que es una tradición y una fuerza histórica, domina sin discrepancia en todo el país...

Sáenz Peña lamentaba sinceramente la negativa de Yrigoyen, porque su idea era formar un gobierno donde todos los partidos tuvieran cabida, y nunca supuso que la ley electoral pudiera significar el cambio total del Régimen al cual pertenecía, sino simplemente la condición para que el radicalismo, rebelde y arisco, integrara también su ministerio. Acaso en esta concepción había tanto de idealismo y buena fe cuanto de ganas de que se lo dejara gobernar tranquilamente, sin recelos ni sobresaltos...

Pero, como se comprenderá, las conclusiones a que ambos habían arribado carecían de toda fuerza coactiva. Ni Sáenz Peña podía asegurar que el Congreso aprobaría las innovaciones exigidas ni Yrigoyen podía comprometerse a que la Unión Cívica Radical —a cuya dirección ni siquiera pertenecía en ese momento— ratificara lo que a título personal él había manifestado. Se acordó, pues, que el Comité Nacional trataría oficialmente el ofrecimiento de Sáenz Peña, concretado por escrito en una breve nota. Hasta tanto no se pronunciara el alto cuerpo, Sáenz Peña no dio a conocer la nómina de sus colaboradores.

A solicitud de Yrigoyen, la Mesa Directiva del Comité Nacional convocó urgentemente a los delegados del organismo, que se reunió el 5 de octubre por la tarde. Ya había trascendido el objeto de la reunión y una honda expectativa embargaba todos los espíritus.

La sesión fue secreta y duró unas tres horas. En ella Hipólito Yrigoyen en persona relató con sencillez y sobriedad sus entrevistas con Sáenz Peña, el ofrecimiento formulado, la respuesta que él diera y su opinión sobre el asunto. No hubo discrepancia. Por unanimidad resolvióse adoptar el temperamento asumido por Yrigoyen: rechazo de los ministerios y colaboración en la formulación y ejecución de la futura ley electoral. Se decidió, además, que tal actitud se explicara en un manifiesto, el cual fue dado a publicidad cinco días después.

El documento daba a conocer la actitud de Sáenz Peña e historiaba largamente la trayectoria partidaria. Decía luego: «Tiene así la Unión Cívica Radical una misión histórica que terminar, y a fe que la viene cumpliendo en la más absoluta integridad de sus postulados. Desviarse de ellos importaría para la Nación una fatalidad mayor que aquellas contra las cuales lucha. Por eso en su larga actuación, cualesquiera que hayan sido las circunstancias y las pruebas de toda índole por las que haya tenido que pasar, las ha afrontado sin la menor duda ni vacilación, marchando hacia el objetivo magno y prefijado de sus designios, para que la República en paz y en concordia, sin abdicaciones ni peculados, prosiga la vida proficua y fecunda que la Providencia misma le ha fijado.

»Tales son las causales —proseguía— de la abnegada pertinacia de 30 años, en cuyo período han desaparecido generaciones enteras sin haber podido prestar al país, desde los gobiernos, el concurso eficiente y vivificante de la legítima y digna representación, sucumbiendo parte de ellos, ya en los combates, ya en las esforzadas luchas, ya en las persecuciones, y continuando los demás por el sendero trazado, sacrificándose su tranquilidad, su bienestar, su patrimonio y su existencia misma. No hay en la historia de las reivindicaciones el ejemplo de una actitud de renunciación y de combatividad más definida y consciente, hacia los deberes superiores y al bien general».

Luego expresaba: «La Unión Cívica Radical es la opinión nacional: el pueblo argentino en cuanto tiene de más altivo...», y afirmaba que «mandatos históricos de esta naturaleza, no se rescinden: se cumplen en toda la plenitud de su eficacia por más cruentos que sean los sacrificios: y desgraciados los pueblos que en las horas de sus mayores desconciertos no encuentran dentro de ellos mismos capacidades y energías suficientes para contrarrestar las deformidades que los inmolan. Las naciones avanzan siempre en los anhelos de progreso, pero es condición de arribo que más obstinadas e intransigentes sean las oposiciones, cuanto mayores las transgresiones que se combaten».

Finalmente se desarrollaba un concepto fundamental en el ideario yrigoyeniano: el desprecio del poder por el

poder mismo. «La Unión Cívica Radical, en el desarrollo de su acción y en persecución de este ideal, ha usado todas las armas legítimas, rehuendo los procedimientos vedados y rehusándose siempre a usufructuar de otros, resultados de sus éxitos, que aquellos que en buena ley le correspondían... No ha considerado nunca, tampoco, que sea condición indispensable la posesión para sí del gobierno, sino que (aun) podría ser una condición contraria, si así se requiriese».

El documento terminaba transcribiendo la sanción del Comité Nacional, sagaz decisión que evitaba la complicación del radicalismo con todo el pasado del Régimen, abriendo al propio tiempo la posibilidad de la definitiva conciliación del país, previo el cumplimiento de las garantías exigidas.

Dos días más tarde, el 12 de octubre de 1910, asumía el mando Roque Sáenz Peña. Y como una solemne ratificación de sus promesas, expresaba ante la Asamblea Legislativa: «Yo me obligo ante vosotros, ante mis conciudadanos y ante los partidos, a promover el ejercicio del voto por los medios que me acuerda la Constitución».

Consecuente con estas declaraciones, el Presidente envió al Congreso dos meses más tarde el proyecto de ley sobre padrón electoral confeccionado sobre el militar: esto significaba la depuración del cuerpo electoral. Aprobado el proyecto a mediados del año siguiente, Sáenz Peña presenta un nuevo proyecto de ley electoral que contemplaba las grandes aspiraciones populares sobre voto secreto, obligatorio y garantido con representación de minorías e intervención de los jueces: esto significaba el sufragio libre. Tampoco esta vez la oligarquía legislativa se abrevió a obstruir la pujante demanda popular, tan generosamente apoyada por el Presidente; por otra parte, la convicción que los legisladores del Régimen abrigaban en el sentido de que la máquina política que lo sostenía no podría desmontarse pese a la nueva ley allanó el camino de la iniciativa presidencial.

Así pudo promulgarse en febrero de 1912 esa ley, que después se ha conocido como «Ley Sáenz Peña», cuando en verdad debió llamarse «Ley Yrigoyen», o más bien «Ley Radical», ya que principalmente fue el esfuerzo tesonero y abnegado de anónimos luchadores el que logró a través de una lucha que se prolongó durante plurales lustros el instrumento legal tan anhelado.

1912 abre una etapa nueva al radicalismo y al país. La larga lucha de la Unión Cívica Radical había culminado con el rescate del instrumento a través del cual un pueblo con morriñas de libertad habría de gobernarse a sí mismo. Se ha abierto la gran posibilidad para que el pueblo transforme el estado de cosas vigente en un orden más justo, más decente. Un interrogante sobrecogedor se cierne sobre los argentinos. El esquema jurídico ya existe: ahora falta darle contenido.

IV

LA REPARACIÓN

1910-1916

1

Hipólito Yrigoyen está llegando a su plenitud vital. El largo trajín que se había impuesto, ahora parecía cerrarse en una armoniosa parábola. Estaba viviendo un instante apacible y sosegado. Aquellas pasiones de su existencia de solterón habíanse apagado silenciosamente, como para permitir a su espíritu prepararse para la formidable labor que todavía le esperaba en estado de gracia y pureza. Por entonces estaba muy rico, aunque su modesto tren de vida no había variado y dividía sus días entre el trabajo rural y la dirección del partido.

Su casa era constantemente visitada por ciudadanos que venían de todo el país para hablar con él. Su nombre era ahora repetido, ya no en los ambientes partidarios o en los cenáculos políticos, sino en el gran ágora popular: en la esquina del barrio, en el café, en la tertulia familiar, en el fogón campesino. La gente quería saber de él, de su personalidad un poco desvaída por su retraimiento. Quería conocer esos detalles que van configurando la figura del hombre público. Y nuevamente se repetían las antiguas crónicas de su bondad, de su desinterés, de su hombría de bien, de la larga lucha que había culminado victoriosamente con la ley electoral.

Ahora, con los nuevos acontecimientos políticos, un tipo de actividad desconocida se le presentaba. Se venía encima la lucha electoral, que exigía nuevos métodos, formas no ensayadas todavía. Él había refundado la Unión Cívica Radical después de la Diáspora del '97. Le había infundido las características que habían de singularizarla del conglomerado de parcialidades políticas. Había llevado a sus huestes al sacrificio, al renunciamiento, y había hecho escuela de austeridad entre ellos. Había sabido burilar como un artífice ese magnífico instrumento de liberación

argentina que era el radicalismo, hasta modelarlo a su imagen y semejanza. Pero ahora el nuevo hecho abría horizontes de éxito político a la falange de esforzados; e Yrigoyen presentía que la lucha a librar habría de ser tan tremenda en lo externo contra el Régimen como en lo interno contra los advenedizos, los logreros y los emboscados.

Más que nunca se requería la disciplina en el partido, para que no se infiltraran aquellos que no comprendían el sentido radical de la gesta, para que no prevalecieran los elementos indeseables, para que no se malearan ante la tentación los varones buenos y honrados. La lucha larga y sin posibilidades aparentes carpe de por sí a los partidos: pero ante la sola perspectiva del triunfo aparecen de nuevo malas yerbas que es necesario arrancar con energía. Esta floración, que Yrigoyen intuía con tristeza aun antes de producirse, era en el radicalismo una consecuencia inevitable de la peripecia electoral que ya se adivinaba. Pero la subsistencia de tales elementos (Yrigoyen también lo sabía, porque era un hombre realista) era uno de los grandes sacrificios que imponía a la Unión Cívica Radical la reconciliación argentina tejida alrededor del comicio libre.

La manifestación concreta de estos peligros se produjo antes de sancionarse las leyes que posibilitaban el voto libre y garantido. En efecto, en abril de 1911 el Presidente decreta la intervención a Santa Fe, que se encontraba en un caótico estado institucional. Era la primera vez que Sáenz Peña tenía oportunidad de hacer efectivas sus promesas, por lo que en todo el país se produjo una gran expectativa. A los radicales de esa provincia se les alborota la sangre... ¡He aquí la anhelada oportunidad de vencer al Régimen con el pacífico instrumento del voto! Cuéntanse las fuerzas, y las ganas de pelear se les sale del alma. Era un gran radicalismo el de Santa Fe. Tres veces se había bautizado con sangre en sendas revoluciones, y hombres de gran calidad comandaban sus cuadros. Podían dar la batalla y podían ganarla; y el saber esto los enardecía.

No bien instalada la intervención federal —compuesta por distinguidos caballeros, de antecedentes conservadores pero demasiado allegados al Presidente para desvirtuar sus propósitos— los comités departamentales empezaron a reunirse y a pronunciarse por la concurrencia a los futuros comicios, siempre que así lo decidiera la dirección nacional del partido. Esto aprobado, se destacó una comisión *ad hoc* para solicitar la autorización correspondiente.

La integraban don Ignacio Iturraspe, Rodolfo Lehman, Domingo Frugoni Zabala, Ricardo Núñez, Alfredo Brown Arnold y Ricardo Caballero.

Al bajar a Buenos Aires en cumplimiento de su misión la delegación halló en los dirigentes nacionales sentimientos encontrados. Todos deseaban medir fuerzas y comprobar en las urnas el arraigo popular del radicalismo. Muchos desconfiaban de las promesas presidenciales, y algunos no creían conveniente arriesgarse a una prueba tan azarosa. Pocos eran los que intuían, como Yrigoyen, el enorme peligro que significaba ir a esta elección sin que todos los presupuestos previos del fraude se

hubieran desmontado. Acceder a esa elección (aun siendo local, como era) era convalidar todo un orden de cosas. Yrigoyen pensaba que la intervención a las catorce provincias era la medida lógica a tomarse para que el radicalismo concurriera al comicio, desde que los poderes que las presidían eran viciosos de origen. Así lo había planteado a Figueroa Alcorta y a Sáenz Peña, negándose terminantemente el primero y aceptando el segundo tal planteo con reservas, pues entendía que la intervención sólo había de enviarse cuando las garantías no existieran cabalmente para el electorado. Claro está que la premisa de Yrigoyen significaba en último extremo que no sólo los poderes locales debían intervenir, sino que los nacionales debían asimismo desaparecer, pues su origen era tan espurio como el de aquéllos. Pero ni esto era practicable ni estaba Sáenz Peña tan independizado de sus amigos políticos como para poder llevar a cabo semejante programa.

Así, pues, la elección santafecina se presentaba en el criterio de Yrigoyen como una peligrosa pendiente electoralista por la que el radicalismo podía resbalar insensiblemente antes que las condiciones legales y de hecho se modificaran de tal suerte en el resto del país que hicieran útil y fecundo el eventual triunfo radical.

Pero las cavilaciones del caudillo desentonaban con el jubiloso deseo de la mayoría. El 3 de mayo (1911) se reúne el Comité Nacional para considerar el pedido. El doctor Caballero, hábil orador, habla en nombre del radicalismo de Santa Fe para exponer sus puntos de vista. A moción de Yrigoyen se designa una comisión que entrevista al Presidente de la Nación, con el objeto de solicitarle la ratificación de sus propósitos en materia electoral, ya que legalmente nada había cambiado todavía en el sistema de elecciones. Sáenz Peña acepta los pedidos de la comisión: se usará el padrón militar, se votará en forma secreta y obligatoria, la justicia tendrá a sus órdenes a las fuerzas policiales, y el Presidente será en última instancia el juez de las reclamaciones de los partidos.

La benevolencia de Sáenz Peña con respecto a los pedidos radicales provocó quejas en los círculos del Régimen. El uso del padrón militar, sobre todo, inquietó sobremanera a los viejos núcleos. Rezonaba así *La Nación* el 5 de mayo: «Si el partido radical fuera una fuerza política efectiva, si su acción eficiente se hubiera transparentado, si estuvieran a la vista sus medios de acción y su capital electoral, resultaría todavía excesiva la actitud adoptada frente al Gobierno... Y ni aun ése es el caso de los radicales. Permanecen en la abstención desde hace largos años. No pesan en forma alguna en la solución de los diferentes problemas que interesan al país. Por eso se ha dicho que más que una política, han adoptado un temperamento. Y hoy ofrecen abandonarlo, pero a muy alto precio».

Pero la palabra del Presidente estaba ya dada, y el alto organismo partidario, visto el resultado de la gestión, convocó a la Convención Nacional, que por haber proclamado la abstención dos años antes era la única autoridad que podía revocar tal medida.

El 28 de mayo por la tarde inicia sus deliberaciones la Convención Nacional de la

Unión Cívica Radical. La preside el doctor Pelagio B. Luna, y es su secretario el doctor Ernesto H. Celesia. Después de un breve cambio de opiniones, se faculta a la Presidencia para que, con la Comisión de Poderes, recoja todos los antecedentes del caso de Santa Fe, incluso las gestiones realizadas por el Comité Nacional.

Todo ese día y el que sigue se conferencia intensamente. Los delegados santafecinos defienden su posición concurrencista, con calor, ardorosamente, haciendo fe de las declaraciones presidenciales y de los primeros actos de la intervención. A la noche se reúne de nuevo el cuerpo, y la Presidencia solicita se le amplíe el plazo para acopiar todos los elementos de juicio posibles.

Recién el 31 se consigue aunar el criterio de los delegados. A las 9 de la mañana se abre la sesión. El doctor Luna anuncia el temperamento que tiene despacho unánime de la Comisión, adoptado sobre los antecedentes reunidos. La Convención aprueba en general, y después de un breve cuarto intermedio para redactar la resolución definitiva ésta es sancionada entusiastamente.

Al mediodía ya se conoce la decisión radical. ¡Se va a los comicios! Precedida de varios considerandos que aluden a las repetidas declaraciones de Sáenz Peña y al cambio de las condiciones que habían impedido anteriormente al radicalismo el acceso a las urnas, la resolución autoriza a la Unión Cívica Radical de Santa Fe a intervenir en la futura renovación de los poderes públicos provinciales.

La emoción al conocerse la noticia es grande en la Capital y en Santa Fe, pues, además, el secreto de las sesiones no había dejado traslucir la decisión hasta último momento. Tanto pareció demorar y tanto temió Sáenz Peña que no llegara a adoptarse, que el mismo día 31, mientras sesionaba el alto cuerpo, un sobrino del Presidente de la Nación hizo llamar al doctor Crotto para anunciarle confidencialmente que al día siguiente aparecería en Santa Fe el decreto del interventor imponiendo el padrón militar para la elección. La Convención, sin embargo, tomó su decisión sobre la base de las promesas presidenciales, y sin conocer la alentadora actitud de la intervención (o mejor, del Presidente), y así lo hizo notar Delfor del Valle al ministro del Interior cuando concurrió a notificarle oficialmente la resolución partidaria.

Ya estaba el radicalismo embarcado en una acción de características nuevas: todo el radicalismo, porque se convino que la lucha de Santa Fe tendría la solidaridad del partido entero, dada su trascendencia. En una reunión privada que presidió Yrigoyen —que había venido del campo el 27 para asistir a la Convención y participar en sus debates— se delinearon los proyectos para la futura campaña.

Poco después, acompañando a los delegados santafecinos a tomar el tren de regreso a sus pagos, Yrigoyen dijo a Caballero y al doctor Antonio Herrera unas palabras reveladoras de su estado de ánimo frente a los sucesos que se avecinaban:

«El movimiento de reparación nacional al que ha consagrado sus esfuerzos la Unión Cívica Radical, fue concebido para imponerlo y realizarlo por una fuerza selecta y auténticamente argentina. Por eso hemos vivido hasta hoy predicando ese

ideal entre grupos escogidos de correligionarios a los que podríamos haber denominado más bien “amigos», cualquier finalidad práctica, cualquier deseo de medro personal no tenía hasta ayer, cabida entre nosotros. Ahora que ustedes han obtenido autorización para concurrir a los comicios, transformando la abstención y la conspiración en militancia política, sepan que la manera de actuar es totalmente distinta. La necesidad de triunfar requiere desde luego el número, y no podemos elegir los hombres como lo hemos hecho hasta aquí; ya no podremos reposar nuestro pensamiento en el regazo de comunes sueños, porque en las reuniones que van a realizarse en adelante, encontraremos hombres movidos por finalidades prácticas, por recónditas ambiciones personales, y tendremos que marchar por las calles llevando de un lado al hombre de intención más pura, y del otro tal vez a algún pillete simulador y despreciable. Esto lo impone, lo exige la lucha electoral en la que van a mezclarse. Pero no dejen que en las apasionadas luchas del interés, se consuma del todo la idealidad que nos ha mantenido unidos hasta hoy: ¡TRANSEN LO MENOS QUE PUEDAN CON LA REALIDAD!”.

2

Y empezó la campaña de Santa Fe, larga lucha de casi un año de duración. La actividad de todos los partidos era intensísima. Cuatro pugnaban por el triunfo: la Coalición, que polarizaba los núcleos de los más prestigiosos caciques del Régimen, con todos los beneficios devengados por largos años de usufructo del poder y la no disimulada simpatía de algunas autoridades de la intervención; la Liga del Sur, poderosa organización de orientación liberal, que contaba con el apoyo de gran parte de los industriales rosarinos y cuyos baluartes eran los departamentos de abajo con sus nutridas colonias de origen gringo; el Partido Constitucional, sin mayores probabilidades pero con algunos reductos propios en la zona norte, y, finalmente, la Unión Cívica Radical.

La Coalición tenía la ventaja de su anterior organización política, afiatada a través de treinta años de dominio indiscutido; la Liga del Sur, la de sus recursos económicos cuantiosos y la envergadura de algunos dirigentes; pero la Unión Cívica Radical tenía también su ventaja de la que carecían en absoluto las agrupaciones adversarias: la solidaridad sin retaceos de toda la comunión radical, que no mezquina esfuerzos a lo largo de todo el país para ayudar a los correligionarios santafecinos.

Fue agotadora la campaña. Los radicales la inauguraron con una gran manifestación en Rosario el 1.º de julio, aniversario de la muerte de Alem. Doce cuadras ocupó el desfile, a cuyo término hablaron Caballero, Delfor del Valle, Rogelio Araya y José Chiozza. Se instalaron comités en todo el territorio de la provincia, se sacaron periódicos, se realizaron actos públicos en todos los pueblos,

conferencias, grandes asados criollos. Radicales de todo el país adscribieron su esfuerzo al que gallardamente realizaban los de Santa Fe. Yrigoyen fue el 31 de julio a Rosario, encabezando allí un mitin aun más importante que el realizado un mes antes.

A medida que avanzaba el tiempo, los ánimos íbanse caldeando. Cada partido hacía furiosas reclamaciones al interventor, que se veía en figurillas para contentar a todos: pero si consideramos las vinculaciones políticas de que debió prescindir y las irregularidades que pudo haber cometido o tolerado y ni cometió ni toleró debemos concluir que su actuación fue razonablemente correcta. Los radicales acusaban a los demás partidos (especialmente a la Liga del Sur) de practicar en gran escala la compra de libretas, y al interventor, de permitir que ciertos funcionarios hicieran política activamente por la Coalición. Los otros partidos se quejaban de que se usara el padrón militar y aseguraban que el radicalismo se abstendría de concurrir a la elección a último momento. Un ambiente de profunda desconfianza había en los círculos políticos santafecinos y nacionales: pero, en medio de todo, había también una recóndita esperanza de que el ensayo saliera bien...

Así pasaron el año once y los primeros meses del doce. Las elecciones serían el 31 de marzo. El 23 del mismo, Yrigoyen parte de Buenos Aires y llega al día siguiente por la tarde a Santa Fe. La recepción que se le hace es triunfal. Miles de ciudadanos lo reciben en la estación con sus libretas en alto, ostentando orgullosos ese signo de redención cívica de cubiertas morenas como la buena tierra. La manifestación marcha hacia el centro yendo al frente el candidato a gobernador, un prestigioso médico respetado por amigos y adversarios: lo acompañan Yrigoyen con su señorial prestancia, Iturraspe con sus muletas legendarias, Crotto, Lehman y otros dirigentes. Al pasar por el Jockey Club, desde los balcones se arrojan panfletos insultantes sobre la manifestación, pero la serenidad de los presentes evita incidencias que hubieran podido ser graves. Termina la exhibición de fuerzas con varios discursos, cerrados en último término por Horacio Oyhanarte, que enardece a la multitud afirmando que si la intención del radicalismo de alcanzar la reparación por las vías pacíficas llegaba a frustrarse por el fraude, se volvería nuevamente a la revolución.

El 25 de marzo Yrigoyen pasa a Rafaela, y el 27 llega a Rosario. Quince mil almas al grito de «¡No nos vendemos!» y «¡Aquí están los que no se venden!» desfilan por las calles céntricas del poderoso emporio del Litoral. Al día siguiente vuelve el caudillo a Santa Fe, para visitar Esperanza y los departamentos de Reconquista y Vera. La víspera de la elección retorna a la capital de la provincia, donde asistirá al acto eleccionario, junto con la mayor parte de los miembros del Comité Nacional.

Muchas cosas dependían de esa elección. Noche de vigiliias y de presentimientos, aquélla del 30 al 31 de marzo de 1912. Había una tensa expectativa en todos los corazones. La Nación vichaba los aconteceres de la tierra santafecina, donde un

movimiento de redención nacional jugaba el todo por el todo en un golpe de taba que podía salir suerte... o desengaño.

Pero la incertidumbre tuvo, por lo menos, la virtud de ser breve. Ya el lunes 1.º de abril todo el país vibraba con la noticia del triunfo de la Unión Cívica Radical.

3

Una semana después de la elección de Santa Fe debíanse realizar comicios de renovación de diputados en la Capital Federal y diez distritos. Las esperanzas puestas en las promesas presidenciales indujeron a varios comités provinciales a solicitar autorización al Comité Nacional en los primeros días de marzo de 1912 para participar en ellos. El 8 de marzo sesiona la Mesa Directiva del Comité Nacional con asistencia de Yrigoyen y de algunos delegados provincianos que habían ido a recabar la autorización, y se decide que el pronunciamiento definitivo se haría con posterioridad a las elecciones de Santa Fe.

Los comités locales acataron la decisión, pero el de la Capital llevó adelante sus tareas preelectorales, nombró comisiones de propaganda y hasta proclamó candidatos a diputado y senador nacional, tras agitadas deliberaciones. Sucedió que el comité metropolitano estaba dominado por los llamados «azules», amigos del doctor Leopoldo Melo en su mayoría, que pública o vergonzantemente habían propendido siempre al abandono de la abstención, y ahora, ante la perspectiva próxima, hicieron punta en el movimiento que Gabriel del Mazo califica acertadamente de «alzamiento electoralista de 1912».

La ratificación que hizo desde Santa Fe el Comité Nacional a la decisión de su Mesa Directiva (27/3/1912), exasperó a los «azules», que estuvieron a punto de desacatarse a la dirección partidaria, continuando con el proceso electoralista en que estaban embarcados. Pero los rebeldes se llamaron temporalmente a sosiego cuando se les desintegró la lista de candidatos a diputados por no aceptar algunos sus designaciones y, sobre todo, al recibirse una fría nota de Yrigoyen que antes de partir para Santa Fe anunciaba su renuncia a su candidatura a senador.

El Comité de la Capital suspendió entonces sus trabajos, no sin enviar dos ansiosos telegramas al Nacional manifestando sus anhelos de intervenir en la lucha del 7 de abril. Y aunque oficialmente el organismo metropolitano cesó sus tareas preelectorales los comités parroquiales realizaron actos y manifestaciones que prácticamente pusieron al radicalismo de la Capital en estado de campaña.

Cuando se supo el triunfo de Santa Fe el entusiasmo fue desbordante en todo el país. En la Capital, el domingo 31, con la seguridad de la victoria, dos grandes manifestaciones partieron de diversos puntos de la ciudad, para encontrarse frente al local partidario de Cangallo 919 donde reclamaron tumultuosamente la concurrencia

a la lucha comicial del domingo próximo. Era difícil sustraerse a la contagiosa ansia de pelea que animaba al pueblo radical. Aun los amigos más fieles de Yrigoyen, sabedores como estaban de que el caudillo no era partidario de la irrupción incondicional al cuarto oscuro, sentían vacilar su fe ante el espectáculo de la masa partidaria pidiendo a gritos que la dejaran votar. Porque ya no era el reclamo de algunos dirigentes impacientes: ahora era el pueblo radical que espontáneamente se volcaba por los barrios para vocear sus ansias de lucha.

En esta tensión pasaron el lunes y el martes. Sólo el miércoles 3 de abril pudo reunirse el Comité Nacional. Esa mañana había llegado Yrigoyen de Santa Fe. Las deliberaciones, secretas, duraron todo el día. El Comité de la Capital, presidido por el doctor Joaquín Llambías, se mantenía en sesión permanente, al igual que muchos comités parroquiales, aguardando la decisión del alto cuerpo. En el debate producido en el seno de éste, Yrigoyen —nombrado días antes delegado por la Capital, junto con Gallo, Saguier y Crotto— hizo ver el significado de la concurrencia a los comicios de las provincias donde las oligarquías seguían imperando; en éstas sólo debía participarse, a su juicio, con las garantías de una intervención federal. Solamente en la Capital Federal, bajo la directa jurisdicción del Presidente, y en Santa Fe, todavía intervenida, podía aceptarse la lucha. Hacerlo en los otros distritos significaba legalizar todas las formas de oprobio contra las cuales luchaba el radicalismo desde hacía tantos años.

Después de largo debate se aprobó en parte este temperamento, pues se resolvió autorizar la participación del radicalismo en las elecciones de la Capital y Santa Fe y no en las otras provincias; pero en éstas se recomendaba votar por aquellos candidatos cuya actuación estuviera encuadrada en las normas y disciplina de la Unión Cívica Radical, resolución esta última ambigua y equívoca que permitía a los organismos locales prácticamente lo mismo que se permitía a los metropolitanos y santafecinos.

La decisión llenó de alborozo al radicalismo de la Capital. Vertiginosamente (apenas quedaban dos días) se designan los candidatos. La lista de diputados es brillante: Fernando Saguier, Vicente C. Gallo, Marcelo T. de Alvear, José L. Cantilo, Luis J. Rocca, Antonio Arraga, Delfor del Valle y Ernesto H. Celesia. Ante la renuncia de Yrigoyen, el grupo «azul» pretende proclamar candidato a senador al doctor Melo, como un desafío contra quien los ha mantenido en la incertidumbre hasta el final. Pero los amigos de Yrigoyen logran evitar la impertinente designación y al fin se proclama al doctor José C. Crotto.

Los socialistas, que munidos de optimismo y constancia estaban presentándose a todas las elecciones metropolitanas desde 1897, también exhibían una gran lista, con el luchador antiimperialista Manuel Ugarte como candidato a senador. La Unión Nacional, oficialista, contando con la ayuda económica del conservadorismo porteño, sostenía para ese cargo al doctor Benito Villanueva, y la Unión Cívica, al doctor F. J. Beazley.

Si la campaña de Santa Fe había durado casi un año, ésta no lo hizo más de tres días. Durante este angustioso plazo la ciudad se pobló de tribunas, banderas y charangas que confirmaron con la presencia entusiasta de grandes concentraciones populares la creciente pujanza de que estaba dando muestras el radicalismo. También en Santa Fe, el otro distrito autorizado, siguió con todo entusiasmo la labor preelectoral, facilitada por el desconcierto de la Coalición, que se había abierto como una granada madura ante el sensacional impacto del 31 de marzo.

En el resto de las provincias proclamaron candidatos y llevaron adelante sus preparativos los comités de Entre Ríos, Córdoba, Santiago del Estero, San Luis, La Rioja, Jujuy y Corrientes, absteniéndose de ellos los de Tucumán, Catamarca y San Juan. Sólo el Comité de Buenos Aires proclamó firmemente la abstención, y aun así fue desobedecido aisladamente.

Así llega el 7 de abril. Se vota con tranquilidad en todo el país. En la Capital Federal la Unión Nacional compra votos descaradamente. No pocas incidencias ocurren con este motivo. Los comités de la Unión Nacional están atestados de ciudadanos. En uno de ellos don Tomás de Anchorena pregunta uno por uno a los votantes:

- ¿Votaste bien, m'hijito...?
- Sí, doctor —era la respuesta obligada.
- Bueno, tomá diez pesos...

En esas condiciones resultó inexplicable para muchos el resultado de la Capital: triunfo radical, minoría socialista... La oligarquía, los círculos oficiales no comprendían que el pueblo porteño, con su escondida picardía, se había dado el gusto de «burlar a los eternos burladores y al mismo tiempo, votar a la novia del corazón: Hipólito Yrigoyen...», como dice agudamente un escritor antiyrigoyenista. Tiempo después decía Sáenz Peña ante el Congreso refiriéndose a esta elección: «Si hubo votos pagados, no hubo votos vendidos». No los hubo, ciertamente. Ni siquiera mintieron los que aseguraban a D. Tomás de Anchorena que habían *votado bien*: ellos habían votado perfectamente bien, sólo que la bondad de su voto era muy distinta en el concepto de unos y otros... La gente de la Capital había comido las empanadas y tomado el vino de los conservadores; pero había votado por los radicales...

Esta elección marcó el fin de los comicios venales al permitir al votante dialogar con su conciencia en el cuarto oscuro. Las cifras del escrutinio de la Capital decían muchas cosas, pero ésta no era una de las menos importantes. En el resto del país, el resultado fue variable. El radicalismo triunfó de nuevo en Santa Fe, y esta vez por amplio margen. En Entre Ríos sacó minoría, al igual que en Córdoba, donde se ganó la ciudad y se perdió en los departamentos. En Corrientes una burda maniobra de «desdoblamiento» oficialista birló la minoría a la Unión Cívica Radical. En San Luis el radicalismo pierde; pero en Jujuy y La Rioja triunfa, bien que el escrutinio mañoso y accidentado le arrebató la victoria legítimamente obtenida. En Buenos Aires

muchos radicales no pueden con el genio, y a pesar de la abstención decretada votan aisladamente a algunas personalidades distinguidas del partido, que obtienen así algunos centenares de sufragios.

El 7 de abril de 1912 quedó demostrado que el radicalismo era la mayoría del país. Lo corto e inesperado de la campaña, los fraudes cometidos en el interior, no pudieron ocultar el desconcertante prestigio de la Unión Cívica Radical, que después de quince años de inactividad electoral venía a disputar el triunfo a las viejas agrupaciones locales. El resultado de la Capital, sobre todo, era bien elocuente, por ser su electorado algo así como el sismógrafo de la opinión de todo el país. Una revista sintetizaba por esos días el significado de las elecciones, en un grabado que mostraba el espectro de Alem cerniéndose por sobre las urnas, con un elocuente y breve epígrafe: «Resurrexit...».

¡Más de veinte años de lucha quedaban justificados!

4

Los triunfos de marzo y abril de 1912 llenaron de ímpetu al radicalismo. Aunque las elecciones no habían sido todo lo puras que era dable esperar, podía confiarse en un gradual perfeccionamiento de su mecanismo hasta que efectivamente llegaran a convertirse en una auténtica expresión de la voluntad popular. Aquellas que se realizaron bajo jurisdicciones provinciales, sobre todo, habían adolecido de graves deficiencias causadas en gran parte por las autoridades locales, que de ningún modo consentían entregar al radicalismo las posibilidades de un triunfo similar al de Santa Fe o la Capital Federal.

Sin embargo, no parece que los hombres del Régimen hayan caído en la cabal cuenta de lo que significaba el resultado de estas elecciones. Trataban de restar importancia a los sucesos, atribuyendo la respuesta de las urnas a un imperdonable descuido de Sáenz Peña, y tomaban las victorias radicales como peripecias dentro del proceso general de la política nacional. No comprendían que las elecciones de marzo y abril de 1912 entrañaban el principio del fin del Régimen. Pero siempre ha ocurrido lo mismo con las grandes revoluciones: su punto de arranque resulta casi inadvertido para los contemporáneos.

Yrigoyen se había revelado como un conductor avezado en materia electoral. Su habilidad para lograr adhesiones, su sagacidad para indicar los puntos sobre los que debía hacerse hincapié durante la campaña, su prestigio mítico que atraía voluntades con la sola magia de su presencia o convocaba nutridas congregaciones de pueblo al solo anuncio de su llegada; todo revestía a su figura de nuevos y desconocidos matices, que sorprendían aun a sus más íntimos. Actuaba en los episodios electorales con la misma seguridad que en la conspiración o en el apostolado individual. Parecía

a veces que hubiera vivido dos vidas o que fuera enormemente viejo, puesto que realidades totalmente nuevas eran aprehendidas y derrotadas por él con tanta firmeza como si actuara sobre la base de antiguas experiencias. Pero ello ocurría, ya lo hemos dicho, porque estaba dotado de una sensibilidad exquisita para captar a distancia los sentimientos populares, y su instinto político lo conducía a través de esos datos con baquía y seguridad.

Los periódicos y revistas de entonces, expertos traductores de los cambios de la opinión pública, sentían que el interés por Yrigoyen acrecía y se desesperaban ante su desapego por la exhibición personal, por su manía de no dejarse fotografiar, por lo dificultoso que resultaba entrevistarlo. Dos años antes el gran sociólogo José M. Ramos Mejía había escrito en su periódico *Sarmiento* una magnífica semblanza de Yrigoyen donde exaltaba su conducta, su repugnancia por la exhibición, sus condiciones de caudillo, en prosa levantada y atractiva. Por esos días, la revista *Caras y Caretas* también publicó algo similar, elogiando su desinterés, su abnegación y su terca negativa al exhibicionismo. Poco después, el doctor Octavio R. Amadeo, en su libro *Política*, vertiría honrosas palabras sobre Yrigoyen: «... permanecer veinticinco años en el mismo puesto de combate, con el arma al brazo por un ideal, o una quimera, sordos y ciegos a la incitación sensual, viendo pasar las galeras de púrpura bajo el puente, es una gesta cívica que no debemos ridiculizar porque honra a la patria misma».

Pero él demostraba igual indiferencia ante el silencio que lo había rodeado durante largos años como frente a esta repentina ola de publicidad que no buscaba y que más bien lo molestaba. No se pagaba de eso porque tenía un profundo respeto por sí mismo y por su dignidad y le repugnaban estas exhibiciones de los aspectos exteriores de su persona.

El ensayo había sido definitivo. Los resultados, tal vez no esperados por muchos dirigentes radicales, comprometían a concurrir a las contiendas similares que se fueran planteando. Eso obligaba al radicalismo a abrir sus cuadros, porque no era lógico que en instantes de lucha electoral se mantuviera el radicalismo con el sentido selectivo de los viejos tiempos de la conspiración. Yrigoyen ya había previsto esto con palabras que hemos transcripto más arriba.

Pronto hubo que moverse de nuevo. En setiembre elegirían gobernador los salteños, en noviembre los cordobeses, y en diciembre los tucumanos.

Los candidatos del Régimen en las tres provincias eran exponentes típicos de los intereses económicos y políticos de las oligarquías que las dominaban: en Salta lo era el doctor Robustiano Patrón Costas, el dueño del ingenio azucarero más poderoso del norte argentino, sobrino a la vez del ministro del Interior; en Córdoba, el doctor Ramón J. Cárcano, aquel que veintidós años atrás había sido el frustrado favorito a la sucesión presidencial de Juárez, y en Tucumán, el doctor Ernesto Padilla, vinculado a las empresas azucareras de su terruño.

A su vez, el entusiasta y aguerrido radicalismo de las dos provincias norteanas había proclamado candidatos a los doctores Joaquín Castellanos y Pedro L. Cornet, respectivamente; el uno, poeta y antiguo amigo de Alem; el otro, médico popular y

respetado. En cuanto a Córdoba, donde se abrigaba la certeza del triunfo dada la valía y el número de sus elementos, se esperaba la autorización del Comité Nacional, pues se consideraba imprescindible la previa intervención del Presidente.

Esta elección cordobesa, sobre todo, era decisiva. El «meridiano político del país» estaba dominado de largos años atrás por una cerrada oligarquía que había dado tres presidentes al Régimen —incluimos a Roca— y mantenía las estructuras formalistas y coloniales que caracterizaban tradicionalmente a la ciudad de Cabrera.

La elección de Salta, supervisada por un comisionado o veedor presidencial, dio el triunfo a la Unión Cívica Radical, que se adjudicó 27 electores, uno más que los necesarios para tener mayoría absoluta. Pero el Senado salteño anuló inconstitucionalmente varias mesas y convocó a elecciones complementarias sin tener atribuciones para ello. El radicalismo resolvió entonces abstenerse. Las nuevas elecciones se realizaron con una gran presión oficialista. Previamente, el ministro del Interior había viajado a Salta, su provincia natal, para manipular la designación del nepote y garantizar su triunfo a toda costa. Las reclamaciones de los doctores Cantilo y Saguier, enviados por el Comité Nacional para asistir al proceso electoral, fueron inútiles. Poco después, el Colegio Electoral con la única presencia de los electores de la Unión Provincial elegía gobernador al doctor Patrón Costas.

En Córdoba la lucha electoral se presentó dura desde el primer momento. La Concentración Popular echaba mano de todos los recursos de halago y presión, desde la instalación de garitos en sus Comités hasta la divulgación de rumores que daban a la Unión Cívica Radical como enemiga del catolicismo (versión que se desmintió categóricamente, pero que no dejó de impresionar a algunos sectores de opinión).

La dirección partidaria había decidido llevar a Córdoba la solidaridad de todo el radicalismo, tal como se había hecho en las elecciones santafecinas. El 12 de octubre parte Yrigoyen en un tren expreso, acompañado de un centenar de dirigentes, a los que se incorporan no menos de ochenta en Rosario. Iba en la comitiva todo un símbolo del radicalismo plástico y romántico de los tiempos de Alem: el payador de color Gabino Ezeiza. Al llegar a territorio cordobés el convoy se detiene en cada estación, recibiendo los viajeros el saludo entusiasta de nutridas manifestaciones. Cuando arriban a Córdoba, una enorme multitud los recibe: la locomotora, engalanada con banderas y gallardetes, debe detenerse antes de llegar a la estación para no arrollar a la cantidad de gente que rodea el tren. Con dificultad logra Yrigoyen trepar a un automóvil, acompañado de Crotto, Ramón Gómez, Elpidio González y Clodomiro Corvalán, presidente del comité local. Luego encabezan la manifestación que llega hasta la plaza España.

No bien llega a Córdoba Yrigoyen se consagra a la tarea proselitista con sobrehumana energía. En un solo día habla con 300 ciudadanos, muchos de ellos no radicales, y consigue la adhesión de la mayoría. Con esa maravillosa facultad de poder repetir cientos de veces las mismas cosas sin cansarse, sin perder la mística convicción que lo anima —como un sacerdote que sigue oficiando día tras día, con la

misma emoción de la primera misa—, Yrigoyen decía sus viejas palabras sobre el radicalismo, sobre la Reparación, sobre la Patria. Y aquellos hombres que iban a verlo y a tramitar con él las grandes cuestiones del país, con esa tonada cordobesa que sabe a retintín burlón, salían del hotel donde Yrigoyen se alojaba impresionados, convertidos en radicales para toda su vida.

De todos los departamentos acudían a visitar a Yrigoyen y a recibir sus instrucciones.

También estuvo el padre Gabriel Brochero, el «Cura Gaucho», personaje de leyenda por su bondad evangélica y por su infatigable obra en pro del mejoramiento espiritual y material de sus serranos. De él se cuenta que salió de la entrevista apoyado en su báculo, los ciegos ojos húmedos de lágrimas y repitiendo a su lazarillo: ¡Es un gran hombre...! Al igual que otros prestigiosos clérigos cordobeses (como monseñor Pablo Cabrera, el presbítero Eleodoro Fierro, etc.) el padre Brochero había abrazado la causa radical a pesar de sus vinculaciones amistosas con los prohombres del Régimen de la provincia mediterránea. Realizaba desde varios años antes una activa campaña proselitista en los departamentos del poniente, donde fuera inolvidable párroco. Enfermo de lepra, ciego y achacoso, el benemérito «Cura Gaucho» colaboró epistolarmente con la Unión Cívica Radical en la campaña de la fórmula Amenábar Peralta-Vaca Narvaja. Poco después, el 26 de enero de 1914, moría esta legendaria figura.

La campaña tenía ya estilos de triunfo. Grandes carteles con el retrato de Alem decoraban las paredes de todos los pueblos, y pequeños distintivos con la efigie del gran caudillo sobre fondo rojiblanco se veían en todas partes. El optimismo era grande, favorecido por la convicción de que Sáenz Peña decretaría la prometida intervención de un momento a otro. Tiempo atrás, el candidato oficialista había escrito en un autógrafo para una revista: «El Partido Radical en Córdoba es una broma pesada». Si tal pudo pensar antes, la briosa campaña radical debió hacerle cambiar de opinión. La ayuda solidaria del radicalismo de todo el país y el entusiasmo del local estaban haciendo cada vez más difícil el triunfo conservador. Años más tarde, Cárcano admitió que con 15 días más de campaña el radicalismo hubiera triunfado^[11].

La Convención Provincial había elegido candidato a gobernador. Por renuncia de don Elpidio González, que declinó el honor conferido a través de diez votaciones sucesivas, se designó al doctor Julián Amenábar Peralta.

El 17 de noviembre se vota en toda la provincia sin mayores incidentes. Al día siguiente Yrigoyen envía el siguiente telegrama al doctor Alvear: «El mayor esfuerzo ha sido coronado por la más espléndida victoria (siguen los cálculos departamento por departamento). Si el acontecimiento político se hubiera llevado a cabo tal como estaba acordado, bajo los auspicios del libre ejercicio del derecho y de las garantías que ponen a los ciudadanos a cubierto de riesgos y prevenciones, habría comprendido en su demostración plebiscitaria a casi la totalidad de la representación electoral de esta Provincia».

Después de las elecciones hubo un prolongado compás de espera. Casi veinte días tardó en empezar el escrutinio. Mientras tanto, culminaba también la lucha electoral en Tucumán. En esta provincia la contienda cívica fue ejemplar por su cultura y tranquilidad. Aquí sabía el oficialismo que no necesitaba extremar los recursos para

triunfar, baste el siguiente dato: de 70 000 ciudadanos empadronados, 40 000 estaban de un modo u otro vinculados a la industria azucarera, a la que pertenecía el doctor Padilla. La Unión Cívica Radical, en cambio, debió luchar con escasos recursos económicos, sin el apoyo directo de la dirección nacional, absorbida por la campaña de Córdoba y con las desventajas de su inexperiencia en materia electoral.

Distinguíanse los radicales tucumanos por la divisa roja y blanca que usaban, cargando los oficialistas distintivos azules, lo que llevó al pueblo a llamar a unos y otros «federales» y «unitarios» respectivamente, con lo que no andaban muy errados. La campaña se realizó en un ambiente de mutuo respeto, y más que discursos y proclamas abundaron en ella las vidalitas y las décimas alusivas... El 1.º de diciembre se votó con normalidad: preguntado el candidato conservador por quién había sufragado, contestó «por el adversario digno y caballeresco». El escrutinio, realizado de inmediato, confirmó esta vez las previsiones generales. El radicalismo fue derrotado, aunque en la capital de la provincia hizo una ajustada elección. Pero hay derrotas que honran a vencedores y vencidos, y ésta fue una de ellas.

Apenas terminado el escrutinio de Tucumán, empezó el de Córdoba. Era enorme la expectativa de todo el país: mas el fraude se había hecho ya durante el traslado y la prolongada concentración de las urnas. Los fiscales radicales habían sido alejados de la custodia de los preciosos cofres por la fuerza: y aunque pronto se dejó sin efecto la medida había sido eso suficiente para realizar el escamoteo de votos. Las famosas urnas cordobesas, por su construcción especial, permitían ser abiertas sin violar las fajas de seguridad; además, la reglamentación local de la ley electoral daba validez al sobre que llevara la firma del presidente de mesa únicamente, con prescindencia de los fiscales.

Así y todo, la diferencia que el oficialismo consiguió ventajear con sus malabarismos fue mínima; lo que demostró que la victoria radical había sido amplia. Obtuvo la Concentración Popular 36 611 votos, contra 36 483 de la Unión Cívica Radical, o sea poco más de 100 sufragios, aunque esta diferencia no se reflejó en el Colegio Electoral, compuesto por 37 oficialistas y 20 radicales.

5

Después de la elección de 1912 la política se refugió en el Congreso. Allí actuarían los representantes de los partidos que por primera vez habían accedido a las representaciones públicas mediante el voto garantido. ¿Qué posición adoptarían con respecto al radicalismo? Había caras nuevas y nuevos núcleos parlamentarios. «Por entonces el Congreso estaba lleno de chusma y guarangos inauditos», refiere un conservador que pretendió escribir la historia de la Unión Cívica Radical^[12]. En el Parlamento se empezaba a notar la profunda transformación que se operaría después

en el país.

Los socialistas revelaron desde el primer momento su cerrado sectarismo. Encastillados en los estrechos planteos que había importado el doctor Justo de los doctrinarios europeos, enfocaban la realidad vernácula con criterio prestado y desplantes megalómanos. Los diputados socialistas —médicos, abogados, rentistas— pretendían representar al proletariado en lucha contra la burguesía, y hacían gala de un crudo clasicismo, como si fuera menester al país estos odios y no una amplia reconciliación alrededor de la legalidad y el bienestar. No puede afirmarse que su labor haya sido negativa. Pero hicieron antirradicalismo a destajo, como si les doliera la certeza de que el movimiento que encabezaba Yrigoyen tenía más afinamiento y un sentido popular más amplio y generoso que el suyo, condenado a no salir nunca seriamente de la jurisdicción municipal de Buenos Aires. Tenían tiránicos prejuicios que los ponían en trances entre ridículos y dolorosos; años antes, el Partido Socialista había suspendido a José Ingenieros como afiliado por el delito de haber concurrido a un acto partidario vestido de etiqueta, y poco más tarde habrían de expulsar a Alfredo Palacios por batirse a duelo...

El representante de la Liga del Sur, doctor Lisandro de la Torre, esterilizó su actuación parlamentaria con su obsesivo afán de disminuir a la Unión Cívica Radical. Se recordará que De la Torre había militado en ella dentro del grupo que rodeó a Alem. Después de la muerte del gran repúblico fue de los que intentaron llevar al radicalismo a la política de las paralelas. Al fracasar esta iniciativa por obra de Yrigoyen el fogoso rosarino renunció al partido, haciendo tremendos cargos contra el caudillo, que debió batirse con él.

Ahora, desde su banca, De la Torre hostilizaba constantemente a sus antiguos compañeros de causa, con el gozoso aplauso de los conservadores, que veían en él una magnífica fuerza de choque antirradical, más efectiva que la que podían presentar ellos.

Quienes se mostraban más cercanos a los radicales eran los diputados de la Unión Cívica, agrupación de filiación mitrista que entoncaba con la antigua Unión Cívica Nacional a través del ya disuelto Partido Republicano. Ellos también repudiaban los métodos del Régimen, aunque anteriormente lo hubieran apoyado en forma indirecta con sus claudicaciones. En no pocas ocasiones secundaron las iniciativas políticas radicales y en una oportunidad uno de ellos (aquel que siendo gobernador de Buenos Aires fue volteado por la revolución de 1893) tuvo generosas palabras de homenaje al caudillo radical.

Fue un año políticamente tranquilo éste de 1913. La actividad se concretó a los debates parlamentarios o se hizo chisme en torno a la enfermedad de Sáenz Peña, a quien se sabía cada vez más trabajado por su terrible mal.

En agosto de 1915 el Comité Nacional convoca al pueblo a inscribirse en los registros del radicalismo. El llamado obtiene un éxito triunfal. Se van ultimando los detalles para la reunión de la Convención Nacional que decidirá sobre la concurrencia

a las elecciones presidenciales y en caso afirmativo proclamará la fórmula partidaria. Para entonces había una gran actividad partidaria en actos públicos, conferencias, constitución de comités, etcétera. Desde mayo aparecía en la Capital Federal el diario *El Radical*, de gran calidad periodística, cuya vida duró aproximadamente un año, para ser reemplazado en 1916 por *La Época*, que continuó apareciendo hasta 1930.

Yrigoyen siente ya la sensación de estar al borde de otra etapa de su vida. Hasta entonces los acontecimientos nuevos que había debido afrontar estuvieron todos dentro de la dinámica partidaria: habían sido cambios de táctica o de métodos dentro de la lucha reparatoria. Pero ahora se presentaba el gobierno como una perspectiva cada vez más cercana. No había duda de que él sería el candidato del radicalismo a la presidencia de la Nación: jefe de la hueste en la larga brega, no podía abandonarla en la peripecia escabrosa del gobierno, mucho menos cuando éste se presentaba en condiciones tan difíciles.

Sabía que su gobierno sería ejemplar. Pero creía que era más importante su acción cívica, su apostolado, la formación de almas, el alineamiento de los hombres tras los ideales, labor formativa de pastor o predicador. El predominio que otorgaba en su intimidad vital a los valores espirituales lo inducía a pensar que la formación del radicalismo como conciencia cívica argentina era mucho más importante que una tarea de gobierno, labor puramente técnica en última instancia.

—Yo no pensé llegar aquí. Yo pensé quedarme en el papel simpático de opositor —dijo al finalizar su presidencia a Víctor Raúl Haya de la Torre—, pero hay veces en que el opositor debe cumplir en el gobierno lo que proclamó desde el llano...

No temía el gobierno ni le asustaba la complejidad de sus problemas, a pesar de ser un novicio en ellos. Sabía que su instinto político, su austero sentir de lo nacional, su honestidad acrisolada habrían de conducirlo con felicidad, como lo habían conducido antes en los quehaceres mucho más largos y pacienzudos de la creación del radicalismo. Pero pensaba que su ciclo podía terminar armónicamente, ahora que habían sido atendidas las grandes exigencias nacionales cuyo portavoz fuera él, el «símbolo de las proposiciones planteadas». Y, sin embargo, la lucha estaba apenas en el vamos: lo único que se había conseguido era la posibilidad de hacer efectiva la Reparación; pero faltaba poner en marcha la voluntad de liberación y reordenamiento del país superando las conjuras de los intereses creados. Y, para ello, sólo él podía llevar adelante la obra. Cuando esto pensaba, allá en el desnudo retiro de su casa o en la soledad augural de la tierra, se estremecía ante la enormidad de la misión que se le venía encima.

A todo esto, tiempos nuevos iban llegando. La guerra se tornaba inminente en Europa. Tocaba así a su fin una artificial situación de equilibrio entre las grandes potencias en permanente necesidad de expansión: sólo faltaba la chispa, que no tardaría en saltar. En América la quieta época de las oligarquías fuertes acusaba síntomas de terminación: en México resollaba desde 1910 un movimiento que, planteado al principio como protesta contra el continuismo porfirista, iba cobrando un

contenido social y económico que habría de ser luego todo un rumbo de liberación americana. Batlle y Ordóñez intentaba en el Uruguay una formidable experiencia política.

En nuestro país empezaban a surgir de nuevo inquietudes olvidadas, rebeldías aletargadas. Tímidamente se producían algunos movimientos culturales de retorno a lo vernáculo. Data de entonces la creación de la editorial La Cultura Argentina, que durante varios años puso al alcance del público libros argentinos fundamentales que antes eran casi inaccesibles por su tirada escasa o su alto precio. Se funda la cátedra de Literatura Argentina en la Facultad de Filosofía y Letras a cargo de Ricardo Rojas. La obra de Ingenieros *El hombre mediocre*, alegato contra el adocenamiento intelectual —con algún ribete aristocratizante— hacía escuela por esos días, tal como años antes la había hecho el *Ariel* de Rodó. Una generación nueva pugnaba por superar el modernismo de Rubén con formas más heterodoxas y revolucionarias. En la Universidad de Buenos Aires se empezaba a percibir el crujido de las viejas defensas académicas de la oligarquía magistral...

Las leyes obreristas sancionadas por la acción legislativa de los partidos populares abrían perspectivas de mejoramiento en la situación de los trabajadores argentinos. Sin embargo, no habían cesado las luchas sindicales. En 1912 ocurrió una grave huelga ferroviaria que duró casi dos meses y fue sofocada por la intervención del ejército en colaboración con las empresas; y en el mismo año agricultores de Santa Fe y Buenos Aires plantearon sus reclamos sobre el régimen de arrendamientos y venta de cosechas en el movimiento iniciado con el legendario «Grito de Alcorta».

La apertura de las posibilidades populares en el orden político iba trayendo de arrastrón estas paralelas liberaciones. Sólo habrían de culminar unas y otras con el acceso del radicalismo al poder.

6

Dos hechos trascendentales para el país ocurren a mediados del año 1914: fallece Sáenz Peña y estalla la guerra europea. Fue aquél un desgraciado acontecimiento que entristeció a todos. Sáenz Peña, a pesar de sus debilidades, había inaugurado una era de concordia y legalidad. Sus últimos meses fueron sistemáticamente amargados por la malévola actitud del Senado, que por espíritu de venganza retaceó las licencias que solicitaba a medida que su mal se iba agravando. Su fallecimiento pudo frustrar la obra democratizante que había iniciado con tanto empeño: pero el voto garantido era ya carne y sangre de pueblo, y el Régimen no se atrevió a atacarlo de frente.

En cuanto a la guerra europea —la «gran conflagración» como decían los diarios de entonces— puede decirse que fue el primer hecho exterior que repercutió directamente en la actividad material del país y en su actitud mental hacia el mundo.

La guerra habría de servir para centrar aquella actividad y esta actitud en términos más independientes de todo aquello que antes se había seguido y que ahora se hundía en Europa.

Faltaba por entonces poco más de un año para la elección presidencial. Frente al radicalismo en constante progreso, las fuerzas del Régimen debatían sus minúsculas hegemonías. Hubiera sido éste el momento de limpiarse los viejos pecados y constituir una agrupación nacional que sin renunciar a sus características conservadoras adoptara un ritmo nuevo y se propusiera objetivos honorables, no la eterna búsqueda de la prebenda oficial. Lisandro de la Torre trató de realizar esta obra, buscando la unificación de los partidos provinciales que apoyaban todo el aparato del Régimen. Pero fracasó, como veremos, hostilizado por los sectores más reaccionarios del Régimen.

La Unión Cívica Radical, entretanto, acrecía su caudal con aportes de diversa procedencia. En Corrientes se le incorporaron entre 1914 y 1915 dos núcleos del Partido Liberal.

A fines de 1913 un nutrido grupo autonomista que acaudillaba Juan P. Acosta ingresó en la misma forma. Cada una de estas incorporaciones provocó sendas reorganizaciones para dar cabida a los recién llegados en los organismos directivos, lo cual causó algún rozamiento interno. En Santa Fe el Partido Constitucional se volcó al radicalismo en su mayor parte antes de la elección de 1914. En Mendoza dos años antes habían hecho lo mismo algunos elementos del oficialismo. En Santiago del Estero se disuelve a fines de 1914 la Concentración Popular, cuyos elementos se trasladan en su mayoría al radicalismo. En la Capital Federal y en Buenos Aires, poco antes de las elecciones de 1916, se disolvió la Unión Cívica, cuya posición desteñida le aparejaba sucesivas bajas en cada comicio a pesar de la valía personal de sus dirigentes: esta medida fue propuesta por el doctor Honorio Pueyrredón y redundó en provecho del radicalismo, que atrajo a muchos cívicos con el tácito consentimiento de Udaondo, viejo pontífice de la agrupación. También en la Capital Federal dos pequeños grupos —el Partido Constitucional y la Unión Demócrata Cristiana— apoyaron oficialmente al radicalismo en las elecciones presidenciales.

A estos vuelcos deben sumarse los que realizaron en Entre Ríos y Córdoba algunos elementos, al triunfar el radicalismo en estos distritos. En efecto, en agosto de 1914 la Unión Cívica Radical gana la gobernación de la provincia mesopotámica, consagrando gobernador al doctor Miguel Laurencena. Los comicios entrerrianos, a cuya campaña concurrió personalmente Yrigoyen, fueron correctos: en 1932 recordaba el caudillo esa campaña expresando que «... la contienda renovadora del Poder Ejecutivo en Entre Ríos, en donde, justo es decirlo, fueron respetados por el gobierno, su partido y la prensa sin irreverencias algunas y en general también en los comicios, siendo proclamado el mismo día de la elección el triunfo de la Unión Cívica Radical y aceptado por los adversarios sin hesitación alguna, lo que me es satisfactorio dejarlo confirmado, como lo dije entonces». En enero de 1916 la Unión

Cívica Radical triunfa ¡por fin!, en Córdoba, con la fórmula Eufrasio Loza-Julio C. Borda. Con esta victoria, la franja mediterránea de Entre Ríos, Santa Fe y Córdoba quedaba en manos de radicales.

Era inevitable, pues, que al tornarse oficialismo la Unión Cívica Radical recibiera aportes oportunistas. Fenómenos como éstos eran aparentemente beneficiosos para el partido, que ante la opinión pública aparecía en un irresistible proceso ascensional. Pero muchos de los recién llegados se acercaron por pura especulación, calculando su próximo triunfo. No tenían fe ni habían hecho sacrificios ni sentían la emoción de los grandes reclamos que el radicalismo alentaba en su trasfondo. Eran elementos que podían estar bien en cualquier partido. Muchos de ellos estaban vinculados a vastos intereses, y a éstos más que a sus nuevos ideales habrían de servir durante su futura actuación en el radicalismo. Las exigencias electorales obligaron a aceptar la colaboración de elementos de tal laya. Pero a la vuelta de los años habría de comprobarse hasta qué punto este amuchar gente de toda extracción traería la falta de homogeneidad doctrinaria y carencia de firmeza cívica que tanto mal harían al radicalismo. Pero estas cosas, hemos dicho, eran inevitables. El curso de la política llevaba ahora a la formación de grandes bloques partidarios, con prescindencia de los pequeños núcleos, cuya única aspiración era la caza de despojos. La ley electoral fomentaba la formación de esos bloques. Casi cuarenta partidos políticos existían en el país a esas fechas, resabios de los caciquismos feudales que ahora debían optar por uno de los términos en que se planteaba la disyuntiva: Régimen o Causa. Unos fueron leales a su filiación y a su propio ser y siguieron con el Régimen, pero muchos se infiltraron en el radicalismo sin deponer nada de todo aquello que los caracterizaba como regiminosos. Éste fue uno de los grandes errores de la dirección nacional del partido, que toleró, y aun alentó, tales incorporaciones, en la ingenua creencia de que su ingreso a la Unión Cívica Radical sería como un baño en el Jordán que borraría los viejos pecados y abriría una vida nueva a los neófitos...

7

Los políticos del Régimen se desesperaban. Aproximábanse las elecciones presidenciales, y De la Plaza no daba la consabida «media palabra». Acostumbrados a ser dirigidos por el presidente reinante, llamárase Roca, Juárez o Figueroa Alcorta, estaban desconcertados ante la impasibilidad entre coya y sajona del primer mandatario. Sucedió que De la Plaza especulaba con el agotamiento de los radicales en lucha contra el partido de De la Torre para imponer entonces algún amigo suyo, que debería ser apoyado por las alas más conservadoras del Régimen y obligatoriamente aceptado por quienes seguían al activo político rosarino.

Éste había conseguido la adhesión de ocho partidos provinciales oficialistas y dos

minoritarios. Con ellos se había formado el Partido Demócrata Progresista. Pero el nuevo partido estaba elaborado con materiales viejos y se había cometido el error de buscar el apoyo de oficialismos que eran el basamento de un Régimen al que se declaraba extraño. De la Torre fue proclamado candidato a presidente. Desde su feudo bonaerense Marcelino Ugarte lo hostilizaba sordamente, hasta que logró atraerse parte de las fuerzas demócratas progresistas para apuntalar una nueva candidatura que sería —decían— la apoyada por De la Plaza.

Era ésta la encabezada por el doctor Luis Güemes, médico salteño famoso por su bonhomía y timidez e integrada por Marcelino Ugarte. Una comisión de senadores asume la iniciativa en febrero de 1916 y rápidamente se ordena la instalación de la máquina. Telegráficamente los senadores comprometidos ordenan a sus elementos la proclamación del nuevo binomio.

Pero la candidatura no tuvo más eco que el que podían prestarle las máquinas oficialistas locales, sin ninguna repercusión popular. Así lo reconoció el mismo candidato, hombre honesto y responsable, que dos días antes de las elecciones presentó su renuncia al Comité de Senadores que había propiciado su nombre.

Así llegaron las fuerzas políticas del Régimen al 2 de abril de 1916 sin saber por quién pronunciarse. Por un lado, De la Torre con sus demócratas progresistas, de quienes desconfiaban y a quien tal vez temían por su independencia. Por otro lado, el conservadorismo bonaerense y sus conmlitones del interior, desorientados, sin candidato y sintiendo tocar a degüello... Y, presidiéndolo todo, De la Plaza, que, viendo desbaratado su juego, se cruza de brazos y abandona al Régimen a su suerte.

8

En los primeros días de marzo de 1916 se reunió el Comité Nacional para tratar diversos asuntos partidarios, entre ellos la disidencia ocurrida en el radicalismo de Santa Fe y el pedido de intervención nacional a Corrientes. El organismo convocó a la Convención Nacional para el 20 de marzo. La reunión del alto cuerpo, que sesionó con la presencia de Yrigoyen, provocó rumores de los que se hicieron eco algunos diarios. Se daba como probable la irreductible declinación de Yrigoyen a su candidatura presidencial, y se decía que en tal caso el radicalismo proclamaría al doctor Miguel Ortiz, ministro del Interior en ese momento, a cambio de la intervención de la Provincia de Buenos Aires. El Comité Nacional desmintió públicamente que en la reunión se hubiera conversado de candidaturas.

Iban reuniéndose, entretanto, los organismos de distrito, eligiendo los candidatos a diputados y electores de presidente y vicepresidente de la Nación. Algunos imponían a sus delegados mandato imperativo de votar a Yrigoyen para el primer término de la fórmula.

El 20 de marzo de 1916 se reunió la Convención Nacional de la Unión Cívica Radical en la Casa Suiza, con asistencia de 138 delegados sobre un total de 150. La sesión fue secreta y la dirigió provisionalmente el doctor Crotto como presidente del Comité Nacional, hasta que el cuerpo se constituyó con la presidencia del doctor Ramón Gómez al cual votaron para ese cargo las delegaciones andinas y mediterráneas, mientras las del litoral y Capital lo hacían por el coronel Blanco.

De inmediato, Crotto explicó el alcance y objeto de las gestiones realizadas por el Comité Nacional ante el Presidente de la Nación, con motivo de diversos hechos que afectaban la pureza del proceso preelectoral. Una insinuación de Oyhanarte en el sentido de que el radicalismo sólo iría a la elección si se le otorgaban todas las garantías solicitadas, provocó un agitado debate. Terminó la sesión de ese día con la designación de una comisión integrada por los delegados Gallo, Crotto, Luna, José Saravia e Isaías Amado para que redactara la expresión de los ideales que sostendrá el partido en las elecciones del 2 de abril. Simultáneamente se nombró otra comisión, formada por Gómez, Crotto, Luna y Alvear, para que entrevistaran a De la Plaza y le exigieran una definición sobre sus propósitos de presidir un acto electoral decente y limpio.

Al día siguiente en el mismo local, después de rendir homenaje a los correligionarios caídos en recientes sucesos, se pasó a considerar el despacho de la comisión de plataforma. Dos despachos se habían producido, la consideración de los cuales perfiló las líneas doctrinarias existentes en el partido. El de la mayoría expresaba que era propósito del radicalismo «realizar un gobierno amplio, dentro de las finalidades superiores de la Constitución, rectamente aplicada en su espíritu y en su texto» para realizar un país «grande por sus instituciones, fuerte por su cultura y su riqueza, ennoblecido por la moral de su vida y por la solidaridad en el trabajo de sus habitantes dignificados». El dictamen, sobrio y breve, encerraba todo el programa del radicalismo, en el fiel cumplimiento de la Constitución. El despacho de la minoría, firmado por Saravia y Amado, consistía en una plataforma de 40 artículos sobre diversos puntos.

Se abrió el debate. Los hermanos Oyhanarte sostuvieron apasionadamente el primer despacho: era evidente que la Constitución era lo único que restaba al país después de largos años de desquicio institucional. Correspondía, pues, ponerla de nuevo en vigencia, volver a un estado de cosas posconstituyente, para dar posteriormente cabida dentro de su ordenamiento a las aspiraciones justas del pueblo. No opinaba lo mismo el doctor Leopoldo Melo, que apoyó el dictamen de la minoría, trayendo a colación el ejemplo de los partidos norteamericanos. Como solución transaccional propuso luego que se nombrara una comisión especial que debería redactar un proyecto definitivo sobre la base del presentado por la minoría, el cual sería propuesto a la Convención Nacional antes de la reunión del Colegio Electoral que debería elegirse el 2 de abril.

En ese debate se estaba cuando llegan Crotto, Gómez, Luna y Alvear de su

entrevista con De la Plaza. La respuesta del Presidente había sido desalentadora, y envolvía una indiferencia total con respecto a las seguridades reclamadas. Como si esto hubiera sido lo que necesitaba el cuerpo para aunar opiniones, de inmediato se votó y se aprobó el despacho de la mayoría. Luego, después de resolver la concurrencia a las elecciones «para demostrar que el radicalismo no declina de la prueba y que afronta todas las situaciones», se levantó la sesión para continuarla al día siguiente, 22 de marzo, en el teatro Victoria, donde debía procederse a la elección de candidatos a presidente y vicepresidente de la Nación.

9

Al otro día el viejo teatro Onrubia se encontraba desde las 8 de la mañana repleto de público. Los delegados estaban distribuidos frente al proscenio en dos amplios sectores separados por un pasillo. Presidía el escenario un gran busto de Alem envuelto en una bandera argentina. Había nerviosidad y expectativa. Sabíase ya que Yrigoyen, cuya candidatura al primer término de la fórmula tenía apoyo casi unánime, habría de renunciarla. En ese caso —se rumoreaba— los delegados de la Capital, Entre Ríos, Corrientes y Tucumán votarían por el doctor Melo. En cuanto a la vicepresidencia, se debatía en ella un problema interno ya delineado: la exigencia de los «azules» de integrar la fórmula con un representante de su grupo: concretamente, el doctor Vicente C. Gallo. Pero entre las delegaciones de Buenos Aires y el interior se había hecho ya una consigna de honor el sacar adelante la «fórmula solidaria» que había reclamado Crotto en su discurso inaugural; es decir, un binomio totalmente identificado en pensamiento y en trayectoria, y se mencionaba al delegado riojano doctor Pelagio B. Luna como candidato al segundo término.

A las 10.30 de la mañana se reanuda la sesión. Uno por uno van siendo llamados los convencionales, que depositan su voto en una urna colocada en el escenario. Un silencio palpitante envuelve la larga ceremonia. El primer voto que se escruta da el nombre de Yrigoyen. Entonces, «la Convención y la concurrencia se ponen de pie y aclaman el nombre de Yrigoyen durante largo tiempo. Dentro y fuera del teatro se canta el Himno Nacional^[13]». Y también hay lágrimas y abrazos, y un largo corear del nombre del caudillo, repetido por las gargantas anudadas...

Ciento cuarenta votos obtiene Yrigoyen, dos el doctor Melo y uno cada uno, Crotto, Alvear y Gallo. Hay exaltación en la sala. El vehemente Crotto pide la palabra y dice que rechaza el voto que se le atribuye, porque sólo Yrigoyen puede ser candidato. En nombre de la delegación santafecina, Ferraroti proclama que ellos han cumplido con el mandato expreso que traían de votar al caudillo. Luego se procede a la elección del candidato a vicepresidente, que arroja 81 votos para el doctor Luna, 59 para el doctor Gallo y uno para Castellanos y Melo. El resultado es recibido con

aplausos: los «azules» habían sido derrotados en toda la línea. Pero en esos momentos sólo había júbilo y emoción en todos los corazones...

A continuación se pasa a cuarto intermedio para aguardar la aceptación de los electos. Una entusiasta manifestación se allega hasta la casa de Yrigoyen y lo aclama largamente. Pero en la casa no hay signo alguno de que haya gente. Yrigoyen recibe a la Mesa Directiva de la Convención en el estudio jurídico del doctor Crotto, en la Avenida de Mayo, y allí manifiesta su propósito de no aceptar su candidatura. Entrega su renuncia, donde sintetiza su pensamiento: el alto concepto que tiene de los valores espirituales elaborados a través del apostolado asumido, muy superiores a su juicio de la mera «realidad tangible» que significa el gobierno, y el propósito que lo llevó a esta tarea, «plan reparatorio fundamental» al que debió sacrificar cualquier posición.

Se mantiene irreductible ante la insistencia de los emisarios. Entonces, el doctor Luna redacta una nota expresando que sólo aceptará su candidatura en caso de que Yrigoyen haga lo propio.

Entretanto, el público y los convencionales continúan impertérritos en el teatro, aguardando las noticias. Todos barajan posibilidades. De tanto en tanto se reclama la palabra de tal o cual dirigente, que improvisa desde los palcos encendidas arengas. Cuando se continúa con la sesión, a las cinco y media de la tarde, y se da lectura a la renuncia de Yrigoyen, la emoción es enorme. El público y los convencionales cortan la lectura con gritos de rechazo. Durante diez minutos se producen tocantes escenas. Dirigentes y afiliados de consuno expresan a gritos su firme voluntad de que Yrigoyen sea candidato. A duras penas se hace oír Raúl Oyhanarte: «Desde hace treinta años Yrigoyen es el presidente de los radicales, y gobierna desde su retiro —vocifera— inclinada su cabeza de pensador, auscultando el corazón de la República»...

En medio del bochinche, Crotto propone que se nombre una comisión para entrevistar a Yrigoyen y disuadirlo de su actitud. La moción se aprueba por aclamación, y de inmediato la presidencia designa un delegado por provincia más él mismo y los doctores Guido y Oyhanarte. La diputación se traslada a la humilde residencia de Brasil 1039. Allí está Yrigoyen. Todavía palpitantes por el maravilloso espectáculo ciudadano que acaban de vivir, los delegados rodean al jefe del partido. Atropelladamente le hacen presente sus anhelos, la necesidad de que su nombre, prenda de unión y garantía de triunfo, sea tremolado por el radicalismo. Manifiestan que si insiste en su renuncia se dará por terminada la lucha, y cada cual volverá a su casa definitivamente. Pero cedamos la palabra a uno de los actores del episodio^[14].

«Entre aquel grupo de delegados se encontraban algunas de las personalidades de mayor prestigio, de mayores sacrificios y de influencias más decisivas en muchos estados argentinos. Casi todos ellos eran viejos compañeros del doctor Yrigoyen. Habían realizado la áspera jornada juntos; habían combatido en las mismas revoluciones; habían llevado a los destierros el dolor de la patria ausente, y habían permanecido años y años en el baluarte de la abstención, donde se había replegado, incendiándose como en una inmensa pira, el espíritu rebelde de la nacionalidad.

»En aquel breve intervalo de tiempo, todas las frentes palidecieron, y sobre los corazones abroquelados transmigró como una peregrinación de luces y de sombras, toda nuestra historia... Se estaba allí, en el cuarto pequeño como una trastienda como en el rancho de Tucumán; como en el vetusto Cabildo colonial; como en el ágora de Paraná; se estaban allí resolviendo los destinos futuros de la República. Y cuando sobre la emoción de todos los espíritus, que se abrillantaban húmedos en los párpados, resonó la frase que ha de quedar y que ya fue el anticipo seguro de triunfo: «*hagan de mí lo que quieran*», los lindes de dos épocas acababan de demarcarse, la magna contienda estaba decidida, y la bandera sagrada, izada por el brazo del más fuerte, envalentonaba todos los pechos y en su tremolación augusta era serenidad sobre las tumbas fraternas».

A las siete y media de la tarde, con la respuesta favorable aleteando en cada corazón, regresan a la Convención los delegados. No era necesario anunciar nada. Los rostros resplandecientes contestaban por sí solos la anhelosa pregunta. ¡Yrigoyen aceptaba! La Convención terminó sin saberse cómo, entre cantos y aclamaciones, cada pecho aliviado, poblada de abrazos, de banderas, de ojos brillantes...

A la salida, el público congregado se corrió hasta la casa de la calle Brasil. Nadie apareció en los balcones. Ellos sabían bien que Yrigoyen no salía nunca a recibir aclamaciones. Pero con una íntima esperanza de que «el viejo» desde su retiro escuchara el fragoroso saludo de su pueblo, ovacionaron largamente el nombre querido frente a la casa pobre del caudillo.

10

Poco tiempo restaba para la campaña electoral. Pero su campaña la venía haciendo el radicalismo desde muchos años atrás, con actitudes, con sacrificios, con inmolaciones más convincentes que los apresurados actos de última hora.

Ahora sólo cumplía movilizar los efectivos para enardecerse con el espectáculo de la propia fuerza. La fórmula presidencial era, de por sí, un elemento de enfervorización ciudadana y tenía además una representatividad sugestiva en ancho y en profundo.

El 29 de marzo se realiza en Rosario un gran acto en un teatro. Habla Crotto, que es silbado por una parte del público al atacar a la disidencia santafecina. Luego pronuncia un sereno discurso el candidato a vicepresidente de la Nación. Dice el doctor Luna: «La Constitución Nacional, rectamente interpretada y sinceramente aplicada, es el mejor programa que debe anhelarse en la actualidad, ya se la considere del punto de vista de su practicabilidad como del amplio margen que deja a los arbitrios y adaptaciones que determinen las transformaciones que necesariamente ha de operar en el mundo la conflagración europea».

Al día siguiente, la Capital Federal asistía a un acto radical de magnitud nunca vista. Una enorme multitud colma la Plaza del Congreso de pared a pared. Se forma una manifestación que hace punta por Avenida de Mayo para seguir por Carlos Pellegrini hasta Corrientes, y volver desde allí por Callao hasta el punto de partida. A toques de clarín se dirige la marcha. Cada parroquia desfila precedida por una banda

de música. Varios centenares de jinetes de la Sección 1a. ponen sabor a campo en la marcha ciudadana. No es ésta una demostración de fuerza: es una marcha triunfal. Diez minutos después de haber salido de la Plaza del Congreso las últimas formaciones aparece la cabeza que ya llegaba de vuelta, rodeando el itinerario con el compacto cuerpo de esa serpiente multitudinaria. No hubo discursos. ¿Eran necesarios, acaso, después de eso?

Se agotaban los términos. Los últimos días traen las novedades más significativas. Renuncia el doctor Güemes. Los demócratas progresistas metropolitanos resuelven votar por los electores socialistas, en deliberación a la que asiste De la Torre, pues consideran que «coinciden nuestros programas... en la medida que nos alejan del Partido Radical».

Y llega, por fin, el 2 de abril de 1916. Llega la gran oportunidad del pueblo argentino para entroncar de nuevo en la historia. Tal ocurre. La Capital Federal, Entre Ríos, Santa Fe, Córdoba, Tucumán y Mendoza adjudican sus electores a la Unión Cívica Radical. Obtiene el radicalismo 370 000 votos, sobre 340 000 que totalizan los demás partidos de consuno. Los conservadores (con sus padrones bonaerenses cuidadosamente «depurados» y teniendo a buen recaudo setenta mil libretas cívicas de otros tantos radicales) logran los electores de Buenos Aires, La Rioja, Santiago del Estero y San Juan. Los demócratas progresistas ganan los de Corrientes, Salta, Catamarca y San Luis.

En total, la fórmula Yrigoyen-Luna cuenta con 152 electores: uno más de los estrictamente necesarios. Yrigoyen será Presidente.

11

Son bastante conocidas las incertidumbres que debieron padecerse entre el 2 de abril y el 20 de julio de 1916, fecha en que el Colegio Electoral debía designar al presidente y vicepresidente de la Nación. Excusaremos, pues, mayores detalles. Baste decir que desde mediados del año anterior en el radicalismo de Santa Fe se había suscitado un cisma originado en la resistencia que levantó la candidatura a gobernador del doctor Enrique M. Mosca, la que se suponía propiciada por el Comité Nacional de la Unión Cívica Radical. La gran mayoría del radicalismo santafecino no aceptó la candidatura del doctor Mosca, oponiéndole en cambio la del doctor Rodolfo Lehman, médico prestigioso de Rafaela.

Sobre esta brecha se lanzan los políticos de uno y otro bando: los conservadores para evitar a cualquier precio el triunfo de Yrigoyen, aunque sea votando una fórmula radical tibia; los radicales para que los electores santafecinos no traicionen su filiación.

Los amigos del caudillo sugieren que éste haga pública su esperanza de que los

disidentes voten el binomio que él encabeza, pero tropiezan con un inconveniente insalvable: Yrigoyen se niega terminantemente a formular semejante declaración. El doctor Lehman envía entonces a dos amigos comunes para proponerle un *statu quo*: Yrigoyen se niega a recibirlos. Los delegados le hacen decir por terceras personas si al menos vería con agrado la adhesión de los disidentes a la fórmula radical: Yrigoyen contesta que jamás dirá tal cosa. Antes de dar por terminada su gestión exprésenle que su resolución puede significar la pérdida de la presidencia. A lo que contesta el magnífico empecinado: «Que se pierdan mil gobiernos, antes que vulnerar la conducta de inflexible austeridad que ha sido la norma orientadora de la trayectoria radical...».

Tras estas frustradas gestiones, Yrigoyen se evade de Buenos Aires y se recluye en uno de sus campos, ordenando al personal que no deje pasar a persona alguna. Tampoco recibe correspondencia ni escribe cartas, salvo un breve telegrama al presidente del Comité Nacional, en el que expresa terminantemente su resolución de no conversar con nadie sobre el tema que en ese momento apasiona a todo el país.

Entretanto, el gobernador electo Lehman, picado por la indiferencia de Yrigoyen ante sus maniobras y enredado por las proposiciones que a toda hora le formulan los emisarios de Marcelino Ugarte, compromete descabelladamente el voto de los electores santafecinos a favor de una fórmula mixta encabezada por él mismo. Pero cuando se reúne la Convención de la Unión Cívica Radical de Santa Fe para decidir se resuelve por gran mayoría que los electores voten por Yrigoyen y por Luna. No podían olvidar los radicales disidentes las luchas y los anhelos que llevaban en comunidad con los correligionarios de todo el país. Mal los conocía quien creyó que podían traicionar su pasado. Todavía se intentó sobornar a alguno de los 19 electores a pesar del mandato imperativo que sobre ellos pesaba. Pero ni uno solo cedió, todos cumplieron con su deber.

Fue este episodio una lección de alta moral cívica: Yrigoyen con la Presidencia ofreciéndosele a cambio de una palabra y negándose a pronunciarla, los electores santafecinos asediados por mil ofertas y votando por Yrigoyen sin esperar ni solicitar ventaja ninguna...

En cambio, el Régimen agotaba sus postreras oportunidades. «El Régimen no tuvo ni la dignidad de su caída», escribió lapidariamente Oyhanarte. Durante el lapso tendido entre el 2 de abril y el 20 de julio trataron los conservadores de lograr el sufragio de muchos electores demócratas progresistas para el doctor Ángel D. Rojas, nuevo candidato grato al Presidente De la Plaza. Ya que no podían robar votos a los radicales, lo hacían a los camaradas de ayer... La combinación atrajo no menos de 60 electores, que estaban comprometidos a votar por De la Torre. Sería larguísimo enumerar las intrigas que se zurcieron por esos días. El país vivió inquieto y alarmado por rumores extraños, que no cesaron hasta que la certeza del triunfo radical terminó con los espasmos póstumos de la oligarquía.

Pero no condenemos con demasiada acritud a aquellos hombres que de tal modo

defendían sus posiciones. Ellos, que durante treinta años habían gobernado el país como una estancia, no podían concebir siquiera la posibilidad de ser sustituidos y luchaban con todas sus mañosas artes para evitar lo que sinceramente creían una catástrofe. Quedaron a la vera del camino, solos, con su escepticismo y su empaque, mientras el pueblo avanzaba tumultuosamente hacia horizontes apenas adivinados con la conciencia de su nueva dignidad.

Finalmente, el 20 de julio de 1916 se congrega el Colegio Electoral. Por Ángel D. Rojas, Lisandro de la Torre y Juan B. Justo votan 134 electores en total.

Por Hipólito Yrigoyen, 152.

La Reparación ya era gobierno.

12

Ya era gobierno. Pero ¿para qué? ¿Sabría el radicalismo dar cauce a las aspiraciones populares? Un movimiento tan heterogéneo en su composición humana, tan tironeado por intereses encontrados, ¿no fracasaría cuando de enfrentar problemas concretos se tratara? Con las dos Cámaras del Congreso integradas por no radicales en su mayoría; con diez de las catorce provincias sometidas a gobiernos regiminosos; con la gran prensa, si no abiertamente en contra, por lo menos dispuesta a estarlo sin piedad en cualquier momento, ¿no resignaría la Unión Cívica Radical su pujanza revolucionaria para concluir aceptando este orden de cosas que apuntalaban elementos tan poderosos? O ¿no se esterilizarían en una lucha menuda contra esa resistencia, sin llegar a cumplir su misión emancipadora y reordenadora?

Era difícil preverlo. La tarea era ciclópea, y la vía por la cual se habría de tramitar, estrecha y flanqueada de adversarios. No hay peor legalidad que aquella cuyos custodios son los enemigos. Lo más inquietante era que quizá muy pocos, quizá sólo Yrigoyen, columbraban cuál era exactamente la labor a realizar, bien que todos abrigaran una aspiración permanente de decencia y rectitud en el manejo de la cosa pública.

En el intervalo entre su elección y la toma formal del poder, Yrigoyen pasó muchos días en Micheo.

En la ciudad se corrían los chismes más fabulosos sobre el nuevo gobierno. Yrigoyen, como siempre, callaba y evitaba la exhibición.

El 12 de octubre se realiza la transmisión del mando, con todos los consabidos ritos cívicos. Tumultuosamente, en olor de multitud ascendió Yrigoyen al gobierno. El mismo día moría Gabino Ezeiza, el cantor del viejo radicalismo. Cuando se lo contaron, Yrigoyen dijo simplemente:

—¡Pobre Gabino! Él sirvió.

Un mismo sol había alumbrado la llegada del radicalismo a la responsabilidad

gubernativa y la desaparición de aquel que había sabido expresar el sentimiento lírico del pueblo radical alzado y rebelde de Alem. Esta muerte y este arribo en el mismo día estelar eran todo un símbolo. Dijérase que aquel 12 de octubre moría en Gabino el radicalismo elemental, para dejar paso al nuevo, con más responsabilidades y más obligaciones que aquél. Pero el radicalismo de Gabino —como Gabino mismo— había hecho lo suyo: había servido.

1916-1930

1

¿Qué tal le fue a Yrigoyen en el gobierno? ¿Llegó a cumplir sus propósitos reparatorios o no?

En el manifiesto que la Unión Cívica Radical lanzara en vísperas de la elección presidencial se había dicho que «el país quiere una profunda renovación de sus valores éticos, una reconstitución fundamental de su estructura moral y material, vaciadas en el molde de las virtudes originarias». Cuatro años antes el documento que anunciaba la vuelta a la acción electoral expresaba: «La reparación debe ser necesariamente fundamental, nacional en sus caracteres y radical en sus procedimientos. Sólo así responderá a la razón que la impone, al concepto irreductible con que ha sido planteada y a las esperanzas supremas del pueblo argentino».

No era, pues, un simple turno gubernativo el que tomaba la Unión Cívica Radical con su acceso al poder. Había que reconstituir a la Nación, desvirtuada en su esencia por largas décadas de perversiones en todos los órdenes. Había que hacer una revolución desde el gobierno, ya que no había sido posible tomar el gobierno por medio de la revolución. «Reconstitución fundamental de su estructura moral y material».

Planteados así los términos, no se puede desconocer el fracaso del gobierno de Yrigoyen. Se logró una serie de importantes cambios en muchos aspectos, pero no una radical transformación del ser nacional. Ya iremos viendo cuáles fueron esos cambios y hasta qué punto incidieron favorablemente en la creación de un ámbito saludable en el país. Pero la gran transformación, la trasmutación revolucionaria que habría de unir en formidable salto histórico a la Reparación radical con la Revolución de Mayo —«el molde de las virtudes originarias»—, ésa no sucedió.

No fue culpa de Yrigoyen este fracaso, y aun lo previó. Su gobierno tenía el vicio originario de la legalidad; y una revolución no puede estar embretada por compromisos jurídicos. Se hace o no se hace. Yrigoyen lo sabía bien, y por eso se

había resistido tenazmente a acceder en forma parcial al poder. Fue derrotado por los elementos electoralistas del partido en 1912 y allí empezó su fracaso. Además de esto hubo otros factores que trabaron su labor: la oposición feroz de sus enemigos, que desde todos sus reductos —sus temibles e inexpugnables reductos— lo combatieron sin fatiga ni piedad, así como la incapacidad revolucionaria del elenco que lo acompañó, cuyos integrantes fueron generalmente honestos e idóneos, pero carentes de un verdadero empuje y una cabal visión revolucionaria. Además, gente de su propio partido defecionó en ocasiones fundamentales, privándole de solidaridades importantes y complicando más aún su quehacer. Cuando Yrigoyen terminó su primera presidencia subsistían muchas injusticias, las estructuras sociales que creara el Régimen se habían mantenido parcialmente, los medios de producción y distribución de la riqueza no habían cambiado de manos, no se había realizado una auténtica reforma agraria, elementos fundamentales de la economía nacional dependían aún del exterior. Vistas las cosas con un criterio simplista, debería concluirse que el gobierno de Yrigoyen fracasó y que su esfuerzo fue estéril.

Pero ello sería injusto y parcial. Al bajar Yrigoyen de la presidencia también eran conquistas bien afirmadas cosas como la intervención estatal en materia de cuestiones laborales, la solidaridad antiimperialista latinoamericana, la afirmación de una política propia frente a los choques de las grandes potencias mundiales, la Reforma Universitaria, la aspiración a liberar nuestra economía mediante instrumentos como la creación de una marina mercante, el establecimiento de una política ferroviaria racional y la nacionalización del petróleo, el acrecentamiento de la personalidad del Estado en lo referente a servicios públicos, el rescate de la tierra pública, etc. Realidades concretas unas, aspiraciones otras que se tornaron en banderas de lucha popular para el futuro, ellas fueron resultado directo y casi personal del esfuerzo de Yrigoyen, cuya visión de la realidad nacional fue vertida en iniciativas y actitudes que fueron edificando un cuerpo de doctrina coherente que todavía hoy constituye una ruta de liberación argentina.

No fue sin embargo todo esto lo más importante de la obra yrigoyeneana. Lo más importante fue el significado de su gobierno como intento de llevar a cabo una conducción sometida a principios éticos insobornables: un gobierno presidido por una férrea voluntad de moral y austeridad. Yrigoyen y sus colaboradores fueron ante todo un ejemplo de decoro e hicieron del gobierno una incansable docencia cívica. Eso es lo más importante, porque es lo más permanente. Los pueblos, aun sin quererlo, son imitadores de sus gobernantes. Yrigoyen enseñó desde el poder a jerarquizar valores espirituales que connotan honradez, limpieza de espíritu, veracidad, ecuanimidad, abnegación, sobriedad. Fue el primero que vio que la política debía conducirse a través de términos absolutos; no como un deporte ni como un escalafón ni como una caza, sino como una «religión cívica», una consagración seria al servicio de la Patria.

Oigamos lo que expresa a este respecto uno de los más grandes escritores argentinos contemporáneos: «En los tiempos en que la gente de mi edad teníamos trece años —dieciséis después del comienzo del siglo— hubo un

cambio en la actitud de los argentinos frente al país. En esos dieciséis años se había ido pensando cada vez más al país en términos de vaca holandesa. Opulentos conservadores epilogaban excelentes digestiones soñando con la futura Arcadia nacional, con una especie de país opíparo del que todos —con sólo vivir bien y prosperar— podrían obtener en años más, un fabuloso ordeño. La nación tendría millones y millones de habitantes, y todo andaría con el movimiento suelto e innecesitado de atención de la tierra prometida. Entonces, algunos hombres, algunos grupos, luego el pueblo todo, comenzaron a preocuparse, no privada sino general y nacionalmente. Sobrevino un estado de pureza cívica. Y una gran seriedad de conciencia culminó en 1916 con el advenimiento de un gobierno austero y popular. Lo que pasó después no interesa al caso. Lo que nos interesa es ese estado nacional de gentes serias, profundamente deseosas de ver a su tierra sanamente conducida: era una gran necesidad civil de decencia contra muchos años de explotación y de fraude. Nadie pensaba en su medro personal. Era una cuestión de limpieza y honor. Era un movimiento de conciencias, de corazones, de almas. Era un estado de nobleza colectiva, de salud nacional». (Eduardo Mallea, *El sayal y la púrpura*, Losada, Buenos Aires, 1941, pág. 10).

Este estado fue creado por Yrigoyen a través de años y años de lucha y culminó con la resonancia que prestó a su trayectoria el ejercicio del poder. Sus trabajos y sus días crearon en el pueblo una nueva confianza en las viejas virtudes perdidas. Su intransigencia frente al Régimen, su vida ascética en el poder o fuera de él, sus actitudes frente a los grandes poderes del mundo o frente a la oligarquía vernácula, su renuncia a obtener ventaja pecuniaria alguna durante su presidencia, su atención esmerada y vigilante de la administración pública, en fin, su estilo de gobierno tan sencillo y sin trastienda, todo suscitaba sentimientos bien distintos de los que solían provocar los hombres del Régimen con sus mañas vulpinas, sus «grandes muñecas», sus combinaciones y repartijas. Aquello había sido un culto a la «viveza», a la pillería; esto era un culto al decoro, a la austeridad. «Estado de nobleza colectiva». Efectivamente. Levantar el nivel moral de todo un pueblo para prepararlo espiritualmente a afrontar un gran destino humano. Pensar en dimensiones de dignidad para construir una ética que presidiera los futuros desenvolvimientos del país. Ése fue el triunfo de Yrigoyen y su mejor realización. Si esa moral que supo difundir incansablemente no logró cuajar y persistir en el tiempo, ello no importa: el rumbo está abierto y no hay más que andar el derrotero para retomararlo.



Decíamos que uno de los principales factores que jugaron en el fracaso del gobierno de Yrigoyen como intento de transformación del panorama nacional fue la feroz oposición que debió soportar a lo largo de sus dos presidencias. Era lógico que un gobierno de los caracteres del suyo movilizara en su contra intereses y fuerzas de toda laya: pero lo que no fue lógico ni decente fue la implacable campaña, casi siempre subalterna y ruin, que se llevó a cabo contra su obra y su persona desde su asunción al poder.

Se ha dicho que ningún hombre de nuestra historia ha sido tan amado y tan odiado a la vez como Hipólito Yrigoyen. Ese amor que concitó se tradujo en expresiones generalmente simples e ingenuas: pero el odio que sobre sí atrajo con su obra se expresó en forma sistemática con una mala fe perseverante. El Régimen,

enquistado en sus posiciones, hizo una guerra a muerte a Yrigoyen. No podía perdonar al hombre que había logrado pacíficamente su desalojo del poder, al que había despertado en el pueblo la conciencia de su dignidad, al que con el solo ejemplo de su vida era toda una acusación permanente contra el sensualismo de la oligarquía. Sabían los hombres del Régimen que con él no había pacto posible: la consigna, entonces, fue atacarlo a fondo y hasta el fin por todos los medios.

Desde los grandes diarios rotulados independientes hasta las hojas partidarias —*La Vanguardia*, socialista, *La Fronda*, conservadora— se lo combatió bárbaramente. Resulta increíble comprobar en los diarios de la época con qué saña se atacaban sus más inofensivos actos de gobierno, con qué injusticia se interpretaban sus actitudes más cristalinas, con qué pequeñez se cebaban sobre su personalidad. Las caricaturas que lo ridiculizaban baten todas las posibilidades de la insolencia y la malignidad. A los anteriores gobiernos también se los había atacado y también se había puesto en solfa a sus próceres; mas ello siempre dentro de ciertas normas no escritas, pero vigentes. Con Yrigoyen y sus amigos, en cambio, se dejó de lado todo freno y se dijo cuanto se puede decir de un hombre. Ricardo Rojas transcribe en *El Santo de la Espada* los epítetos que debió soportar San Martín durante su actuación: lo llamaron desde «cornudo» hasta «ladrón», pasando por «mulato». A Yrigoyen no pudieron calificarlo de cornudo: pero, de ahí en adelante, todo.

Lo más notable es que antes de llegar al gobierno la personalidad particular de Yrigoyen mereció siempre un alto concepto a sus adversarios, que nunca dejaron de reconocer su patriotismo, su abnegación, su caballerosidad. Pero cuando la oligarquía desalojada comprobó que sus privilegios estaban en peligro por el empuje revolucionario de Yrigoyen, entonces desapareció el patriota, el abnegado, el caballeresco antagonista político, y apareció «el Peludo», «el loco», «el compadrito de Balvanera».

Y conste que la oposición no estaba reducida a núcleos aislados. Ella controlaba la prensa en general, una Cámara por lo menos del Congreso, el poder judicial, varias provincias, la Universidad, la mayor parte de los sectores sociales económicamente más poderosos, la intelectualidad en mayoría y las fuerzas vivas; por lo que su prédica podía ser (como fue) decisiva para desprestigiar al radicalismo hecho gobierno y a su jefe. Su grito, pues, no era tolerada por saberla inocua: se la respetaba aun conociendo su peligrosidad en virtud de convicciones cívicas inquebrantables.

Bien dice Raúl Larra que «fue el hombre que acumuló tres plazas de vigilante el que derrocó a Yrigoyen». O el negro que fue nombrado ama de leche, chascarrillo que *La Fronda* ni siquiera tuvo el mérito de inventar, puesto que fue plagio de una divertida historieta que trae en una de sus novelas Pío Baroja.

Durante los dos gobiernos de Yrigoyen, y más acerbamente en el segundo, la oposición amenguó sus éxitos, exageró sus fracasos, insultó al Presidente, calumnió a sus colaboradores, negó realidades, inventó falsedades, confundió, mintió, perturbó y enredó todo hasta coronar su campaña con su derrocamiento armado. Sí: fue la calumnia libre e impune, repetida y martillada con tenacidad volteriana lo que derribó

a Yrigoyen.

Esta guerra sin cuartel tuvo su expresión más acabada en el Congreso Nacional. Este poder en el cual nunca alcanzó Yrigoyen a tener mayoría debido a las poco felices renovaciones de bancas senatoriales obstruyó sistemáticamente la tarea gubernativa del caudillo radical^[15]. Muchas iniciativas suyas no fueron tratadas jamás, a pesar de los reiterados mensajes instando a hacerlo. Otras, aprobadas por la Cámara joven, fueron archivadas por negarse el Senado a considerarlas durante el tiempo reglamentario. Varias veces debió Yrigoyen llamar la atención al Congreso por su falta de colaboración; en sus mensajes anuales subrayaba machaconamente todas las iniciativas que estaban a consideración del Poder Legislativo, sin prosperar.

La nómina de los proyectos del Ejecutivo que no fueron tratados o sancionados constituye un impresionante caudal de benéficas y avanzadas leyes nonatas que iremos viendo someramente al analizar en detalle el sentido del gobierno yrigoyeneano. Baste por ahora saber que entre los proyectos «torpedeados» en el Congreso había iniciativas tan importantes como la de creación de la Marina Mercante Nacional, ampliación de la red ferroviaria en las provincias del Centro y Norte, ley orgánica de instrucción pública, Código del Trabajo, nacionalización del petróleo, creación del Banco Agrícola y del Banco de la República, sobre régimen de la tierra pública, etc.

La obstrucción del Congreso se ejerció también por medio de otras formas. Una de ellas fue el larguísimo tratamiento de los diplomas de sus miembros, a través de meses enteros de debates totalmente estériles. Merece la pena leerse el discurso kilométrico que en 1929 pronunciara Federico Cantoni en defensa de su mal habida banca de senador (200 páginas del folleto, bajo el pomposo título de «Yo acuso»), para darse cuenta hasta qué punto utilizaba la oposición estos debates, reglamentariamente «preparatorios», en objetos de baja politiquería.

Fue también un arma favorita de los hombres del Régimen y sus aliados, los socialistas, las frecuentes y maliciosas interpelaciones que votaban con el objeto de perturbar la labor de los ministros y ridiculizarlos ante la opinión. Ante el reiterado abuso de ese instrumento, Yrigoyen debió puntualizar en un mensaje la doctrina constitucional en esta materia, dejando a salvo las facultades y responsabilidades del Poder Ejecutivo.

*

Incomprensión. Insuficiencia del equipo gobernante. He aquí otra de las grandes causas de la parcial e imperfecta realización del ideal yrigoyeneano. No tuvo el caudillo a su lado un grupo que lo secundara en la medida de su voluntad de transformación revolucionaria. Casi todos sus colaboradores fueron adictos a su persona, pero insuficientemente empapados del sentido trascendente de la Reparación. Y eso cuando no fueron infiltrados del conservadorismo, cuyos compromisos e intereses frenaban suavemente las iniciativas revolucionarias del

caudillo.

Las deficiencias e improvisaciones del equipo gobernante no fueron culpa total de Yrigoyen. El caudillo tenía un espíritu difícilmente manifestable. Costábale traducir exteriormente sus vivencias. Idealista típico, le era difícil expresar su pensamiento sobre el «debe ser» de las cosas. Su capacidad proselitista no se basaba en el éxito de la exposición de una clara concepción sobre lo que el país podía llegar a devenir, sino en su prestigio, el aura de virtud que emanaba su figura y los mil recursos de captación que su larga experiencia le brindara. Pero su temperamento se resistía a volcar en el interlocutor —salvo casos excepcionales— los anhelos recónditos que abrigaba en orden a la creación de nuevas estructuras político-sociales o a la reforma de las existentes. El ejemplo de su trayectoria hacía que los hombres lo siguieran, pero un gobernante necesita a su lado a técnicos, y los técnicos no se hacen a base de ejemplos, sino con una capacidad puesta al servicio de un ideal cabalmente aprehendido. Yrigoyen tuvo la desgracia de haber estado rodeado —con honrosas excepciones— de meros colaboradores en sus tareas administrativas, mas no de discípulos.

Éste es uno de los aspectos más dramáticos de la trayectoria yrigoyeneana: la distinta tensión en que vivían y actuaban el caudillo y sus fieles, la diferencia de visión histórica de uno y otros. (El caso del retiro argentino de la Liga de las Naciones es, en este sentido, un ejemplo típico). Muchos radicales creían sinceramente que la Reparación significaba elecciones libres y administración honrada. Éste podría haber sido un programa para los tiempos de Alem, pero ahora la vida argentina se había hecho más compleja, se había preñado de problemas antes no previstos y de situaciones jamás soñadas. Yrigoyen necesitaba a su lado espíritus progresistas y valientes, desligados de compromisos y carentes de prejuicios anacrónicos. Diez hombres, sólo diez que hubieran tenido exacta noción de lo que debía destruirse y lo que debía construirse en la República, bajo la dirección del caudillo —genial, intuitivo, sensible, experto— hubieran cambiado la faz de la Nación.



No podemos dejar de mencionar, por último, la importancia que tuvo la falta de una conciencia popular que supiera respaldar y exigir esa «reconstitución fundamental de la estructura moral y material del país» que en 1916 prometía realizar el radicalismo. He aquí otra lección para el futuro. Ninguna revolución auténtica puede realizarse si el pueblo no la apoya consciente y voluntariamente, porque, si tal no sucede, ocurre que los hechos transformadores carecen de empuje y dinámica y se cae inevitablemente en el verbalismo estéril, en la reacción o en cosas peores.

El radicalismo era, evidentemente, una fuerza cuya gravitación pudo haber

inducido a los gobernantes surgidos de sus filas a realizar una obra total, íntegra. Pero no estaba políticamente evolucionado como para exigirla, y se quedó en el triunfo electoral, como si éste fuera la panacea de todos los males que aquejaban al país. Yrigoyen había dicho muchas veces que primero debía ser la reivindicación de los poderes públicos por medio del voto libre y luego vendría la reintegración de la Nación sobre sus bases, pero con ello no hacía sino establecer un orden de prelación meramente temporal. No terminaba allí la Reparación, sino que subía a otro estadio superior; pero esto ya no se entendió. El pueblo sí entendió, aunque es cierto que se dejó estar: «Ya haría las cosas el Viejo...». Los que no entendían fueron paradójicamente los más cercanos. Si el pueblo radical hubiera acompañado a Yrigoyen y lo hubiera instado a llevar sin desviaciones la prometida «reconstitución fundamental», el caudillo hubiera superado la mediocridad de sus colaboradores y la oposición del Régimen enquistado y hubiera realizado titánicamente su pleno destino en la construcción de la Argentina soñada. Pero el pueblo radical se abandonó en su jefe con la antigua confianza criolla del partidario en el caudillo de su predilección, e Yrigoyen quedó solo, incomprendido, muchas leguas delante de su hueste; y así tuvo que volver para acortar el paso y no perder a los suyos...

Es que la revolución reparatoria no debía ser hecha sólo por él, sino que todo el pueblo debía acompañarlo y arrastrarlo. En algún aspecto parcial así ocurrió: la Reforma Universitaria fue fruto de una verdadera revolución estudiantil que Yrigoyen dejó madurar hábilmente, para encauzar luego al servicio de la cultura nacional los elementos fecundos dejados en libertad por la algarada. Pero si la muchachada no se hubiera alzado estrepitosamente reclamando sus derechos, Yrigoyen no hubiera podido crear por sí solo la Reforma.

Si del mismo modo como el «pueblo en las aulas» que es la estudiantina exigió que se legalizara y fijara su revolución para hacerla fecunda, hubiera el «pueblo en la tierra» que es el campesinado exigido su reforma agraria o el «pueblo en el taller» que es el artesanado su reforma social; si todos de consuno hubieran hecho punta para terminar en el país con tantas injusticias que padecía; entonces sí, a pesar de todos los factores adversos que lo trababan, Yrigoyen hubiera encontrado eco y apoyo y la Reparación se habría llenado cumplidamente. No ocurrió así, y el caudillo debió luchar penosamente entre las injurias de sus enemigos, la azorada incomprensión de sus amigos, la confiada inacción de su pueblo y su propio de saliento, por la conquista de los mínimos objetivos que todavía podía realizar.

Estas consideraciones ayudarán a comprender cuál fue el sentido general del gobierno de Yrigoyen. Se ha dicho que Yrigoyen hablaba por medio de hechos. Por

eso toda la actuación del caudillo radical es susceptible de ser interpretada con criterio unitario, y su obra de gobierno en mayor medida. Veamos, pues, cuál fue el designio que presidió la labor de Yrigoyen en el poder.

Sintéticamente, podríamos decir que ella no fue otra cosa que un SUPREMO ESFUERZO POR LIBERAR AL HOMBRE ARGENTINO DE LAS TRABAS DE TIPO POLÍTICO, SOCIAL, ECONÓMICO Y CULTURAL QUE IMPEDÍAN SU CABAL REALIZACIÓN COMO INDIVIDUO Y COMO COLECTIVIDAD creando así paralelamente LAS POSIBILIDADES OBJETIVAS DE UN DESTINO ARGENTINO EN AMÉRICA Y EN EL MUNDO.

a) Liberación del hombre en lo político

Lo primero es lo político. Primero en el tiempo como conquista popular y primero en jerarquía axiológica. En el manifiesto de julio de 1915 el Comité Nacional de la Unión Cívica Radical decía: «Después del triunfo, cuando las urnas regeneradas por ser la expresión de la voluntad ciudadana consciente proclamen ante el mundo que el pueblo argentino ha reconquistado ampliamente su soberanía, habrá llegado la hora de plantear y dar solución a los grandes problemas que afianzarán nuestra grandeza; porque no es posible cimentar nada estable, nada digno de armonizar en el concierto de las naciones, mientras el pueblo no pueda darse el gobierno de sus anhelos».

El primer paso en este sentido estaba dado con la llegada al Poder Ejecutivo de la Nación. Pero un Congreso adverso (45 radicales y 70 opositores en Diputados; y 4 radicales y 26 opositores en Senadores) y once provincias en poder del Régimen mostraban claramente cuánto había que remover todavía para que la voluntad del pueblo pudiera traducirse con exactitud en las representaciones públicas y no se tornara infecundo el triunfo del 2 de abril.

Al asumir el mando Yrigoyen tenía ante sí dos caminos para resolver este problema fundamental. «Uno, declarar caducas todas las autoridades nacionales y provinciales, para presidir su total reorganización dentro de procederes estrictamente legales. La otra, aceptar la legalidad en el orden nacional y declarar caducos todos los poderes provinciales». Expresa José Bianco —a quien pertenece el planteo transcrito— que Yrigoyen no adoptó el primer procedimiento, atento al hecho de que en el Poder Legislativo de la Nación coexistían representantes de títulos inobjetables junto con otros cuyos orígenes eran anteriores a la ley electoral o habían sido elegidos fraudulentamente después de su sanción. Por esta razón, y tal vez por comprender que su llegada pacífica y legal al gobierno lo inhibía moralmente de tomar resoluciones tan drásticas, Yrigoyen desechó aquella vía, indudablemente la más arriesgada y decisiva. Prefirió, pues, ir rindiendo paulatinamente los baluartes del Régimen.

El principio institucional que debía orientar esa política fue establecido

nítidamente poco después, en enero de 1917, con motivo de un cambio de notas del Poder Ejecutivo de la Nación con el gobernador de Buenos Aires, doctor Marcelino Ugarte. En esa ocasión expresó el Presidente que «las autonomías provinciales son de los pueblos y para los pueblos, y no para los gobiernos. Éstos pueden ser o no ser representantes legítimos de ese derecho, y por consiguiente su invocación tiene que ser sometida al análisis de la verdad institucional, porque bien podría resultar ésa autonomía un nuevo instrumento para afianzar aun más ciertas situaciones arraigadas en la opresión o en el fraude...».

Esta norma general entrañaba poner en tela de juicio, provisionalmente, a todos los gobiernos provinciales, hasta tanto se indagara si reunían o no las condiciones indispensables para que se les reconocieran los derechos que otorga la Constitución a los estados federales. El principio enunciado era la clara advertencia de que había terminado la era durante la cual la sedicente autonomía provincial era pretexto para que los poderes nacionales se lavaran las manos de las iniquidades cometidas en algunos estados del interior. Desde entonces la autonomía sería un derecho al cual se llegaría cumpliendo ciertos presupuestos.

Tres meses después se decreta la intervención a Buenos Aires, provincia cuyas enormes prevaricaciones en materia electoral, denunciadas por Horacio Oyhanarte en el Congreso, la habían convertido en símbolo y fortaleza del Régimen. La resolución se fundaba en que la ley electoral provincial de cuya aplicación habían surgido los poderes allí vigentes violaba las disposiciones de la ley nacional, al impedir el voto de los jóvenes de 18 a 22 años (promociones que eran mayoritariamente radicales). Se mencionaba además el «estado de intranquilidad de sus fuerzas políticas, sociales y económicas» denunciado reiteradas veces al gobierno nacional, así como otras anomalías. El efecto de la intervención a Buenos Aires fue aplastante entre los conservadores: don José L. Cantilo fue designado comisionado nacional y dirigió el proceso reorganizativo de la provincia, que duró un año y concluyó con la consagración popular del doctor José C. Crotto para gobernador.

Salvado el escollo más peligroso y que podía ofrecer más resistencia, medidas análogas fueron sucediéndose poco a poco. En noviembre de 1917 se decreta la intervención a Mendoza, que terminó con la entrega del mando al gobernador electo, doctor José Néstor Lencinas. En el mismo mes y año, a Corrientes, a pedido del gobernador. En abril de 1918 se intervienen por decreto tres provincias: La Rioja, Catamarca y Salta, las que —tras procesos electorales de distinta duración— eligen gobernadores al ingeniero Benjamín Rincón, al doctor Ramón Ahumada y al doctor Joaquín Castellanos, respectivamente. En mayo de 1919 se interviene por decreto la Legislatura de San Luis, y luego, por ley del Congreso, la totalidad de sus poderes. En octubre de 1919 toca el turno a Santiago del Estero y San Juan: poco después toman posesión de las respectivas gobernaciones don Manuel Cáceres y el doctor Amable Jones. Finalmente, en noviembre de 1920 se decreta la intervención de Tucumán para presidir las elecciones de renovación del ejecutivo provincial,

resultando triunfante el doctor Octaviano Vera.

Así cumplió Yrigoyen con el tácito compromiso contraído con los pueblos del interior de liberarlos de sus viejas oligarquías y abrir una posibilidad libre y garantida de constituir legítimamente sus gobiernos. La actitud intervencionista de Yrigoyen pudo parecer antipática a muchos, por lo que aparentaba tener de abuso del poder o parcialidad, pero era el único camino que podía seguir de acuerdo con sus principios reparatorios. Era absurdo que en el orden nacional el pueblo pudiera regir su propio destino —«la Nación ha dejado de ser gobernada, para gobernarse a sí misma»— y en las provincias todavía continuara sometido. Esto no lo comprendieron algunos correligionarios, que creyeron que el gobierno nacional debía respetar las situaciones existentes: tal la actitud del doctor Ricardo Caballero, que se opuso públicamente a la intervención bonaerense por considerar que la llegada pacífica del radicalismo al poder aparejaba el compromiso de no tocar las situaciones locales, por ilegítimos que fueran sus orígenes. Pero adoptar semejante temperamento no era lógico dentro del concepto de soberanía popular y no dividida que sostenía el radicalismo, así como del principio que la autonomía pertenecía a los pueblos y no a los gobiernos; no hubiera sido leal tampoco abandonar a su suerte a los correligionarios que abnegadamente luchaban en las provincias después de haber sido ellos los que habían logrado el triunfo en el orden nacional y, además, habría significado la total esterilización del empeño reparatorio que animaba al caudillo.

Así, no sin trabajos y resistencias, venciendo obstáculos dentro y fuera del partido, asumiendo sobre sí la sola responsabilidad de esas intervenciones reconstituyentes, fue Yrigoyen devolviendo lenta pero inexorablemente su instrumento emancipador a cada pueblo provinciano que aún no lo había logrado.

Paralelamente a esta acción llevada a cabo sobre las provincias, también se hizo algo similar en el orden comunal de la Capital Federal. Desde 1885 el régimen municipal de Buenos Aires se desenvolvía lánguidamente a través de comisiones vecinales nombradas por el Poder Ejecutivo o concejos elegidos por un número ridículo de votantes: el pueblo porteño no participaba absolutamente en el manejo de la cosa pública. En 1917 Yrigoyen promulgó una ley que establecía un gobierno municipal integrado por un intendente designado por el Poder Ejecutivo y un Concejo Deliberante de elección popular por voto proporcional. En octubre de 1918 se realizaron las primeras elecciones municipales, y desde entonces el régimen comunal porteño se desarrolló normalmente.

Esta labor de poner al pueblo en posesión de sus medios de expresión política, así como el sufragio dignificado por la acción gubernativa de Yrigoyen, produjeron consecuencias de un notable beneficio en la vida cívica del país. El pueblo comenzó a abrigar una altiva convicción de ser «el único artífice de su destino», como había dicho Alem. El cuarto oscuro, la urna ciega y sagrada, la libreta de tapas morenas, los objetos materiales a través de los cuales ejercía ahora el hombre común su derecho a gobernarse, fueron convirtiéndose en símbolos de una liberación penosamente

conquistada pero hecha ya tuétano vivo de pueblo y traducidos en expresiones tan entrañables y auténticas como aquella vidala que Ricardo Rojas escuchó una vez en los valles de Humahuaca:

¡En el cuarto oscuro
vidalita
no manda el patrón:
cada ciudadano
vidalita
tiene su opinión...!

Las elecciones ya no eran una batalla o una farsa, sino un acto cívico rodeado de todas las seguridades y respetos que merecía la soberanía restaurada. La compra de votos, el arreo de ciudadanos, la sustitución de urnas, el «sufragio de difuntos», dejaron de ser una triste realidad para convertirse en recuerdos de un pasado al parecer definitivamente superado. No pretendemos que ello haya sido absoluto: ocurrieron todavía abusos, presiones y escamoteos. Pero eran hechos aislados, cometidos sin la complicidad de los gobiernos y perpetrados por elementos de baja extracción, muchas veces recién llegados al partido gobernante desde las filas mismas del Régimen. Sucesos de ese tipo escapaban al contralor de la autoridad y fueron generalmente reparados. La bulla que se hizo en los casos de El Rabón (Santa Fe) y Andalgalá (Catamarca) demuestra precisamente lo insólito que era por aquel entonces tropezar con irregularidades electorales.

Yrigoyen tuvo una preocupación constante por proteger la pureza del sufragio. En vísperas de las elecciones de marzo de 1930 envió una circular a los gobernadores de provincia recomendando la más escrupulosa atención a fin de que los comicios resultaran «una confirmación de la cultura política alcanzada por la República». En cierta oportunidad un gobernador le hizo saber que había tomado determinadas medidas de orden público ante el desenfreno de las manifestaciones opositoras durante una campaña: Yrigoyen le comunicó oficialmente que era conveniente «dejar que aquellos fenómenos regresivos se exterioricen» para que el pueblo pudiera notar la diferencia entre una y otra época, y entre uno y otro estilo de lucha.

Generalmente, no sólo fue respetado el acto eleccionario, sino que los procesos precomiciales se rodearon de todas las garantías. Naturalmente, muchas veces hubo denuncias y quejas durante las campañas, pero (salvo el caso de San Juan y Mendoza, donde ya veremos con qué extraordinaria saña se luchó) no tuvieron la mayoría de las veces importancia ni fundamento. Era parte de la política, por otra parte, llenar las columnas de los diarios adictos con denuncias más o menos exageradas para ameritar el eventual triunfo o preparar la impugnación de la posible derrota; así como fue también un uso de rigor el bombardear el Ministerio del Interior con telegramas denunciando las cosas más increíbles: fue célebre en su época el telegrama que cierto dirigente conservador riojano enviara a Yrigoyen denunciando que era objeto de ataques por «bandas armadas de turcos salvajes»...

Es que la transición de un estado de plúmbea quietud a una actividad política intensa no podía realizarse sin traer de arrastrón choques y conflictos pasionales que el tiempo y la práctica honrada de la nueva vida cívica habrían de obviar.

Pero en líneas generales, y admitiendo desde luego las inevitables excepciones que implica una afirmación tan extensiva, puede afirmarse que la labor liberadora que realizó en el orden político el presidente Yrigoyen, aparejó una indiscutible reparación de las prácticas cívicas, así como un estado de saludable confianza en el pueblo con respecto a su propia capacidad. Un pueblo se estaba autoeducando en la técnica difícil del propio gobernarse, dando así un vibrante mentís a quienes por muchos años se habían negado a abrir la vía del sufragio popular aduciendo una supuesta incultura cívica.

b) Liberación en lo social

Así como en el aspecto político el triunfo del radicalismo acarrió la liquidación de las camarillas y las corruptelas que impedían al pueblo la libre elección de sus gobernantes, en el aspecto social trajo aparejado el acceso al gobierno de hombres y grupos a quienes anteriormente tal cosa les estaba vedada. Ninguna prohibición legal había impedido a ningún ciudadano en igualdad de condiciones ocupar las funciones del Estado, pero en la práctica, sólo una cerrada oligarquía dueña del mecanismo político y en protección de sus intereses económicos repartía entre sus entenados las prebendas del poder. Lo hacían no sólo por sensualidad o egoísmo, no sólo porque les era necesario el contralor del gobierno para garantizarles la defensa de sus privilegios, sino también por una ingenua convicción de que sólo ellos eran capaces de gobernar el país. Lo creían sinceramente, sin reparar que a través de las décadas de su dominación el país iba agravando sus injusticias, sus desigualdades, sus frustraciones, sus resentimientos, sus deformaciones.

Por eso, cuando Yrigoyen desde el gobierno denunciaba los pecados del Régimen y proclamaba su decidida voluntad de repararlos —«no habría poder humano que me hiciera desistir...»— cundía entre los sectores desplazados una asombrada indignación, mezclada con cierto desganado examen de conciencia para saber si realmente habían sido tantas y tan graves sus culpas.

Pero lo que más dolía a esos hombres no eran tanto las medidas de orden político o económico que el nuevo gobierno tomaba, cuanto la aparición en el escenario nacional de personajes desconocidos, desprovistos del brillo o la figuración de los primates de la oligarquía, cargando apellidos que denunciaban a la legua su filiación inmediatamente inmigratoria. Era éste el signo patente de la sustitución del material humano gobernante; y era esto lo que más les escocía. Esa oligarquía pagada de las formas y los convencionalismos podía perdonar las inexorables intervenciones a sus feudos o el intervencionismo estatal en materia de bienestar social, pero no podía perdonar la desgraciada traza del ministro Salinas o la opaca personalidad del ministro González. No se daban cuenta de que algo viejo se derrumbaba. Sólo se rebelaban airadamente ante los síntomas más evidentes de los tiempos nuevos.

La llegada del radicalismo trajo de hecho la llegada a las representaciones públicas y a los puestos técnicos del Estado de representantes de todo un sector social excluido hasta entonces del manejo de la cosa pública. Las bancas del Congreso, las subsecretarías ministeriales, las secretarías de las intervenciones empezaron a llenarse de apellidos nuevos. Lo interesante era que tal cosa ocurría sin que significara el ascenso de una clase en detrimento o en odio de otra, sino más bien el legítimo y lógico reconocimiento de los méritos de muchos hombres que por sus condiciones podían servir al país. Era ésta una victoria exclusiva de la Unión Cívica Radical, en cuyas filas convivían sin roce «los hijos de los inmigrantes y los nietos de los próceres», según la ya recordada expresión de Ricardo Rojas; verdadero milagro cívico factible gracias a que en el radicalismo se habían congregado los argentinos en procura de un ideal primordialmente político, que podía ser común aun a grupos sociales con intereses totalmente diferentes^[16].

Fue uno de los grandes servicios prestados por el radicalismo al país: la liberación de los prejuicios y las trabas que hasta entonces habían impedido que tantos argentinos fueran realmente útiles. Los conservadores se reían de la inexperiencia de los nuevos gobernantes, jugaban urticantemente con sus apellidos en una sección permanente de *La Fronda*, y en los teatros se hacían burlas del nuevo elenco, pero fuerzas jóvenes y antes no utilizadas pusieron al servicio del país su capacidad y su patriotismo. La conducción de la Nación dejó desde entonces de ser privilegio de pocos para convertirse en posibilidad de todos. Así pudieron encauzarse las fuerzas que las corrientes inmigratorias habían aportado, impidiendo su indiferencia por los problemas de la nacionalidad y argentinizando definitivamente amplios sectores sociales.

Esta posibilitación no se realizó solamente en el terreno político. Todos los sectores sociales fueron alcanzando territorios antes vedados y los fueron invadiendo. La Universidad, el Ejército, la magistratura, la diplomacia fueron recibiendo la savia nueva de las camadas recién ingresadas a la vida pública. Directa o indirectamente, el gobierno de Yrigoyen contribuyó a que no se desperdiciara ninguna fuerza argentina por prejuicios anacrónicos y que ningún argentino viera frustrada su legítima vocación por vallas injustas. Una renovación humana bien perceptible se operaba en todos los campos. Pero no por alentar Yrigoyen esta renovación atacó a la antigua aristocracia: él sabía muy bien que ella representaba algo auténtico en el país, una tradición, un estilo de vida que no se debía eliminar.

Conocía a muchos de sus hombres y algunos habían sido sus amigos y conmlitones en los tiempos turbulentos de la revolución del '93 y cuando la lucha por el predominio partidario. Los Pereyra Iraola, los Herrera Vegas, los Apellániz, los Ayerza, los Moreno habían sido integrantes del grupo que primero había creído en él. No sólo no atacó a los grandes apellidos, sino que honró no pocas veces a algunos de sus egregios: recordamos que la primera intervención que envió a una provincia fue presidida por el doctor Joaquín S. de Anchorena, *primus inter pares* de la oligarquía porteña —y de rancia estirpe federal, por añadidura—. No atacó a sus personas, porque sabía que era inútil, mezquino y tal vez perjudicial: atacó, sí, sus privilegios, sus corruptelas y las estructuras políticas y sociales que ellos habían construido para su propio resguardo.

La «igualdad», ese término jacobino que parecería llenar hoy tan pocas aspiraciones humanas, fue durante el gobierno de Yrigoyen una realidad. Se llegó a ella mediante el alcance de estados de conciencia colectivos tan superiores como la ruptura de los prejuicios sociales que habían esterilizado anteriormente la capacidad de servicio de tantos argentinos, o con disposiciones gubernativas sin importancia aparente, como aquella que mandó que todos los alumnos de las escuelas primarias llevaran el delantal que igualaba a ricos y pobres en una idéntica alba uniformidad. Pero fue real y tangible. Tal vez no se notó tanto en el interior como en las zonas del litoral y de las grandes ciudades: mas su benéfico resultado no dejó de hacerse sentir en todo el país.

No puede decirse que el gobierno radical haya significado el ascenso de tal o cual clase al gobierno. Ello es extraño a lo que el radicalismo quiso hacer, y no es, además, históricamente exacto. La Unión Cívica Radical no se sentía vocero de los intereses de una clase determinada, sino representante de las legítimas aspiraciones de todo el pueblo. Por eso su llegada al poder fue una ancha posibilidad para todos los argentinos de colaborar en la empresa común de hacer un país y contribuir a democratizar más aún nuestro régimen de gobierno con el aporte de todos los elementos constructivos de la comunidad.

c) Liberación en lo económico

«Tras grandes esfuerzos, el país ha conseguido establecer su vida constitucional en todos los órdenes de la actividad democrática; pero le falta fijar las bases primordiales de su constitución social. Ésta no se alcanzará mientras los gobiernos no se compenetren en su esencial deber de impulsar los medios para que la justicia discierna sus beneficios a todos los rangos sociales, tal como los sentimientos humanitarios imponen a la civilización. La democracia no consiste sólo en la garantía de la libertad política: entraña a la vez la posibilidad para todos de poder alcanzar un *mínimum* de felicidad, siquiera».

Estas palabras que Yrigoyen dijera en su mensaje de 1920 al Congreso son el meollo de su política en materia económico-social. Él sabía que la redención política no tiene relevancia si no se emancipa al hombre de la miseria.

Expresa Del Mazo que la gran lección dejada por el gobierno de Yrigoyen en este aspecto es la conjugación armónica de la justicia social con la libertad. Efectivamente, tal fue la gran realización del radicalismo, cuyo paso por el poder dejó la certeza de que es posible un estado de cosas donde la libertad conviva con el bienestar, en un ambiente de respeto para todos.

Mas ¿cómo logró alcanzar la Unión Cívica Radical un enlace tan equilibrado? Cuando el radicalismo llegó al gobierno no existía en su seno una conciencia real

sobre los problemas sociales y económicos que afligían al país desde principios de siglo. Hubo algunas expresiones en este sentido que demostraban el interés de algunas personalidades o algunos organismos. Pero estas manifestaciones no traducían una preocupación permanente en el partido, sino opiniones aisladas. Hasta entonces la prédica relativa al bienestar de los trabajadores había sido siempre monopolizada por el Partido Socialista, que, en cambio, trataba a la «política criolla» con cierto menosprecio.

Sin embargo, hombres humildes habían votado por el radicalismo, y era evidente que, a pesar del vacío que existía en los manifiestos y declaraciones partidarias, en lo que atañía a política social y económica, ellos esperaban que el radicalismo en el poder habría de solucionar los problemas del país en este aspecto. El caudal popular del radicalismo estaba formado por gente trabajadora —rural y urbana— y muchos de sus dirigentes eran de origen humilde. Un partido surgido de la entraña del pueblo no podía hacerse sordo a los justos reclamos de los trabajadores, máxime si su misión era reparar las injusticias del Régimen, entre las cuales se contaba como muy grave la explotación económica del hombre, realizada con la tolerancia o la complicidad de los anteriores gobiernos.

Sin embargo, aquellos antecedentes doctrinarios y esta composición humana del radicalismo no hubieran sido suficientes para impulsarlo a realizar una definida política de mejoramiento de los sectores obreros a no haber sido por la firme voluntad de Yrigoyen. Había muchos intereses creados dentro del partido y muchos compromisos ataban a algunos dirigentes, para que pudiera lanzarse el radicalismo por propio envión hacia una tendencia francamente obrerista: fue el caudillo quien comprendió a tiempo la urgencia de remediar las injusticias sociales por medio de una valiente política reivindicatoria.

Así, la acción de Yrigoyen para lograr que «bajo la bóveda del cielo argentino no haya un solo desamparado» se tradujo en tres órdenes de actitudes. Una, la solución circunstancial de los conflictos entre capital y trabajo planteados sobre todo en los dos primeros años de su gobierno. Otra, las iniciativas legislativas de protección del obrero y sus condiciones de trabajo, con perspectivas hacia una radical transformación del régimen laboral y del estilo de producción económica del país. Y la última, en forma de proyectos tendientes a un ordenamiento de previsión social y asistencia del trabajador en todas las etapas de su vida. Estas tres series, que tuvieron cierta concatenación temporal, fueron etapas sucesivas de una misma actividad enderezada a liberar al hombre argentino de sus apremios económicos.

La primera etapa debió cumplirse bajo la presión de las circunstancias, urgido el gobierno por el ímpetu reivindicatorio de las fuerzas obreras, que, aún divididas como estaban desde 1915 en centrales antagónicas, aprovecharon la especial coyuntura económica brindada por la guerra europea para lanzarse a enérgicas luchas. Así fueron a la huelga desde 1916 en adelante los portuarios, los municipales, los trabajadores del agro, los de los frigoríficos, los ferroviarios y muchos otros gremios.

Todos ellos realizan sus huelgas normalmente, y sus movimientos terminan con soluciones generalmente equitativas y obteniendo la mayoría de sus pretensiones. No se persigue a nadie ni el gobierno actúa como defensor de los intereses patronales. A veces el Presidente actúa como árbitro de los conflictos (a un mes apenas de asumido el mando es designado árbitro del diferendo entre armadores y obreros portuarios) y su alta autoridad moral, más que su representación, da a sus laudos una incontrastable fuerza. Era la primera vez que el Estado se inmiscuía en los conflictos sociales para conseguir un avenimiento de las partes. Anteriormente, los gobiernos del Régimen habían hecho gala de la más olímpica indiferencia por esos movimientos, dejando que la ley de bronce aplastara las demandas obreras, o habían reducido con brutalidad los movimientos laborales y sus organizaciones por medio de intervenciones policiales o leyes de emergencia. Esta vez, no. Esta vez, las partes en conflicto, en absoluta igualdad de condiciones, trataban de resolver sus desacuerdos bajo la ansiosa tutela del Estado.

Víctor J. Guillot, que tan cerca estuvo siempre del pensamiento yrigoyeneano —era quien recogía del caudillo las sugerencias para redactar los cotidianos editoriales de *La Época*—, expresa a este respecto: «El radicalismo en el gobierno significó la victoria pacífica de un pensamiento revolucionario: de las formas de una revolución, para ser exactos... La conquista de la libertad política sólo fue para el radicalismo un fin provisional. Se apoderó de ella y la transformó en medio ejecutivo de un ideario de justicia social en constante e infatigable superación. El primer presidente radical arranca al Estado de su posición indiferente u hostil frente a las colisiones entre capital y trabajo, y practica un intervencionismo orgánico y sistemático, conducido por elevadas inspiraciones de humana equidad. Así afirma en la realidad el derecho de intervención del Estado en el proceso interno del organismo social, abrogándose enérgicamente los viejos lugares comunes del liberalismo que todavía se invocaban como explicación de la indiferencia o de la hostilidad estatal».

El gobierno de Yrigoyen jamás tomó espontáneamente medidas contra los movimientos obreros y castigó con severidad a quienes transgredieron las terminantes instrucciones impartidas en este sentido.

Dos infortunadas excepciones hubo, sin embargo, a esta línea de conducta, en las que el gobierno de Yrigoyen fue obligado a tomar medidas enérgicas para garantizar la tranquilidad de la población, dado el carácter que asumieron los hechos. Nos referimos a la Semana Trágica de 1919, y a la represión de los movimientos obreros de la Patagonia de 1921. Posteriormente se exageró con harta malevolencia la conducta gubernativa en esas circunstancias; pero lo cierto es que la mayor parte de los desmanes cometidos lo fueron por elementos sobre los cuales el gobierno no tuvo posibilidad de ejercer un cabal contralor^[17].

Salvo estos dos lamentables episodios en los que jugaron factores imponderables, durante el gobierno de Yrigoyen se procedió con respeto hacia las expresiones obreras. Los huelguistas no fueron tratados como criminales: el gobierno trató mano a mano con ellos. En la huelga ferroviaria de 1917, por ejemplo, el ministro de Obras Públicas, con escándalo de la prensa y las fuerzas vivas, se dirigió al Consejo de Delegados obreros para solicitarle se permitiera el abastecimiento de la Capital. Se rasgaron las vestiduras los fariseos de la oligarquía ante lo que consideraban una

declinación de la autoridad gubernativa: no se daban cuenta de que un nuevo concepto de la dignidad del hombre y del respeto por las justas protestas de los trabajadores inspiraban actitudes como éstas al gobierno radical.

Las organizaciones sindicales, antes perseguidas, fueron jerarquizadas por la consideración del gobierno y adquirieron sentido de su responsabilidad, colaborando con las autoridades en la solución de los problemas planteados. A una nota que en 1907 enviara el recién creado Departamento Nacional del Trabajo a las dos centrales obreras requiriéndoles su colaboración, la Unión General de Trabajadores contestó que «para que en lo sucesivo no se molesten haciéndonos proposiciones que están en pugna con la mayoría de los miembros que componen nuestra institución, manifestamos que no creemos necesaria la intervención del Departamento Nacional del Trabajo en los asuntos que atañen a nuestra organización, por estar convencidos de que todo lo que se refiere al bienestar y mejoramiento de nuestra clase depende única y exclusivamente del esfuerzo que puede desarrollar la acción obrera, por medio de la lucha ejercida contra los que nos sumen en la más cruel explotación»; la Federación Obrera Regional Argentina ni siquiera dignóse contestar. Pero actitudes como éstas habían variado fundamentalmente hacia 1920: las centrales obreras — especialmente la «Federación Obrera Regional Argentina del IX», sindicalista— aceptaban arbitrajes, enviaban delegados a comisiones de conciliación, atenuaban el rigor de sus huelgas atendiendo a pedidos de las autoridades, enviaban a invitación del gobierno delegados a conferencias internacionales, proporcionaban datos a los organismos estatales, etc.

Esta nueva modalidad en el estilo de lucha de la Federación Obrera Regional Argentina le atrajo un amplio apoyo de la masa trabajadora, que aumentó de 51 sindicatos con que contaba en 1915 y \$ 20 000 de aportes anuales, a 734 sindicatos cotizando \$ 700 000 en 1920, demostrándose así el repudio del pueblo laborante por la acción violenta y su confianza en las soluciones brindadas por la acción armónica de los factores de la producción presididos por el Estado. Fortificada de esta suerte, la Federación Obrera Regional Argentina encaró actividades tan importantes como la organización de los obreros de yerbatales y obrajes, víctimas hasta entonces de una increíble explotación, que en 1918 y 1919 realizaron sus primeras huelgas en procura de derechos que la avidez de las todopoderosas empresas del norte argentino les habían negado hasta entonces: descanso semanal, jornada de 8 horas, etc. También los obreros agrícolas fueron organizados por la Federación Obrera Regional Argentina, que en 1920 celebró un pacto de solidaridad con la Federación Agraria Argentina, órgano representativo de los agricultores.

Toda esta actividad gubernativa, tras el logro de un mejoramiento en el estado de la masa trabajadora, se tradujo en realidades positivas: el salario medio, que en 1916 era \$ 3,60, subió en 1921 a \$ 6,75, con idéntico poder adquisitivo de la moneda; la jornada de trabajo, que en 1916 se prolongaba término medio durante 8 horas y 56 minutos, descendió en 1921 a 8 horas. La población obrera ocupada subió de 312 000 en 1916 a 360 000 en 1921. El total de indemnizaciones pagadas por accidentes de trabajo fue de \$ 282 000 000 en 1916, y de \$ 1.328 000 000 en 1921. Los obreros asegurados eran 200 000 en 1916, y en 1921, 465 000.

Poco a poco se hizo comprender a los patronos que los trabajadores en trance de reclamar mejoras no eran necesariamente forajidos; a los obreros se les hizo caer en cuenta que sus patronos no eran siempre explotadores sordos a todo reclamo. Ambos advirtieron que el Estado no era una alta jerarquía indiferente a las pequeñas grandes cuestiones cotidianas ni menos una entidad inclinada a favorecer a una clase

determinada, sino la síntesis de todos los elementos integrantes del esfuerzo colectivo, que trataba de conciliar intereses y solucionar problemas. Y todos —esto es lo más importante— diéronse cuenta que con mutua tolerancia y buena voluntad no hay conflicto que no pueda resolverse, y que la gran cuestión del bienestar del pueblo puede resolverse sin odios ni «lucha de clases».

¿Qué ideario impulsó a Yrigoyen a adoptar esta política social? Hombre rico como era, podría suponersele más vinculado a los intereses de la casta económicamente más poderosa que a los humildes. Parecía extraño que este hombre que jamás había sentido en carne propia el latigazo de la miseria, que estaba vinculado por lazos de amistad y de comunidad de ideales con hombres pertenecientes a las clases más altas de su país, recogiera con tanto amor los clamores hasta entonces inescuchados de su pueblo. Pero sucedía que su corazón era un tímpano en el que no dejaba de hallar eco ninguna vibración de su gente: consagrado a la labor de reparar las injusticias que afligían a los suyos, Yrigoyen supo afinar su sensibilidad hasta convertirse en intérprete fiel de las esperanzas de su pueblo, y un defensor empeñado de sus derechos y aspiraciones.

Yrigoyen también supo comprender que, pese a su recóndito sentir sobre estas cuestiones, eran indispensables instrumentos legales que fijaran para el futuro las conquistas obreras e impidieran la repetición de los abusos anteriores: leyes que fueran a la vez banderas de lucha popular, conquistas no arrebatables en el futuro. Debió entonces disponerse a revestir de estructura legal sus anhelos de mejoramiento social, con todos los peligros que ello significaba. Ésa fue la obra que analizaremos posteriormente —los dos últimos de los tres órdenes en que dividimos su política en materia de liberación económica del hombre— al referirnos a la creación de posibilidades objetivas para facilitar el cumplimiento de un claro destino argentino a través del desarrollo sin trabas de nuestro hombre y nuestra patria.

d) Liberación en lo espiritual

Entendemos por «liberación espiritual del hombre argentino» la eliminación de una oscura red de deformaciones mentales que de uno u otro modo le impedían lanzarse a la faena de construir una cultura nacional; así como la liquidación de ciertas inhibiciones que le vedaban confiar en sus propias fuerzas para determinadas realizaciones.

De Echeverría para acá, ¡cómo cayeron en estos pecados los pensadores argentinos! No se había buscado un rumbo de liberación espiritual, no había preocupado esa búsqueda de la propia expresión que obsediera al autor del *Dogma*. Había dicho Echeverría: «Depuremos nuestro espíritu de todo color postizo, de todo traje prestado, de toda parodia, de todo servilismo; gobernémonos, pensemos,

escribamos y procedamos en todo, no a imitación de pueblo alguno de la tierra sea cual fuere su rango, sino exclusivamente como lo exige la combinación de las leyes generales del espíritu humano con las individualidades de nuestra condición social». Pero tal programa no se había cumplido. Habían existido, naturalmente, hombres que transitaron caminos inesperados en pos de sus ideales puramente estéticos. Aun pretendieron a veces aunarse y formar toda una generación con proyecciones trascendentes: mas no se percataron de que el hallazgo de expresiones auténticas, la conquista de la redención espiritual merced a la construcción de una cultura propia, era el objetivo más alto que podía asignarse a sí misma una generación con designio de perdurabilidad.

Hasta bien entrados los tres primeros lustros del siglo, si se echaba una mirada en el campo de la cultura no se atisbaba ninguna creación permanente en muchos años. ¿Qué había sucedido en todo ese lapso para que se hubiera interrumpido tan desoladoramente esa línea espiritual que viene de los tiempos de la Patria vieja amojonada por creaciones como el *Dogma socialista*, como las *Memorias póstumas* de Paz, como las *Bases* de Alberdi, como los *Ranqueles* de Mansilla? ¿Qué había sucedido para que se agostara ese hontanar alternativamente soterrado y renacido que pugnaba por nutrir al ser argentino con un pensamiento dotado de proyecciones universales y anhelos de trascendencia?

Había sucedido, simplemente, el Régimen. Y el Régimen era, por sobre todo, deserción de lo nativo al implantar estructuras políticas propias de un despotismo ilustrado totalmente ajeno a lo castizamente americano, en virtud de una supuesta incapacidad para gobernarse; deserción de lo nativo al arrebatar a los viejos pobladores sus tierras, sus derechos, sus esperanzas, sus tradiciones. Por eso las expresiones de cultura del Régimen fueron extrañas a lo nacional. A la rendición de las defensas nacionales en lo económico frente a la irrupción imperialista sucedió contemporáneamente la rendición de las defensas espirituales. Tal vez salvando éstas, aquéllas hubieran podido rescatarse. Pero no fue así, y las manías que trabaron el espíritu de los argentinos estuvieron más enclavijadas —aunque fueran menos visibles— que aquellas que aherrojaron nuestras pampas, nuestros puertos, nuestro crédito, nuestro transporte.

Pero la cultura es emprendimiento de muchos, y aquí faltaban los muchos. De vez en cuando, alguna individualidad prócer —Joaquín V. González, Ricardo Rojas, Osvaldo Magnasco, José Ingenieros— fustigaba la ficción en que vivía el espíritu argentino, embelesado en ajenidades: pero faltaba la conciencia lúcida que señalara el mal y propusiera el remedio. Ya hacia 1915 algunos signos de reacción se notaron: hemos dado cuenta de ello en páginas anteriores. Faltaba aún el empujón decisivo. Es que difícilmente se podía crear una cultura si primero lo nacional no volvía a sí mismo. Fue entonces cuando el pueblo advino al poder. Entonces sus jugos ricos nutrieron a través del radicalismo, y mediante la labor rumboadora de Yrigoyen, todas las posibilidades vitales de la República. Ése era el momento. Hasta entonces,

construir una cultura auténtica hubiera sido edificar una isla: ahora la Nación reintegrada a sus bases exigía sin violencia pero firmemente que también los dominios del espíritu se enriquecieran de pueblo, de tierra.

Así ocurrió, no en toda la anchura y profundidad que habría sido de desear, pero como un principio y un ejemplo. No fueron tanto esta liberación y este reenquiciamiento logrados merced a una directa labor gubernativa: no podría serlo, desde que en el plano superior del espíritu no es dable la incidencia de una actividad estatal respetuosa de los fueros del hombre. Pero una serie de iniciativas y actitudes del gobierno radical fueron aparejando la apertura de posibilidades ciertas de una cultura elaborada con materiales propios, a través de la eliminación de esas deformaciones mentales y sentimentales que uncían servilmente en el pasado el alma argentina a una cultura sospechosa.

Fueron principalmente dos las causas eficientes de ese nuevo estilo de pensar en argentino: la Reforma Universitaria y la conducta del gobierno radical frente a la guerra y frente a la paz. Así vincula Del Mazo ambos sucesos: «La abstención del país en la contienda mundial —hecho extraordinario de conciencia histórica— permitió a la Nación replegarse en sus senos profundos y le dio perspectiva para esclarecer las causas de aquel desastre, la falacia de una civilización superficial y predatoria, la inhumanidad intrínseca de un orden social en crisis. Un Renacimiento ensanchaba la vida del país y en todos los ámbitos nacía la fe en lo propio y en la función y responsabilidad de lo propio. La Reforma Universitaria labró su cauce en esa gran corriente, fecundándola a la vez. Frente a una cultura que conducía a la muerte, era aquí el órgano específico en la reivindicación de una cultura no sólo nueva y distinta, sino salvadora: hecha a nuestra imagen y semejanza, en amor de Pueblo y con el sentido universal que lleva implícito el hombre».

Por esta época aparecen creaciones que eran serios ahondes de lo argentino: la *Historia de la literatura argentina*, monumental esfuerzo de morfología cultural, cuyo origen fueron las conferencias que sobre el *Martín Fierro* pronunció Ricardo Rojas en 1916 en la Facultad de Filosofía y Letras. Ese mismo año, Leopoldo Lugones pronunciaba conferencias no menos difundidas sobre *El payador. La evolución de las ideas argentinas*, tal vez el empeño más orgánico de José Ingenieros, es de esos tiempos también, como lo es *El federalismo argentino*, de Francisco Ramos Mexía. Aparece *Reflexiones sobre el ideal político americano*, de Saúl Tabor. Dos expresiones novelísticas de alta jerarquía y tema vernáculo se publican poco después: *Don Segundo Sombra* de Ricardo Güiraldes y *Zogoibi* de Enrique Larreta. Florecería esa pléyade de escritores acaudillados por el sumo Macedonio Fernández cuya característica habría de ser la búsqueda afanosa de los elementos típicos de la realidad argentina, donde hicieron sus primeras armas artísticas hombres de la calidad de Jorge Luis Borges, Ezequiel Martínez Estrada, Oliverio Girondo, Pablo Rojas Paz, Ernesto Palacio, Conrado Nalé Roxlo, Córdova Iturburu, Raúl González Tuñón, Francisco Luis Bernárdez, Enrique Amorim, Eduardo Mallea, Eduardo González Lanuza y otros, que recalarían su entusiasmo creador en la revista *Martín Fierro* desde 1924 hasta que la dirección ejercida por Evar Méndez prefirió decretar su desaparición antes que acceder al pedido de Borges y otros colaboradores que pugnaban porque el *Martín Fierro* hiciera punta en la campaña presidencial de Hipólito Yrigoyen. Otros grupos literarios fueron formándose en los barrios: en Boedo, un cenáculo de artistas imbuidos de la responsabilidad social de la literatura formaban una editorial, la Editorial Claridad, que difundiría el pensamiento «izquierdista» de todo el continente. Allí se formaron Roberto Arlt, Álvaro Yunque, Elías Castelnuovo, Enrique González Tuñón, Nicolás Olivari y otros, bajo el eminente patronato de Roberto Payró.

No sólo la literatura adquiere jerarquía. La ciencia pura también cobra un gran impulso, bastante frenado desde 1890. Expresa José Babini que «después del '90 se produce en el proceso científico un estancamiento, vale

decir, una decadencia... En contraste sintomático con este estado de decadencia, vemos surgir a fines de siglo y con cierto impulso, instituciones y revistas técnicas. Es, en efecto, este hecho, el síntoma revelador del cambio producido. La crisis del 90 fue por ello calificada como una crisis del progreso, entendiendo este término en el sentido material pues al compás de ese aluvión inmigratorio creciente, se produce un incremento de las actividades técnicas en pos de un afán utilitario y de un interés material, que pospone o impide las preocupaciones por la ciencia pura o por la investigación desinteresada». Hacia 1916 renacen los estudios hueros de inmediatas aplicaciones pragmáticas; en 1917 llega el español Julio Rey Pastor que renueva las matemáticas y contribuye a la fundación en 1924 de la Sociedad Matemática Argentina; la visita que hace al país Albert Einstein en 1924 provoca un renovado interés por la física; en 1919 se realiza el primer Congreso Nacional de Química; en 1919 el doctor Bernardo A. Houssay funda el Instituto de Fisiología y en 1921 la Sociedad Argentina de Biología; en 1925 se declaran autónomas las academias que antes de la Reforma Universitaria ejercieran una actividad política en las casas de estudio y desde entonces fueron centros de investigación científica. Las ciencias naturales, que en el país contaban con orgullos como los sabios Francisco P. Moreno y Florentino Ameghino, tuvieron digno continuador en el doctor Ángel Gallardo.

No tuvieron menor pujanza las sociedades dedicadas a la difusión de las ciencias o las artes. La Sociedad Científica Argentina, fundada en 1872, diversificó sus actividades y empezó a publicar una serie de memorias sobre la ciencia argentina a través de los años. El Colegio Novecentista se funda en ocasión de la llegada al país de José Ortega y Gasset, cuyas conferencias fueron decisivas para el total abandono de la posición positivista que alentaban todavía algunos filósofos argentinos (el caso de Alejandro Korn es típico). Pocos meses antes de la revolución de 1930 se funda el Colegio Libre de Estudios Superiores, tribuna del pensamiento argentino y reducto de la dignidad de la enseñanza.

Las artes plásticas llegaron por esta época a su mayoría de edad. De estos años son los pintores que encumbraron nuestros valores estéticos; Cesáreo Bernaldo de Quirós, que siguió la huella de Martín Malharro, precursor del impresionismo en nuestro país; Fernando Fader, paisajista al margen de toda escuela estética; Carlos Ripamonti, especialista en caracteres del tipo criollo; Jorge Bermúdez, retratista magistral de personajes vernáculos; Benito Quinquela Martín; Martín Boneo y Ángel della Valle, gauchescos primitivos; y después los más modernos, Emilio Petorutti, renovador de la plástica desde 1924, Pío Collivadino, Lino Spilimbergo, Miguel Carlos Victorica, de técnica perfecta y gran señorío; y las mujeres Raquel Forner, desgarrada, Norah Borges, ingenua...

¿Y la escultura? Basta nombrar a Rogelio Yrurtia, el formidable realizador de los monumentos a Rivadavia y a Dorrego; a Agustín Riganelli, a Zonza Briano, para sugerir el adelanto de este arte.

Pero donde se advierte más acabadamente el retorno del arte a lo nativo es en la música. En medio de la diversidad de tonos y estilos, los músicos surgidos desde 1916 en adelante exhiben su ansia por emplear los medios modernos de la técnica orquestal al servicio de elementos típicos locales, estilizando los materiales del suelo. Así compusieron sus obras Juan José Castro, Felipe Boero —cuya ópera *El matrero* se estrenó en 1929—, Juan Carlos Paz, rastreador incansable de inesperadas y a veces chocantes formas, Carlos Guastavino, Gilardo Gilardi, Adolfo V. Luna, Julián Aguirre, el de los «tristes», Carlos López Buchardo, el venerable Alberto Williams, Constantino Gaito...

Aun las manifestaciones de arte menor se jerarquizaron notablemente. De los suburbios porteños surgía incontenible un tipo de música que aleaba los aportes prestados por el campo y los que traía nostálgicamente la inmigración. El tango, la milonga, ritmos y melodías vedados antes a la sensibilidad culta como expresiones tabernarias que no podían tomarse en cuenta, adquieren ahora lugar propio, afinan su forma, irrumpen triunfalmente en todos los ámbitos y aun vanse a correr aventuras por tierras europeas. Surge para interpretarlos con jerarquía artística y sentimental nunca superada, un cantor que sabe estilizar lo que hasta entonces fuera sólo manifestación primaria: y su voz inolvidable lleva en triunfo por el mundo las expresiones de un pueblo que empezaba a cantar con voces propias y a rehabilitar un folklore resurrecto y afinado.

Pero no se manifestó la liberación espiritual solamente en estos nuevos estilos culturales. Hemos dicho al principio que también lo fue en la liquidación de ciertas consignas, ciertos latiguillos que, con sus frases hechas, ponían inhibiciones a la actividad creadora del hombre argentino. «El Estado es mal administrador...»: ¡y el general Mosconi hacía de Yacimientos Petrolíferos Fiscales un orgullo nacional! «Los técnicos argentinos no están suficientemente preparados...»: ¡y los ingenieros de los ferrocarriles del Estado hacían pininos sobre montes y quebradas y construían

la línea de Huaytiquina! «El pueblo todavía no puede gobernarse...»: ¡y el pueblo elegía en paz y libertad a sus gobernantes, y la función pública se llenaba de hombres salidos de la entraña popular! «La Argentina es un país de tercer orden que debe seguir las orientaciones de las grandes potencias...»: ¡y la Argentina planteaba ante los grandes del mundo sus grandes reclamos internacionales con independencia de sujeciones o servilismos!

No fue éste el menor de los servicios que hizo para la salud espiritual del hombre argentino el gobierno de Yrigoyen, poniéndolo en condiciones mentales óptimas para proseguir con fe el destino que se le abría. Claro que no siempre esta confianza se encauzaba por donde debía: probablemente, la vez que el pueblo se sintió más herido en su amor propio y reaccionó más unánimemente por esta época fue cuando un fallo tramposo arrebató en Nueva York el campeonato del mundo a nuestro crédito del *ring*... Pero así como sabía enardecerse por un ideal deportivo era dable también suponer que sabría dar gallardía al logro de un ideal político o de cultura. Cuestión de tiempo. Cuestión de tiempo y de labor sarmientina...

Creación de posibilidades objetivas

El radicalismo hizo de su gobierno un canto de fe y esperanza en el hombre. El Régimen, en cambio, no había creído en él: lo tenía por incapaz de autodeterminarse y por eso había usurpado durante treinta años sus derechos, proclamándose albacea en vida de sus bienes morales y materiales.

Tenía el radicalismo plena confianza en las posibilidades del hombre como «artífice de su destino» —lo había dicho Alem— y como «ser sagrado» —lo habría de decir Yrigoyen—. Por eso, en función de gobierno trató de desbrozarle todo lo que fuera una traba a su auténtico desarrollo. Eso es lo que hemos brevemente reseñado en las páginas anteriores. Pero no bastaba para que el hombre argentino pudiera realizarse. Había también que crear condiciones objetivas: ámbitos de creación que protegieran su desarrollo, que tornaran permanente esa liberación integral, otorgándole una lúcida conciencia de su nueva dignidad, y defensas espirituales para custodiarla, para hacer factible de este modo una proyección argentina en el mundo.

Esto es lo que expondremos a continuación:

a) En lo internacional

Este programa fue en parte realizado merced a la política seguida por Yrigoyen en lo referente a las relaciones argentinas con el mundo. Puede esta materia apreciarse desde tres aspectos: la conducta frente a la guerra, la conducta frente a la paz y la conducta frente a América. Aspectos éstos ligados por una idéntica línea moral de respeto por todos los pueblos —«los pueblos deben ser sagrados para los pueblos»—, de ansia por una armoniosa convivencia internacional —«proclamando la paz universal sobre la igualdad y la solidaridad humana»— y de derecho a sentirse amigo de todas las naciones («la Nación Argentina no está con nadie contra nadie, sino con todos y para bien de todos»).

Para mantener al país al margen de la guerra, sin mengua de su decoro, Yrigoyen debió llevar una política firme, prudente y ecuánime. Cuando Alemania anunció la guerra submarina sin restricciones, el gobierno argentino tomó conocimiento de la medida con una respuesta lacónica y digna, donde lamentaba la decisión imperial y reafirmaba su respeto por las normas del derecho internacional. (Ante la nota que anunciaba la primera campana submarina germana, el gobierno de De la Plaza había guardado silencio). Poco después, en abril de 1917, es hundido el buque argentino *Monte Protegido*: el gobierno realiza una exhaustiva investigación y plantea el pertinente reclamo ante la cancillería alemana. Ésta da, pocos días después, amplias

satisfacciones y promete reparar el daño. Dos meses más tarde, otro buque nacional, el *Toro*, es echado a pique. Nueva protesta argentina, en la que ya no se plantea sólo la reclamación por el hecho, sino que se exige «la seguridad del gobierno alemán de respetar en lo sucesivo los barcos argentinos en su libre navegación de los mares». Tan tensa se torna la situación que el ministro de Relaciones Exteriores argentino recomienda al ministro en Berlín se prepare para cualquier eventualidad. Después de algunas demoras (tal vez provocadas por las informaciones que subrepticamente cablegrafiaba desde Buenos Aires el embajador alemán dando como probable un cambio en el gabinete argentino y aconsejando el rechazo de las pretensiones) el gobierno imperial responde ratificando el respeto que le merece el pabellón argentino y justificando el ataque con disposiciones de la Convención de Londres de 1909 sobre contrabando. Contesta el gobierno argentino negando que pueda estar sujeto a convenciones que le son extrañas, rechazando los conceptos sobre contrabando e insistiendo en su exigencia de que Alemania dé amplias seguridades, tal como se había requerido anteriormente. Veinte días más tarde el gobierno alemán promete indemnizar ampliamente, declara que la libertad de los mares es uno de sus objetivos guerreros y «reconoce [...] las normas del derecho internacional y se esforzará por cumplirlas».

El triunfo había sido completo.

Dos años antes, cuando la flota británica capturó un buque argentino, el gobierno de De la Plaza se limitó a solicitar la aclaración del «error de interpretación» cometido: aceptando el gobierno británico restituir el buque siempre que el gobierno argentino se abstuviera de plantear una cuestión general. Así se hizo y —como dijera Oyhanarte— «nuestro gobierno de entonces pasó por estas horcas caudinas y abandonó todo reclamo por daños morales y materiales, declinando un derecho soberano a que los buques de su bandera pudieran surcar todos los mares sin que nación alguna pudiera apresarlos». Lo curioso es que todas las voces que después se alzaron para enrostrar al gobierno de Yrigoyen su supuesta debilidad no dijeron nada ante la blanducha conducta del gobierno del Régimen.

Días después de haberse solucionado el conflicto del *Toro*, el secretario de Estado norteamericano hace conocer el texto de unos telegramas cifrados que el embajador alemán en Buenos Aires enviara a Berlín cuando se estaban tramitando los incidentes relatados. Los telegramas revelaban una duplicidad, una crueldad y una falta de consideración por el país tales que provocaron justificadas reacciones populares. Cuarenta y ocho horas después el gobierno argentino entrega los pasaportes al insolente y comunica el hecho a la Cancillería imperial, que de inmediato desaprueba la conducta de su enviado y expresa su pesar por lo sucedido. No está de más recordar que durante la presidencia de De la Plaza un vicecónsul de la Argentina había sido fusilado en Bélgica y los atributos nacionales destruidos por las fuerzas alemanas de ocupación, y que en semejante coyuntura el gobierno no tomó absolutamente ninguna medida, salvo una investigación que murió de inanición.

Reseñando estas actitudes resulta increíble pensar que se pudiera haber reprochado en algún momento debilidad o falta de orientación al gobierno de

Yrigoyen. Toda su actuación durante el conflicto se dirige a defender las normas de convivencia internacional, sin permitir que se vulnere la soberanía del país. Sin embargo un chillón conjunto de intereses y sensiblerías se conjuraron para presionar al gran repúblico y arrancarle una medida que hubiera sido en todo sentido desgraciada. Los grandes diarios no cesaron de magnificar los hechos y tergiversar las medidas gubernativas, creando un ambiente psicológico favorable a la ruptura de relaciones con Alemania y aun la guerra, y provocando algaradas antigermanas contrarias a los sentimientos generosos de nuestro pueblo; los políticos del Régimen, desde el Congreso, exigieron al Poder Ejecutivo una conducta que no les había preocupado anteriormente, cuando ellos detentaban el poder y los incidentes habían sido más graves; los diputados socialistas, contraviniendo la resolución de un congreso partidario convocado especialmente, votaron por la ruptura de relaciones, repitiendo la claudicación ideológica de sus correligionarios europeos; ciertas agencias noticiosas y ciertos diarios chantajearon espiritualmente al país anunciando que se le haría un boicot financiero; el embajador británico expresó en una oportunidad que en materia comercial su país daría preferencia a las naciones que mejor demostraran su amistad hacia Gran Bretaña; una escuadra yanqui anunció que «entraría incondicionalmente» en Buenos Aires... Todo eso pasó, pero Yrigoyen no cedió. Permitió las manifestaciones rupturistas y protegió su derecho a decir lo que les viniera en gana a los oradores; tomó nota de las resoluciones tomadas por el Congreso; sin hacerles caso, como constitucionalmente le era facultativo; llamó al embajador británico y le hizo rectificar sus declaraciones poco diplomáticas; dio al embajador norteamericano una lección de gramática, aclarándole el significado insultante de ciertas palabras y obligando a la flota a solicitar permiso para hacer una «visita de cortesía»... Pero no cedió.

Si toda esta formidable presión hubiera sido realizada por elementos adversos a la orientación cívica gobernante, todo hubiera resultado muy claro: el Régimen, con sus epígonos y pequeños clientes, quería que el país continuara en la línea de servidumbre a los grandes intereses mundiales en que había estado hasta entonces. Pero lo doloroso es que también hombres que estaban en la misma corriente que Yrigoyen no entendieron su conducta y se dejaron vencer por el miedo o por sus simpatías. Así en el Senado votaron por la ruptura de relaciones, además del representante socialista y los conservadores, los radicales Leopoldo Melo y Martín Torino. En Diputados, Ricardo Caballero —que tan cerca estuvo del pensamiento yrigoyeneano en los matices sociales de su gestión—, Tomás Le Breton, Emilio Mihura, Pedro Solanet, y Valentín Vergara votan por la ruptura de relaciones. El diputado Rogelio Araya vota contra la ruptura por entender que lo procedente es la declaración de guerra, ¡y era por entonces presidente del Comité Nacional de la Unión Cívica Radical!

Más todavía. Los mismos funcionarios encargados de la política exterior no disimulaban su ansia belicista. El embajador en Washington, doctor Rómulo Naón —que años más tarde defendería como abogado a la Standard Oil en el juicio que le siguiera el gobierno de Salta— ejercía una permanente presión en tal sentido, obstaculizando la orientación impresa por el Poder Ejecutivo y comprometiendo con reiteradas actitudes la posición argentina de estricta neutralidad. Y el embajador en París, doctor Marcelo T. de Alvear, también instó telegráficamente a Yrigoyen (octubre de 1917) a no adoptar actitudes que podrían significar la exclusión de la Argentina en los futuros congresos de paz. Y todavía, para confundir más las cosas, el aplauso que suscitaba la política de Yrigoyen entre muchas personalidades de notoria filiación germanófila lo hacía aparecer como sosteniendo una actitud favorable a una de las partes en conflicto...

Este aspecto de la rectoría yrigoyeneana es tal vez el más difundido en sus

detalles, pero rara vez ha sido valorado en su significado profundo y trascendente. Paradójicamente, fue uno de sus detractores el que acertó a sintetizar el sentido de la política internacional de Yrigoyen. Fue Carlos Sánchez Viamonte en su libelo titulado *El último caudillo* quien expresó: «Yrigoyen salvó, junto con la neutralidad, el nuevo sentido americano de la vida».

Pudo eso ocurrir porque su política frente a la guerra imperialista significó el desprecio por una pelea ficticia, innecesaria, absurda, reventón de un sistema en crisis que no halló en sí mismo las fuerzas morales eficientes para su humanización y perfeccionamiento progresivos. La conducta de Yrigoyen frente a la guerra fue la afirmación argentina de su independencia espiritual, de su anhelo de servir prácticamente a la realización de un mundo mejor, sin compromisos para nadie, pero tampoco sin temor a nadie. De nada valió que la presión para que abandonara esa línea se hiciera por momentos asfixiante. Formidablemente tozudo, Yrigoyen fue auténtico hasta el final. Por encima de la grito de los plumíferos, por encima de los editoriales agraviantes, por encima de las puebladas irresponsables, sintió Yrigoyen el mensaje oscuro y recio de la tierra. La tierra no quería casarse con el sistema que la había esquilado. La tierra quería vivir en paz para salvar del naufragio algunos valores y transferirlos después al mundo por nacer. Por eso Yrigoyen persistió. Hoy nadie niega su visión. Pero en su tiempo debió echar mano a toda su entereza para mantenerse enhiesto en una postura que aun los que la defendieron no alcanzaron a sospechar hasta qué punto tenía importancia como intento de reenquiciamiento del país.

La neutralidad yrigoyeneana fue una afirmación de autonomía nacional y una manifestación de fe en la justicia y el derecho. Suscribimos las palabras de Jorge Rodolfo Barilari: «Muy pocas naciones quedaron al margen del conflicto, algunas porque a los mismos combatientes interesaba la existencia de zonas neutras, otras porque valoraban sus conveniencias en términos utilitarios... Una Nación mantuvo su prescindencia por principios ideales: la República Argentina, y sólo un estadista genial creyó en esos principios con fe religiosa: el Presidente Yrigoyen»^[18].

Si rectora fue su política frente a la guerra absurda, no lo fue menos frente a la paz injusta. Una victoria guerrera atribuye siempre al afortunado el poder de dictar las condiciones de paz a su antojo. Pero esta guerra era proclamada por los aliados como la última que padecería la humanidad: Wilson declaraba reiteradamente que la paz se haría con miras al bienestar de los pueblos y concretaba tales anhelos en sus famosos Catorce Puntos. Existía el compromiso de hacer de «ésta» paz, algo distinto...

Por eso fue más doloroso el estupor de los hombres sencillos de todo el mundo al evidenciarse que la ansiada paz sería tan sólo una repartija pampa de zonas de influencia, presidida por un organismo internacional donde no tenían cabida la universalidad ni la igualdad de las naciones. En ese momento Yrigoyen, soldado de la esperanza humana, planteó ante el solemne ámbito de Ginebra sus grandes reclamos

por una congregación ecuménica construida sobre bases de amor y fraternidad. Su palabra no fue escuchada, pero el fracaso de la paz de Versalles, una de cuyas consecuencias fue la Liga de Naciones denunciada por él, fue el más contundente reconocimiento de su sabiduría y visión.

Apenas firmado el armisticio (acontecimiento que el gobierno argentino subrayó con un conceptuoso decreto declarando tal fecha feriado nacional), el Presidente Yrigoyen dio instrucciones al embajador en París, doctor Alvear, para que obtuviera el lugar que correspondía en los «congresos que se celebren para tratar las bases en que ha de reposar la estabilidad futura de las naciones».

Debía reunirse la Asamblea de la Sociedad de las Naciones en Ginebra, en noviembre de 1920. Sabía perfectamente Yrigoyen qué reclamos llevaría al concilio de naciones, en procura de un mundo más justo. Ante una consulta que le hiciera por entonces el gobierno colombiano sobre posibilidades de una acción conjunta de los países sudamericanos respondió el gobierno argentino que su delegación plantearía en la Asamblea cuestiones previas que decidirían su permanencia o retiro. Tal respuesta dio la sensación de que la Argentina no iría a aceptar calladamente las imposiciones de las grandes potencias, sino que llevaría una firme posición. De ello seguía que los delegados que fueran a Ginebra debían reunir excepcionales condiciones de capacidad y entereza. Se decidió, pues, que los delegados fueran el ministro de Relaciones Exteriores doctor Honorio Pueyrredón y los embajadores en París y Berlín, doctores M. T. de Alvear y Luis B. Molina, respectivamente, integración que era de por sí sugestiva, pero este último solicitó ser relevado por razones particulares y resolvióse entonces sustituirlo por el doctor Fernando Pérez, ministro en Viena.

Al llegar a París y reunirse con sus compañeros de delegación, Pueyrredón les hizo saber cuáles eran las directivas que llevaba, concretadas en un acta que levantó con posterioridad a su partida de Buenos Aires. Los doctores Alvear y Pérez abundaron en críticas a tales instrucciones, afirmando que la Argentina debía abstenerse de formular cuestiones previas a la Asamblea, ya que estaba abocada a una situación de hecho que debía respetar. Pueyrredón mostróse débil ante tales observaciones, manifestando que «serían tomadas en consideración en cuanto no afectasen al fondo de las instrucciones que se proponía seguir estrictamente». La actitud de Alvear y Pérez debió ser rechazada de plano, por cuanto no cabían transigencias ante planteos tan distintos.

Es que las instrucciones eran terminantes. Sostenían que no procedía el distingo entre «neutrales» y «beligerantes»; que todas las naciones del mundo sin exclusiones debían ser invitadas a incorporarse a la Liga; que los miembros del Consejo debían ser elegidos por la Asamblea conforme al principio de la igualdad de los Estados; que el Consejo y la Asamblea podían reunirse «*per se*»; sostenía el derecho de cada país a mantener sus efectivos militares; propugnaba el arbitraje general y obligatorio y repudiaba la guerra de conquista, considerando ilegítimo el avasallamiento violento de territorios ajenos. Todo un programa de paz y respeto que debía malsonar en los oídos de los muñidores de mutilaciones territoriales, pactos secretos y ligas de naciones sujetas a diferente trato...

Dos días después de la solemne apertura de la Asamblea, Pueyrredón pronuncia (17 de noviembre de 1920) su célebre discurso, donde expone la historia de la política internacional argentina, la fundamentación de la neutralidad durante la pasada guerra y las aspiraciones del país en lo referente a la estructuración de la Sociedad de las Naciones. Pero estas aspiraciones no fueron planteadas en forma de cuestiones, materia de un previo y especial pronunciamiento de la Asamblea y decisivas, por lo tanto, para la permanencia o retiro de la delegación; simplemente fueron expuestas como un anhelo más o menos lírico. Impresionados por el brillante ambiente ginebrino, la delegación argentina no se animaba a exponer el pensamiento yrigoyeniano en toda su cabalidad y se dejaba arrastrar poco a poco hacia un renuncio total.

Así, los tres miembros de la delegación se prestaron a integrar comisiones internas: ello motivó un telegrama de Yrigoyen insistiendo que se exigiera el pronunciamiento previo de la Asamblea y no se participara en pronunciamiento alguno hasta obtenerlo. Fue en este mensaje donde Yrigoyen, maliciando la presión espiritual que soportaban sus enviados, los exhorta a no olvidar los principios que fundamentan su trayectoria cívica: «Hay que ser radical en todo y hasta el fin, levantando el espíritu por sobre el medio y el ambiente, cualquiera que él sea, teniendo muy presente siempre que la Argentina [...] no debe identificarse sino con proposiciones perdurables propias de la esencialidad determinante del Congreso»^[19].

Pueyrredón contestó explicando que era de rigor el pase a comisión de las mociones, lo que motivó un nuevo mensaje que aclaraba que la delegación argentina no debía comprometerse en ideas, proyectos o votaciones hasta no tratarse el asunto fundamental; es decir, mantener una abstención expectante.

Llegaba el momento de concretar las cuestiones que debían presentarse ante las respectivas comisiones para su tratamiento. Entonces se produce una larga discusión en el seno de la delegación: Alvear y Pérez se oponen terminantemente a que se propugne la admisión de todos los países en la Liga por considerar que la Argentina aparecería como «abogado de un vencido», opinando que el discurso que había pronunciado Pueyrredón bastaba para salvar los principios sustentados. Pueyrredón sostuvo con firmeza la necesidad y la conveniencia de cumplir las instrucciones gubernativas y —dejando a salvo las opiniones contrarias de sus colegas— se resolvió presentar siete proposiciones ante otras tantas comisiones.

Mas el 25 de noviembre la delegación hace un nuevo esfuerzo para eludir el planteamiento de las cuestiones. Pueyrredón comunica a Buenos Aires que probablemente la Asamblea admitiría en su seno a algunos países que en la guerra resultaron vencidos, con lo que de hecho se habría realizado la aspiración argentina de admisión universal, aunque la tesis general no se aprobara; al mismo tiempo resta importancia al efecto que eventualmente podría causar el retiro de la delegación. La disidencia interna de la delegación y el «medio ambiente» pesaban sobre el ánimo del ministro de Relaciones Exteriores. Mucho debió afectar a Yrigoyen este mensaje, que

amenazaba desvirtuar las grandes orientaciones impartidas. Tres días después contesta reiterando las instrucciones, explica el sentido de cada una de las proposiciones y expresa su extrañeza ante la conducta de la delegación, cuyos miembros «forman parte de comisiones, adelantan proyectos, emiten opiniones que la llevan a una posición inferior a la que la intensa expectativa provocada por sus declaraciones originales hacía esperar». Deja entrever la posibilidad de que, si continuaba en ese tren, la delegación sería desautorizada, y ordena que si las proposiciones argentinas son rechazadas o postergadas, ella «se retiraría acto continuo de la Asamblea, dando por terminada su misión».

Ante tales palabras no cabía más que atenerse estrictamente a lo indicado. El 2 de diciembre la Asamblea vota el pase a comisión de las enmiendas propuestas por varios países al pacto de la Liga, entre ellas la Argentina. Pueyrredón se opone a tal medida, que, sin embargo, es aprobada.

Ésta fue la gran oportunidad que Pueyrredón marró. Tal vez cohibido por el esplendor de la Asamblea donde se encontraban los más famosos estadistas del mundo, tal vez trabajado por las disidencias de la delegación, Pueyrredón se llamó a silencio. Su discurso anunciando el retiro de la Argentina hubiera podido ser sensacional y acaso hubiera logrado rectificar fundamentalmente los rumbos de la Sociedad de las Naciones, pero no lo pronunció. Ni siquiera se presentó la nota de retiro inmediatamente como ordenara Yrigoyen. Por lo contrario, el canciller argentino permitió que Alvear y Pérez realizaran la última tentativa para arrancar del Presidente una actitud contraria a la reiteradamente indicada. En efecto, el mismo día de la votación contraria a la propuesta argentina Alvear telegrafía a Buenos Aires repitiendo sus conocidos puntos de vista y aclarando que si hubiera creído que las instrucciones dadas a Pueyrredón eran terminantes, hubiera disentido totalmente desde el primer momento. No hubo respuesta a este mensaje. Al día siguiente, Alvear y Pérez envían un telegrama conjunto, ratificando su posición contraria al retiro y salvando su responsabilidad en caso de que se insistiera en efectuarlo. Tampoco hubo respuesta: no podía haberla, desde que tales mensajes eran un verdadero alzamiento contra las estrictas instrucciones recibidas y contra la jerarquía de jefe de la delegación que ostentaba Pueyrredón.

En vista de que no llegaba contestación a las impertinentes instancias de Alvear y Pérez, Pueyrredón les hizo conocer la nota que había de presentar a la presidencia de la Asamblea. Nuevamente hizo notar Alvear su disconformidad. El 6 de diciembre se leyó la nota a la Asamblea. Al día siguiente, previo un telegrama de saludo a Yrigoyen en el que Pueyrredón se atribuía el carácter de «intérprete de V. E. en la defensa de un alto ideal de justicia», la delegación argentina se retiraba de Ginebra.

*

Pocos días después Yrigoyen envía un telegrama —que personalmente dictó palabra por palabra al subsecretario de Relaciones Exteriores Molinari— aprobando la conducta de la delegación y expresando que «... la Nación Argentina [...] no está con nadie contra nadie, sino con todas para bien de todas [las naciones]. Ha asistido al Congreso sin prejuicios ni inclinaciones algunas, llevando en su definición de conceptos la unción santa de una nueva vida universal que siente y profesa profundamente. Se ha encontrado sola [...] pero sintiéndose poderosa para llevar al

seno de la humanidad el aporte de su concurso, no debía omitir sus esfuerzos y los deja cumplidos, íntimamente convencida de que al fin la suprema justicia se impondrá en el mundo».

El lector habrá apreciado que la conducta de Yrigoyen en el plano internacional se dirigió a sostener en toda circunstancia la primacía de los valores jurídicos y morales sobre las contingencias de la guerra o de la paz. Obedecía con ello a profundas convicciones éticas y daba voz con su actitud a la oscura aspiración americana de romper las creaciones de un mundo en crisis para sustituirlas por un orden «más ideal, de más sólida confraternidad y más en armonía con los mandatos de la Divina Providencia».

Su gestión internacional, pues, no puede desvincularse de su concepción americanista: concepción plena de optimismo sobre la misión de estos pueblos —«estoy profundamente poseído de que tenemos un magno destino»— y dirigida a la justa estimación de sus valores constitutivos —«... una nueva edad histórica [...] habrá de surgir como un nuevo evangelio enseñado en la verdad viviente del ejemplo en el seno de las naciones que pueblan los continentes de América»—. No tuvo su conducta frente a los pueblos americanos momentos de extrema tensión, como sucedió durante su política neutralista frente a la guerra; ni tampoco culminó en actitudes expuestas ante un gran escenario, como ocurrió con su política frente a la paz, pero a través de sus dos gobiernos deslizóse firmemente una idéntica línea de fraternidad y cooperación con los pueblos hermanos, y de altivo repudio a las pretensiones de avasallar sus libres soberanías.

En sus relaciones con los países de nuestra América el Régimen había procedido torpemente, oscilando entre los roces con Chile por cuestiones de límites o con Brasil por pujos armamentistas, la presión sobre la política interna del Paraguay o la formación de la liga del ABC que, aun sin proponerse ejercer una hegemonía continental, daba esa sensación a los pueblos excluidos de ella. (La doctrina de Luis María Drago sobre compulsión en el cobro de deudas internacionales fue una plausible excepción a esta política). La presidencia de Yrigoyen, en cambio, desarrolló una diplomacia llana y abierta con las demás naciones de América, presta a toda cooperación, a tal punto que bien pudo anunciar al Senado en 1920 que «desterradas las suspicacias internacionales que engendraron un malestar permanente, reina una situación de bienestar y de confianza recíproca que nos permite a todos laborar tranquilos nuestros desenvolvimientos. Ése es el resultado de la alta y bien cumplida política internacional de este gobierno».

Fueron múltiples los gestos que revelaron a los pueblos hermanos la voluntad fraternal que alentaba el gobierno de Yrigoyen: desde la promesa de defender el territorio uruguayo si fuera atacado por los colonos alemanes de las zonas australes del Brasil, hasta la negativa a proveer de armas al gobierno paraguayo para reprimir una revolución, evitando así que saliera del país «la menor vibración [...] para contribuir a los desgarramientos de los países hermanos»; sin olvidar el significativo

saludo que ordenó rindiera un acorazado argentino al pabellón de la República Dominicana, ocupada en ese entonces por fuerzas navales norteamericanas, o el proyecto de condonar la deuda de guerra que aún nos debía el Paraguay.

Pero la iniciativa que reveló más nítidamente su fe en América como posibilidad de creación autónoma de un sistema de vida fue la de reunir un congreso de naciones latinoamericanas no beligerantes, para coordinar su política con respecto a la guerra y evitar que «cuando en el próximo Congreso de la Paz se modulen por medio siglo los destinos del mundo, se disponga de nosotros como de los mercados africanos».

La invitación se cursó en mayo de 1917 a todos los países de América con exclusión de Estados Unidos y encontró en principio acogida favorable en todas las naciones, salvo Panamá, Venezuela, Uruguay y Santo Domingo —cuya soberanía era ilusoria dada la ocupación que padecía—. En octubre se envió la invitación formal, pero para entonces muchos países habían adoptado una posición concordante con Estados Unidos, que ya se había embarcado en la guerra, por lo que la invitación se formuló sólo a los nueve países que no participaban en el conflicto, haciendo saber a los demás que se vería con agrado su participación. Solamente dos países, México y Cuba, aceptaron esta vez: la diplomacia de Washington se había apresurado a evitar que las naciones latinoamericanas formaran un bloque homogéneo. Abortó así una iniciativa que podía haber creado una avizora conciencia latinoamericana. En diciembre de 1917 llegó a Buenos Aires la delegación azteca, adhesión simbólica del pueblo que a través de esfuerzos sin cuento realizaba a esas fechas en el otro extremo del hemisferio una formidable revolución: cierta prensa antirradical tuvo la bajeza de burlarse del conmovedor gesto mexicano.

Pasó el tiempo. En 1928 asume Yrigoyen nuevamente la presidencia. El imperialismo yanqui habíase acentuado a través de los gobiernos de Harding y Coolidge. Tropas americanas ocupaban países, sus *businessmen* intervenían las finanzas de varios estados, las posesiones de sus empresas frutícolas o petroleras eran feudos intocables, sombrías dictaduras servían sus intereses. Pero una conciencia de autonomía estaba naciendo en América, al calor de la generación surgida en los movimientos de reforma universitaria. En Norteamérica misma, donde al fin se abrían paso las apasionadas críticas que hacían a su intervencionismo estos núcleos y en algunos lúcidos espíritus como el de Waldo Frank, también se sintió la necesidad de modificar la política llevada en Latinoamérica.

Fue así como a fines de 1929 el presidente electo Herbert Clark Hoover decidió realizar una *tournée* de buena voluntad a través del continente americano, para disipar los prejuicios y las desconfianzas que suponía se abrigaban contra su país. Con buen éxito visitó Honduras, El Salvador, Nicaragua, Costa Rica, Ecuador, Perú y Chile, recibiendo agasajos oficiales y retribuyéndolos con vagas palabras de amistad y buena voluntad.

Cuando llegó a nuestro país... Mas dejemos que hable un historiador norteamericano que ha relatado muy por menudo todo el desarrollo de la gira en un libro dedicado a estudiar la política de Hoover en Latinoamérica^[20]. Dice así:

«Fue necesario en Buenos Aires que Hoover acentuara más fuertemente la idea de que Estados Unidos intentaba adoptar el ideal de la “buena vecindad” y seguir una línea de buena voluntad hacia Latinoamérica. Argentina era el centro de la resistencia al “imperialismo yanqui”, y se consideraba a sí misma la campeona de la civilización latinoamericana. Aun antes de la partida de Hoover habían existido dificultades con el orgulloso espíritu del imperio del ganado y las mieses. Cuando fue proyectada la gira de buena voluntad, el doctor Hipólito

Yrigoyen, presidente de la República Argentina, alargó tanto tiempo la cortesía de invitar al futuro presidente de los Estados Unidos, que el doctor Manuel E. Malbrán, embajador argentino en Washington, realizó una visita urgente a su patria para protestar por la demora de Yrigoyen. Después que el presidente Coolidge hizo saber que Hoover gozaría de honores presidenciales, Yrigoyen le mandó una tardía invitación.

»En su arribo a Buenos Aires, la misión de buena voluntad encontró evidencias de demostraciones antinorteamericanas indudablemente provocadas por resentimientos contra la política norteamericana en Nicaragua. Hoover pronto clarificó la atmósfera mediante el juicioso uso de una frase que gustó al “ego” argentino. Se refirió a la Argentina como “la canasta de pan del mundo”. El *slogan* “la canasta de pan del mundo” fue prontamente adoptado por la prensa argentina y rápidamente fue conocido a través del país, junto con su autor. *El Diario* de Buenos Aires encabezó con la frase todas sus ediciones y comentó que “nos alegra que tal expresión venga de Mister Hoover, que es un juez altamente calificado”.

»También fue en Buenos Aires donde el estadista cuáquero hizo lo que tal vez fue el más significativo pronunciamiento sobre su futura política. En una *interview* exclusiva concedida al diario porteño *La Nación*, Hoover denunció el concepto de “hermano mayor en las relaciones entre Estados Unidos y los otros países del hemisferio oriental”, y renunció asimismo a los principios de la intervención estadounidense. Repudió también los corolarios de Theodore Roosevelt a la Doctrina de Monroe, declarando: “Ha persistido mucho tiempo la idea de que entre las naciones, igual que en las familias, hay hermanos mayores y menores. De esto se sigue que la función de tutor, al menos en las cuestiones espirituales y muchas veces en aspectos políticos, es ejercitada por el hermano mayor sobre los supuestos menores. Yo desapruero absolutamente tales doctrinas sentimentales o políticas. No hay naciones soberanas menores, no hay hermanos mayores ni menores en el continente americano. Desde el punto de vista político y espiritual, todas son de la misma edad. Yo veo en cada nación del continente una nación amiga y cada una de la misma edad; Estados amigos e iguales de un gran continente en el cual el progreso de las grandes naciones sigue una misma línea; como un grupo de amigos tan amigos o más, como hermanos de idénticos ideales, que marchan hacia nuevas direcciones, con nuevos propósitos, todos juntos y en igual jerarquía”.

»El temor de algunos a supuestas ideas intervencionistas de Estados Unidos, es infundado. Los hechos están demostrando gradualmente en forma cada vez más clara y total, que en mi país no prevalece la política de intervención, a pesar de algunas apariencias en ese sentido».

»La *Interview* levantó algunas críticas en Estados Unidos sobre las bases de la autoridad de Hoover para comentar la política gubernativa cuando era todavía un simple ciudadano. Pero en la Argentina, el reportaje de Hoover repudiando la intervención, fue favorablemente recibido.

»La *Época*, otro diario argentino, publicó una *interview* concedida por el presidente Yrigoyen, donde éste decía que Hoover le había prometido que “los Estados Unidos, bajo la próxima administración se abstendría de intervenir en los asuntos internos de Latinoamérica”. Algunos latinos escépticos expresaron la esperanza de que la administración de Hoover podría “probar la declaración más que el viento soplando sobre las pampas». A pesar de todo, la breve estada de Hoover en la Argentina fue sorprendentemente exitosa. Su visita y las conversaciones privadas sostenidas con la gente del gobierno argentino ayudaron considerablemente a disipar el temor y la desconfianza que existía hacia los Estados Unidos antes de su llegada. Fue índice de la influencia dejada por la visita de Hoover el cambio de actitud de parte de alguna prensa argentina. Después de su breve estada, algunos importantes diarios argentinos urgieron estrechar relaciones con el Tío Sam”.

Las declaraciones de Yrigoyen a *La Época* anunciando el compromiso de Hoover sobre no intervención en el futuro fueron lo más concreto de la gira. Hasta entonces, todo había sido una palabrería de lugares comunes que a nada comprometían: el mandatario argentino, en cambio, había logrado arrancar al futuro gobernante yanqui la promesa de liquidar definitivamente la nefasta política intervencionista que Wilson había iniciado en la creencia de remediar la inestabilidad política de algunas naciones latinoamericanas, y que en manos de las administraciones siguientes habíase convertido en arma de injusticia y explotación.

Bueno es hacer notar que las declaraciones de Hoover fueron acogidas con escepticismo.

Pero también es conveniente reconocer que Hoover cumplió su palabra en cuanto

al abandono de la política intervencionista, puesto que durante su administración fuéronse desmontando gradualmente los rodajes imperialistas (por lo menos en sus aspectos más visibles), que avasallaban a las naciones hermanas del Caribe.

No fue ésta la única oportunidad en que se puso de manifiesto la enérgica concepción americanista de Yrigoyen frente a Hoover, y su poderosa personalidad moral. Tres meses después de estos episodios ocurrió lo que sigue.

Se inauguraban las líneas telefónicas entre Argentina y Estados Unidos. Dos o tres postergaciones del llamado que debía realizar Washington creó cierta expectativa en el público. Al fin se produce el circuito. Según el programa, Hoover e Yrigoyen pronunciarían las primeras palabras. Habla Hoover: «Utilizo —dice— uno de los más grandes triunfos de la ciencia y el comercio por medio del cual ha llegado a ser una realidad la comunicación radiotelefónica a través de las grandes distancias...». Recuerda su visita al país y expresa su anhelo de que el mayor conocimiento recíproco deshaga las intangibles barreras que suelen separar a los pueblos que están físicamente muy alejados.

Se supone que estas inauguraciones oficiales son magníficas oportunidades para no decir nada. Pero Yrigoyen quiere establecer claramente frente a la nueva maravilla mecánica y frente al representante de la civilización esencialmente pragmática y utilitaria, su afirmación en los bienes del espíritu por sobre todas las cosas. Empieza recordando la visita de Hoover en la que ambos —subraya significativamente— coincidieron sobre la forma en que deben solucionarse los conflictos internacionales; conviene en que el nuevo medio de comunicación ha de ser un factor más en la «expansibilidad comunicativa» de las dos naciones. Y solemnemente agrega:

«Pero tengo que decirle, cada vez más acentuado mi convencimiento, que la uniformidad del pensar y sentir humanos no ha de afirmarse tanto en los adelantos de las ciencias exactas y positivas, sino en los conceptos que como inspiraciones celestiales deben constituir la realidad de la vida: puesto que cuando creímos que la humanidad estaba completamente asegurada bajo sus propias garantías morales, fuimos sorprendidos por una hecatombe tal, que nada ni nadie podría referirla en toda su magnitud». Expresa su anhelo de que después de catástrofe tal renazca «una vida más espiritual y sensitiva». Y termina con estas palabras inmortales: «... refirmando mis evangélicos credos de que los hombres deben ser sagrados para los hombres y los pueblos para los pueblos, y en común concierto reconstruir la labor de los siglos sobre la base de una cultura y una civilización más ideal, de más sólida confraternidad y más en armonía con los mandatos de la Divina Providencia...».

El efecto de las palabras de Yrigoyen fue enorme. Hoover mismo, terminada la conferencia, volvió a llamar a Buenos Aires para significar la emoción que a él y a sus compañeros había producido la oración del presidente argentino. *La Calle*, diario radical, comentaba al día siguiente: «El doctor Yrigoyen ha rendido su aplauso al esfuerzo que une en la red telefónica la existencia de dos grandes pueblos: pero al mismo tiempo les ha recordado a los que quieren reducir el universo a un teorema mecánico, que el esfuerzo sin pensamiento es una energía sin destino ni trascendencia [...] que la grandeza de los pueblos sólo es efectiva cuando une a sus riquezas materiales

su grandeza moral, sus sentimientos humanitarios, sus aspiraciones de hermandad y respeto». Conceptos semejantes vertía *La Época* en su editorial, titulado «Un mensaje para la humanidad».

La Nación, por su parte, expresó que Yrigoyen había estado «fuera de tono»... *La Prensa* comentó la oración de Yrigoyen en forma irónica y despectiva: «... Es difícil averiguar cuáles son los credos del primer magistrado, desde que no los expresó jamás...».

En momentos en que la pujanza de Estados Unidos amenazaba la soberanía y el destino propio de las naciones latinoamericanas, la política de Yrigoyen alentó la formación de una conciencia emancipadora en el hemisferio. Fue por entonces la Argentina la campeona de Nuestra América. Por eso los uruguayos Baltasar Brum, Silvestre Pérez, Eduardo V. Haedo y Luis Alberto de Herrera; los chilenos Gonzalo Bulnes y Arturo Alessandri; el brasileño Mello Franco; los peruanos Víctor Raúl Haya de la Torre y F. Cossío del Pomar; el mexicano José Vasconcelos; el guatemalteco Enrique Gómez Carrillo; el nicaragüense Augusto César Sandino y tantos otros elogiaron la personalidad y la obra de Hipólito Yrigoyen. Todos ellos —e Yrigoyen mismo— eran la voz soterrada e insobornable de nuestra América, que pugnaban por vocear la esperanza cierta de un continente unido y libre.

b) En lo político

Al referirnos a la creación de un ámbito político conducente a la realización cabal del hombre y la Nación argentinos debemos aludir exclusivamente al tema de la libertad, por cuanto fue éste el valor que encumbró Yrigoyen por sobre todas las cosas y que dio acento característico a toda su época. Por ello, su gran designio en este aspecto fue infundir la persuasión de que la opinión pública como expresión de la ciudadanía es la única fuerza que debe controlarse a sí misma; que ella debe trazarse las normas sobre las cuales ha de realizar su crítica, así como debe sancionar a quienes las trasgreden. «Fue así que nunca ni en ningún caso o circunstancia alguna se arrestó a nadie ni se suspendió un diario ni se estableció estado de sitio ni se tomó la menor medida coercitiva, no obstante el mare mágnum de rebeldías, diatribas y procacidades conjuradas contra el gobierno...», pudo decir con austero orgullo el gran viejo, ya caído y en prisión.

Hemos ya hecho referencia a la campaña de falsedades e injurias que debió afrontar Yrigoyen. Pero no nos hemos referido todavía al respeto que manifestó por la libertad en todas sus manifestaciones, sentimiento que le impidió tomar medida alguna contra la vocinglería alzada contra él. No sólo ese respeto sino también su grandeza de alma: porque ni directa ni indirectamente se vengó jamás de sus detractores ni instigó a que los atacaran ni rasgó sus vestiduras para exaltar a sus seguidores a la venganza. En sus tiempos atacar al primer magistrado de la Nación fue un deporte carente de riesgos. Por medio de la prensa o verbalmente, en lugares públicos, en actos políticos o culturales, en cualquier lado y de cualquier modo se

pudo decir lo que se quiso sobre Yrigoyen y su partido. La ley penal protege a quien es mancillado injustamente en su honor: pero durante los gobiernos de Yrigoyen el único argentino al que se pudo calumniar impunemente fue al Presidente de la República.

Sería largo hacer la historia de lo que no hizo Yrigoyen contra sus opositores. Basta con citar un testimonio insospechado, cual es el de un ciudadano que ha sido presidente del partido conservador: (Reynaldo Pastor. Sesión del desafuero a Ricardo Balbín, 29 de septiembre de 1949. *Diario de Sesiones Cám. de Dip.*, pág. 4286). «Yo era un muchacho, joven estudiante del Colegio Nacional, cuando Hipólito Yrigoyen fue por primera vez presidente de la Nación, y recuerdo que realizaba violentas campañas que eran no sólo el fruto de una inspiración cívica, sino también el arrebato de la irresponsabilidad con que muchas veces procede la juventud. Escribí en algunos periódicos del país procesos tremendos contra el presidente Hipólito Yrigoyen. A veces los releo y me estremezco al pensar que en aquel entonces un joven ciudadano podía decir bajo su firma, en los periódicos de la República, tan tremendas cosas contra el señor Presidente, sin ser perseguido ni acusado. Ahí están esos artículos como prueba de que había un Presidente de la República que respetaba la libertad por encima de su susceptibilidad personal...».

Tal vez haya quien piense que la terca negativa del caudillo a impedir nada de esto fue equivocada y que la libertad de opinión del país debió ser restringida en aras de la labor revolucionaria que debía realizar el radicalismo. Pero, precisamente, una revolución que parte del hombre y se dirige hacia el rescate de su dignidad no puede empezar aplastando uno de sus atributos más preciados. El fin no justifica los medios, y son éstos, en cambio, los que a la larga condicionan la naturaleza de aquél. También la revolución rusa empezó desconociendo ciertos derechos para poder lograr más rápidamente un alto ideal humano, y es así como hoy ha devenido una dictadura monolítica e inhumana que no significa ya ninguna esperanza de mejoramiento para el mundo. Yrigoyen fracasó en su obra revolucionaria, entre otras cosas porque fue bárbaramente combatido por el Régimen sobreviviente y sus aliados, que al fin logró desalojarlo del poder. Si el caudillo se hubiera decidido a impedir los matices más duros y más canallescros de esta oposición tal vez ello no hubiera ocurrido: pero toda su trayectoria por la dignidad del hombre se habría desvirtuado, habría perdido la límpida y rectilínea perspectiva que hoy adquiere para los que tratamos de ubicarlo en el tiempo y en el espacio de la Patria.

Lo dijo Horacio Oyhanarte con su prosa encendida: «Haber atravesado esta página sombría sin una salpicadura, sin haber muerto un principio ni asesinado un hombre: sin haber tapado una sola de las bocas vociferantes cuya algarabía sacrílega ayudó a nuestra caída; no haber contenido la libertad ni cuando se desplazaba en la licencia ni haber hecho subir al patíbulo ni a los hombres ni a las ideas, es el milagroso destino de los esforzados, es la suerte de los altivos, es la consagración generosa de Dios para los buenos y los mejores».

Yrigoyen no tuvo a su frente una crítica leal: a pesar de esto, la respetó como si lo hubiera sido. Ésta es su gloria, su máxima gloria: haber sido mártir de sus propios principios, que le impidieron intentar el menor conato contra la libertad de sus conciudadanos. Los años pasarán y en el campo político se sucederán los hombres y

los partidos. Pero nadie podrá arrebatarse al radicalismo el timbre de honor de haber sido el único movimiento que al llegar al gobierno respetó hasta la exageración el derecho de los argentinos a pensar, a hablar, a escribir y a difundir lo que les viniera en gana sobre su patria y sus gobernantes.

c) En lo económico

Hemos visto anteriormente cómo una de las principales preocupaciones del gobierno de Yrigoyen fue liberar al hombre argentino de la necesidad económica. Esta gestión está estrechamente vinculada con su esfuerzo para poner la economía de la Nación al servicio de los nacionales, dando una nueva orientación a su estructura y esforzándose por llevar el contralor de la Nación a sus puntos clave.

Tal esfuerzo puede advertirse acabadamente a través de la acción en materia de tierras, tendiente a rescatar las tierras mal habidas y conservar las fiscales con el propósito de distribuirlas racionalmente en su momento; en la proyectada nacionalización del petróleo, aspiración de Yrigoyen frustrada al filo mismo de su realización; en su política ferroviaria de contralor de las empresas particulares y expansión racional de las líneas pertenecientes al Estado; en la injerencia estatal en el mecanismo de la oferta y la demanda con el fin de evitar injusticias sociales, creando una nueva orientación económica cuyas manifestaciones culminantes fueron la ley de alquileres, la de expropiación del azúcar y la compra de elementos para la recolección de la cosecha; en la proyectada creación del Banco de la República para regular la actividad económica y financiera del país; en la defensa de las reservas auríferas del país mediante la clausura de la Caja de Conversión; en la proyectada creación del impuesto a la renta, para «iniciar un nuevo régimen tributario que distribuya las cargas públicas con equidad y justicia»; en la realización de convenios internacionales para compraventas recíprocas por intermedio de los gobiernos.

Estas y otras iniciativas, esterilizadas en gran medida por la inexorable oposición legislativa, forman todo un cuerpo de doctrina enderezada a emancipar económicamente al país de las fuerzas que controlaban la producción, el transporte y la distribución de la riqueza; es decir, enderezada a transformar sustancialmente la estructura económica del país creada por el Régimen. Veremos someramente cómo fue ello.



Yrigoyen comprendió que un esfuerzo emancipador no podría realizarse sin una justa redistribución de la tierra. Pero eran también tan potentes los prejuicios, los intereses creados y las defensas jurídicas del ordenamiento actual de la propiedad

inmobiliaria que sólo cabía por entonces un prudente rescate de algunas tierras mal habidas y una firme decisión de no enajenar un palmo de tierra pública hasta que fuera posible una cabal reforma agraria.

Con este concepto, en marzo de 1917 se reorganizó la administración de la tierra pública del Ministerio de Agricultura y se inició el estudio de las concesiones de tierra de los gobiernos anteriores. Técnicos agrónomos recorrieron los territorios nacionales reconociendo el suelo, verificando títulos y analizando la calidad y posibilidades de explotación de cada lote. Como consecuencia de este escrupuloso estudio, hasta julio de 1921 se revocaron concesiones en una extensión de casi ocho millones de hectáreas. Poco antes, atendiendo a una presentación hecha por las compañías de tierras afectadas en la que se allanaban a desocupar las extensiones adquiridas ilegalmente, el Poder Ejecutivo dicta un decreto fijando un plazo improrrogable de dos años para que los detentadores de tierras adquiridas en violación de la ley las abandonaran, perdiendo las mejoras y abonando un canon por el lapso durante el cual fueron usufructuadas. Estas investigaciones provocaron airadas resistencias que se manifestaron durante la interpelación formulada por el diputado nacional Martínez Zuviría, conservador, durante cuyo debate se demostraron palmariamente las irregularidades de las anteriores concesiones y el carácter monopolista y —casi siempre— foráneo de las empresas que lucraron con esos hechos.

La actividad recuperadora debía seguirse de una política sensatamente conservadora de la tierra pública. Ése fue el sentido de dos comunicaciones a los gobernadores de Santiago del Estero Cáceres y Maradona en 1920 y 1930, ante ventas de tierras que estos magistrados pretendieron efectuar: en ellas Yrigoyen amonestólos amistosamente, con diez años de diferencia e idéntica concepción de defensa del patrimonio fiscal. Éste fue, asimismo, el sentido de la intervención nacional enviada a Salta en 1918 ante el informe del enviado personal del Presidente, doctor Avelino Ferreyra, donde detallaba, entre otras vergüenzas, la entrega de 200 000 hectáreas a la empresa Bunge y Born por oscuras vías.

La colonización racional fue una de las grandes preocupaciones en materia agraria. A dos meses apenas de su llegada a la presidencia envía un proyecto al Congreso solicitando treinta millones de pesos para el fomento de la colonización agrícola-ganadera y la creación del Banco Agrícola —en cuya sanción vuelve a insistir en 1919 y en su segunda presidencia—. También se solicitaba la creación de un derecho de exportación temporario, con el fin de proveer con su producido, semillas, útiles de labranza y elementos de recolección a los agricultores que carecieran de medios. La sanción de este último proyecto fue objeto de una ansiosa recomendación quince días más tarde, dada la urgencia que revestía. Pero ninguna de estas iniciativas fue aprobada por el Congreso hostil, y sólo se sancionó, meses después, una incompleta «ley del hogar».

Poco más tarde, ante la negativa del Congreso a sancionar el Banco Agrícola, el

Poder Ejecutivo le solicita la aprobación de ciertas reformas a la carta orgánica del Banco Hipotecario Nacional para que éste se convierta en gestor de la colonización y el fomento agrícola-ganadero. Se aprueba el proyecto, y la institución salta de 22 sucursales y 4 agencias que tenía en 1916, a 40 y 41 respectivamente en 1922. En julio de 1919 el Poder Ejecutivo presenta un proyecto denominado de «fomento y colonización agrícola-ganadera» tendiente a la subdivisión de los latifundios en lotes no mayores de cien hectáreas.

Concordantes con esta concepción de división de la tierra, los diputados Francisco Beiró y Carlos J. Rodríguez presentan en 1921 un proyecto según el cual el no uso de la tierra durante quince años haría perder el dominio a sus propietarios, pasando la propiedad a poder del Estado: tal proyecto se inspiraba en la «ley de tierras ociosas» que poco antes sancionara el revolucionario gobernante de Yucatán, don Felipe Carrillo. Estos proyectos no fueron tratados.

Se pretendió proteger, además, el trabajo del campo con iniciativas como éstas: creación de juntas arbitrales del trabajo agrícola; fomento de las cooperativas agrícolas; ley de locación agrícola que garantizaría a los agricultores lapsos mínimos de arrendamientos así como libertad de trilla y cosecha e inembargabilidad de útiles; prórroga por dos años de todas las prendas agrarias constituidas sobre semovientes; reiterados proyectos solicitando autorización para adquirir y distribuir arpillera, hilo sisal y bolsa para el levantamiento de las cosechas 1917-18 y 1918-19, liberando al agricultor de los monopolios que habitualmente los expoliaban; Código Rural para territorios nacionales, etc. Mereció también la patriótica inquietud de Yrigoyen el desolado trabajo en obrajes y yerbatales, cuya protección se inició con un proyecto que sólo tuvo sanción durante la presidencia de su sucesor.

La oportuna aprobación de estas iniciativas hubiera logrado, si no una reforma agraria de fondo, por lo menos un viraje fundamental en materia de tierras y trabajo rural. Pero el Régimen defendió desesperadamente sus privilegios con la complicidad de no pocos radicales, y el noble empeño yrigoyeneano por dar tierra a su pueblo y protección a sus labriegos quedó frustrado. Algo, sin embargo, restó como saldo: millones de hectáreas devueltas al patrimonio nacional y nuevas concepciones de protección a las labores agrícolas.



En el año 1916, dos meses después de asumir la presidencia, Yrigoyen presenta un proyecto al Congreso solicitando autorización para realizar un empréstito por valor de \$ 100 000 000 para —entre otras cosas— fomentar la explotación llevada a cabo esforzadamente por Yacimientos Petrolíferos Fiscales. Él mismo, personalmente, dio jerarquía a la faena de la entidad estatal, visitando sus instalaciones de Comodoro Rivadavia en 1918, única oportunidad en su primera presidencia en que delegó el mando. En setiembre de 1919 presentó al Congreso un

detallado proyecto de ley donde a través de trece capítulos se fijaban normas para el régimen legal, técnico, económico y financiero del petróleo, «sin desconocer los derechos adquiridos [...] y dando lugar a que la iniciativa privada pueda contribuir [...] dentro de los límites prudentes y bajo ciertas condiciones». Aunque el proyecto no establecía la nacionalización integral de los hidrocarburos, era un gran paso hacia la defensa del combustible líquido y contenía el gran principio del dominio estatal de todos los yacimientos petrolíferos. Pocos días después se complementaba este proyecto con otro que organizaba la Dirección General de Yacimientos Petrolíferos Fiscales, y al propio tiempo declaraba de utilidad pública todos los elementos necesarios para la explotación del petróleo. Ninguna de estas iniciativas fue tratada por el Congreso.

En julio de 1921 vuelve el Poder Ejecutivo a insistir en la necesidad de la sanción de estos proyectos mediante mensaje al Congreso. Nuevamente el Congreso hace caso omiso del pedido presidencial. Ante la falta de una ley orgánica que dé juego a Yacimientos Petrolíferos Fiscales, entonces Yrigoyen dicta un decreto organizando esta Dirección en dependencia del Ministerio de Agricultura y fijando algunas normas elementales para su actuación. Así termina la presidencia Yrigoyen: sin lograr la aspiración de la nacionalización, pero por lo menos fomentando en lo posible la actividad de Yacimientos Petrolíferos Fiscales.

A través de los años siguientes a la primera presidencia de Yrigoyen la Standard Oil y la Royal Dutch juegan una patética carrera en todo el mundo.

En nuestro país, la Standard Oil inicia exploraciones en Salta y propone convenios a la provincia, provocando la patriótica actitud del gobernador Adolfo Güemes y su sucesor Julio Cornejo, que se apresuraron a dictar decretos reservando zonas de explotación, declarando caducos permisos de cateos y formalizando un convenio con Yacimientos Petrolíferos Fiscales para que fuera ésta y no otra la empresa que aprovechara las reservas de hidrocarburos existentes en esa provincia. Estos decretos fueron cuestionados por la Standard Oil, que querelló al gobierno salteño y consiguió que la Corte Suprema de la Nación los declarara inconstitucionales en 1931. Los Yacimientos Petrolíferos Fiscales, entretanto, bajo la administración del general Enrique Mosconi, adquieren una gran eficacia técnica.

Pero la Unión Cívica Radical no abandonaba la iniciativa de Yrigoyen. En 1927 comienza en la Cámara de Diputados el debate de la nacionalización del petróleo, sobre la base del proyecto presentado por el bloque radical. La discusión es larga. Los socialistas sostienen el criterio de la explotación mixta; los antipersonalistas y los conservadores se oponen al proyecto, unos por prejuicios federalistas y otros por preferir el régimen vigente. Diego Luis Molinari, Eduardo F. Giuffra, Jorge Raúl Rodríguez, Amancio González Zimmerman y Raúl Oyhanarte fueron los portavoces de la nacionalización. Al fin, después de tres meses de arduo debate, la Cámara joven aprueba el proyecto. Al año siguiente, el bloque de diputados radicales presenta un proyecto tendiente a expropiar todos los yacimientos existentes con sus accesorios: es

decir, la liquidación total de las empresas privadas. Era el necesario complemento del anterior para establecer el monopolio del Estado en forma integral. Esta vez Leopoldo Bard y Víctor Juan Guillot son los defensores de la iniciativa. Se aprueba en setiembre de 1928.

Estamos al filo de la nacionalización total. Falta solamente la sanción del Senado. Pero allí se atranca. Los senadores radicales piden informes a la Comisión. La Federación Universitaria de Buenos Aires solicita la sanción de la media ley. La prensa radical insiste en todos los tonos. Nada. Yrigoyen, otra vez Presidente, incluye el proyecto en los asuntos a tratar por el Senado en las sesiones de prórroga de 1929.

Pero el Senado no se digna considerar el proyecto; no se reúne o lo hace para deleitarse en interminables debates políticos. Es que ya se está poniendo en práctica un oscuro plan para desprestigiar al gobierno. El 30 de diciembre el Poder Ejecutivo, como para manifestar su firme decisión de defender el petróleo nacional a pesar de todo, crea a iniciativa del rector de la Universidad de Buenos Aires, don Ricardo Rojas, el Instituto del Petróleo para el estudio y especialización de todo lo referente al petróleo y sus derivados. Diecisiete días más tarde Yrigoyen reclama de nuevo al Senado por su malévola obstrucción en el tratamiento de varias iniciativas fundamentales, en primer término la referente al petróleo. El Senado permanece indiferente: la mayoría antirradical era impermeable a todo lo que fuera dejar de hacer politiquería...

Ese fatídico año '30 nace con olor fuerte a petróleo. La prensa radical bate el parche incansablemente. «Ni un palmo de tierra, ni una gota de petróleo» se titula un editorial de *La Época*; otro reprocha «¿Qué ha hecho hasta ahora la Comisión de Legislación del Petróleo del Senado?». El Comité Universitario Radical realiza una serie de esclarecedoras conferencias radiofónicas sobre la necesidad de nacionalizar el petróleo, que luego son recopiladas en un libro. La «Alianza Continental» lleva a cabo una campaña callejera en la que peroran frecuentemente Carlos Sánchez Viamonte y el general Alonso Baldrich. Las audiencias del juicio Standard Oil versus gobierno de Salta tienen amplia repercusión en los diarios radicales, que siguen la actuación del doctor Silvio Bonardi —defensor del gobierno salteño y amigo de Yrigoyen— con un interés casi deportivo. Las elecciones de marzo de 1930 se realizan bajo el signo del petróleo: en la campaña se alude frecuentemente al tema, algunos comités difunden proyecciones cinematográficas sobre Yacimientos Petrolíferos Fiscales y el ferrocarril de Huaytiquina (otra gran realización radical que a su tiempo veremos); los «affiches» partidarios exhiben a un criollo tocado con la clásica boina blanca defendiendo las torres metálicas extractivas del oro negro de unas ávidas garras que pretenden tomarlas...

La presión moral y los acucios legales que se ejercieron sobre el Senado fueron inútiles. Los patriarcas conservadores y antipersonalistas cuya era la mayoría del alto cuerpo demostraron una insensibilidad total, si no algo peor. Fácil le fue a la revolución de setiembre voltear la ley renga... No se habló más de ella después del cuartelazo. ¡Como para hacerlo! De sus heroicos promotores, el que no era director de empresas vinculadas a los grandes consorcios petroleros tenía un terrenito en Salta con felices perspectivas de explotación... Waldo Frank malició por dónde andaba el intríngulis del motín de setiembre, cuando dijo que «hedía a petróleo»...

Después vino la anulación de las gestiones con la misión soviética que desde 1929 tramitaba la venta de grandes cuotas anuales de petróleo ruso a ínfimo precio;

vino la gestión de los pactos de 1936 que derrotaron a Yacimientos Petrolíferos Fiscales en la lucha que venía sosteniendo por la rebaja del precio de la nafta al consumidor, en la que había triunfado sobre la Standard Oil en 1930 favoreciendo con \$ 13 000 000 de economía al público; vino la declaración de inconstitucionalidad de los decretos salteños por el alto tribunal de la Nación, actitud que mereció una chirriante protesta de Yrigoyen, recluido por entonces en su prisión de Martín García; vino la ley 12 161. Todo eso vino, ¡mientras Lázaro Cárdenas rescataba para el pueblo mexicano su petróleo, ocupando militarmente los campos de explotación particulares y venciendo corajudamente las resistencias que durante dos décadas habían obstaculizado el grande anhelo recuperador de la Constitución de Querétaro!

¡Nacionalización del petróleo! ¡Bandera de emancipación continental! Bandera que entregó Yrigoyen a su pueblo para que la custodiara con fervor, hasta que el momento llegara de desplegarla anchamente, belicosamente. Nacionalización del petróleo... Otra gran perspectiva abierta al futuro, aguardando que la sepan asumir corazones intrépidos^[21].



La política de Yrigoyen en materia de transportes es una de las páginas más brillantes de su gestión por la patriótica firmeza que evidenció en sus relaciones con las empresas ferroviarias particulares, por su novedosa concepción de lo que debía significar el riel como instrumento de solidaridad argentina y americana y por la amplia visión puesta de manifiesto al crear, pese a todas las dificultades, un principio de marina mercante nacional.

Un mes después de hacerse cargo de la presidencia decreta la caducidad de concesiones en una extensión de 10 000 kilómetros de vías imaginarias, cuyos plazos para construirlas estaban vencidos y que obstaculizaban con su quimérica presencia en el mapa todo plan serio de extensión racional de las líneas por parte del Estado. En 1916 todavía subsistían muchas de esas concesiones, sin el menor conato de llevarse a la realidad, cuyos solicitantes eran generalmente testaferros de las grandes empresas que con la exhibición de sus «derechos anteriores» ahogaban toda posibilidad de expandir la red estatal.

La anunciada política de reajuste de las empresas se concretó en los decretos de julio de 1919, en los que se fijó oficialmente la «cuenta capital» de los ferrocarriles Central Argentino, Buenos Aires al Pacífico, Trasandino, Gran Oeste, del Sur, Central Córdoba y menores, rebajándose apreciablemente lo que las empresas denunciaban.

La importancia de esta declaración estriba en que la intervención estatal sobre las tarifas ferroviarias podía efectuarse según la ley 5315 solamente en caso de que las ganancias alcanzaran determinado porcentaje del capital reconocido: por lo que el meollo del asunto era saber exactamente cuál era el monto de ese capital. Las empresas aumentaban en sus libros el capital invertido, inflándolo con falsas compras de material, compras hechas a filiales a precios exagerados o inversiones que no correspondían estrictamente a gastos de explotación. Con ello, la

ganancia obtenida se empequeñecía frente al capital aguado en los libros. Pero el gobierno de Yrigoyen no trepidó en fijar un monto justo a los capitales y —como en el caso anterior— dado que el espíritu de los decretos no era perjudicar a las empresas sino evitar que ellas perjudicaran al país, en los mismos decretos se otorgaron facilidades para la gradual eliminación de las sumas ficticiamente incorporadas a los capitales.

Por último, en agosto de 1921 se anularon los aumentos de tarifas, elevadas sin autorización alguna por ciertas compañías. Ante la investigación ordenada, éstas se presentaron ante el Poder Ejecutivo expresando con palabras que jamás habían sido empleadas antes por ellas que aseguraban «su acatamiento absoluto a la solución que el Poder Ejecutivo adopte con referencia a este asunto». El Poder Ejecutivo aceptó las explicaciones dadas por las empresas, anuló las tarifas y ordenó se devolvieran las sumas cobradas con exceso.

Todos estos hechos formaban parte de un aspecto parcial del problema ferroviario, cual era el reajuste financiero y legal de las empresas particulares. Faltaba el otro aspecto: la realización de una nueva concepción que rectificara el criterio utilitario seguido hasta entonces, para hacer del riel un gran medio de unión y bienestar nacional. Las empresas particulares podrían seguir su explotación, ajustándose a las normas legales y a la autoridad del Estado, pero el Estado mismo llevaría una política propia de alta proyección nacional y continental.

Fue por entonces cuando los «camelots» del Régimen, aferrados a sus bancas del Congreso, intentaron un supremo esfuerzo para frustrar el gran designio yrigoyeniano. Usaron para ello una maniobra que años después sería favorita entre las artimañas del imperialismo: la sanción de una ley que creaba una empresa ferroviaria mixta, con el aporte de las líneas del Estado y la compra de algunas particulares. No trepidó Yrigoyen en vetarla, empleando en el mensaje de rigor las más severas palabras: «La ley sancionada por V. H. entraña un verdadero despojo [...] comportaría un verdadero desastre...». Y, días después, comentando el asunto con un gobernador que lo había felicitado por su reacción, agregaba que lo más indignante de todo el *affaire*, era «la falacia de la financiación del negociado, que no tiene ejemplo ni aun en los peores tiempos del Régimen».

En el mensaje aludido se fijan las orientaciones caudales del gobierno de Yrigoyen en materia ferroviaria: el principio general del dominio originario del Estado, la tendencia hacia una «posición cada día más preponderante en las actividades industriales que respondan principalmente a la realización de servicios públicos», y el empeño de «reconstrucción, moralización y estímulo emprendido por el Poder Ejecutivo sobre las líneas del Estado».

Es esta última actividad la que perfila con más claridad la previsión y el patriotismo de Yrigoyen en la materia que tratamos. A su juicio, el país afectaba «la forma primitiva del solar colonial» con una puerta al frente y un larguísimo fondo ciego detrás, proponiendo para solucionar el problema creado por este férreo embudo una red que diera salida al Pacífico a los productos de las regiones del Noroeste por Antofagasta y al Sur los de los lagos por el Trasandino del sur y por los ferrocarriles

económicos de la Patagonia, vinculados estos últimos a la malla bonaerense por Bahía Blanca; los territorios nacionales situados sobre el Paraná tendrían desahogo hacia Bolivia por Yacuiba, igual que las provincias de la Mesopotamia por la línea Diamante-Curuzú Cuatiá. El Presidente atribuía a este plan el carácter de una rectificación al equivocado trazado ferroviario, para volver a las rutas históricas que desde la Conquista, y aun antes, encauzaban el tráfico de esas regiones hacia el Tahuantisuyu. Además de ese retorno al «plan tradicional» la concepción que reseñamos tenía un sentido de reparación histórica a las heroicas provincias interiores, cuyos enormes sacrificios por la constitución de la nacionalidad habían sido pagados con altos fletes, con olvidos decepcionantes, con la destrucción de sus industrias viejas y de sus recónditas tradiciones.

Ésta fue la esencia de la creación del ferrocarril de Salta a Antofagasta, creación auténticamente argentina por su origen, su construcción y su designio. Aunque generalmente se atribuye la iniciativa de su realización a Yrigoyen, en realidad ella ya estaba ordenada desde 1905, por la ley 4653; pero al Régimen no le había preocupado nunca llevar a la realidad la sanción legislativa. Fue Yrigoyen quien captó la importancia continental de la línea, desencarpetando la ley dormida durante quince años para llevarla a un principio de realización contra toda suerte de obstáculos. En verdad, el signo del ferrocarril Huaytiquina —al que un día habrá que llamar «Ferrocarril Presidente Yrigoyen»— fue el de vencer obstáculos legales y mentales tan abruptos quizá como los montes y despeñaderos que debió hilvanar en su recorrido...

Así ante la remolonería del Congreso a proveer de fondos para la construcción de Huaytiquina, Yrigoyen decreta su iniciación el 12 de marzo de 1921; por no provenir la orden de gastos de autorización legislativa, la Contaduría observa el decreto, insistiendo Yrigoyen en acuerdo de ministros el 14 de junio. En julio de 1922 se formaliza en Santiago de Chile el protocolo Noel-Barros Jarpa, que sella el compromiso chileno-argentino para coordinar los trabajos y el ensamble de las líneas por Huaytiquina o Socompa al Norte y Zapala al Sur. El protocolo contenía un interesante detalle, en orden al monto de las futuras tarifas: la norma de que para el cálculo de éstas no se tendría en cuenta sino los gastos de explotación, prescindiendo del capital invertido en la construcción, para evitar que este factor las llevara a una altura prohibitiva. Casi treinta años duró la construcción del ferrocarril Huaytiquina, orgullo de la ingeniería argentina y testimonio de la patriótica visión de un gran estadista.

En la actualidad, la difusión de los transportes por vía aérea y caminera ha restado importancia al problema ferroviario. Sin embargo, durante muchos años todavía, el ferrocarril será imprescindible en muchas regiones del país; y si existe un propósito de poner el ferrocarril al servicio de la Nación habrán de seguirse las directivas que en su hora supo dar Hipólito Yrigoyen.

También el transporte marítimo y el incipiente transporte aéreo merecieron la patriótica inquietud de Yrigoyen. La guerra mundial tornaba afligente la falta de bodegas requeridas por los productos argentinos para su exportación. En el proyecto presentado al Congreso en diciembre de 1916 —verdadero plan de reactivación económica integral— solicita el Poder Ejecutivo autorización para emitir un empréstito de cien millones de pesos con destino parcial a adquirir buques para la marina mercante nacional. Sabemos que el pedido no fue tomado en cuenta por el Congreso, envolviendo también esta omisión la frustración del plan de explotación de Yacimientos Petrolíferos Fiscales, de colonización y fomento agrícola-ganadero y creación del Banco Agrícola. Tampoco fue tratada por el Congreso la compra *ad*

referendum de un buque brasileño realizada poco después en óptimas condiciones. «En pocas materias la acción gubernativa del radicalismo sufrió más la hostilidad de las fuerzas retardatarias. Ocho veces debió dirigirse el Presidente al Congreso, sin resultado^[22].

Desesperando ya de la colaboración legislativa, Yrigoyen se vio obligado —como en el caso Huaytiquina— a tomar la iniciativa para evitar que se malograra la oportunidad de dotar al país de una flota que, aunque mínima en su tonelaje, sirviera al menos sus necesidades más perentorias, emancipándola de las conveniencias de las naciones cuyas eran las líneas de transporte marítimo más usadas por los exportadores e importadores argentinos. Así, a principios de 1918 ordenaba comprar por decreto el buque alemán *Bahía Blanca*, de 13 000 toneladas, y poco más tarde se compran cinco buques más, con una capacidad total de 32 000 toneladas. Además, se reacondicionaron buques de la armada radiados o en desuso para usarlos en la marina mercante.

A mediados de 1918 presenta el Poder Ejecutivo un proyecto solicitando autorización para expropiar los buques de ultramar de matrícula nacional. Poco antes había remitido al Congreso una iniciativa que propugnaba la construcción de astilleros y echaba las bases de un «plan de organización de nuestra navegación fluvial y costanera» paralelamente con otro que encarecía la necesidad de reconstruir los canales de acceso a los puertos fluviales situados entre Rosario y Buenos Aires. Ninguno de estos proyectos fue aprobado.

En agosto de 1922 se remitió al Congreso un pedido de aprobación del convenio signado con el Uruguay sobre navegación aérea, primero de este tipo en América y modelo en su género. No fue aprobado por el Congreso. Al día siguiente enviaba el Poder Ejecutivo un proyecto en materia de navegación aérea interna que traía una interesantísima innovación: la de tender líneas permanentes de transporte aéreo civil sobre la Patagonia, servidas por personal y elementos militares, con el doble propósito de fomentar «la vida social de los pobladores de las ricas gobernaciones patagónicas» y mantener la «tradicional misión civilizadora y progresista» del Ejército en esas regiones, con el beneficio del entrenamiento permanente que ello significaría para sus pilotos. Tampoco fue considerado por el Congreso este proyecto.

Resumiendo: todo lo que se hizo durante la primera presidencia de Yrigoyen en materia de política del transporte fue iniciativa exclusiva del Presidente, quien debió luchar denodadamente contra el Congreso, que perturbó en toda forma su actividad, no considerando sus proyectos, sancionando leyes perversas, haciéndose eco de los intereses particulares tocados por la acción gubernativa en su acción emancipadora, deformando sus iniciativas y constriñendo al Poder Ejecutivo a llevar una actividad embretada en el estrecho margen de sus posibilidades legales, sin la ayuda de una legislación orgánica que diera permanencia y coordinación a sus iniciativas.



Cuando estalló la guerra europea, se produjo en la Argentina un pánico bancario que obligó al gobierno de De la Plaza a tomar medidas drásticas, tales como la suspensión de la entrega de oro a cambio de billetes que debía realizar la Caja de Conversión según la ley monetaria de 1899. Esto impidió que la existencia de metálico se agotara en manos de los agiotistas o los miedosos, y permitió que la moneda argentina siguiera respaldada por una intocable reserva aurífera.

Al llegar Yrigoyen al gobierno una de sus preocupaciones fue la de defender esta reserva, única garantía de la buena salud monetaria. En las legaciones argentinas de Londres y París estaban depositadas por entonces grandes cantidades de oro que los comerciantes del viejo continente entregaban a nombre de los exportadores argentinos como pago de los productos que éstos enviaban. Dos años después un buque de guerra argentino condujo el oro desde Nueva York a Buenos Aires. La operación significó unos \$ 14 000 000 que reforzaron nuestra reserva de oro, medida que Yrigoyen reiteró por decreto en diciembre de 1929.

Con esto y el mantenimiento de la clausura de la Caja de Conversión el peso argentino llegó a tener en los últimos años del período presidencial de Yrigoyen un 80 por ciento de respaldo de oro, es decir, casi el doble de lo que fijaba la ley de 1899 como valor oro del peso papel. El gobierno, pues, hubiera podido hacer una emisión de billetes tan numerosa como la que andaba circulando por el país sin alterar absolutamente nada el valor oro del peso: no lo hizo por un alto concepto de política financiera, por considerar que ello era «un recurso extremo del que sólo puede usarse después de agotados todos los medios de que disponga para salvar las dificultades financieras». Tenía Yrigoyen un santo horror por el emisionismo que había llevado al país al desastre en tiempos de Juárez y cuyas consecuencias primeras incidían en el bienestar del pueblo, al darle dinero inflado y depreciado. Este criterio permitió que la moneda argentina mantuviera un alto poder adquisitivo y un decoroso papel en el mercado internacional en momentos en que los signos de países fuertes y poderosos eran despreciados en todo el mundo.

A mediados de 1921, un representante de la oposición presentó al Congreso una minuta por la que se vería con agrado la apertura de la Caja de Conversión y la libre exportación de oro. Hubiera sido perder todo lo acumulado en seis años de trabajo productivo y de previsión gubernativa. El Poder Ejecutivo se apresuró a enviar un mensaje explicando su decisión de mantener el sistema vigente de inconvertibilidad, por lo menos hasta que no se sancionara una legislación defensiva que contrarrestara las consecuencias posibles del régimen de la libertad de la economía interna y «hasta que las repercusiones de carácter financiero producidas por la guerra no dejen de hacer sentir sus efectos en el mercado internacional de los valores». Aludía Yrigoyen con esto a su proyecto de creación del «Banco de la República», presentado en 1917. Esta

entidad estaría encargada de la emisión de la moneda, contralor de la circulación monetaria, descuento y redescuento de documentos, fomento del crédito, regulación de la tasa del interés y *clearing*.

La iniciativa propendía a crear un organismo regulador de la economía y las finanzas nacionales, y «un régimen bancario oportuno y previsor», adelantándose a creaciones similares que después de la guerra mundial surgieron en Europa y América como paliativo contra los efectos del excesivo liberalismo que hasta entonces reinara. Si este proyecto hubiera sido aprobado, el país se hubiera ahorrado la vergüenza del Banco Central, que fue creado años más tarde con los mismos propósitos teóricos pero a base de un proyecto extranjero para servir intereses extranjeros y con una dirección parcialmente extranjera. Pero la iniciativa de Yrigoyen no fue considerada por el Congreso. Dos años más tarde se presentó nuevamente el proyecto a la consideración de las Cámaras. Tampoco este pedido tuvo eco. El país siguió en estado de prosperidad financiera, pero sin orientación racional y sometido a las fluctuaciones de las conveniencias particulares.

Es de notar que el Régimen había legado una enorme deuda flotante con vencimientos a corto plazo, uno de los cuales, por valor de \$ 86 000 000, debía pagarse pocos días después de la asunción del mando por parte de Yrigoyen. El Poder Ejecutivo, en sus proyectos de reactivación económica de diciembre de 1916, incluía un pedido de autorización para contratar un empréstito por valor de \$ 250 000 000 para consolidar la deuda flotante y aún estaba en adelantadas tratativas para hacerlo efectivo. En enero de 1917 insiste en la necesidad de esas sanciones, sin resultado. Ante la actitud legislativa, en marzo retira los proyectos, haciendo notar al Congreso que hasta un mes antes había tenido ofrecimientos muy favorables que se había visto obligado a desechar. A mediados del año 1917 se habían abonado casi \$ 70 000 000 que debía la Nación en obligaciones a corto plazo, con dinero provisto por la banca nacional, restando unos \$ 73 000 000 para pagar, incluyendo las obligaciones a vencer hasta 1920 inclusive. (Sébase que la gran fuente fiscal de recursos, los impuestos aduaneros, estaba casi cegada por la escasez de importaciones. A duras penas logró el Poder Ejecutivo que se aprobara en 1918 la ley 10 349 imponiendo gravámenes precarios sobre determinadas exportaciones). Para obviar esta suma sin recurrir al empréstito externo, el Poder Ejecutivo proyectó emitir un empréstito ofrecido al pueblo como aliciente del ahorro y para evitar la emigración de capitales, puesto que de otro modo hubiera debido recurrirse a la emisión de papel moneda para satisfacer las apremiantes obligaciones del Estado. Con este criterio se envió al Congreso el correspondiente proyecto el 26 de junio de 1917 para autorizar un empréstito interno por \$ 500 000 000, que tenía la particularidad de destinar una reserva para premiar a los tenedores de títulos. Se empezó el tratamiento del proyecto —aunque desvirtuando en la comisión legislativa el primitivo proyecto— pero luego se encarpetó. Casi dos años permaneció sin tratarse. El Poder Ejecutivo insistió en 1919 su pronta sanción, sin resultado. En setiembre de 1922 nuevamente solicita el Poder Ejecutivo la aprobación de un contrato convenido poco antes para lograr un empréstito que permitiera consolidar la deuda flotante. Y nuevamente su pedido fue desechado por el Congreso.

A pesar de esta absoluta falta de colaboración legislativa, el Presidente Yrigoyen hizo todo lo posible para que las finanzas tuvieran un curso regular. A través de su período redujo en \$ 225 000 000 la deuda externa; mantuvo inexorablemente el valor adquisitivo y la salud del peso argentino; no emitió títulos; redujo los gastos públicos. En esta materia llevó una política de austeridad, dejando vacantes muchos empleos públicos y realizando economías que en 1917 alcanzaron a más de \$ 45 000 000. Los presupuestos se enviaron regularmente y fueron estructurados con criterio científico y responsable: pero el Congreso —siempre el Congreso— les colgó agregados que

dieron al traste con la previsión gubernativa (como en el sancionado para 1918 que conteniendo economías por \$ 50 000 000 fue sancionado con un déficit de \$ 17 000 000) o se los hizo pasar por el cuentagotas de los duodécimos (como en 1919 y en 1920), llegando a ocurrir que el presupuesto proyectado para 1921 se envió al Congreso sin que estuviera aprobado el correspondiente a 1920...

Tampoco accedió el Congreso a aprobar el impuesto a los réditos cuya sanción solicitó el P. E. en 1919, nuevo tipo de gravamen que se impondría con carácter progresivo, mínimo no imponible y recargo al ausentismo. A pesar de todo, durante su gobierno, el estado financiero del país fue tal vez el más próspero de su historia, prosperidad real, no ficticia, fundada en la producción potente y en la previsión gubernativa para defender la moneda y, con ella, el bienestar de la población.



Concluiremos este brevísimo esquema de la gestión económica de Yrigoyen con la exposición de tres iniciativas, representativas de otros tantos novedosos criterios en esta materia: la ley de alquileres, la de expropiación del azúcar y los convenios de compraventa internacional. La primera desguarnecía el derecho de propiedad de sus defensas románico-liberales de corte absoluto, para ponerla en alguna medida al servicio de la colectividad; la segunda intervenía en el juego de la oferta y la demanda para evitar la injusticia cometida por la especulación; la tercera sustituía en el comercio internacional a los intermediarios para erigir al Estado como gestor de las compraventas y permutas realizadas de potencia a potencia. Como se observará, eran iniciativas revolucionarias, tendientes todas a una defensa del bienestar popular a través de la lucha contra un derecho que se torna írrito cuando es absoluto, contra un mecanismo económico que se torna opresor cuando las partes no están en paridad de condiciones y contra un sistema de intercambio que se torna peligroso para el país cuando quienes lo manejan no son representativos de las conveniencias nacionales.

La escasez y carestía de la vivienda fue una de las consecuencias más serias de la guerra europea. Yrigoyen trató de solucionarla por medio de diversas iniciativas.

Entre ellas las directivas impartidas al Banco Hipotecario Nacional para que financiara las construcciones familiares de los empleados públicos en determinadas condiciones; con la inversión de \$ 50 000 000 solicitada al Congreso para construir casas baratas en la Capital Federal y provincias (mensaje del 30 de setiembre de 1920); inversión de \$ 15 000 000 para casas a distribuir entre agentes de policía (ídem). En 1922, próximo a expirar su mandato, insiste Yrigoyen nuevamente en la sanción de estas iniciativas. Además se aprobaron en la Capital Federal ordenanzas municipales que liberaban los materiales de construcción.

Finalmente, en defensa de los locatarios cuyos contratos se encontraban próximos a expirar o que alquilaban sin término fijo, se sancionaron las leyes 11 156 y 11 157 que imponían plazos mínimos para los arrendamientos y beneficiaban a los inquilinos con lapsos para desalojar la propiedad. La ley era audaz, por cuanto sustituía la hasta

entonces omnipotente voluntad de las partes, por una serie de presunciones legales y obligaciones sociales, en procura de una situación de justicia para ambos términos del contrato de locación. Pocos años más tarde la ley fue declarada inconstitucional por la Corte Suprema de Justicia, en un sonado caso.

La expropiación del azúcar fue un asunto que, originariamente económico, derivó hacia el campo político hasta convertirse en uno de los temas que suscitaron más interés durante la presidencia de Yrigoyen. La industria azucarera argentina había gozado desde principios de siglo un tratamiento de protección gubernativa que le había permitido tomar un gran incremento en Tucumán y Salta, creando fuentes de trabajo y enriqueciendo a ciertas familias que tardaron poco en devenir oligarquías gobernantes en esas provincias. El asunto era espinoso (continúa siéndolo) porque la prosperidad de algunas regiones significaba un pesado tributo para toda la población del país: sin embargo, ello hubiera sido aceptable por un deber de solidaridad nacional, pero sucedió que en 1920 se planteó una maniobra especulativa para encarecer el producto que actualizó de nuevo el problema. El Poder Ejecutivo, careciendo de una ley que le permitiera reprimir este tipo de maniobras, debió recurrir al Congreso para solicitarle le autorizara a expropiar 200 000 toneladas de azúcar con el fin de venderlas a la población a precio de costo.

Fue principalmente en este debate donde aparecieron las ocultas líneas que ligaban a los hombres del Régimen con los radicales del sector «azul» o «galerita». Ante un problema que requería una mentalidad verdaderamente radical para entender el sentido de la lucha planteada por los fueros de los argentinos en su doble dignidad de hombres y de ciudadanos, los elementos del Régimen y los radicales reaccionarios hicieron causa común. Ello ocurrió en el Senado, pues en la Cámara joven el radicalismo ya tenía mayoría y votó el proyecto de acuerdo con la orientación presidencial. Pero en el Senado unos y otros maniobraron de tal guisa que la crisis pareció, por un momento, inminente: se insinuó que el cuerpo sería disuelto por el Poder Ejecutivo, y los diarios radicales —tal vez para presionar una decisión senatorial que posibilitara la expropiación— así lo dejaron entrever. Todos los recursos fueron usados por la reacción encastillada en el Senado. Al fin olfateando la gravedad suma del momento, el Senado se limitó a modificar la sanción de la Cámara de Diputados, permitiendo así que ésta insistiera en su decisión anterior y de este modo quedara definitivamente aprobado el proyecto.

Así pudo solucionarse el problema de la carestía del azúcar, que fue vendida al pueblo a precios razonables; además quedó triunfante la tesis de la intervención estatal en el mecanismo económico de la oferta y la demanda si el bienestar del país así lo exigiera y se evidenció la identidad espiritual y la comunidad de intereses que ligaba al Régimen con algunos conspicuos radicales que más tarde se alejarían del partido para terminar en las aberraciones políticas más vergonzosas.

No fue menos trascendente como hecho revolucionario sobre la estructura económica del país la comercialización exterior de la cosecha por el Estado, a la que siguió después la realización de convenios de permuta internacional. A principios de 1918, el gobierno concretó con Inglaterra y Francia un convenio por el que se les vendía el excedente de la cosecha de trigo y otros cereales, calculada en 2500 toneladas, por un precio base de \$ 200.000 000 oro. Poco después se firmó un convenio similar sobre lanas y otros frutos con los mismos países, pero el Senado no

lo aprobó pese a las repetidas recomendaciones del Presidente.

Esta negativa no fue la menor de las causas del desastre lanero de esa época, que tuvo como trágico epílogo los movimientos sociales de la Patagonia a que hemos aludido en capítulos anteriores. Tampoco llegó a hacerse realidad un convenio sobre trueque de lana contra repuestos ferroviarios que se gestionó con Alemania, Francia y Bélgica en 1921.

En la segunda presidencia de Yrigoyen llegaron a ser tres los convenios que se gestionaron, ninguno de los cuales se hizo efectivo. Con México se trató una permuta de productos de cada país, cuyas tratativas estaban adelantadas al producirse la caída del gobierno en setiembre de 1930. Con una misión comercial soviética se gestionó la compra de nafta rusa a ínfimo precio con la ventaja de que el producto de la venta sería invertido en comprarnos elementos agropecuarios. Las ventajas del convenio saltan a la vista, pero la gestión se interrumpió también con la revolución de setiembre y la entidad que los llevaba a cabo fue intervenida por el gobierno provisional con gran alharaca.

El último y más importante de los convenios de permuta gestionados por el gobierno de Yrigoyen en su segundo período fue el que se signó con la misión comercial inglesa presidida por Lord D'Abernon que llegara al país poco después de asumir el mando. El convenio era «tan sencillo y tan extraño a todo resguardo propio, que por su simple lectura da la medida de la sinceridad que lo anima», según expresó Yrigoyen en el mensaje proponiendo su ratificación al Congreso. Consistía, simplemente, en el compromiso por parte de cada signatario de abrir un crédito de \$ 100.000 000 a favor del otro. La Argentina compraría en Inglaterra materiales para los FF.CC. del Estado, y ésta nos adquiriría cereales y otros productos. Remitido al Congreso en noviembre de 1929, fue aprobado por Diputados, no así por Senadores, donde no se trató a pesar de incluirse el proyecto en las sesiones de prórroga de 1929 y pese al mensaje especial de enero de 1930. No entró, pues, en vigor este convenio. Más tarde Inglaterra impondría al gobierno surgido del movimiento setembrino pactos vergonzosos que atarían nuestro transporte, nuestra banca y nuestra producción pecuaria a sus intereses.

d) En lo social

Hemos dicho anteriormente que la actividad de Yrigoyen encaminada a la liberación del hombre podía diversificarse en tres aspectos: 1.º) la solución circunstancial de los problemas más urgentes; 2.º) el mejoramiento de sus condiciones de trabajo, y 3.º) la creación de medidas legislativas de amparo y previsión.

Sobre el primer punto nos hemos extendido en su oportunidad. Cumple ahora aludir brevemente a los dos últimos, que corresponden al esfuerzo yrigoyeneano por

crear un ámbito donde los hombres pudieran desenvolver su trabajo en condiciones estables de decoro, de justicia y de seguridad: esfuerzo llevado principalmente desde 1919 en adelante, cuando los conflictos sociales más apremiantes fueron solucionados merced a la enérgica e imparcial intervención del Estado.

Podemos así citar como iniciativas destinadas a transformar las condiciones de trabajo en general varios proyectos. En junio de 1918 se presentó uno reformando la vieja ley de descanso dominical, que el Congreso no consideró; en julio de 1918, el que reglamentaba el trabajo a domicilio, convertido en ley 10 505, estatuto de protección de no menos de 100 000 mujeres «sin protección y sin amparo, que sacrifican su vida a cambio de un mezquino salario». En mayo de 1919 fueron remitidos al Congreso tres importantes proyectos: uno, sobre conciliación y arbitraje de los conflictos obreros, obligaba a someter todos los diferendos entre patronos y trabajadores a una junta presidida por el titular del Departamento Nacional del Trabajo e integrada por un representante de cada parte en conflicto, cuya función sería lograr un avenimiento amigable.

El proyecto sobre asociaciones profesionales reconocía como tales a todas las agrupaciones constituidas para «el estudio, desenvolvimiento y protección de los intereses profesionales» entre personas del mismo oficio o profesión, y les reconocía facultades de estar en derecho, concluir contratos colectivos, participar en tribunales de arbitraje y comisiones de salarios, nombrar delegados a las cajas de administración de los gremios que las tuvieran, etc., con la condición de hacer públicos sus estatutos y organización interna, así como comprometerse a buscar soluciones de sus conflictos por la vía de la conciliación y el arbitraje. El proyecto sobre contrato colectivo de trabajo, por su parte, instituía la posibilidad de que patronos y sindicatos convinieran las condiciones de labor con conocimiento del Departamento Nacional del Trabajo mediante contratos que podrían durar hasta tres años, bajo la supervisión de un «consejo de tarifas» emanado del mismo contrato e integrado en partes iguales por representantes de los signatarios. Estos tres proyectos y el que se presentó días después complementándolos —sobre creación de juntas arbitrales del trabajo agrícola— hubieran podido ser los instrumentos de transformación de las condiciones laborales del país, con un sentido de equidad y responsabilidad por parte de todos los factores de la producción bajo la vigilancia del Estado. Pero ninguno fue aprobado por el Congreso.

En julio de 1919 se elevó al Congreso un proyecto del Poder Ejecutivo que reglamentaba el trabajo en obrajes y yerbatales, hasta entonces realizado en condiciones inhumanas: la ley 11 728, aprobada en 1925 bajo la siguiente administración, fue el coronamiento de esta iniciativa, que se hizo efectiva de este modo, a seis años de su presentación, no sin haber soportado el veto del presidente Alvear, superado por la insistencia del Congreso.

El esfuerzo de Yrigoyen por rodear el trabajo honrado de todas las garantías de hecho y de derecho culminó en julio de 1921 con la presentación del «Código de

Trabajo», que era una refundición de las iniciativas sobre arbitraje y conciliación, asociaciones profesionales, contrato colectivo de trabajo y trabajo en territorios nacionales, más las disposiciones que sobre jornada y descanso habían aprobado las Conferencias de Washington y Ginebra, a las que Argentina había enviado por primera vez delegados obreros y gubernamentales. El proyecto no fue tratado, aunque posteriormente fueron sancionadas diversas leyes que bebían en sus aguas: tales la ya nombrada ley 11 728, la que reglamenta el trabajo de mujeres y menores (11 317), sobre jornada legal de trabajo (11 544), sobre asociaciones profesionales (12 921), sobre arbitraje y conciliación y justicia del trabajo (12 948), etc. Tal vez si los proyectos sugeridos por Yrigoyen hubieran sido aprobados en su hora los argentinos nos habríamos ahorrado muchos odios que después capitalizaría la demagogia en su provecho.

En lo que respecta a las medidas sobre previsión y amparo social iniciadas por Yrigoyen, ellas fueron decisivas para iniciar todo un movimiento legislativo permanente en ese sentido. En 1919 sólo existían en esta materia la ley de jubilaciones a empleados nacionales (4349) y la deficiente ley de jubilaciones a ferroviarios (9653). La modificación de esta ley rompió el fuego en este importante aspecto de la previsión social. En agosto de 1918 Yrigoyen se dirigía al Senado solicitando preferente atención en el trato del proyecto sobre retiro de ferroviarios ya que «el gobierno debe propender por todos los medios a su alcance, a dar estabilidad a la situación de esos trabajadores como si se tratara de los del Estado, dada la naturaleza del servicio público a que dedican sus actividades».

Después de la ley de jubilación de ferroviarios vino la de jubilación de empleados y obreros de empresas particulares de servicios públicos (11 110) sancionada en setiembre de 1920 y que protegió a obreros del gas, de la luz, empresas telegráficas y telefónicas, etc.; más tarde, la de jubilaciones a empleados bancarios (11 232 y 11 575) inspiradas ambas en sendos proyectos del Poder Ejecutivo.

En noviembre de 1923 se aprobó la gran ley 11 289, paso fundamental hacia la jubilación universal y obligatoria de todos los trabajadores, pero no tardaron ciertas fuerzas en trabajar por la derogación de la ley. Una hábil campaña llevada a cabo por la Unión Industrial que recibió el apoyo de los sectores conservador, socialista y antipersonalista del Congreso consiguió que la ley 11 289 recibiera un golpe de muerte en 1925, al sancionarse la ley 11 358, que suspendía los efectos de aquélla. Fue en vano que los representantes radicales a instancias personales de Yrigoyen, lucharan en el Congreso para demostrar el error; y tampoco los obreros, primeros beneficiados de ella, hicieron todo lo posible para defender su propio instrumento de bienestar.

No sólo en los aspectos estrictamente laborales se manifestó el espíritu previsor del gobierno de Yrigoyen. La sanción de la ley de patronato de menores (10 903) inició una nueva era en la reeducación y amparo de los menores delincuentes o en peligro de serlo.

Un alto sentido alentaba también los proyectos que solicitaban autorización al Congreso para crear reformatorios para alcohólicos y para rehabilitar a los penados mediante la educación y el trabajo, presentados ambos en julio de 1919 junto con el que creaba el patronato de liberados, ninguno de los cuales fue aprobado por entonces.

e) En lo espiritual

«Reconstitución fundamental en su estructura moral y material» decía el manifiesto de la Unión Cívica Radical de 1916. Ello entrañaba el compromiso de crear una escala de valores espirituales sobre la cual se tejieran los próximos desenvolvimientos del país. Hasta entonces el Régimen había hecho un culto de cierto inveterado optimismo destinado más bien a afirmar el futuro e inevitable progreso nacional, posición mental cuyo linaje se remontaba hasta los tiempos de Rivadavia, con aquélla su famosa muletilla de «el porvenir venturoso de la República»... Pero ahora se trataba de recrear todo un sentido de vida, dando primacía a los bienes morales sobre el progreso material; rodeando de defensas inexpugnables a ciertas instituciones y ciertos grupos; exaltando ciertas actitudes y dando ejemplos de austeridad y decoro, y, sobre todo, enseñando, enseñando siempre, enseñando desde el gobierno y desde el llano. El profesor sin sueldo que era Yrigoyen continuó haciendo docencia siempre, transformando su gobierno en cátedra, transmitiendo incansablemente en sus mensajes al Congreso, en sus documentos políticos, en las directivas impartidas a sus colaboradores, la vieja prédica krausista y cristiana por una vida más levantada, más idealista.

Cuando su voz se alzaba para reclamar cosas de esta laya debía sonar antipática a mucha gente. Pero él, igual que en tantos otros aspectos, mantuvo en esto una norma inmutable. Fueran quienes fueran los que se sintieran tocados por su prédica moralizadora, él dijo siempre lo que tuvo que decir.

En 1920 el Congreso sancionó una ley prorrogando la autorización concedida al Jockey Club para efectuar carreras en días jueves, además de las habituales de sábados y domingos. Yrigoyen vetó la ley con un mensaje severo donde se refería a la despreocupación del Congreso por las grandes iniciativas de bien público postergadas y subrayando que «las funciones de los poderes públicos deben ser propender a que la vida se realice sana y feliz, moral y positivamente». Poco antes de concluir su período, el Congreso se aboca al estudio de una ley de divorcio. Yrigoyen, planteando la duda sobre «si está en las atribuciones de los poderes constituidos introducir reforma de tan vital significación o si ella pertenece a los poderes constituyentes», pues considera que la familia, «base de la sociedad argentina», es ante todo «una organización de carácter institucional que ningún representante del pueblo puede sentirse habilitado a modificar sin haber recibido un mandato expreso para ese objeto». En 1921 se reforma la constitución de Santa Fe: los demócratas progresistas influyen en la sanción de la asamblea, y logran obtener una constitución laica, contra todos los antecedentes nacionales. Poco antes de que la asamblea clausure sus deliberaciones Yrigoyen envía una carta al gobernador de Santa Fe —que lo era por entonces el doctor Enrique Mosca— emitiendo su opinión sobre ese aspecto del nuevo cuerpo. Recuerda que las luchas religiosas pertenecen ya a épocas remotas, y que el bienestar del pueblo argentino se debe en parte al respeto que se ha profesado siempre por todas las opiniones, puesto que las leyes «no generan ni extinguen las creencias en las almas, y entre

tanto la pública discusión de sus postulados y preceptos crea siempre antagonismos». Ante estas manifestaciones, el doctor Mosca trabóse en conflicto con la asamblea, derivándose un proceso que tuvo amplia repercusión y concluyó con la no aprobación de la consulta constitución.

En estas tres oportunidades la actitud de Yrigoyen debió haberle enajenado muchas voluntades. Carreristas, divorcistas y laicistas pusieron el grito en el cielo. Los concesionarios de las reuniones turfísticas pretendieron que el veto presidencial privaba a su entidad de entradas cuyo producido se destinaba a plausibles iniciativas; y los que tres veces por semana se dejaban desplumar en el hipódromo se lamentaron de que ahora ello ocurriera sólo dos veces... Los aspirantes a que existiera en el país un régimen conyugal más amable dijeron que la opinión del Presidente era jurídicamente absurda y socialmente retrógrada. Los partidarios de excluir todo elemento religioso de la formación espiritual argentina acusaron a Yrigoyen de estar dominado por tenebrosos círculos eclesiásticos. Pero Yrigoyen salvó la salud de un pueblo al que no se podía entregar a la lacra del juego, la solidez tradicional de la familia argentina y los valores religiosos consustanciados con nuestra esencia histórica.

Custodio alerta de los territorios espirituales del alma argentina, en otra ocasión dirigióse Yrigoyen al presidente de la Legislatura de Jujuy para ratificar su opinión de que los funcionarios que colaboraban cerca de él no debían pasar a ocupar puestos electivos al terminar sus funciones. Tratábase de un acentuado rumor que daba al ministro Salinas como futuro senador nacional por esa provincia. En el mensaje — octubre de 1921— Yrigoyen afirma que «entre las reglas de conducta que fijamos (él y sus colaboradores inmediatos) fue una de ellas que desde los puestos que ocupábamos pasaríamos directa y únicamente a nuestras casas, y de allí a las filas de la opinión...». La carta, cuya doctrina se sintetizó popularmente como «del gobierno a casa», era toda una reacción contra las corruptelas del Régimen, que al terminar los mandatos de sus gobernantes locales solía premiarlos con la infaltable banca de senador.

De estos toques de atención podríamos citar muchos. Podría citarse su proyecto prohibiendo que los funcionarios judiciales jubilados ejercieran su profesión durante diez años a contar desde su retiro, para «arraigar en el pueblo la absoluta certidumbre de la imparcialidad e independencia de los encargados de ejercerla» y consagrando así «un principio esencial de moral pública». O su proyecto prohibiendo que ningún funcionario o empleado del Estado osara tener participación alguna en las gestiones que particulares o empresas realizaran ante los poderes de la nación o las provincias. O, en otro orden de cosas, el propósito moralizador que lo llevó a hacer impedir que la bailarina negra Josefina Baker se exhibiera desnuda durante sus funciones.

La austeridad prócer de su gobierno recordaba el estilo de las primeras presidencias, aquellas de presidentes pobres y magros sueldos. No pasaron de mil pesos diarios los gastos de representación de la Presidencia durante sus períodos. Dos coches viejos encontró a su servicio cuando llegó al gobierno, y en ellos anduvo sin comprar otros ni mandarlos renovar. Siguió viviendo en su modesta casa de la calle Brasil «lujosa solamente en libros y sol» y su tren de vida continuó sencillo y generoso como antes. Ordenó durante sus dos períodos, en sendas órdenes, que se retiraran los retratos con su efigie que decoraban algunas oficinas públicas. Eran ejemplos que el pueblo bebía y sobre los cuales se iba forjando una nueva construcción de valores, moradas espirituales donde el antiguo culto a la «viveza», al

progreso material y a las formas huecas era sustituido gradualmente por una nueva estructura presidida por la austeridad, el decoro, la veracidad, la honradez, la voluntad de servir honorablemente y sin ostentaciones al país.

Pero crear un nuevo sentido de la vida en un pueblo acostumbrado durante largos años a mirar a su patria «en términos de vaca lechera», según la recordada expresión de Eduardo Mallea, no era tarea fácil ni podía realizarse solamente a base de ejemplos gubernativos. Había que volver a Moreno: Moreno había dicho que seríamos grandes por nuestras virtudes, no por nuestra grandeza. Había que volver a Echeverría: Echeverría había proclamado su fe en las propias fuerzas para hacer algo original. Mas esas voces que venían del fondo de la Patria vieja habían sido ahogadas por décadas de vida cómoda, de sensualidad, de fementido adelanto. Para escuchar su mensaje el pueblo debía recogerse en sí mismo. Sólo el pueblo vuelto hacia su recia contextura vital podía realizar el milagro de crearse un ámbito espiritual donde cada cosa se situara en su real ubicación. Este quehacer con perspectiva de siglos enderezado a lograr una confianza en las fuerzas morales argentinas mediante el rescate de sus antiguas claves pudo acelerarse —y lo fue— por dos causas que ya hemos señalado páginas antes: la posición de la Argentina frente a la guerra y la paz y la Reforma Universitaria.

Es un error generalizado el creer que la Reforma Universitaria nació en 1918 casi por generación espontánea. Lo que ocurrió fue que recién en 1918 se conjugaron todos los factores propicios para que las aspiraciones estudiantiles vagamente expresadas antes y jamás efectivizadas hasta entonces pudieran concretarse en claras exigencias y fueran llevadas a la práctica por la acción común de gobierno y estudiantes, unidos en idéntico ideal.

La llegada al gobierno del partido popular infundió en el estudiantado la esperanza de que las anacrónicas estructuras de las universidades existentes —en Buenos Aires, Córdoba y La Plata, pues las de Santa Fe y Tucumán eran aún provinciales— serían reformadas según el nuevo espíritu democrático que presidía ahora el país. Los manifiestos de la «Biblioteca Córdoba» de Córdoba y del Colegio Novecentista de Buenos Aires, las severas críticas que desde el Ateneo Universitario de Buenos Aires formuláronse desde el año 1916 contra el estado universitario vigente, fueron creando una conciencia estudiantil proclive a un inminente movimiento reformista.

Éste, por fin, estalló en Córdoba, sede de la trisecular casa de Trejo.

Tras una huelga declarada en marzo de 1918 en procura de reformas al estatuto vigente, el Presidente Yrigoyen envía un comisionado que propone algunas modificaciones reglamentarias al Poder Ejecutivo. Pero cuando éstas se ponen en práctica para la elección del rector, la asamblea de profesores recurre a las peores mañas de las camarillas que por entonces dominaban los vetustos claustros cordobeses. Entonces —aquel iluminado 15 de junio de 1918— la muchachada constituida en Federación Universitaria de Córdoba desde mayo desaloja la congregación profesoral, proclama la huelga general, ocupa la Universidad y lanza el «manifiesto a los hombres libres de Sud América», redactado por Deodoro Roca, donde se anuncia la ruptura de la última cadena del coloniaje, la última servidumbre mental de América.

Después los acontecimientos se tornan vertiginosos. La agitación estudiantil cunde en todas las casas. La

Federación Universitaria Argentina (FUA), fundada el 11 de abril, convoca el primer Congreso Nacional de Estudiantes Universitarios, que delibera en Córdoba desde el 20 al 31 de julio y concreta en claras exigencias el nuevo ideario. En adhesión al movimiento cordobés hay huelga general de estudiantes en todo el país por cuatro días; se suceden los mitines de apoyo. En agosto, a pedido de la Federación Universitaria Cordobesa y la Federación Universitaria Argentina, el Poder Ejecutivo interviene la Universidad de Córdoba, enviando como interventor al ministro de Instrucción Pública. Espíritus preclaros apoyan a los estudiantes: José Ingenieros, Alejandro Korn, Alfredo L. Palacios, Ricardo Rojas. Ante la presión del ambiente, el Consejo Superior de la Universidad de Buenos Aires pone sus venerables barbas en remojo y sanciona espontáneamente algunas reformas a los estatutos, que son aprobados por el Poder Ejecutivo. Por fin, el 31 de julio Yrigoyen envía al Congreso el proyecto de ley orgánica de instrucción pública, donde se coloca a las universidades «dentro del espíritu nuevo», cuya pujanza ya es irresistible. En setiembre la estudiantina gana de nuevo la casa de Trejo en protesta por lo que considera una demora del Poder Ejecutivo en la sanción de las reformas propuestas. Un mes después decreta Yrigoyen la reforma de los estatutos cordobeses. Más largo fue el proceso reformista en la Universidad de La Plata, que hasta junio de 1920 no vio efectivizados los reclamos de sus alumnos, tras movimientos que llegaron a extremos violentos dada la terca resistencia de sus autoridades: es de notar que los nuevos estatutos fueron proyectados por los presidentes de la Federación Universitaria de La Plata (FULP) y de la Federación Universitaria Argentina, y adoptados casi textualmente por el Poder Ejecutivo.

Pero no bastaba infundir el nuevo espíritu a las viejas casas: había también que crearlas nuevas para experimentar desde el principio los beneficios del sistema en campo virgen.

A iniciativa de Yrigoyen se sanciona en 1919 la ley 10 861 creando la Universidad Nacional del Litoral, con lo que se respondía a un largamente expresado anhelo de los estudiantes de esa zona. Sus estatutos fueron redactados consultando a los centros estudiantiles, y se aprobaron en abril de 1922. Eran tan apegados a los nuevos ideales que desde entonces fue conocida la del Litoral como la «Universidad de la Reforma». En Tucumán la institución provincial de endeble existencia que expedía algunos títulos fue nacionalizada por ley 11 027 en 1920 a pedido de la Federación Universitaria Argentina, que cumplía con ello una resolución del Congreso de Córdoba. El acta de constitución de la Universidad norteña fue firmada por los alumnos y fue designado encargado de ella un joven reformista: poco después se aprobaron, para su gobierno, estatutos semejantes a los de la Universidad del Litoral.

El período de Yrigoyen concluyó pues, dejando reformadas las tres universidades existentes y creadas dos más, bajo las mismas orientaciones. Pero no se redujo a las fronteras del país el movimiento, intérprete de los anhelos de toda una generación americana que vio en el «llamado de Córdoba» la cabal expresión de sus ansias liberadoras. Así, fueron estallando gradualmente en las universidades americanas reclamos basados en los aquí triunfantes.

En la Argentina todo se había realizado bulliciosa pero pacíficamente. El gobierno no había reprimido las algaradas estudiantiles —algunas, camorreras por demás—, sino que sabiamente las había encauzado hacia una fecunda colaboración para el mejoramiento de la Universidad. Así como durante las agitaciones sociales había estado abierta la Casa de Gobierno a los obreros para escuchar la expresión de sus anhelos, del mismo modo acogió Yrigoyen a la estudiantina, confió en ella, le otorgó responsabilidades y le dio una personería como nunca había tenido antes y

como pocas veces gozó después. Y conste que ello no ocurrió porque lo moviera a esa actitud algún móvil político: casi ninguno de los dirigentes estudiantiles era por entonces radical, y algunos eran rabiosamente antirradicales. Pero Yrigoyen vio que esos fermentos de rebeldía escondían una enorme posibilidad de renovación espiritual y por eso, a ojos cerrados, apoyó el «espíritu nuevo», como gustaba llamarlo.

La Reforma fue el punto de partida de una generación americana que con esa bandera pudo sentirse suficientemente fuerte como para crear un orden cultural que fuera auscultador atento de la tierra, abriendo la universidad al pueblo y comprendiendo la necesidad de resistir la opresión del imperialismo y las dictaduras, para promover estructuras sociales exentas de injusticia. Este ideario estaba implícito o existía concretamente en los grandes movimientos libertadores del continente —el radicalismo argentino, la revolución mexicana, más tarde el aprismo—, pero faltaba una camada que supiera concertarlo y llevarlo a la práctica en toda América con un contenido de cultura. La Reforma lo logró. «Toda dictadura en América necesita, en primer término, arrancar la lengua que se mueve en las aulas», expresaba en 1930 Germán Arciniegas. La juventud nacida al calor de la Reforma fue la vanguardia de los pueblos americanos contra las dictaduras que infestaron por entonces nuestra América.

En nuestro país una efervescencia, una inquietud permanente, una prosperidad intelectual nunca vista, advino a la universidad. Estudiantes y obreros se vincularon por primera vez en estrecha confraternidad. Las antiguas camarillas que usufructuaban antes la Universidad como feudo cerrado debieron ceder al empuje que reclamaba nuevos profesores, nuevos métodos. Fueron reparadas injusticias y corruptelas que de puro viejas estaban ya consustanciadas con la vida universitaria. Ésta abandonó su rigidez escolástica para adquirir formas espontáneas, bulliciosas, frescas, aptas para el desarrollo de la personalidad juvenil sin retaceos. Interrogantes nunca planteados se elucidaron —bien o mal, pero siempre con sinceridad y pasión— por los nuevos jóvenes maestros: Deodoro Roca, Saúl Taborda, Héctor Ripa Alberdi, Gabriel del Mazo, Julio V. González, Carlos Sánchez Viamonte, Adolfo Korn Villafañe, Carlos Cossio, Florentino Sanguinetti, Aníbal Ponce. La revolución de las aulas, con la magnitud inesperada de su realización, prestaba confianza a la juventud para inducirla a emprender la búsqueda de una realidad social y cultural distinta de la vivida hasta entonces. (Cierto es que la revolución rusa embobó a no pocos: pero la mayoría tuvo la suficiente independencia mental como para vislumbrar, a poco andar, los errores y las perversiones del formidable experimento soviético). Una vuelta a lo americano, un retorno a los viejos hontanares de pueblo y estilo, fue la Reforma, y a la vez un ancho tímpano donde tuvieron eco todas las inquietudes de una generación que sintió al alcance de su mano la posibilidad de realizar un programa postergado.

Pero a la primera generación reformista argentina debemos señalarle un gran error: su incapacidad para conectar sus ideales con los de la corriente política que les era más afín. Si hubieran hallado lo que el radicalismo y la Reforma tenían de común,

¡qué transformación hubiera podido acaecer en la Argentina! Pero fueron pocos los dirigentes reformistas que tuvieron la suficiente lucidez como para caer en cuenta de que el sentido de vida que propugnaba la Reforma coincidía en lo esencial con el que el radicalismo trataba de instaurar con aquella «reconstitución fundamental» que anunciaba en el manifiesto de 1916. Así, gran parte del esfuerzo reformista se minimizó en la pequeña lucha escolar o se esterilizó en la polémica bizantina; algunos de los paladines del '18 derivaron hacia el totalitarismo en sus versiones de izquierda y derecha; otros se constituyeron en respetables profesionales y archivaron su vocación revolucionaria. Algunos hicieron punta de lanza en la reacción antirradical, cuando el segundo gobierno de Yrigoyen, y contribuyeron a su caída. La trayectoria de un Luis Dellepiane, que transitó una evolución sauliana desde el marxismo hasta el radicalismo intransigente; o de un Gabriel del Mazo, invariablemente leal a la esencia doctrinaria del radicalismo, fue la de muy pocos. Tal vez una juvenil limpieza de alma o cierta iconoclastia que les mostraba solamente los defectos del radicalismo —la estudiantina no ha sido nunca oficialista— o quizás una impaciencia por superar lo que parecían —y a veces eran— lentos progresos en materia social o económica descolocó a la generación de la Reforma de la realidad política y la apartó o por lo menos no la acercó a la Unión Cívica Radical. Y el equipo que necesitaba Yrigoyen para emprender la revolución que ya se le estaba escapando de las manos se quedó teorizando en los discutiaderos estudiantiles o reprochando insignificancias al gobierno, ¡mientras el país clamaba por un grupo de muchachos de corazón intrépido que diera voz a sus escondidos anhelos y tornara realidad los generosos sueños del caudillo!

En la Argentina hay una historia no escrita, que es la de las grandes frustraciones, la de los grandes desencuentros. En ella sería la más dolorosa de sus páginas la que relatara el desencuentro de la generación reformista del '18 con lo radical. Hoy, tras experiencias amargas y aleccionadoras, los dos conceptos han vuelto a ayuntarse. La equivocación no debe repetirse. Reforma y radicalismo son elementos integrativos de una misma entelequia: la emancipación americana dentro de su plenitud auténtica de vida. Sólo entendiendo esto se podrá reparar —tarde, pero quizá no demasiado tarde— la gran chingada de la generación del '18.

Con eso y todo, la Reforma cumplió una gran función de reordenamiento y reenquiciamiento espiritual. Hoy es realidad triunfante o ilusión esperanzada de la juventud americana: pero siempre bandera de mocedades.

El movimiento de los partidos políticos se caracterizó, durante la presidencia de Yrigoyen, por una progresiva descomposición de las agrupaciones no radicales,

paralelamente al crecimiento de la Unión Cívica Radical, la cual, a su vez, padeció conflictos internos en casi todas las provincias.

El Partido Socialista, que desde 1912 compartía la representación metropolitana con el radicalismo, sufrió por esos años dos escisiones: nacionalista una, internacionalista la otra. La primera fue encabezada por el doctor Alfredo L. Palacios, que había sido expulsado de su agrupación en 1915 por haber violado estrictas normas en materia de duelos, en un incidente parlamentario con Horacio Oyhanarte que no llegó al lance. Con este motivo el comité socialista de la Boca pidió la expulsión de su antiguo representante de 1904 y el 2.º Congreso Extraordinario realizado en Rosario en 1915 decretó su expulsión. Tras renunciar a su banca, el doctor Palacios fundó entonces el Partido Socialista Argentino al que imprimió características muy afines al nacionalismo romántico y un tanto aburguesado de que siempre hizo gala. El nuevo partido obtuvo en 1916 unos 33 000 votos en la Capital, sin llegar a lograr representación alguna. Poco después moría de inanición, alejándose el doctor Palacios de la política activa hasta 1931, en que reingresó a su viejo partido.

La otra disidencia tuvo proyecciones más trascendentales. Se produjo en 1917 con motivo de la actitud asumida por el bloque parlamentario socialista en lo referente a la política internacional argentina. Las divergencias doctrinarias se hicieron, por fin, insolubles, cuando en enero de 1918, se realizó un congreso constitutivo de lo que se denominó «Partido Socialista Internacional» al que se dio un contenido ideológico apegado al marxismo revolucionario, en contraposición a lo que calificaban de «reformismo tibio» de la dirección socialista. En 1920, el nuevo partido realizó un segundo congreso, que decidió trocar el nombre de la agrupación por el de «Partido Comunista», con el cual ha pervivido hasta hoy.

Por último, en 1920 también sufrió el Partido Socialista una detección provocada por simpatizantes de la Tercera Internacional fundada poco antes por Lenin. El grupo estaba encabezado por el senador nacional Enrique del Valle Iberlucea.

Pese a estas desgracias internas, el Partido Socialista, con la autoritaria dirección de Juan B. Justo, mantuvo su prestigio popular en la Capital Federal, traducido en los 42 000 votos obtenidos en 1916, aumentados a 60 000 en 1922, que le aseguraron las bancas de la minoría metropolitana en la Cámara de Diputados. Allí fueron los adversarios más implacables e inteligentes del radicalismo, sirviendo magníficamente a los intereses del Régimen y negándose a acompañar al radicalismo en muchas iniciativas progresistas.

En el conservadorismo la pérdida del poder repercutió dolorosamente. A la orfandad que suponía en el orden nacional la llegada a la presidencia de un adversario, se agregaron los sucesivos desalojos de sus situaciones provinciales, que el pueblo fue llevando a cabo en libres comicios. Un partido como el conservador, que durante treinta años se había alimentado con las primicias del poder, carente ya de heroicidad, sin ideales superiores, escéptico de su propia función, no podía resistir sin desmayos el ayuno opositor. Así fue como el resultado de la derrota fue una

disgregación de fuerzas que sólo se detuvo cuando los intereses creados apuntalaron los restos del Régimen en liquidación.

El Partido Demócrata Progresista, nucleado por Lisandro de la Torre para la jornada electoral de 1916 con el aporte de varios oficialismos locales, se deshizo como un castillo de naipes aún antes de las elecciones, perdiéndose así la única posibilidad de renovación del conservadorismo. Es que si hubieran aprovechado los hombres del Régimen la época de derrota para reagrupar sus fuerzas, depurarlas, dotarlas de algún objetivo y unificar los diversos grupos provinciales en un gran partido nacional destinado a ejercer el contralor del nuevo gobierno, esos años hubieran sido aprovechados plenamente. Pero no lo hicieron. Prefirieron enquistarse en las bancas supervivientes del Senado o atrincherarse en sus feudos ya vulnerables o, sencillamente, permutar la vieja divisa por la que estaba entonces en alza, ingresando sin mayor remordimiento al radicalismo.

El gobierno de Yrigoyen no se dedicó a atacar al conservadorismo. Simplemente desmontó los mecanismos que impedían en las provincias la libre expresión popular. Eso bastó para que los partidos conservadores se derrumbaran. Pero no hubo persecución ni ensañamiento. No existió el propósito de liquidar los resabios del Régimen. Tanto fue así que provincias hubo donde el conservadorismo se mantuvo en preponderancia; y en otras permaneció en prudente recogimiento, «hasta que aclarara...». Los partidos del Régimen eran poderosos en algunas provincias, especialmente Buenos Aires, Córdoba, Corrientes y Salta. La intervención al primer estado argentino decretada en 1917 fue un golpe tremendo para el conservadorismo, cuya expresión más potente y agresiva fincaba en esta provincia.

En *Buenos Aires* el conservadorismo quedó aniquilado. Cuando la ciudadanía bonaerense pudo manifestar libremente su preferencia cívica quedó evidenciado hasta qué punto había sido profunda y perdurable allí la paciente labor de Yrigoyen y sus seides. El radicalismo pagó a Buenos Aires su fidelidad dándole grandes gobiernos. Don Luis Monteverde, José Luis Cantilo, Valentín Vergara y Nereo Crovetto fueron gobernantes progresistas, honrados y respetuosos de todos los derechos. Las comunas bonaerenses nunca fueron administradas con tanta honestidad. Así pudo ocurrir en 1931 el milagro del Cinco de Abril, respuesta preñada de sentido que dieron «las chacras y las comunas bonaerenses». (Ricardo Rojas) a la dictadura uriburista.

En *Corrientes*, en cambio, las fuerzas del Régimen lograron mañosamente retener sus posiciones pese al veredicto popular. Allí, el jefe del autonomismo —que durante largos años había detentado directa o indirectamente el gobierno de la sufrida provincia— hizo votar en 1915 a sus adictos de la Legislatura por el doctor Numa Soto, radical, para senador, declarando en su previsor viraje que el sistema de la «rotación» autonomista-liberal inaugurado en 1909, había terminado. Así logró Vidal convertirse en árbitro de la situación correntina, cuyo gobierno, liberal, se encontró atacado por el autonomismo y el radicalismo a una. Hubo un intrincado proceso político que culminó con la intervención. Cuatro meses después de decretada ésta —noviembre de 1917— se realizaron las elecciones de gobernador, que otorgaron mayoría a los radicales, aunque sin lograr un número suficiente de electores en el Colegio Electoral.

Sin embargo, la candidatura radical parecía tener posibilidades de triunfo en la segunda votación del cuerpo después que cada grupo cumpliera con sus compromisos particulares, pues tres electores radicales disidentes inclinarían sus votos en esta instancia por el coronel Blanco, abnegado artífice del partido popular en Corrientes y su candidato a gobernador. En eso se estaba cuando Blanco fallece repentinamente en Buenos Aires. El inesperado y sensible deceso provocó confusión y desconcierto en las filas radicales, lo que fue aprovechado sagazmente por las fuerzas del Régimen, que piloteadas por Vidal sufragaron en bloque, pese a sus antagonismos, por un dirigente liberal ajeno en absoluto a todo el proceso eleccionario, completando la fórmula con un autonomista. Esto revivió nuevamente el sistema de la «rotación», y fue protocolizado en un pacto que se signó poco después. A pesar de

que el procedimiento significaba en esencia un escamoteo a la voluntad del electorado, las formas legales eran incuestionables. El interventor federal no objetó el proceso y así pudo mantenerse en la situación correntina la tradicional entente autonomista-liberal, cuyos personeros se hicieron cargo del gobierno en agosto de 1919. Después de esta derrota —en la que la fatalidad, el empecinamiento de las fracciones radicales y la astucia de Vidal se conjuraron para evitar el justo triunfo radical— la Unión Cívica Radical consiguió ganar la heroica provincia recién en 1946.

Menos azaroso fue el proceso de desmonte de la máquina del Régimen en *Salta*. Allí, la oligarquía azucarera había hecho de la provincia un coto de caza: las elecciones que habían elevado en 1912 al doctor Robustiano Patrón Costas estaban manchadas por un sangriento fraude y por una inconstitucional intromisión del Senado provincial en el escrutinio: la justicia criminal adolecía de irregularidades que la convertían en arma tremenda contra los opositores, carentes de toda garantía; el Poder Legislativo estaba compuesto en su mayoría por empleados a sueldo del gobierno o dependientes de la empresa cuyo dueño era el gobernador; se habían enajenado 200 000 hectáreas de tierras fiscales a la firma Bunge y Born con títulos falsificados y procedimientos subrepticios. El caótico estado de la provincia llevó a principios de 1917 a todos los partidos opositores salteños —incluso el socialista— a pedir la intervención nacional que fue decretada en abril de 1918 previo un informe confidencial del doctor Avelino Ferreyra al presidente Yrigoyen.

Fue designado comisionado un digno magistrado de la justicia metropolitana, quien interpretó su misión como dotada de amplísimas facultades, cuando lo cierto era que sólo debía presidir el proceso electoral de renovación gubernativa. Ello motivó una incidencia con Yrigoyen que tuvo amplios ecos en su tiempo y concluyó con la renuncia del interventor. Al fin se realizaron normalmente las elecciones, triunfando el candidato radical doctor Joaquín Castellanos (ya por entonces enemigo personal de Yrigoyen, como casi todos los antiguos comensales de Alem, y que más tarde sería un vociferante detractor del caudillo). El doctor Castellanos no concluyó su período, pues debió renunciar con motivo de haber sido sometido a juicio político por la Legislatura: ante este nuevo conflicto el Congreso Nacional sancionó la intervención a Salta, que terminó en abril de 1922, con la asunción del poder por el doctor Adolfo Güemes.

En *Córdoba*, el Partido Demócrata (rótulo que con el aditamento de «Nacional» adoptaron los partidos conservadores de todo el país al unificarse en 1931) logró recobrar sus posiciones, perdidas en 1915 con motivo de la elección que consagró a la fórmula radical Eufasio Loza-Julio C. Borda. Una escisión partidaria que aparejó la renuncia del doctor Loza en mayo de 1917 y culminó posteriormente con un conflicto entre la Legislatura y el doctor Borda debilitó grandemente al radicalismo cordobés, posibilitando el triunfo obtenido en noviembre de 1918 por el doctor Rafael Núñez, candidato demócrata. Las presiones que en su momento se denunciaron, así como la inconstitucional modificación de la ley de elecciones provinciales hecha con el propósito de discriminar las zonas de predominio demócrata, inclinaron a la Unión Cívica Radical a abstenerse de concurrir a la ulterior renovación gubernativa de Córdoba, en la que triunfó canónicamente el doctor Julio A. Roca, ungido por 30 000 sufragios sobre 160 000 inscriptos en el padrón. Pero la situación de minoría en que se encontraba el oficialismo cordobés se puso de manifiesto más tarde, con la elección presidencial, en la que el radicalismo obtuvo 47 000 votos contra 31 000 del partido gobernante. Este hecho indujo al gobierno nacional a declarar suspendidas sus relaciones oficiales con el cordobés, en mayo de 1922, poco después de haber asumido el mando el doctor Roca. La anómala situación duró hasta que la presidencia siguiente volvió las cosas al estado anterior.

También en *Tucumán* y *Mendoza* conservaron un caudal apreciable los partidos del Régimen, los cuales, aunque vencidos en las contiendas electorales de diciembre de 1916 y de enero de 1918, que consagraron gobernadores a los doctores Juan M. Bascary y José Néstor Lencinas, no quedaron tan descalabrados como en otras provincias.

Pero no fue total ni definitiva la derrota del Régimen en el país, si bien en algunas provincias y en la Capital Federal el desastre fue grande. En no pocas lograron las fuerzas conservadoras mantenerse y aún recobrar sus posiciones, reservando sus posibilidades para el momento no lejano en que se pudieran aglutinar todas las fuerzas políticas que alentaran un designio antiyrigoyenista para el supremo esfuerzo antipopular de 1929-30.

Rotas las férreas normas —más éticas que políticas— que habían mantenido a la Unión Cívica Radical en recogimiento frente al desborde del Régimen aparecieron en su seno una serie de conflictos internos, productos inevitables de los nuevos objetivos

políticos que ahora perseguía el partido. Los intereses que antes no habían existido y que ahora jugaban con toda crudeza; la democracia interna, que permitía la expresión de todas las opiniones; la falta de consecuencia de algunos dirigentes que al llegar a las posiciones públicas traicionaron al antiguo jefe; su misma falta de experiencia gubernativa; en fin, la infiltración de elementos puramente arribistas y la existencia de un ala del partido no consustanciada con la esencia popular, nacionalista y revolucionaria de la Unión Cívica Radical, fueron factores que provocaron escisiones y malestares perturbadores de la labor gubernativa de Yrigoyen en grado sumo.

Éste, a pesar del pretendido personalismo con que conducía los asuntos partidarios, fue en más de una ocasión impotente para remediar esos conflictos internos: lo que demuestra que la manida sumisión a las directivas del caudillo que se achacaba a los dirigentes radicales no era tanta ni tan absoluta. A veces necesitó Yrigoyen recurrir a todos sus esfuerzos para reducir a elementos levantiscos que amenazaban con malograr su política reparatoria; otras, debió tolerar situaciones o personajes que en otros momentos habría desechado. Pero la política militante, su calidad de jefe de partido, la lucha por ganar el Congreso, el esfuerzo por aliviar siquiera un punto la insoportable presión opositora, lo obligaron a transar alguna vez, ¡a él, el gran intransigente!, o a ser alguna vez injusto, al fallar tal o cual pleito local. Ello no amengua su grandeza ni empaña su trayectoria: a cambio de estos pequeños inevitables renuncios están sus grandes aciertos. El saldo siempre será favorable.

La mayoría de los conflictos internos del radicalismo debieron a causas locales, pero en algunos alcanzó a apuntar cierto matiz de resistencia a Yrigoyen que, disimulada cuidadosamente mientras el caudillo ocupó su sitial, se manifestó con agresividad durante la presidencia siguiente. Todos estos antecedentes ayudarán a comprender el sentido de estas perturbaciones internas, propias, por otra parte, de un partido esencialmente democrático que no estaba presidido por una jerarquía omnímoda ni tenía una estructura monolítica, sino que estaba abierto a todas las expresiones, a todos los intereses, a todas las ambiciones.

Santa Fe tuvo el mínimo honor de contar con una disidencia en el radicalismo antes que Yrigoyen fuera elegido presidente. El cisma nucleó a la mayor parte de los elementos radicales contra el gobierno del doctor Menchaca que, según se recordará, había sido elegido gobernador de la provincia en las primeras elecciones realizadas bajo la ley de sufragio libre y garantido. El fallecimiento de Antonio Herrera, Ricardo Núñez y José Chiozza restaron al partido personalidades de valía que jugaban un papel de equilibrio en el gobierno provincial. La creciente oposición radical al doctor Menchaca se planteó al debatirse el nombre de su sucesor: la mayor parte del radicalismo santafecino sostenía al doctor Rodolfo Lehman, mientras el grupo que rodeaba al gobernador sostenía a su ministro, el doctor Enrique M. Mosca.

Los «radicales de Santa Fe», como se titularon los disidentes, enviaron diputados de brillante actuación en el Congreso e imprimieron a su actitud un carácter de independencia aunque no de oposición a Yrigoyen. Ricardo Caballero, que era uno de sus jefes más activos, le prestó un sentido doctrinario hondamente nacionalista y de justicia social que lo colocó en posiciones a veces más avanzadas que el radicalismo tradicional. La disidencia concluyó con la candidatura común del doctor Mosca en 1920. Hubo un momento en que se constituyó en árbitro de la solución presidencial en 1916, y algunos de sus dirigentes especularon largamente con los diecinueve electores decisivos con que contaban: pero ya hemos visto cómo en esa coyuntura triunfó su lealtad al radicalismo sobre las intrigas desatadas.

Menos trascendencia tuvo el desgraciado episodio que protagonizó en *Buenos Aires* el doctor José Camilo

Crotto. Este viejo amigo de Yrigoyen, pintoresco y decidor, tenía una noble trayectoria en el radicalismo, cuyo organismo máximo llegó a presidir. Pasó de la banca de senador nacional por la Capital Federal a la gobernación del primer estado argentino en las primeras elecciones ganadas por la Unión Cívica Radical en esta provincia.

Pero una vez en el alto cargo, el doctor Crotto adoptó una actitud de desestimación hacia sus viejos amigos, de indiferencia frente al partido y aun de alzamiento contra el viejo camarada al que debía su carrera política y que lo había hecho objeto siempre de delicadas atenciones. Así, sus ministros fueron extraños al partido o recién llegados; su actitud frente al movimiento universitario reformista de La Plata tuvo desplantes severos; se permitió expansiones aliadófilas que no correspondían a la esfera de sus atribuciones y estaban en antagonismo con la línea política del gobierno nacional. Alentado por elementos extrarradicales, el doctor Crotto llegó a creerse toda una potencia política, cuando lo cierto era que sin Yrigoyen no era nada. Su extraña conducta (que en su momento se atribuyó a una perturbación de sus facultades mentales) motivó la lógica reacción del radicalismo bonaerense, que se alejó de él hasta obligarlo a renunciar después de una odisea tragicómica. El doctor Crotto, que colaboró activamente con el antipersonalismo durante la presidencia siguiente, falleció muchos años después.

En cambio, la *disidencia correntina* aparejó —como se ha visto— la pérdida de la gobernación. La crisis afloró cuando el Comité Provincial debatió, en octubre de 1916, si habría de solicitar o no la intervención de Corrientes a las nuevas autoridades de la Nación. Contra la opinión del coronel Blanco, presidente del cuerpo, el pronunciamiento fue negativo. Llevado el caso en apelación a la Convención Provincial, ésta sancionó el pedido de intervención y expulsó a no pocos miembros.

Ante el conflicto interno, cada vez más agudo, el Comité Nacional destacó al doctor Víctor M. Molina primero y al doctor Tomás de Veyga después, con la misión de solucionarlo. Formalmente, la misión de los dos interventores tuvo éxito, pues se llevó a cabo una amplia reorganización partidaria acatada por todos los grupos: pero las disidencias eran demasiado profundas ya. En julio de 1917 se completó la reestructuración orgánica ordenada con la instalación de la Convención Provincial, donde predominaban los elementos tradicionales, adictos en su mayoría al coronel Blanco. Al proclamarse las candidaturas a gobernador y vicegobernador, obtuvo 26 votos la fórmula integrada por el coronel Blanco y don Mariano Madariaga; pero una docena de convencionales, irreductiblemente enemigos del viejo caudillo, proclamaron el binomio Miguel Susini-J. Hortensio Quijano. Ante la disidencia manifestada, el Comité Nacional procedió con energía; declaró que la única fórmula radical era la encabezada por el coronel Blanco y prestigió la proclamación de su candidatura con el envío de una nutrida delegación partidaria.

Al fallecer el coronel Blanco los radicales no sustituyeron el nombre del caudillo con un candidato que fuera común a todos los grupos, sino que anunciaron que votarían para gobernador el segundo término de la primitiva fórmula. La impolítica actitud de los radicales tradicionales motivó que la fracción disidente, a su vez, mantuviera su actitud separatista. Entretanto, Vidal trenzaba magistralmente los hilos que le quedaban. Y así, sensacionalmente, resultó electo en primera votación un dirigente liberal.

El nuevo gobernador tuvo el tino de mantener buenas relaciones con el gobierno nacional, que a su vez no lo molestó pese a las denuncias del radicalismo provincial, cuyas filas seguían divididas al punto de verse obligados a abstenerse en los comicios de renovación gubernativa de 1921. La disidencia persistió, y fue sobre su base como se creó el antipersonalismo correntino durante la presidencia siguiente.

En *Entre Ríos* el conflicto estalló en los primeros meses de 1919 con motivo de la renovación gubernativa. Leopoldo Melo contaba con la mayoría de la Convención Provincial del radicalismo, pero su nombre era resistido por muchos delegados. Ante las quejas que llegaron al Comité Nacional por la designación que habría de hacer el cuerpo, el alto organismo nacional hizo un llamado a la unidad partidaria a la Convención —reunida en Rosario Tala— pidiéndole postergara la proclamación de la fórmula gubernativa hasta que se llegara a un acuerdo. La Convención, sin embargo, hizo caso omiso de la sugestión del Comité Nacional, y consagró el binomio Leopoldo Melo-Emilio Mihura. Pero la resistencia continuaba acreciendo, por lo que el candidato a gobernador hubo de renunciar. La Convención, entonces, se reúne no sin dificultades en Paraná: ahí se anuncia la llegada para el 12 de abril de una delegación del Comité Nacional compuesta por Fernando Saguié, Andrés Ferreyra y Víctor Molina. Horas antes del arribo de éstos el cuerpo proclamó la fórmula Celestino Marcó-Emilio Mihura.

Ante el desaire que suponía esta medida para la dirección nacional del partido, un grupo de convencionales protesta y declara la abstención en los comicios. Desde entonces el radicalismo entrerriano, en su mayoría, estuvo prácticamente desvinculado del resto del partido, respondiendo siempre a la dirección del doctor Miguel Laurencena. Después de 1922, la minoría yrigoyenista entrerriana cobró fuerza y logró hacer lucha pareja a la mayoría en las elecciones de 1926, en la que ésta llevó como candidato a gobernador al doctor Eduardo Laurencena, y aquélla, al doctor Francisco Beiró.

En *Santiago del Estero* la fricción venía desde antes de la elección de Yrigoyen. Triunfó el candidato conservador, y los radicales se unificaron poco después, aunque conservando sus disidencias internas alrededor de esos núcleos cromáticos... En la próxima renovación de la gobernación, la Unión Cívica Radical se abstuvo de

concurrir, limitándose a denunciar los fraudes cometidos por el gobierno santiaguense. Yrigoyen demoró bastante en intervenir Santiago. Al fin, fallecido el gobernador conservador, Yrigoyen intervino Santiago (octubre de 1919). La intervención, cuyo titular fue el doctor Matías Rodríguez Galisteo, tuvo una actuación intachable, sin comprometerse con ninguna de las fracciones que convivían en el seno del radicalismo santiaguense. Porque, como era dable esperar, no bien el enemigo común desapareció de escena (y en forma completa, porque el conservadurismo como partido no reapareció en Santiago hasta 1932) las antiguas divisiones se agriaron: los «blancos», amparados por su jefe, el ministro del Interior, se mostraron intemperantes y arrolladores, proclamaron candidato a un radical nuevo, el doctor Manuel Cáceres, incorporado al partido solo cuatro años antes. Por su parte, los «negros», arrimados a la personalidad del doctor Vicente Gallo —que alimentaba por entonces aspiraciones presidenciales— tuvieron como candidato al doctor Pío Montenegro. Triunfó ampliamente el primero, realizando desde el gobierno algunas obras importantes para el adelanto de la provincia y sin que el conflicto interno tuviera mayor proyección sobre su administración. Más tarde, la política acentuadamente personal de Cáceres le granjeó la animadversión de todo el radicalismo, provocando la unificación de «negros» y «blancos» en 1924, que reconstituyeron el partido con una tendencia confesadamente «alvearista», hasta que la nueva renovación gubernativa separó definitivamente del partido unificado al núcleo yrigoyenista.

Mendoza fue centro de una de las disidencias que más daño habría de hacer al radicalismo. Tras una honorable derrota en 1912, la Unión Cívica Radical había triunfado en las elecciones presidenciales del distrito en 1916, y luego en las de gobernador, presididas por el interventor federal doctor Eufasio Loza. Fue consagrado gobernador el doctor José Néstor Lencinas, el «gaucho». Lencinas, caudillo de real prestigio popular, hombre sentimental, impulsivo, aniñado y de un alma nobilísima. El doctor Lencinas hizo un gobierno patriarcal, dotó a la provincia de leyes sociales adelantadas y atendió al poverrío con una generosidad a veces reñida con leyes y reglamentos.

Pero su carácter, sus extravagancias y su poca experiencia le hicieron incurrir en algunas faltas y atropellos que Yrigoyen no pudo menos que reprocharle, desde que comprometían el prestigio de todo el partido. Yrigoyen se vio obligado en diciembre de 1918 a decretar la intervención federal, la que había sido solicitada por el Comité Provincial de Mendoza en extenso y documentado memorial. Al mismo tiempo el presidente llamó a Lencinas a Buenos Aires y le dio un sosegate tan enérgico que el «gaucho», sinceramente arrepentido de sus desafueros, extendió allí mismo (27 de mayo de 1919) la renuncia de su cargo... ¡dirigida al presidente de la Nación! Naturalmente, Yrigoyen no utilizó nunca la original dimisión: pero conservó el documento como un instrumento de contención contra su impetuoso amigo.

A mediados de 1920 falleció el gobernador Lencinas, pero el grupo que había nucleado fue adquiriendo cada vez mayor autonomía del resto del partido y cada vez más sentido antiyrigoyenista, bajo la dirección de los hijos del finado: Carlos Washington, José Hipólito y Rafael Néstor. Ya veremos cómo el «lencinismo» fue una de las deformaciones más estupidas de la Unión Cívica Radical, y cómo es, en gran parte, responsable de la caída de Yrigoyen en 1930.

Lo de *San Juan* tuvo contornos trágicos. A través de los años revivió por esa época el signo trágico que presidiera los momentos culminantes de la política huarpe —recordemos a los gobernadores Benavidez asesinado en 1858, Virasoro asesinado en 1860, Aberastain asesinado en 1861, Videla asesinado en 1872, Gómez asesinado en 1884...—. Regresado por el apasionamiento, la incultura cívica y el frío designio de determinados individuos, un sello sangriento tornó a caracterizar las luchas cívicas de San Juan.

La provincia había sido gobernada hasta 1919 por los conservadores (Concentración Cívica). Los radicales estaban divididos con motivo de una elección interna efectuada para designar candidato a diputado nacional en la que fue derrotado el doctor Federico Cantoni, quien se retiró del partido y fundó la Unión Cívica Radical Intransigente.

En octubre de 1919 se decretó la intervención a San Juan. Ante la futura convocatoria a elecciones, el Comité Nacional envió al doctor Francisco Beiró a San Juan con instrucciones para unir a los grupos antagónicos. No hubo avenimiento: y en los comicios de diputados nacionales (marzo de 1920) triunfó la Concentración Cívica sobre las dos fracciones radicales separadas. Este resultado llevó a unos y otros la evidencia del fracaso en la futura elección de gobernador si continuaba el cisma, por lo que decidieron de común acuerdo concurrir a la Capital Federal para nombrar a Yrigoyen árbitro de la cuestión y que éste designara la fórmula.

«El presidente de la Nación no tiene candidato», fue la respuesta de Yrigoyen a la delegación. A continuación invitó a buscar por sus propios medios la solución. Ella fue hallada con los nombres del doctor Amable Jones y don Aquiles Castro, médico psiquiatra aquél, de amplia cultura y gran renombre profesional, alejado de su tierra durante muchos años, honrado y bienintencionado aunque carente de tacto político, y viejo luchador el segundo, de actuación en el partido desde los tiempos del Parque.

Con esta fórmula el radicalismo sanjuanino unido triunfó en las elecciones de mayo de 1920. Pero el conflicto estaba latente. En febrero de 1921 la Legislatura, reunida en una casa particular subrepticamente, inicia juicio político contra el doctor Jones y lo emplaza a entregar el mando. El gobernador no responde ni se inmuta.

En este estado, visto el desarrollo de los sucesos, el Congreso Nacional sanciona una ley interviniendo la provincia. Se designa comisionado al doctor Raimundo M. Salvat, magistrado judicial y tratadista de derecho sin color político, quien resuelve poco después declarar nulos los nombramientos judiciales hechos por el gobernador y ordena el retiro de las fuerzas policiales que impedían el acceso a la Legislatura.

Después de hacer efectivo su fallo el doctor Salvat dio por terminada su misión y se retiró de la provincia. Ya por entonces los ánimos estaban exaltándose. La resolución del doctor Salvat había enardecido al bloquismo, que la consideró como triunfo propio. Dando un paso más en el cerco que iba rodeando a Jones, el presidente del Senado resuelve asumir el mando de la provincia, visto que sobre el gobernador pendía juicio político. El doctor Jones desconoce la resolución. Un núcleo importante de radicales retira por entonces su adhesión al doctor Jones. Hay intranquilidad en el ambiente. El bloquismo se vuelve cada vez más agresivo. Las cosas que dicen los Cantoni de Jones son tremendas. En setiembre, el Congreso Nacional sanciona nuevamente la intervención a la provincia: pero el Poder Ejecutivo demora el nombramiento de comisionado, a la espera de que los espíritus se aplaquen. Se produce un tiroteo en Jáchal, donde vive el doctor Federico Cantoni, el cual es herido en un pie —se dijo por entonces que la herida fue intencional—. Con ese motivo es recibido en San Juan por una manifestación exaltada, a la que dirige, apoyado en sus muletas, hasta la Casa de Gobierno, frente a la cual pronuncia una arenga desmelenada. Luego, un breve período de calma. Los presagios son siniestros. Lluven anónimos sobre Jones. Éste, cada vez más solo, se niega a abandonar la provincia. «¡Los gobernadores de San Juan mueren en su puesto!», llega a decir en una oportunidad.

Y, súbitamente, el 20 de noviembre de 1921, en una excursión que realiza para inspeccionar unas obras situadas no lejos de la ciudad, el doctor Amable Jones es alevosamente asesinado. Su coche es baleado prolijamente por once individuos apostados en la localidad de Rinconada desde la noche anterior. Al mismo tiempo elementos bloquistas se apoderan de algunas comisarías en la ciudad. El regimiento de Infantería con sede en San Juan recibe órdenes nacionales de dominar la situación, y procede incontinenti a detener a Federico Cantoni y más de cien partidarios armados que se encontraban escondidos en su casa. Algunos «jonistas» exaltados tratan de «linchar» a Cantoni en la cárcel; pero uno de los ministros del difunto gobernador logra, revólver en mano, contener a la multitud.

Acéfalo el gobierno, en estado caótico la provincia, asume el poder *per se* el doctor Luis J. Colombo, presidente del Superior Tribunal nombrado en comisión por el gobernador Jones y desconocido por la Legislatura bloquista. Permaneció el doctor Colombo en su peligrosa función hasta que en diciembre (1921) se hizo cargo del gobierno el interventor federal doctor Julio Bello, quien continuó en sus funciones hasta que en octubre de 1922 concluyó el período presidencial de Yrigoyen.

Tucumán fue también teatro de disidencias en el radicalismo. Fueron sus actores el doctor Juan M. Bascary, gobernador de la provincia, y don Octaviano Vera, jefe de una de las fracciones en pugna. Siguiendo las inspiraciones de este último, la Legislatura le inició juicio político al gobernador, pero cuando don León Rougés, presidente del Senado, pretendió hacerse cargo del gobierno, el doctor Bascary lo expulsó de la provincia sin mayores trámites. El Poder Ejecutivo decretó entonces la intervención a la provincia para estudiar el caso (noviembre de 1917), desempeñando la misión el doctor Juan M. Garro. Siete meses duró la intervención, cuyo titular fue más tarde el doctor Julio Lezana, hasta que, caducados los mandatos de la mayor parte de los miembros de la Legislatura, se volvió a reponer al doctor Bascary en el gobierno y se dio por terminada la intervención.

La lucha política continuó, sin embargo, y el grupo que acaudillaba Vera continuó hostilizando sin descanso al gobernador, quien se defendió como pudo. En noviembre de 1920 se decretó la intervención a Tucumán, dada la falta de garantías en que al parecer se desenvolvía la lucha electoral, con motivo de la próxima renovación gubernativa. Ésta se realizó bajo la autoridad de la intervención, y en ella triunfó don Octaviano Vera, quien recibió el mando poco después. Esta victoria resultó sorpresiva para quienes conocían la apagada personalidad de Vera, pero él llevó su campaña enarbolando el lema de «las alpargatas sobre las chimeneas» y logró el entusiasta apoyo de los trabajadores tucumanos.

En *San Luis* ocurrió que la Legislatura, sin tener quórum legal, eligió senadores nacionales. Fue nombrado comisionado el doctor Ernesto H. Celesia, quien se concretó a investigar el caso y, comprobada la irregularidad, aconsejó al gobernador, que lo era el radical doctor Francisco Alric, que convocara a elecciones para integrar el cuerpo y proceder a designar nuevamente senadores. Estaba el radicalismo puntano dividido en «azules», fracción que dirigían Diógenes Taboada y Alberto Quiroga, y el grupo oficialista al que pertenecía el gobernador, los hermanos Gatica y el doctor Adaro. Terminada la intervención legislativa y cesado el gobernador Alric en su mandato el Congreso Nacional sancionó la intervención amplia, designándose interventor al doctor Álvaro J. Luna. Cuando el período de Yrigoyen expiró, la intervención continuaba y el conflicto partidario no había logrado todavía solución en San Luis.

En *Córdoba* el inevitable conflicto interno tuvo una derivación doctrinaria que no existió en otros lados. Allí, el conservadorismo estaba estrechamente vinculado con los sectores que usufructuaban la dirección de la Universidad y con grupos de marcado matiz clerical, cuya expresión más poderosa era la asociación «Corda Frates». A su vez, el doctor Eufrasio Loza, elegido gobernador mediante el triunfo radical de 1916, estaba rodeado de algunas personalidades —Luis Eduardo Molina, Tomás Argañaraz, Arturo y José Ignacio Bas— a quienes se sindicaba como muy próximos a la «Corda». Ello hizo que el triunfo radical no allegara el apoyo de todo el partido al gobierno, pues muchos elementos, jóvenes en su mayoría, atacaron la orientación pretendidamente reaccionaria de Loza y su grupo.

Pronto surgió un movimiento interno radicado en las zonas australes de la provincia comandado por el doctor Ricardo Altamira, al que se denominó «Liga del Sur», que se acercó a sectores que propugnaban la teoría económica georgista, cuyos voceros eran por entonces Arturo Orgaz y Arturo Capdevila. Todo esto, así como la lucha reformista que por entonces se iniciaba en la Universidad, y más tarde la Revolución Rusa, fueron configurando una disidencia dotada de un contenido ideológico muy avanzado en materia económico-social.

Más tarde, el radicalismo «rojo», anatematizado por la dirección nacional del partido, fue gradualmente disolviéndose. Algunos de sus miembros se alejaron definitivamente de la Unión Cívica Radical, otros volvieron. Pero sus sedimentos ideológicos quedaron y fueron retomados por dirigentes juveniles que desde 1922 se lanzaron a un movimiento de renovación partidaria enderezado a suplantarlo los viejos valores que venían dirigiendo el radicalismo cordobés desde su fundación. Ocupó en este movimiento un lugar preponderante cierto joven médico de Villa María, el doctor Amadeo Sabattini.

La Rioja asistió a un proceso político sumamente interesante. En abril de 1918 se intervino el gobierno conservador, un mes después de haberse realizado la elección de diputado nacional por el distrito, cuyo triunfo había correspondido al radicalismo. La intervención convocó a elecciones, que se efectuaron en junio de 1918 con el triunfo canónico de la fórmula radical Daniel Bausch-Condell Hünicken. Sin embargo, la elección no fue aprobada por el gobierno nacional ni se pudo reunir el Colegio Electoral hasta febrero de 1920. Atribuyóse la insólita demora al inflexible veto de que habría sido objeto el doctor Bausch en las esferas gubernativas nacionales: y esta resistencia, combinada con la que un sector del partido le hizo en *La Rioja*, demoró la normalización institucional de la provincia. Es el caso que, ante tales dificultades, el doctor Bausch renunció a su candidatura. Poco después el Colegio Electoral designó gobernador al ingeniero Benjamín Rincón.

Su «mano dura» y su conducción personalista lo distanciaron de muchos correligionarios, que fueron gradualmente nucleándose bajo la denominación de «radicales principistas». El nuevo partido adquirió muy pronto las características del «lencinismo» y el «cantonismo», con los que estaba en estrecha conexión, tomando idéntica postura antiyrigoyenista así como su misma belicosidad.

La división partidaria se agravó hacia 1923, cuando el ingeniero Rincón decidió volcar toda su influencia para consagrar como su sucesor a don Florencio Dávila San Román.

Al comenzar el segundo período gubernativo radical en *La Rioja* (1923) los radicales estaban agrietados en tres grupos: los «rinconistas», adictos a Yrigoyen; los «principistas», activos y hábiles en sus labores proselitistas, decididos enemigos de Yrigoyen; y los «verdaderos», nucleando un elenco caracterizado pero inclinándose peligrosamente hacia el antiyrigoyenismo por reacción contra el grupo que acaudillaba el ingeniero Rincón.

Pero a esta altura, en el orden nacional estaba ya planteada la gran lucha del radicalismo contra el antipersonalismo, y *La Rioja* fue campo de este combate con características típicas.



Estos conflictos, cismas, divisiones, heterodoxias y disidencias de toda laya no significaban en modo alguno un signo de descomposición en el radicalismo. Eran, por lo contrario, un síntoma de su vitalidad y expansión, como en el adolescente pudiera serlo alguna crisis o desarmonía funcional. Ocurrieron en virtud de los motivos que hemos sintetizado, pero se debieron fundamentalmente a que el acceso popular a la cosa pública provocó los lógicos conflictos que se producen al ponerse en actividad por primera vez un mecanismo nuevo. Si el país hubiera tenido una evolución democrática regular, los conflictos que acrecieron en las provincias entre

1916 y 1922 hubieran sido historia de cuarenta o cincuenta años atrás. Eran fuerzas nuevas en expansión que necesitaban tiempo y experiencia para hacer fecunda su irrupción. Después de la Revolución de Mayo también las fuerzas populares desbridadas de toda jerarquía habían provocado situaciones anárquicas, pero luego habían sabido encauzarse por sí solas hasta confluír serenamente hacia la organización del país. Así, también había existido una explosión de elementos: una revolución democrática que asimismo había de darse ajuste y contención por sí. Hay que ser tolerante para juzgar. El radicalismo, inexperto por su propia determinación, necesitaba también hacer su aprendizaje de gobierno. Los entuertos del Régimen habían sido provocados por la puja de los círculos oligárquicos locales, los del radicalismo, choques de pueblo que hacía el maravilloso ensayo de su propia conducción...

Los hombres del Régimen, y sobre todo sus aliados socialistas, no quisieron verlo así, y se cebaron sobre las chambonadas de los gobernantes radicales y las divisiones de sus fuerzas provinciales. *Hacia la anarquía* titulaba un libro de crítica política cierto escritor conservador. Pero el común sabía, mejor que los curiales, que no se iba a la anarquía sino a la creación de un Estado donde la legalidad no estuviera reñida con la justicia y el bienestar.

Por eso, a pesar de las disidencias, a pesar de tal o cual desafuero, a pesar de algunos espectáculos poco gratos, la ciudadanía siguió expresando su fe en la Unión Cívica Radical reiteradamente. De este modo, en las sucesivas elecciones nacionales para diputados realizadas cada dos años el radicalismo obtuvo en todo el país las siguientes cifras: en 1916, 350 000 votos contra 312 000 de todos los partidos opositores juntos; en 1918, 330 000 (más 47 000 disidentes) contra 363 000; en 1920, 330 000 (más 10 000 disidentes) contra 363 000, y en 1922, 411 000 contra 397 000.

Tales resultados fueron reflejándose en el Congreso Nacional, cuyas bancas empezaron a poblarse de radicales.

Infortunadamente, la lentitud constitucional de la renovación de la Cámara alta impidió que ella reflejara en su momento la confianza del electorado en el radicalismo. El fallecimiento del vicepresidente Luna en junio de 1919, que ejercía una saludable influencia sobre el cuerpo, y el hecho de que algunos senadores radicales no estuvieran en la línea auténticamente radical fueron otros tantos factores que hicieron esterilizar en el Senado buena parte de las iniciativas de Yrigoyen.

Sea como fuere, al aproximarse la renovación presidencial de 1922 la Unión Cívica Radical era mayoría amplia en todo el país. Bajo una u otra denominación, pero siempre dentro del tronco partidario, el partido dominaba todas las provincias salvo Córdoba y Corrientes.

¿Cómo gobernó Yrigoyen? Un mandatario que, como él, surgía de un partido sin programa concreto y tironeado por intereses contrapuestos no podía menos que hacer un gobierno personal si quería imprimirle una orientación definida. Su temperamento, además, su experiencia como jefe de partido, la tácita aquiescencia que habían otorgado sus correligionarios a la conducción partidaria llevada a través de treinta años por su acerado temple, todo hacía lógico una administración donde predominara su voluntad. Hizo Yrigoyen un gobierno personal, aunque no personalista.

El ministerio no era un catálogo de «personalidades», pero sus componentes eran ciudadanos honorables, casi todos de antigua trayectoria radical.

El ministro del Interior era el doctor Ramón Gómez, santiagueño, presidente de la Convención Nacional de la Unión Cívica Radical. De Relaciones Exteriores lo era el doctor Carlos Becú, profesor universitario sin color político que renunció pocos meses después. De Hacienda, el doctor Domingo Salaberry, antiguo radical de figuración en el comercio. El doctor José S. Salinas, riojano de actuación cívica en Jujuy, era ministro de Justicia e Instrucción Pública y su gestión fue sensata y comprensiva en los difíciles episodios universitarios en que le tocó actuar. El doctor Honorio Pueyrredón venía de las filas mitristas; ocupó primero la cartera de Agricultura y luego la de Relaciones Exteriores en la forma que ya conoce el lector. El doctor Pablo Torello, dirigente metropolitano (años más tarde presidente del partido), fue ministro de Obras Públicas. Don Elpidio González, rosarino de trayectoria en el radicalismo cordobés, fue ministro de Guerra, y el ingeniero Federico Álvarez de Toledo, porteño, de Marina. El elenco sufrió pocas modificaciones y ninguna crisis, agregándose al correr del período el doctor Francisco Beiró, entrerriano, que se hizo cargo del ministerio del Interior al renunciar el doctor Gómez, el doctor Julio Moreno, una de las más gratas figuras del radicalismo bonaerense, ocupó la cartera de Guerra; el ingeniero Alfredo Demarcho, radical de Buenos Aires y descendiente —dicho sea de paso— de ese radical riojano de hace cien años que fue el general Juan Facundo Quiroga, y los doctores Eudoro Vargas Gómez, correntino, y Carlos J. Rodríguez, cordobés, que desempeñaron el ministerio de Agricultura.

De ellos se dijeron las cosas más bajas que se han dicho públicamente en la Argentina desde los tiempos del padre Castañeda. Al doctor Salinas lo ridiculizaron sistemáticamente. Llegó a hacerse representar una obra de teatro con el solo objeto de exponerlo a la mofa pública. Como el damnificado se quejara a Yrigoyen de esta campaña y le pidiera la adopción de alguna medida en salvaguardia de su dignidad el caudillo le dijo:

—Ser ministro de la Nación entraña un gran honor que lleva aparejado el soportar cosas como ésas...

A Salaberry lo llamaron ladrón en todos los tonos siendo inocente. Al terminar su gestión, cumplido su compromiso con el viejo jefe, difamado y desesperado pero siempre inocente, se pegó un tiro. Sobre González se cebaron también: se reían de su timidez, de su devoción por Yrigoyen, de su aspecto apagado. Todos los ministros de Yrigoyen supieron de la calumnia, del mote, de la injusticia. Pero todos también cumplieron su misión con decoro y honradez. Esto ya es mucho. De ministros más brillantes e ilustrados la historia no puede decir lo mismo...

Una crítica nos es dable hacer: Yrigoyen desconfió de muchos buenos correligionarios y se confió en muchos malos adversarios. Algunas veces no valoró a sus propios compañeros de ideales, los relegó, no los supo colocar en los puestos donde hubieran podido resultar más efectivos. En cambio, fue excesivamente

generoso con los recién venidos y aun con los extraños.

En las provincias, sobre todo, la infiltración conservadora fue tremenda, y la tolerancia para admitirla, suicida. Mientras los auténticos radicales se contentaban con el triunfo lírico de sus ideales, los neófitos arramblaban con el botín... Gubernistas bajo todos los gobiernos, esta laya de politiqueros desprestigiaba al partido, debilitaba su contextura, neutralizaba su empuje revolucionario, sensualizaba sus cuadros y era materia dispuesta para toda combinación donde apuntara la posibilidad de una granjería, desde una gobernación hasta un puesto de langostero. Yrigoyen, hay que decirlo, fue débil ante esta invasión. Su excesiva benevolencia lo inclinaba a abrir todas las puertas a los conversos. Y así, los oligarcas de ayer, los comisarios matones, los juntavotos venales, los avenegras de la eterna injusticia, todos entraban al templo dándose esforzados golpes de pecho, pero vichando de reojo las canonjías y murmurando de los antiguos fieles...



El gobierno de Yrigoyen fue austero, abierto, paternal. En los primeros días, como un nuevo gerente que se pone al tanto del mecanismo de la empresa que ha de administrar, dio en recorrer hospitales, depósitos de encausados, reparticiones administrativas, policiales y aduaneras y la propia Casa de Gobierno a la hora de entrada a las oficinas. Solía ir con el senador Crotto a la hora de la siesta —ese caluroso noviembre de 1916— y aparecía inesperadamente en cualquier oficina preguntando, conociendo, inspeccionando. Daba un ejemplo de trabajo sin alharacas ni propaganda, pero llevando a la administración pública la sensación de que un celoso inspector de los intereses populares estaba vigilando al empleado remolón o al funcionario coimero. Bien pronto se hicieron notar los efectos de esa actividad. Un antiguo funcionario de la Cancillería —sin color político— dice respecto de su repartición estas palabras que pueden fácilmente generalizarse a todas:

«El advenimiento del Partido Radical, después de una prolongada abstención, sembró la alarma en el personal administrativo, dando pábulo a toda clase de conjeturas que resultaron desprovistas de fundamento. Conforme al credo radical, el nuevo gobierno procedió a la depuración de las malas prácticas gubernativas, suprimió una gran cantidad de empleados supernumerarios, abolió las remuneraciones extraordinarias y exigió a todos los empleados el estricto cumplimiento del horario^[23].

Yrigoyen solía llegar a la Casa de Gobierno a la una de la tarde, después de almorzar, y permanecía allí hasta la noche. Era algo lento en su trabajo, pero captaba los problemas con facilidad, y cuando creía tener todos los elementos de juicio en la mano su decisión era rápida e irrevocable. En los asuntos donde se movían fondos públicos era escrupuloso hasta la exageración. Tenía un estilo de gobierno digno y levantado, incapaz de hacer o pedir bajezas. A veces escuchaba los chismes que le traían, pero nunca se sabía hasta qué punto les llevaba atadero o si sólo lo hacía para

formarse opinión sobre personas o situaciones o sobre el propio visitante. Trataba a sus colaboradores con respeto y consideración, pero exigiéndoles gran contracción al trabajo. Les ponía como condición expresa para integrar su ministerio que no ejercieran su profesión particular, y uno de sus grandes disgustos, en la segunda presidencia, ocurrió al enterarse de que uno de ellos mantenía abierto y en gran actividad su bufete de abogado. Con los empleados inferiores era de un trato paternal.

Si cabe la redundancia, habría que decir que nunca tuvo la República un gobierno tan republicano. Los gastos de la Presidencia como repartición eran ínfimos. Además, por modalidad personal, no usaba ventilador, calorífero, ni teléfono... En su despacho no se convidaba a los visitantes con cigarrros, licores o café, como era costumbre. El único regalo que admitía de sus visitantes o admiradores eran flores, cuya fragancia solía aspirar con delicia: las rosas rojas eran las predilectas, y gustaba deshojar sus pétalos largamente en sus manos. Había renunciado a los sueldos correspondientes a su cargo al ser proclamado candidato a presidente, donándolos a la Sociedad de Beneficencia: este gesto, repetido en 1928, entroncaba con actitudes similares durante el desempeño de sus cátedras. No se curaba del ceremonioso protocolo impuesto por Sáenz Peña ni adoleció de las veleidades fiesteras de la administración siguiente.

La austeridad impresa a su gobierno, empero, no lo tornó inaccesible. Al contrario, esas jerarquías que durante el Régimen habían sido inalcanzables para el pueblo, alejadas de la realidad cotidiana, se llenaron durante la presidencia de Yrigoyen con las angustias, las ilusiones, los problemas y los trajines del hombre común. El acceso del pueblo a la función pública aparejó su llegada a los antes intocados *sancta sanctorum* de la oligarquía, y esta irrupción le ayudó a quebrar los rutinarios convencionalismos, a sensibilizar la gestión gubernativa, a poner humanidad y comprensión en su quehacer. Hizo todo el bien posible desde su cargo. No era ello un plan para el bienestar del pueblo. Eran manifestaciones de su temperamento profundamente sensible al dolor humano, que había realizado siempre a través de su vida y que ahora, desde la presidencia, podía realizar con más instrumentos pero arriesgándose a la crítica.

La Casa de Gobierno es una romería donde puede llegar cualquier persona. Así como a su casa de la calle Brasil peregrinaban ciudadanos de todas partes para elucidar las cuestiones que afectaban al partido y al país, así también —ya presidente— su despacho estaba abierto a todos los sectores sociales. Estudiantes y obreros llevaron sus clamores bulliciosamente a los salones, antes vacíos y fríos. Una concurrencia siempre renovada colmaba las salas aguardando su a veces largamente esperada entrevista. Él atendía a todos con deferencia, amablemente. Mientras su capacidad de trabajo se lo permitió dio audiencia a cantidades enormes de público.

Finalizando la primera presidencia y sobre todo en la segunda, su resistencia física empezó a fallar y las esperas se hicieron más prolongadas. Pero él hizo siempre lo que pudo: todo lo que pudo. Austeridad para sí y para sus colaboradores; humanidad para sus gobernados.

Es decir, exigencia para sí mismo y generosidad para los demás. Ése fue su estilo de gobierno; el gobierno de este gobernante que *si pudo equivocarse en algunas de las pequeñas cuestiones que lo acosaron, en cambio acertó siempre en las grandes cosas argentinas*.

Así fue pasando el período de Hipólito Yrigoyen, haciendo democracia efectiva, de hechos más que de leyes, de ejemplos más que de declamaciones. Ya tocaba los setenta años y todavía —magnífico viejo— no se le había blanqueado un pelo ni se le había curvado un punto la espalda.

Estaba, sí, un poco más solo que siempre, porque su hermano Martín, el militar, gran compañero suyo, había muerto poco antes de haber asumido la presidencia. Continuaba viviendo, como siempre, en la vieja casa de la calle Brasil, acompañado por su hija. No había colocado a su familia en las prebendas del presupuesto, contrastando también en este aspecto con el nepotismo de la oligarquía. Al contrario: uno de sus hijos era «vista de aduana» cuando él llegó a la Presidencia, y «vista de aduana» seguía siendo seis años después, teniendo antigüedad, mérito y condiciones para ascender. No había variado sus gustos ni sus costumbres: sólo había amenguado sus idas al campo, sus caminatas, sus largas tertulias.

Hombres eminentes se le habían acercado y habían hablado de él elogiosamente.

El conde de Keyserling lo refirió como «conductor de una revolución sin sangre que ha cambiado fundamentalmente la fisonomía moral de su pueblo», atribuyendo esto a «la magnanimidad del fondo del alma argentina» y a «la evangélica contextura de reformador de su jefe». Enrique Gómez Carrillo le había dedicado un coruscante ditirambo, donde lo comparaba a un Juez del Antiguo Testamento, y afirmaba: «Si yo tuviera el honor de ser argentino, probablemente no sería radical, pero de seguro sería partidario de Yrigoyen». «Es un hombre formidable», había dicho José Ingenieros. «Tiene una fuerza indiscutible», comentaba Víctor Raúl Haya de la Torre. «Gobernante de una austeridad ejemplar, de una honradez indiscutible, de una firmeza de carácter jamás desmentida» lo llamó José Vasconcelos. Gonzalo Bulnes lo veía como «... una gran figura americana, la más grande de su tiempo». Y el político español Francos Rodríguez «ejemplar admirable de la raza...». El presidente Wilson lo había hecho invitar a Estados Unidos por intermedio de su secretario de Estado Colby, ofreciéndole agasajos poco comunes. En su país, su partido lo aclamaba como jefe indiscutido, ante cuya imponencia desaparecían los choques locales y las ambiciones pequeñas. Su pueblo lo idolatraba y lo tenía por el primer mandatario que había sido fiel a sus intereses y aspiraciones.

También se lo atacaba: se lo llamaba demagogo, olvidando que nunca tuvo palabras ni gestos públicos que no fueran estrictamente honorables, y que si su gobierno había arrastrado el apoyo popular era simplemente porque traducía los íntimos anhelos de la ciudadanía, habiéndose empeinado a veces en actitudes que en su momento fueron impopulares —como el mantenimiento de la neutralidad—. Se lo acusaba de ser absorbente en la dirección gubernativa, olvidando que era constitucionalmente el jefe y responsable de la administración nacional. Se le achacaba no haber respetado las autonomías provinciales, cuando lo que no había respetado eran las usurpaciones provinciales, como lo demostraban las posteriores expresiones de los comicios. Se pretendía que el hecho de no concurrir personalmente al Congreso a leer sus mensajes anuales era un signo de desprecio por la representación pública, cuando la cosa no tenía más que una importancia formal y era

notorio que su temperamento rehuía todo contacto físico con grandes públicos. Se decía que era antidemocrático porque no hablaba, porque no se exhibía, porque permanecía encerrado en su casa, «en la cueva de la calle Brasil», sin advertir que conversó toda su vida, aparte de que él hablaba por hechos, por realidades.

Pero las apologías y los elogios no le habían hecho perder su línea de conducta modesta, sobria, serena, carente de desplantes y detonancias, como no lo habían alterado tampoco las críticas, las calumnias y las pullas. De acuerdo con el precepto de Séneca, Yrigoyen no se había dejado influir por nada que le fuera ajeno. Se había mantenido genuino, auténtico, esencial.

Íntimamente, él debía sentir que su gran designio se había cumplido en su mayor parte. Sin lograr una transformación radical ni una revolución integral, las peores cosas del Régimen habían desaparecido y habían surgido grandes realidades que pertenecían ya a la vigilia popular. Se estaba haciendo democracia, dentro de cuyo ámbito cabían todas las transformaciones, y había llevado ilusiones y esperanzas a un pueblo aterido, desamparado. «Hay que crear un poco de infinito para el hombre», decía el gran poeta chileno Vicente Huidobro: él había hecho algo de esto. Ahora, su ciclo se estaba cerrando armoniosamente.

V

EL ANTIPUEBLO

1

Mientras todo esto pasaba en la Argentina, en el mundo acontecían cosas terribles y maravillosas. La historia se había desbocado por esos años. Primero, la guerra mundial con sus cambios en las fronteras, en las conciencias, en las economías, en los sentimientos, en la técnica, en la cultura. Después, la posguerra: la democratización tumultuosa de los viejos imperios, la Revolución Rusa, las agitaciones sociales y agrarias de Europa Central, las convulsiones asiáticas, el vuelco aislacionista norteamericano. Y las teorías no soñadas, que tendían atrevidamente su vuelo sobre el mundo en pos de increíbles tesis: Freud divagando la certeza de todo un mundo sumergido en el alma de los hombres; Einstein dislocando los conceptos más rígidos del universo; Spengler entonando su responso teutón a la cultura occidental. Y en el campo del arte, el surrealismo, el cubismo, el dadaísmo, el futurismo... Franz Kafka lanzaba póstumamente sus creaciones de pesadilla; Sinclair Lewis describía en *Babbit* la «standardización» aterradora de la mentalidad común del individuo de hoy. James Joyce abría con el *Ulysses* toda una nueva era en la novelística universal. Un antiguo extremista italiano andaba maquinando cierto tipo de política dura, fuerte, violenta... Un pequeño cabo alemán monologaba interminablemente en las cervecerías de Múnich ante absortos auditorios bávaros sobre la paz de Versalles, sobre los judíos, sobre la raza germana... Novedades que comprendían desde el cowboy William Hart hasta el psicoanálisis, desde la ley seca hasta Picasso, desde la parálisis de Woodrow Wilson hasta Josefina Baker empezaron a preocupar a la gente, mientras todo el sistema de vida anterior a la guerra iba olvidándose.



Cosas nuevas. En la Argentina también se había sentido el impacto de los tiempos: pero esta vez había una vigilante conciencia nacional que tamizaba los mensajes del viejo mundo para recoger sólo aquellos que tuvieran algo de fecundo. Y así, el tremendo problema social que incendiaba por entonces a los países del viejo continente fue resuelto aquí pacíficamente. Los retorcimientos de un arte que escudriñaba las más absurdas posibilidades de golpear la sensibilidad embotada de un público hartado fueron desechados aquí, para enderezar más bien a la emoción estética hacia el rescate y la sublimación de los elementos de la realidad vernácula. Quedaban aquí en falencia las tenebrosas teorías que doblaban a muerto por la civilización occidental ante la floración americana de nuevas ideas, de nuevos ahondes, de nuevas inquietudes. El sensacionalismo, el afán de novelería, la quiebra de una moral, no llegaron hasta estas tierras. Hubieran llegado, tal vez, si la Argentina hubiera estado, ¡como en tantas coyunturas de su historia!, embobada en casos y cosas europeas, pero esta vez había un gran baqueano que había rumbeado muy tierra adentro.

Es que Yrigoyen constituía —parece paradójico— una fuerza formidablemente conservadora. A través de su longevidad unía como un tenso arco la democracia elemental de Alsina y Alem con la nueva democracia política y social de la que el mismo fuera artífice: la patria bárbara de los tiempos de Sarmiento con la nación próspera que era ya realidad. La sola presencia física de Yrigoyen tornaba actuales, vigentes, presentes, los orígenes recios y enjutos de la patria, y los conservaba como pudiera un viejo mago conservar ritos y palabras antiquísimas para transmitirlos a quienes tras él vinieran. Yrigoyen cargaba con todo un pasado, y lo proyectaba al futuro como un elemento de formación argentina que no podía desecharse. Cosas extrañas venían de Europa, cosas de la guerra y la posguerra: pero la presencia de Yrigoyen era un perno que sujetaba tiránicamente la patria vieja con el país actual palpitante de transformaciones, asegurando la identidad de su esencia y el aporte de las savias rancias a los nuevos retoños.

Habíanle tocado a Yrigoyen tiempos revueltos. A través de un mundo hambriento, histérico, resentido, había conducido a su pueblo con felicidad. Pero ahora su gerencia había concluido. El viejo pastor podía descansar. La peregrinación había sobrepasado los montes y los desiertos. Quedaba la última tarea: buscar el relevo y entregarle la garita y la consigna.

No podía ser Yrigoyen indiferente a este problema. Creador y jefe del partido mayoritario, su calidad de gobernante no lo podía inhibir de participar en la selección del sucesor. Lo repudiable era presionar la voluntad de sus correligionarios o de sus conciudadanos para favorecer determinada candidatura, valiéndose de los medios que le brindaba el poder para torcer los designios mayoritarios de su partido o de su pueblo. Pero él, como conductor de un partido que había sabido llevar con bien a través de dificultades y descalabros hacia sus grandes objetivos, no podía ahora hurtar el cuerpo a la acuciosa cuestión. Era distinto esto de las actitudes de los gobernantes del Régimen. Ellos habían designado sus continuadores, los habían impuesto a partidos oficialistas que sólo atendían la voluntad presidencial y a electorados inexistentes o alejados del comicio. Yrigoyen, en cambio, al manifestar su predilección por tal o cual nombre en danza, sólo iba a allegar el prestigio de su opinión a las posibilidades del favorecido. La circunstancia de que su palabra tuviera

el prestigio de treinta años de aciertos no modificaba el hecho. Si el partido seguía su sugestión era porque a través del largo camino Yrigoyen había dado siempre la palabra justa, y porque en este caso el personaje preferido capitalizaría la opinión partidaria. No actuó, pues, en esta coyuntura, como un gobernante del Régimen. Actuó como un estadista que es a la vez jefe de partido y que no puede eludir la responsabilidad de su particular opinión sobre su sucesor.

Yrigoyen se resistió hasta último momento a decir su preferencia. Él ya tenía elegido el candidato mucho tiempo antes: mas un prurito de delicadeza, un escrúpulo bien atendible le vedaba manifestarlo. Pero sucedió que ante el silencio presidencial, todos los dirigentes de algún volumen se sintieron candidatos. Radicales de muy justos méritos y radicales sin ninguno pensaron que cada uno de ellos era el hombre indicado para ocupar la futura presidencia.

El doctor Leopoldo Melo, desde el comienzo del período de Yrigoyen, se puso en pose presidenciable. Elegido senador por Entre Ríos, hizo en el alto cuerpo un brillante papel, pero demostró ser ajeno a los grandes temas desenvueltos por el caudillo. En la cuestión internacional, en el debate sobre expropiación del azúcar, en la política ferroviaria y en ciertos debates políticos, el antiguo disidente de 1909 se reveló extraño en absoluto al ideario yrigoyeneano y al sentido revolucionario del gobierno radical. Todos sabían de la aspiración de Melo y su postura prócer la hacía más evidente. Pero el «gaucho». Lencinas demostró ser buen profeta cuando en una carta que le enviara poco antes de su muerte terminaba cada párrafo con esta feroz muletilla: «Doctor Melo, radical de la mesa servida y de la gloria barata, usted no será presidente». La movilización que intentó hacer Melo en el sector «azul» y en algunos grupos disidentes le demostró que su candidatura era, por ahora, imposible. Se llamó a silencio, entonces, y se reservó para mejor ocasión.

También se barajó mucho por esos días el nombre del doctor Ramón Gómez para vicepresidente, lo que implicaba su aporte al candidato a presidente con quien o quienes se entendiera. Se atribuyeron al ministro del Interior una serie de manejos en las provincias con el fin de consolidar su situación y crear compromisos con vistas a la futura Convención Nacional. Cuando la Convención Nacional estaba reunida para elegir la fórmula, *La Prensa* dijo que Yrigoyen había reprendido a Gómez por sus trabajos y que aun había amenazado renunciar si su ministro llegaba a integrarla, pues su principio «del gobierno a casa» vedaba a sus colaboradores inmediatos tales ascensos. *La Época* desmintió el incidente, aunque admitiendo que Yrigoyen había manifestado desagrado por el posible apoyo que algunos convencionales prestarían a Gómez.

Como casi todos los primates radicales, también el nombre del doctor Honorio Pueyrredón fue barajado en los mentideros partidarios como un eventual candidato, pero sin mayor consistencia. No pasó de ser uno de los tantos pretendidos pretendientes, tal vez sin saberlo él mismo.

En cambio, una candidatura que surgió con cierto calor en los ambientes partidarios, y que hubiera tal vez triunfado a no ser interferida, fue la del doctor Fernando Saguier. Muchos dirigentes de la provincia y no pocos de la Capital Federal apoyaron a esta figura, una de las más distinguidas y simpáticas del partido. Era Saguier un viejo amigo de Yrigoyen, y se decía que su opinión era una de las pocas que gravitaban en el espíritu del caudillo cuando llegaba el caso de tomar graves decisiones. Suave y amable en sus maneras, se contaba entre los pocos que llamaban al presidente por su nombre de pila, aunque no lo tuteaba. Capitaneados por Ernesto H. Celesia y Diego Luis Molinari —entonces subsecretario de Relaciones Exteriores— el nombre de Saguier aglutinó algunos elementos de peso: mas no pudo prevalecer sobre el candidato que bien pronto arrastró todas las voluntades. Asimismo el doctor Vicente Gallo fue una de las figuras que sonó con más insistencia. Se formó un comité para propiciar un binomio que encabezaría él y completaría el doctor Arturo Goyeneche, el cual desarrolló una intensa actividad.

Lo malo era que entre el caudillo y sus segundos mediaba una enorme distancia. No había en el radicalismo hombres «un poco más chicos» que el jefe máximo. Todos los que venían detrás de él parecían de un volumen muy inferior, no porque ellos fueran mediocres, sino porque él era muy superior.

Entonces, cuando los nombres se tornaron ya infinitos y se hizo evidente que sólo la opinión de Yrigoyen podría decidir a la masa partidaria no comprometida a volcarse por alguno, el caudillo se vio obligado a manifestar su predilección. La dijo sin imposiciones, sin presión, esbozándola más que diciéndola, insinuando sus cualidades y sus méritos. Y el nombre era: Marcelo T. de Alvear.

Desde el punto de vista partidario era ésta una acertada elección. La figura de Alvear no despertaba resistencias en la masa. Radical desde el Jardín Florida, Alvear había participado en toda la peripecia radical con coraje y generosidad. Era simpático y se lo quería. Había actuado en puestos difíciles y en ellos demostró, por lo menos, una personalidad dinámica e independiente. En Ginebra había sido contrario a la tesis de Yrigoyen, pero expresó su disidencia con franqueza y defendió su posición sin cálculo ni reticencia: y cuando llegó el momento de sostener una postura que no era la suya propia pero sí la de su gobierno, lo hizo con lealtad. Yrigoyen le había discernido misiones espectables: jefe civil o poco menos de la revolución de 1893, amigable componedor del pleito santafecino en 1916 (donde fracasó ruidosamente), ministro finalmente en París. Esta última circunstancia lo había alejado de la política menuda, evitando crearle rencores o resistencias; y como en los casos de Sarmiento y Roque Sáenz Peña, no había sido ésta la menor de sus ventajas sobre los otros posibles candidatos. Y, por último, cargaba un apellido histórico —nada hay que respeten tanto las democracias como los apellidos históricos— y su origen familiar era federal (todos los candidatos a presidente del radicalismo lo habían sido: Alem, don Bernardo, Yrigoyen).

Es difícil saber por qué Yrigoyen escogió a Alvear. Probablemente, debe haber sido rica y compleja la motivación de su preferencia. Cierto es que siempre había tenido por «Marcelo» un especial afecto, pero no es menos cierto el hecho de que Alvear había tenido actitudes rebeldes que en otros hubieran significado la pérdida de la confianza presidencial o, al menos, la imposibilidad de tenerla en grado tan alto. También consta que Alvear había sido de los de la primera hora y que había ayudado con su esfuerzo personal y con su fortuna a la empresa radical: pero también era éste el caso de Saguier, por ejemplo. En cambio, Alvear era poco constante, dado a la buena vida y demasiado afrancesado, es decir, poco empapado de la cosa nacional. Además, ambos eran totalmente diferentes: el uno introvertido, reservado, disciplinado, austero y con espíritu místico y revolucionario dentro de formas convencionales externas; y el otro, extravertido, chacotón, desordenado, *bon viveur* y con una mentalidad estrictamente legalista.

Qué decidió a Yrigoyen no lo sabemos. Tal vez tuvo presente al pronunciarse aquella ley histórica sudamericana que señala la agresiva pretensión de autonomía que alientan los gobernantes mediocres sucesores de los gobiernos de los grandes caudillos. En el caso particular de Yrigoyen, era seguro que algo así ocurriría, fuera quien fuere su sucesor, pues todo un ala del partido resentida o descontenta o simplemente veleidosa estaba aguardando la designación del futuro mandatario para

rodearlo y olvidar al antecesor y aun para hostilizarlo si fuera necesario. Así como fueron «alvearistas», esos elementos pudieron ser y habrían sido «sagueristas» o «gomecistas» o «pueyrredonistas». Pero Yrigoyen conocía las calidades caballerescas de Alvear y sabía que su inevitable alejamiento no traspasaría cierto margen de decencia y *fair-play*. No se equivocó. El premio de su sagacidad fue la neutralidad que Alvear observó (por lo menos en el momento decisivo) con respecto a la lucha electoral entablada entre sus amigos y los de Yrigoyen. No en vano era Alvear el discípulo bienamado, «aquél en quien había puesto todas sus complacencias».



Entretanto, la renovación presidencial se aproximaba. En febrero de 1922 se constituye el nuevo Comité Nacional, surgido de la reorganización llevada a cabo en todo el país a través del año anterior. Fue elegido presidente el doctor David Luna, senador nacional por La Rioja; vicepresidente primero, el ex gobernador de Córdoba doctor Eufrasio Loza; vicepresidente segundo, el doctor Eudoro Vargas Gómez, y secretarios, Santiago Corvalán y Jacinto Fernández, siendo nombrado tesorero don Luis Catalá.

Finalmente, se resolvió convocar a la Convención Nacional para el 10 de marzo, a fin de proceder a la elección de la fórmula presidencial que sostendría el partido en las elecciones del 2 de abril.

En el intervalo que medió entre la reunión del Comité Nacional y de la Convención Nacional tomó cuerpo una disidencia que se había manifestado tiempo atrás con marcado acento antiyrigoyenista.

La sostenían algunos dirigentes que por distintas razones se hallaban distanciados de Yrigoyen y que ahora resistían lo que calificaban de imposición presidencial. Figuraban en ella el ex gobernador de Entre Ríos Miguel Laurencena, fundador del partido en su provincia después de su alejamiento de las filas juaristas, a las que perteneciera primitivamente; Marcial V. Quiroga, diputado por San Juan; Pedro Larlús, senador nacional por Córdoba; el coronel Daniel Fernández, ex revolucionario de 1905; el ex gobernador de Salta Joaquín Castellanos; Benjamín Villafañe, que desde entonces alimentó un odio enfermizo por Yrigoyen; Carlos F. Melo; Pablo Calatayud; Domingo Medina y otros. Después de lanzar un manifiesto criticando acertadamente la obra de gobierno de Yrigoyen, el «Partido Radical Principista» —así se denominó el grupo— reunió en la ciudad de Córdoba una endeble asamblea con delegados metropolitanos, cordobeses, salteños, jujeños, riojanos y sanjuaninos, eligiendo candidatos a presidente y vicepresidente de la Nación a los doctores Miguel Laurencena y Carlos F. Melo.

A todo esto, la Concentración Nacional, compuesta por los grupos conservadores, había proclamado candidatos a los doctores Norberto Piñero y Rafael Núñez, los cuales habían efectuado giras por el interior del país, al igual que Carlos Ibarguren y Nicolás Repetto, candidatos del Partido Demócrata Progresista y del Partido Socialista, respectivamente.

El 10 de marzo de 1922 se reúne en la Casa Suiza la Convención Nacional de la Unión Cívica Radical bajo la presidencia provisional del doctor David Luna. Luego

de aprobar los poderes de todos los delegados, pues no hubo impugnaciones ni conflictos, se eligió la Mesa Directiva, presidida por el doctor Francisco Beiró y con Ricardo Aldao y Belisario Hernández como vicepresidentes, y José Minuto, Felipe S. Pérez, Justo Inchausti y Juan B. Fleitas de secretarios.

Al día siguiente, en el Teatro Nuevo, ante una entusiasta concurrencia que vocea a coro los nombres de sus candidatos predilectos, se hace la elección de la fórmula. El primer término del binomio ya no era materia de discusión, pero existía, en cambio, cierta incertidumbre con respecto al candidato a vicepresidente. Mientras se iba realizando la votación secreta —cada delegado subía al escenario y depositaba su voto frente a la Mesa Directiva— la concurrencia rendía emocionados homenajes a la memoria de Amable Jones, Pelagio B. Luna, José Néstor Lencinas, Ángel Santos Blanco, Martín Yrigoyen y Leandro Alem. Luego se leyó el escrutinio: Alvear había obtenido 139 votos, sobre Saguier que tenía 18, Gómez 12, Gallo 9, José Luis Cantilo 4 y Tomás Le Breton 2. La vicepresidencia fue adjudicada a don Elpidio González por 102 sufragios contra 28 de Gómez y 22 de Arturo Goyeneche, obteniendo también algunos votos Emilio Mihura, Celestino Marcó y Eudoro Vargas Gómez.

De inmediato, el presidente de la Convención Nacional remitió un cablegrama a Alvear comunicándole su designación. Al día siguiente el ministro en París contestaba aceptando y haciendo consideraciones sobre su futura responsabilidad. González, encerrado en un hotel de la capital mientras su nombre era votado, contestó por nota que seguiría el ejemplo marcado «por el ilustre ciudadano que hoy rige los destinos del país».

Días después se daban a publicidad sendas comunicaciones cambiadas entre Yrigoyen y Alvear. Afectuosamente se saludaban ambos, y el presidente expresaba su agradecimiento por el saludo de su viejo amigo, así como la satisfacción que le había producido la designación de la Convención Nacional, hecho «que permitirá dejar el gobierno con la misma justa eminencia con que lo asumí y tener la seguridad de que nuestra Patria seguirá la luminosa orientación que al fin hemos podido imprimirle hacia la trayectoria de sus infinitos destinos».

La campaña electoral no fue hecha con demasiado entusiasmo. El triunfo radical era seguro, y el partido se consideró cumplido con actos parroquiales y tres o cuatro grandes concentraciones, una de las cuales terminó a balazos. Los conservadores incursionaron por el país sin más tropiezos que en La Rioja, donde metieron en chirona a dos de la comitiva que estaban pronunciando discursos un tanto deslenguados, al decir del gobernador: el hecho no fue aprobado por el Poder Ejecutivo Nacional. Este episodio y algunas grescas sin mayor trascendencia fueron las únicas incidencias de la campaña, que transcurrió en un ambiente de completa libertad.

El 2 de abril se efectuaron las elecciones en todo el país. La Unión Cívica Radical obtuvo 450 000 sufragios sobre 200 000 de la Concentración Nacional, 73 000 del Partido Demócrata Progresista y otros tantos del Partido Socialista. En cuanto al

Partido Radical Principista, su fracaso fue rotundo: 18 000 sufragios. Había ganado el radicalismo en todos los distritos menos Corrientes, Salta y San Juan, donde el triunfo correspondió a la Concentración Nacional. En junio los Colegios Electorales ratificaron el triunfo. Por segunda vez les tocaba a los radicales la responsabilidad del gobierno.



Íbanse fatigando los últimos meses del gobierno de Yrigoyen. Junio. Julio. Agosto. A principios de setiembre llega a Buenos Aires el presidente electo. Se le tributa una cariñosa recepción. Los diarios grandes empiezan a inflar el globo de un posible choque entre ambas personalidades. *La Nación* alude en editorial a «el choque previsto entre el futuro presidente y el actual, consentido éste en su papel de tutor y rebelde aquél al de pupilo». Se trataba de ir creando una antagonía sutil entre Yrigoyen y Alvear, explotando el amor propio de éste al reclamarle actitudes que evidenciaran su independencia del jefe máximo.

El 6 de octubre se conoce la nómina del futuro ministerio.

Los únicos radicales militantes son el doctor Eufrasio Loza, vicepresidente por entonces del Comité Nacional, y el doctor Tomás Le Breton, bastante recostado en el sector «azul». El ministro del Interior es el doctor José Nicolás Matienzo, un jurisperito cuyos servicios utilizaron todos los gobiernos desde 1883, apolítico en la actualidad pero de origen conservador: una especie de Vélez Sarsfield contemporáneo. Los doctores Rafael Herrera Vegas y Ángel Gallardo habían actuado en el radicalismo de los primeros tiempos y se los consideraba de tendencia reaccionaria. El doctor Celestino Marcó era radical disidente de Entre Ríos, y su actitud era notoriamente antiyrigoyenista. Los dos ministros militares —el almirante Domecq García y el coronel Agustín Justo— eran colaboradores técnicos, y ninguno se caracterizaba por su simpatía hacia el radicalismo. En suma, era un ministerio rosado, heterogéneo, que trataba de ayuntar los sectores más dispares de la Unión Cívica Radical con ingredientes ajenos a su propio partido.

La sorpresa de los radicales fue grande: sin embargo, muchos opinaban que Alvear imprimiría una dirección radical a su administración, aunque sus colaboradores inmediatos no estuvieran rigurosamente en la línea. *La Época* guardó silencio. Sólo seis días después alude al nuevo elenco diciendo que sus integrantes «por sus relevantes calidades, representan acierto e infunden la confianza de que su concurso será eficaz», quejándose solamente de la inclusión de Marcó.

Ya estamos en los últimos días. Yrigoyen concurre a la Casa de Gobierno mañana y tarde. Se hacen nombramientos y se finiquitan asuntos del despacho. En los círculos aristocráticos, en los grandes diarios, en los reductos del Régimen hay una sensación de gozosa expectativa. En el pueblo, en cambio, la llegada de Alvear al gobierno tiene mucho menos importancia que el retiro de Yrigoyen. A horas casi de convertirse en un simple ciudadano, Yrigoyen es el personaje epónimo de toda una era. Ha llegado al gobierno como una gran figura nacional: desciende siendo el hombre más grande de América. «El hombre asciende» titula *La Época* su editorial del 12 de

octubre. El repúblico baja de los estrados del poder revestido de una severa grandeza que lo toma eje y centro de la futura actividad política, sea quien fuere el sucesor...

12 de octubre de 1922. *La Nación* publica un editorial a cinco columnas. Es el responso de la oligarquía a la revolución radical y la bienvenida a un gobierno amigo. Cataloga el diario de Mitre con ironía y saña lo que considera errores del gobierno fenecido: se refiere a «la simulación y la impostura democrática» que habría realizado. Lo acusa de haberse entregado «en cuerpo y alma a cultivar el favor de las masas menos educadas en la vida democrática, en desmedro y con exclusión deliberada y despectiva de las zonas superiores de la sociedad y de su propio partido». Critica «connubios con las multitudes inferiores que también caracterizaron épocas de triste recordación en nuestra historia» y «la conducta usada con relación a los llamados menesterosos y proletarios en cuyo halago o adulación se han cometido excesos que ninguna conciencia equilibrada podrá admitir». «Se ha asestado un golpe mortal a la moral colectiva». De esta laya eran los comentarios de la prensa grande.

12 de octubre de 1922. Conforme a nuestros ritos cívicos, la nueva pareja ejecutiva presta juramento en el Congreso. Una enorme multitud la ovaciona, mechando su nombre con el de Yrigoyen en constante clamoreo. El caudillo estaba en la Casa de Gobierno desde las seis de la mañana. Al llegar el nuevo mandatario le entrega la banda presidencial y el bastón y pronuncia afectuosos votos de éxito. Luego, acompañado de sus ministros y de algunos amigos, se retira del palacio. En la calle lo espera el pueblo.

La multitud le tributa una clamorosa aclamación. Lo rodean, lo sofocan con su enloquecido entusiasmo. Yrigoyen logra meterse en un coche, que permanece varado un buen rato en ese espeso y palpitante mar de corazones. ¡Yrigoyen! ¡Yrigoyen! No se oye otra cosa. Es la única riqueza que se lleva «el viejo»: el amor de su pueblo. Al fin arranca el vehículo para dirigirse a la casa de la calle Brasil. «Del gobierno a casa». ¿Habría echado Yrigoyen en ese momento una visión retrospectiva de seis años atrás? Seis años antes, una multitud lo llevaba a la Casa de Gobierno haciéndolo depositario de una gran esperanza. Había puesto su fe en él: en él, que nunca había dicho cómo gobernaría y cuyo sólo programa había sido el de cumplir la Constitución. Ahora, nuevamente, la multitud lo llevaba a su casa: y la respuesta a su íntima pregunta estaba dada por la ovación incesante de esos millares de argentinos congregados en la Plaza de Mayo.

En su casa, gente y gente en la puerta. Mujeres humildes portan para obsequiarle ramos de flores, el único regalo que él aceptaba cuando era presidente. El público, compacto, hace difícil que Yrigoyen pueda bajar. Entonces, el coche sigue viaje y durante unas horas el ex presidente descansa en casa de su hermana. Ya bien entrada la noche regresa a su hogar, su casa fría y desvencijada de solterón dado a las cosas grandes de la Patria. Al poco rato llega Alvear, que departe largamente con él.

La jornada, la jornada larga y trabajosa, había terminado.

No es nuestro propósito historiar el gobierno de Alvear, pero cabe decir en líneas generales, que él significó un estancamiento en el impulso revolucionario que había inaugurado pujantemente Yrigoyen.

En varios aspectos se tomaron posiciones contrapuestas a las de Yrigoyen.

Así, la legislación social no fue enriquecida con nuevas creaciones, y las que se sancionaron lo fueron perezosamente en virtud de iniciativas remanentes del período anterior (ley de jornada de trabajo de menores y mujeres, ley de pago de salario en moneda nacional) habiéndose, en cambio, derogado un gran instrumento de bienestar como era la ley de jubilaciones de empleados y obreros de empresas particulares en razón de un movimiento que iniciaron las asociaciones para desprestigiarla, apoyado por la diputación socialista y promulgado por el gobierno, pese a la defensa que de ella hizo el bloque yrigoyenista por consejo del mismo Yrigoyen. La lucha por la emancipación de las bases económicas de la vida argentina se paralizó: la nacionalización del petróleo sufrió una accidentada peripecia en las Cámaras y sólo volvió a cobrar impulso bajo el segundo gobierno de Yrigoyen, y la ley de represión de los trusts quedó prácticamente anulada por falta de una reglamentación adecuada. La Reforma Universitaria fue sabotada, enviándose intervenciones contrarreformistas a la Universidad de La Plata y el Litoral, y sancionándose estatutos que la retaceaban en la de Buenos Aires: manotazos reaccionarios que, sin intentar volver las cosas al estado anterior (ello hubiera sido pueril) por lo menos retacearon las consecuencias más inquietantes de la Reforma para la oligarquía enquistada en sus claustros. La postura antiimperialista adoptada por Yrigoyen fue desvirtuada en la VI Conferencia Panamericana de La Habana, donde la posición del delegado Pueyrredón contra la guerra aduanera y el intromisionismo político-militar que eran por entonces la característica de la política yanqui en el continente fue dejada en descubierto por la timidez de Alvear y de su ministro Gallardo. Además, consecuente con su posición en Ginebra, Alvear sostuvo reiteradamente ante el Congreso la necesidad de que el país integrase la Sociedad de las Naciones, iniciativa que no llegó a considerarse por entonces. Por último, Alvear fomentó las camarillas en el Ejército y permitió que su ministro militar hiciera política descaradamente, contrastando con la prudente conducta de su antecesor, cuyo secretario de Guerra había sido un civil —Elpidio González, primero, Julio Moreno, después— precisamente para evitar la formación de camándulas y grupos en la institución.

El gobierno de Alvear, no obstante, no tuvo una orientación definida sobre los diversos aspectos de la realidad nacional. Fue la suya una administración fiesterera, mechada de inauguraciones y veladas, abillantada de rumbosos agasajos a los príncipes y personalidades europeas que entonces dieron por visitarnos. El presidente, como un monarca sexenal, se preocupaba principalmente de las formas: de la puntualidad, del ritual, del protocolo, del *savoir faire* y dejaba abandonada la tarea de fondo a sus colaboradores, permitiendo que éstos actuaran cada cual a su arbitrio y según sus particulares criterios. Suponíase que eso era el *summum* del buen gobierno: gobierno a la europea con su gabinete omnímodo y su presidente minúsculo y decorativo... Así, se llegó a la herejía política de que Matienzo (no radical por lo menos, antirradical seguramente) deviniera en supervisor de la política del país por investidura solemnemente ratificada por el presidente: es decir, director de una política donde debía manejarse con un partido mayoritario al que era ajeno... Por esa razón careció el gobierno de Alvear de la firme dirección que tuvo el de su predecesor. Se limitó a realizar una gestión razonable y sensata, sin grandes aciertos ni grandes errores.

Sin embargo, es menester declarar que en el aspecto político el gobierno de Alvear mantuvo el sentido democrático que Yrigoyen confiriera a su período. Se respetó la libertad de todos y hubo tolerancia para todas las opiniones. La

Constitución fue cumplida en líneas generales y el Presidente demostró preocupación por no aparecer manejado por grupos políticos. De hecho, en la tercera etapa de su gobierno Alvear fue decentemente imparcial en la recia lucha que por entonces provocaba la futura presidencia. Favoreció su labor gubernativa una época de extraordinaria prosperidad que acaeció en el país, sin sucesos externos que incidieran en nuestra economía ni crisis internas, económicas o sociales que la perturbaran. Eran los tiempos previos a la crisis del '29, cuando el capitalismo parecía haber llegado a la cumbre de sus posibilidades. La bonanza económica se difundía blandamente en todas las esferas: se hacía literatura, arte, filosofía, como nunca. Las generaciones y los cenáculos literarios se daban el lujo de tirotearse de Boedo a Florida, y los nuevos escritores se preocupaban de formar grupos ultraístas con Borges a la cabeza o fundar revistas iconoclastas como *Martín Fierro*, o celebrar un poco asombrados el vigésimo aniversario de *Nosotros*. Los chismes sobre el príncipe de Gales o el príncipe de Saboya, el vuelo del *Plus Ultra* o el entredicho con la Santa Sede eran los temas que apasionaban por entonces a los argentinos. No eran tiempos para una revolución: Alvear tampoco la hizo. Fue la suya una administración liberal, desteñida de color y orientación pero honrada e inofensiva. Su temperamento no era el de un Sarmiento transformador y desaforado ni el de un Yrigoyen empecinado y visionario: era más bien un Sáenz Peña comodón, que creía en las fuerzas evolutivas del país y dejaba que se desarrollaran hacia un mejoramiento gradual de la realidad, sin empujones ni prisas.

Claro que esto no es lo más grave de su gobierno, porque es ley inevitable que las revoluciones se apacigüen y remansen tras un período agudo. Si lo de Yrigoyen fue una revolución frustrada, más potencialmente poderosa, el gobierno de Alvear pudo haber sido el período de fijación de las conquistas logradas y la creación de un ambiente mental indispensable para las nuevas transformaciones. Pero lo malo es que no hizo esto, y en cambio su debilidad para con los residuos del Régimen favoreció el ayuntamiento de éstos con los elementos arribistas del socialismo y los elementos militaristas del Ejército, amén de los elementos antipopulares del radicalismo, para intentar un supremo esfuerzo contra las conquistas radicales, ayuntamiento que, vencido en 1928, logró triunfar en 1930 dando por tierra los esfuerzos de treinta años de lucha.

Tal fue el pecado de Alvear, personaje contradictorio e interesante como valor humano, lleno de flaquezas y de errores, tironeado por su auténtica vocación republicana y por sus pujos aristocráticos, por su radicalismo sincero y por sus contactos oligárquicos: pero hombre de corazón generoso y de coraje civil indiscutible.

*

El choque entre Yrigoyen y Alvear era de suyo inevitable, principalmente por el hecho de alentar ambos diferencias esenciales. Si hubiera ocupado otro radical la presidencia, la divergencia entre el caudillo y su sucesor se hubiera reducido tal vez a una cuestión de hombres, a una lucha de predominio de grupos. Pero con Alvear existía (tal vez sin que ellos mismos lo advirtieran) una diferencia de fondo. La piedra de toque había sido el conflicto de la delegación argentina en Ginebra. Allí se había manifestado entre el presidente y el ministro en París, una tajante diferencia conceptual que este último pretendió lo era sólo de forma. Pero la actitud de cada uno frente a la Liga de las Naciones había revelado dos estilos totalmente dispares: el del caudillo, heroico, intransigente, principista, arriscadamente humano y fraternal, contra todos los poderes del mundo si fuera necesario; el del ministro, conciliador, blando, adaptado a las conveniencias de un supuesto país de segundo orden frente a las grandes potencias. Dos sentidos de la vida, dos tensiones, dos *pathos*, frente a idéntica realidad. Si durante el período de Alvear no hubo antagonías más evidentes sobre cuestiones concretas fue porque en esos felices años no aparecieron temas que obligaran a definiciones tajantes. Sin embargo, hemos dado cuenta de los puntos en que la política de Alvear fue contraria a aquella que en casos similares había llevado Yrigoyen. Ellos bastan para advertir que ambos tenían dos puntos de vista totalmente diferentes sobre las cosas del país, salvo un idéntico respeto por la ley y por ciertas formas de decencia política que venían de su común aprendizaje en la escuela cívica de Alem.

El choque, pues, debía fatalmente ocurrir. Los primeros síntomas no fueron sino escaramuzas.

El primer rozamiento se produjo días después de la transmisión del mando. Habían quedado a Yrigoyen algunos asuntos pendientes: memorias de ministerios, nombramientos, detalles administrativos. Al parecer contando con el asentimiento del nuevo presidente, Yrigoyen continuó tramitando los asuntos no finiquitados aún. Durante dos semanas se reunió con sus ministros en el domicilio del doctor Salaberry, y allí el gobierno cesante tomó una serie de determinaciones como si todavía estuviera en el poder. Es el caso que a Alvear molestó mucho este «gobierno clandestino» al cual no faltaron intrigantes que le dieran una proyección y una intención que distaba mucho de tener. En *El Diario* del 24 de octubre apareció un editorial que con el título de «Alerta» comenzaba afirmando: «Yrigoyen conspira». Enterado Yrigoyen de la reacción del presidente no tuvo inconveniente en cesar sus actividades.

Otro hecho insólito produjo por esos días una nueva molestia entre ambos personajes. A poco de asumir el mando Alvear ordenó súbitamente un acuartelamiento general de la guarnición de la Capital y relevó a muchos jefes de Campo de Mayo. Disgustados por esta actitud, que parecía encerrar un agravio o una prevención contra Yrigoyen, varios oficiales jóvenes se llegaron hasta la casa del caudillo, proponiéndole realizar un golpe militar para entregarle nuevamente el poder. La insinuación fue rechazada de plano por Yrigoyen.

—Ustedes no me conocen —respondió— si me creen capaz de destruir la obra de tantos años...

Y de inmediato mandó a Delfor del Valle y a Ricardo Caballero a entrevistar a Alvear, con la misión de quejarse amistosamente ante «Marcelo» por esas medidas que además de ser inútiles provocaban inquietud y recelo.

Más evidente se hizo el rozamiento en las primeras sesiones del Senado Nacional, en 1923. Los senadores radicales Melo, Gallo (Vicente y Segundo), Torino, Saguier, Larlús y Paz Posse suscribieron un proyecto de modificación del reglamento del

cuerpo por el cual se arrebató la facultad de designar los miembros de las comisiones internas al presidente del cuerpo. Este cargo, como se sabe, corresponde constitucionalmente al vicepresidente de la Nación, de quien era notoria su vinculación a Yrigoyen, por lo que el proyecto constituía un indirecto agravio contra el caudillo. Con este motivo se produjo una larga *impasse* en la Cámara alta. Los senadores «yrigoyenistas» (ya empezaba a llamárseles así) se negaron a formar quórum para que se tratara el proyecto de modificación. El cuerpo en minoría decide hacerles concurrir por la fuerza pública. Elpidio González no cumple con la resolución, alegando que los senadores ausentes no se encuentran en la Capital: ello motivó un gran escándalo, llegando los senadores reformistas o «independientes» a amenazarle con juicio político. Al fin el Senado aprueba la modificación y nombra en largas votaciones a los miembros de las comisiones internas, pero los yrigoyenistas incluidos renuncian y son reemplazados por conservadores e «independientes». La actitud de éstos motivó expresiones de repudio por parte de algunos organismos radicales. Estas críticas indujeron a los senadores «independientes» a publicar el 15 de junio de 1923 un manifiesto en el que denunciaban un supuesto plan tendiente a supeditar el bloque de senadores radicales a direcciones extrañas a las legalmente constituidas. No aludían a Yrigoyen, pero las referencias eran transparentes. Fue el primer signo concreto de la disidencia. El documento de los senadores provocó la airada crítica de muchos comités, y *La Época* publicó estas protestas durante muchos días. Sin embargo, las relaciones entre Yrigoyen y el núcleo cismático de senadores no estaban rotas: habiendo enfermado por esos días el doctor Melo, el caudillo fue a visitarlo y departió cordialmente con él durante un buen rato. Pero la división partidaria estaba en el aire: o más bien, el divorcio entre el radicalismo y el gobierno. Éste acentuó las hostilidades por entonces, dejando cesantes a gran cantidad de empleados tildados de yrigoyenistas.

Dos cuestiones locales requerían urgente solución. Eran asuntos espinosos, que se convirtieron en nuevos campos de choque entre los incipientes sectores yrigoyenista y alvearista, o personalista y antipersonalista, según novísima designación. Se trataba de las situaciones de San Juan y Córdoba, sin contar lo de Mendoza, donde sin existir un conflicto concreto todo indicaba que se iba marchando hacia una situación anormal.

Recordará el lector que San Juan, al concluir el gobierno de Yrigoyen, estaba bajo la intervención federal votada por el Congreso como consecuencia de los luctuosos hechos de noviembre de 1921. Procesados por homicidio los dirigentes bloquistas y tranquilizado el revuelto ambiente local por la autoridad nacional, todo hacía suponer que se restablecería la autonomía de la provincia cuando las responsabilidades criminales del suceso de la Rinconada quedaran judicialmente establecidas.

Pero no ocurrió así. Pocos días después de asumir Alvear el mando, el interventor federal baja sorpresivamente a Buenos Aires, y pese al pedido que le hace transmitir Yrigoyen renuncia a su cargo. Alvear nombra interventor al doctor Manuel Carlés que desembarca en San Juan impecablemente trajeado de levita y chistera, como un símbolo del «nuevo estilo» que empezaba a regir en el país. Y en medio de la sorpresa general, convoca inmediatamente a elecciones. El bloquismo proclama candidato a gobernador a Federico Cantoni, preso todavía y acusado por el fiscal como responsable e instigador del asesinato de Jones. El radicalismo eleva

entonces un memorial a Alvear, solicitando la postergación de las elecciones hasta que la justicia se pronuncie sobre el proceso.

—Si la justicia absolviera de culpa y cargo a Cantoni, la fuerza cívica radical no tendría inconveniente en medirse en las urnas [...] pero mientras esto no suceda se verá obligada a abstenerse de legalizar con su presencia tal enormidad cívica —expresa el presidente del comité provincial al entregar el memorial a Alvear.

Éste derivó la resolución definitiva del asunto al ministro Matienzo, quien decidió el mantenimiento de la fecha fijada por el interventor Carlés. Ante tal hecho, el radicalismo sanjuanino decreta la abstención. En enero de 1923 se realizan las elecciones y triunfa Cantoni por 12 000 votos contra 8000 conservadores.

Libres, pues, los Cantoni y con el gobierno a su alcance deciden no demorar más su llegada al poder. Notifican al gobernador Castro que por razones constitucionales correspondía se les entregara el mando el 12 de mayo (1923) y no el 9 de julio. Al día siguiente, con el pretexto de agasajar a una delegación de diputados nacionales antiyrigoyenistas que está en San Juan, todo el estado mayor bloquista se traslada a un pueblo cercano a la capital, donde se consigue formar quórum legislativo en la casa municipal y tomar juramento a Cantoni, no sin que ocurra un sangriento tiroteo entre la policía que ha ido a desalojarlos y los elementos bloquistas fortificados allí. A continuación se anuncia que esa misma tarde el nuevo mandatario iría a tomar la Casa de Gobierno.

En este estado, San Juan estaba al borde de la guerra civil. La policía de la provincia y los radicales se aprestaban a defender la ciudad, mientras los bloquistas tomaban posiciones estratégicas y preparaban el anunciado avance. Al fin, el gobierno nacional ordena a un jefe militar de Córdoba que ponga en posesión del mando a Cantoni, cuidando que no se altere el orden. El interventor *ad hoc* negocia una suerte de armisticio entre moros y cristianos, prometiendo Cantoni no tomar represalias contra sus enemigos. Al día siguiente el bloquismo realiza una especie de «marcha sobre San Juan» en medio de una entusiasta manifestación. Siempre seducen los gestos varoniles de los hombres públicos, y en esta coyuntura, Cantoni había estado audaz y corajudo. Fue recibido en San Juan por sus adictos, y al tomar posesión del mando pronunció una violenta arenga en la que prometió toda clase de felicidades a sus «chinos». Una hora después, el gobernador cesante, sus ministros, los funcionarios principales de la administración, los dirigentes del radicalismo y muchos ciudadanos respetables eran encerrados en la cárcel, vejados muchos sañudamente, otros apaleados o sometidos al «plantón».

Mendoza era también un centro de conflictos. Después del período de José Néstor Lencinas —que no alcanzó a terminarlo por fallecimiento— había sido elegido gobernador su hijo, el doctor Carlos Washington Lencinas, el «gauchito», lindo tipo de caudillo, simpático, buen mozo y entrador, que traía de arrastrón todos los agravios de su padre contra Yrigoyen. Hostilizado dentro del radicalismo por los yrigoyenistas y externamente por los conservadores, Lencinas y sus hermanos —José Hipólito y Rafael Néstor— se lanzaron a una política de cruda demagogia para compensar con la adhesión popular su debilidad política.

Cuando el conflicto entre Alvear e Yrigoyen empezó a delinearse, C. W. Lencinas fue uno de los puntales del antipersonalismo, comprendiendo que sólo un firme apoyo en las esferas gubernativas nacionales podría salvar su desmelenada administración; por su parte, los núcleos antiyrigoyenistas aceptaron entusiastamente su concurso para incorporar una fuerza realmente popular a su caudal. Sin embargo, a tan alto grado llegó el lencinismo en sus desafueros que el Congreso Nacional no pudo menos que sancionar la intervención de la provincia en octubre de 1924 con el voto de todos los sectores menos el antipersonalista.

Durante el año '23 Yrigoyen no participó muy activamente en los sucesos políticos. Viajaba mucho al campo para reorganizar su patrimonio, muy abandonado durante su gobierno. Con su grupo más adicto se veía relativamente poco. Por intermedio de Delfor del Valle se comunicaba con Alvear, y por Elpidio González estaba al corriente de lo que acontecía en el Congreso. Pero se mantenía alejado de la exhibición y de la contienda política. Por entonces, ya era «el viejo» o «el peludo», según lo nombrara un adicto o un adversario. Es curioso comprobar cómo su nombre fue durante toda su vida generalmente evitado al hablarse de él con alguna intimidad. Siempre se le sustituía por algún circunloquio, alguna perífrasis. Hasta 1910, aproximadamente, Yrigoyen era conocido entre los suyos como «el general», era la época heroica de la conspiración permanente: su figura se proyectaba silente y misteriosa sobre la logia y el grupo con ese apelativo castrense que decía de disciplina y jerarquía. Luego se lo nombró a través de la figura «las altas direcciones

partidarias», o más concretamente, «el doctor» (tal vez sin serlo en la realidad, la masa partidaria lo hacía doctor sabiéndolo docto). Ahora, después de su primera presidencia, su ancianidad sin decrepitud, su sabiduría hecha de instinto y experiencia y pensamiento constante sobre las cosas que lo apasionaban, lo habían convertido en «el viejo» por antonomasia. Un dirigente conservador bonaerense, Pedro T. Pagés (que terminó siendo ministro del último gobierno radical de Buenos Aires) le colgó el mote de «peludo», y *La Fronda* difundió el alias con gozosa maledicencia.

El sobrenombre era todo un hallazgo y tuvo un éxito envidiable. «El peludo» era el bicho sucio, retraído, cobardón, huidizo, enemigo de la luz; su cueva era el refugio tenebroso y hediondo donde se refugiaba después de sus correrías. El remoquete, justo es reconocerlo, tenía más miga y más gracia que aquel de «orejudos» que por muchos años marcó a los conservadores bonaerenses o «gansos» a los de Mendoza... Pero todas las cosas que tienen una tal acogida, intuyen generalmente un oculto sentido que sus mismos inventores no alcanzan a aprehender, porque tienen claves muy escondidas: claves que superan la semántica vulgar y se ocultan burlonamente para chasquear con su repentina aparición a los mismos que las han lanzado a la circulación.

Yrigoyen logró asir la oculta esencia ínsita en su mote. Estando en uno de sus campos con un amigo, conversando al atardecer frente a la casa, cruza delante de ellos precisamente un peludo... Un poco turbado quedó el acompañante ante la indiscreta aparición: mas el caudillo, impertérrito, como un comentario al margen de la plática, apuntó:

—¿Usted conoce *ese bichito*...?

Y ante la loable negativa del interlocutor, musitó como para su coletó:

—Es muy interesante. *Cava muy hondo la tierra*...

En julio hubo una gran bronca entre yrigoyenistas y alvearistas, al celebrar éstos el aniversario de la revolución del Parque y perturbar aquéllos a sillazos al acto, según el venerable estilo radical de manifestar desaprobación por asambleas heterodoxas... Había un poco de desconcierto en la masa partidaria. Para aclarar ideas sobre el significado del gobierno de Yrigoyen y marcar su diferencia con el que venía llevando Alvear, un grupo de jóvenes capitaneados por Diego Luis Molinari, Silvio Bonardi, Eduardo Araujo, Alberto Mass Barruti, Guillermo Fonrouge y otros empezaron a escribir en el vespertino *Última Hora*. Allí publicó Molinari un relato de episodios poco conocidos sobre la actuación de la delegación argentina en Ginebra bajo el título de «Al César lo que es del César», contrastando las actitudes respectivas sostenidas por Yrigoyen y Alvear. En las columnas de *Última Hora* los jóvenes rebeldes propugnaban la nacionalización de los servicios públicos, la distribución de la energía por el Estado, especialmente el petróleo cuya explotación, comercialización y distribución por la Nación se preconizaba. También se afirmaba la concepción internacional de Yrigoyen y el carácter del radicalismo como movimiento excepcional, en contraposición al gobierno «de orden común» que afirmaba el ministro Matienzo ser la característica de la administración de Alvear.

En realidad, la masa radical estaba, como siempre, con Yrigoyen. Pero entre los dirigentes existía cierto desplazamiento hacia el oficialismo, que era acusado con acritud por quienes se mantenían fieles al caudillo y a lo que él representaba. A un año de la asunción del mando por Alvear podía decirse que casi todas las figuras expectables del radicalismo estaban cerca de Alvear, o por lo menos muy

comprometidas con sus funciones en la administración como para decidirse a abandonarlo en caso de plantearse una lucha abierta.

Ante las furiosas acusaciones de sus amigos contra Alvear, Yrigoyen trataba de defenderlo, atribuyendo a sus colaboradores la proclividad que revelaba el gobierno hacia el conservadorismo. Pero las quejas llegaban innúmeras: lo de San Juan, lo de Mendoza, las cesantías, la ley de jubilaciones degollada... Al fin, el 1.º de enero de 1924 Yrigoyen manda llamar a Diego Luis Molinari, que aunque no contaba todavía 30 años de edad había sido durante la presidencia del caudillo uno de sus colaboradores más eficaces. Y un poco en broma, un poco en serio, con ese tono afectuoso y distante que solía usar, so pretexto de ayudarlo a contestar los telegramas recibidos con motivo de las fiestas tradicionales, lo nombró algo así como su secretario («coronel graduado» decía Molinari, «porque durante 1923 nuestra campaña había sido de montoneras»). Con este espaldarazo a los francotiradores de la nueva generación, Yrigoyen descendía francamente a la liza y tocaba generala para convocar nuevamente a los radicales tras la vieja bandera.

Es que el año '24 habría de traer la ruptura definitiva. El último acto político en que Yrigoyen y Alvear estuvieron de acuerdo fue la candidatura del doctor Ricardo Aldao para gobernador de Santa Fe. Yrigoyen empieza a llevar una vida más parecida a la de los tiempos trabajados entre 1910 y 1916. A la mañana solían visitarlo los del grupo más esotérico: Elpidio González, Diego Luis Molinari, Delfor del Valle, Víctor Juan Guillot, Atilio Larco, David Luna, Carlos Borzani y pocos más, sin contar a Vicente Scarlatto, propietario de un boliche situado frente a la casa del caudillo, que realizaba menesteres de menor cuantía a su servicio. Con ellos solía comentar las novedades del día y decidir las actividades a realizar o las directivas que habrían de transmitirse. A la tarde recibía gente de todas las provincias, amigos políticos de toda laya. De cuando en cuando algún visitante extraordinario, algún periodista o político extranjero lo visitaba, y entonces Yrigoyen echaba mano de sus mejores artes para hacer de él un instrumento de su causa. Salía poco, como siempre: cuando debía concurrir a algún lugar público, algún sepelio, alguna visita, la gente lo reconocía y lo vivaba cariñosamente. Estaba al tanto de todo y su salud era tan excelente como siempre.

En marzo de 1924 se realizaron elecciones de diputados nacionales en varios distritos. En la Capital Federal el radicalismo obtiene la minoría, entrando a la Cámara varios jóvenes adictos al caudillo, que desde entonces llevaron la lucha al terreno parlamentario: Diego Luis Molinari y Guillermo Fonrouge por la Capital Federal, Jorge Raúl Rodríguez por Santa Fe, amén de Raúl F. Oyhanarte y Andrés Ferreyra que ya estaban en las bancas desde dos años antes.

Al constituirse el cuerpo, conservadores, socialistas y radicales «alvearistas» votan en común al doctor Mario M. Guido para la presidencia. Un ex diputado socialista, Joaquín Coca, ha relatado en su libro *El contubernio* las argucias a que recurrieron los dirigentes del bloque socialista para inducir a sus compañeros a votar para presidente a un diputado cuyo bloque (el «alvearista») era numéricamente el tercero en la Cámara, siendo que los yrigoyenistas eran los más y que la norma socialista era sumar sus votos al candidato más sufragado. El caso es

que la votación demostró que entre todos los sectores antiyrigoyenistas existía un entendimiento que se haría más íntimo a medida que las circunstancias lo fueran requiriendo. El bloque yrigoyenista se retiró del recinto en el momento de la votación y publicó una declaración donde se calificaba la maniobra de «contubernio» (precioso vocablo que desde entonces entró en circulación), haciendo notar que era la primera vez que se quitaba la presidencia del cuerpo a una mayoría política. Firmaban el documento 44 diputados.

Luego la lucha se planteó en torno a la aprobación de los diplomas de Córdoba. En estos comicios el radicalismo había continuado su abstención, por lo que sólo concurrió a las urnas un 16% del electorado; y de éstos, la minoría socialista apenas había obtenido el 1% del total del padrón para sus candidatos. La representación cordobesa, pues, se componía de demócratas por mayoría y socialistas por minoría, que entre todos no sumaban ni la sexta parte del electorado. Al fin, después de innumerables fintas, el 14 de agosto se vota; por dos veces se empata en 66 votos; por un lado, socialistas, conservadores y los «alvearistas»; por el otro, el bloque yrigoyenista y algunos «alvearistas» que no se atrevieron a definirse tajantemente contra el radicalismo. Debió entonces desempatar el presidente, y lo hizo en medio de una emocionada expectativa a favor de la aprobación de los diplomas. Este acontecimiento dio la pauta de la separación entre las dos corrientes radicales.

Días antes el presidente Alvear había inaugurado la Asamblea Legislativa de acuerdo con los preceptos constitucionales, pero ni el vicepresidente González ni los legisladores yrigoyenistas habían concurrido. *La Época* dio a esta ausencia la significación política correspondiente: «La inauguración del período de sesiones implica la exteriorización inequívoca de que el radicalismo se siente distante ya del gobierno...». Al iniciarse la Asamblea Legislativa el diputado conservador Sánchez Sorondo critica la actitud del vicepresidente González. Con este motivo se generaliza días después un debate político que deslindó posiciones.

Desde diciembre de 1923 ocupaba el ministerio del Interior el doctor Vicente C. Gallo, lo que significaba el apoyo directo de Alvear al núcleo antiyrigoyenista, del que el nuevo ministro era uno de sus más activos dirigentes. Gallo en el ministerio era la guerra abierta: así lo comprendieron los yrigoyenistas con sus actitudes en el Congreso. Para adelantar más el proceso, un núcleo de diputados y senadores alvearistas, presididos por el senador Torino, habían decretado en julio (1924) «consultar al radicalismo de todas las provincias y Capital Federal mediante un llamamiento» sobre las posibilidades de efectuar una reorganización general del partido con exclusión de las autoridades existentes. Desde entonces los bloques antipersonalistas del Congreso habían sido activos centros de actividad.

Como resultado de este movimiento, el 23 de agosto se reunió en el teatro Coliseo una asamblea con representantes de las corrientes antiyrigoyenistas del radicalismo de casi todo el país. Hablaron en esa oportunidad Torino, Tamborini, Carlos F. Gómez, Diógenes Taboada y Ricardo Davel, resolviéndose por aclamación encomendar a una comisión, la reorganización total del radicalismo, constituyendo nuevas autoridades. Claro está que la asamblea carecía en absoluto de representatividad y de poder legal para propugnar tal reorganización, desde que la Unión Cívica Radical tenía sus autoridades constituidas reglamentariamente y en plena actividad, pero el acto era simplemente la exteriorización de un estado de rebeldía del gobierno. La comisión que se nombró a ese efecto estaba integrada por Martín Torino, Arturo Goyeneche, Enrique M. Mosca, Mario M. Guido, Leopoldo

Melo, José P. Tamborini, Isaías Amado, José de Apellániz, Fernando Saguier, Aldo Cantoni y Miguel Laurencena, todos los cuales visitaron días más tarde al presidente Alvear para imponerle de los trabajos realizados y las perspectivas próximas.

Empezaron a pronunciarse los dirigentes y los organismos. Hay declaraciones, expulsiones y acusaciones mutuas.

En la Capital Federal debían realizarse elecciones internas el 31 de agosto para renovar las autoridades parroquiales y el Comité de la Capital. En esa lucha se cifró la puja entre yrigoyenistas y antipersonalistas, pues no existía hasta entonces en el distrito una división formal, bien que habían menudeado los pronunciamientos en uno u otro sentido. Con febril actividad se preparó la campaña, piedra de toque de la lucha planteada en todo el país. El resultado fue parejo: diez parroquias se habían pronunciado por las listas yrigoyenistas, en las diez restantes habían triunfado los antipersonalistas. Poco después, en medio de gran expectativa, se reúnen los delegados electos en el local de Tacuarí 16 para constituir el nuevo Comité de la Capital. Cuando se quiere plantear una cuestión previa, cuarenta delegados se retiran tumultuosamente y se constituyen en Comité de la Capital con Héctor Bergalli como presidente, en el local de la sección 14a. Cangallo 1528, en una sesión de ventanas abiertas a la calle, barra entusiasta y discursos explosivos. Por su parte, los antipersonalistas también constituyen otro Comité de la Capital y resuelven intervenir todos los comités parroquiales yrigoyenistas y expulsar a los delegados que se han retirado.

Después vienen las adhesiones. La Convención de la Capital reconoce a Cangallo, el bloque de concejales municipales a Tacuarí. Cangallo comunica su constitución al Comité Nacional, mientras Tacuarí no lo hace, desconociendo tácitamente a la máxima autoridad partidaria. Los comités parroquiales ratifican sus pronunciamientos. Con este motivo hay una constante actividad en los barrios: Chacarita y San Telmo, Mataderos y Palermo demoran sus calles con el rumor de las asambleas, los discursos, los debates, los vivas vociferados. Por un momento parecen vivirse los tiempos de Alem cuando la división entre «nacionales» y «radicales» apestillaba a los cívicos con su urticante disyuntiva. La división del radicalismo de la Capital Federal, tímpano del partido en el orden nacional, ya era un hecho. Por primera vez desde su fundación el radicalismo sufría un gran cisma, profundo e irreductible. El genio político de Yrigoyen habría de convertir el cisma en depuración, asumiendo la conducción de la corriente popular con tal habilidad que obligaría a sus adversarios a lanzarse en brazos del conservadorismo, evidenciando así la esencia antirradical, el escondido antipueblo que era la esencia del antipersonalismo. Mas eso vendría después: por ahora, lo que había era una escisión profunda, comandada por dirigentes prestigiosos y auxiliada desde las esferas gubernativas por la aquiescencia de Alvear y la ayuda del ministro del Interior, todo ello con el beneplácito de conservadores y socialistas y el aplauso de los grandes diarios.

Eso, de un lado. Del otro, como siempre, Yrigoyen y el pueblo.

3

En este deslindar de posiciones conviene examinar quiénes estaban a favor y quiénes en contra de Yrigoyen. En primer término formaban los cuadros adversarios los que habían sido del grupo de Alem. No habían olvidado su viejo rencor contra aquel mocito que treinta años atrás los había marcado, en vida del gran tribuno.

Allí estaba Francisco A. Barroetaveña, que al comenzar el gobierno de Alvear escribió un libro elogiando el linaje, la prestancia, la inteligencia del nuevo mandatario, exhortándole a hacer todo lo contrario que su predecesor. Había subtulado su libro con este epígrafe: *Pos Nubila Phoebus*, alegorizando así su aproximación al naciente *Phoebus* presidencial (que por otra parte, es siempre el que más calienta) tras los nublados del período de Yrigoyen. Lo curioso es que el radicalismo de que hacía gala Barroetaveña como fundador que fuera de la Unión Cívica, allá por 1889, no le había impedido votar por la fórmula De la Torre-Carbó en 1916 según propia confesión, ni le habría de impedir aceptar en 1930 la presidencia de una institución autárquica oficial de manos de la dictadura de Uriburu.

También Joaquín Castellanos, después de su retiro del gobierno de Salta, se había ensañado contra Yrigoyen; había aprovechado la inauguración de un monumento a Alem para despacharse a gusto contra el caudillo, señalando en un kilométrico discurso las diferencias que a su juicio existirían entre el gobierno que estaba realizando éste y el que hipotéticamente hubiera llevado a cabo Alem, en caso de vivir todavía. El doctor Martín Torino, médico que fue de Alem y senador nacional por Entre Ríos desde 1917, también estuvo decididamente en contra de Yrigoyen, y presidió el movimiento antipersonalista en sus primeros pasos.

Los antiguos contertulios de Alem atacaron sañudamente al caudillo, proveyeron de material a los que escudriñaban viejos comadros con el piadoso propósito de descubrir todo cuanto pudiera ser vuelto contra Yrigoyen. Lo fulminaron con sus indignadas catilinarias acusándolo de haber traicionado desde el gobierno la memoria de su tío... y terminaron del brazo con los conservadores, repitiendo el ejemplo de sus antiguos compañeros de cenáculo, los Baldías, los De la Torre, los Lilliedal...

Otro grupo que se puso inmediatamente a la cabeza del antiyrigoyenismo fue el de los «principistas», que en 1922 levantaron la candidatura presidencial del doctor Miguel Laurencena. Integraban algunos grupos provinciales sueltos, cuyos puntales estaban en Entre Ríos, Córdoba y La Rioja. Desde esa época se mantuvieron en hostilidad constante, acentuada su belicosidad al producirse el distanciamiento entre Yrigoyen y Alvear, con un raudo viraje hacia el calor oficial.

Estaban también los dirigentes radicales resentidos por un motivo u otro contra Yrigoyen. Fernando Saguier con su frustrada candidatura a presidente; José Camilo Crotto por el episodio de su defenestración bonaerense, Ramón Gómez por su soñada y no alcanzada vicepresidencia... Unos con motivos razonables, otros sin ellos, todos los que tenían algún agravio contra el caudillo (y vaya si ha de despertarlos un gobernante, por ecuánime que sea), formaron filas en el antipersonalismo. Otros radicales expectables, como Honorio Pueyrredón y Ernesto H. Celesia, sin estar contra Yrigoyen ni con Alvear, se colocaron en una situación pasiva: sin llegar en ningún momento a hostilizarlo, tampoco formaron activamente en sus filas. Y junto a todos éstos, los jóvenes arribistas o los que tenían un *cursus honorum* que recorrer y

no se sentían capaces de hacerlo sin el padrinazgo oficial, o los caudillejos de barrio o aldea que necesitaban el puesto, el acomodo, la amistad con las esferas gubernativas para mantener sus caudales electorales; es decir, todo el ejército de los eternos oficialistas.

Como aglutinante de estos elementos estaba el sector que en 1909 había manifestado su disconformidad con la actitud abstencionista del partido; que en 1912 se había apresurado a reclamar en la Capital Federal la vuelta a la acción electoral; que en 1916 reclamara «fórmula mixta» contra la «fórmula solidaria» proclamada por la Convención Nacional; que en 1918 había estado contra la política internacional de Yrigoyen y contra muchas de sus iniciativas, sobre todo las de vigor revolucionario en materia económico-social. Estaban dirigidos por Leopoldo Melo. A medida que Alvear manifestó su enfrentamiento con el caudillo, el grupo «azul» o «galerita» demostró que llevaba firmemente la conducción antiyrigoyenista. Melo era una personalidad hábil. Con su conspicua calva de senador romano, gesto terminante y palabra sin réplica estaba convencido de que su destino manifiesto era ser presidente de la Nación, y desde quince años atrás estaba ensayando la consabida pose. Cien años antes, hubiera sido el arquetipo del prócer unitario que pintara Sarmiento. A la masa partidaria y al pueblo en general, Melo resultaba antipático. Frío y petulante, se hablaba mal de su actuación como abogado y se miraba con recelo su trayectoria en el Senado, siempre aliado con los conservadores. Pero él, impertérrito, insistía en mover sus hilos, persuadido de que la ocasión perdida en 1916 y 1922 no escaparía en 1928. A su lado figuraba un brillante estado mayor: Vicente C. Gallo, su rival en la dirección del antipersonalismo y mucho mejor visto que él por los mismos radicales; Tomás Le Breton, José P. Tamborini, de predicamento en la Capital Federal, Mario M. Guido, Arturo Goyeneche, todo el sector «azul» prestigiado por su actuación en el Congreso y arrastrando cada uno de sus miembros caudales electorales no despreciables.

Pero no sólo se componía el antipersonalismo de aportes individuales. También se le habían volcado corrientes internas que durante el gobierno de Yrigoyen habían andado en dificultades con el caudillo. Los lencinistas de Mendoza, los bloquistas de San Juan, los principistas y «verdaderos» de La Rioja, el grupo de Ramón Gómez en Santiago, los menchaquistas en Santa Fe, los entrerrianos arrastrados por el predicamento de Laurencena, los cordobeses de los sectores más reaccionarios del partido con Bas a la cabeza, los antiguos disidentes correntinos y tantos otros núcleos, fueron de inmediato carne de antipersonalismo. Entre todos, aglutinaron una cosa informe, maneada de compromisos, al servicio del oficialismo o por lo menos de algunos oficialistas, popular hasta lo desmelenado en Cuyo, frío hasta la desolación en el litoral, impetuoso en La Rioja, clerical en Córdoba, sin sentido constructivo en ningún lado y con sólo un elemento común: el odio a Yrigoyen.

Conviene decir algo sobre el antipersonalismo en sí. Uno, dejar en claro aquello de qué era realmente «antipersonalismo». Porque el hecho de enarbolar una bandera contra determinada conducción unipersonal no tenía importancia: podrían haber achacado cualquier otro vicio a la dirección de Yrigoyen, o podrían haber sido ellos mismos tan personalistas como Yrigoyen, puesto que el «antipersonalismo» de que hacían gala era sólo un pretexto, un nombre, un rótulo. Ellos eran esencialmente

antiyrigoyenistas: y así el caudillo hubiera sido el dirigente político menos absorbente del mundo, igual hubieran estado contra él. Lo que a ellos les cargaba del caudillo no era su decantado despotismo en la dirección partidaria —¡qué había de ser si durante veinte años lo habían acatado sin protesta!— sino su alerta defensa del pueblo; sus férreas imposiciones en materia de moral política; sus concepciones nacionalistas, su estilo popular de gobierno, su instintiva identificación con el pueblo en sus anhelos e ilusiones. Si por «personalismo» entendemos una conducción al servicio de los apetitos y las pasiones de un hombre, nadie podrá decir que Yrigoyen era personalista, pues no es necesario recordar su trayectoria para evidenciar hasta qué punto ella fue desinteresada y descarnada. Pero si «personalismo» es el ejercicio de una dirección partidaria llevada con conciencia de responsabilidad, echando sobre las espaldas las esperanzas de todo un pueblo para dar respuestas concretas y asumir todas las eventualidades, si personalismo es hacerse cargo de todas las actividades que la indiferencia o la comodidad o la cobardía dejan pendientes, entonces habremos de reconocer que Yrigoyen lo era realmente.

Para enjuiciar con equidad el tan traído y llevado personalismo de Yrigoyen debemos partir de la base de que era un caudillo. Que había sido jefe de partido desde la fundación del movimiento. Que él sólo había mantenido vivo el fuego, no sólo en los grandes ratos de exaltación cívica sino en los largos paréntesis de decaimiento o inacción. Que cuando Alvear se iba a Francia o Melo se encerraba en su bufete o Crotto se largaba al campo o Molina se hacía republicano, Yrigoyen seguía cuidando que la fogata no se apagara; y que todos, por una suerte de tácito mandato, habían delegado en sus anchos hombros el peso del partido, cuando el partido era una magra comunión de idealistas naufragando a través de la República. Para juzgar honradamente a Yrigoyen debemos recordar que en su larga actuación cada una de las posiciones políticas que había sostenido resultaron acertadas y legítimas, lo que le había prestado cierto halo de infalibilidad con que lo distinguían sus fieles. «El doctor» siempre tenía razón. No porque él así lo impusiera sino porque la experiencia así lo indicaba y porque su personalidad imponente parecía por encima del error o el prejuicio. Los radicales se habían acostumbrado a hacer lo que Yrigoyen dijera, no por obsecuencia ni por servilismo, sino porque en conciencia creían que lo que él dijera bien estaba. Así pasó cuando la precandidatura de Saguier a la presidencia de la Nación. Muchos convencionales fueron hablados por los sostenedores de su nombre, y no pocos aceptaron en principio el compromiso, pero ¡ah! siempre que el doctor no dijera otra cosa... Si hubo culpa en Yrigoyen al ejercer una dirección fuerte, más culpa hubo en los radicales por haberla fomentado y hecho en algún momento imprescindible. En realidad, ninguno de ellos fue responsable del fenómeno: las causas fueron imponderables e inevitables. Destino de caudillo.

Para concluir con esto del personalismo de Yrigoyen, cabe recordar que jamás permitió se hablara de «yrigoyenismo» o «yrigoyenistas», que siendo presidente ordenó se retiraran sus retratos de las oficinas públicas, que evitó sistemáticamente la exhibición, que rehuía ser fotografiado.

Otro *error communis* respecto del antipersonalismo es suponer que él apareció como una reacción cívica ante determinados desafueros de Yrigoyen. Lo cierto es que el antipersonalismo como movimiento de fuerzas era algo históricamente fatal. Tenía que suceder. Los intereses heridos por la presidencia radical, la oligarquía desalojada de algunos puestos clave (no de todos), los oscuros poderes reducidos parcialmente no podían tolerar que todo cuanto Yrigoyen representaba continuara creciendo. Después de las primeras derrotas, hubo que reagrupar fuerzas. El gobierno de Alvear permitió y estimuló tal aglutinación, aunque sólo fuera con su alejamiento de Yrigoyen.

No fue una reacción, pues, el antipersonalismo. Fue la ofensiva de los

desplazados para reconquistar sus posiciones. Aunque el antipersonalismo no hubiera hecho punta en el movimiento, aunque todo el radicalismo se hubiera mantenido como un solo hombre al lado de Yrigoyen y de lo que Yrigoyen representaba, aunque no se hubiera podido reprochar absolutamente nada al caudillo, la ofensiva hubiera venido igual. El antipueblo tuvo la suerte de que le acompañara como bandera ostensible un sector del partido que aparentemente tenía iguales títulos para decirse radical. Esta circunstancia favoreció sus planes, mas el pueblo pudo advertir en 1928 la gran estafa, y frustró en las urnas el supremo esfuerzo del antipueblo.

Claro que si los antipersonalistas se hubieran limitado a hacer antipersonalismo impersonalmente —valga la paradoja— tal vez hubieran podido tener éxito sin necesidad de traspasar los lindes partidarios, puesto que en ese caso se hubiera tratado de realizar una política de mejoramiento de prácticas internas. Pero ellos hicieron esencialmente «antiyrigoyenismo». Y hacer antiyrigoyenismo era hacer antipueblo: Yrigoyen era, con sus defectos y con sus errores, el pueblo, el pueblo sin el cerrado concepto clasista de proletariado, sino el pueblo todo, el pueblo como «demos», como conjunto armónico, compendioso de todos los intereses y todos los sentimientos. Allí erraron los antipersonalistas. Porque entonces su propósito se tornó no sólo negativo, es decir, infecundo, sino también disvalioso, retardatario, reaccionario. Ellos no hicieron antipersonalismo: hicieron, simplemente, personalismo al revés. Así como los yrigoyenistas debieron fundar por reacción toda su prédica en la exaltación del caudillo y lo que representaba, así también los antipersonalistas fundaron su alegato en la diatriba contra el antiguo jefe. Pero aquí los yrigoyenistas llevaban ventaja, porque la figura del ex presidente involucraba todo un estilo argentino, todo un sentido de vida, algo más que un programa: una filosofía, aparte del antecedente de un buen gobierno. Los antipersonalistas, en cambio, no ofrecían más que su odio y sus peligrosos contactos con las fuerzas más repudiadas del país. Como todos los movimientos que se fundan en un «anti» y no en un «pro» duró lo que el objeto de su encono. De sus gentes, algunos tornaron al viejo tronco y lavaron así su tremendo error. Otros se vincularon definitivamente al conservadorismo. Pero el antipersonalismo como partido político no dejó al país más que el recuerdo de una gran equivocación, si no de un gran pecado.



Pero estamos en 1925. Los antipersonalistas, ya escindidos francamente del radicalismo, empiezan a organizar lentamente sus comités, con vistas a la futura estructuración de sus organismos nacionales, aunque recién en abril de 1926 les fue posible constituir su Comité Nacional. Mas su juego no estaba en la esfera política organizativa, sino en la peripecia palaciega. Se trataba de derribar la situación de Buenos Aires, baluarte del yrigoyenismo, donde el gobernador Cantilo representaba

el más sólido puntal del caudillo. El ministro Gallo presionaba constantemente al presidente sobre la necesidad de intervenir Buenos Aires, pero chocaba con los escrúpulos legalistas de Alvear. A su vez, los ministros Justo y Le Breton se unen al coro, apoyados por los senadores antipersonalistas. La presión trasciende al público, y durante los primeros meses de 1925 se espera de un momento a otro el decreto, aunque lo cierto es que no había ningún motivo legal para que el gobierno de Cantilo fuera intervenido. Nada se podía alegar contra él, fuera de los argumentos minúsculos que nunca faltan contra cualquier gobierno. Así lo entendió Alvear, que se sobrepuso al coro de súplicas que lo asediaban. En efecto, el 24 de marzo (1925) se emitió un comunicado redactado en acuerdo de ministros, donde escuetamente se informaba que aunque a juicio del Poder Ejecutivo existían motivos suficientes para intervenir Buenos Aires, no mediaban motivos de urgencia para que tal medida fuera tomada por decreto. Era un respiro. Quería decir que la intervención debía salir por ley. Y era notorio que en el Congreso sería difícil que pasara una tal sanción, dado que los socialistas se oponían por principios a toda intervención. Por eso cuando Alvear concurrió en mayo a inaugurar la Asamblea Legislativa no sólo estuvieron presentes en el acto el vicepresidente González y los bloques yrigoyenistas de las Cámaras, sino que al pasar frente al Comité Nacional el séquito presidencial se iluminó el frente del local y desde los balcones se aplaudió el paso del primer mandatario.

Pero no cesaron Gallo, Le Breton y Justo en sus intentos para lograr la intervención, y urgían para que el Poder Ejecutivo presentara el proyecto de ley. Alvear no parecía dispuesto a hacerlo. La puja duró casi cuatro meses. Al fin, ante la inutilidad de sus esfuerzos para inclinar la balanza, Gallo renuncia el 28 de julio junto con Le Breton, quien accede a retirar temporariamente la dimisión a instancias de Justo, que no quería quedar desvalido en el gabinete. También renuncia Melo a la presidencia provisoria del Senado y la mesa directiva de la Cámara de Diputados. Era el derrumbe del antipersonalismo como identificación con el gobierno.

Los senadores antipersonalistas se sentían poco menos que traicionados. Una caricatura muy festejada mostraba a Melo, Gallo y demás dirigentes contemplando con rencor a la veleidosa «Marcela» en brazos de Yrigoyen. De todos modos, su empeño en intervenir Buenos Aires no había sido abandonado, y ya que por el lado ejecutivo habían fracasado las gestiones trataron de llevar adelante las cosas por la instancia legislativa. El 9 de setiembre presentan el proyecto de intervención a Buenos Aires extensamente fundado, en medio de una batahola espléndida, en la que hubo hasta bombardeo a los padres conscriptos con corchos y bollos de papel por parte de la barra. Pero el asunto ya estaba muerto. Terminaron las sesiones ordinarias sin que se pudiera tratar el proyecto, pese a tener despacho favorable de la comisión; y cuando el Poder Ejecutivo convocó a sesiones extraordinarias no incluyó su tratamiento. La situación de Buenos Aires se beneficiaba, entretanto, porque en el lapso entre los dos períodos ordinarios de sesiones debían renovarse los poderes provinciales. La Convención radical de la provincia eligió candidato a Valentín

Vergara, figura joven y simpática; y una muestra de que el decantado «personalismo» de Yrigoyen no lo era en tan alto grado como se pretendía fue el hecho de que su candidato personal era Delfor del Valle o, en su defecto, Nereo Crovetto. El caso es que Vergara triunfó en las elecciones y con ello la situación bonaerense quedó afirmada.

El radicalismo continuaba sus aprontes. Se aproximaban las elecciones de marzo (1926) en las que se renovarían 83 bancas de diputados nacionales en catorce de los quince distritos electorales del país. Esos comicios serían la primera compulsión nacional después de la división del radicalismo.

La campaña fue intensa. En San Juan y Mendoza, el radicalismo se abstuvo de concurrir, dada la falta de garantías; en esta última provincia se habían efectuado elecciones de gobernador en enero, en las que triunfó el lencinismo con la única oposición de los conservadores. En la Capital Federal, la Unión Cívica Radical movilizó todas sus posibilidades: Yrigoyen concurrió personalmente a algunas concentraciones y su presencia enfervorizó a la masa partidaria. Los escrutinios revelaron la fuerza del yrigoyenismo, aunque también evidenciaron que el antipersonalismo era el mayor caudal electoral después de aquél. Había triunfado la Unión Cívica Radical en la Capital Federal, Buenos Aires, Catamarca y La Rioja; los antipersonalistas obtuvieron la mayoría en Santiago del Estero, Santa Fe, Entre Ríos, Jujuy, San Juan y Mendoza; los conservadores, en Corrientes, Córdoba, Salta y Tucumán. En total había nucleado la Unión Cívica Radical unos 332 000 votos sobre 218 000 antipersonalistas y 170 000 conservadores. Meses después también triunfa el radicalismo en la Capital Federal, en esas felices elecciones municipales donde hasta el inolvidable Florencio Parravicini obtuvo su banca de concejal.



El año 1927 fue año de grandes acontecimientos en América: desde la intervención yanqui en Nicaragua y el conflicto yanqui-mexicano hasta la tragedia de Alpatocal y la ejecución de Sacco y Vanzetti. También habría de ser un año decisivo para la lucha presidencial, que se resolvería electoralmente el 1.º de abril de 1928. Existía un ambiente de expectativa. Todos aguardaban que el adversario diera el primer paso.

Los socialistas hicieron en marzo una finta: el bloque parlamentario presentó un proyecto de intervención a Buenos Aires. Como se recuerda, el voto socialista era decisivo para que fuera sancionada en Diputados la media ley iniciada por los senadores antipersonalistas. Quedó allí esa espada de Damocles, entre el alborozo de conservadores y antipersonalistas, que creían ya volcado también el socialismo a su empresa antirradical.

Rodolfo Moreno había escrito al gobernador de Córdoba, doctor Ramón Cárcano, sugiriéndole una

conferencia entre todos los núcleos provinciales conservadores con vistas a su fusión orgánica. El doctor Julio A. Roca, presidente del Partido Demócrata, acogió la idea y procedió a invitar oficialmente a los partidos afines. En abril se reúnen en Córdoba los representantes de los partidos Autonomista y Liberal de Corrientes, Conservador de Buenos Aires, Liberal de Tucumán, Demócrata de Córdoba, Liberal de San Luis, Liberal de Mendoza, Liberal de San Juan, Conservador de La Rioja, Liberal de Santiago del Estero, Unión Provincial de Salta y Concentración Catamarqueña. No se llega a la fusión, pero se declara oficialmente que la «Confederación de las Derechas» —nombre que adopta la entidad— estará «contra cualquier candidatura que surja del radicalismo personalista», y que apoyará la fórmula que proclamen los antipersonalistas, propiciando la formación de un «Frente Único».

Ahora, los antipersonalistas tenían la palabra. Para el 20 de abril estaba convocada su Convención Nacional. Ese día se constituyó la mesa provisional y pasa de inmediato a una larga *impasse*, que duró nueve días. Ocurría que la candidatura presidencial del antipersonalismo estaba agriamente disputada por los doctores Melo y Gallo. Ambos nucleaban un buen número de fuerzas y no querían ceder sus posibilidades. Tres veces se convocó el cuerpo para deliberar, y las tres fracasó la reunión por falta de quórum. Los radicales, entretanto, gozaban deliciosamente los forcejeos antipersonalistas. Al fin, la mediación del doctor José de Apellániz y —al parecer— la decisión de Alvear, volcaron la balanza. Se convino extraoficialmente que la fórmula sería Melo-Gallo. El compromiso se ratificó en una estirada entrevista que sostuvieron ambos ciudadanos en el estudio de Gallo. El 28 de abril logra reunirse el cuerpo, se constituye definitivamente, aprueba una vaga y ambiciosa plataforma y al otro día se proclama la fórmula tan trabajosamente cocinada. Varios dirigentes conservadores asisten al acto. Termina la reunión con un voto de aplauso a Alvear y el voto del cuerpo manifestando que vería con agrado que sus candidatos «hicieran ambiente y realizaran las gestiones necesarias» para hacer efectiva la intervención a Buenos Aires. La moción fue presentada por José Camilo Crotto, quien se declaró, al hacerla, «víctima del primer gobierno radical».

Las líneas estaban ahora francamente tendidas. Antipersonalistas y conservadores pugnaban por volver al tapete la cuestión de Buenos Aires, llave del pronunciamiento electoral del 28. Empezó Alvear a soportar nuevas presiones, encabezadas dentro de su gabinete por el general Justo, para que decretara la intervención. Los radicales trataron de evitar la medida con reiterados pronunciamientos, culminando con la gran movilización popular que desfiló por la Avenida de Mayo una noche gélida, cuya potencialidad demostró hasta qué punto hubiera sido peligroso atropellar la autonomía bonaerense.

Los socialistas afirmaban que su proyecto de intervención se fundaba exclusivamente en principios doctrinarios, sin pretender hacer el juego a los enemigos de Yrigoyen. Lo cierto es que Juan B. Justo y su viejo estado mayor estaban un poco asustados de las posibles consecuencias de su iniciativa. ¿No estarían sirviendo a los intereses de la más cruda reacción? Era difícil la posición socialista, pero la dirección partidaria supo salir del paso con habilidad. Aprovechó la circunstancia de que la Legislatura bonaerense había derogado una ley recientemente sancionada sobre funcionamiento de casinos para expresar que esta medida era el

resultado de la iniciativa socialista, la que había sido coronada por el éxito y, en consecuencia, era inútil pretender llevarla adelante. Por consiguiente, a principios de junio (1927) el bloque parlamentario socialista retira el proyecto de intervención a Buenos Aires por ellos presentado.

Sin embargo, el peligroso coqueteo de los socialistas con el antipueblo, había dejado semillas anárquicas en la agrupación. Un núcleo de dirigentes quería llevar al partido hacia un íntimo entendimiento con todas las fuerzas antiyrigoyenistas; habían actuado en la Cámara de Diputados brillantemente y querían hacer su carrera política a toda costa. Su aproximación a los conservadores les proporcionó figuración, prestigio y ocasionalmente la presidencia de la Cámara; pero la férrea disciplina que Justo imponía a su partido les dificultaba una acción más decididamente pro conservadora. Llevando las cosas con maestría, el grupo «libertino» (así lo llamaban los adictos a la dirección partidaria) logró que el bloque parlamentario socialista hiciera el juego al contubernio en todo el proceso político entre 1922 y 1927, hasta culminar con el proyecto de intervención a Buenos Aires, que pareció ser las esponsales de la boda oligárquico-socialista. Cuando la dirección partidaria reaccionó e impuso el retiro del malhadado proyecto, ya era tarde. Los heterodoxos se lanzaron a una acerba campaña de críticas contra la dirección partidaria, que terminó con la expulsión de los rebeldes y la consecuente fundación del «Partido Socialista Independiente», cuyo líder fue Antonio Di Tomasso, rodeado de un grupo de gente joven y entusiasta empeñada en ocupar bancas en el Congreso a toda costa, aunque ello los obligara a hacer considerables concesiones a las fuerzas menos progresistas del país.

A todo esto, la fórmula Melo-Gallo recogía algunas adhesiones poco encomiables. En agosto, la Confederación de las Derechas decidió oficialmente prestarle apoyo. Los candidatos antipersonalistas aceptaron el ofrecimiento por nota, expresando que «felizmente han coincidido en las respectivas declaraciones de principios de esa convención (de las Derechas) y de la Unión Cívica Radical (Antipersonalista)». La unión fue celebrada por esos días con frecuentes almuerzos entre los dirigentes de ambas fuerzas. Un millar de caracterizadas personalidades de la banca, el comercio y la industria publicó un manifiesto apoyándolos; una comisión de hacendados presidida por el doctor Joaquín S. de Anchorena hace lo mismo poco después. Todo lo reaccionario se unía alrededor del binomio que significaba la defensa de sus intereses. ¿Qué quedaba de aquellas declaraciones que atribulan al antipersonalismo el monopolio de la tradición de Alem? Tal como había pasado en 1916 con el Partido Demócrata Progresista, ahora el antipersonalismo caía en manos de los conservadores.

La negativa de Alvear a intervenir Buenos Aires ponía al Frente Único en la necesidad de hacer una activa campaña electoral para ganar a fuerza de lucha callejera lo que no había podido obtener a través de las intrigas áulicas. Así lo comprendieron sus dirigentes, que a mediados de setiembre inauguraron una campaña con un gran acto en Santa Fe. Al mes siguiente se hizo similar proclamación en Paraná, y en noviembre, en Córdoba. Para esta época los antipersonalistas ya estaban haciendo agitación callejera en la Capital y alrededores con ritmo febril. Contaban con nueve o diez gobiernos provinciales, el apoyo de los grandes diarios y la benevolencia gubernativa. Las «fuerzas vivas» les proveían de abundantes medios económicos. No es de extrañar que se lanzaran a una propaganda intensa para terminar de volcar la situación a su favor.

Contrastaba esta actividad con la pasividad que se observaba exteriormente en el radicalismo. Aquí, el Comité Nacional había postergado su reunión cuatro o cinco veces desde agosto hasta fin de año. Salvo una breve agitación para apoyar la nacionalización del petróleo cuya ley se debatía por entonces en Diputados, no levantaba casi tribunas. Sólo en las provincias donde se efectuarían próximamente elecciones gubernativas se notaba movimiento interno: en el resto, poco o nada.

Sin embargo, el radicalismo vibraba soterradamente a través de todo el país, sin alharacas, sin agitación, ausente durante semanas enteras de las columnas de los grandes diarios donde se registraban escrupulosamente todos los actos del Frente Único. El radicalismo preparaba calladamente su victoria. Partían directivas y mensajeros a todos los puntos del país dirigidos personalmente por Yrigoyen. Su casa era un hormigueo de gentes que iban y venían. Recibía a toda hora y a todo el mundo. Sin agotarse en el trajín de todos los días, urdía Yrigoyen su estrategia. Un reducido estado mayor lo acompañaba. Salvo algunas excepciones, no eran los grandes figurones ni los brillantes dirigentes del partido, sino hombres humildes, de segundo plano, bien metidos en los problemas y los anhelos de la gente. No habían quedado al lado de Yrigoyen los grandes bonetes del radicalismo; a su vera estaba la muchachada, algunos luchadores antiimperialistas salidos del movimiento de la Reforma Universitaria, muchos dirigentes de sindicatos y caudillos locales de diferentes estaturas. Pocos hombres viejos. Entre Yrigoyen y el grupo de sus ayudantes había una solución de continuidad temporal bien marcada. Pero Yrigoyen suplía la falta de personalidad y de experiencia de los suyos con su prestigio y su enorme figura. Con ellos, cada uno en su puesto, cada hombre en su exacta función, el caudillo allegaba fuerzas, limaba acritudes, comprometía voluntades, infundía confianza. De su boca salían las palabras ciertas con que debía combatir a la reacción: allí, en la soledosa quietud de su casa, se forjó aquella palabra —«contubernio»— que habría de ser marca de fuego; de allí salían las susurrantes voces de aliento que Alvear recibía en medio de las presiones a que lo sometían sus cortesanos para que violara la ley y les entregara la llave del poder; allá concurrían en peregrinación hombres de todo el país para llevarse de vuelta a sus pagos la certeza del triunfo. La casa de la calle Brasil era por esos días un rumoroso cuartel general.



Mas no era estrictamente electoral el movimiento del radicalismo. Ese año y el siguiente hubo una nutrida floración de estudios sobre los aspectos doctrinarios del movimiento y sobre la figura y la obra de su jefe. Aparecieron libros que tenían valor permanente, bien que sirvieron a un propósito inmediato. Así vieron la luz por entonces la *Historia de la Unión Cívica Radical* de Alberto M. Etkin; *La doctrina radical* de José Blanco; *Hipólito Yrigoyen, maestro de democracia* de Antonio

Herrero; *Yrigoyen y el silencio* de Roberto Cugini; *El derecho obrero y el Presidente Yrigoyen* de Alfredo Morrone; *La política internacional de Irigoyen* de Lucio M. Moreno Quintana; *El hombre cumbre y su obra de gobierno* de Gabriel Giordano, y otras más. Con ese bagaje intelectual se pretendía demostrar la orientación que había presidido los desenvolvimientos del radicalismo en el llano y en el gobierno, como garantía del futuro período presidencial 1928-1934.

Pasaba el tiempo y se aproximaba el año decisivo. El Frente Único llenaba páginas enteras de los grandes diarios con noticias de su actividad. Los radicales, comparativamente, estaban en rezago. Pero la futura presidencia de Yrigoyen era una certeza argentina encalada y desafiante, como la refería aquel payador de Chacarita de cuyo verso, firme sobre las seis cuerdas de la magra viola, da testimonio Jorge Luis Borges en *Muertes de Buenos Aires*:

«Radicales los que me oyen
del auditorio presente,
el futuro presidente
es el doctor Yrigoyen...».

4

Entre diciembre de 1927 y abril de 1928 debíanse realizar elecciones de renovación gubernativa en Salta, Tucumán, Santa Fe y Córdoba. Suponíase fundamentalmente que ellas serían índices de la elección presidencial del 1.º de abril.

Los resultados no pudieron ser más elocuentes. En Salta, con gobierno contrario, el radicalismo triunfó ajustadamente por 200 votos y el doctor Julio Cornejo, candidato radical, fue consagrado. A fines de enero gana la Unión Cívica Radical en Tucumán por 38 000 votos contra 20 000, consagrando gobernador al ingeniero José Sortheix, cuya victoria fue atribuida a la simpatía que provocaba su nombre entre los agricultores azucareros como reacción contra los poderosos industriales de la provincia. A principios de febrero, tras una campaña dura y esforzada, la provincia de Santa Fe, con gobierno antipersonalista, da también el triunfo a la Unión Cívica Radical por 83 000 votos contra 73 000 antipersonalistas y 9000 demócratas progresistas, con lo que es ungido gobernador el doctor Pedro Gómez Cello. El radicalismo ya daba la sensación de ser una masa incontenible. En Córdoba, el gobierno demócrata trata desesperadamente de mantener su reducto y apela a todas las presiones posibles; a su vez numerosas delegaciones radicales recorren la provincia. A mediados de marzo se realizan las elecciones y por primera vez en diez años el radicalismo desaloja a los demócratas en Córdoba por 93 000 votos contra 75 000, llevando al gobierno la fórmula Enrique Martínez-José A. Ceballos. Todos los baluartes del contubernio cedían. La «fórmula de la victoria» se desinflaba estrepitosamente.

Ante estos resultados, el Frente Único apela a sus recursos más desesperados. A principios de febrero se reúne la «Confederación de las Derechas». Asiste a las deliberaciones el candidato antipersonalista a la presidencia de la Nación. Se resuelve solicitar a Alvear se decida a intervenir la provincia de Buenos Aires y a reorganizar el Ministerio. Lo mismo resuelve el Comité Nacional antipersonalista. Cumpliendo la decisión, Leopoldo Melo y Rodolfo Moreno entrevistan al presidente para llevarle la súplica del Frente Único. Alvear se niega. En realidad, se le proponía un verdadero golpe de Estado, para el que estaba ya preparado el ministro de Guerra. Pero con la negativa de Alvear había caído la última esperanza del contubernio. El 6 de febrero la «Confederación de las Derechas» publica un manifiesto de derrota, responsabilizando a Alvear por no querer intervenir a Buenos Aires ni «defender a Córdoba» del ya seguro triunfo yrigoyenista. «Un golpe de timón podría decidir para siempre los destinos de la República», asegura el documento. Pero la sensibilidad republicana de Alvear se niega a virar la nave del Estado en el sentido que quiere el Frente Único.

El radicalismo avanza como una marea. A la impresión que producen los triunfos de las provincias se añaden las innumerables adhesiones que recibe Yrigoyen de parte de núcleos de una increíble diversidad: un diario sirio-libanés, un «Comité Israelita-Argentino pro candidatura del doctor Hipólito Yrigoyen»; un núcleo numeroso de católicos; la «Asociación del Comercio, la Industria y el Trabajo», bajo la presidencia de don Carlos Merlini; un Comité Nacional de Artistas y Literatos donde figuran Jorge Luis Borges, Enrique Muiño, Santiago Ganduglia, Enrique González Tuñón, Horacio Rega Molina y otros; el Comité Nacional de Estudiantes Secundarios; la Comisión de Hacendados, Agricultores e Industriales; decenas de Comités Ferroviarios que llegan a reunir más de cien mil adhesiones de los obreros del riel. Son un torrente de voluntades que llena día tras día las páginas de los diarios adictos.

Meses antes un grupo de colaboradores de la revista literaria *Martín Fierro*, entre los cuales estaban Macedonio Fernández, Jorge Luis Borges, Leopoldo Marechal, Francisco Luis Bernárdez, Nicolás Olivari, Emilio Suárez Calimano, Carlos Mastronardi, Ulises Petit de Murat y otros habían solicitado a la dirección que embanderara a la revista dentro de la corriente yrigoyenista: a estos jóvenes escritores, expresión de un momento de inigualado brillo en las letras argentinas, les seducía el estilo nacionalista y afirmativo del caudillo y su republicana sobriedad. Nunca lo habían visto la mayoría de ellos, ni hicieron nada por entrevistarlo. Lo admiraban de lejos, desinteresadamente, sin esperar nada de su adhesión. La actitud de estos escritores trajo como consecuencia la definitiva desaparición de *Martín Fierro*. Así era la candidatura de Yrigoyen: suscitadora de polémicas y luchas, una cosa viva, palpitante, definitiva.

Era un alud, una masa cósmica que avanzaba. Todo un anhelo argentino al que ya no se le podía poner valla. Yrigoyen encarnaba en su persona las aspiraciones populares de justicia social, de gobierno para todos, de repudio al maridaje conservador-antipersonalista. Todo esto y una vaga perspectiva de vida mejor se cifraba en las cuatro sílabas del nombre aclamado. Decir «Yrigoyen» era decir revancha: pero revancha sin odios, contra los que habían pretendido hacer del radicalismo una cosa fría, académica, aparato formal olvidado de los jugos ricos que le habían dado vida. Era bautizarse gritar: «¡Viva Yrigoyen!»; era como un grito de

juventud, de rebelión contra los falsos ídolos, contra las invisibles mallas que estaban cerniéndose por esos días sobre América; era la insurgencia de una Argentina existente pero sofocada que pugnaba por aflorar regocijadamente a una vida más auténtica.

Aparecen canciones, dichos, pullas, chistes, para celebrar la derrota del contubernio:

«¡Melo!
Dame un pañuelo
para llorar...».

A un popular tango se le sustituye la letra para transformar la competición turfística en la carrera que está apasionando a todos:

«Alzan las cintas, salen los pingos
del veintiocho la presidencial...».

y el nombre del *jockey* más popular reemplazado por este conductor, también invicto:

«¡Yrigoyen solo!
grita el obrero y el agricultor...».

Sí. Yrigoyen avanzaba solo. Nadie se le podía oponer. Era una entelequia formidable, una fuerza elemental, una potencia desplazándose hacia el futuro por millones de voluntades. ¡Yrigoyen solo!

Pasaba marzo en esos trajines. El 14 se reúne el Comité Nacional en su nuevo local, Avenida de Mayo 1228. La Mesa Directiva, que cesa en su mandato, lee un informe sobre su actuación, donde alude a la cooperación del organismo con el bloque parlamentario, haciendo notar la participación en la sanción de la ley de nacionalización del petróleo. El cuerpo reelige a la Mesa Directiva, que en consecuencia continúa integrada por el doctor Pablo Torello como presidente, José María Martínez, cordobés, y Jorge Raúl Rodríguez, santafecino, vicepresidentes; Francisco L. Albarracín y Silvio Bonardi, secretarios, con don Carlos Borzani como tesorero. Luego se convoca para el 22 a la Convención Nacional para que elija candidato a la presidencia y vicepresidencia de la Nación.

El día señalado se reúne el alto cuerpo en el Teatro de la Ópera, en Corrientes entre Suipacha y Esmeralda, mientras una multitud entusiasta flanquea las calles adyacentes. Una *broadcasting* de la Capital transmite las deliberaciones. Bajo un enorme retrato del caudillo se inicia la reunión, con 175 convencionales presentes sobre un total de 188. El brillante y joven vicepresidente del Comité Nacional, doctor Jorge Raúl Rodríguez, abre la sesión y propone como homenaje al radicalismo de Salta (que había dado en enero el primer signo del triunfo) se elija presidente de la asamblea al delegado de esa provincia, don Alberto Durand. Así se hace, desempeñándose como vicepresidente don Eulogio Torres, de Tucumán, y don

Augusto Boero, de Córdoba; ofician de secretarios, Raúl Arballo, Carlos M. Puebla, Francisco M. Guerrico y Amancio González Zimmerman. Como siempre, la mesa directiva de la Convención Nacional tenía por su composición un sentido territorial amplio, representativo.

El 24 de marzo a la mañana un público expectante rodea el teatro y pugna por entrar. Se decide, sin embargo, postergar la sesión para las 17. La gente no se mueve. A esa hora se reanudan las deliberaciones. Informa Delfor del Valle. La comisión especial enviada al Presidente de la Nación ha concurrido a presentarle los saludos del cuerpo, «en nombre de la solidaridad con su gobierno, surgido de su esfuerzo, y expresar sus anhelos en la hora solemne en que el pueblo argentino va a resolver sus destinos». En el informe, hábil y mesurado, vese la mano maestra de Yrigoyen: los representantes del máximo organismo partidario no han ido a Alvear como enemigos ni como desvalidos de justicia: han concurrido a saludarlo, a recordarle las vinculaciones que lo atan al radicalismo y a hacerle saber los deseos populares de que la elección se realice con tranquilidad. El Presidente —anuncia Del Valle— ha prometido las máximas garantías y ha asegurado que ello será avalado con hechos concretos. Se aprueba el informe. Después se leen comunicaciones de adhesión de numerosos centros de trabajadores y fuerzas vivas.

Y entonces se levanta Leopoldo Bard y pide que Hipólito Yrigoyen sea aclamado candidato a presidente. Fue una explosión. Se canta el Himno Nacional, revolotean banderas y pañuelos durante varios minutos. ¡Yrigoyen! ¡Yrigoyen! No se oye otra cosa. Es inútil votar. No hay, no puede haber otro candidato. ¡Qué diferencia con la triste, tironeada asamblea antipersonalista! ¡Ésta es toda vida, exaltación, plenitud de fuerzas incontenibles...!

Cuando decrece un poco el entusiasmo desbordado de la Convención y el público, el presidente se adelanta al proscenio y anuncia con voz quebrada que el doctor Hipólito Yrigoyen ha quedado consagrado candidato a presidente de la Nación de la Unión Cívica Radical, por aclamación. Nuevas expresiones. Apenas se escucha a Silvano Santander, que pide se designe una comisión que lleve la decisión al caudillo, Mientras los convencionales que nombra la presidencia se retiran a cumplir su cometido, se pasa a votar para la vicepresidencia. El doctor Francisco Beiró obtiene 142 votos, y 25 otros varios candidatos. Ya cerrando la noche llegan las respuestas de los candidatos. Yrigoyen dice: «Ante la eminente y solemne expectativa del pueblo argentino... no puedo menos que inclinarme reverente a tan honrosísima designación».

Se lee la aceptación de Beiró y luego el presidente da por clausuradas las labores de la Convención Nacional. El público llega en bulliciosa manifestación hasta el local del Comité Nacional. Esa noche la ciudad asiste a la certeza del triunfo. Al otro día se conoce la nota que ha pasado Yrigoyen a la Sociedad de Beneficencia donando sus sueldos de presidente en caso de ser elegido, «en favor del infortunio desvalido y de la pobreza sin amparo».

Sólo una semana falta para la elección. Pero ya todo el mundo sabe que nada puede impedir la vuelta de Yrigoyen a la presidencia.



En contraste con la alborozada exaltación que reina en el radicalismo, el Frente Único no disimula su pesimismo. *La Fronda* descarga venenosa ira sobre la personalidad de Yrigoyen: «... su figura repugna a la historia, mancha nuestra cultura y es sólo un tremendo fantasma de incivilización». «El personalismo es la aglomeración de toda la escoria ciudadana, resumidero de políticos fracasados y neófitos, albañal de ambiciones, jauría de famélicos de los más bastardos apetitos...». Habla de supuestas enfermedades del caudillo con un lujo de detalles que rebalsan lo chabacano para tocar lo obscuro. En permanentes a toda página, alude a la fórmula Melo-Gallo como traduciendo «los anhelos de la clase más culta del país», lo que no excluye que hagan patéticos llamados a los obreros, diciendo que si no quieren que se repita la Semana Trágica, no voten a Yrigoyen... Pero todo estaba perdido para ellos.

Por esos días fallece en Buenos Aires don Cayetano Ganghi, empresario de votos y libretas en los buenos tiempos de Roca y Figueroa. Hay hechos que coinciden en el tiempo, como si un secreto designio los ubicara así para configurar símbolos descifrables por todos. Parecería que con Ganghi —el *caudigge positive* como él mismo se designaba—, y con la elección del 1.º de abril de 1928, muriera toda una época.

Así se llega al día de la elección. Días antes, el radicalismo de San Juan resuelve abstenerse, visto las sangrientas presiones del gobierno de Aldo Cantoni. Libre el campo en la tierra huarpe, los bloquistas deciden extender su influencia a La Rioja, y ocupan literalmente la provincia con su policía, sus matones y sus elementos. Por un momento se cree que en La Rioja también se decretará la abstención radical: Yrigoyen, afanoso de que no se vierta sangre, pide a los dirigentes riojanos que no concurran a la elección. Pero el radicalismo de la tierra de Facundo no quiere estar ausente de la jornada histórica, y se niega a abandonar el campo. En Mendoza, bajo el gobierno lencinista, hay docenas de radicales presos: la campaña electoral ha causado muchas muertes y hay exaltación en ambos bandos. Pero tampoco allí se decide la abstención. Nadie quiere perder su esfuerzo.

Y el pueblo argentino vota el 1.º de abril. Ese día, el doctor Pablo Torello, presidente del Comité Nacional, declara a la prensa que calcula el triunfo en todas las provincias, salvo Catamarca y Corrientes y tal vez Mendoza, La Rioja y Jujuy. Algunos creen un poco aventurada la predicción. Pero el pueblo va más allá. Se gana en todos, absolutamente en todos los distritos. A pesar de los Lencinas, a pesar de los Cantoni, a pesar de los comisarios duros y los patrones generosos: a pesar de todos y de todo, el pueblo vota a Yrigoyen en todo el país. Nunca se ha visto semejante resultado en América. Con un gobierno que es, por lo menos, indiferente, un partido opositor triunfa en todos los distritos. Incluso la Capital. Incluso Mendoza. Incluso

Entre Ríos. En todos.

Casi un mes más tarde se conocen los resultados exactos: Yrigoyen, 840 000 votos; Melo-Gallo, 440 000; socialistas, 65 000. Dos años antes se había realizado por ley un nuevo empadronamiento general, por considerar que los registros cívicos vigentes eran anticuados. El escrutinio reflejaba, pues, una expresión de voluntad abrumadoramente auténtica.

Y el 12 de agosto de 1928, 245 electores ratificaban el veredicto popular, contra 74 de otros candidatos.

Se ha criticado a Yrigoyen el haber aceptado su candidatura en 1928 cargando ya 76 años.

Es cierto que su edad era avanzada, pero no lo es menos su magnífico estado físico y mental, así como el infatigable entrenamiento a que estaba sometido desde muchos años antes. No olvidemos que Hindenburg, Massaryk, Orlando y otros estadistas gobernaban a sus pueblos por aquellos tiempos a edades tan provecas o más sin inconvenientes. Además, todo el movimiento de reenquiciamiento radical había sido realizado a base de su figura, su obra y su trayectoria: no era posible llevar como bandera a otro hombre que no fuera él. Ni aunque él mismo hubiera pretendido sustraerse a la exigencia de sus correligionarios habría sido posible encontrar otra personalidad capaz de aglutinar todas las entusiastas voluntades que tras él marchaban. Y era tan poderosa la coalición antirradical, tantos intereses jugaban a su calor, tan tajante era la lucha entre unos y otros, que sólo un candidato como Yrigoyen podía arrostrar esa tremenda conjuración con perspectivas de victoria.

Las cosas habían llegado a un punto tal que Yrigoyen estaba apesado por un inexcusable deber para con su pueblo. No aceptar su candidatura hubiera sido desertar. Y desertar era entregar a los conservadores el esfuerzo de tantos años, las conquistas sociales logradas sobre los prejuicios y los intereses lesionados; era frustrar el empeño de emancipar la economía del país, abolir el gobierno auténticamente popular. Si la presidencia de Yrigoyen podría resultar poco conveniente por su edad, la de Melo hubiera sido desastrosa por lo que representaba y defendía. Por eso, si en 1916 la candidatura del caudillo había sido necesaria, en 1928 era absolutamente imprescindible, insustituible. Por ninguna mente pasó la posibilidad de que Yrigoyen declinara su puesto: la campaña de partidarios y adversarios se hizo desde mucho tiempo atrás sobre la base de la necesidad o inconveniencia de su futura presidencia. Se estaba con Yrigoyen o contra Yrigoyen, porque ello simplificaba los términos, desde que el caudillo era todo un estilo de gobierno bien definido. Hubiera sido inconcebible que Yrigoyen renunciara a asumir el puesto que el destino le deparaba.

Por otra parte, hay que reconocer que el caudillo deseaba ser otra vez presidente. Es posible que en este deseo hubiera un poco de ganas de tomarse la revancha contra quienes lo habían abandonado; demostrarles que podía vencerlos él sólo con su prestigio. O también la sensación mesiánica de ser el único capaz de llevar con felicidad la difícil carga del gobierno. Pero probablemente, lo que predominaba en él era la convicción de que la Reparación sólo podía culminar con un segundo período, en el que los aspectos sociales de su anterior mandato fueran reforzados y ciertos quehaceres que hacían a la autarquía económica del país se llevaran plenamente a cabo. Es de notar que durante el interregno de Alvear la necesidad de defender la ley de jubilaciones 11 289 fue indicada personalmente por el caudillo a los bloques parlamentarios radicales, así como también la posición de la representación radical en materia de nacionalización de petróleo.

Como en tantas otras oportunidades de su vida, el destino había venido hacia él. No aceptar su candidatura hubiera sido una deslealtad, una cobardía, una agachada indigna. Hubiera significado jubilarse de oficio de la faena política, ¡él, que había logrado desde el llano vencer una tremenda conspiración de intereses antipopulares! Por eso, con sus 76 años a cuestas y su gallarda entereza de siempre no rehuyó el clamoroso pronunciamiento partidario. Las cifras del 1.º de abril le dieron la razón.

La elección del 1.º de abril había ratificado la mayoría radical en la Cámara de Diputados, pero no había variado fundamentalmente la situación del Senado, donde ocho radicales luchaban contra diecinueve opositores (nueve conservadores, nueve antipersonalistas y un socialista). El año '28 fue fructífero en leyes importantes, y concluyó con la sanción de la intervención federal a San Juan y Mendoza. Era la segunda vez que la situación de ambas provincias hacía necesaria tal medida.

Se recordará que en San Juan había entrado Federico Cantoni a gobernar en 1923 en la forma que hemos descripto antes. Su gobierno se desenvolvió con las características que hacían presumir las modalidades de sus antecedentes políticos. Algunos aciertos en materia social (hospitales, salario mínimo, pensiones a la vejez, jornada legal de trabajo, etc.) no alcanzaron a arrojar un saldo positivo frente a la ola de violencia y persecuciones que desató contra los radicales, muchos de los cuales debieron abandonar la provincia; a las exacciones a los bodegueros y a los pequeños comerciantes; a las contribuciones obligatorias para el tesoro del bloquismo; a la intervención agresiva en la política de La Rioja y Mendoza mediante sus hombres de acción; a las palizas, las torturas, las arbitrariedades de toda guisa de que se hizo uso. Había un clima de cruda demagogia, y una continua zozobra en la provincia. El nepotismo y la rapacería caracterizaban a la administración bloquista. Cantoni era la versión vernácula de un Mussolini teatral y espectacular que, so pretexto de cumplir con las reivindicaciones exigidas por su pueblo, tornaba ilusorias todas las garantías de una convivencia decorosa. Más de dos años estuvo el bloquismo sometiendo la provincia huarpe a semejante estado de cosas, hasta que el Congreso sancionó en julio de 1925 la intervención, con el voto de todos los sectores menos el antipersonalista.

La intervención trató de pacificar los ánimos, con resultado relativo. En diciembre de 1926 se realizaron las elecciones: entre las fuerzas más reaccionarias de la provincia y el demagógico bloquismo no era difícil escoger. Triunfó el bloquismo con su candidato, Aldo Cantoni, que previamente había renunciado a su banca de senador nacional, siendo reemplazado de inmediato en ella por su hermano Federico. Era un perfecto juego de quita y pon oligárquico que nada tenía que envidiar al de los tiempos del Régimen. Naturalmente, el gobierno del segundo Cantoni no se diferenció en nada del primero: cometió los mismos abusos, suscitó las mismas protestas. Obligó al radicalismo a abstenerse en las elecciones presidenciales de 1928 y casi consiguió hacer lo mismo en La Rioja. Llegó a tanto el desquicio administrativo que en la capital de la provincia sólo actuaba un juez para todos los fueros, y las huelgas de empleados públicos impagos eran moneda corriente. Al fin, el Congreso sancionó nuevamente la intervención contra el voto antipersonalista en setiembre de 1928. El presidente Alvear promulgó la ley en sus últimos días de gobierno, y el presidente Yrigoyen proveyó su titular en la persona de un ex magistrado judicial bonaerense, el doctor Modestino Pizarro.

En Mendoza la intervención que sancionara el Congreso en octubre de 1924 contra el gobierno de Carlos Washington Lencinas duró un año largo. Ella reveló hasta qué grado había sido corrompida la administración intervenida. Los lencinistas contaban, sin embargo, con gran caudal electoral y, en última instancia, con el apoyo del antipersonalismo, que veía en la fuerza mendocina un aporte realmente popular para su lucha contra Yrigoyen. A su vez los radicales se encontraban divididos. Al convocarse a elecciones, los radicales se abstuvieron, concurriendo sólo los

lencinistas y los conservadores. El triunfo fue del doctor Alejandro Orfila, candidato lencinista, que entró a gobernar en febrero de 1926, con idéntico estilo que sus amigos de San Juan. En las elecciones de abril de 1928, sin embargo, triunfaron los radicales, como se ha visto, pese a la dura presión oficialista. En setiembre de 1928 sancionóse la intervención federal a Mendoza por el Congreso, ley que fue promulgada por Alvear sin proveer el cargo —igual que en el caso de San Juan— nombrando Yrigoyen en diciembre interventor a su viejo amigo don Carlos Borzani.

Cantonismo y lencinismo han constituido un fenómeno político de sumo interés. Eran caricaturescas deformaciones del radicalismo, con idéntico anhelo de justicia social, igual contenido popular, similar estilo de lucha, pero careciendo de su decoro, de su respeto por el adversario, de su honradez general en el manejo de la cosa pública, inescrupulosos, rapaces, demagógicos, violentos, chabacanos. Los dos partidos cuyanos y el principismo riojano se vincularon con fuertes lazos de intereses comunes y se ayudaron mutuamente en sus luchas locales; en el Congreso formaron el llamado «bloque izquierdista», que actuó con cruda intención antiyrigoyenista. Hicieron mucho mal al radicalismo, pero más mal hicieron a la democracia argentina, que no conocía hasta entonces este tipo de aberración política consistente en encumbrar algunas efectividades sociales arrasando paralelamente todos los valores éticos y jurídicos creados a través de una larga evolución de nuestra civilización política para garantizar un estado legal y pacífico de coexistencia cívica. Y, sin embargo, de estos movimientos en su relación con el radicalismo habría que decir lo que Sarmiento confesaba de Facundo en uno de sus escritos últimos: «¡Nuestras sangres son afines!...».

Eran afines en su trasfondo popular y cespío, y por eso tal vez merezcan una nostálgica indulgencia, evocados en sus escenarios: en un San Juan bárbaro y recio, en una Mendoza polvorienta, cruzada por un tajamar, infamada de bicicletas alquiladas en plena calle San Martín, con gauchos mamaos que vociferaban el nombre de su caudillo y changos que recitaban aquello de:

«... y en el medio de mi pecho
Carlos Washington Lencinas...!».

Y llegó el día. El ritual 12 de octubre llegó. Delegaciones radicales de las provincias, embajadas especiales de toda América, buques de guerra de las naciones hermanas habían llegado para asistir a la transmisión del mando. Un anhelo expectante cerníase por todo el país. El gran coletazo del Régimen había cesado; las intervenciones cuyanas terminarían de emparejar el panorama. Era distinto que en el año '16; ahora ocho provincias tienen gobiernos radicales, la Cámara de Diputados es abrumadoramente adicta y el ala reaccionaria del partido se había eliminado. Los grandes diarios permanecían contrarios, pero no pocos órganos periodísticos apoyaban a Yrigoyen. Una conciencia social de contenido antiimperialista, renovador, adelantado, arraigaba en el pueblo y era expresada por los jóvenes dirigentes del partido. Era distinto: Yrigoyen surgía plebiscitado por una mayoría sin precedentes. Su gobierno sería histórico. Las pequeñas faltas, los pequeños errores de la primera presidencia serían eludidos; los grandes aciertos, los grandes temas serían profundizados revolucionariamente. La transformación radical anunciada en 1915 tendría lugar ahora. Después de todo, el episodio antipersonalista había servido para deslindar posiciones y afirmar planteos. Sería una gran presidencia. Eso es lo que se creía aquel iluminado 12 de octubre de 1928.

Salió Yrigoyen de su casa con su compañero de fórmula, doctor Martínez^[24]. Una

lluvia de flores saludó su aparición en la puerta de la casa de la calle Brasil. Anticipándose un poco a la hora prefijada llegó al Congreso, al punto de tomar desprevenida a la tropa que allí aguardaba y a las comisiones protocolares de recepción. Una ovación señala su entrada en el recinto legislativo. Serio, sin sonrisas, saludando sobriamente con breves inclinaciones de cabeza, llega al estrado presidencial. Estaban en el anfiteatro todos los diputados y senadores radicales, amén de algunos opositores. El cuerpo diplomático, los jefes militares, los altos funcionarios de la administración y la alta clerecía ponían brillos de pompa consabida al episodio culminante de la empresa popular. En el estrado, Elpidio González, vicepresidente saliente, le alcanza la cartulina con la fórmula constitucional del juramento. Yrigoyen, con gesto hierático, suspenso, como vibrando en la sobrehumana responsabilidad de cargar tantas esperanzas oscuras y tantas exigencias que afloran del trasfondo de la historia, deja la cartilla sobre la mesa y sin leer, mirando al infinito, la mano derecha extendida, rígido el índice admonitorio, marcando las solemnes cláusulas con sendos movimientos, recita con voz apenas audible en el silencio tenso de la asamblea, el texto del juramento:

—Yo, Hipólito Yrigoyen, juro por Dios y estos Santos Evangelios desempeñar con lealtad y patriotismo el cargo de presidente de la Nación, y observar y hacer observar...

(aquí la voz se eleva, se torna metálica y perceptible para todos).

—... fielmente...

(y de nuevo se refugia en ese tono menor tan grato a su espíritu).

—... la Constitución de la Nación Argentina. Si así no lo hiciere, Dios y la Nación me lo demanden.

Una cerrada aclamación rubrica sus palabras. Ya es Presidente.

Al salir, la multitud. Dos motocicletas preceden el cortejo; luego viene una sección de granaderos a caballo. Después el carruaje presidencial con los magistrados entrantes, rodeado de un nutrido pelotón de granaderos, al que sigue otro a corta distancia, cerrado por los coches de los funcionarios y amigos que acuden a la Casa de Gobierno. El trayecto es un delirio. Flores, sombreros en alto, vivas. Yrigoyen ya no está serio. Una leve sonrisa —más en los ojos que en la boca austera— agradece al pueblo su fragorosa bienvenida. Galera en mano, retribuye con amplio ademán los saludos. Al llegar a la Casa Rosada, Alvear lo recibe en el primer piso. Juntos se dirigen al Salón Blanco, atestado de público. Allí el presidente saliente le entrega la banda presidencial y le augura éxito en sus tareas. Yrigoyen le dice en voz baja:

—Tomo posesión de las insignias del mando que el pueblo me ha conferido y agradezco vivamente sus juicios y augurios; y renovando mis fervorosos sentimientos que siempre tuve para usted, hago votos por su infinita felicidad.

Una bandada de palomas pintadas con los colores patrios es soltada en la plaza histórica y durante un buen rato sobrevuelan en el atardecer primaveral sobre el pueblo y su bienamado, como un signo benigno de paz y regocijo. ¡Qué lindo haber

estado allí! ¡Qué saludable renacimiento de patria y de pueblo, aquel esclarecido 12 de octubre de 1928!

5

Entre los muchos mitos enquistados en nuestra historia, uno de común aceptación es el que descuenta el fracaso del segundo gobierno de Yrigoyen. El concepto no es totalmente exacto, y hay en él un resabio de la pertinaz propaganda antirradical de aquellos años.

Durante el lapso del '28 al '30 Yrigoyen tuvo, al frente del gobierno, iniciativas y actitudes plausibles, que reseñaremos brevemente. En materia internacional adoptó posiciones definidamente antiimperialistas que hicieron resaltar su actitud frente a la del gobierno anterior, desteñido y tímido en esta materia. Así planteó Yrigoyen al monitor de los Estados Unidos, Herbert Hoover, las exigencias latinoamericanas por una vida «más ideal, de más sólida confraternidad y más en armonía con los mandatos de la Divina Providencia», sintetizando este nuevo estilo de convivencia con aquella inmortal frase de «los hombres deben ser sagrados para los hombres, y los pueblos para los pueblos». Le arrancó la promesa de rectificar el rumbo intervencionista de la política yanqui, y fue por ello la esperanza de los pueblos americanos, cuya autonomía se veía avasallada por los avances del capitalismo boreal, apoyado en sus pretensiones por la política de Washington.

Tuvo además Yrigoyen un altivo gesto frente a la actitud de Benito Mussolini, que en un momento dado impidió que salieran de Italia un centenar de argentinos hijos de italianos, so pretexto que debían prestar servicio militar en el ejército de la península. Al enterarse Yrigoyen del suceso en forma extraoficial ordenó que los cónsules argentinos en Italia se abstuvieran de despachar ningún buque italiano con destino a Buenos Aires. Cuarenta y ocho horas después de impartirse tal indicación, los ciudadanos argentinos demorados pudieron reembarcarse para su patria sin inconvenientes, y el dictador italiano concedió que los argentinos pudieran viajar a Italia sin necesidad de que sus pasaportes fueran visados.

En lo económico, Yrigoyen cerró por decreto la Caja de Conversión en 1929, impidiendo la especulación con el oro y la disminución de nuestro encaje metálico, que nunca llegó a porcentaje tan alto (es de recordar que el gobierno provisional exportó en 1931 a Londres doscientas toneladas de oro de nuestra Caja de Conversión, todavía legalmente clausurada). Reglamentó la introducción de frutas al país. Reglamentó la Caja Nacional de Jubilaciones Bancarias. Impuso por decreto a la empresa Puerto de Rosario las tarifas que regían en 1911, obligándola a suspender la vigencia de nuevas tarifas que arbitrariamente había elevado. Reglamentó la instalación, funcionamiento y explotación de las estaciones de radiofonía. Autorizó el servicio aeropostal entre Buenos Aires y Montevideo y Buenos Aires y Washington. Reorganizó la distribución de comandos de la Armada Nacional. Creó el Instituto de

la Nutrición, el Instituto del Cáncer y el Instituto del Petróleo. Fundó 1700 escuelas primarias, entre la grito de la oposición. Defendió la riqueza pública impidiendo la enajenación de tierras fiscales, repitiendo en comunicación al gobernador de Santiago del Estero su concepto ya enunciado en 1920 de que los bienes públicos no deben enajenarse, y que la tierra debía ser reservada hasta que llegara el momento de su distribución racional; asimismo hizo investigar la concesión de servicios eléctricos en Córdoba.

Durante su segunda presidencia fueron sancionadas leyes sobre jornada legal de trabajo (basada en el proyecto del Código del Trabajo presentado en 1921); censo ganadero nacional (también basado en proyecto de su primera presidencia); y jubilaciones y pensiones para bancarios, sobre una iniciativa de Leonidas Anastasi. No fueron sancionados por el Congreso, pese a los pedidos del Poder Ejecutivo, proyectos sobre la defensa sanitaria de la República, sobre pavimentación de la Capital Federal, sobre creación del Banco Agrícola y reforma de la ley de arrendamientos rurales. Tampoco fue aprobado por el Senado el tratado D'Abernon-Oyhanarte ni la gran ley de nacionalización del petróleo.

Alentó Yrigoyen un ambicioso plan en materia de obras públicas. Consistía en la inversión de \$ 1000 millones en la construcción de carreteras; \$ 1000 millones en aprovechamiento del agua, particularmente en la región noroeste del país; \$ 1000 millones en construcciones ferroviarias y \$ 1000 millones en fomento y colonización de la Patagonia; se insistía en este último aspecto, y aspiraba el presidente a fundar una ciudad que fuera «faro austral del progreso en el continente sur». El ministerio pertinente inició los estudios a principios de 1929, pero los acontecimientos políticos hicieron quedar en nada el gigantesco proyecto.

La política económica de ventas de nación a nación, inaugurada por Yrigoyen con tanto éxito en su primer gobierno, prosiguió con las negociaciones con Gran Bretaña, México y Rusia, con las características y resultados que hemos sintetizado en su momento.

Pero a pesar de todo esto, es evidente que el segundo gobierno de Yrigoyen adoleció de graves fallas, aunque también que ellas no radicarón tanto en lo que hizo, cuanto en lo que dejó de hacer. Porque fue la suya una administración común, ni mejor ni peor que cualquier otra, tal vez un poco más lenta en la dinámica de sus últimos tiempos, tal vez un poco desorientada en su enfrentamiento con la crisis económica que sacudía por entonces al mundo, tal vez demasiado atenta a una política electoral y demasiado ajena a las soluciones de los problemas económico-sociales más apremiantes. Pero no fue peor que cualquier gobierno anterior, pese a la grito de la oposición, que lo pintaba como una verdadera catástrofe nacional. Sin embargo, este hecho de ser algo común, normal, es a nuestro juicio su pecado. Porque debió ser el segundo gobierno de Yrigoyen un gobierno revolucionario, trasmutador, un gobierno de centella y de rayo. No fue el anunciado Prometeo. En otros, esto hubiera sido aceptable; en Yrigoyen era inconcebible.

Sabía que su gobierno debía acentuar los matices sociales inaugurados durante su primer período. Cuando se podía esperar de la Unión Cívica Radical el cumplimiento de las promesas formuladas expresa o tácitamente en su campaña del '28; cuando de sus diez provincias adictas, de su mayoría abrumadora en Diputados y su cada vez más numerosa representación en el Senado; cuando de los grupos intelectuales actuantes en su seno se aguardaba el planteamiento de los grandes problemas que hacían al bienestar nacional, un silencio plúmbeo campeó sobre el radicalismo. Claro que el bombardeo del gobierno por una campaña ululante de calumnias desafortunadas, con la prensa más soez, la tribuna más agresiva y el obstruccionismo legislativo más enconado dificultaban su labor; pero el radicalismo era dueño por legítima consagración popular de los resortes maestros del país. Si hubiera querido, se hubiera sobrepuesto a tamaña conjura de intereses con una gran movilización popular. Mas no lo hizo. Sólo la nacionalización del petróleo concitó un gran movimiento de opinión. Las otras cuestiones fueron soslayadas.

Varios fueron los factores que incidieron en este desgano, esta inercia. Uno de los principales debe haber sido el método de trabajo del caudillo, que en última instancia cargaba sobre sí toda tarea administrativa, sin abandonarla en alguna medida sobre sus colaboradores inmediatos. Porque si este método pudo ser viable en su primera presidencia, su cansancio mental y la creciente imbricación de problemas lo tornaba ahora impracticable. Su insistencia por parte de Yrigoyen provocaba el retardo de todo el mecanismo administrativo, y eso provocaba una pesadez indisimulable en la solución de cuestiones urgentes.

Sin embargo, no fue tan importante este factor como la falta de contralor atento por parte de la Unión Cívica Radical. Porque la quiebra del ímpetu liberador del gobierno radical se debió fundamentalmente a la quiebra del radicalismo mismo. Era evidente en 1929 un relajamiento, un «aburguesamiento» en el gran partido popular. Tres cualidades caracterizaban esta decadencia: la entronización excesiva y fatigosa de la personalidad de Yrigoyen; la política que Moisés Lebenson llamaría años después «del servicio personal», y una agresividad contra la oposición que antes no se había ejercido jamás.

La primera era un esfuerzo para nuclear alrededor de la figura ya mítica del caudillo una opinión que iba gradualmente enfriándose, pasado el rato heroico y triunfante del '28. El endiosamiento de Yrigoyen ya era de por sí un recurso falaz: si el caudillo significaba grandes cosas argentinas, no era necesario golpear incesantemente la sensibilidad popular con la repetición de su nombre, de sus hechos, de su proyección. Hacerlo daba pábulo a sospechas. Porque si él era ya el caudillo amado de la multitud, ¿a qué exponer su prestigio como mercadería ersatz en sustitución de una felicidad que no acababa de llegar al pueblo? En esos desgraciados años se hizo yrigoyenismo estérilmente: no como resultado de una serie de realizaciones de la que fuera propugnador Yrigoyen, sino precisamente para disimular la falta de esas realizaciones. Yrigoyenismo con política nacional

yrigoyeneana al lado hubiera sido aceptable: pero se trataba de hacer yrigoyenismo solo. Y eso no bastaba. En los últimos meses de su gobierno, por ejemplo, mientras el país vibraba con las malévolas campañas antirradicales, *La Época* publicaba en primera plana, día tras día, documentos del caudillo con treinta años de atraso, juicios laudatorios archiconocidos, telegramas de felicitación innúmeros con cualquier motivo. Parecería que se estuviera tratando de rescatar dramáticamente una imagen que se iba haciendo cada vez más desvaída, más manoseada.

La otra característica que hemos esbozado significaba un intento de captación de la masa, pero no a través de la solución de los males colectivos, sino mediante el compromiso electoral conseguido con la dádiva, el favor o la promesa de hombre a hombre. Esta «política del servicio personal» importaba no solamente un abandono del designio liberador del radicalismo, sino también la aparición de una malla de intereses creados, de compromisos que no se diferenciaban en este aspecto del armazón del Régimen. Los reclutadores de votos estaban allí a sus anchas, y los buenos radicales se perdían en el pequeño juego de la política de toma y daca.

Por último, está esa agresividad de que adoleció el radicalismo en sus postreros años de gobierno. Nunca había sido así. Siempre se caracterizó por su tolerancia, su amplitud, su hidalguía ante el adversario. En esto, el radicalismo era también imagen y semejanza de Yrigoyen, de quien se ha dicho que nunca se le oyó hablar mal de nadie. Pero en estos años, un espíritu enfermizante violento, un dejo compadrón y taita, hizo carne en el radicalismo. Ciertamente que la iniciativa la habían tomado los Lencinas y los Cantoni en Cuyo, y desde allí había sido llevada a todo el país. Pero precisamente por ser el radicalismo un partido de gobierno debió haberse abstenido de imitar a sus adversarios. En los últimos tiempos se organizaron algunos grupos de choque destinados a contrarrestar las manifestaciones opositoras. Ello desprestigió grandemente al radicalismo.

¿Cómo había llegado la Unión Cívica Radical a ese lamentable estado? Hay que recordar que sus hombres estaban desde hacía quince años en el poder, y si bien durante la administración anterior no lo habían gozado plenamente, en cambio detentaron muchos de ellos diversas representaciones públicas que de un modo u otro llevaban a una creciente sensualización. La oposición del interregno 1922-28 no había sido la austera abstención de la primera década del siglo, durante la cual había ido eliminando sus elementos impacientes: había sido ésta una lucha en la que muchos advenedizos palpitaron certeramente el triunfo del yrigoyenismo y habían permanecido en sus filas con patente inmerecida de sacrificados. Además, la experiencia de los años inmediatos había demostrado que los que se apartaron de Yrigoyen caían automáticamente en el antipueblo; y esto provocó un fenómeno de mudez entre los que hubieran podido señalar los males que estaban aquejando al partido. Alzar la voz para acusar las corruptelas existentes hubiera sido una deslealtad. Y nadie quería ser desleal. Todos confiaban en que el Viejo, taumatúrgicamente, habría de liquidar esos errores o que su prestigio superaría los

efectos que estaban provocando en la opinión. Pero el Viejo estaba solo y estaba viejo.

Fue el caso de Raúl Oyhanarte, que denunció la necesidad de adoptar una nueva línea de conducta a mediados de 1930 y fue calificado por ello de traidor; o el de Luis Dellepiane, que fue tildado de loco al denunciar la conjuración que prosperaba en el Ejército.

La consigna parecía ser la adopción de un aire de absoluta satisfacción. Todo lo que pasaba en el país estaba bien, y no podía ser de otro modo: como si todos los radicales se hubieran convertido en otros tantos doctores Pangloss, perfectamente contentos de todo, mientras la realidad los golpeaba con su muda elocuencia.

Una confianza excesiva deformaba al radicalismo. El enorme triunfo de 1928 parecía un «bill» de indemnidad por muchos años. Cualquier cosa podía pasar, cualquier error podía cometerse: pero los 800 000 votos del plebiscito daban margen para muchos más.

Por otra parte, el radicalismo era expresión ajustada de la realidad y la sensibilidad popular. Y era evidente por entonces, un descenso en los valores preponderantes de la vida argentina. Cierta cansancio de debatirse en las minúsculas jornadas municipales de la vida política de entonces había llevado al pueblo a un alejamiento de la actividad cívica. El hombre común ya no vivía la peripecia política con alma y vida, como en los tiempos de Alem, como en los tiempos de las grandes luchas por el poder: ahora se interesaba por el fútbol, por las hazañas de la «maffia» o por la incipiente radiofonía. La política, es decir, la cosa pública, la de todos, estaba siendo delegada a quienes hacían profesión de ella, fuera cual fuera su divisa. Contribuían a este proceso de alejamiento los fascistas criollos, con Leopoldo Lugones a la cabeza, que desprestigiaban sistemáticamente el sistema democrático, achacándole los males del país y propugnando un militarismo aristocratizante con esguinces jacarandosos primorriverianos y tonantes poses musolinescas. La frivolidad, la improvisación, la irresponsabilidad, estaban apareciendo como características predominantes de cierta fauna argentina cada vez más difundida. Una pereza por ocuparse de las grandes cuestiones nacionales lo dominaba. En última instancia, el Viejo se ocuparía...

Empezaba el trajín de nuevo.

Los colaboradores, esta vez, eran personalidades más definidas que los de la primera presidencia. Horacio Oyhanarte, ese talento de una precocidad y un brillo tal vez un poco perjudicial para su equilibrio, desempeñaba la cartera de Relaciones Exteriores. El general Luis Dellepiane, militar, el más prestigioso del Ejército, estaba al frente de la cartera de Guerra. Aparte de estos dos notorios valores, figuraban en el ministerio dos funcionarios laboriosos y capaces, como el fiel Elpidio González en el Interior y José Benjamín Ábalos en Obras Públicas. Figuraban también tres profesionales de actuación destacada en su esfera: Enrique Pérez Colman en Hacienda, Juan de la Campa en Justicia e Instrucción Pública y Juan B. Fleitas en Agricultura. En Marina era titular quien lo fuera también en parte de la primera presidencia, almirante Tomás Zurueta. Salvo los ministros militares, los demás eran abogados, con excepción de Ábalos, que era médico. Como en el anterior gabinete, el equipo era de una feliz heterogeneidad territorial: un rosarino de actuación en Córdoba, un santiagueño de actuación en Rosario, un bonaerense, un correntino, un entrerriano y tres porteños.

Casi desde el primer día comenzaron las entrevistas con delegaciones de distintas fuerzas, cada una con su problema y su pedido: trabajadores marítimos en huelga, comerciantes e industriales rosarinos en conflicto desde mayo con los obreros, representantes de las empresas ferroviarias británicas a las que Yrigoyen indicó la conveniencia de contemplar un mejoramiento en los servicios y una renovación del material, corredores de cereales inquietos ante la crisis mundial, etc. Yrigoyen afrontaba gallardamente su quehacer, ante la expectativa del país.

En diciembre la actividad presidencial fue absorbida por la visita del Presidente electo de los Estados Unidos. Si bien la estada del mandatario yanqui fue corta, menudearon sus entrevistas con Yrigoyen. Contrastando con los efusivos agasajos que prodigaran a Hoover los gobernantes americanos que había visitado hasta entonces, Yrigoyen ordenó festejos sobrios y usó palabras dignas. Durante la conversación mantenida en la Casa de Gobierno al día siguiente de su llegada, Yrigoyen obtuvo del visitante la promesa de rectificar la política intervencionista de sus predecesores; en el brindis de la comida con que el gobierno obsequiara al huésped habló el caudillo de las esperanzas que el mundo tenía puestas en los Estados Unidos como propulsor de una política de fraternidad entre las naciones basada en el respeto por las soberanías ajenas, y en el telegrama que le enviara en contestación al saludo que remitiera Hoover al alejarse del Río de la Plata expresó con levantadas palabras su fe en una nueva concepción de vida surgida de las naciones de América al realizarse en unión y libertad. Más de un año después —en abril de 1930— ratificó el caudillo estos conceptos en la conversación telefónica sostenida con Hoover en la que acuñó aquella oración que terminaba proclamando su certidumbre en una nueva edad basada en el respeto sagrado de los hombres por los hombres y los pueblos por los pueblos. No fueron estas palabras ni las actitudes de Yrigoyen frente a Hoover la expresión de sentimientos de rencor o desconfianza, sino la voz auténtica de Indoamérica pugnando por traducir en el concierto del mundo, sin tutorías ni desvirtuaciones, su fe en un mundo mejor basado en la intangibilidad de las entidades nacionales. Al lado de la obsecuencia de algunos de los dictadores del Pacífico, Yrigoyen salvaba la dignidad americana, su certeza en el futuro, su repudio hacia la penetración prepotente, rescatando los ecos de las grandes voces epónimas para una continuidad decorosa del sueño emancipador de los viejos fundadores.

Fue éste, tal vez, el momento más alto del prestigio del caudillo en el país y en América.

El año 1929 empezó con las intervenciones a Mendoza y San Juan.

Fueron intervenciones duras. Al llegar a San Juan el comisionado debió permanecer en el tren durante varias horas, porque se produjo un nutrido tiroteo frente a la estación: ello dio la pauta del ambiente en que se desenvolvería la intervención. Poco después se allanó la finca de los Cantoni y se detuvo al ex gobernador Aldo Cantoni, acusado de irregularidades administrativas. Uno de sus abogados defensores fue apaleado por desconocidos, y al mismo ex gobernador se lo baleó al ser trasladado al tribunal donde iba a prestar declaración; su hermano Federico fue también detenido por intentar agredir al juez que entendía en la causa de Aldo, y a pesar de su condición de senador electo permaneció casi un mes en la cárcel, siendo puesto en libertad por orden de la

Cámara Federal de Apelaciones de la Capital Federal. Los radicales se cobraban con usura sus padecimientos de tantos años. En Mendoza se detuvo al ex gobernador Alejandro Orfila y a su ministro de Obras Públicas bajo imputaciones vergonzosas. Poco después se detuvo también a Carlos Washington Lencinas y a Rafael Néstor Lencinas, acusándolos de malversaciones contra el Banco de Mendoza. El carácter de senador electo que ostentaba el primero le valió poco después la libertad, decretada, como en el caso anterior, por la Cámara Federal de Apelaciones de la Capital Federal.

En abril se decretó la intervención a los poderes Legislativo y Judicial de la provincia de Santa Fe, donde el vicegobernador había clausurado la Legislatura y en la que existía cierta inquietud como consecuencia de un movimiento de los trabajadores del agro y huelgas bastante violentas acaecidas en Rosario. Poco después se decretó la intervención a Corrientes, por resolución que aludía al ambiente de absoluta intranquilidad existente en la provincia sometida desde 1919 al Partido Autonomista. Esta medida no se hizo efectiva por entonces, sino bastante más tarde.

Empezaba a flotar un ambiente de violencia en el país. Las fuerzas antirradicales estaban decididas a no permitir gobernar a Yrigoyen. Desde antes de constituirse el Congreso, socialistas y antipersonalistas presentaron numerosos proyectos de interpelación al Poder Ejecutivo, que evidenciaban sus propósitos de obstruir sistemáticamente la labor gubernativa. Distinguíanse en su saña antirradical los socialistas independientes, que veían la única posibilidad de éxito para su partidito en convertirse en «punta de lanza» del antipueblo que estuviera menos quemada que el antipersonalismo y fuera menos resistida que el conservadorismo. Varias sesiones fracasaron en Diputados por la falta de quórum, intencionalmente provocada por la mayoría radical ante los planes opositores. Al fin se constituyó la Cámara joven con un mes de retraso. El 24 de mayo se inauguró el período legislativo. Yrigoyen, de acuerdo con su costumbre, remitió el mensaje del Poder Ejecutivo para ser leído ante la Asamblea. Era breve, pero contenía una síntesis de todo lo obrado en los siete meses de gobierno que se llevaban andados: se había resguardado la producción contra los efectos de la crisis agrícola mundial; se habían reanudado numerosas obras públicas; se había dado nuevo impulso a los transportes ferroviarios, proyectando líneas estatales y comprometiendo a las empresas a renovar sus materiales. Anunciaba que oportunamente se sometería al Congreso un plan ordenado sobre diversas materias ya que la brevedad del lapso transcurrido no lo permitía hacer todavía. Entretanto, sugería se prestara atención a los proyectos presentados por el Poder Ejecutivo entre 1916 y 1922, subrayando diversos rubros dignos de consideración, entre ellos la legislación obrera «cuyas realizaciones en el derecho positivo se han atenuado inopinadamente». Y agregaba: «Es menester mejorar la legislación protectora de los que trabajan, creando organismos preventivos de los conflictos que se presentan y llevando a todos los obreros la certidumbre de que la asistencia del Estado acudirá siempre en su socorro cuando las vicisitudes de la vida amenacen la subsistencia de su hogar y el destino de sus hijos».

El período legislativo empezó con un acentuado carácter político. En Diputados la mayoría radical logró superar la ola de interpelaciones maliciosas propuestas por la minoría, imponiendo el tratamiento de la ley orgánica de jubilaciones bancarias. En el Senado, la mayoría opositora se negó a derogar la resolución que desde 1923 atribuía

al cuerpo la facultad de nombrar las comisiones internas con exclusión de la presidencia. Debíanse tratar en la Cámara alta los diplomas cuyanos, y la oposición rodeó al debate de una morbosa expectativa. Carlos Washington Lencinas por Mendoza y Federico Cantoni y Carlos Porto por San Juan debían defender sus títulos. El debate empezó a mediados de junio (1929) y duró largas y plurales sesiones. Federico Cantoni dijo cuanto se le ocurrió sobre Yrigoyen y el radicalismo, repitió las viejas monsergas, agregó otras nuevas y mantuvo el interés del público con su alegato, dicho en un lenguaje inverecundo hasta lo soez.

Casi dos meses tardaron en rechazarse definitivamente los diplomas cuyanos, esterilizando este debate el período legislativo del Senado. El cuerpo postergaba constantemente otras iniciativas de bien público para ofrecer a la oposición el espectáculo de Cantoni y Lencinas despotricando contra Yrigoyen. Terminada esta instancia, el proceso contra el gobierno siguió con un proyecto de interpelación sobre la intervención a Corrientes. La Cámara de Diputados, compeliendo la asistencia de sus miembros por la fuerza pública y oponiéndose tercamente a los numerosos proyectos obstruccionistas de la minoría (proyectos de interpelación en cantidad y hasta una iniciativa de juicio político al presidente), había logrado aprobar la creación del Banco Agrícola, el aumento del Capital del Banco Hipotecario y las modificaciones al régimen de arrendamientos rurales. Pero el Senado se negó en sus últimas sesiones a dar sanción definitiva a estas iniciativas, prefiriendo seguir con los debates políticos, con motivo, ahora, de una interpelación formulada sobre varios nombramientos de funcionarios hechos sin acuerdo previo del Senado. Ante el clamor de la minoría radical para que el cuerpo se abocara al estudio de las fundamentales leyes que aguardaban sanción, un senador conservador llegó a decir: «que se salve el Senado, aunque los intereses materiales de la Nación puedan sufrir algún perjuicio».

Así terminaron las sesiones del Congreso en 1929. En el Senado la mayoría opositora había esterilizado totalmente la labor. En Diputados sólo la férrea voluntad de la mayoría para sacar adelante las iniciativas pudo lograr algún saldo favorable: y esto debió provocar algunas actitudes destempladas por parte del bloque radical, que fueron en su momento acerbamente criticadas. Días después, el Poder Ejecutivo decretó la prórroga de las sesiones legislativas para tratar el presupuesto, prestar acuerdo a funcionarios que lo requerían por ley, aprobar las leyes de cédulas hipotecarias, obras públicas y vialidad, y dar sanción definitiva a las de nacionalización del petróleo, Banco Agrícola, arrendamientos, bonos de pavimentación y jubilación de bancarios.

Pero no era tiempo de legislar. La oposición había condenado a muerte al gobierno de Yrigoyen. Se estaba creando un ambiente insostenible, traducido en las desaforadas críticas de la prensa y los legisladores minoritarios, y en la creación artificiosa de agrupaciones como la «Liga Republicana», la «Unión Cívica Universitaria», el comité antipersonalista «Acción» y otras entidades cuyo no

disimulado objeto era perturbar sistemáticamente el orden. El primer aniversario del gobierno de Yrigoyen fue saludado con detonantes manifiestos por el Partido Socialista, el antipersonalismo, el Partido Nacionalista y otros grupos menores. Al clausurar el xx Congreso del Partido Socialista, el doctor Nicolás Repetto había aludido veladamente a probables alteraciones del orden; y aunque en su discurso recomendó a sus compañeros el respeto por la ley, su partido no hacía nada para que la ley fuera respetada. En una oportunidad, a mediados de octubre, la policía había negado permiso para que un grupo civil realizara un acto en pleno centro de la ciudad (diagonal Sáenz Peña y Florida). La denegación —cuya legitimidad fue confirmada más tarde por la Corte Suprema— fue el pretexto para una serie de actos de protesta. En Plaza Once uno de estos actos fue hostilizado por algunos radicales, hartos de oír hablar pestes de Yrigoyen, y en la refriega resultaron dos muertos. Se empezó desde entonces a atribuir a un cierto «clan radical» la responsabilidad de los incidentes que ocurrieron en estas y otras parecidas circunstancias.

El gobierno toleraba todo esto y respetaba absolutamente todos los derechos. ¿Qué se le imputaba? Simplemente, el personalismo de Yrigoyen; el desquicio administrativo, que ciertamente no se advertía por entonces; la falta de respeto por la Justicia, poder que nunca fue más digno que entonces; las intervenciones políticas a las provincias, y sobre todo los sucesos de Mendoza y San Juan, donde, a estar a las acusaciones opositoras, se vivía en un verdadero estado de terror. De todas estas acusaciones se hacía una tremenda y permanente cuestión, se la magnificaba, se la repetía incesantemente y por todos los medios, se la exhibía diariamente y cuando la policía denegaba un permiso de los quince o veinte que se acordaban diariamente para otros tantos actos públicos (sin contar con los artículos periodísticos y los discursos por radiofonía), entonces se acusaba a Yrigoyen de dictador, los prohombres se rasgaban las vestiduras y se organizaba un mitin monstruo para vociferar contra la tiranía...

Algún director invisible iba ordenando el desorden. Alguien estaba sincronizando científicamente esos ruidos discordes, alguien estaba moviendo los hilos con una técnica diabólica. Como una marea iba creciendo la grito contra el gobierno. Incesantemente, implacablemente se calumniaba a uno u otro funcionario. Se hacía a Yrigoyen un ambiente hostil.

Una circunstancia desgraciada aportó a mediados de noviembre nuevos bríos a los opositores. Unos pegadores de carteles de la Unión Cívica Universitaria habían sido detenidos unas horas por fijar propaganda mural sin autorización: la entidad organiza el consabido mitin de protesta. Cuando terminaba el acto se difunde entre la concurrencia una luctuosa noticia: había sido asesinado en Mendoza el doctor Carlos Washington Lencinas. Una manifestación gritó por la ciudad su protesta por la muerte del «gauchito». Podían estar contentos los dirigentes del antipueblo: ahora había un hecho concreto sobre el cual batir el parche.

El caudillo cuyano había ido a su provincia para presentarse detenido ante el juez que le seguía proceso por irregularidades administrativas. Previamente había notificado al ministro del Interior su convicción de que al llegar a Mendoza la intervención federal organizaría actos de violencia contra sus partidarios. El interventor, sin embargo, estaba por entonces en Buenos Aires, y el ministro González ordenó al comisionado interino de Mendoza que no se detuviera a Lencinas. Cuando arribó a Mendoza, el «gauchito» fue recibido por sus partidarios en la estación. Se hizo una manifestación que llegó hasta un club donde se realizaría un acto. Mientras usaba de la palabra un dirigente lencinista, un hombre del público disparó sobre el balcón donde se hallaban los organizadores, logrando matar a Carlos Washington Lencinas. El heridor, afiliado radical, fue, a su vez, muerto de inmediato por los que rodeaban al ex gobernador.

La noticia causó estupor en todo el país. Hacía tiempo que no se manifestaba tal encono en la lucha política. El asesinato de Lencinas era un síntoma de la atmósfera de la República. Y aunque la responsabilidad moral de este clima correspondía a la oposición, y en forma directa a los opositores cuyanos, el hecho en sí había sido perpetrado por un yrigoyenista. Lo fue por motivos de rencor personal, según averiguó la justicia después. Pero... era yrigoyenista, y esto, en boca de la oposición, hacía remontar la culpabilidad de la muerte desde el oscuro paisano mendocino hasta el propio Presidente de la Nación. Y hasta qué punto pareció en su momento ser un hecho político el asesinato de Lencinas lo demuestra la circunstancia de que dos dirigentes yrigoyenistas mendocinos, jugándose el todo por el todo y con un sentido de solidaridad que no sabemos si calificar de heroico o de bárbaro, asistieron ostensiblemente al entierro del asesino, un día después de haber despedido Mendoza en imponente sepelio los restos del «gauchito».

A Yrigoyen afectó grandemente el hecho. ¡Ese Cuyo revoltoso y sangriento! Primero Jones, ahora Lencinas, a cada rato muertes, atropellos, fieros males... El día del suceso era domingo: estaba Yrigoyen en la Casa de Gobierno trabajando, como usualmente lo hacía en tales días. Después de enterarse de la noticia permaneció en su despacho hasta la madrugada requiriendo detalles. Días después envió al ministro de Justicia a Mendoza para investigar en su nombre los sucesos, sin perjuicio de la investigación judicial que se estaba llevando a cabo.

Por supuesto que el asesinato de Lencinas fue explotado convenientemente por la oposición. Al entierro concurren delegados bloquistas y de otras agrupaciones; y en Buenos Aires se realizó un gran acto organizado por la Liga Republicana y el Comité Acción. El Senado aprobó una insolente interpelación al ministro del Interior que el vicepresidente, en su carácter de titular nato del cuerpo, se negó a transmitir. Esto, y la polémica del asunto mendocino, provocó nuevos manifiestos, nuevos actos, nuevos ataques. Había una enorme vitalidad en la oposición: el Partido Socialista trataba de recobrar su fuerza, muerto ya Juan B. Justo y debilitado por la escisión de Di Tomasso. Éste trataba de elevar las acciones de su partido con una campaña demoledora contra el gobierno.

Los antipersonalistas anunciaban una amplia reorganización que dirigiría el ex presidente Alvear, ausente en Europa desde diciembre de 1928. El gobierno daba la sensación de estar desoladoramente acosado por la artificial inquietud que acrecía día a día.

Sin embargo, la inquietud no llegaba al pueblo, que permanecía inquebrantablemente fiel al radicalismo. En diciembre se realizaron elecciones de gobernador en Buenos Aires, y la Unión Cívica Radical triunfó holgadamente por 175 000 votos contra 128 000, consagrando gobernador a Nereo Crovetto. Pero los veredictos populares no interesaban a los titiriteros de la gran farsa: había que crear un ambiente, provocar un malestar, mover los hilos del guiñol...

Estaba por terminar el año y la esterilidad parlamentaria, especialmente, la senatorial, había sido desoladora: ni siquiera se había aprobado el presupuesto para 1930. La proximidad de las elecciones de diputados nacionales de marzo, movilizaba a los sectores opositores, que realizaban actos diariamente. El Partido Socialista Independiente anunció como punto concreto de su plataforma electoral el juicio político contra Yrigoyen y sus ministros. Por San Juan y Mendoza andaba la Comisión de Negocios Constitucionales del Senado, espigando cuanta denuncia pudiera haber contra las intervenciones. La oposición necesitaba que el ambiente permaneciera agitado y en inquietud, para que siguiera evolucionando el proceso que iba tramándose. Cualquier cosa servía. A mediados de diciembre, un conflicto en la Facultad de Derecho motivó la ocupación de la casa por los estudiantes y una huelga general de dos días decretada por la Federación Universitaria de Buenos Aires. La cosa terminó pacíficamente, con la posesión del local por Ricardo Rojas, pero los opositores trataron de sacar partido de la algarada estudiantil visitando a los muchachos acantonados, haciendo interpelaciones y pretendiendo darle al asunto una trascendencia política que no tenía. Otro motivo de alharaca fue la clausura de la Caja de Conversión, decretada con buen criterio por el presidente: ante esta medida, los socialistas de ambas fracciones organizaron sendos actos para criticarla y vapulear aguerridamente al gobierno.

Terminaba el año. Había sido recio y trabajado. Lo peor era el ambiente violento que estaba entronizándose en el país. Los opositores estaban embarcados en una guerra a muerte. «Mientras en el sillón de Rivadavia se siente el asesino de Lencinas, el grito de “ciudadanos a las urnas” debe ser sustituido por el de “muchachos, a los cantones”»... clamaba cierto político conservador en un agasajo al director de *La Fronda*. Los radicales, a su vez, por propia defensa, estaban resbalando hacia una actitud semejante: el tratado comercial de crédito recíproco con Gran Bretaña y la ley sobre bonos de pavimentación de la Capital Federal habían sido impuestos tempestuosamente en Diputados por la mayoría, impidiendo en reiteradas votaciones otros debates que pretendía abrir la oposición. Eran tantas las maniobras que pugnaban por colar los opositores que hasta las iniciativas buenas que propugnaban eran sistemáticamente rechazadas por los radicales...

Pero un año de características tan violentas no podía terminar sin algún hecho que cerrara dignamente la escuela de desafueros acaecidos durante su transcurso. Y el hecho vino en forma de atentado contra Yrigoyen. Ocurrió la víspera de Navidad. Eran como las 11.30 y el Presidente se dirigía a la Casa de Gobierno. Viajaba en

automóvil con su médico, y lo seguía otro vehículo con agentes de investigaciones y una motocicleta. A una cuadra de su casa, por la calle Brasil, un hombre que estaba en el zaguán de un hotel irrumpe bruscamente a la vereda y descerraja cinco tiros contra el coche del Presidente. Los pesquisas disparan nerviosamente sobre el agresor y lo acribillan. Mientras tanto, Yrigoyen, cuyo vehículo ha sufrido el impacto de todos los tiros, ordena detenerse y desciende como a media cuadra del lugar del atentado, tratando de dirigirse allí: pero el público rápidamente congregado y los agentes de investigaciones se lo impiden, por lo que debe ascender de nuevo al vehículo. Después se encaminó a la comisaría seccional y con una aflicción que no trató de disimular, contempló el cadáver de su agresor. Era, al parecer, un italiano algo desequilibrado, buen padre de familia, con lejanos antecedentes ácratas.

La noticia cundió prontamente por la ciudad. A primera hora de la tarde volvió Yrigoyen a la Casa de Gobierno. Allí recibió el saludo de sus amigos y correligionarios, del cuerpo diplomático y diversas personalidades. También el pueblo acudió. Frente al palacio se agolparon manifestaciones improvisadas que reclamaban su presencia a grandes voces. Yrigoyen salió un momento al balcón y saludó pausadamente. Pasó así la tarde, en la abrumadora retahíla de saludos verbosos y congratulaciones no siempre sinceras. A la noche volvió a su casa. Era Nochebuena, noche de paz y de amor para todos. Y en la soledad de su retiro, el anciano cuyo corazón grande no había abrigado nunca odio para nadie pensaba en el hogar del pobre gringo medio loco que estaba pasando noche tan triste. Pensaba que él había sido causa involuntaria de esa muerte. Por causa de él, cuya misión había sido brindar paz, felicidad, dignidad a los suyos, se mataba gente, se derramaba sangre viviendo su nombre... ¡Qué vueltas tiene la vida! Después de haber sido el hombre que evitara el odio entre los argentinos con su gobierno generoso y comprensivo, ahora en su nombre se mataba y se moría... ¡Triste año '29! ¡Sangriento año '29! Empezaban los signos rojos que empastelarían omnísimamente el camino del caudillo hasta su caída. ¡Triste Nochebuena del anciano cansado y acosado!

6

Así, bajo el signo de estos sangrientos presagios empezó el año '30; el fatídico y definitivo año '30 de la quiebra democrática argentina. Por ningún lado se divisaban perspectivas alentadoras. El mundo estaba en plena crisis económica. Habían quebrado 450 bancos en Estados Unidos durante el pasado año, y 2500 lo harían en el curso del que empezaba. Las naciones aislaban sus economías para salvarse del desastre. Voces agoreras anunciaban el fin de la era capitalista. Ejércitos de desocupados formaban sus silenciosos, macilentos cuadros en todos los países. Una

sensación de estar padeciendo una extraña plaga, incomprensible e inevitable, invadía a los pueblos. Como consecuencia de la falta de trabajo, de la quiebra de tantas fortunas, de la inestabilidad económica, la criminalidad y el índice de delitos subían alarmantemente en todas partes. En nuestro país, el año '30 fue el del asunto de la Migdal y de los golpes más audaces de la banda de Di Giovanni.

A mediados de enero Yrigoyen envió al Senado una comunicación protestando por su inoperancia y suplicando se dignara aprobar seis iniciativas que sólo esperaban su sanción para convertirse definitivamente en ley. Figuraba en primer término la nacionalización del petróleo, aprobada en Diputados por la mayoría radical en 1928, tras una larga pugna, incluida por el Poder Ejecutivo en los asuntos a tratar en las sesiones de prórroga de 1929 y recomendada su aprobación por dos mensajes. El Senado tampoco hizo nada en esta oportunidad.

Las elecciones de marzo eran realmente decisivas. Y todos lo sabían. Si el radicalismo triunfaba con amplitud, había que resignarse a dejar de lado la vía electoral y tratar otros caminos más rápidos y seguros para derribarlo: mas si se llegaba a lograr sólo un caudal discreto o si le acaecía una derrota, entonces no habría poder que pudiera contener su derrumbe. De todos modos, el radicalismo estaba condenado por fuerzas oscuras e imponderables. El modo de derribarlo sería distinto según como anduvieran las elecciones de marzo, pero que el radicalismo debía caer, era ya una consigna férrea para las potestades de la iniquidad.

La Capital Federal, sobre todo, era el distrito donde la oposición tenía mejores perspectivas, porque el antagonismo del radicalismo no era el repudiado conservadorismo ni el desprestigiado antipersonalismo, sino una fuerza joven, con recursos de propaganda novedosos, capaz de aglutinar los esfuerzos de la opinión contraria al gobierno: el Partido Socialista Independiente. Varias entidades civiles — tales la Liga Republicana, la Unión Cívica Universitaria, los «Centros de Cultura Lautaro» — anunciaron su adhesión a los candidatos socialistas independientes, y los antipersonalistas les dejaron el campo libre, anunciando su abstención. El diario *Crítica*, estridente e inescrupuloso, les prestó todo el apoyo de sus gigantescas ediciones: un caricaturista presentaba al vespertino como una incubadora de donde salían los nuevos «pollitos» del socialismo independiente.

El radicalismo metropolitano, en cambio, confiado siempre en el ancho margen de los comicios triunfales de 1928, no se preocupó de las oscuras posibilidades con que amenazaba la elección de marzo. Una multitud de dirigentes parroquiales se disputaban las bancas a renovarse con tal saña que a poco andar quedó evidenciado que la única solución interna fincaba en la reelección de los diputados del distrito, puesto que nadie quería ceder sus pretensiones en beneficio de los demás. Esta vía, que se llamó por entonces «del pacto forzoso», no era ciertamente la más indicada para congregar voluntades en la opinión independiente. Así lo entendió Yrigoyen, que, ante la posibilidad de que los legisladores de la Capital fueran reelegidos *en masse*, hizo transmitir a los convencionales metropolitanos la opinión de que si se

decidía reelegir a algún diputado, ello debía ser en virtud de sus méritos personales y no como norma general.

Ya por entonces el radicalismo de la Capital padecía la influencia de una poderosa red de intereses que más tarde sería conocida con el expresivo nombre de «la trenza». Y fue ésta tan potente que pese a la sugestión del caudillo todos los diputados fueron elegidos candidatos para las elecciones de marzo, en medio de la frialdad del electorado independiente y de la indignación de muchos correligionarios, que la exteriorizaron ruidosamente en la puerta del local donde deliberó la Convención de la Capital, al grito de «Nuevos sí, viejos no». Este desacierto selló la suerte de las elecciones de la Capital y fue, indirectamente, una de las causas que más influyó dentro del complejo de factores que determinó el desprestigio de la Unión Cívica Radical a través del año '30.

Mientras tanto, la campaña electoral en el resto del país se desenvolvía con violencia. Los opositores agotaban la gama de la diatriba, y el oficialismo reaccionaba no siempre con serenidad. Desde mediados de febrero los incidentes tornáronse casi diarios en todo el país. En la localidad bonaerense de Lincoln se produjo un tiroteo entre conservadores y radicales, del que resultan dos muertos y tres heridos. Días después en Toledo y más tarde en Olmos (Córdoba) se producen sendos tiroteos entre los demócratas y la policía. En Godoy Cruz (Mendoza) hay otro incidente de cuyas resultas es detenido el doctor José Hipólito Lencinas. En la Capital Federal un comité radical es tiroteado por tres automóviles no identificados.

Pero donde ocurren los mayores desafueros es en San Juan. Allí los Cantoni habían iniciado un estilo electoral que la intervención federal estaba imitando. Sin llegar a los extremos que se denunciaron por entonces, cabe decir que en este distrito el clima preelectoral era anormal. Los secuestros de libretas, las presiones de toda laya, las intromisiones de funcionarios, empleados y policías de la intervención en el proceso precomicial fueron frecuentes allí y aumentados desmesuradamente por la prensa opositora. Todos los días ocurrían sucesos sangrientos, y ellos culminaron con el alevoso asesinato del abogado bloquista Manuel Ignacio Castellanos, perpetrado en su propia casa en pleno día. El Poder Ejecutivo Nacional ordenó a la intervención federal que investigara exhaustivamente el asunto, y que previniera por todos los medios su repetición: «no existe cultura efectiva ni real civilización política en parte alguna en que se derrame una sola gota de sangre», expresaba la comunicación del ministro del Interior. Aldo Cantoni, candidato a diputado nacional, estaba preso desde hacía casi un año, y su compañero de fórmula, ingeniero Carlos Porto, lo estuvo por esos días en dos oportunidades.

Por otra parte, el radicalismo estaba dividido en casi todos los distritos.

En Córdoba se habían producido graves actos de indisciplina que perturbaron el esfuerzo cívico del partido. En Santiago del Estero, el doctor Santiago Corvalán y el ingeniero Santiago Maradona, gobernador de la provincia, encabezaban sendas fracciones que la gestión del doctor Julio C. Borda, enviado por el Comité Nacional, no pudo avenir. En Santa Fe, el doctor Ricardo Caballero llevaba a cabo un movimiento de oposición contra la lista oficial del partido, y sus partidarios proclamaban candidaturas propias, enjuiciando en documentos públicos la situación provincial y la conducta de Yrigoyen, vinculando su posición actual al movimiento santafecino disidente de 1916. En Catamarca gobernador y vicegobernador alentaban dos tendencias que auspiciaban candidaturas antagónicas. En San Juan mismo, donde la rudeza de la lucha parecía obligar a la unión partidaria, ésta sólo pudo efectivizarse cuando se convino por gestión de un enviado del Comité Nacional que las

candidaturas a diputados nacionales serían equitativamente otorgadas a los adversarios de la lucha interna, doctor José Rafael Guerrero e ingeniero Justo Pastor Zavalla.

Pocas veces se había atribuido tanta importancia a una elección legislativa. Realmente la tenía, porque ella expresaría hasta qué punto era cierta la afirmación opositora de que la opinión pública había ya abandonado a Yrigoyen. Se centraba en la Capital Federal la actividad de los partidos. El radicalismo estaba haciendo la campaña mejor planeada de su historial. Por primera vez se exponían concertadamente las aspiraciones doctrinarias del partido. La entidad «Tribuna Radical» difundía en conferencias la obra de gobierno de Yrigoyen y los problemas económico-sociales del país. Se pasaban películas cinematográficas sobre el ferrocarril de Huaytiquina y la obra de Yacimientos Petrolíferos Fiscales; por diversas *broadcastings*, y patrocinadas por el Comité Universitario Radical, se irradiaban diversas conferencias sobre la nacionalización del petróleo; se hicieron una serie de actos con el lema «La verdad sobre San Juan»; los afiches que se fijaban mostraban a un paisano con la clásica boina blanca, cerrando las puertas de la Caja de Conversión a unas negras garras ávidas o atalayando las torres de petróleo de la Patagonia, ambos con la leyenda «Defienda la riqueza nacional». Se realizaban diariamente decenas de actos radicales en todos los barrios, con éxito de público bastante aceptable.

Así se llegó a la elección. Los socialistas independientes clausuraron su campaña con el desfile de una ruidosa caravana de automóviles que paseó por toda la ciudad (por cierto, obstaculizada por buen número de tachuelas yrigoyenistas sembradas diabólicamente a su paso) y los radicales cerraron la suya en un día que los augures hubieran considerado nefasto, ya que hubo de suspenderse la proclamación por una torrencial lluvia. El domingo 2 de marzo se realizaron los comicios. Yrigoyen estuvo todo el día en la Casa de Gobierno y se notó en sus alrededores un gran despliegue de tropa armada.

En las provincias, si bien el escrutinio acusó en general una disminución de los votos radicales en relación con los comicios de 1928, no ofreció mayores novedades. Pero en la Capital Federal fue asombroso. Después de diversas y excitantes alternativas a medida que se escrutaban las distintas circunscripciones y variaban las posiciones de los candidatos, los socialistas independientes obtuvieron el triunfo por más de 100 000 votos, seguidos por los socialistas con 84 000 y en tercer término por los radicales, con 83 000. ¡El partido que dos años antes congregara 127 000 voluntades en la Capital! En total, la Unión Cívica Radical había logrado 655 000 votos en todo el país, contra 695 000 de la oposición. El resultado general, pues, no había sido tan malo para el radicalismo, considerando que sólo había 40 000 votos de diferencia contra cinco partidos juntos: pero esta realidad había sido superada por la bomba de la Capital.

El pueblo porteño, sismógrafo político del país, había querido dar un toque de atención al gobierno. No creía en todas las mentiras de *Crítica*, pero pensaba que cuando el río suena, agua lleva; no le importaba Di Tomasso como figura política,

pero le cargaba que los radicales no renovaran sus representaciones; seguía siendo íntimamente yrigoyenista, pero la vida estaba difícil, había desocupación, la «maffia» hacía de las suyas... y todo eso eran cuentas contra el gobierno. ¡Vamos a ver qué pasa ahora!, habían querido decir los porteños con su voto absurdo. Esto no lo comprendieron o hicieron como que no lo comprendían los dirigentes radicales. ¿A qué tanto escándalo si nos han votado todavía 83 000 honrados ciudadanos?, decía *La Época*, número tras número. Eso era insensibilizarse. Se hacía mérito de los resultados en otros distritos y de la amplia mayoría refirmada en Diputados. Pero esto tampoco podía engañar a nadie. La Capital Federal daba —y da— la pauta del pensamiento de todo el país. No se podía afirmar lealmente que los resultados de los comicios de marzo tuvieran la rutinaria dimensión de una peripecia electoral cualquiera. Sin embargo, nada se hizo para examinar a fondo las causas del desastre, y remediarlas. Un mes después de las elecciones se reunió el Comité Nacional y se habló de reorganización partidaria en la Capital Federal y aun se la decretó para Santa Fe. Pero no se llegó a más. No se comprendía, al parecer, la necesidad urgente de dar un sacudón vivificador a la enorme masa de intereses que trababa al partido en la Capital Federal y, en menor grado, en el resto del país.

Esto, en el radicalismo. En la oposición, el triunfo de la Capital y la ventaja descontada en el interior significaban, a juicio de todos, la liquidación del yrigoyenismo. En sólo dos años la abrumadora mayoría se había reducido sensiblemente. El mito había sido vulnerado. Hacía falta ahora una campaña tenaz y desprejuiciada para terminar con el odiado «Peludo», Carlos Sánchez Viamonte decía por entonces, en su desgraciado libro *El último caudillo*: «La caída de la “causa», la desaparición de su último caudillo, del último caudillo, será el broche de nuestra política. Estamos en los umbrales de la edad adulta. Entraremos en ella cuando menos se piense”.

Los directores ocultos ordenaban el aumento del tono y la intensidad de la campaña opositora. Oposición en todo momento y en todos lados: cuando llegara el momento se haría lo decisivo. Qué era exactamente esto decisivo, pocos lo sabían. Pero entretanto se fraguaba una aproximación entre los partidos conservadores, el antipersonalismo y los socialistas independientes, esos nuevos ricos de la política criolla.

La temperatura política continuaba caldeada. San Juan y Mendoza debían elegir gobernador a principios de setiembre, y la campaña electoral, aún sin haber designado los partidos, seguía con un ritmo bárbaro por ambas partes. Los radicales estaban decididos a ganar a toda costa, y las detenciones de lencinistas y bloquistas, con el consabido secuestro de libretas y accesorios, eran cosa de todos los días. Cierto que las intervenciones compensaban esta reciedumbre política con una actividad de saneamiento de la administración y de reenquiciamiento económico de las saqueadas provincias. Pero los senadores que debían surgir indirectamente de las elecciones cuyanas significaban la mayoría yrigoyenista en la Cámara alta de la Nación; es decir

que en última instancia de los comicios de setiembre dependía el que el gobierno siguiera gobernando o quedara definitivamente trabado por la obstrucción senatorial: de allí el interés y la dureza de la campaña que se llevaba a cabo en las provincias intervenidas.

Los resultados de las elecciones de gobernador realizadas en esos días en Entre Ríos, en las que triunfan los antipersonalistas 48 000 votos contra 44 000 radicales, vitalizan aun más a la oposición.

¿Y en el gobierno? En el gobierno no parecía repercutir el incremento de la actividad opositora. Yrigoyen seguía trabajando intensamente, aunque cada vez más aislado del público. Había pasado la Semana Santa en Mar del Plata. Un violento conflicto entre las empresas particulares de ferrocarriles y el personal había sido solucionado mediante su intervención personal. Pero después del atentado, la policía lo protegía exageradamente. Y siempre es la motocicleta de la custodia, o el pesquisa apostado en el lugar estratégico, o el blindaje del vehículo oficial, el primer síntoma del alejamiento de un caudillo y su pueblo. Algo de eso empezaba a suceder con Yrigoyen, rodeado cada vez más férreamente de un grupo que lo aislaba de la realidad, ponía entre él y su pueblo un muro infranqueable, filtraba las noticias, tergiversaba los hechos, presionaba su ánimo con la incesante repetición de aquello que les convenía y seleccionaba sus visitantes con vistas a mantenerlo en aislamiento. Todavía no se manifestaba este fenómeno en toda su magnitud, pero ya era fácilmente perceptible para todos y enormemente exagerado por la oposición.

Para agravar más semejante estado de cosas, algunos dirigentes radicales de provincias obstaculizaban la labor del gobierno con impertinentes requerimientos.

Así, varios políticos entrerrianos importunaron a Yrigoyen con un pedido de intervención que fue contestado negativamente por el caudillo, poco antes de las elecciones de renovación gubernativa. Una delegación cordobesa trató de volcar el ánimo del presidente contra el gobernador de la provincia, doctor José A. Ceballos, sin resultado. Otros correligionarios caían en la psicosis que estaba creando con admirable astucia la oposición: Lauro Lagos publicaba una carta refutando conceptos despectivos que habría sostenido Yrigoyen en una entrevista con respecto a la juventud argentina, o Raúl Oyhanarte denunciaba públicamente que existía un plan para asesinarlo con motivo de las palabras que pronunciara en la Cámara de Diputados instando a sus compañeros de bloque a «reconciliarse en la legalidad» mediante el aplazamiento del rechazo del diploma del diputado electo Videla Dorna. Lógicamente, palabras como éstas constituían graves contrariedades para el gobierno y eran largamente aprovechadas por la oposición.

Las sesiones del Congreso se anunciaban bastante más tempestuosas que las de 1929. Se preveía que la discusión de los diplomas aparejaría debates políticos que la oposición, ciertamente, no habría de rehuir. Los diplomas de tres diputados, sobre todo, se anunciaban como tema de grandes discusiones: los de Videla Dorna, Rafael Lencinas y Porto. Al primero, los radicales lo impugnaban por estar bajo proceso por sedición desde 1926, por un incidente sangriento ocurrido en la localidad de Monte (Buenos Aires); al segundo, por encontrarse procesado por irregularidades administrativas en Mendoza, y al tercero por hallarse implicado en el asesinato de Jones en 1921. Consideraban los diputados mayoritarios que en esas condiciones los

diplomas en cuestión no podían ser aprobados.

En efecto, así fue. Todo el mes de julio pasó en la discusión de los diplomas de Videla Dorna y de Lencinas, que finalmente fueron rechazados. Fueron debates violentos, estériles, plagados de imputaciones personales y de odios. No hicieron más que desprestigiar a la institución parlamentaria y demorar la constitución de la Cámara joven. Ambos sectores tuvieron la culpa: pero fue evidente el propósito obstruccionista de la minoría al alargar interminablemente la discusión.

Todo esto, el creciente malestar económico (en lo que iba del año la exportación había disminuido en 200 millones de pesos respecto al pasado) y el incesante esfuerzo de la oposición, escudriñadora de cualquier pretexto para saltar contra el gobierno, estaban creando una atmósfera de inquietud semejante a la de octubre de 1929. A principios de agosto el radicalismo es derrotado nuevamente —y van tres— en la elección de gobernador de San Luis.

Contemporáneamente, los legisladores pertenecientes a la Unión Provincial de Salta, Partido Liberal de Tucumán, Partido Demócrata de Córdoba, Partido Liberal de San Luis, Partido Conservador de Buenos Aires, Partido Autonomista de Corrientes y Partido Socialista Independiente de la Capital Federal, firman un manifiesto donde tras hacer una serie de cargos al gobierno, anuncian la coordinación de la acción opositora dentro y fuera del Parlamento. Diez días más tarde los legisladores antipersonalistas también suscriben una publicación donde exhortan a sus correligionarios a «grabar para siempre y en un futuro inmediato, la más severa página de su historia, en cimentación definitiva de la verdad democrática burdamente conculcada». Los actos continuaban ahora en protesta por la inactividad del Congreso y para pedir la separación de dos funcionarios policiales a quienes la justicia había responsabilizado en principio por los acontecimientos de Plaza Once de octubre de 1929.

Todo estaba en tensión. Lo sospechoso y significativo era el armonioso «*crescendo*», la perfecta sincronización con que iba tornándose más y más violento, más y más seguro de sí mismo, creando y quemando sus propias etapas. Primero las elecciones de marzo, magnificadas en su resultado hasta hacerlas aparecer como un definitivo repudio del pueblo hacia Yrigoyen; después, la inactividad orgánica del Congreso, provocada por los mismos opositores en parte, mas denunciada por ellos como vicio oficialista; más tarde la coalición de las dos fuerzas opositoras más potentes, y su coordinación, tácita o expresa, con las restantes, para agitar la opinión hasta crear un clima de inquietud insostenible por medio de la repetición de las inexactitudes de siempre, de las calumnias de siempre y la agitación de asuntos (como la supuesta intervención de Entre Ríos) que no existían en la realidad. Todo esto, con el apoyo de los diarios más difundidos del país y la complicidad de la situación económica, que empeoraba todos los problemas e irritaba todos los ánimos. Ahora, en la magnífica sinfonía que esa orquesta estaba ejecutando, sólo restaba el «allegro» de las manifestaciones estudiantiles para culminar todo con el final castrense de rigor. El director podía estar contento de sus músicos. Todo estaba saliendo a pedir de boca.

Pues lo que da la pauta de lo artificial y ficticio de la inquietud reinante es el hecho de que no se llevaban a cabo por parte del gobierno iniciativas que hicieran reaccionar a la opinión en un sentido o en otro. Lo más que se podía decir contra

Yrigoyen era que no hacía nada: ni cosa buena ni cosa mala. Esta inacción no puede provocar espontáneamente una reacción tan organizada, tan perfectamente coordinada y con un desenvolvimiento tan meditado. Ese reloj —como diría Voltaire— tenía que tener su relojero.

Y aun esta acusación de inactividad contra el gobierno de Yrigoyen no era totalmente cierta. En el mes de agosto, en vísperas del pronunciamiento, aparecieron decretos que evidenciaban una actividad administrativa no muy densa, pero innegable: decretos concediendo personería jurídica o autorización a decenas de sociedades anónimas y civiles, negándoselas a otras o permitiendo modificaciones en sus estatutos; decretos efectuando pases y ascensos en las Fuerzas Armadas; decretos llenando vacantes en la justicia (y tan aceptados que hasta los diarios más recalcitrantes debieron reconocer su ecuanimidad y los nombramientos fueron confirmados más tarde por la dictadura subsiguiente); decretos autorizando gastos para obras públicas en distintas provincias. Aunque estas resoluciones no eran fundamentales, ellas significaban que la rutina administrativa del gobierno continuaba en alguna medida.

Tampoco tenía asidero la versión que atribuía la lentitud de la administración a una supuesta declinación mental de Yrigoyen.

Tal hecho se tenía por cierto en los círculos opositores. Pero Yrigoyen hizo acto de presencia en diversos actos públicos y de protocolo como el Te Déum del 25 de mayo y el 9 de julio, y el de celebración de la Reconquista, el desfile y banquete de estas efemérides, las misas en celebración del aniversario de Bélgica y en sufragio de los accidentados al caer un tranvía en el Riachuelo. Un reblandecido no concurre a actos rituales en los que se requiere cierta conducta formal para presidirlos y se es blanco de la atención de todos. Mucho menos un hombre en estado de decadencia cerebral puede recibir delegaciones o visitantes; e Yrigoyen, aparte de sus colaboradores inmediatos, recibió hasta sus últimos días en el poder a diputaciones de distintas fuerzas interesadas en diversos problemas de todo orden. Se ha alegado para fundar la hipótesis de la supuesta chochera de Yrigoyen el hecho de que al incendiarse los depósitos «Las Catalinas» hubiera acudido al lugar del siniestro sin cuello y vestido con desaliño; o que en los ascensos militares por él decretados figuraban ciudadanos que ya no prestaban servicio activo o militares fallecidos; o su obstinación en mantener sus propios puntos de vista con prescindencia de los juicios de los demás. Pero nada de esto alcanza a probar la decadencia mental de un hombre que en abril de ese año dijera en su conversación telefónica con Hoover cosas tan bellas y tan profundas... No hubo en ningún momento síntomas de decadencia en Yrigoyen; se lo han confirmado a quien esto escribe algunos de sus ex ministros. Lo que sí hubo fue un aumento de sus defectos, de sus manías, de sus fobias, una mayor lentitud en su trabajo, un gran cansancio, una ofuscación para ver problemas, una visión algo unilateral de la realidad, defectos todos propios de la gente que llega a esa edad; y sobre todo, una gran disminución en su instinto sagaz para pulsar el sentir popular y para otear las soluciones más acertadas.

Todo esto era relativamente previsible dados sus años, y hubiera podido ser obviado sin mayor inconveniente si sus colaboradores hubieran asumido progresivamente las funciones que Yrigoyen no podía físicamente realizar. Con esto la dinámica administrativa no hubiera sufrido, y la inquietud en la opinión no hubiera tenido razón de ser, permaneciendo intocada la figura del caudillo. Ya hemos dicho por qué no ocurrió tal cosa y hasta qué punto no fueron culpables los ministros, inhibidos de arrogarse mayores atribuciones ante la imponente subyugante del presidente.

También se habló de que Yrigoyen estaba sufriendo una especie de secuestro. Como casi todas las cosas del segundo gobierno de Yrigoyen, ella tiene un fondo de verdad, pero ha sido magnificada grandemente. Es cierto que el caudillo estaba rodeado de una corte de amigos y colaboradores, racioneros y beneficiarios,

aduladores y sicofantes. Había entre ellos gente buena y también gente despreciable. Eso pasa con todos los gobernantes. También es cierto que ese círculo trataba de aislar un poco a Yrigoyen de la realidad, quizás para mantenerlo en estado de beatitud con respecto a los errores que se estaban haciendo a su alrededor, pero también para evitarle las diatribas, las insolencias y las amenazas que eran entonces moneda corriente en la oposición.

Es cabal que algunos visitantes y hasta ciertos ministros tenían dificultades en llegar hasta él, guarnecido como estaba su despacho por una corte esotérica, celosa y atenta. Pero llamar a este estado de cosas «secuestro» es mucho decir. Quizás a la edad de Yrigoyen y en el estado hipersensible en que se encontraba —sobre todo en sus últimos tiempos— hubiera sido difícil hacer las cosas de otro modo. Someterle a una actividad de puertas abiertas y audiencia franca hubiera sido inhumano. Su trabajo debía seleccionarse, pero lo malo es que ese trabajo que él dejaba de hacer, tampoco lo hacía nadie.

Sí: hubo algo de cierto en las acusaciones que mostraban a Yrigoyen como inactivo, maniático y ajeno a la realidad. Pero los hechos fueron deformados para hacer de estas circunstancias una novela. Lo más importante es esto: que las cosas tal como fueron, y aun las cosas tal como se dijo que fueron, no autorizaban jamás a dar la solución que se dio: es decir, quebrando la Constitución. No la autorizaban ni podrán jamás justificarla.



Así se fue entrando en la segunda mitad de agosto. El día 20, el bloque legislativo opositor realizó el primer acto de su anunciada campaña: hablaron Di Tomasso, José Aguirre Cámara, Raúl Uranga, Héctor González Iramain. Terminó con una manifestación que llegó hasta Plaza de Mayo y aun pretendió forzar la puerta de la Casa de Gobierno. Los diarios comentaban indignados al día siguiente cómo la policía, sable en mano, había impedido la irrupción... Al otro día la Unión Cívica Universitaria hace un mitin improvisado frente a la Facultad de Medicina, y en pleno centro se realiza un acto organizado por la Comisión pro Defensa de la Autonomía de Entre Ríos, de filiación antipersonalista. El 22 otra asamblea de los 44 diputados opositores. La Sociedad Rural, la Unión Industrial, la Bolsa de Cereales y la Confederación del Comercio, la Industria y la Producción presentan un memorial al presidente quejándose de la situación económica del país y solicitando su urgente reparación (llama la atención que la mayoría de los firmantes del manifiesto aparezcan días después como revolucionarios). La Cámara joven, a todo esto, seguía sin constituirse, tratando el diploma del ingeniero Porto.

Dos organizaciones, una oficialista y otra opositora, empiezan a actuar ahora. La Legión de Mayo, un conjunto de niños «bien», muy posesionados de su papel de

revolucionarios, se constituye el día 23 y publica el obligado manifiesto que empezaba con estas palabras, estas viejas palabras: «Ciudadanos: la Patria está en peligro»... Por su parte, algunos hombres de acción de las parroquias radicales, ante la virulencia de los actos opositores, creen conveniente contrarrestarlos con manifestaciones que dieran la sensación del apoyo popular a Yrigoyen. Para eso y en forma casi improvisada, el día 21 a la tarde se congregó en Plaza Once un buen número de elementos de comités, trasladados en automóviles y camiones —algunos pertenecientes a entidades públicas— que a toque de clarín recorrieron el centro de la ciudad y desfilaron frente a la casa de la calle Brasil.

Había tensión en Buenos Aires. El país estaba pendiente de lo que sucedía en la Capital Federal. Hasta San Juan y Mendoza, a dos semanas de las elecciones, habían apaciguado sus luchas para atender los acontecimientos metropolitanos. El 27 de agosto la inquietud llegó hasta la Casa de Gobierno, donde se notaron activas conferencias entre los ministros y el Presidente, y entre éste y los generales Marcilese y Álvarez, jefes del 1.º y 2.º comando militar. La casa de Yrigoyen, inusitadamente vigilada por la policía, permaneció recibiendo visitantes hasta altas horas de la noche. La tropa estaba acuartelada en Campo de Mayo y en los alojamientos de la ciudad. Los comisarios de policía habían recibido orden de permanecer en las seccionales. Parecía que iba a ocurrir un cambio de orientación en las esferas gubernativas en cuanto a la energía con que se debía mantener el orden. Los diarios empiezan a publicar a toda página estas noticias, junto con las versiones más absurdas y contradictorias. *Crítica* desplaza de la primera plana al boxeador Justo Suárez, «el torito de Mataderos», y su meteórica campaña en Estados Unidos para publicar noticias políticas. En declaraciones a un diario uruguayo, el senador Diego Luis Molinari se refiere al incremento de las actividades opositoras, expresando: «... en el fondo de todo esto veo una cuestión petrolera, especialmente de la Standard Oil. Por la política del gobierno del doctor Yrigoyen, las compañías de petróleo pierden de ganar al año más de trescientos millones de pesos y es natural que desplieguen gran actividad para combatirlo. Porque es de tenerse en cuenta que todos los firmantes del manifiesto opositor son abogados de las compañías de petróleo».

Al otro día, Yrigoyen fue a la Casa de Gobierno muy custodiado y canceló todas las audiencias conferenciando con altos jefes del ejército. Trascendió que habían sido llamados tres buques al puerto y que en los ministerios militares reinaba gran actividad. En Diputados, Nicolás Repetto pronuncia un brillante discurso enjuiciando al gobierno y responsabilizándole por lo que pudiera ocurrir. A la tarde se produce la detención de varios jefes y oficiales, que son conducidos al Regimiento N.º 1, en Palermo, donde quedan alojados unas horas y luego son puestos en libertad. Seguía el acuartelamiento. Algunos militares de alta graduación son vigilados sin disimulo por la policía.

El día 29 Buenos Aires amaneció empapelada con unos carteles que rezaban en su título: «Advertencia perentoria: La Renuncia Presidencial o la Guerra Necesaria», y

terminaban diciendo: «Renuncie, señor; sea honrado como Rivadavia, que resignó el mando cuando le faltó, como a usted, la confianza de la República». Firmaba el exabrupto el doctor Manuel Carlés. Por la noche hubo otra gran manifestación radical. Casi a las 22 horas se puso en marcha la columna desde Plaza Once, circulando en camiones y automóviles por Rivadavia y Avenida de Mayo hasta Florida, por donde siguieron hasta tomar Corrientes y volver a desconcentrarse en Plaza del Congreso. La manifestación era impresionante: exhibía antorchas y ululaba acompasadamente el nombre del caudillo. Frente al Círculo de Armas se produjo un tiroteo, y otro frente a un teatro. Momentos antes de comenzar la concentración tres automóviles no identificados habían tiroteado un comité radical de la sección 12a. hiriendo a varios ciudadanos que se preparaban para dirigirse al lugar de reunión.

Había ya un clima bélico en la ciudad. El sábado 30 puso una pausa en la agitación. Yrigoyen no concurrió a la Casa de Gobierno. Se rumoreaba que Dellepiane había renunciado. Al otro día ocurrió un estúpido suceso que tuvo un efecto decisivo sobre el prestigio del gobierno: el doctor Juan B. Fleitas, ministro de Agricultura de la Nación, fue víctima de una silbatina perfectamente planeada en la exposición de la Sociedad Rural. Contrariamente a su costumbre en días domingo, Yrigoyen no concurrió a la Casa de Gobierno, siendo visitado en su domicilio por los ministros González y Oyhanarte: probablemente, ya estaba con los síntomas precursores de la gripe. Con el ministro del Interior se entrevistaron en su despacho los generales Álvarez y Marcilese y los ministros Dellepiane y De la Campa. Los rumores insistían en la dimisión de Dellepiane, por no haber manifestado el presidente conformidad con las citadas medidas preventivas tomadas el día 28; y otras versiones aseguraban que el general Agustín P. Justo había conferenciado con González, transmitiéndole la inquietud con que el Ejército vería los últimos movimientos.

Así empezó la última semana del gobierno constitucional.

El lunes 1.º de setiembre se empezó a notar cierta agitación entre los legisladores radicales, que mantuvieron frecuentes reuniones durante ese día. *La Nación* comentaba que se estaría próximo a plantear ante Yrigoyen un orden de medidas a tomar cambiando la línea política general, y agregaba que «... en este plan de rectificación de rumbos, tendría un papel muy importante el vicepresidente de la República, a quien, por lo demás, se lo haría portador del anhelo común ante el señor Yrigoyen».

Ese día aparece un manifiesto de una «Juventud Universitaria», reclamando una «explicación oficial» de lo que califica «extrañas y alarmantes actividades bélicas» del gobierno; termina diciendo que «si el desquicio administrativo, la bancarrota moral y económica no acaba pronto, la Juventud Universitaria saldrá a la calle a restablecer la vida institucional». El presidente, se anunció, estaba enfermo de cierto cuidado, pero recibe durante el día a todos los ministros. El del Interior trabaja intensamente recibiendo en su despacho a gran cantidad de militares. La situación parecía normalizarse lentamente. Pero a la noche, un rumor no confirmado provoca intensa alarma. Al parecer, una ronda de rutina efectuada por el Regimiento 8 de

Caballería con asiento en Liniers fue magnificada por algunos timoratos, y el rumor se extendió a altas horas de la noche por la ciudad. De inmediato se tomaron algunas medidas urgentes: se desembarcaron fuerzas de marinería, se intensificaron las guardias del Departamento de Policía y los ministros militares recorrieron cuarteles y barcos, mientras González permanecía en su despacho toda la noche y concurría de madrugada a la Jefatura de Policía.

Estos incidentes, minuciosamente descriptos por los diarios, agravaban la psicosis revolucionaria que dominaba a todos. La Casa Rosada parecía una fortaleza. Los teatros estaban desiertos. El martes 2, al mediodía, se anuncia la dimisión del general Dellepiane. Es sensacional. Alude a los «pocos leales y muchos intereses» que ha notado alrededor del presidente, y previene sobre aquellos que «gozando de su confianza, hacen que Vuestra Excelencia, de cuyos ideales y propósitos yo tengo la mejor opinión, sea presentado al juicio de sus conciudadanos en forma despectiva». Finalmente expresa que su deseo hubiera sido «proceder a salvar otra vez al país y al Ejército del caos que lo amenaza» y que su divergencia con el presidente en el modo de encarar este problema, determina su renuncia.

La Razón, diario generalmente apacible en su posición, expresa en editorial: «Nadie ignora que la revolución, si no está como idea en todas las cabezas, está como tema en todos los labios». *Crítica* encabeza su primera página con este título a seis columnas: «La situación del país es una bomba que no tardará en estallar». Por la noche, ciertos barrios de la ciudad son empapelados con unos panfletos que piden «ley marcial para los enemigos del gobierno, sin previa formación de causa», deportación a Ushuaia de los principales opositores, «clausura de los diarios venales y falaces» y de los grandes clubes, y desafuero a los diputados opositores que conspiran contra Yrigoyen. Terminaba el volante con vivas a la ley marcial, a la restauración radical y a Yrigoyen. Y al pie del texto aparecían los nombres de conocidos dirigentes yrigoyenistas. Tan burda era la maniobra que traslucía el panfleto, tan absurdo era suponer que era legítimo, que muchos diarios opositores ni siquiera se ocuparon de él. Pero *Crítica*, en cuyos talleres probablemente se había impreso, lo transcribió, lo comentó con indignado lenguaje y lo repudió con toda la indignación de su sentido republicano herido. ¿Imaginarían los autores del fraguado volante que la revolución que ellos estaban tramando impondría realmente la ley marcial, deportaría a Ushuaia, clausuraría diarios y desaforaría en masa a los diputados? Pero estaba tan caldeado el clima político, que hubo muchos a quienes la maniobra convenció, persuadiéndolos de que el supuesto «Clan Radical» o cualquier otra organización de ese tipo presionaba al gobierno para que se erigiera en dictadura...

*

Sería un error suponer que la conspiración cuya actividad culminó el 6 de setiembre tuvo una rápida gestación. La conspiración tenía años de preparación: siete u ocho, por lo menos. Ya en 1924, cuando se evidenció el divorcio entre Yrigoyen y Alvear, muchos políticos pensaron que si el presidente fallecía eventualmente o no podía ejercer el mando por cualquier razón, el ejercicio del poder por parte del vicepresidente González significaría el retorno del temido yrigoyenismo. Se habló por entonces de la existencia en el Ejército de logias juramentadas para impedir que tal cosa ocurriera, habiéndose decidido integrar en esa eventualidad una junta militar presidida por el general José Félix Uriburu. Por entonces estaban de moda los pronunciamientos castrenses como soluciones políticas. El rumor cobró permanencia durante casi toda la presidencia de Alvear, y el temperamento del presunto dictador, el cargo que ejercía y la actividad que desarrolló en orden a la colocación de camaradas adictos en los puestos clave de la institución tornaron la versión muy presumible.

Que algo había en ese sentido, lo prueba además el hecho de que a mediados de 1927 se intentara prestigiar a ciertos jefes con un benévolo ambiente civil. A tal fin, fueron un conato conducente las clases de intercambio militar-universitario que se proyectó realizar en la Facultad de Derecho, con el auspicio de su decano, el doctor Ramón S. Castillo; pero ello quedó frustrado a la primera salida con una memorable silbatina que tributaron los estudiantes al mayor Enrique Rottjer en la conferencia inaugural. El episodio provocó numerosos comentarios y un sonado incidente entre el ministro de Guerra Justo y el rector de la Universidad, Ricardo Rojas.

Más tarde, a dos meses escasos de la elección presidencial de 1928, se afirmó que el ministro de Guerra estaba a punto de dar un golpe de Estado, vista la negativa de Alvear a intervenir Buenos Aires. Tanto se hizo pública la especie que a mediados de febrero el general Justo publicó una carta en *La Nación* donde se hacía eco de ella, negando terminantemente su veracidad y condenando la posición de quienes creían conveniente la intromisión del Ejército en la política. La carta, sin embargo, no excluía la posibilidad de que el pronunciamiento pudiera realizarse en circunstancias realmente graves, siendo entonces necesario a su criterio «posponer todas las consideraciones, ante los sagrados intereses del país»; y paralelamente calificaba la futura presidencia de Yrigoyen como una desgracia nacional.

Los generales Justo y Uriburu estaban filiados como cabezas visibles de la conspiración antiyrigoyenista. ¿Quiénes eran? Uriburu pertenecía a una arraigada oligarquía provinciana; había sido revolucionario del Parque y, más tarde, edecán del presidente Quintana, con quien reprimió la revolución de 1905. No se caracterizaba por su agudeza de criterio; en su momento se demostró que había plagiado prolijamente un discurso de bienvenida que pronunció ante la camada de subtenientes de 1913. Fue ascendido a general de división por Yrigoyen, postergándose en su provecho al general Tomás Valée, viejo revolucionario y profesional de gran capacidad; y fue nombrado por Alvear inspector general del Ejército (cargo que llegó a considerarse superior al de ministro de Guerra) relegándose al general Luis Dellepiane, a quien correspondía el puesto por antigüedad. Largo de palabras, pequeño de estatura, Uriburu era confesadamente conservador, habiendo sido en 1914 diputado por ese partido. Su colega de complot, en cambio, era un profesional oscuro, capaz e idóneo en su ramo, sinuoso y escurridizo, con una innata habilidad para la intriga. Su ingreso al ministerio fue sugerido a Alvear por Le Breton, y ya hemos

visto cómo Justo apoyó a éste y a Gallo en todas sus posiciones antiyrigoyenistas. Era un espíritu mucho menos militar que Uriburu, dotado de una cultura relativamente amplia y enriquecido por estudios civiles de ingeniería.

Uriburu en la inspección general, Justo en el Ministerio, ambos trabajaron en inteligencia aunque sin mutuo afecto a través de la administración de Alvear. Su conspiración iba directamente enderezada contra Yrigoyen, cuyo estilo popular de gobierno, cuyas iniciativas sociales y económicas, cuyo círculo adicto, odiaban. Por eso, aunque Yrigoyen hubiera hecho el mejor de los gobiernos, la conspiración hubiera continuado inexorablemente hasta triunfar; y esto era perfectamente notado en ciertos círculos. El relevo de Uriburu en su cargo, en 1929 y más tarde su retiro absoluto por edad, entorpecieron en parte los trabajos, mas no los interrumpieron. Ya estaban demasiado adelantados para frenarse, y el ambiente político se estaba caldeando favorablemente.

A principios de 1929 dos coroneles comprometidos fueron a visitar a Justo para proponerle un pronunciamiento inmediato:

—No. Todavía es muy pronto —dijo sensatamente el ex ministro de Alvear—. El triunfo de Yrigoyen ha sido tan abrumador que sería un error hacer la revolución ahora. Hay que esperar.

En mayo de 1929 las labores se generalizaron dentro del Ejército. En 1930 se unificaron las labores que llevaban separadamente Uriburu y Justo, aquél tendiendo a un movimiento estrictamente militar y éste preconizando una conjunción con elementos civiles. La policía no ignoraba todo esto, y el ministro Dellepiane, con su conocimiento del ambiente militar, redoblabla su vigilancia.

A fines de agosto, ante las constantes informaciones de Elpidio González sobre la marcha de la conspiración, Yrigoyen ordena a su ministro que cite a los generales Uriburu, Justo y Arroyo y les manifieste que «a pesar de que el gobierno sabía que estaban complotando, por el prestigio del país y de las fuerzas armadas no descendería a ordenar la detención de militares, pues no quería que la república se convirtiera en una republiqueta donde permanentemente estuviera en jaque el orden constitucional». Cumpliendo esas instrucciones, el ministro González citó al general Justo por intermedio del diputado nacional teniente coronel Andrés Noble en el domicilio de su secretario privado señor Elvio Anchieri. Allí impuso al conspirador de su mensaje. El general Justo le manifestó que él no estaba en el movimiento, pero reconocía que los momentos eran difíciles y existía inquietud en el Ejército.

Por fin, el ministro Dellepiane llega a saber que entre el 30 y el 31 de agosto debía estallar el movimiento. Días antes, entonces, procede al arresto de algunos jefes. Pero entonces los generales Marcilese y Álvarez, jefes del 1ero. y 2do. Comando del Ejército y comprometidos en la conspiración también, acuden al Presidente para quejarse de tales medidas, asegurando que no se tramaba nada y que toda la inquietud castrense se debía a la injustificada vigilancia, arrestos y traslados producidos. Yrigoyen entonces, fiado en las palabras de ambos comandantes, ordena por su cuenta que cesen esas medidas. Todavía queda el ministro de Guerra dos días más al frente de su cartera para no abandonar al Presidente en el momento más culminante. Luego renuncia. Con Dellepiane se iba la última posibilidad de reprimir enérgicamente la conjuración. Desde ese momento, los revoltosos estaban con las manos libres para actuar.

Pero es que algo peor que la conspiración en sí estaba ocurriendo. Porque dentro

del gobierno mismo había un núcleo que especulaba con la eventual revolución. Lo formaban, principalmente, el vicepresidente Martínez, el ministro De la Campa y, al parecer, el ministro González. Del primero, era notorio su alejamiento del presidente desde hacía tiempo, como eran notorias las esperanzas que algunos opositores y algunos radicales desvinculados del gobierno depositaban en su persona como solución para lo que dábese en llamar el «desquicio administrativo». El segundo exhibía a quien lo quisiera ver un libro de Psiquiatría y Medicina Legal que decía consultar con el propósito de encuadrar el «caso clínico» que a su juicio era Yrigoyen. En cuanto a González, sistemáticamente intrigaba contra el ministro de Guerra, indisponiéndole con Yrigoyen y repitiendo que estaba loco, que tenía delirio de persecución y que estaba anarquizando el ejército con sus investigaciones y sus medidas disciplinarias. Los tres personajes hacían rancho aparte en el gabinete y evidentemente estaban en una política muy particular. Un día el diputado Gilberto Zavala encuentra a Martínez y González hablando enfática y reservadamente. Los saluda y notando que la conversación se había suspendido intenta retirarse.

—Quédese —le dice González—. Con usted no tenemos secretos...

Y a una indicación suya, Martínez confidencia al recién llegado:

—Le estaba contando al ministro que el general Uriburu me ha ofrecido ponerme de presidente...

Zavala calla.

—Se imaginará usted cuál habrá sido mi respuesta —continúa.

—Me la figuro —contesta ambiguamente el diputado puntano.

Ahí quedaron las cosas. Pero ¿era concebible que un vicepresidente recibiera semejante mensaje y no lo pusiera inmediatamente en conocimiento de su compañero de fórmula? Más tarde, el general Dellepiane llama por tres veces al mismo legislador y le pide ansiosamente que transmita al presidente la certeza de la conspiración.

—Yo no puedo verlo a Yrigoyen —le confiesa—. Todas las medidas que tomó el ministro González me las hace anular. ¡Dígale al presidente que tiene traidores a su lado! Yo tengo todos los hilos de la conspiración en la mano, pero no puedo hacer nada. Varias veces hubiera debido renunciar, pero yo sé que el día que me vaya, al otro día estallará la revolución. Yo estoy dispuesto a aguantar todo para no abandonar a Yrigoyen. El Ejército está con él, pero si se deja que la conspiración avance, todo está perdido.

Pero Yrigoyen era impermeable a las insinuaciones que se le hacían sobre supuestos complotes. Un oficial de Granaderos que intentó decirle que en la propia Casa de Gobierno se conspiraba, mereció como respuesta una sonrisa.

—Usted no entiende de esto, amiguito —le dice el presidente.

Lo cierto es que un círculo de hierro impedía que los leales se acercaran al caudillo. Mientras tanto, Uriburu hacía creer a Martínez que la revolución sólo trataba de alejar a Yrigoyen del gobierno para dejarlo al vicepresidente en la primera magistratura. Se dice que el gestor del entendimiento entre ambos fue un hermano de

Martínez, y que llegó a labrarse un acta entre el jefe de la conspiración y el vicepresidente en la que aquél se comprometía a alzarse en armas contra el Presidente para obligarle a delegar el mando, y éste, a su vez, aseguraba la pasividad del gobierno frente a la revolución.

Si la traición de Martínez es —aunque resulte duro decirlo— un hecho casi indubitable, cuesta más admitir una actitud desleal en Elpidio González. Su probada adhesión a Yrigoyen, el desinterés con que siempre procedió, harán siempre vacilar el veredicto de quien pretenda juzgar su actuación en esa coyuntura. Sin embargo, aunque sea doloroso por tratarse de un personaje tan adentrado en la veneración popular, hay que decir que el examen objetivo de los hechos autoriza a presumir que, consciente o inconscientemente, Elpidio González hizo el juego a la revolución antes y durante el estallido. De cualquier modo, el estoicismo con que soportaría años después su adversidad y su insobornable conducta civil serían penitencia suficiente como para pagar su culpa, si realmente la tuvo. No nos sentimos con jerarquía para dictar sentencia de esta laya; decimos las cosas y lo que ellas nos sugieren.

El caso es que el gobierno, que externamente había presentado hasta entonces un frente unido, se quebraba ahora en la juntura más peligrosa. El día 3 aparece el decreto aceptando la renuncia del general Dellepiane. Elpidio González quedaría interinamente encargado de la cartera de Guerra, anunciándose que sus instrucciones son normalizar la situación del Ejército derogando las órdenes sobre acuartelamientos, prohibición de francos, etc., y poniendo en libertad a los arrestados. ¡Así se quería normalizar un ejército donde se conspiraba abiertamente! Para marcar más aún la diferencia de criterio con su predecesor, González ordena la disponibilidad de los oficiales que habían acompañado al ministro renunciante en sus tareas. A la tarde, el intendente de la Capital, doctor José Luis Cantilo, conversa largamente con Yrigoyen pintándole la realidad de la situación, la inquietud provocada en el ambiente por la actividad opositora, el malestar del Ejército, la relajación de las filas partidarias. Pero Yrigoyen se manifiesta optimista e incrédulo:

—¡Usted me trae el barro de la calle! —llega a decir a su viejo amigo.

Ese mismo día 3, estando el coronel Francisco Bosch y el doctor José Bianco en la casa de don Carlos Delcassé, les dicen de fuente cierta que la revolución va a estallar y que sólo se evitaría con la renuncia de Yrigoyen: ellos van a verlo a González y le avisan la noticia; a Yrigoyen no pueden verlo. En la Universidad ocurren algunos disturbios. Era lo que faltaba para completar el cuadro. Alfredo L. Palacios alienta a los estudiantes en su propósito, si bien les previene sobre los peligros de una dictadura militar. La muchachada va en manifestación hasta la Plaza del Congreso, y allí un alumno cita a todos para otra concentración al día siguiente. Nadie los molesta. A última hora aparece el decreto del Poder Ejecutivo por el que convoca a la Asamblea Legislativa para escuchar el mensaje presidencial el día 11, pues la Cámara de Diputados había terminado sus sesiones preparatorias y se había constituido reglamentariamente. También se anuncia que el Poder Ejecutivo prorrogaría las sesiones del Congreso todo el tiempo que fuera necesario para tratar las leyes que esperan sanción.

El jueves 4 de setiembre la atmósfera está presta a acoger cualquier cosa. En San

Juan, unos autos arrojan volantes anunciando la revolución.

El gran jurista Alfredo Colmo publica un artículo en *La Nación* que es un sereno llamado a la reflexión. Admite los cargos que se hacen contra el gobierno, aunque reconoce que «la mala situación del país no es obra del gobierno» y que «la dictadura de que se pretende hablar es una cabal superchería. No hay país donde se goce de mayores libertades. El derecho de reunión es una positiva realidad. La palabra en ciertos periódicos llega a la misma procacidad. Y las invectivas de los oradores políticos de la oposición en el Parlamento y fuera de él, no conocen límites». Pide tranquilidad y advierte sobre los peligros de ir a la revolución. «La revolución nos arrojaría varias décadas atrás», expresa. Pero las sensatas y patrióticas palabras del doctor Colmo eran ya inútiles: el gobierno estaba sentenciado.

En esta jornada es el ministro De la Campa el personaje de más importancia: a primera hora de la tarde conferencia con González y Oyhanarte y luego visita a Yrigoyen en su casa. Allí está el vicepresidente Martínez, con quien también había conversado antes. De la Campa habla con Yrigoyen: le expone extensamente lo que está ocurriendo y le dice que es necesario que delegue el mando, ante la precipitación de los sucesos. Yrigoyen lo escucha en silencio, sin palabras, sin preguntas, y pide que lo dejen reflexionar hasta el lunes 8. El vicepresidente va después a ver a González. Mientras se estaba en estos cabildeos, los directores de la conspiración han entrado en contacto con la Federación Universitaria de Buenos Aires y con algunos profesores de prestigio, comprometiendo a unos y otros a cooperar con la inminente asonada. Como resultas de estas conversaciones, la agitación universitaria crece también. A media tarde una manifestación estudiantil parte de la Facultad de Medicina y llega hasta Plaza de Mayo al grito de ¡Dictadura, no! y ¡Que renuncie! Al pasar frente a *Crítica* son saludados por numerosos políticos allí reunidos; al desfilar frente a *La Época* silban largamente. La policía intenta disolverlos; los muchachos logran filtrarse hasta la histórica plaza y en algún momento se produce un tiroteo donde caen varios heridos y mueren un agente de seguridad y un manifestante. Los estudiantes se reorganizan pasado el primer momento de pánico y se agrupan frente a la Casa de Gobierno, que está con las puertas cerradas.

Hasta muy entrada la noche estuvieron recorriendo la ciudad manifestaciones enronquecidas, mostrando pañuelos tintos en sangre y clamando contra «la dictadura», contra «el tirano senil y bárbaro», contra el «asesino». Luego llevaron al pseudoestudiante muerto a velarlo en el local de la Facultad de Medicina. Una sensación tensa y expectante angustiaba todos los pechos. Hacía mucho tiempo que no corría sangre por las calles porteñas. Ya podían estar satisfechos los directores de la escena: el ambiente estaba a punto: varios cuerpos jóvenes habían abrazado el pavimento de su ciudad, dando testimonio de un ideal, equivocado o no. El gobierno estaba ajeno y confuso, trabajado por mil intereses y mil intrigas. Yrigoyen, enfermo. No podía darse mejor situación.

El viernes 5 de setiembre Yrigoyen firma varios decretos, nombrando diversos magistrados judiciales y designando presidente de la Corte Suprema de Justicia al ex presidente Figueroa Alcorta. ¡Qué dictadura tan extraña ésta que ponía a la cabeza de

la justicia nacional a un antiguo político del Régimen! Mucha gente visita a González en su despacho, ofreciéndose para cualquier eventualidad: pero el ministro del Interior y de Guerra le asegura que las alarmas son infundadas y que el gobierno está seguro de su fuerza. Esa mañana aparece una resolución del decano de la Facultad de Derecho, refrendada por los consejeros estudiantiles Julio V. González y Carlos Sánchez Viamonte, por la que pide a los miembros del gobierno que «en un plazo perentorio, deponiendo toda obstinación, ejecuten el mandato expreso de la juventud y eviten de esa manera a nuestro país el advenimiento de sucesos desdorosos cuyos efectos serían irreparables», exigiendo en consecuencia «la renuncia del presidente de la República y la inmediata restauración de los procedimientos democráticos».

Desde las primeras horas se clausuran las puertas de la Casa de Gobierno, salvo una nutridas guardias de marinería la custodian. Al mediodía Oyhanarte concurre al Ministerio del Interior y se encuentra allí con su titular, acompañado de De la Campa y Silvio Bonardi. Éstos le piden se entreviste con Yrigoyen para convencerlo de que decrete el estado de sitio. El canciller cree que tal medida es indispensable, y en consecuencia acepta la misión. Pero cuando llega a la casa de la calle Brasil se encuentra ahí con sus interlocutores de hace un momento que le expresan la necesidad, no ya de decretar el estado de sitio, sino también de que el Presidente delegue el mando. Elpidio González entra al dormitorio del enfermo para convencerlo. Hay una larga conversación. Al parecer, Yrigoyen se niega al principio, pero luego accede a delegar la presidencia.

El vicepresidente Martínez está en su despacho del Senado. Como a las 17 es llamado con urgencia a la Casa de Gobierno. Allí le comunican que Yrigoyen ha delegado el mando. Al llegar Martínez y González al Ministerio del Interior, tópanse con el diputado Zavala.

—Ya se arregló todo —dice González—. El presidente ha delegado el mando.

—Pero ¿y la agitación y el malestar que reinan?

—Ya se arregló todo —repite González—. Declararemos el estado de sitio.

—Pero es que el estado de sitio sin otras medidas preventivas es inoperante. ¿Y el Ejército?

—¡Oh! Ya se fue ese loco de Dellepiane. Ahora soy yo el ministro de Guerra...

El nuevo presidente, mudo.

Minutos más tarde se difunde un decreto estableciendo, de conformidad con los arts. 23 y 86 inc. 1.º de la Constitución Nacional, el estado de sitio por treinta días en la Capital Federal. En declaraciones a los diarios el doctor Martínez explica que se impone «para evitar la repetición de incidencias por todos conceptos lamentables». Hay mucha gente en las calles. Los cafés, con las cortinas bajas, están repletos de parroquianos que comentan en los más diversos tonos las novedades y las versiones circulantes. Frente a *La Prensa* se produce un incidente. *Crítica*, con sus puertas cerradas y vigilada por la policía, viola las disposiciones del estado de sitio lanzando a la calle su sexta edición de la tarde, donde dice a toda página en primera plana «La

Tiranía se defiende con el Estado de Sitio».

Los motivos de queja contra el gobierno eran primordialmente dos: la permanencia de Yrigoyen en el poder y la demora del Poder Legislativo en constituirse; pero Yrigoyen había delegado ya el mando y el Poder Legislativo estaba constituido y empezaría a funcionar desde el 11. Las elecciones de San Juan y Mendoza, otro de los temas de la oposición, estaban a punto de ser postergadas, según se rumoreaba. El estado de sitio, además, era una medida que hacía presumir de parte del gobierno una política más realista para calmar los ánimos. Era la primera vez que un gobierno radical tomaba una iniciativa de esa laya si bien local y precaria. La oposición quedaba sin pretextos para continuar su grito. Pero los directores no estaban satisfechos. Querían liquidar al gobierno, liquidar al radicalismo, liquidar la Constitución. Ninguna concesión parcial los conformaría: la decisión ya estaba tomada. Y la ingenuidad o la deslealtad de algunos colaboradores de Yrigoyen les facilitaba estupendamente el camino...

7

A última hora concurren a *Crítica* casi un centenar de personas, entre ellas, treinta legisladores opositores, algunos magistrados judiciales, profesores y estudiantes universitarios y políticos de diversa categoría. La policía no molestaba su entrada. En nombre de la Junta Revolucionaria van el general Arroyo y el teniente coronel Descalzo, quienes hacen saber al conciliábulo que ya ha sido obtenida la adhesión de la Marina y de parte de la oficialidad de la aviación militar: pero que el Ejército no saldrá espontáneamente de los cuarteles si no van grupos civiles a exhortarlo al alzamiento. Se decide entonces que a las 8 de la mañana del día siguiente distintas delegaciones acudirían a los acantonamientos suburbanos para lograr la adhesión requerida. El general Uriburu, que desde los primeros días de la semana andaba escondido, manda decir que él no iría personalmente a sublevar las tropas, pero autoriza invocar su nombre.

Esa noche unos 65 ciudadanos pernoctaron en el domicilio del doctor Manuel A. Fresco, en Haedo, y apenas amaneció, provistos de plurales banderas y resplandecientes sus rostros trasnochados de salvadores de la patria, se encaminaron en varios autos a la base aérea El Palomar, sin ser detenidos por la policía bonaerense. El general Uriburu dejó en su casa una carta dirigida a su familia, donde expresaba con loable modestia: «Si fracasamos, que se sepa que ha muerto un carácter» aunque generosamente admitía «pero quedan otros». En la localidad de San Martín se vistió con los arreos militares, conservando sobretodo y sombrero civil: al salir fue detenido por algunos agentes que desde la comisaría vecina habían observado el movimiento de la casa, mas se dio a conocer y pudo pasar sin

inconvenientes. En otra casa completó su indumentaria castrense, y en la iglesia parroquial se encontró con el resto de su séquito encaminándose todos al Colegio Militar, donde ya estaban Antonio Di Tomasso, Héctor González Iramain, Manuel Alvarado y el director de *Crítica*, Natalio Botana, todos en perfecto acuerdo con el director del instituto.

En la Base Aérea el otro grupo de legisladores había hallado buena acogida. De inmediato los aviones empezaron a sobrevolar la ciudad, arrojando los manifiestos revolucionarios impresos en *Crítica* y haciendo acrobacia sobre los buques surtos en el puerto, para señalar el comienzo de la sublevación. De allí pasaron los promotores del movimiento a Campo de Mayo, pero fueron detenidos al entrar. Llevados a la presencia del jefe, general Álvarez, los doctores Pinedo, Santamarina, Melo y Astrada fueron comisionados por los demás para requerirle su adhesión al movimiento. El general Álvarez accedió sin mayor conversación, tras conferenciar telefónicamente con el general Uriburu, ya posesionado del Colegio Militar. De inmediato comunicó a los jefes de los demás cuerpos la novedad.



A todo esto, en el gobierno reinaba una increíble pasividad.

El ministro Ábalos, que llegó a media mañana a casa de Yrigoyen para interesarse por su salud, preguntó al pasar qué serían esos aviones que loqueaban sobre la ciudad: le contestaron que era ordenado por el ministro González. El diputado Guillot, que diariamente visita al presidente para recoger sugerencias para los editoriales de *La Época*, también lo hizo esa mañana para llevarle los rumores que estaban creciendo en todas partes. Yrigoyen, con bastante fiebre pero perfectamente lúcido, le dice:

—No haga caso, amigo... Son rumores... Escriba sobre «San Juan y Mendoza redimidas»...

Salió Guillot desolado de la casa de la calle Brasil, y el editorial no se escribió nunca ni volvió a aparecer *La Época*.

En la Casa de Gobierno todo era confusión. Desde la madrugada se rumoreaba en la ciudad que la revolución había estallado, pero no había certeza de nada. A las 9.30 *Crítica* eriza su sirena y por los altavoces del frente anuncia a la gente que se había congregado: «¡Atención! El general Uriburu al frente de las tropas viene hacia la ciudad para poner término al gobierno que nos avergüenza». Cuando un oficial de policía llega para tomar cartas en el asunto, los del diario, parapetados tras la cortina metálica, confirman la noticia y se ríen de la orden de concluir con esa incitación a la sedición. Enterados por *Crítica* más que por sus propios medios informativos —las llamadas telefónicas a Campo de Mayo no obtenían respuesta— los hombres del gobierno tratan de hacer frente a la realidad.

Poco a poco llegaban altos funcionarios y dirigentes políticos a la Casa Rosada. A las 10, Martínez cita a una reunión de gabinete. Anoticia lo que sabe, que es muy poco, restando importancia a los hechos y adelantando que «el gobierno no permitirá que se derramara una sola gota de sangre». En seguida propone que se expidan dos

decretos: uno extendiendo el estado de sitio a todo el país, y otro suspendiendo las elecciones en San Juan y Mendoza. El ministro Oyhanarte dice que está de acuerdo con las medidas, pero cree que es un deber de delicadeza comunicar la decisión a Yrigoyen. Todos los ministros, salvo De la Campa, asienten. Martínez, vivamente contrariado, pide a Oyhanarte que explique los motivos de su actitud. Con vehemencia, el canciller afirma que en esas condiciones no firmaría los decretos y que renunciaría.

—Mientras estamos aquí discutiendo, dos veces se hubiera podido ir y volver a la casa del doctor Yrigoyen —grita—. Si las cosas se hacen dentro de una absoluta confianza y lealtad, ¿qué inconveniente puede haber en obrar como propongo? Hacer lo contrario es torpe e impolítico, porque es no conocer al doctor Yrigoyen si se duda de que, enfermo y todo, se instalará en la Casa de Gobierno revocando de hecho la transmisión del mando.

Se generaliza la discusión. Presa de evidente nerviosidad va y viene Martínez desde el Jardín de Invierno, donde están sus amigos, a la Sala de Acuerdos. Oyhanarte pide que comparezca Elpidio González, ministro de Guerra y del Interior, que no asiste a la reunión. Tres veces se va a llamarlo y las tres promete acudir, alegando que está conferenciando con el director de Correos. La reunión es ya un desorden donde todos opinan, todos traen versiones contradictorias, todos complican las cosas. Oyhanarte tiene un violentísimo cambio de palabras con De la Campa. Al fin, Martínez vuelve de una de sus incursiones al Jardín de Invierno con el planteo de que el ministro que no estuviera de acuerdo con los decretos debía renunciar. A gritos desde la puerta le increpa Oyhanarte diciendo que su concepto de la lealtad es muy diferente que el de Martínez y que no era su ministro ni consentiría serlo, y abandona violentamente la sala. Así termina la reunión, sin llegarse a ninguna conclusión. Algunos ministros vansen a trabajar a sus despachos. La Casa Rosada sigue llena de gente: radicales, muchos, curiosos otros que vienen a pispear noticias ciertas.

Entre las 11 y las 12 horas el doctor Osvaldo Meabe, médico y amigo de Yrigoyen, llega a la Casa de Gobierno con la consigna presidencial:

—Hay que resistir. Hay que defenderse. El radicalismo debe ocupar la calle.

Lúcidamente había captado el caudillo los contornos de la situación. No podía tolerarse el cuartelazo. La Constitución no podía quedar a merced de unos cuantos descontentos o ambiciosos, pese a las declamaciones sentimentales de Martínez. Resistir. Y no sólo con el ejército leal, sino con el pueblo radical, solidario con el gobierno agredido. No podía abandonarse al país a las oscuras vías del motín. Ante el perentorio mensaje del presidente, sale Silvio Bonardi en su carácter de secretario del Comité Nacional de la Unión Cívica Radical a movilizar elementos partidarios. Algunos comités, como el de Flores, estaban ya en pie de guerra. Pero la confusión, la falta de conducción firme y la rapidez con que se produjeron los hechos hicieron imposible la resistencia popular.

El jefe de policía, coronel Graneros, actuó con alguna decisión. Procedió a la detención de buen número de dirigentes opositores y allanó el local de la «Liga Patriótica», donde se encontraron muchas armas. Pero a medida que pasaba el tiempo se iba relajando la decisión policial, hasta que un núcleo de diputados se apersonó al coronel Graneros y le exigió la libertad de los detenidos, a lo que debió acceder el jefe de policía, vista la marcha de los acontecimientos.

Era ya mediodía. En la Casa de Gobierno se había recibido un telegrama firmado por Urriburu que exigía la renuncia del gobierno, afirmando contar con fuerzas de tres divisiones y responsabilizando a Martínez de la sangre que se vertiera. Imposible concebir una comunicación más audaz: pero, así y todo, causó una penosa impresión en el palacio.

Algunos radicales que estaban considerados últimamente como desvinculados de las esferas gubernativas —Diego Luis Molinari, Enrique Larreta, Honorio Pueyrredón— habían llegado y conferenciaban con Martínez en el despacho presidencial, junto con el teniente coronel Valotta y el coronel Fernández Valdés, el almirante Storni y el ministro Fleitas. El ministro Ábalos se incorpora al grupo y comprueba con sorpresa que el almirante Storni expresaba en ese momento que la Marina no tenía ningún compromiso pero que no haría fuego contra el pueblo. Parecía, a juzgar por sus palabras, que la Armada fuera una fuerza independiente del gobierno. A continuación, el teniente coronel Valotta manifiesta con pomposa gravedad que cualquier resistencia era inútil, pues todas las fuerzas de la guarnición se habían plegado a Urriburu, incluso la Escuela de Guerra, cuya dirección ejercía; afirmación que fue desmentida al punto por el coronel Fernández Valdés, que aseguró que la única fuerza con que contaba Urriburu era el Colegio Militar. El almirante Storni encareció la necesidad de informarse con exactitud sobre el número de las fuerzas rebeldes: el doctor Larreta propone enviar un parlamentario. Ante tal diversidad de opiniones, el ministro Ábalos observa con santiagueña sensatez que las resoluciones debían ser adoptadas exclusivamente por el presidente y sus ministros, proponiendo un nuevo acuerdo de gabinete. El cónclave se disolvió entonces silenciosamente pero la reunión no se pudo realizar porque casi todos los ministros se habían retirado de la Casa de Gobierno, muchos a instancias del mismo Martínez.

Había una absoluta falta de iniciativa. Por la mañana, el ministro Ábalos había propuesto armar a los empleados de la casa, sugestión que el ministro González no recogió; también había llamado la atención sobre los grupos de curiosos que se estaban agolpando en la Plaza de Mayo, pese a las disposiciones del estado de sitio. A primera hora, el ministro González había ordenado al general Marcilese que preparara las tropas del 1er. Comando para ofrecer resistencia; pero el comandante se había limitado a encerrarse en el Arsenal de Guerra y plantar banderitas sobre el plano de la ciudad a medida que avanzaba la columna rebelde. En un momento dado, González pide órdenes a Martínez:

—Usted es el presidente: ¡disponga!

—Ya he dado mis órdenes —decía Martínez, pero no las repetía ni decía cuáles fueron.

Al ministro de Marina el vicepresidente en ejercicio le había ordenado a la mañana que se fuera de la Casa de Gobierno. Zurueta, apoplético de ira, había salido de estampida, vociferando que se estaba en presencia de una infame traición. Desde su despacho del Ministerio de Guerra, González respondía a los ansiosos llamados telefónicos de los jefes adictos que pedían directivas, diciendo:

—Esperen órdenes... Quédense tranquilos...

Así pasaban las horas. A las 14, el general Toranzo, inspector general del Ejército recién llegado de Entre Ríos, se traslada junto con el ministro González al Arsenal de Guerra. Poco después llega a la Casa de Gobierno el teniente coronel Gregorio Pomar. Por primera vez en lo que iba de jornada hubo entonces noticias ciertas y leales. Y la noticia más importante era ésta: la revolución estaba prácticamente vencida.



En las primeras horas de la mañana, antes del acuerdo de ministros, cuando recién se empezaba a tener noticia de la sublevación, el coronel Porta había pedido al ministro González le permitiera ir a Campo de Mayo para verificar la realidad de la situación. El teniente coronel Pomar se ofrece a acompañarlo y al salir ambos de la Casa de Gobierno se encuentran que el coronel Roberto Bosch, que también se agrega. Los tres se dirigen a Liniers a visitar el Regimiento 8 de Caballería, al mando del coronel Francisco Bosch. Lo encuentran con el cuerpo preparado para salir a contener a la fuerza sublevada. El jefe del regimiento logra comunicarse telefónicamente con el comandante de la 1a. División, general Marcilese, que ya estaba en el Arsenal en su heroica función de banderillero de planos, y le propone salir para dispersar a los revolucionarios, con la colaboración de los tres jefes recién llegados. Pero el general Marcilese le ordena:

—No tome ninguna iniciativa. Espere órdenes.

Viendo que aquí su presencia resulta inútil, Porta, Pomar y Bosch siguen viaje a Campo de Mayo, adonde llegan alrededor de las 11. Se encuentran con que el acantonamiento es leal al gobierno. Porque cuando el jefe de la guarnición, general Álvarez, había comunicado su adhesión al movimiento, el jefe de la Escuela de Infantería, coronel Avelino Álvarez —antiguo revolucionario de 1905—, anunció que cualquier fuerza que intentara salir sublevada sería atacada por él: y uniendo el hecho a la palabra, copó Campo de Mayo en pocos minutos. Ante esta actitud, la Escuela de Suboficiales, al mando del coronel Gregorio Salvatierra, expresó que también era leal al gobierno y la Escuela de Artillería se abstuvo de salir. Prácticamente, nadie había abandonado el acantonamiento: una batería que se iba sublevada fue alcanzada por su jefe —un capitán Cremona— y tuvo que retornar.

El después general Eduardo Ávalos había constituido en rigurosa prisión a los políticos que habían llegado en plan de sublevar la tropa: a la tarde quedaron en libertad; y descontando el fracaso de la revolución se tomaron el portante a una quinta de San Fernando donde permanecieron varias horas con el alma en un hilo, regresando a la ciudad para presenciar el increíble triunfo de la asonada.

Frente a la conducta de sus subordinados, el general Álvarez había abandonado Campo de Mayo casi solo, con una sección de Comunicaciones y unos pocos soldados de la Escuela de Suboficiales. Si el general Uriburu hubiera esperado a las

fuerzas de Campo de Mayo para iniciar su avance sobre la ciudad hubiera fracasado. Pero el jefe de la revolución decidió arrancar con los cadetes del Colegio Militar sin aguardar más. La fuerza revolucionaria, pues, era apenas un millar de soldados bisoños acompañados de civiles desarmados o mal armados que de ningún modo hubieran podido ofrecer resistencia a un batallón, no ya a un regimiento.

Terminaba Pomar su informe anunciando que el coronel Bosch esperaba en Campichuelo y Gaona con su regimiento al vicepresidente para imponer el desarme.



Ante estas novedades el ministro Ábalos urge el traslado de Pomar ante los rebeldes para ordenar su rendición. Pero Martínez entonces sorprende a todos diciendo que ya ha mandado izar bandera de parlamento en la Casa de Gobierno. ¿Bandera de parlamento cuando lo único cierto es que toda tropa permanece leal? Al fin se conviene que Pomar trate de parlamentar con los rebeldes, y para allá sale el edecán del presidente. Mientras tanto, se intenta organizar la defensa de la Casa de Gobierno. El ministro Ábalos, el subsecretario de Guerra coronel Casanova, el teniente coronel Sabino Adalid y el coronel Pintos, reunidos en el despacho del ministerio del ramo empiezan a analizar las fuerzas con que se cuenta para la defensa inmediata de la casa. En ese momento llega el coronel Grosso Soto con la noticia de que el ministro de Guerra y el general Toranzo están presos en el Arsenal.

Confusión y desaliento en el grupo. Mientras se trata de confirmar el dato (que luego se averiguó era completamente falso) llega de vuelta Pomar. No ha podido encontrar a Uriburu, porque al llegar frente al Regimiento 1.º de Palermo se ha encontrado con que se ha disuelto. Viene a pedir que lo nombren jefe de la resistencia para organizar una defensa que sólo tiene posibilidades de minutos. Cuando se dirigen ambos, Pomar y Ábalos, al despacho de la presidencia para seguir coordinando esfuerzos, topan con los ordenanzas, blancos de terror. El despacho, vacío. ¡El Presidente en ejercicio, había huido!



A todo esto, la expedición revolucionaria proseguía su paseo sin molestia alguna. Frente al Monumento de los Españoles hubo una concentración de civiles que, ostentando armas sin pudor, esperaban el paso de las tropas para incorporarse: obedecía esta reunión a un pedido expreso de Uriburu, que exigía que la revolución militar fuera rodeada de adecuado ambiente civil. Allí recibieron una arenga del general Justo, que recién hizo su aparición a esta altura de la jornada. Los regimientos de Palermo se apostaron en las inmediaciones con intenciones de resistir el avance: pero trabajados sus jefes por militares de alta graduación que les aseguraron la

inutilidad de la actitud convinieron en retirarse, con lo que prácticamente se disgregaron los cuerpos. En cuanto a la Marina, si bien se había pronunciado por la revolución de conformidad con el compromiso suscripto, no participó activamente, y su jefe, el almirante Renard, fue detenido al mediodía.

Entretanto, la columna avanzaba. Por Rivadavia, Acoyte y Gaona venía, en medio del alborozo novelero de la gente que contemplaba su aguerrido paso. Estudiantes armados y elementos políticos opositores la seguían y rodeaban. Al llegar a la Facultad de Medicina se detuvo un momento para recibir el saludo del rector de la Universidad y los numerosos profesores y estudiantes que aguardaban allí; nutridos volantes de la Federación Universitaria de Buenos Aires expresaban su apoyo al movimiento. Luego siguió la marcha. En la plaza del Congreso, mientras se hacía un breve alto para escuchar el inevitable discurso de Manuel Carlés, unos disparos cuyo origen jamás se averiguó sumieron en pánico a las hasta entonces felices huestes. Hubo un cuerpo a tierra general que no desdeñaron hacer ni siquiera los más encumbrados expedicionarios. Luego, presumiendo que la agresión venía del bloque yrigoyenista del Congreso, se hizo fuego durante un buen rato contra las cariátides y los frisos que adornan ese ángulo del palacio. Después una patrulla de bravos expugnó la casa y la encontró vacía. Sólo los clásicos negros, agrisados esta vez de miedo. Al penetrar en las dependencias del bloque yrigoyenista tampoco hallaron a nadie. Entonces uno del pelotón disparó su revólver contra un gran retrato de Yrigoyen que pendía de la pared; y ésa fue la única víctima baleada a conciencia durante aquella épica escaramuza, en la cual los muertos y heridos que hubieron fueronlo por el pánico y apresuramiento de sus propios compañeros.



En la Casa de Gobierno se producían escenas tragicómicas. Ante la huida de Martínez, el ministro Ábalos se lanza escaleras abajo para alcanzar al vicepresidente antes que tomara su auto; lo pesca en la planta baja rodeado de algunas personas, a punto ya de subir al vehículo.

—Doctor Martínez —le dice agitadamente Ábalos—, usted no debe irse, a menos que vayamos al Arsenal o a La Plata o a un buque de guerra, que sería lo más apropiado para tomar una decisión.

Pero Martínez abre los brazos en cruz, se pega de espaldas contra la pared y clama:

—¡Mátenme, mátenme, me han traicionado!

Un buen rato duró el jaleo. Todos los presentes trataban de convencer al vicepresidente de que si no se decidía a resistir, por lo menos cumplía adoptar el mínimo gesto de recibir a los revolucionarios en el despacho presidencial. Hasta su chofer se sumaba a las voces en tal sentido. Martínez sólo contestaba con palabras

incoherentes y se negaba a salir de allí. Una o dos veces logran persuadirlo de que suba al ascensor y él pega la vuelta y se niega a subir. Al fin, un poco de grado, un poco a la fuerza, logran introducirlo en el ascensor y devolverlo al despacho. De la gente que a la mañana colmaba la casa, sólo quedaban los tenientes coroneles Pomar, Noble, el secretario Lorenzo Torres, amén de algunos empleados. Atilio Larco se había ido momentos antes, repitiendo a quien lo quisiera oír que Martínez los había entregado. Eran como las 17.

Por última vez se intenta defender la casa. El ministro Ábalos, convertido de hecho en la única autoridad, llama a un oficial de la custodia presidencial y lo compromete a apoyar cualquier actitud defensiva con los ochenta hombres de que disponía. Luego llamó telefónicamente al ministro de Marina que estaba en su casa y le pidió que viniera a la Casa Rosada con toda la marinería que pudiera; después se comunicó con el Departamento de Policía y ordenó mandaran todas las fuerzas disponibles.

Tomadas estas medidas, que deberían haber sido adoptadas por el vicepresidente mucho tiempo antes para ser realmente eficaces, Ábalos volvió al despacho presidencial. En esos momentos llegaba Oyhanarte que no había vuelto a la Casa de Gobierno después de la pelotera de la mañana. Al encontrar la bandera blanca flameando sobre el techo y el reducido grupo dialogando desalentadamente entre el despacho y el Jardín de Invierno, se encara Oyhanarte con Pomar y le pregunta si era factible subir a las azoteas y defenderse con ametralladoras.

—¡Sí, señor ministro! —es la respuesta.

Pero el vicepresidente se opone terminantemente a que se intente defensa alguna. Oyhanarte —que por otra parte ya no tenía ninguna función oficial— le dice que si no quiere comprometerse con una actitud de hecho se retirara al Salón de Acuerdos o a cualquier otro lugar y dejase actuar a los que querían resistir. Pero Martínez, moviendo agitadamente los brazos como quien rechaza una idea descabellada, insiste que no es posible, que ya ha hecho izar la bandera blanca, que la orden es no disparar un tiro. Vista esta actitud, sólo quedaba a Oyhanarte un deber que cumplir: salvar a Yrigoyen de la canalla. Se retiró de la Casa Rosada cuando automóviles y camiones cargados de civiles y militares penetraban en las plataformas que dan acceso a la Casa Rosada.

Pronto el salón comedor se llenó de gente. Entraba tumultuosamente, imperativamente, el malón de los embargados, los quebrados, los inhabilitados. Entraban algunos militares conocidos no en la lucha silenciosa y constructiva del cuartel o la academia, sino en las intrigas palaciegas, en el negocio usurario, en la orgía putañera. Entraban los carcamanes del Régimen babeándose de gusto ante la perspectiva de echar mano a un gobierno al que no habrían podido llegar jamás mediante el veredicto popular. Entraban también algunos socialistas independientes, llegada ya su empresa electoral al máximo del rendimiento. Y entraban, ¡naturalmente!, los tontos y los ingenuos que todas las revoluciones arrastran en

conformidad con la clásica máxima de Balmes. Entraban los estudiantes, por ejemplo, cuya personería ante la opinión se debía a la sinceridad con que Yrigoyen había adoptado los principios de la Reforma Universitaria. Y algún representante de ciertos consorcios que no habían logrado el ansiado permiso para instalarse durante el gobierno de Yrigoyen; y el que gozaba de una concesión petrolífera y esperaba venderla a buen precio cuando pasara la tontería de la nacionalización; y el político sobreseído por la piedad de Yrigoyen de la estafa en que anduviera emporcado hasta los codos; y el adulator de la víspera, hoy convertido en tribuno; y el presidente de asociaciones patronales con sus itálicos mostachos erguidos aguerridamente ante la heroica aventura que estaba viviendo; y el cagatintas venal y el avenegra falaz, todos entraban. Todos estaban. Exultantes, gloriosos, con la patria, la pobre patria a flor de labio y un opulento futuro de ministerios, intervenciones, dividendos y comisiones espejándose ante sus ojos. Allí estaban todos. Desfile macabro de fantasmas que el pueblo había sepultado y que ahora resucitaba al conjuro de la traición, la mentira y la cobardía.

El salón estaba lleno. A un lado, Uriburu y los suyos. Al otro, Martínez y Ábalos, Lorenzo Torres, y los tenientes coroneles Pomar y Noble. Expeditivo, Uriburu dice:

—Doctor Martínez, buenas tardes. Vengo a exigirle su renuncia de vicepresidente en ejercicio.

Pomar y Ábalos le soplan desesperadamente:

—¡No renuncie, doctor! Campo de Mayo no se ha movido y tenemos el Arsenal y la Policía... ¡No renuncie!

Con sorprendente energía Martínez replica:

—¡Yo no renuncio!

Sorpresa y despecho en los revolucionarios. Uriburu insiste:

—Piense en su responsabilidad y en el derramamiento inútil de sangre...

Más débilmente, alega Martínez:

—¡Yo no puedo renunciar!

—El pueblo exige su renuncia.

Varios de los presentes se hacen eco de estas palabras. Un civil grita fuertemente: «¡Que renuncie!».

Uriburu expresa en tono perentorio:

—Doctor Martínez, necesito su última palabra. Y dése cuenta de la gravedad de la situación.

Cada vez más débilmente, Martínez musita:

—Me doy cuenta, pero no renuncio. Hágame fusilar, si quiere...

—No me crea tan zonzo para transformarlo en mártir... Un momento de silencio. Sánchez Sorondo comenta:

—No renunciará mientras éstos estén con él...

Entonces con gesto teatral, Uriburu ordena tomar preso a Martínez, y al mayor Kinkelin, su *alter ego*, que bombardee el Arsenal y el Departamento de Policía. Ante

la absurda orden se alzan unas voces blancas de protesta entre el auditorio. En tono melodramático un jovencito del público empieza a declamar:

—En nombre del estudiantado argentino... —Pero Uriburu corta el versito del efebo, desenfunda nerviosamente un revólver de bandido mexicano que llevaba encima y pega el consabido grito de los pronunciamientos sudamericanos:

—¡Aquí mando yo, carajo!

En ese momento interviene Justo:

—Calma, Pepe —pontifica. Y pide autorización, junto con Sánchez Sorondo, para hablar con Martínez. Se alejan con él a un salón contiguo, junto con Ábalos y don Luis Colombo. Después de un rato de conversación a solas, sin consultar con sus amigos ni aclarar el sentido de su actitud, firma mansamente un texto que alguien le alcanza.

Después de eso Uriburu manda decir a los radicales sobrevivientes que podían irse, ofreciéndoles una escolta que ellos rechazaron. A Pomar le dice:

—¿Y usted, qué hace aquí?

—Edecán del Presidente —se presenta—. Leal al gobierno. ¿En qué regimiento debo presentarme arrestado?

Pero Uriburu, ya eufórico con el triunfo, exclamó:

—¡A mis brazos camarada! ¡Usted es un caballero!



Lo demás fue coser y cantar. Los generales Justo y Arroyo se dirigieron al Arsenal para invitar a la rendición a quienes allí estaban: el ministro González, los generales Toranzo y Mosconi y el coronel Sabino Adalid. Cuando entran los sublevados, Toranzo se echa encima de Justo y le restalla los cachetes de un tremendo bofetón, mientras lo encañona con su revólver:

—¡Traidor, y canalla, como siempre! —lo increpa.

—Vengo como parlamentario... —balbucea Justo.

El general Arroyo, serenamente, aparta el revólver con que lo amenazan y relata lo acontecido en la Casa de Gobierno. Ante la incredulidad de los leales, se comisiona a Mosconi para que se entere personalmente de la renuncia de Martínez. Así se hace, y en el domicilio particular del ex vicepresidente, éste lo anoticia del suceso. El general Toranzo, entonces, rinde el Arsenal y queda constituido en arresto con sus compañeros; Elpidio González había abandonado el cuartel en último término. En cuanto a la Jefatura de Policía, no hubo dificultades en su rendición.

En el interior no hubo siquiera conato de resistencia, salvo en Tucumán, donde el comando militar de esa región demoró dos días su reconocimiento al gobierno provisional. En el resto del país los gobiernos provinciales se entregaron sin intentar actitudes defensivas. En muchos casos el Ejército se hizo cargo provisionalmente de

la situación.

El asalto más audaz, más increíble que pudiera concebirse, había triunfado.

Mientras tanto Horacio Oyhanarte se había trasladado a la casa de la calle Brasil. Allí algunas personas oficiosas habían solicitado asilo a la embajada de Chile para Yrigoyen. Mas éste, en medio de su quebranto físico y moral, todavía consideraba necesario resistir. Había indicado al ministro González que lo esperara en el Arsenal, mientras él iba a La Plata a buscar fuerzas con las que pudiera imponer el desarme. Su médico, el doctor Meabe, opinaba que en el estado de debilidad y febricencia del enfermo el viaje era una locura: pero no cabía otra posibilidad.

A las 17.30, penosamente, apoyado en el brazo de su fiel Horacio, sale Yrigoyen de su casa. Sobre los hombros del anciano echaron el sobretodo del ministro y arroparon sus piernas con un cálido poncho. Una de las mujeres de la casa había puesto en el bolsillo del sobretodo algunas medicinas. En el coche particular de Oyhanarte, abierto y con la capota levantada, viajaban además de ellos dos, el doctor Meabe y el conductor. Lentamente peregrina durante dos horas el vehículo hasta llegar a La Plata. Se dirigen directamente a la Casa de Gobierno, casi desierta. La llegada del Presidente produce sensación. De inmediato, el gobernador Crovetto acompaña a Yrigoyen a su despacho, le agradece el haberse acordado de él en momentos tan tristes y se pone a sus órdenes. Yrigoyen pide a Crovetto que llame al jefe del Regimiento 7.º de Infantería, en tanto el comisario Cansanello vuelve a la Capital Federal, a ordenar al ministro González que siga manteniéndose en el Arsenal —ignorando que a esas horas ya se había entregado—. Después de estas indicaciones, se tiende a descansar en un sofá, pues la fiebre ha aumentado. Cuando el gobernador se pone al habla con el jefe del regimiento, éste le notifica que acaba de comunicarse con el gobierno revolucionario y que tiene órdenes de obtener la renuncia del Presidente. Indica que Yrigoyen debe concurrir al cuartel con la renuncia escrita, mas no firmada; entretanto, el segundo jefe del cuerpo se trasladaría a la casa de gobierno a ratificar lo dicho.

Todo está perdido. No había más que apurar el cáliz hasta las heces. Momentos después llega el segundo jefe del Regimiento 7.º y repite lo expuesto por su superior. Alguien escribe una renuncia que Yrigoyen desecha, dictando personalmente otra. Estaba dirigida al jefe de las fuerzas militares de La Plata: frente al cuartelazo no correspondía dirigirse al gobierno de fuerza sino a quien exigía la renuncia, como el viajero que entrega su bolsa no al jefe de la banda, sino a quien lo amenaza más de cerca. Dificultosamente se incorporó y rodeado de sus fieles —salvo Oyhanarte, que había ido a tranquilizar a su familia— se dirige al cuartel. Allí es recibido cortésmente por el jefe, aunque se le advierte que está detenido. Delante de la oficialidad firma Yrigoyen la renuncia, haciendo agregar a mano —su respeto por las formas de cortesía no le abandonaban ni en esos momentos— el saludo sacramental.

Luego, el jefe del regimiento garantizó su vida y se puso a su servicio. Yrigoyen pidió descansar. Los amigos, presas de una emoción que no podían disimular, se

fueron alejando. A la madrugada del día siguiente llegó de la Capital Federal la orden de ponerlo en libertad. Así se lo comunicaron. Entonces, el hasta entonces todopoderoso caudillo, el jefe de la Nación, el ídolo de las multitudes, el patriarca de la democracia americana, dijo con voz sangrada y desvalida:

—Si me permiten, me quedo aquí. Estoy enfermo y no tengo dónde ir...

VI

LA CORONA DE ZARZAS

1

Se le dieron toda clase de seguridades y allí quedó, siempre asistido por el doctor Meabe. La fiebre era alta; su depresión espiritual, profunda. Le preocupaba la suerte de su familia, de la que nada sabía. Las noticias fragmentarias y contradictorias que hasta él habían llegado lo confundían y alucinaban. Con sus setenta y ocho años a cuestas, las tremendas emociones de la jornada, la debilidad y la incertidumbre trabajando su ánimo, fue aquélla una noche de pesadilla. Y eso que ignoraba que a tales horas su casa, la pequeña casa de la calle Brasil donde había tramitado durante treinta años las cosas del país, era saqueada e incendiada por la canalla.

Porque después de haberse entrado a saco con el gobierno, se había hecho lo mismo con ciertas casas yrigoyenistas, algunos comités parroquiales del radicalismo, el local del Comité Nacional, los diarios *La Época* y *La Calle* y —para completar la juerga— varias confiterías céntricas. El pueblo empezaba a tomar ejemplo de sus dirigentes: si esa mañana había presenciado cómo se podían violar ochenta años de Constitución, si habían visto cañonear el Congreso y forzar la Casa Rosada, ¿qué mucho que se robara e incendiara las residencias de los vencidos, sus locales partidarios, sus diarios, y que siguieran la francachela en las rotiserías...?

Y si todo eso era repugnante y condenable, lo era más todavía en el caso de Yrigoyen. ¡Su casa! ¿Qué agravio, qué injusticia, qué sevicia podían alegar contra el caudillo quienes destrozaban su casa? ¡Cuántos se habrán arrepentido más tarde de la cobarde agresión! Pero en ese momento Yrigoyen parecía ser el culpable de un estado de cosas intolerable. Que no era culpable y que no había tal estado de cosas fue demostrado poco a poco; pero en esa hora bochornosa el caudillo cargaba sobre sus viejas espaldas toda la culpa, todos los pecados. Es que empezaba su largo martirio. Empezaba a ser coronado con «la corona de zarzas del dolor injusto» que dijera más tarde Ricardo Rojas. El destino empezaba a tomarse la revancha del hombre que

había llegado a las cumbres del poder y la gloria. Poco después del «plebiscito» del 28, cuando alguien preguntó a Yrigoyen cómo se sentía, respondió un poco en broma y un poco serio:

—Le voy a contestar con un dicho de los antiguos compadres de Balvanera: «Me suele ir tan mal, que cuando me va bien, me da miedo»...

Todo se paga. La ingratitud con que el pueblo premió los trabajos de su viejo centinela también debe pagarse.

En los primeros años subsiguientes las efemérides del cuartelazo fueron celebradas por sus usufructuarios y los hijos de sus usufructuarios. Después, un piadoso olvido se tendió sobre la «revolución salvadora». Hoy, nadie se atreve a vindicarla^[25]. La fecha, pasa, año tras año, en un silencio vergonzante.

En ese rato argentino, confundido el sentimiento popular por una infame campaña de falsedades, muchos pudieron estar de buena fe con el motín. Pero la distancia espacial o temporal, aclara las cosas. Al saber la noticia del cuartelazo un ministro francés comentó con el doctor Álvarez de Toledo, embajador en París:

—*Monsieur l'ambassadeur, votre révolution sent a petrole...*

Y Waldo Frank, desde su patria, dijo lo mismo. A dos días del suceso, un diputado argentino expresó en Montevideo que las causas reales del motín habían sido la próxima nacionalización del petróleo y la clausura de la Caja de Conversión. Muchos argentinos aplaudieron lo del 6 de setiembre en aquel día aciago: ignoraban las causas oscuras del movimiento, causas a las que quizá fueron ajenos muchos de sus dirigentes. Pero los días ponen perspectiva a las cosas. El tiempo ha demostrado que en esa jornada no cayó solamente Yrigoyen, ni cayó el radicalismo solamente: cayó la Constitución, y con ella, la convivencia digna de los argentinos. Ese día, al atardecer, en la soledad recoleta de su casa, un hombre que durante largos años había estado descifrando como un mago los presagios y los signos de su patria, meditaba en silencio. Su mujer le preguntó al pasar qué le ocurría. Entonces Ricardo Rojas contestó:

—Se acabó la Argentina...

¡Y quién sabe por cuántos años!

2

Yrigoyen permanece hasta el día 11 en el Regimiento 7.º de La Plata. Durante su estadía lo van a visitar algunos amigos. Está muy decaído. Su familia le preocupa obsesivamente. Ignora todavía la destrucción de su casa y demás estragos. Su médico lo asiste.

Un tanto repuesto de su dolencia aunque todavía muy débil, Yrigoyen comunica que desea trasladarse a Montevideo. Por intermedio de dos jefes militares, el

presidente *de facto* le hace saber que se lo llevaría en un buque de guerra. El anciano acepta y el 11 por la mañana lo trasladan a la Ensenada para embarcarlo en el *Belgrano*. Se viste muy lentamente, fatigado, y emprende viaje en un automóvil, con varios oficiales. En otro automóvil lo siguen el doctor Meabe, su secretaria, doña Isabel Menéndez, y un hijo del ex comisario Flores.

En Montevideo se corre la versión de que Yrigoyen llegará en el día y con ese motivo se alborota el ambiente: el presidente Campisteguy ordena a uno de sus ayudantes que vaya a saludar al viajero; Baltasar Brum hace lo mismo como miembro del Consejo, y don Luis Alberto de Herrera, el viejo caudillo del partido Blanco, ofrece su casa para alojarlo. Mucha gente se agolpa en el puerto para esperar la llegada del ex presidente. Los exiliados argentinos van al puerto a aguardar el arribo. Pero las horas pasan, y el *Belgrano* no aparece.

Al otro día se sabe que el ministro del Interior del gobierno provisional ha declarado que Yrigoyen estaba «arrestado» y que no saldría del país.

La verdad es que se lo conservaba como rehén: las autoridades de hecho temen una contrarrevolución y presionan al cautivo para que transmita instrucciones a sus correligionarios en el sentido de no alterar el orden. Dos días después de la revolución una alarma infundada había dado un susto tremendo a los usurpadores, que durante varias horas creyeron estar perdidos y tomaron ridículas medidas represivas. Ahora que las cosas se iban aclarando y se conocía la exigüidad de los medios con que había contado Uriburu para su aventura, el gobierno *de facto* amenazaba a Yrigoyen con fusilarlo si los radicales intentaban restablecer las autoridades constitucionales. Tal amenaza fue transmitida al ex presidente por su sobrino Luis Rodríguez Yrigoyen, único familiar a quien se permitió verlo en su prisión flotante. El anciano, consecuente con su norma de evitar derramamientos inútiles de sangre, accedió verbalmente a desautorizar cualquier tentativa revolucionaria y ratificó el mensaje con una nota fechada el 13 de setiembre, dirigida al «señor presidente provisional de la República» donde expresaba: «Confirmando el mensaje que lleva mi sobrino, desautorizando terminantemente toda tentativa de alterar el orden y la paz nacional, y deseando que el gobierno se realice con la mayor tranquilidad».

Ignorando todavía si está libre o a disposición del gobierno provisional, Yrigoyen envía un mensaje donde encarece al Presidente «... se sirva indicarme los medios que considere más conducentes, ya que desde esta prisión, aislado, incomunicado y enfermo, no puedo sino confirmar mis declaraciones al respecto: por ello insisto en mi libertad, que el señor Presidente me comunicara por intermedio del coronel Giordano y del mayor Urdapilleta en su representación al embarcarme al extranjero». Dos días más tarde repite su pedido de ausentarse del país, «para atender mi salud, en comunidad con mi familia, también enferma». El 24, otro mensaje: «Aunque no puedo explicarme en manera alguna ni ante ninguna faz de la vida la extremada prisión a que estoy sometido [...] dada la situación por que paso deseo al menos expresar a ese gobierno que, al pensar ausentarme del país en uso de la legítima libertad que el señor Presidente reconoció de manera tan terminante, me movía solamente el deseo de llevar la tranquilidad a mi familia, buscar el restablecimiento de mi salud y atender las obligaciones perentorias que me demanda mi trabajo particular; por lo que encarezco que cuando menos se permita llegar a mí a mi sobrino Luis Rodríguez Yrigoyen como lo hiciera la vez anterior».

El buque permanece más de dos semanas fondeado en la rada, sometido a un

régimen de completo aislamiento. La tripulación no tiene francos y sólo se le aproxima un pequeño lanchón para proveerlo de petróleo. Yrigoyen permanece casi todo el tiempo en el camarote. Se marea con facilidad, y el estado de incomunicación casi absoluta en que permanece lo deprime mucho. Las bárbaras amenazas de fusilarlo con que lo presiona la dictadura lo tienen en angustiosa zozobra. El 26 sufre un ataque cardíaco. Su sobrino solicita que se le permita llevar un médico de confianza para que lo revise. Se accede al pedido y el doctor José Landa lo examina, hallándole con mucha fatiga y amenazas de uripocemia. El gobierno *de facto* envía entonces a dos médicos militares para que verifiquen el estado del enfermo, ¡como si se tratara de un soldadito que quiere ventajear una licencia por enfermedad! Los galenos encuentran bueno su estado general, confirmando el diagnóstico del doctor Landa.

El 13 de octubre le comunican que será trasladado al *Buenos Aires*, buque más chico y movedido que el *Belgrano*. Escribe entonces al gobierno: «Con la sorpresa consiguiente acabo de enterarme de que seré trasladado a otro buque mucho más liviano y en consecuencia menos consistente en la movilidad, lo que me parece una nueva temeridad, tan injusta como inconsiderada, dado que, como es sabido, yo no he tomado jamás medida alguna contra nadie, ni he molestado en ningún sentido de la vida». Insiste que ha tomado las medidas más beneficiosas para la tranquilidad del país, y concluye: «Pero si se persistiera en medidas coercitivas no dejándome hacer uso de mi libertad para ausentarme del país en busca de la tranquilidad de mi espíritu y del restablecimiento de mi salud, encarecería entonces que se me permita el traslado a mi casa para ser atendido por mi familia».

Pero la mudanza al *Buenos Aires* se realiza a pesar de su pedido, contestando más tarde el gobierno que permitiría se ausente del país siempre que acceda a irse a Europa en un barco de guerra y quedar allí hasta que concluya la situación de hecho. A lo que contestó Yrigoyen negativamente, por no considerarlo decoroso y «además me era inaceptable —relató después— por los deberes y compromisos de mi vida de trabajo y también porque si el movimiento del río extremaba la gravedad de mi salud como lo habían testimoniado los médicos particulares, más los de la región naval, el mar y el frío de entonces me hubieran ultimado, dada la gravedad en que me hallaba». Ante esta actitud, el gobierno *de facto* anuncia que su intención es hacerlo permanecer «indefinidamente» en la rada.

En el *Buenos Aires* está también recluido su ex ministro Elpidio González, con quien deposite largamente en las horas de ocio obligado. El doctor Meabe y la señorita Menéndez son desembarcados. El 2 de octubre un abogado, el doctor Aquiles Damianovich, interpone ante el Juzgado Federal a cargo del doctor Miguel Jantus un recurso de *habeas corpus* a favor de Yrigoyen, que es rechazado por el tribunal en el brevísimo plazo de veinticuatro horas.



Mientras tanto el gobierno *de facto* juzgaba a los hombres que habían integrado el gobierno constitucional. Una comisión especial constituida inmediatamente del triunfo se encargó de husmear en todos los ministerios y reparticiones cuanto pudiera servir de cabeza de proceso contra la administración: la Secretaría de la Presidencia de la Nación gratificaba las denuncias que se hicieran, asegurando reserva... Había que demostrar que era cierto todo lo dicho y repetido sobre robos, exacciones y prevaricatos. Triste misión que fracasó lamentablemente, pues no se llegó a condenar a nadie y la justicia debió sobreseer a casi todos los supuestos malversadores.

De Oyhanarte, en cuya brillante personalidad se había cebado la calumnia, sólo se pudo decir que debía un centenar de miles a un banco; suma, por otra parte, muy inferior a la que debían algunos de sus acusadores. A José Benjamín Ábalos lo acusaron de haberse robado un coche oficial, que después resultó estar en el garaje del ministerio correspondiente pintado de otro color. En Córdoba el interventor designado por la dictadura califica al gobierno depuesto de «banda rapaz», pero se encuentra con todos los sueldos administrativos pagos y el servicio de la deuda pública al día, mientras que cuando termina su intervención se deben dos meses de sueldos públicos y la deuda provincial está impaga, amén de los enormes gastos de estadía y viáticos de la intervención que debe oblar la provincia...

Pero estos resultados vinieron después. Ahora, a un mes de la revolución, la famosa comisión estaba ardiendo en pleno furor investigativo. Y la justicia —esa justicia que Yrigoyen dignificara dándole magistrados virtuosos y absteniéndose de presionarla o halagarla— se prestaba a iniciar procesos contra los caídos. A Yrigoyen también alcanzó la pequeña venganza. Lo procesaron, junto con sus ministros. No importa el pretexto, la carátula del expediente. Sabemos que no fue sino el motivo para vejarlo, para tenerlo en prisión, para martirizarlo espiritualmente. Sabemos que no fue sino la venganza de los pequeños triunfadores contra el gran vencido, a quien había que castigar a toda costa. Si por ellos fuera, lo hubieran colgado en la plaza pública, igual que hicieron con su abuelo, el viejo mazorquero Leandro, los unitarios de ochenta años atrás. Como no podían hacerlo, lo metieron en un buque, lo mudaron cuatro veces de embarcación, lo confinaron en una isla, lo recluyeron un año y medio contra todo derecho. Como en el mito antiguo, este Hipólito tenía que pagar su osadía, su rebelión.

Planteada la posibilidad de que Yrigoyen fuera acusado, su sobrino empieza a buscar un abogado que lo patrocinara. Acude a algunos dirigentes partidarios para hacerles el enorme honor de confiarles la defensa de Yrigoyen, que es como confiarles la defensa de la Patria en la persona de su presidente constitucional. Y aquí viene lo increíble: ¡algunos grandes bonetes se niegan! Después de saber de la debilidad de los suyos frente al motín, el viejo caudillo debía saber también de la ingratitud; todos los cálices debía apurar en su calvario. Hombres que debían todo a Yrigoyen se excusaron con fútiles pretextos. Un ex senador radical por Santa Fe, el doctor Armando G. Antille, enterado de esta situación, ofrece hacerse cargo del

patrocinio de Yrigoyen: el ex presidente acepta y Rodríguez Yrigoyen le escribe agradeciendo su actitud, que ponía término —decía— «a mi gestión por hallar un defensor en esta hora de olvido y de ingratitud».

El 21 de octubre Yrigoyen es nuevamente restituido al *Belgrano*, donde las comodidades son un poco mejores que en el *Buenos Aires*.

Una semana después concurre para indagarlo el juez federal, junto con los fiscales y el secretario. El doctor Antille también viaja con el grupo. Llegan a media mañana. Yrigoyen está abrigado con un poncho de vicuña y en buen estado de salud. Durante un rato conferencian a solas Antille y su defendido. Yrigoyen ha escrito los argumentos que expondrá ante el juez: coinciden con lo que el doctor Antille piensa ha de sostenerse en la indagatoria. Después pasa al camarote el tribunal en pleno. Galantemente el prisionero pide disculpas por ser causa de la molestia del viaje. El doctor Antille presenta al ex presidente y al juez federal: no se conocían, y es sintomático que el supuesto «tirano» no tuviera ni siquiera relación de vista con el magistrado de cuyo resorte suele ser el conocimiento de causas de tipo político. Cuando le presentan a uno de los fiscales, dice un poco agresivamente:

—¿Así que usted es el que me acusa?

—Yo no lo acuso: simplemente denuncié supuestos delitos —se disculpa el fiscal.

Se sientan solos. Empieza a labrarse el acta. Se formulan las preguntas sacramentales:

—¿Nombre?

Yrigoyen queda callado, mirando al magistrado. ¡Preguntarle su nombre, a él cuyo patronímico llenaba toda una era de historia!

Le explican entonces que son las preguntas de ley, y entonces, el indagado contesta.

—¿Edad?

Con cierta ironía, dice Yrigoyen:

—Mayor de edad. —Siempre había tenido ese pudor de la edad que tienen las personas bien conservadas: tenía 78.

Empieza la indagatoria. Yrigoyen cede la palabra a su letrado, que sostiene que los tribunales ordinarios no podían juzgar a su defendido mientras el Congreso no lo hiciera previamente con el juicio político puesto que su renuncia como presidente no había sido todavía considerada por el único cuerpo que podía hacerlo, y en consecuencia continuaba siendo «de jure» el presidente de la Nación: esto, planteado como cuestión previa y negándose a declarar mientras no se dilucide. Terminado el planteo Yrigoyen agrega que la cuestión no era una argucia para eludir responsabilidades, sino un planteo principista perfectamente acorde con su trayectoria, respetuosa de la Constitución y fundada en altos ideales humanos. Así terminó la declaración.

La cuestión legal tuvo su curso, y en diciembre fue resuelta en segunda instancia, no haciéndose lugar, pasando por vía de recurso extraordinario a la Corte Suprema. Paralelamente se había planteado un recurso de

habeas corpus ante el mismo juez para que se hiciera factible el derecho de optar por la salida del país, acordado por el artículo 23 de la Constitución a los ciudadanos que no desearan permanecer durante el estado de sitio en territorio nacional. En los primeros días de noviembre el juez Jantus rechazó el recurso, alegando que estaba bajo proceso y había una cuestión de competencia planteada. Cuando el auto del juez fue considerado en apelación por la Cámara, dicho magistrado había decretado ya la prisión preventiva de Yrigoyen y el embargo de sus bienes a las resultas del proceso. Entonces, la defensa se presentó ante el tribunal de alzada y expresó que la prisión preventiva «ha cambiado fundamentalmente la situación. Don Hipólito Yrigoyen, que hubiera deseado ausentarse del país en el estado anterior de la causa, no desea ampararse ahora en una prescripción legal para rehuir el debate judicial a que se lo conmina. De aquí que haya manifestado categóricamente el señor presidente que ya no desea abandonar el territorio argentino y prefiere afrontar virilmente, como en otros momentos de su vida, la situación en que se lo coloca».

El 10 de noviembre, nuevo cambio de buque. Lo sacan del *Belgrano* y lo llevan al *Buenos Aires*. Mientras está allí, el juez Jantus decreta su prisión preventiva. La incomunicación se hace más rigurosa y hasta el mismo defensor tiene inconvenientes en entrevistar a Yrigoyen. El día 29 el *Buenos Aires* se acerca a la isla de Martín García y desembarca al ex presidente. Ése será el lugar de su confinamiento durante casi un año y medio: isla gélida en invierno, tórrida en verano, malsana y húmeda siempre, se glorifica desde entonces con el recuerdo y la leyenda de su habitante.

3

Mientras Yrigoyen padecía su martirio, también la patria sobrellevaba el suyo. Después de los primeros momentos de euforia revolucionaria, legalizado ya el motín por acordada de la Corte Suprema de Justicia, pasados los sobresaltos de las primeras noches inquietas, dicho ante cien mil ciudadanos aquello de «ahora que se envainen las espadas y que hablen las urnas», el movimiento triunfante empezó a revelar desembozadamente su cabal esencia reaccionaria, entreguista y dictatorial. Los ministros del gabinete nacional, los interventores que se despacharon a todas las provincias (menos San Luis y Entre Ríos, gobernadas por conservadores y antipersonalistas, respectivamente) así como los funcionarios que se nombraron para los altos cargos públicos, pertenecían a la más rancia oligarquía o al incipiente fascismo criollo. El ministerio nacional estaba integrado totalmente por abogados y directores de empresas extranjeras.

A los pocos días de instalarse el gobierno *de facto*, el presidente, su hijo, su secretario y otras personas constituyen una sociedad para obtener representaciones industriales y gestionar operaciones comerciales, entre ellas, la tramitación de créditos del Banco Hipotecario Nacional ¡dependiente del Presidente de la Nación como jefe supremo de la administración, y cuyo presidente era uno de los integrantes de la sociedad! Esa sociedad sería más tarde la gestora de vergonzosos negociados, entre ellos el de la yerba mate, el de la suba del precio de la nafta —cuya rebaja por el gobierno de Yrigoyen significaba para el país un ahorro anual de cincuenta millones de pesos—, el de la cal, etc. Más tarde se verían cosas peores: se vería, por ejemplo, cómo la empresa de comunicaciones cablegráficas cuya presidencia ejercía el ministro del Interior del gobierno revolucionario obtenía milagrosamente en pocos días una concesión cuya tramitación estaba paralizada desde hacía muchos meses, y cómo después de obtenerla era vendida jugosamente a un monopolio yanqui. O cómo un muy cercano familiar del presidente provisional defendía a los proxenetes de la Migdal, cotizando su regreso al país; o cómo el mismo familiar se

hacía nombrar abogado de una empresa ferroviaria que tenía en trámite una concesión a aprobar por el gobierno *de facto*. Y un síntoma revelador de los oscuros compromisos de estos salvadores que le habían salido a la patria: uno de los primeros decretos del gobierno revolucionario dispone la intervención a Yacimientos Petrolíferos Fiscales y la separación del general Mosconi, a quien se le incoa un informe sumario. Más tarde, Uriburu, personalmente, «sugiere» a Mosconi que se aleje del país; y el creador de nuestra industria petrolífera enferma de pena, falleciendo poco después.

Las cesantías en masa de los empleados sindicados como radicales, aplaudida y excitada por los diarios «grandes», superaron en breves días las que había decretado Yrigoyen en dos años y que tanta alharaca produjeran. Los presos políticos se cuentan por centenares. El bando que impone la «ley marcial» —desconocida hasta entonces en el país— rige en toda su brutalidad: son fusiladas sin forma alguna de proceso varias personas, y muchos obreros tildados como agitadores son deportados, y algunos asesinados durante el viaje. Para que no quede dudas de la esencia del gobierno *de facto*, el 2 de octubre se decreta el estado de sitio, a más de la ley marcial que no es derogada nunca, y, naturalmente, los diarios que habían clamado contra similar decreto del gobierno constitucional en circunstancia en que había real necesidad de establecerlo, nada dijeron cuando lo impuso la dictadura... Pocos días después se exoneraba por decreto a un camarista de la justicia de la Capital: *La Nación* aprobó la decisión y con muchos circunloquios llamó la atención sobre el peligro de que se hiciera uso irreflexivamente del derecho de vida y muerte que la dictadura se arrogaba. Desde la Casa de Gobierno se propiciaba la reforma de la Constitución, la derogación de la ley Sáenz Peña y la creación de un partido oficialista integrado por todos los núcleos que habían apoyado el motín. Cada día el país retrocedía años y años de evolución política.

¿Y el radicalismo? Muchos dirigentes habían desaparecido, otros estaban presos, algunos lograron pasar al Uruguay. Un desconcierto y una orfandad desoladoras se adueñaban de la masa radical. ¿Cómo había caído este partido, el más numeroso, el más representativo, el de más alto abolengo cívico del país? La ausencia de Yrigoyen creaba un panorama totalmente nuevo a la Unión Cívica Radical. El director de todas las horas ya no estaba al frente de la hueste. Su nombre era motivo de escarnio y de calumnias. ¿Quién se haría cargo de la jefatura vacante? El presidente del Comité Nacional, doctor José María Martínez, había visitado al ministro del Interior a fines de setiembre para significarle los deseos de colaboración que a su juicio animaba al partido con respecto al gobierno *de facto*. Alvear estaba en París, y dos días después del motín se habían publicado en la prensa declaraciones suyas donde hacía acerbos cargos contra el gobierno depuesto: «Gobernar no es pagar» decía el viejo amigo de Yrigoyen. «Para Yrigoyen no existía ni la opinión pública, ni los cargos, ni los hombres... Quien siembra vientos recoge tempestades... Destruyó su propia estatua...».

Una sensación grave y urticante de estar con una enorme responsabilidad republicana sobre los hombros acometía a los dirigentes del partido: muchos actos de contrición, muchos recuerdos de insensibilidad o de miopía o de debilidad debían

golpearlos ahora. Pero no se podía dejar caer la bandera. El radicalismo era una fuerza imprescindible para el país. La masa radical debía asumir su propia dirección. Poco a poco se iban centrando las opiniones y se iban nucleando las tendencias en torno a una idea: renovarse y resistir. Renovarse internamente superando los viejos métodos y los viejos errores, y resistir el orden dictatorial que se venía encima. Un aliento heroico soplaba de nuevo sobre las filas castigadas.

A principios de noviembre ya es dable observar movimientos internos que demostraban la vitalidad del radicalismo. En Buenos Aires, el Comité de la Provincia exhorta a los correligionarios a la unidad; en la Capital, un Comité de la Juventud pide la disolución de los organismos directivos para facilitar la reorganización. En algunas provincias se empiezan a designar comisiones inscriptoras. El Comité Nacional se reúne el día 9, con la presencia de delegados de doce distritos, resolviendo declarar terminado el mandato de todos los organismos partidarios del país y disponer la reorganización de la Unión Cívica Radical con nuevos registros y bases federales y democráticas. Esta reunión se realizó en el local del Comité de la Provincia de Buenos Aires (Rivadavia 1906) por estar totalmente destruidas las instalaciones del cuerpo, en Avenida de Mayo, con motivo del saqueo del 6 de setiembre.

El mismo día que se adoptaba esta resolución se reúne en Rosario una asamblea de la juventud radical convocada por un núcleo de afiliados de la Capital Federal. Concurren a ella delegaciones de todos los distritos. La asamblea tiene un éxito inesperado: llegan desde la Capital Federal y La Plata ocho trenes repletos de una muchachada entusiasta; de Córdoba arriban casi mil afiliados. A través de todo el recorrido los porteños y platenses reciben el saludo anónimo y emocionado de humildes correligionarios: algún ¡viva Yrigoyen! gritado subrepticamente en una estación de campo entre la mirada adusta de la policía que custodia el convoy; una confianza de los obreros ferroviarios; un pañuelo largamente agitado frente a un paso a nivel; unas flores que se deshojan en Rosario al paso de la caravana: signos todos que evidencian la subsistencia tenaz de la comunión radical. El radicalismo vuelve... En el teatro donde se efectúa la asamblea, el público colma las instalaciones y desborda a la calle. Se pronuncian discursos que trasuntan una firme voluntad de renovación partidaria y se vota una declaración que propugna la realización de asambleas en todos los distritos que erijan comisiones de correligionarios calificados, a fin de apresurar la reorganización partidaria y constituir los organismos nacionales. Pero más elocuentes son las cosas que se callan que las que se dicen. Haciendo pininos sobre la ley marcial, los jóvenes radicales significan su propósito decidido de no dejar perder la gran fuerza cívica argentina.

Toda esta agitación no deja de inquietar. ¡Cómo se atreven a volver los radicales! *La Prensa* dice en editorial que «todos, jefes y componentes, deberán bajar al Jordán y hundirse en sus aguas lustrales para renovar valores y credos primero, y luego reaparecer con las fuerzas ideológicas que el país reclama a los verdaderos partidos orgánicos». El gobierno provisional, por su parte, acentúa su arbitrariedad: en noviembre separa de su cargo a un camarista federal por conceptos vertidos en un voto judicial y lo encarcela; más tarde también separará a tres jueces de instrucción sin que la Corte Suprema proteste ni los defensores presetembrinos de la legalidad cuestionen las inconstitucionales medidas. En diciembre se interviene la Universidad de Buenos Aires y comienza la tercera Contrarreforma con abundancia de expulsiones de alumnos, separación de profesores y reinstalación de las camándulas

oligárquicas. En enero, con motivo del estallido de unas bombas en diversos puntos de la Capital Federal, se intensifica la represión contra las organizaciones obreras; por esos días se captura a los anarquistas Di Giovanni y Scarfó y sumarísticamente son juzgados ambos por un tribunal militar y ejecutados. El gobierno de Yrigoyen había sancionado el Código Penal que excluía la pena capital; pero el gobierno *de facto* se arrogaba facultades omnímodas sobre la vida de los habitantes, imponiendo la ley marcial a los civiles. Las prisiones de radicales y el confinamiento en Ushuaia de un buen número de ellos continuaban. El país también estaba ciñendo su corona de zarzas.

4

Yrigoyen quedó confinado en el islote de Martín García, sujeto a un régimen de prisión atenuada. Al principio estuvo solo: más tarde se logró que su hija Elena pudiera pasar también a la isla para velarlo; con ella fue la señorita Isabel Menéndez, amiga de ella y secretaria del ex presidente desde hacía varios años. Tiempo después también se lo trasladó allí a don Elpidio González. Su sobrino tenía permiso para visitarlo una vez por semana, y a veces viajaba con él el doctor Guardo, su dentista, que con el pretexto de hacerle algún pequeño arreglo dental distraía al prisionero con noticias y comentarios y servía a la vez de mensajero para los amigos. Todas las entrevistas con personas del exterior debían hacerse en presencia de los oficiales de la Marina a cuyo cargo estaba la isla o de los pesquistas que venían con los visitantes.

Vivía en una pequeña casa. Disponía de unas diez manzanas de terreno para pasear, pero debía hacerlo acompañado siempre de un oficial. Sufría mucho por el clima y le molestaban hasta el espeluzno los bichos que abundaban: ratas, cucarachas y otras alimañas de esa laya. Sus quejas al respecto eran tomadas un poco en solfa por el jefe de la isla, que aseguraba que el preso exageraba enormemente la cantidad y las dimensiones del bicherío; pero su venganza ocurrió el día que al propio jefe lo mordió en la mano una rata. Entonces Yrigoyen mandaba puntualmente todas las mañanas al centinela que guardaba su casa para preguntar al jefe «cómo seguía de la mordedura de la rata», sin perdonarle un día...

Hacía una vida sana y frugal. Después del tormento del buque, estar en tierra firme, aun en las precarias condiciones de la isla, era una gran mejora para su organismo. Pronto restableció su salud, aunque seguía delicado de la garganta. Leía mucho y escribía. Había mandado traer las obras de derecho constitucional de Story, Calvo y Estrada y las consultaba constantemente. Toda su vida había tenido la costumbre de escribir en pequeños papeles frases, pensamientos o simplemente ocurrencias que daba a los amigos para que ellos las desarrollaran o que repetía verbalmente a través de su apostolado. Ahora hacía lo mismo con más abundancia,

aunque también dictaba a su secretaria. A su mejoría física había de seguir una recuperación de su estado de ánimo. Pero sus sufrimientos espirituales eran grandes. No se explicaba cómo podía haber ocurrido todo lo de setiembre. Dudaba sobre la actuación de Elpidio González. Llegó a preguntar insistentemente a su defensor si él creía que González había sido un traidor. Sin embargo, nunca se quejaba ni hablaba mal de nadie. Cuando el doctor Antille comentó con indignación una actitud ruin de alguien que debía todo a Yrigoyen el caudillo le dijo:

—Perdónelo... Cuando usted tenga mi edad sabrá comprender cosas que ahora lo indignan...

Estaba alejado de la realidad política: nadie le traía noticias ciertas. ¡A él, que había vivido cincuenta años metido hasta la entraña en la cosa política y que no concebía se pudiera vivir sin ella! No tenía para conversar sino dos mujeres y los marinos que se turnaban en custodia, mentalidades sustancialmente distintas de la suya, con los que hablaba un lenguaje tan diferente que lo cansaba y aburría. Además, la certeza de que el partido vivía horas difíciles, que su obra de toda la vida estaba en peligro y en persecución; la ingratitud de Alvear, que había tenido palabras duras para su gobierno; la enfermedad de su hermana Amalia; el estado de su patrimonio, con una hipoteca pesando sobre su estancia «La Señá» cuyos servicios se le hacía difícil pagar, todo esto eran tremendas preocupaciones para el anciano cautivo.

5

A mediados de febrero el gobierno descubre una conspiración que bajo la dirección del ex inspector general del Ejército, general Severo Toranzo, pugnaba por restablecer el régimen constitucional en el país. Se detiene a muchos civiles y militares, que son alojados en la Penitenciaría Nacional, ya colmada de radicales.

Empiezan por entonces a aplicarse las torturas que habrían de constituir el capítulo más negro de la historia de la algarada setembrina: el director del instituto penal, el jefe de Orden Político y otros funcionarios policiales aplican a civiles y militares los tormentos más espantosos: la cuña, la silla, el balde, la picana eléctrica. Nunca se habían conocido en el país semejantes procedimientos. Después, nutridos lotes de radicales son confinados en Ushuaia con lujo de vejaciones, junto con dirigentes obreros calificados como agitadores. Algunos diarios que se atreven a mentar estos hechos son clausurados. Uriburu se lava las manos más tarde, diciendo que al ocurrir los episodios denunciados él estaba en Salta. Pero no se castigaba a los notorios culpables ni se terminaba con tales bochornos. Se inauguraba así un nuevo estilo de gobierno al que el país había sido ajeno antes: el de la patria para algunos. En tiempos del radicalismo y aun durante el viejo Régimen, por sobre la bandería política, sobre el ataque y la lucha cívica, estaba la patria cobijando a todos los argentinos sin excepción. Ahora, la patria era algo que unos pocos usufructuaban, mientras centenares de ciudadanos eran perseguidos, torturados, encarcelados, confinados y acosados como parias.

En marzo la dictadura toma una iniciativa riesgosa: convoca al electorado de Buenos Aires para elegir sus poderes ejecutivo y legislativo el primer domingo de abril; días más tarde se convoca a Corrientes y Santa Fe para el 19 de abril y a

Córdoba para el 24 de mayo. El gobierno *de facto* está seguro de su fuerza y convencido del desprestigio del radicalismo. En enero, el general Uriburu ha llamado a Honorio Pueyrredón y a Adolfo Güemes y les anuncia que es su intención convocar a elecciones en las provincias.

—¿Qué les parece? —pregunta.

—Que corre un grave riesgo —contesta el ex canciller.

—¿Por qué?

—Porque es posible que ganemos los gobiernos de provincias, y en ese caso usted, presidente *de facto*, presidiría diez o más provincias con autoridades legalmente constituidas.

—Está equivocado, pues no hay quien me gane las elecciones.

—El equivocado es usted. Tenga presente que los militares saben mucho de cuarteles, pero no de política. Eso lo sabemos los que vivimos dentro de ella.

—Bien. ¿Y si llamo a elecciones en Buenos Aires?

—Las pierde.

—¿Quién las ganará?

—Los radicales.

Desde su punto de vista, tenía razón el presidente provisional. El ministro del Interior había manejado bien sus elementos. La policía de la provincia, los municipios y todos los resortes administrativos habían sido entregados a los conservadores: los dirigentes radicales estaban en gran parte exiliados o presos. Desde enero el Partido Conservador había proclamado sus candidatos a la gobernación y vicegobernación de la provincia y desde entonces venían trabajando su elección. A la Unión Cívica Radical restaba menos de un mes para reorganizarse, elegir sus autoridades, designar sus candidatos, efectuar la campaña y marchar a la elección. Pero una pujanza extraordinaria enardecía todos los corazones radicales. Las urnas habrían de decir lo que no podrían decir los diarios, lo que el estado de sitio no dejaba decir. El 12 de marzo se reúnen las convenciones seccionales partidarias en Mercedes, San Nicolás, La Plata, Chivilcoy, Azul y Bahía Blanca para elegir delegados al Comité y la Convención provinciales y candidatos a diputados y senadores provinciales. Tres días más tarde la Convención de la Provincia designa los cuatro delegados al Comité Nacional y elige candidatos a la gobernación a los doctores Honorio Pueyrredón y Carlos Noel.

Al ofrecérsele la candidatura, el doctor Pueyrredón pide que se consulte con los dirigentes de las provincias sobre el verdadero carácter de la elección de abril: si se atribuía a la campaña un sentido de enfrentamiento contra la dictadura, aceptaría; si se la consideraba como un simple acontecimiento electoral, rehusaría. Los dirigentes consultados se expresaron coincidentemente con el criterio sustentado por Pueyrredón, y es en esta inteligencia que acata la designación de sus correligionarios. El 17 de marzo la Convención designa al doctor Mario M. Guido candidato a vicegobernador, atento a la renuncia del doctor Noel. Sólo dos semanas restan al

partido para librar la gran batalla contra la dictadura. Pero el radicalismo se lanza a la campaña con una indestructible fe. Don Juan O'Farrell dirige desde la presidencia del Comité de la Provincia; y de un día para otro, milagrosamente, se consigue dinero, se improvisan dirigentes, se trazan itinerarios, se programan actos. La fórmula recorre la provincia en medio de delirantes manifestaciones. Y el 5 de abril de 1931 «las comunas y las chacras bonaerenses» dan su tranquila respuesta a la dictadura que abochorna al país: 218 000 votos radicales contra 187 000 conservadores y 47 000 socialistas serán las cifras.

Durante todo el mes de abril los resultados del escrutinio conmueven a la república. Grandes multitudes se agolpan frente a los diarios para saber los últimos cómputos. En todas las esferas se tejen las más diversas conjeturas. ¿Qué hará el gobierno? El repudio del pueblo argentino por intermedio del electorado bonaerense quitaba a la dictadura toda justificación, toda autoridad moral. Lo decente era irse. Se había hecho la revolución arguyendo que el pueblo estaba cansado del gobierno radical: ¡y resultaba que el pueblo seguía siendo radical! El dictador había dicho solemnemente «que hablen las urnas» ¡y las urnas hablaron para decirle: váyase!

A mediados de mes, ya afirmada la mayoría radical, se anuncia la renuncia de todo el ministerio; días después se sabe que han hecho lo propio todos los interventores federales. Se habla de la eventual entrega del gobierno a la Corte Suprema. Mas la dictadura está dispuesta a respetar la decisión popular... siempre que le sea favorable. Por de pronto, cumple evitar el desastre en los otros distritos. En Córdoba los radicales han proclamado la fórmula Carlos J. Rodríguez-Amadeo Sabattini, y en Santa Fe, la integrada por Estanislao López-Francisco Beristain, y en ambas provincias las respectivas campañas se están iniciando con las mismas características que en Buenos Aires. Entonces el gobierno provisional suspende las elecciones: en los considerandos del decreto asegura que «no desconocerá ningún pronunciamiento electoral y respetará el veredicto de las urnas en la provincia de Buenos Aires». Pero el nuevo ministro del Interior anuncia que «ha llegado la hora de formar la unión sagrada...» y critica a las «fuerzas depuestas por la revolución que no se han depurado ni han manifestado propósito de enmienda». La máscara del respeto por la voluntad popular ya iba resultando molesta. Pronto se la abandonaría sin ningún escrúpulo.

Por su parte, las fuerzas políticas que rodeaban al gobierno provisional, abandonada ya su primera idea de constituir un partido con todos los elementos gestores del movimiento de setiembre, se abocaban a la tarea de unificar, al menos, los capitales electorales conservadores. A mediados de abril se constituye en Córdoba el partido Demócrata Nacional. Pero los resultados del 5 de abril habían provocado inquietud en los otros partidos: el Socialista Independiente había reclamado elecciones generales, actitud también adoptada por el Partido Socialista, el Partido Demócrata Progresista y algunas agrupaciones locales como el lencinismo. La dictadura sustituye algunos ministros y algunos interventores, y el 9 de mayo convoca

para el 8 de noviembre a elecciones generales con el fin de elegir los miembros de los poderes provinciales y del Congreso Nacional; y, eventualmente, «si las fuerzas cívicas llegaran a una concordancia para la reconstrucción institucional» se extendería la convocatoria a la elección presidencial. Simultáneamente, se posterga la reunión del Colegio Electoral de Buenos Aires, primer paso hacia la anulación del triunfo radical. Algunos conservadores legalistas abandonan a la dictadura. Algunos partidos que apoyaran inicialmente el movimiento setembrino empiezan a criticar abiertamente las medidas antidemocráticas del gobierno *de facto*. Éste trata de defenderse creando la «Legión Cívica», patota uniformada de niños bien que, entre negocio y negocio, entrena al socio y ex secretario de Uriburu.

Los resultados de abril habían vitalizado al radicalismo. Muchos antipersonalistas se estaban acercando de nuevo al viejo tronco, y olvidados ya de las antiguas querellas querían colaborar en una amplia reorganización: el doctor Guido en la fórmula bonaerense había sido la expresión visible de esa aproximación. Los yrigoyenistas, marcados como responsables del desastre de setiembre, aceptaban la llegada de tales elementos, pero querían tener posibilidades decorosas de integrar según su valer las futuras estructuras partidarias y la garantía de que el partido no sería llevado a servir las aspiraciones de ciertos personajes resistidos. Todos sentían la necesidad de aunar fuerzas para reconstruir el partido, pero faltaba el hombre que sirviera de abanderado. Entonces llega para Alvear su momento histórico.

A fines de abril, por fin, llegó a Buenos Aires. Su recepción tuvo un contorno y un significado semejantes a la de Mitre en 1891. Y hasta tuvo el peligro también del famoso abrazo con Roca. Ambos, Mitre y Alvear, eran proclives a la tentación de sentirse próceres y dejarse halagar y usufructuar por pequeños ambiciosos. Mas, en este caso, el pueblo frustró la maniobra. Al llegar el buque al puerto esperaba al viajero un gran gentío que lo vivaba incesantemente. Al salir el coche de la dársena, aparecía en el vehículo, junto con el viajero y la fórmula triunfante en Buenos Aires, un personaje que provocó silbidos y protestas. Era el general Justo, que recibió allí la primera gran rechifla popular de las varias que soportaría durante su trayectoria política. ¡Alvear sí, Justo no! fue el grito que se escuchó desde el puerto hasta el City Hotel donde se alojaría el viajero. Ya en ese momento tuvo Alvear la sensación de la celada que le tendía Justo con la fracción antipersonalista que quería hacer el juego a la dictadura: los silbidos del pueblo lo fueron previniendo de que no cayera en el error histórico de Mitre...

En realidad, Alvear llegaba al país con la convicción de ser el candidato de Uriburu o, por lo menos, de no provocar su rechazo abierto: el dictador le envió al jefe de su casa militar para saludarlo, y el viajero retribuyó la atención visitando la Casa de Gobierno. Pero a poco, Alvear se deja ganar por el pueblo. Su espíritu republicano, su fibra democrática, su nobleza de corazón, no podían soportar la dictadura que por esos días daba el primer zarpazo contra el triunfo popular de abril. Los vivas a Yrigoyen que lo saludaron al llegar, la peregrinación que radicales de

todo el país realizaban hora a hora a su alojamiento contando sus tribulaciones y requiriendo su concurso, la realidad de su viejo partido castigado y perseguido y que a pesar de todo seguía siendo la gran expresión popular, fueron convenciendo a Alvear de que no podía tomar actitudes reticentes. Fue su gran hora. Como un rebaño sin pastor, la masa partidaria lo buscaba y le expresaba su confianza. Sólo algunos yrigoyenistas recalcitrantes sin posibilidad práctica de exteriorizar su posición por estar presos o exiliados resistieron la jefatura de Alvear. La gran mayoría lo declaró como el único que podía reemplazar al gran cautivo. En los primeros días de mayo, Alvear hizo declaraciones a los diarios europeos que fueron reproducidas por la prensa del país: no critica al movimiento de setiembre: «la revolución reaccionó contra desórdenes deplorables e innegables», pero se defiende contra el latiguillo de la dictadura que acusaba al radicalismo de querer volver a los peores usos del pasado: «nadie piensa poner nuevamente en acción a los hombres comprometidos o desacreditados que la revolución eliminó». Se niega a una conjunción con los conservadores y no admite que el gobierno se permita indicar la eliminación de determinados candidatos. Y concluye: «Lo que se dice *personalismo* es la mayoría del Partido Radical: y este partido quiere y debe por su iniciativa, libremente, reorganizar y defender sus cuadros, sin imposiciones exteriores».

Esto significaba la aceptación de la jefatura de un partido donde el yrigoyenismo no fuera excluido. Las sugerencias de Justo, de Melo, de Aldo Cantoni y otros antipersonalistas que por esos días lo visitaran asiduamente eran, pues, desechadas. Alvear no podía desconocer la carne sufriente de un radicalismo que, si había errado, era la auténtica esencia popular y estaba macerándose como en un crisol de sacrificio. Y el 16 de mayo aparece un manifiesto.

Lo firman M. T. de Alvear, Arturo M. Bas, Ernesto C. Boatti, Augusto Boero, Julio C. Borda, Ricardo Caballero, Miguel P. Culaciatti, Juan José del Carril, Francisco Emparanza, Vicente C. Gallo, Alfredo Gotti, Arturo Goyeneche, Adolfo Güemes, Mario M. Guido, José A. Leiva, Remigio Lupo, Gregorio Martínez, Manuel J. Menchaca, Emilio Mihura, Luis Eduardo Molina, Víctor M. Molina, Enrique M. Mosca, Carlos Noel, Andrés J. Noble, Blas Ordóñez, Roberto M. Ortiz, Roberto Parry, José María Piquet, Honorio Pueyrredón, Francisco Ratto, Fernando Sagui, Obdulio F. Siri, Arsenio Soria, José P. Tamborini y Pablo Torello.

Expresa el documento lo grave e incierto del momento político, que reclama ante todo la organización de los partidos para defender los derechos ciudadanos. Dice que es necesario organizar un radicalismo con programa, con contralor de afiliados, y que a la Unión Cívica Radical, «dignamente fortificada en la adversidad», deben incorporarse todos los radicales y todos los ciudadanos conscientes de su responsabilidad. Doce días más tarde los firmantes del manifiesto se constituyen en comisión organizadora del radicalismo, «en presencia de las adhesiones recibidas y de los requerimientos formulados por organismos radicales de todo el país» bajo la presidencia de Alvear, con Adolfo Güemes como vicepresidente, y Enrique Mosca, Julio Borda, Carlos Noel y Obdulio F. Siri como secretarios. Esta resolución sustituía de hecho la autoridad del Comité Nacional que, por otra parte, no se había vuelto a

reunir, y cuyos miembros individualmente estaban conformes con solucionar la crisis partidaria en esta forma. Fue lo que popularmente se denominó la «Junta del City».

Ante la creciente «yrigoyenización» de Alvear, los sectores antipersonalistas más reaccionarios habían expresado su disgusto. Ellos estaban dispuestos a volver al partido, pero siempre que la exclusión de los yrigoyenistas fuera absoluta. A principios de mayo el Comité de Entre Ríos expresaba que «cualquier tentativa de reconstrucción o reorganización del radicalismo debe realizarse sobre bases que signifiquen un repudio categórico a las desviaciones y excesos del régimen depuesto y de los dirigentes que se complicaron y solidarizaron con ellos». La actitud de Entre Ríos hacía punta para separar a los antipersonalistas «netos» de la reorganización del City. A mediados de mes, los de Buenos Aires comunican a Alvear que no colaborarán en la reorganización. Poco después se reúne en el hotel Castelar un buen número de dirigentes antipersonalistas que adhiere a las expresiones del organismo entrerriano y nombra una junta para comenzar su propia estructuración.

Así, desde fines de mayo (1931) las reorganizaciones del City y del Castelar son expresiones de separación definitiva entre el radicalismo por un lado y algunos de los elementos que, abiertos desde 1924, habían contribuido a formar el «contubernio» y formarían más tarde la «concordancia».



La reorganización del City tenía buenas perspectivas de éxito: los delegados a los organismos nacionales del partido ya habían sido designados por Buenos Aires, Tucumán, Salta y San Luis; Santa Fe estaba en condiciones de hacerlo, y en los otros distritos no existían grandes dificultades internas, salvo Córdoba, donde la lucha entre las corrientes renovadoras y los antiguos núcleos había cobrado cierto encono. La junta del City exhortó para que el 20 de julio estuvieran elegidos todos los delegados a la Convención y al Comité Nacional. El hotel era centro de una intensa actividad: diputaciones de todos lados venían a cambiar ideas y a unificar directivas. Una efervescencia enorme hervía de nuevo en el seno del viejo partido. A poco, la junta del City se instala en un nuevo local, Victoria 1094, y desde allí sigue dirigiendo la organización.

A mediados de julio, el gobierno *de facto* se sentía repudiado por la opinión pública, aun por aquellos que en un principio lo habían apoyado: ahora sólo respaldaban incondicionalmente al dictador los nenes de la «Legión Cívica». En la Capital había una racha de bombas y petardos y una permanente intranquilidad. En las universidades eran de todos los días las algaradas, las huelgas y los conflictos. La situación económica seguía mal. En algunas provincias se había rebajado el sueldo a los empleados públicos; en otras directamente no se les pagaba. La vida encarecía y el peso bajaba. Uriburu, con los síntomas de una implacable enfermedad, se

encontraba tan desesperado que llegó a decir que llamaría a los radicales para gobernar, y aun solicitó una entrevista con los miembros de la junta reorganizadora que no se realizó ante la vehemente oposición de Pueyrredón. Gente que no tenía antecedentes políticos repudiaba activamente al gobierno *de facto*. ¡Hasta unos bichos parecidos a las cucarachas pero que picaban cruelmente y que aparecieron por entonces recibieron el nombre del dictador!

Sucedía que el dictador conservaba la esperanza de que el doctor Lisandro de la Torre aceptaría ser candidato oficial, y con ese motivo dilataba la convocatoria a elecciones presidenciales. Por su parte, el general Justo, fraguado ya el pertinente compromiso con los conservadores y los antipersonalistas del Castelar, urgía tal convocatoria. Y para presionar al dictador sobre la necesidad de llamar a elecciones presidenciales y al mismo tiempo para excluir de la liza electoral al radicalismo (condición indispensable para su triunfo) conspiraba con algunos militares para producir un conato revolucionario que asustara a la dictadura y apurara la evolución hacia la «normalidad». Con una duplicidad sin parangón en nuestra historia se puso en contacto con algunos militares yrigoyenistas que de tiempo atrás preparaban un movimiento para derribar a la dictadura y entregar el gobierno a la Corte Suprema. Aseguróles que él, por su parte, estaba en lo mismo y reguló todo el mecanismo del complot a los fines que acariciaba. Así ocurrió que el 20 de julio el teniente coronel Gregorio Pomar subleva a la guarnición de Corrientes y ocupa la ciudad en la creencia de que movimientos similares habían estallado en todo el país. Pero había quedado solo y debió abandonar el territorio argentino con sus compañeros ante la aproximación de fuerzas muy superiores.

El abortado movimiento fue entonces el pretexto para destruir la pujante reorganización radical y ajustar más aún la máquina represiva de la dictadura. Son detenidos Alvear, Pueyrredón, Noel, Tamborini, Ratto, Guido y Torello, a quienes se les «invita» a abandonar el país. Sobre Güemes pesa una orden de detención que éste elude escondiéndose en una quinta vecina a la Capital. En la Capital y en el interior se apresan a centenares de radicales, incluso a todos los electores de gobernador de Buenos Aires. Se clausura *La Vanguardia* y el órgano socialista independiente. Los locales partidarios del radicalismo son ocupados por la policía. También se detiene a algunos dirigentes socialistas. Y como el estudiantado universitario se mantiene inquieto y alborotado, se interviene la Universidad de La Plata, exonerándose a dos profesores y expulsando 32 alumnos, y días más tarde la de Córdoba, donde se separan 10 profesores y 26 alumnos. Mientras tanto, la convención demócrata nacional se reúne con toda comodidad y propone una concordancia política a las fuerzas afines.

En los últimos días de julio abandonan el país los detenidos radicales. Alvear publica en Montevideo un manifiesto que se difunde clandestinamente. El ex presidente sentía ahora en su persona el rigor del régimen cuya inauguración había saludado. Ya era también él materia de dolor y de sacrificio.

Estas medidas de la dictadura infligieron un golpe efficacísimo contra la reorganización radical. Prácticamente el partido quedaba en acefalía y sin posibilidades materiales de cumplir el decreto que ordenaba a los partidos tener sus candidatos legalmente proclamados para el 6 de octubre. Mientras las demás fuerzas cívicas aprontaban su estructuración y se iban nucleando en dos grandes grupos, la Unión Cívica Radical se veía excluida de la legalidad. Además, el exilio de los principales dirigentes y la orden de captura que pesaba sobre Güemes hacían recaer el comando de la reorganización sobre el doctor Gallo y su grupo, que se apresuró a reconstituir la Mesa Directiva de la Junta. La nueva Mesa intensifica su labor con reuniones diarias en el estudio de Gallo: reclama del gobierno *de facto* la libertad de los presos y la reapertura de los comités, por nota que se reitera en dos oportunidades. Al fin, el gobierno *de facto* llama a Gallo al Ministerio del Interior a mediados de agosto, anunciándole que autoriza solamente el funcionamiento del comité de la calle Victoria bajo vigilancia policial y declarando que «a medida que se demuestre el propósito de la agrupación de propender al restablecimiento de los poderes constitucionales por procedimientos que encuadren en la legalidad, se autorizará la apertura de los demás centros políticos». Se habla de una entrevista Justo-Gallo, que éste desmiente. Los yrigoyenistas se sienten excluidos de la organización y temen una entrega al ex ministro de Guerra.

Quedaba apenas un mes y medio para constituir los organismos nacionales del partido en las condiciones más adversas que jamás soportara. A pesar de todo, a fines de agosto se inicia la reorganización de la Capital Federal, proceso candente y delicado por los intereses en juego y las corrientes internas que en el distrito jugaban: la policía allana los locales donde se realiza la inscripción, la que debe efectuarse clandestinamente en casas particulares y afrontando toda clase de peligros.

El 28 de agosto el gobierno *de facto* convoca a elecciones presidenciales, juntamente con las generales del 8 de noviembre. La astucia de Justo triunfaba. En setiembre se habían de reunir los distintos partidos que integrarían la «Concordancia» para proclamar su nombre. Y aun en el seno del radicalismo de Santa Fe se produce a favor de esta candidatura un movimiento dirigido por Ricardo Caballero. Era admirable cómo un personaje como Justo, a quien nadie quería, que todos consideraban blanducho e inescrupuloso, iba logrando sus designios. El momento era difícilísimo para el radicalismo. Pero entonces aparece de nuevo el doctor Güemes, hasta entonces prófugo, y se presenta ante la Junta Nacional protestando por su exclusión de la Mesa Directiva. Ante este conflicto, la Mesa Directiva renuncia en pleno y la Junta resuelve entonces conferir todas sus funciones ejecutivas a ocho de sus miembros: Güemes, Gallo, Saguier, O'Farrell, Mosca, Aramburu, Borda y Noel. Consideró Gallo que la medida era lesiva para él, y se retiró a Tucumán, de donde volvió poco después sin incorporarse a la «comisión de los ocho».

Güemes empieza a desplegar entonces la actividad con que consagraría su figura de gran político.

No lo había sido nunca hasta ese momento. Médico de prestigio consagrado a su profesión, Yrigoyen lo había «descubierto» con ese maravilloso poder de conocer a los hombres que lo caracterizaba; y en un momento difícil para la política salteña, habíale pedido que aceptara la candidatura a gobernador de la provincia. Acosado por el pedido del caudillo, Güemes debió aceptar, abandonando así todo lo que hasta entonces constituía su cómoda vida de solterón rico. Gobernó Salta con el acierto de que el lector ha tenido noticia anteriormente. Después integró el directorio de Yacimientos Petrolíferos Fiscales, y allí, al lado del general Mosconi, había madurado su personalidad y su concepción política. Durante la reorganización del City había sido el tácito fideicomisario de la tendencia yrigoyenista y su intransigencia. Nervioso, activo, férreo en su conducta, revelaba todo su coraje cívico ahora, al frente del radicalismo castigado y huérfano.

El nieto del prócer gaucho se multiplicó por esos días. Primero en Reconquista 480, luego en el local de la calle Victoria; la «comisión de los ocho», cuya presidencia virtualmente ejercía tras el retiro de Gallo, agilizó los trabajos en todo el país, superando las dificultades. Había provincias donde por disposición policial era imposible reunirse a los radicales; en otras, los conflictos internos parecían insalvables; había que atender a los presos y a las familias de los exiliados y rehuir las celadas de Justo. Todo se hizo. Los afiliados de tercera fila pasaron a ocupar puestos dirigentes: los muchachos recién salidos del colegio o todavía en la universidad colaboraban con responsabilidad y entereza. Ciudadanos que nunca habían sido radicales llegaban a pedir su puesto de lucha. Durante el mes de setiembre se logran reunir las convenciones de varios distritos, no sin que ocurran las clásicas peloterías radicales. En la Capital Federal el conflicto pudo ser serio, pero triunfó al fin el buen sentido.

Tras esta labor ciclópea, el 25 de setiembre se constituye el Comité Nacional, designándose presidente a Alvear, vicepresidente 1.º a Saguier y 2.º a Güemes, tesorero a Roque Suárez, protesorero a Raúl Rodríguez de la Torre y como secretarios a Enrique Mosca, Martín Noel, Roberto Parry y Eudoro Aráoz. Días más tarde Saguier renuncia para que Güemes pueda seguir, como vicepresidente 1.º en ejercicio de la presidencia, al frente del partido, designándose en reemplazo de éste a José Luis Cantilo.

El mismo día se reúne la Convención Nacional. Se vota el programa partidario que ha redactado previamente una comisión especial. El 28 a las 16 vuelve a reunirse el cuerpo con 165 convencionales presentes. Se va a proceder a la designación de la fórmula presidencial. Días antes, un grupo de dirigentes ha ido a Montevideo para entrevistarse con el doctor Pablo Torello, que viene de Río de Janeiro, donde reside Alvear. El mensajero adviérteles que Alvear no aceptará la candidatura presidencial por razones que expone: pero la delegación insiste que el nombre del ex presidente es unánimemente propiciado en el seno del partido. Este episodio ha trascendido y por ello hay expectativa en el ambiente: se sabe que desde las esferas gubernativas se ha sugerido el nombre del doctor Gallo para el primer término de la fórmula radical, pues la candidatura de Alvear —se decía en esos círculos— traería aparejado de hecho su veto.

José Luis Ferrarotti lee una declaración política que es aprobada por aclamación. Exprésase en ella en diez puntos que el radicalismo ha resuelto concurrir a las

elecciones, porque ellas pueden significar la conclusión de la situación de hecho que soporta el país; que en el futuro Congreso Nacional los legisladores radicales deberán plantear al gobierno provisional la exigencia de entregar de inmediato el poder a quienes obtengan la mayoría. Critica luego el estado de sitio, que ya tiene más de un año de vigencia, la represión de las libertades públicas, la obsecuencia de la magistratura judicial y finalmente saluda a la juventud universitaria que ha sabido padecer en su lucha por la libertad. La declaración comenzaba expresando: «El concepto de Patria no puede significar la defensa de intereses subalternos, de egoísmos, de rencores, de ambiciones. Patria, para nosotros los radicales, importa la evolución pacífica y fraterna de un pueblo orientado siempre hacia la igualdad sin odios, hacia el trabajo sin servidumbres ni humillaciones, hacia la aplicación ecuánime de la ley, hacia el respeto de la dignidad ciudadana, hacia una democracia sin excesos ni privilegios».

Luego se procede a la elección de los candidatos. Sobre 165 convencionales presentes, Alvear obtiene 147 votos. Para el segundo término es votado Güemes por 134, contra 17 que lo hacen por Mosca y 11 por Saguier. El local de la calle Victoria, desbordante de público, es una vibrante aclamación. Se logra una comunicación telefónica con Río de Janeiro; Alvear se mantiene en su renuncia. No quiere ser motivo de dificultades para el partido y su aspiración es colaborar como soldado en la lucha. Reunida de nuevo la Convención tras recibir un cablegrama confirmando lo expresado, se rechaza la renuncia por aclamación primero, en votación secreta después, por 163 votos contra 2. Comunicado el resultado a Alvear, se recibe pasada la medianoche otra comunicación aceptando la imposición partidaria. Casi a las dos de la mañana termina la fatigosa jornada. Pero el radicalismo había salvado con la fórmula Alvear-Güemes su independencia y su rebeldía ante la dictadura.

Por esta época, los demás partidos terminaban también sus aprontes. El 31 de agosto los demócratas progresistas y los socialistas votan de consuno la fórmula presidencial Lisandro de la Torre-Nicolás Repetto, aunque manteniendo independencia en el resto de las candidaturas. El 10 de setiembre los antipersonalistas proclaman el binomio Agustín P. Justo-Eduardo Laurencena y, por renuncia de éste, Agustín P. Justo-José Nicolás Matienzo; el 16, el partido Demócrata Nacional designa a Agustín P. Justo-Julio Argentino Roca, y el 17, los socialistas independientes anuncian también su apoyo al ex ministro de Guerra de Alvear.

Las líneas estaban tendidas para todos.

6

Yrigoyen, en la isla.

La Cámara Federal había confirmado el auto de prisión preventiva dictado por el juez, y el proceso corría por sus oscuros vericuetos. El último día de 1930 el tribunal de alzada confirmó el fallo del juez que no hacía lugar a la excepción de falta de

competencia opuesta por la defensa desde el momento de la indagatoria; recién en setiembre de 1931 la Corte Suprema habría de pronunciar en forma definitiva la confirmación de esta última resolución.

A fines de febrero se suspenden repentinamente las visitas semanales de su sobrino. Contemporáneamente, el ujier de la Corte Suprema le notifica que su defensor había sido detenido y que debía nombrar reemplazante. Efectivamente, el doctor Antille había sido alojado en la Penitenciaría Nacional por suponerse complicado en la conspiración del general Toranzo, por esos días descubierta. A guisa de explicaciones, el ministro de Marina comunica al prisionero que las restricciones a las visitas de su familia obedecían a haber comprobado el Ministerio del Interior que tenía comunicación subrepticia con el exterior de la isla, «en circunstancias de que elementos de ideas afines a las de su actuación tramaban un alzamiento contra el gobierno que rige los destinos del país». Se dirige entonces el prisionero al Ministerio del Interior, pidiendo que se permita la visita de su sobrino, dada la falta de noticias y la inquietud que le produce la salud de su hermana Amalia, de la que nada sabe. Entonces el ministro del Interior, provisionalmente encargado de la presidencia a raíz de la *tourné* que estaba realizando el titular *de facto* por el norte del país, contestó expresando que «los motivos que indica el señor Yrigoyen no son a juicio del señor Presidente interino, suficientes para admitir la reiteración de esas visitas, y estima también que las noticias sobre la salud de la señora hermana del señor Yrigoyen que éste da como causa para que dichas visitas continúen, pueden perfectamente hacerse llegar por intermedio del Ministerio de Marina». Además se indicaba que en adelante, los pagos que hiciera o cheques que librara Yrigoyen debían ser efectuados por intermedio del Banco de la Nación, que controlaría su exactitud y destino.

Sucedía que en enero había dado a su sobrino un cheque por cien mil pesos para que pagara un ganado comprado recientemente, así como para abonar el arrendamiento del campo de Norberto de la Riestra, la contribución directa de sus dos estancias en San Luis y los servicios de la hipoteca que pesaba sobre una de ellas («La Seña», hipotecada en \$ 300 000 poco antes de asumir la presidencia para solventar diversas deudas contraídas en ocasión de la campaña de 1928). Pero este cheque no había sido pagado, y la persona que había ido a cobrarlo, así como el señor Rodríguez Yrigoyen fueron sometidos a una investigación policial, por suponerse que la suma era destinada a la compra de armas para la revolución. Por esta razón, el gobierno *de facto* intervenía en la administración de sus bienes para ejercer contralor sobre el movimiento de sus gastos. Yrigoyen negóse a aceptar esta medida, prefiriendo no disponer de sus intereses antes que someterse a injerencia tan desdolorosa.

El 18 de marzo se dirige al ministro del Interior para protestar nuevamente por la suspensión de las visitas y por las sospechas que pudiera abrigar sobre «comunicaciones subrepticias con el exterior de la isla», insistiendo se permita venir a su sobrino siquiera una vez por semana. No es difícil imaginar el estado de espíritu del cautivo, ignorante de todo lo que sucedía en el país, asediado por las preocupaciones sobre la salud de su hermana, sobre sus intereses descuidados y sus obligaciones impagas. Recién el 24 de abril, después de casi tres meses de obligada ausencia, pudo llegar el señor Rodríguez Yrigoyen, que para obtener permiso debió dirigirse personalmente a Uriburu, ya que el ministro del Interior persistía en su

negativa. Tres días después le notificaban que el doctor Antille estaba en libertad. Para esa fecha, Yrigoyen había terminado su escrito de defensa dirigido a la Corte Suprema. El 15 de junio recibe telegráficamente la noticia del fallecimiento de su hermana Amalia Y. de Cires. Lejos de su hermana sobreviviente, Marcelina, de sus sobrinos y de sus hijos (salvo Elena), el anciano debió sobrellevar esta nueva pena.



Las restricciones de las visitas de su familia, la detención de su letrado y la intervención de sus bienes no eran las únicas molestias que soportaba Yrigoyen. También lo fueron en grado sumo los interrogatorios a que fue sometido varias veces. Estando todavía embarcado, una de las comisiones investigadoras nombradas por la dictadura le había hecho preguntas sobre la compra de desnaturalizantes llevada a cabo por el Ministerio de Hacienda durante su gobierno; el prisionero desconoció su autoridad y más tarde relató que ante una urgente necesidad de ese producto, la repartición había comprado sin su conocimiento una pequeña partida, prescindiendo de la licitación. Al enterarse, el Presidente ordenó que se suspendiera su recepción y su pago hasta que se levantara el correspondiente sumario.

A fines de abril es interrogado por el jefe de la isla en representación de un juez militar *ad hoc* sobre aspectos administrativos vinculados con el Ministerio de Guerra. Nuevamente Yrigoyen se niega a declarar, sosteniendo su tesis de que sólo el Congreso podía juzgarlo.

Después, el mismo oficial lo interroga sobre la autenticidad de su firma en un decreto de ascensos: «no obstante que parecióme inverosímil la suposición —relató más tarde el ex presidente— que pudiera falsificarse mi firma en el ambiente del gobierno que yo presidía», se limitó a observar la incompetencia del interrogador. Más tarde, otra comisión más: la que investigaba la Administración de la Lotería Nacional: también le desconoció competencia, mas, para orientarlos en su tarea, expuso el criterio moralizador y reorganizativo con que había actuado respecto de esa entidad, las medidas que había llevado a cabo y las iniciativas que consideraba convenientes para su buen funcionamiento.

También la autoridad naval de la isla habíale preguntado si autorizó en alguna oportunidad la extracción de armas del Arsenal de Guerra, adoptando Yrigoyen igual actitud que en los demás casos. Meses más tarde aclaró que jamás había permitido efectuar tales extracciones, ni siquiera cuando el ministro del Interior lo solicitó para armar a la policía de Corrientes. Asimismo fue interrogado por oficiales de la isla en cumplimiento de un exhorto del juez del crimen de la Capital Federal, para saber si eran de su propiedad las acciones de una firma comercial que se suponía habían sido robadas durante el saqueo de su casa. Como en este caso se lo interrogaba en carácter de testigo en una investigación criminal común, contestó que tales acciones habíanle

sido ofrecidas por los dueños de la firma, amigos suyos, que le pidieron les hiciese el honor de figurar como accionista privilegiado en la sociedad; pero él, agradeciendo, declinó el ofrecimiento por estimar que los hombres públicos no debían poseer títulos cotizables en la Bolsa y en consecuencia convino con los ofertantes que retirarían las acciones en cualquier momento de su casa y por eso estaban allí el día del saqueo.

Permanecía, pues, Yrigoyen firme en su planteo de que la justicia era incompetente para llevarlo al banquillo de los acusados, mientras no lo autorizara el Congreso previo juicio político. A pesar del estado de soledad e indefensión en que se encontraba, su apego a los grandes ideales republicanos y su adhesión a la Constitución le prestaban fuerzas para rechazar las sutiles, farisaicas indagaciones de los avenegras a sueldo de la dictadura. Era, así, aun sepultado bajo el protervo silencio que habían decretado sus enemigos sobre su persona, una viviente, una palpitante acusación contra la fuerza que lo había volteado. Pero su gran acusación se manifestaría con su prosa chirriante en los escritos a la Corte Suprema.



La llamada «defensa ante la Corte» de Yrigoyen, está compuesta por los cuatro escritos presentados ante el alto tribunal en fechas 27 de abril, 20 de mayo, 22 de junio y 24 de agosto de 1931, respectivamente, escritos que en realidad integran una unidad dividida a los efectos de su sucesiva presentación.

Esta defensa está compuesta esencialmente de dos partes: la jurídica y la política. La primera está basada sobre abundantes citas de los constitucionalistas Story, Calvo y Estrada —a quien recuerda como profesor suyo— y tienden a reforzar sus argumentos de que sólo el Congreso puede juzgarlo. A los efectos de la presente obra, interesan sólo secundariamente. En cambio, la faz que llamamos «política» o, si se prefiere, personal, es de una extraordinaria importancia para captar el sentido de la obra yrigoyeneana vista desde su propio punto de mira. Hay que recordar que el caudillo escribía estas presentaciones obligado por la circunstancia de estar preso su defensor; que carecía de los elementos bibliográficos o documentales imprescindibles para reforzar sus argumentos; que casi todo estaba escrito sobre la base de los recuerdos personales y que los instrumentos producidos son de primera mano, sin correcciones extrañas, directamente surgidos de la creación personal del ex presidente, es decir, absolutamente auténticos (tanto, que algunos de sus escritos lo fueron de su puño y letra). Ello excluye la idea de cualquier interferencia en su redacción y confiere el carácter de documento personalísimo.



En el primer escrito declara que en razón de estar preso su defensor y como no está dispuesto a nombrar otro

«por suponer que lo mismo estaría expuesto», asumía su propia defensa. Recuerda el principio de división de poderes que caracteriza nuestro régimen republicano y el mecanismo constitucional previsto para el caso de que algún poder del Estado deba ser juzgado por el Congreso. Cita largamente a Story y lo comenta, llegando a la conclusión de que «es evidente que los jueces que tan intencionalmente han procedido [...] son cuando menos, reos convictos y aun confesos por sus actitudes y resoluciones de lesa Constitución». Luego alude a la «situación agravante y atrozmente injusta a que se me tiene sometido desde hace ocho meses», relatando detalladamente los sucesos posteriores a su renuncia y la doblez con que procedió en ese caso el gobierno *de facto*. Relata cómo se enteró por los diarios de la inhibición sufrida en sus bienes «como si fuera un ambulante cualquiera» y afirma con una fe en sí mismo que recuerda palabras de Sarmiento, que «me siento cubierto de todas las falacias y como credo de deber supremo e invocando a Dios sobre la fe de mi infinito convencimiento, que si yo pudiera ser sospechado de la menor inconducta humana, la Divina Providencia no dio a luz en el Universo ningún ser que no se encontrara en mi caso». Resume después sus argumentos jurídicos y anuncia que desea en un próximo escrito analizar las medidas de gobierno «de que han hecho uso para forjar la tentativa de proceso».

Un mes más tarde concluye su segundo escrito, que en realidad no es el que anunciaba sino uno que circunstancialmente debe redactar ante la suspensión de las visitas de su sobrino. Se indigna ante la sospecha de que pueda tener comunicaciones con el exterior y la acusación de haber dado dinero para comprar armas. Ello le hace presumir que «lo que en realidad se quiere es atribuirme a todo trance alguna culpabilidad, de cualquier naturaleza o carácter que fuera». Se queja del interrogatorio a que ha sido sometido por una comisión militar, así como el nombramiento de defensor que el juez Jantus le ha hecho de oficio sin comunicárselo y estando el doctor Antille en libertad. Reitera finalmente el pedido de que se le acuerden «los resguardos y garantías correspondientes», solicitando la presencia de su defensor y del ujier para entregar a éste su defensa.

El tercer escrito es también circunstancial: Yrigoyen sigue preparando su defensa basada en su trayectoria gubernativa, pero las dificultades para comunicarse con su defensor y las mortificaciones a que se lo somete lo obligan a interrumpir su tarea para reclamar ante la Corte. Este escrito comienza dando cuenta del fallecimiento de su hermana y denunciando las prohibiciones y falta de noticias con que se le atormenta. «Agobiado, así, moral y físicamente por esta fatalidad irreparable» tratará —expresa— de terminar con la argumentación jurídica comenzada en el primer escrito. Afirma la importancia de un Poder Judicial libre y recto como condición indispensable para la buena marcha de las instituciones y hace una larga digresión sobre el tema para concluir reiterando la solicitud de que se declare la nulidad de todo lo actuado, desde que la justicia no puede invadir atribuciones del Congreso.

Por fin, el 24 de agosto, concluye su cuarto y último escrito, meollo, en realidad, de toda su defensa, en el cual trabajaba desde abril. «Entraré —dice al comenzar— al examen y al análisis de todas las medidas de gobierno a que se refieren los acusadores y no obstante el íntimo desdén con que los miro, no debo ocultar que mi imaginación se exalta ante tamaña villanía porque no llegué a soñar nunca que hubiera quienes se permitieran semejantes osadías a mi respecto, y ni como hombre público y de gobierno puedo consentir en dejarlas impunes sin hacer la debida calificación de ellas». Comienza entonces a contestar, punto por punto, los cargos concretos que se le hacen: la extracción de armas del Arsenal; la propiedad de las acciones sustraídas durante el incendio de su casa; la aplicación de la ley de ascenso de los militares dados de baja con motivo de las revoluciones radicales; la designación de dos funcionarios consulares; la compra de desnaturalizantes; la investigación de la Lotería Nacional; el ferrocarril Huaytiquina; las cuestiones vinculadas al Ministerio de Guerra. Después de leer estos párrafos no se sabe qué admirar más: lo minúsculo de los cargos formulados contra el ex presidente —llega a preguntársele si prestó un coche de la presidencia a un oficial del Ejército— o la minuciosidad con que, privado de todo elemento para ayudar a su memoria, da razón de su conducta; lo que es ciertamente un nuevo argumento para excluir toda suposición de debilidad mental durante su segunda presidencia.

Luego de refutar uno por uno los cargos, dice: «Y cabe preguntar: ¿dónde está la suposición de los delitos? ¿tienen esos asuntos por su móvil, su índole y su entraña, ese tinte o ese aspecto en algún sentido? ¿o está en la confabulación de comisiones especiales reprobadas por la Constitución, como execradas por la justicia humana, y en los jueces que se prestaron a ello violando todas las garantías que la Nación fijó con caracteres terminantes en nuestra carta fundamental, contraviniendo toda la serena estabilidad de ella y arrasando cada una de sus disposiciones?». Y después de atacar a los jueces que lo mantienen en prisión injusta, expresa: «... no debo sustraerme a la justa y legítima satisfacción de evocar, siquiera sea someramente, la grandiosa simbolización histórica de mi gobierno».

Comienza entonces el análisis de su propia obra, vista con perspectiva de tiempo y tribulación: algo así como una autobiografía póstuma en función de su gobierno. «Fui a imprimirle a la vida pública otra actividad y otro desenvolvimiento que el que le era común», anuncia. «Debía salvar a la Nación de todo el desastre moral y positivo que la había llevado al más intenso derrumbe». Evoca su llegada al poder: «Asumí el gobierno en la situación más difícil por que jamás hubiera pasado la Nación, exhausto el tesoro, sin medios ni siquiera para

abonar la administración y las obligaciones y vencimientos inmediatos de los compromisos públicos, disminuidas las entradas de importación y con la cosecha anual casi en totalidad fracasada; y en muchas partes la indigencia llegando hasta el hambre». Luego esta situación fue haciéndose menos apremiante «hasta mejorar en una gran producción siguiente que se encontró también estancada porque no sólo no había suficientes compradores, ni tampoco buques de transportes». Entonces el gobierno realizó convenios con las naciones aliadas que fueron parcialmente desechados por el Congreso «no obstante los mensajes demostrando toda la importancia y eficiencia del nuevo convenio». A pesar de todo, «el Gobierno pudo llenar sus cometidos en todas las actividades del funcionamiento público sin exacciones algunas y hasta afrontar una serie de obras que constantemente se venían reclamando para el adelanto de los pueblos, sin hacer uso del crédito»...

Con legítimo orgullo recuerda la solución dada a los problemas sociales: «Al llegar al Gobierno no se sentía sino el eco de las protestas y no se veían por todas partes sino las banderolas coloradas, que se tornaron en seguida de las soluciones dadas en una gran manifestación de todos los componentes flameando al frente nada más que la bandera argentina y desapareciendo las huelgas, que tanto gravitaban sobre la labor de la Nación». Y sintetiza así su obra social: «Hice un gobierno de la más alta razón de Estado, con toda la circunspección debida pero sin ostentaciones ni aparatos algunos, de justicia distributiva y lleno de cuidados para remediar todos los males, sobrio y sencillo al alcance de todos, desde los más modestos hasta los más encumbrados elementos sin exclusiones algunas, saturado de bondades para todos, y dije que bajo la bóveda del cielo argentino no habría desamparo para nadie, como así sucedió».

Sigue su visión retrospectiva: «... mejoré en los dos períodos la salud nacional y la condición moral y económica de los hogares, difundí la educación primaria [...] expandiendo y acentuando la enseñanza secundaria como la superior, fundando nuevas universidades y dándole a éstas una comprensión más progresiva y científica [...] democratizándolas en su mayor extensión por medio de reformas conducentes...». Luego viene el aspecto internacional: la neutralidad y la posición ante la Liga de las Naciones. Y aquí, estas palabras solemnes, y ciertas: «... porque nadie llevó más allá ni aplicó con más unción las doctrinas del Evangelio, ni extendió en el horizonte universal idealidades más nobles y más fraternales interpretando los mandatos de la Divina Providencia en las horas más difíciles de la prueba, proclamando la paz universal sobre la base de la igualdad y la solidaridad humana, cuya justicísima proposición vivirá por siempre, siendo la Argentina la Nación que la reclamó, la afrontó y la sostuvo en la hora más dolorosa y de mayor desventura conocida».

«Así —relata—, terminó el primer período, dejando el poder con la inefable congratulación patriótica de haber llenado el cometido tal como lo concebí a través de la larga trayectoria» y se había propuesto «volver a mis actividades de trabajo sobre la vitalidad de la naturaleza para rehacer mis intereses», «pero una sorpresiva reacción, amenazando desviar la legítima cimentación pública tan esplendentemente implantada» lo obligó a lanzarse de nuevo a la lucha. Recuerda luego la campaña y el triunfo de 1928 «por la unanimidad de todos los pueblos, inclusive la Capital». Pero desde el primer momento de su llegada al poder por segunda vez, «pude experimentar la contumaz y recalcitrante resistencia de las agrupaciones adversarias» que perturbaban su obra, no aprobando el convenio con la misión D'Abernon ni otros proyectos y retardando la apertura de las sesiones ordinarias del Congreso con una «larga, inusitada y estéril discusión política», mientras «la prensa connivente» exacerbaba a la opinión en su contra. «En este último caso entre la licencia contenida violentamente o la licencia con todas sus procacidades y entre la prensa reprimida con justas medidas o la prensa desenfadada contra el gobierno, preferí, como siempre, la impunidad». Refiere cómo la política de la oposición era obligarlo a llevar «al ejercicio de un gobierno de sangre y fuego» a lo que él se negó: «di siempre órdenes a la policía que rodara por el suelo si era necesario [...] nunca en ningún caso o circunstancia alguna se arrestó a nadie ni se suspendió un diario ni se estableció estado de sitio ni se tomó la menor medida coercitiva».

Luego habla largamente de sus ministros: «Fijé como condiciones indispensables para el desempeño del cargo de ministro la de no utilizar sus influencias en ningún sentido ni intervenir para nada en las actividades políticas ni ejercer la profesión fuera la que fuese, ni resolver ningún asunto sin mi conocimiento». Recuerda cómo combatió la venalidad en la administración, cómo impuso un sobrio y austero estilo de gobierno, cómo no hizo nepotismo y en cambio se realizaron economías con los puestos vacantes. «No aumentó el Gobierno la circulación fiduciaria ni sacó un solo peso de la Caja de Conversión».

Resume todo lo dicho: «Ésta es la enorme concepción de labores múltiples y de todos los órdenes que hemos realizado y sobre la cual estoy absolutamente convencido que nadie ni nada podrá desvirtuarla, bajo ninguna faz de ella, porque se cimenta sobre comprobaciones incontrastables». Su vida ha sido un permanente servicio: «Le he dado a mi patria toda la savia moral y positiva de mi vida, sin haberla utilizado ni comprometido jamás en ningún sentido. He vivido custodiando sus altares con la más ferviente devoción...». Toda esta obra hubiera podido culminar si no hubiera sido por la «protesta de esos elementos cuya vida consiste en desconocer la evidencia de todo». Relata entonces su actuación cuando el movimiento de setiembre: su enfermedad, el alzamiento, la actitud del vicepresidente. «La impresión que me causó esta noticia, sólo Dios, que me dio vida para sobrellevarla, lo

sabe». Refiere su intento de resistencia, la imposibilidad de hacerlo y justifica su renuncia como un paso hacia la pacificación del país. A continuación sintetiza las aspiraciones del pueblo argentino: «La Nación no quiere sangre ni turbulencias ni desmedros ni menoscabos algunos. Quiere realizarse en el ejercicio de todos los derechos humanos tan justamente conquistados. Quiere vivir la vida de la solidaridad nacional y de la fraternidad universal a la que ha contribuido en horas supremas para implantar, por fin, después de tantos sacrificios, la regularización de su vida por los principios de las leyes inmanentes y las reglas más conducentes a esa finalidad». La solución será la que surja «del mandato de las leyes supremas que rigen la Nación».

No podía faltar en su alegato la mención de la Unión Cívica Radical: «Reveló así, desde los primeros momentos, que era una fuerza poderosa, representativa y exteriorizadora de las más destacantes calidades, nacida y constituida por la requisitoria de las imperiosas demandas [...] y formada no al calor de beneficios ni aprovechamientos sino al conjuro de los más sublimes sentimientos con una integridad en los propósitos y una perseverancia hacia los fines de que no hay mayor ejemplo. Vino a realizarse al escenario absolutamente extraño y libre de toda contaminación, y así se ha mantenido con leal perseverancia y por consiguiente con plena autoridad, afrontando siempre los prolongados martirologios que hicieron vivir a gran parte de los hogares argentinos en las inquietudes, zozobras, angustias y sinsabores consiguientes y en cuya cruenta labor sucumbieron tantos meritorios ciudadanos y desaparecieron generaciones enteras».

Ella fue «... una solemne y vasta concitación, rimada por definiciones siempre armónicas y concordantes con el punto de mira, hacia la orientadora finalidad comprendida por el sentimiento argentino como el más impositivo mandato patriótico, terminando desde el primer instante de su aparición con los antagonismos en que habían vivido los pueblos desangrándose y retardando todos sus progresos y desenvolvimientos, para consolidarse definitivamente en la identificación de su nativa solidaridad nacional, lo que por sí solo constituyó un glorioso acontecimiento...». Con esta exaltada loa a su partido, su pasión de toda la vida, termina este cuarto escrito a la Corte, documento que reclama a los investigadores de nuestra historia política un análisis que nos está vedado hacer en esta obra pero que es necesario para comprender cabalmente todo un período de historia.



Estos escritos eran recibidos muy morosamente por la Corte. El ujier debía concurrir todos los lunes para hacer notificaciones y recibir presentaciones del procesado: pero no lo hacía con la puntualidad debida, lo que motivaba insistentes quejas de Yrigoyen. Entonces eleva un nuevo escrito donde patéticamente clama: «La soledad de toda justicia continúa en torno mío».

El 7 de setiembre dirige otra comunicación al tribunal pidiendo se autorice al doctor Antille a visitarlo para entregarle su cuarto escrito: pero hasta el 16 no se le había permitido venir, por lo que insiste en su pedido. Para esta fecha, la Corte Suprema ya había confirmado el rechazo de la excepción planteada, lo que equivalía a sostener la competencia de la justicia para juzgar al prisionero.

Así pasaban lentamente los días en monótona sucesión de soles y lunas. A fines de octubre el agente fiscal lo acusa en primera instancia por violación de los deberes de funcionario público y malversación de caudales, y pide contra él la pena de dos años de prisión y diez de inhabilitación. En noviembre cumpliría un año de confinamiento en la isla. Un año de silencio, un año de aislamiento, un año de estar encadenado a su roca este nuevo Prometeo cuyo pecado había sido querer arrebatar el fuego a los señores del Universo para ahuyentar la tiniebla que amedrentaba a sus gentes y calentar sus cuerpos ateridos.

Para el radicalismo, la proclamación de la fórmula Alvear-Güemes no significaba, por cierto, el fin de su vía crucis ni la definitiva unificación de sus filas. Restaban muchas dificultades todavía.

Los sucesos se iban precipitando. Alvear y sus compañeros de exilio bajan de Río de Janeiro a Montevideo y quedan allí a la expectativa. El 5 de octubre el Comité Nacional se dirige por nota al gobierno provisional exponiendo las dificultades que soportaba el partido en su campaña: «exigimos igualdad para todos los partidos que van a expresar en las urnas la voluntad nacional». Y concluía pidiendo que «cesen las persecuciones y vejámenes de que son objeto nuestros correligionarios en todo el territorio de la Nación». La respuesta de la dictadura llegó al día siguiente con la medida más incalificable y arbitraria de que haya memoria en nuestros anales: el veto a la fórmula radical.

Ya en julio había decretado el gobierno *de facto* que las «juntas electorales y escrutadoras de la Nación y provincias no oficializarán listas de candidatos donde figuren nombres de las personas que actuaron en el gobierno y en las representaciones públicas como adictos al régimen depuesto el 6 de setiembre». Ahora llevaba a la realidad esta amenaza declarando a los integrantes del binomio radical, «inhabilitados para figurar como candidatos a presidente y vicepresidente de la Nación». Creaba así la dictadura incapacidades no previstas por la Constitución, y se erigía en juzgador de condiciones en las que sólo podían ser árbitros los organismos electorales correspondientes y, en última instancia, el Congreso. La medida era, por otra parte, tanto más infundada cuanto que era notorio que ni Alvear ni Güemes habían estado directamente vinculados al régimen depuesto, y aun el primero lo había condenado públicamente. Pero es que la dictadura estaba decidida a no dejar triunfar al radicalismo, y cualquier medio era conducente. Ya en tren de barbaridades, dos días después se decreta la anulación, lisa y llana, de las elecciones del 5 de abril. Todo viso de respeto por la legalidad habíase abandonado.

En el radicalismo, el veto produjo una extraordinaria impresión. Los doctores Noel y Mosca viajan a Montevideo para considerar con Alvear la situación; dos días después, llegan también a la vecina orilla don Luis Güemes y Julio Borda. En el hotel donde reside el candidato a presidente reina intensa actividad. Alvear vacila entre la posición abstencionista que sostienen muchos, o la transaccional de renunciar y elegir un candidato mejor visto por el gobierno *de facto*. Pero la noticia de la anulación del 5 de abril le hace desechar sus escrúpulos: está visto que hay un plan para excluir al radicalismo. No se lo puede admitir. De todos modos entrega su renuncia por fórmula, para que la Convención Nacional la considere en la reunión extraordinaria a que ha sido convocada.

Ante el ejemplo dado por el gobierno *de facto* en el orden nacional, los

interventores de las provincias usan de la recién descubierta facultad del veto para hacer su política local: en San Juan, los conservadores piden al interventor que vete a Cantoni; en Mendoza se niega personería a los lencinistas; en La Rioja el interventor veta a todos los candidatos de la Alianza, y, naturalmente, los candidatos radicales que se van presentando son rechazados en los demás distritos.

El país vive un clima preelectoral de suma violencia; por esos días se «descubre» un complot para asesinar a Uriburu, y con ese motivo se producen nutridas detenciones en la Capital Federal y Rosario; días más tarde se vuelve a «descubrir» una revolución en Mendoza. Los coroneles Cattáneo y Adalid, destituidos de sus cargos poco antes, son confinados en Ushuaia. En Córdoba se apresa a casi todos los presidentes y dirigentes de los comités radicales, y se clausura el comité central; el jefe de la policía de la provincia reúne a los periodistas y corresponsales para anunciarles que les queda prohibido mentar estos hechos. Los candidatos de la Alianza son agredidos en su gira hasta el punto de tener De la Torre que suspender su excursión por Cuyo. En Bragado soporta un atentado el doctor Alfredo L. Palacios, incorporado nuevamente al Partido Socialista.

El 12 de octubre por la tarde se reúne la Convención Nacional de la Unión Cívica Radical. Asisten 100 delegados. Dos días antes, el Comité Nacional había emitido dictamen aconsejando la abstención, fundando extensamente esta opinión. Se lee la nota del alto cuerpo, que es recibida con aplausos, así como las renunciaciones de Alvear y Güemes a sus respectivas candidaturas. A pedido de un convencional, la presidencia designa una comisión especial integrada por un delegado de cada distrito, que se encargaría de aconsejar la actitud a adoptar, previa consulta con los delegados y correligionarios expectables. Se pasa luego a cuarto intermedio. Toda esa noche y el día siguiente trabaja la comisión. Fue en su seno donde destacó su nueva personalidad política un ciudadano recién incorporado al radicalismo: don Ricardo Rojas, afiliado recientemente durante la inscripción clandestina y designado delegado por Jujuy, cuya trayectoria en el campo cultural había sido tan afín con la del radicalismo en el campo político que bien podía decirse de él que había sido radical treinta años sin saberlo. El día 13 concurren Ricardo Rojas y el presidente de la Convención, doctor Benjamín Zorrilla, al comité interpartidario de la Alianza Socialista-Demócrata-Progresista. Van a palpar el ambiente para una eventual abstención de ese núcleo, ante la inconstitucional medida de la dictadura. Pero el planteo no tiene mayor eco: la Alianza se ha limitado a emitir una declaración criticando el veto. Nada más. Sabiendo que la competición es un sucio chanchullo desde que se eliminaba a quien tenía mejores probabilidades de ganar, los socialistas y los demócratas progresistas se dieron por cumplidos con una declaración lírica, sin abonarla con el hecho concreto de retirarse de la justa y dejar el campo libre al candidato del fraude, para testimoniar lo vicioso de su origen. Unos prefirieron obtener la gobernación de Santa Fe, los otros las bancas metropolitanas y bonaerenses que jamás hubieran podido lograr con la competencia radical. Fueron cómplices y cohonestadores de la defraudación a la voluntad popular: «comensales menores de la orgía justista».



El 14 de octubre vuelve a reunirse la Convención Nacional, con 117 delegados. La comisión ha producido despacho. En su parte resolutive dispone no aceptar las renunciaciones de Alvear y Güemes y mantener sus candidaturas; considerar que la anulación de las elecciones del 5 de abril carece de valor legal; protestar por los decretos que obstruyen la libre opinión de las mayorías; declarar que los actos denunciados colocan al radicalismo en condiciones de inferioridad con respecto a otros partidos, y «quiebran la decisión permanente de la Unión Cívica Radical de participar en la obra de reconstrucción pacífica institucional»; denunciar ante la opinión pública a los partidos democráticos que no se solidaricen con el derecho vejado. Finalmente se formula un voto por la abstención, en caso de que la situación de hecho creada por el gobierno provisional se mantenga. El despacho se aprueba por unanimidad, mientras en el local de la calle Victoria, convencionales y público entonan el Himno Nacional. Termina la asamblea con una manifestación que espontáneamente se improvisa y recorre algunas calles del centro flanqueada de sablazos y corridas.

Al otro día se reúne la Mesa Directiva del Comité Nacional para hacer efectivo el mandato de la Convención.

En realidad, todavía no se había declarado la abstención en forma oficial: previamente debíanse agotar las gestiones para abrir el comicio, por medio de una formal requisitoria a la dictadura. Sin embargo, los concurrentistas no se dan todavía por vencidos. Saguier y Gallo han manifestado a la comisión que la posición partidaria es endeble y que se debía proclamar una fórmula que no atrajera el veto del gobierno *de facto*, sin desconocer lo que la medida tenía de arbitraria. Gallo viaja a Montevideo, expone a Alvear su posición y luego vuelve al país a fin de explorar el criterio gubernativo para el caso de que el radicalismo cambie la fórmula: obtiene oficiosamente la promesa de que el partido tendrá garantías, los desterrados podrán volver, los presos serán puestos en libertad siempre que no conspiren, y la fecha de las elecciones será postergada: pero subsistirá la anulación de los comicios del 5 de abril y el nombre de los candidatos presidenciales tendrá que ser aprobado por el gobierno. Eso y entregarse de pies y manos a la dictadura era todo uno, traicionando además las esperanzas del pueblo. La Mesa Directiva no toma en cuenta las gestiones de Gallo, que desde entonces se aleja de la actividad partidaria.

Había que poner en evidencia toda la arbitrariedad de la dictadura: el 20 de octubre se exige por nota al Ministerio del Interior la derogación de los decretos restrictivos de libertad comicial, el levantamiento del estado de sitio y la apertura de los comités radicales. Al otro día el gobierno *de facto* contesta con una nota violenta y procaz: simultáneamente pasa a la justicia criminal la resolución de la Convención Nacional, afirmando que su texto configura los delitos de desacato y sedición.

Entonces, documentada la transgresión del gobierno *de facto* a toda norma legal, el 27 aparece la resolución de la Mesa Directiva declarando la abstención electoral de la Unión Cívica Radical en todo el país en los comicios del 8 de noviembre de 1931. Al mismo tiempo se publica el manifiesto titulado «El comicio cerrado», redactado por Ricardo Rojas, página vibrante de hondo patriotismo que resume toda la

persecución padecida, el contenido doctrinario y sentimental del radicalismo en su lucha por la Constitución derogada, así como la iluminada esperanza en el triunfo que alienta los esfuerzos del partido popular.

Comenzaba la proclama anunciando que «el gobierno de hecho ha comunicado a la Unión Cívica Radical que efectuará las próximas elecciones con prescindencia de la ley, para darse un sucesor por medio de la fuerza». Demuestra luego la falacia de los argumentos de la dictadura al negar al radicalismo la posibilidad de llegar al comicio. Recuerda diversos episodios de la historia patria comparándolos con actitudes de los hombres que ejercen el poder, y afirma: «El espíritu del radicalismo, que es el espíritu de Mayo y de la Constituyente, palpita no sólo en la reforma electoral contra la oligarquía política, sino también en la reforma universitaria contra la oligarquía doctoral, y en la reforma obrera contra la oligarquía económica. Estas tres fuerzas reaccionarias, de filiación exótica o anacrónica, son las que se han unido contra la Unión Cívica Radical apoyándose en prejuicios virreinales y en ambiciones entorchadas. Las líneas están tendidas, y el pueblo lo sabe». Enjuicia a continuación las palabras y los hechos de la dictadura. Y expresa: «En tales condiciones, la Unión Cívica Radical declara ante la Nación y ante el mundo, que un gobierno de hecho le ha cerrado el comicio». Y luego, un canto de esperanza. «De un lado lo efímero, del otro lo perenne; de un lado lo de algunos, del otro lo de todos; de un lado el capricho, del otro la ley; de un lado la oligarquía gozadora, del otro el pueblo sufridor; de un lado el exitismo, del otro la esperanza, y con nosotros la voluntad resuelta a seguir combatiendo por los ideales de nuestra nacionalidad. En la iniquidad que denunciarnos, el radicalismo se exalta y purifica como un leño en su llama. La prueba a que se nos somete es nuestra justificación ante la historia. La Unión Cívica Radical no vive de anécdotas electorales ni de días burocráticos, sino de ideales heroicos y de lustros históricos. Nuestro es el porvenir, porque la juventud y el pueblo están con nosotros».

Se iba quemando la etapa preelectoral con las mismas características que mancillaran todo el proceso. En Mendoza y en Buenos Aires se adoba un fraude escandaloso. Cuatro días antes de las elecciones, los interventores federales autorizan a hacer uso de una amplia libertad de palabra en las reuniones públicas: hasta entonces no se había permitido que los oradores criticaran la actuación del gobierno *de facto*... El día de la elección se levanta por 24 horas el estado de sitio. Y así, con el partido mayoritario excluido del comicio, con millares de argentinos en el exilio, o en la prisión, con censura en la prensa y fraude en varios distritos, con todo el peso del gobierno a su favor triunfa malamente en la parodia electoral del 8 de noviembre de 1931, el general Agustín P. Justo. El motín del 6 de setiembre ya estaba cubierto y a salvo.



El dictador, ya gravemente enfermo, quería apurar el proceso de la entrega del poder. Se dieron, pues, los últimos pasos para completar la «normalización» del país, sin más perturbación que la entrada que hizo a La Paz (Entre Ríos) un denodado grupo de exiliados, entre ellos el general Toranzo, el teniente coronel Pomar y algunos civiles —el doctor José Benjamín Ábalos, los hermanos Kennedy, los hermanos Soler y Urquiza y otros— que fue calificado por el gobernador de Entre Ríos como «aventura de bandoleros» y reprimida con criterio concordante.

El 7 de enero el gobierno *de facto* aprueba por decreto las elecciones del 8 de noviembre y declara constituido el Congreso, al que convoca para el 20 del mismo

mes. Durante el intertanto se realizan elecciones municipales en la Capital Federal y en varias provincias, a las que no concurre el radicalismo. El 30 los colegios electorales eligen presidente y vicepresidente de la Nación; el 16 de febrero la Asamblea Legislativa proclama a los ciudadanos designados. Y el 20 de febrero de 1932 se consuma todo con la transmisión efectiva del mando.

8

La víspera de la transmisión del mando aparece un decreto del gobierno *de facto* indultando a Yrigoyen. Ya el 31 de diciembre pasado Uriburu había anunciado a Luis Rodríguez Yrigoyen que la libertad de su tío estaba resuelta, aguardándose el momento más oportuno para hacerla efectiva. A mediados de enero se había hablado de una medida general para todos los presos y exiliados, que luego se desmintió. Sólo se dictó un decreto para terminar con la situación del ex presidente, que constituía por sí sola un tremendo baldón contra la dictadura. El decreto expresaba en sus considerandos que «la detención y proceso del ex presidente don Hipólito Yrigoyen respondió a una penosa e inevitable necesidad, sin que en ningún momento se abrigaran contra él o sus colaboradores designios de persecución o de venganza». La afirmación era loable, más los traslados, las amenazas, las restricciones y el confinamiento que había padecido el anciano a través de un año y cinco meses no corroboraban lo expresado sino que, por lo contrario, evidenciaban mezquinos propósitos de mortificarlo física y espiritualmente. Pero Uriburu tenía a veces unas salidas realmente admirables: ¡el usurpador indultando al presidente constitucional! Tan incongruente resultaba esta actitud como increíbles aquellas palabras que dos meses más tarde dijo al morir en París: «Perdono a mis enemigos...».

Yrigoyen rechazó el indulto.

No bien fue notificado de la medida, su defensor presentó un escrito expresando: «El doctor Hipólito Yrigoyen no puede aceptar ese acto de gracia, que no ha impetrado y que no necesita». Y agregaba: «Buscando agobiar su espíritu y castigar la adhesión innegable de sus conciudadanos, el gobierno “*de facto*” por medio de “comisiones especiales” y de jueces que no son los jueces que la Constitución tiene señalados, creó delitos imaginarios y obtuvo la apertura de un proceso. Ha mantenido esta situación mientras se halló en el poder. Pero a poco de abandonarlo, poseyendo la convicción más absoluta de que la sentencia a dictarse por los propios jueces que había elegido sería absolutoria, ha querido agraviarlo con un indulto que el doctor Hipólito Yrigoyen ni ha pedido ni acepta». Pedía, en consecuencia, se continuara con el procedimiento y se dictara oportunamente la absolución.

Pero de todos modos, la orden del gobierno *de facto* debía cumplirse. El viernes 19 de febrero, a mediodía, comunican al cautivo que en el término de dos horas debe aprontarse para ser embarcado. Ignorando el motivo, Yrigoyen obedece. Más de un día y medio dura el traslado a la Capital Federal, que normalmente no demora más de tres horas, a la espera de que no sea muy notorio el desembarco. El mismo día de la

transmisión del mando, bien entrada la noche, llega a la dársena Norte el guardacosta *Independencia*. Aunque se había negado que el ex presidente desembarcaría ese día, mucho público lo esperaba en el puerto. Llegaba acompañado de su hija y de la señorita Menéndez, un poco más atezado el cutis, un poco fatigado por el largo viaje, sin cambios aparentes en su fisonomía, sencillo y cordial como siempre. Sube a un coche oficial que lo está esperando. El vehículo, después de atravesar la espesa masa de público que lo rodea, se aleja hacia una casa de la calle Sarmiento entre Carabelas y Suipacha, donde vive su sobrino Luis Rodríguez Yrigoyen. Allí se concentra en pocos minutos un buen golpe de gente, que viva incesantemente su nombre. Yrigoyen sale brevemente al balcón, saluda con su característico gesto a modo de venia militar, y entra. La gente sigue agolpándose. Algunos amigos personales y dirigentes políticos logran entrar a saludarlo.

Un periodista de *La Nación* que consigue acercarse al ex presidente, escribe al otro día sus impresiones: «En su manera y en su porte, nada delata al hombre que ha permanecido detenido por espacio de cerca de dieciocho meses. No hay un solo rasgo duro en su rostro ni sus palabras han perdido el acento habitual. Como pareciendo obedecer a una consigna que se impusiera, el señor Yrigoyen guarda silencio sobre los episodios de que ha sido protagonista, y ni siquiera recoge las alusiones que alguien hace respecto de ellos».

Empiezan a llegar mensajes de todas partes. Luis Alberto de Herrera, desde Montevideo, resume en un cablegrama la verdadera situación, la cabal perspectiva que ofrece el viejo caudillo repatriado: «lo saludo triunfador y más grande que nunca, después del mucho sufrimiento...».

Mientras tanto, la gente, impedida de permanecer frente a la casa por la policía, improvisa una manifestación que se corre por Suipacha hasta Avenida de Mayo. En el comité de Victoria les tiran por la ventana unas banderas y no necesitan más los manifestantes para correrse hasta el centro, donde silban el Jockey Club, tienen un incidente frente a un bar e intentan quemar los diarios *Última Hora* y *La República*. Es que por debajo de la ceremonia oficial y protocolar de la transmisión del mando, huérfana de pueblo, ese día hubo otra ceremonia improvisada, cálida, agresiva y exaltada como todo lo radical: el saludo del caudillo por su gente, el arribo del viejo conductor a los brazos de los suyos.

9

La instauración del gobierno pseudoconstitucional traía aparejado el incremento de la actividad del radicalismo. El 23 se levanta el estado de sitio. Retornan los exiliados en grupos, y su llegada motiva manifestaciones entusiastas. La de Pueyrredón da lugar a una gran concentración cívica.

A mediados de enero, la Mesa Directiva del Comité Nacional había resuelto activar la movilización partidaria cuando se levantara el estado de sitio; ahora había

decidido realizar un gran acto el 27 de marzo como desagravio a los ciudadanos exiliados y vetados, para repudiar la gestión del gobierno *de facto* y ratificar la legalidad del triunfo del 5 de abril. Fue ésta la primera asamblea pública radical después de año y medio de silencio, mas su éxito fue bien significativo. Se realizó frente al monumento a Alem, ante una enorme muchedumbre.

El partido estaba ahora frente a un nuevo orden de cosas sobre el cual debía pronunciarse. La Mesa Directiva del Comité Nacional convocó al alto cuerpo y durante tres días se deliberó, informando todo lo actuado desde octubre de 1931, y ofreciendo la renuncia de sus miembros. El Comité Nacional rechazó las renunciaciones, aprobó la conducta de la Mesa Directiva y resolvió convocar a la Convención Nacional para principios de abril, a fin de que se expidiera sobre el momento político.

Sería una Convención difícil. Se trataba de fijar la posición del radicalismo frente a un gobierno aparentemente constitucional, pero emanado de elecciones viciadas y dispuesto a usar de la arbitrariedad con tanta desenvoltura como la dictadura de la que procedía. La delegación cordobesa llegaba a la Convención con un mandato férreo: propiciar una declaración que expresara que las actuales autoridades nacionales, provinciales y municipales lo eran de hecho. Esta declaración abría la posibilidad de que el gobierno declarara ilegal al partido y recomenzara una persecución que sus dirigentes no temían pero que era inconveniente para la futura táctica política. Una gran expectativa nacional se abría ante la reunión del alto organismo.

El 3 de abril se reunió la Convención Nacional, en el local de la calle Victoria. Como siempre ocurría en esta época, un público atento y entrometido colmaba las instalaciones del comité y se derramaba en la calle. Se lee el informe del Comité Nacional sobre la actuación desarrollada desde octubre de 1931 en adelante: se aprueba y se tributa al alto cuerpo un voto de aplauso. Al otro día se decreta la reorganización general del partido, atento que la realizada a través del año anterior había adolecido de los defectos propios de las circunstancias dentro de las cuales hubo de desenvolverse. Y el día 6 de abril se lee el despacho que, tras graves deliberaciones, ha producido la comisión especial presidida por Ricardo Rojas.

Lo preceden largos fundamentos. «La voluntad popular no ha podido manifestarse libremente en los comicios del 8 de noviembre de 1931: por consiguiente, los poderes nacionales, provinciales y municipales que hoy gobiernan la República no son la expresión de la soberanía y falsean en sus bases los principios del gobierno representativo». Se desmienten las «hablillas aviesamente cismáticas o francamente interesadas» que dan al radicalismo como próximo a un entendimiento con el oficialismo, y se refutan los argumentos de quienes propugnan una concordia o tregua política, estableciendo la diferencia sustancial del radicalismo con los partidos «de izquierda» o «de derecha». Afirma que «la situación social del país después del 20 de febrero de 1932, no es muy distinta de la que imperó durante la dictadura. Se mantienen restricciones al derecho de reunión; los radicales siguen siendo encarcelados, sobre todo en provincias como San Juan y Buenos Aires; el conflicto universitario sigue en pie; la Legión Cívica no ha sido disuelta; los obreros son sableados, como en Rosario; los hombres de la dictadura continúan en auge prepotente; se sigue cobrando impuestos ilegales; la justicia mantiénese parcial en los procesos de las torturas o de cariz político; el Congreso carece de mayoría popular; el Ejecutivo carece de un partido orgánico que lo sostenga con su fuerza civil, no quedándole para su estabilidad sino la fuerza militar con que se nos amenaza en algunos diarios y corrillos». La parte resolutive declara que los poderes nacionales,

provinciales y municipales «son autoridades de fuerza, creadas al margen de la Constitución y de la ley», que las elecciones del 5 de abril de 1931 son las únicas válidas para la provincia de Buenos Aires, y que el partido debe prestar su apoyo para la constitución de los poderes surgidos de ellas; que se expulsará a todos los afiliados que acepten cargos en los oficialismos; que los miembros del Poder Judicial que declinen de sus deberes serán sometidos oportunamente a las sanciones constitucionales. Protesta por los gravámenes al trabajo y a los salarios establecidos por decreto, y finalmente ratifica el principio de que sólo podrá restablecerse la normalidad de la Nación por medio de comicios encuadrados dentro de la Constitución.

Cuando se terminó la lectura del despacho, una emoción incontenible humedecía todos los ojos. Como un solo hombre levantáronse delegados y público, y con voz tonante y quebrada entonaron el Himno Nacional. Se tuvo el despacho aprobado por aclamación.

Con la declaración tirada se había logrado salvar la posición principista y jurídica del radicalismo en un intransigente enfrentamiento con el gobierno de Justo, sin llegar a darle oportunidad para acusarlo de revolucionario. Pero se abría ahora un problema sin solución inmediata. El partido se había metido en un camino que sólo tenía una salida: la revolución. La declaración del 6 de abril era terminante. No cabía otro corte. A un «gobierno de fuerza» como el que existía en el país, no se le podía hacer una cortés oposición, al estilo inglés: había que voltearlo por la fuerza. Pero no había en el partido una unánime conciencia revolucionaria. O, más bien, la había en el pueblo radical, mas no en todos los dirigentes. Algunos conspiraban, pero muchos —Alvear el primero— consideraban insensatos y contraproducentes tales planes. Ciertamente era difícil conspirar eficazmente: el gobierno vigilaba a los posibles conjurados y veía peligros por todos lados. A tanto llegaba su inquietud que en oportunidad de arribar un buque de guerra uruguayo al puerto de Buenos Aires se le negaron los saludos reglamentarios y se le tuvo en vigilancia e incomunicación toda la noche sin permitir desembarcar a su tripulación, en la sospecha de que a su bordo venía el general Toranzo: incidente lastimoso que provocó la ruptura de relaciones por parte del país vecino. En otra ocasión, la prevención oficial asumió caracteres más trágicos: el 28 de junio, a medianoche, fue alevosamente asesinado en Curuzú Cuatiá, el teniente coronel (R). Regino P. Lescano, cuyas actividades se presumían revolucionarias. El crimen fue perpetrado por civiles y policías correntinos, a quienes el gobernador de la provincia felicitó más tarde por su eficiencia.

El velatorio del infortunado militar en el local del Comité Nacional y su posterior entierro, bajo un tremendo temporal, dieron lugar a una imponente manifestación de protesta popular contra el hecho y sus impunes ejecutores.

El ambiente se iba oscureciendo cada vez más. El malestar económico era muy grande. Días antes de la transmisión del mando, el gobierno *de facto* había creado por decreto varios impuestos, y aumentado las tasas de otros; poco después de la asunción del poder por el gobierno «constitucional» se habían hecho revelaciones que indicaban la situación desastrosa de las finanzas nacionales, para cuyo paliativo se solicitó al Congreso autorización a fin de emitir un «empréstito patriótico» de \$ 500.000 000 y realizar drásticas economías. Por esos días, Gran Bretaña firmaba con sus

estados asociados los convenios de Ottawa, cuyas consecuencias asustaron tanto al gobierno que no trepidó en enviar al vicepresidente Roca a Londres, con el fin de entregar de pies y manos nuestra economía a cambio del mantenimiento del mercado inglés para nuestras carnes —o mejor dicho, para las carnes de la oligarquía cuyo instrumento era—. La desocupación aumentaba día a día, y los afectados realizaban protestas y manifestaciones. La «maffia» llevaba sus actividades a extremos de audacia increíble, perpetrando los secuestros y los asaltos más estupendos que registran nuestros anales policiales. Eran tiempos malos éstos del '32. ¡Cómo serían de malos que el único motivo de satisfacción para el país lo daría un atleta argentino al ganar la maratón en las olimpiadas internacionales...! Todo era penoso y sucio. La crisis, la desocupación, la falta de trabajo y de plata eran temas que de tan repetidos ingresaban al repertorio del cancionero popular... Malos tiempos. En toda América, Perú soportaba una dictadura feroz; Brasil estaba estremecido por una guerra civil casi permanente; había revolución en Chile; incidentes fronterizos entre Paraguay y Bolivia que pronto se convertirían en guerra; en Estados Unidos crujía pavorosamente su sistema económico. El pueblo clamaba por la revolución y aprovechaba todas las reuniones públicas para vocear su reclamo a las autoridades partidarias.

—¡Revolución! ¡Eso es! y ¡nada más! —había barbotado Adolfo Güemes con una emoción que le opacaba la voz, al llegar en peregrinación cívica a Mendoza, ante una multitud exaltada que cubría la palabra de los oradores con su persistente estribillo.

Pero las autoridades partidarias no estaban oficialmente en ese planteo. Es que el gobierno de Justo parecía condenado a pocos meses de vida, sobre todo por representar un estado de cosas mantenido «contra natura». La composición de las representaciones públicas no traducía la real composición política del país. El gabinete era un rejuntado de sectores en el que figuraban desde el ciudadano que fuera candidato a presidente por el contubernio en 1928 hasta el pequeño y activo político que provocara la escisión del socialismo en su afán de servir los intereses conservadores. Doce de las catorce provincias soportaban gobiernos de la Concordancia: siete conservadores y cinco antipersonalistas; en Santa Fe gobernaban los demócratas progresistas y en Entre Ríos los antipersonalistas no concordados. En el Congreso tenían mayoría relativa los conservadores, ostentando en la cámara joven 44 bancas los socialistas, éxito de platea nunca alcanzado antes y que ciertamente no era expresión de un aumento real de adherentes. Esta falsedad de la situación oficial traía aparejada su permanente inestabilidad.

Los negociados empezaban a evidenciarse. El intendente de la Capital Federal no bien se hizo cargo de su función propuso a las empresas particulares la explotación mixta del transporte; más tarde sería acusado de haber intervenido dolosamente en la tramitación de las concesiones municipales de surtidores de nafta —que habiendo sido concedida en exclusividad a Yacimientos Petrolíferos Fiscales durante el gobierno radical, le fue arrebatada— y ante la censura del Concejo Deliberante debió

renunciar. El Poder Ejecutivo remitía al Congreso un proyecto sobre explotación de petróleo que frustraba todo el esfuerzo histórico del radicalismo en este aspecto.

Expresando su repudio a esta iniciativa, la Unión Cívica Radical programó una campaña de actos simultáneos en la Capital Federal que fueron prohibidos por la policía, poniéndose en vigencia un nuevo edicto que restringía el derecho de reunión. Para alertar la conciencia popular sobre el zarpazo que se preparaba contra nuestra riqueza subyacente, la Mesa Directiva del Comité Nacional publicó un manifiesto que refirmaba la permanente posición del radicalismo en defensa del patrimonio nativo. «Durante quince años de gobierno —expresaba en una parte— la Unión Cívica Radical desechó argucias, prejuicios y seducciones, sin desviarse de las rectas soluciones aconsejadas por el patriotismo». «Privado el pueblo de sus legítimos representantes, los poderes surgidos de la coacción defraudan al pueblo argentino su patrimonio para entregarlo a la avilantez mercantil. Caiga sobre los que así proceden, el repudio y el baldón de la historia». «Los yacimientos petrolíferos serán entregados al postor más hábil en el mercado cosmopolita —concluía el manifiesto—. Sobre la ciudadela en la que la Unión Cívica Radical defendió con denuedo la bandera celeste del nacionalismo, se ha levantado ahora la banderola amarilla de una subasta internacional». Meses más tarde, el gobierno de Salta firmaría sorpresivamente un convenio con la Standard Oil, entregándole la explotación de sus yacimientos petrolíferos, aduciendo que no había podido llegar a un acuerdo con Yacimientos Petrolíferos Fiscales.

Pero los grandes negociados de la entrega no se harían todavía. Al capital internacional, corrido por la crisis, no le convenía negociar con un gobierno tambaleante y considerado como entidad «de fuerza» por el partido mayoritario. Por ahora, sólo se perpetraban pequeñas canalladas. La instalación de «la segunda colonia» vendría cuando pudiera ser abajado el penacho rebelde del radicalismo...



A mediados de julio llega Alvear. Ausente desde un año atrás, había regresado a Europa para liquidar sus asuntos particulares, retornando al país con ánimo de instalarse definitivamente para asumir la conducción partidaria. Su llegada, pese a la prohibición policial, tuvo una repercusión popular extraordinaria. Una enorme manifestación lo recibió y se diluyó por el centro de la ciudad, voceando vivas y mueras, llegando a atrincherarse en el local del Comité Nacional, entre balazos y corridas. Días después se «transmitió el mando» del alto cuerpo, y Alvear se hizo cargo de la presidencia que con tanta entereza ejerciera Güemes a través del duro año sobrellevado.

Fueron días de una intensa actividad. El partido cobraba una fisonomía nunca vista, vitalizado en una movilización en la que participaban todos los afiliados. Hombres nuevos actuaban, entre ellos algunos intelectuales de nota como Arturo Capdevila, Julio R. Barcos, Luciano Catalano y otros que se habían incorporado en plena dictadura a la hueste radical. Se publicaban obras de aliento para investigar la realidad argentina a través del pensamiento radical: *El radicalismo de mañana* de Ricardo Rojas, apareció a mediados del año; el año anterior había salido a luz *Política para intelectuales* de Barcos, y el siguiente saldría *Por el pan del pueblo*, del mismo autor. También aparecen en el año '32 *Radicalismo de siempre*, de Raúl

Oyhanarte, *Páginas de actualidad*, de José Bianco, *La dictadura contra la democracia*, de Héctor Baudón, *El radicalismo de hoy*, de Ernesto Tognoni. También salieron libros que, sin ser radicales, coincidían en líneas generales con el pensamiento del partido sobre el momento político y social del país: *La revolución en América latina* de Alfredo Colmo, *El dictador ha muerto, pero no la dictadura* de Ernesto Giúdice, *Bandera celeste* de José Gabriel, *El hombre que está solo y espera* de Raúl Scalabrini Ortiz, etcétera.

Alvear, en la plenitud de sus 64 años bien llevados, instalado en la casa de la calle Esmeralda donde había de vivir hasta sus últimos años, era una bandera que pocos resistían. Su dinamismo, su pujanza y hasta su oratoria eran materia de sorpresa para quienes sólo lo habían conocido en postura comodona de monarca sexenal. Después de su arribo, habíase entrevistado con Yrigoyen en la casa de la calle Sarmiento donde el viejo caudillo vivía. No se veían desde diciembre del '28, cuando fue a despedirse del recién plebiscitado presidente antes de partir para Europa. ¡Qué cuatro años habían pasado! Cuatro años que habían vuelto a acercar a los viejos amigos con su común carga de padecimientos. La resistencia que algunos suspicaces profetizaban ocurriría por parte de los elementos más yrigoyenistas ante la jefatura de Alvear no sucedía.

Pero Alvear se mantenía vacilante ante la revolución. No se decidía a dar a los radicales que conspiraban el apoyo franco del partido. Desconfiaba de los militares que estaban en plan revolucionario y le parecía más aceptable una revolución de inspiración civil, aunque tampoco en definitiva le parecía ésta viable. Oscilaba, así, entre un legalismo imposible y una abstención sin salida. Se daba por notificado de la conspiración —o más bien de las conspiraciones, porque las había varias— sin aprobarla ni condenarla, aunque aclarando que una revolución triunfante debía abstenerse de volver a llevar al poder a Yrigoyen. Ése fue, tal vez, el error más grave de su carrera política. Entretanto, el pueblo radical seguía gritando ¡revolución! A principios de noviembre la Convención de Entre Ríos emite por unanimidad una declaración pública, expresando que la única solución del país era la revolución radical. Y para afirmar más su postura elige presidente del cuerpo *in absentia* a aquel paisano corajudo, Mario Kennedy, de la patriada de enero... Un mes más tarde, en diciembre, la juventud radical de la Capital Federal realiza un acto en el salón Augusteo: hablan Arturo Jauretche y Luis Dellepiane. Atacan duramente al gobierno e insinúan que hay que voltearlo por la fuerza. El público que colma el local ulula ¡revolución! La policía indica que disolverá el acto si se insiste en usar ese tono. Habla entonces Emir Mercader. ¡Cómo no se le iba a ir la lengua a ese tribuno magnífico, empujado por el aliento estremecido de la multitud! Y la policía entra a desocupar a sablazos el local. Los de adentro se defienden. Hay tiros, heridos y contusos. Durante varios días se suceden manifestaciones de protesta por la ciudad. Todo está a punto. Pero la fatalidad...



Un día de diciembre estalló una bomba en una casa de Villa Devoto. La policía inició la investigación de rutina y empezó a encontrarse con los hilos de una conspiración importante. El ocupante de la finca, Raúl Luzuriaga, logró escabullirse, con las manos destrozadas y medio ciego, y más tarde pudo pasar al Uruguay. Pero la policía interrogó a la esposa, inquirió a los vecinos y empezó a tomar pistas. Se descubrió un depósito de bombas y armas. La investigación reveló que algunos radicales, civiles y militares —algunos de éstos recién incorporados al Ejército en virtud de la ley de amnistía aprobada por el Congreso— preparaban una revolución perfectamente organizada. Su jefe era el teniente coronel Atilio Cattáneo, e intervenían en ella los coroneles Francisco y Roberto Bosch y no pocos exiliados. Sigilosamente se empieza a detener a algunos sospechosos, hasta que se decide actuar con todo rigor. El gobierno no podía desperdiciar esta oportunidad para descabezar a la Unión Cívica Radical, colgándole la responsabilidad del complot, aunque le constaba que en él no tenía parte su dirección. El 16 de diciembre el Poder Ejecutivo solicita al Congreso establezca el estado de sitio: el mismo día detienen a Yrigoyen, Alvear, Pueyrredón, Güemes, Tamborini y al general Dellepiane, que son pasados al crucero *Veinticinco de Mayo*. La policía ocupa el local del Comité Nacional y el de la provincia de Buenos Aires. Clausuran el diario radical *Tribuna Libre*. Al día siguiente, el Congreso aprueba la ley de estado de sitio. En dos días las detenciones llegan a 60. El día 19 se declara el estado de sitio en todo el país. Los detenidos ya son 184. En la Capital Federal se reparten los presos en la Jefatura de Policía y en la Penitenciaría. Aparecen documentos de dudosa autenticidad que los diarios glosan a toda página: en ellos aparecen como gestores del movimiento los principales dirigentes del partido. Se van clausurando diarios en el interior y las detenciones en las provincias son tan numerosas como en la Capital. A juzgar por lo que dice el gobierno, los radicales son unos delincuentes de la peor calaña... El juez federal Jantus declara que los hechos investigados no constituyen rebelión, sino que caen en la órbita de los delitos comunes. La esperanza en la revolución ha desaparecido, ante la eficiente represión.

Sin embargo, todavía se intenta la patriada: el 8 de enero (1933), radicales armados toman algunas localidades en el territorio de Misiones y en las provincias de Entre Ríos y Corrientes; otros ocupan comisarías de Avellaneda, Olavarría y General Belgrano, en la provincia de Buenos Aires. Pronto son reducidos: en esta última provincia, los detenidos ascienden a casi 1200 ciudadanos. La revolución radical había fracasado. Ya era solamente una chirinada, según la definición de Jorge Luis Borges: «cuando la patriada fracasa —y casi nunca deja de fracasar— se convierte en chirinada. Sus hombres corren al albur de la muerte, de una muerte que será decretada insignificante. La muerte, siéndolo todo, es nada: también los amenazan el

destierro, la escasez, la caricatura y el régimen carcelario. Afrontarlos, demanda un coraje particular». Los afrontaron, éstos de enero del '33, y perdieron. Mala suerte.

10

Yrigoyen no ejercía ya la dirección partidaria con las características de prolijidad y rigor anteriores al año '30. En consecuencia, no podía ser como en otras andanzas, el urdidor de la revolución. Su llegada, en febrero de 1932, había despertado en algunos cierta aprensión de que se intentara restaurar su jefatura.

Pero Yrigoyen no dio motivo para que estos recelos tuvieran fundamento. Con gran habilidad y suma comprensión humana, no intentó reasumir el caudillazgo. Su personalidad, macerada en un dolor noblemente llevado, inmune a la calumnia y al escarnio, enriquecida su experiencia en el año y medio vivido y pensado en la soledad del cautiverio, había solamente necesitado volver a ponerse en contacto con los hombres dirigentes para adquirir una jerarquía muy particular, una suerte de jefatura en potencia o de magisterio moral, situado por encima de la primacía meramente política. Los dirigentes lo visitaban, acudían a sus llamados, y le pedían pareceres, pero él no estaba ya en la cosa chica ni en la minucia diaria, como antes. Evitaba imponer su indiscutible autoridad, tal vez no tanto para evitar críticas y abstenerse de provocar conflictos cuanto para dejar a los nuevos comandos que realizaran por sí solos su iniciación en la responsabilidad de la conducción partidaria. Buscaba, eso sí, la unión del radicalismo, y en este designio hizo llamar desde el primer momento a algunos correligionarios alejados, exhortándolos a la disciplina; le preocupaba también la futura táctica de la Unión Cívica Radical, y para encontrar una salida sensata y decorosa al brete en que estaba metido el partido fue que trató de influir en la Convención de abril, cuyo pronunciamiento no le agradó totalmente. Pero no pasó de allí el límite de su superior magisterio.

La masa, sin embargo, le guardaba la adhesión de siempre: todos los actos, todas las manifestaciones terminaban frente a la casa de la calle Sarmiento, en la gran playa triangular que existía delante de su residencia, tan pobre y tan desnuda como la otra de la calle Brasil. Y los radicales, levantada ya la consigna del silencio que sobre él había pesado, gozaban de nuevo fervorosamente la libertad de bautizarse con el voceo rítmico del viejo nombre querido. Él, a veces, rompía su inveterada norma de no exhibirse, saliendo al largo balcón. Entonces saludaba sobriamente a la multitud, como para curarse de su larga soledad isleña con esa visión casi póstuma de pueblo amigo.

En virtud del rechazo que había formulado contra el indulto del gobierno *de facto*, la causa incoada contra él y sus ministros proseguía su curso. El juez Llavallol —famoso—, que estando Yrigoyen en Martín García había pedido que se lo trasladara a Buenos Aires para tomarle indagatoria, obteniendo contestación negativa de la dictadura, pudo indagarlo recién ahora, en su domicilio. En el incidente planteado por el rechazo del indulto, el

fiscal de primera instancia dictaminó que correspondía desestimar la gracia otorgada y dictar nuevamente prisión preventiva: pero el juez federal resolvió aceptar el indulto y ordenó el archivo de la causa. Apelado el pronunciamiento por Yrigoyen, la Cámara lo revocó, mandando se continuara el proceso. Esta vez apeló el fiscal de Cámara, llevándose el asunto hasta la Corte Suprema, que a mediados de julio consideró que el indulto, aun rechazado por el favorecido, concluía el proceso. Yrigoyen impugnó el fallo del alto tribunal, protestando por expresiones de la sentencia, que daban como «comprobados los delitos imputados». Y en setiembre se dirigió en presentación personal a la Corte Suprema, en un escrito que es la culminación de sus defensas del año '31. Esta presentación cierra lo que se ha llamado la «Defensa ante la Corte», pero lo cierto es que más que defensa, constituye una tremenda acusación contra los poderes que le persiguieran tan sañudamente y que ahora le quitaban la posibilidad de dejar esclarecida la inocencia de su conducta.

«Es muy fácil desfigurar los hechos y los juicios y hacerlos irreverentes cuando aquél a quien se refieren se le tiene sojuzgado, encarcelado sistemáticamente en forma tan extremada, careciendo de todos los elementos, medios y resortes apropiados, con dificultades impositivas tales, que aun para presentar la defensa he tenido que esperar hasta meses, a fin de hacerla llegar a Vuestra Honorabilidad». Insiste en su tesis del juzgamiento por el Congreso y su dolor ante la pasividad del Poder Judicial frente a los desmanes de la dictadura, agregando: «Y francamente no puedo sustraerme al desencanto que me produce ver a la justicia superior de mi patria, ante la cual he vivido magnificando su emblema, caer en semejantes declinaciones».

Acusa a la Corte de no haber asumido en su momento el poder del país, como lo dispone la ley de acefalía. Después hace una larga reseña de la actuación de la Unión Cívica Radical y de su propia trayectoria, con una entonación lírica y subjetiva pocas veces alcanzada en su prosa, de tan extraña forma, relatando sus entrevistas con Figueroa Alcorta y con Sáenz Peña, las primeras contiendas electorales bajo la ley de voto secreto y garantido. Luego viene la obra del radicalismo. «A ella [la Unión Cívica Radical, F. L.] se debe [...] la consolidación definitiva de la unidad y solidaridad nacional, que no obstante todas las sanciones del pasado en su prosecución no se había logrado, en realidad, y perduraba en grado latente el antagonismo entre los pueblos, cuyo último estallido fueron los memorables y dolorosos sucesos de sangre en la contienda del '80». Ratifica el concepto «radical», absoluto con que se incorporó a la Unión Cívica y clama: «Yo vine así al movimiento nacional con el cerebro caldeado en la inculcación de un ensueño infinitamente superior e irreductible, y con mi alma inflamada hacia todas las justas y legítimas grandezas de mi patria, y en ese propósito santo y puro, que he mantenido incólume, está toda la savia de mi vida. He vivido las horas de mi destino con la conciencia plena de los deberes que me deparaba...». Relata los ofrecimientos de posiciones públicas que le hicieran Luis Sáenz Peña, Marcelino Ugarte, Carlos Pellegrini, José Figueroa Alcorta y el general Roca y los renunciamientos con que siempre desdeñó el poder, «porque iba hacia una finalidad infinitamente superior...».

Y finaliza el largo escrito —única página suya donde vuelca recuerdos y confidencias personales— con la patética exhortación que hace a sus jueces: «No me cierre Vuestra Honorabilidad sus estrados como lo ha hecho hasta hoy, y deme todas las justas amplitudes para esclarecer en todas sus lucideces la cuestión suscitada tan intencionada como malévola, contra el gobierno que he ejercido; y hágase cargo de las cuestiones que le he planteado rebatiéndolas como le parezca, pero no eludiéndolas, tal como lo ha hecho. Y permítame el más principal derecho de defensa, que en este caso es la investigación documentativa de toda la administración del gobierno que he desempeñado, sobre los puntos que han servido de pretexto para mantener al procesado dos años, hasta ahora, en un encierro, el más indigno y vituperable en que haya sido colocado un ciudadano que jamás tuvo nada que hacer con las demandas de la justicia y que no ha tenido los cargos públicos como refugio o recurso propio [...] sino que fue al gobierno a llenar un cometido histórico, a consolidar la obra legendaria realizada por la Nación...». Para finalizar con una frase mordiente y tajante, que recuerda a las que bramaba el viejo Sarmiento en sus últimos años frente a la estolidez de sus adversarios: «Y termino contestando a las irreverencias de Vuestra Honorabilidad, [...] que la Nación no tuvo jamás hijo más patriota que yo, ni más augusto en las idealidades de ese concepto, y que afrontara con más consagraciones los acontecimientos de su vida y los esclareciera con más esplendores y fulguraciones».

¿Qué contestó el alto tribunal? «Esas almas de búho, glaciales en sus pálidos rencores»... que dijera Arturo Capdevila... Rechazaron el recurso, mandaron testar apreciaciones que consideraron mortificantes y previnieron al recurrente: «debe guardar estilo». ¡Guardar estilo él, que había venido a romper moldes y transformar almas y tiempos! Allí quedó el mamotreto, archivado, sin que se le permitiera al glorioso indultado el esclarecimiento de las acusaciones formuladas contra él.

La llegada de Alvear no varió la posición del caudillo. Trataba de limar asperezas, de arrimar a sus amigos al tronco común. Algunos rezongaban un poco, pero terminaban aceptando su indicación. Estaba al tanto de la conspiración que se

preparaba, aunque escéptico sobre sus posibilidades y totalmente ajeno a su gestación. Su salud parecía buena, aunque la garganta siempre estaba delicada. Nadie hubiera pensado al verlo que había cumplido ya los 80 años. Su imagen parecía perenne, sin cambios físicos, siempre igual a sí misma: sólo arrastraba un poco los pies al caminar, y para evitar que sus visitantes lo notaran, ya no se paseaba mientras conversaba, como antes hacía, sino que se paraba al lado del asiento y se sentaba o se ponía de pie alternativamente. Su memoria y su raciocinio se mantenían vigorosos, aunque a veces divagaba un poco y se salía de los temas. Conservaba el dominio de todos esos pequeños ardides que su largo comercio con los hombres le había enseñado. Su indumentaria había variado un poco, modernizándola: no usaba ya cuello descubierto, sino volcado, redondeado en las puntas; a veces gastaba chambergo en vez de la clásica galera, pero los trajes seguían luciendo con su corte antiguo, de solapas huidizas y cuatro botones.

Salía muy poco. Una tarde, a principios de diciembre, lo hace, en automóvil, recorriendo la ribera de la ciudad: la costanera, el Parque Lezama, el puerto. Al pasar frente al Puerto Nuevo, dice con orgullo:

—Esto es obra radical...

Visita el «barrio de las latas», donde viven los desocupados precariamente en misérrimas construcciones. Baja y conversa con ellos, regalándoles dinero. Cuando los agentes de policía reconocen dentro del coche al ex presidente le dan paso libre y lo saludan afectuosamente. Al anciano parecen complacerle estas pequeñas atenciones, y retribuye los saludos llevándose la mano al sombrero, en su habitual simulacro de venia militar. Fue ésta la única vez que salió de su casa o una de las muy contadas veces.

Así estaban las cosas, cuando estalla lo de la conspiración. El 16 de diciembre por la tarde lo van a buscar a su casa dos empleados de la policía. Le dicen que está arrestado. Yrigoyen sufre un *shock* que no transparenta, acorazado en la magnífica disciplina que sabe imponer a sus manifestaciones exteriores. En silencio se prepara para salir. Al bajar las empinadas escaleras, sus piernas ceden, rodando unos escalones. En la puerta lo espera un coche que lo conduce velozmente al cruce *Veinticinco de Mayo* donde ya están reclusos otros dirigentes. Como a las diez de la noche lo sacan a él sólo del cruce y lo embarcan en el aviso *Golondrina*. Está aparentemente sereno y resignado, pero el golpe ha sido rudo. A ratos se lo oye apenas murmurar:

—¡Yo con bombas! ¡Yo con explosivos!

Desde ese día será afectado por una disfonía que le mortificará hasta su fin. Ya en Martín García había sufrido molestias en el órgano vocal: ahora la impresión de su nuevo cautiverio, con todos los amargos recuerdos del anterior, le perjudicaría definitivamente el punto más débil de su organismo.

El aviso *Golondrina* leva anclas de inmediato y emprende viaje a Martín García. Llega a las cuatro de la madrugada, pero como el anciano descansa en ese momento

no lo desembarcan sino hasta bien entrado el día. Al bajar, Yrigoyen pide que no lo alojen en su anterior residencia, y el comandante de la isla accede a instalarlo en su propia casa.

En Buenos Aires, mientras tanto, con los dirigentes presos y el radicalismo bajo persecución, algunos familiares y amigos piden al gobierno se permita a Elena Yrigoyen y a Isabel Menéndez acompañar al anciano, cuya depresión espiritual es profunda. Pero el gobierno no parece dispuesto a acceder. El 30 de diciembre van a la isla el juez Jantus, los fiscales, los secretarios del juzgado y dos empleados, a tomar declaración al prisionero. Con ellos viaja el doctor Antille. Ese día las señoritas Yrigoyen y Menéndez pueden verlo por primera vez desde su detención, pero deben regresar. Yrigoyen pasa el año nuevo solo. El 2 de enero las abnegadas mujeres visitan al cautivo; también lo hacen el 4. El día 5 llegan a la isla dos huéspedes más: Alvear y Güemes, que se alojan en la misma casa donde está Yrigoyen. La salud de éste decae visiblemente: la disfonía es grave y el estado de ánimo, entristecido. Así lo comunica la comandancia de la isla al gobierno. Éste se alarma ante la novedad: una alternativa fatal en el viejo caudillo sería la señal de una sublevación espontánea de todo el pueblo. Mandan entonces a tres médicos que lo revisen. El dictamen es terminante: Yrigoyen debe volver a la Capital Federal para ser sometido a un cuidadoso tratamiento. El día 11 las señoritas Yrigoyen y Menéndez son transportadas a la isla para ayudar al enfermo a regresar. A las 8 de la noche el *Golondrina* llega sigilosamente a puerto. Yrigoyen debe subir por una planchada al acorazado *Moreno*, a cuyo estribor atraca el pequeño buque, y luego baja a tierra. Se cubre con un sombrero blando y está abrigado, a pesar del calor, con un pequeño poncho. Respira con dificultad y se lo ve muy decaído, aunque alcanza a saludar, con una cansada venia, a los oficiales del *Moreno*.

Casi secreto como ha sido el traslado, nadie acude a recibirlo. El Poder Ejecutivo oficia al juzgado para que informe si hay inconveniente en que Yrigoyen permanezca en su casa: el doctor Sarmiento —que reemplaza al doctor Jantus durante el mes de feria— contesta favorablemente. El 14 el ministro del Interior comunica a Yrigoyen que puede quedar en su hogar, aunque las visitas deberán ser autorizadas por el Poder Ejecutivo.

Ya en su casa, se procede al análisis del estado del enfermo por medio de radiografías y exámenes. Por un momento, provoca inquietud la persistente afonía. Recién el 20 de enero el doctor Landa anuncia que Yrigoyen no está grave, aunque sí delicado. Sin embargo, los especialistas de garganta aconsejan que se le opere, pese a la opinión de Landa. Recién a fin de mes, ante una mejoría general, se abandona la idea. Pero los años son muchos, los trabajos han sido duros, las penas son hondas y dejan huella. Pocos lo creen, pero Yrigoyen lo sabe: se está muriendo. Había sabido de la lucha y del triunfo, del poder y la gloria; ahora sabía del dolor: su parábola vital estaba plenamente cumplida. Podía morir.

VII

TRÁNSITO Y PERMANENCIA DE HIPÓLITO YRIGROYEN

1

«Así murió, ¡oh Ekécrates! aquel hombre, nuestro amigo, de quien podemos decir que fue el mejor, el más sabio y el más justo de cuantos hemos conocido...».

PLATÓN, *Diálogo sobre la inmortalidad del alma*.

Los procesos por la conspiración continuaban: Alvear y Güemes seguían en Martín García; Pueyrredón, Tamborini, Noel y otros habían sido confinados en San Julián (Santa Cruz). Algunos comprometidos lograron pasar al Uruguay, otros andaban escondidos.

Yrigoyen sigue sin salir de su casa. Está muy delgado y le persiste la afonía. Lee mucho. Lo visitan algunos pocos sobrevivientes de la *razzia*. Elpidio González lo hace con cierta frecuencia. Así pasa el mes de febrero (1933). Recién en marzo empieza a salir en automóvil. Lo hace casi todos los días y lo acompañan generalmente su hija Elena y un antiguo comisario de la custodia presidencial, Fernando Betancour. Suele ir a plazas y paseos de la ciudad, pero no baja a caminar. Con el enflaquecido rostro apoyado en el vidrio del automóvil, contempla largamente los juegos de los niños, los árboles, las flores. A veces la gente lo reconoce y lo saluda de lejos. Él trata de evitar estas expresiones.

Para distraerlo un poco, su familia y su médico le aconsejan que haga un viaje al exterior: al Brasil o al Uruguay. Al principio parece que optará por irse a Río de Janeiro, pero luego se decide que el viaje sea a Montevideo. El 5 de abril se embarca en el barco de la carrera con su hija Elena, la señorita Menéndez, su médico Landa, el fiel Scarlatto y Betancour. En el puerto algunos adictos tratan de saludarlo. Apenas pueden verle. El anciano camina con dificultad y sube al buque apoyado en

Betancour. Un repórter alcanza a tomarle una instantánea: aparece en ella demacrado y fatigado. Durante el viaje no sale de su camarote.

Al llegar a la vecina orilla lo recibe el introductor de embajadores en nombre del presidente Terra. Yrigoyen retribuye la atención, visitando al presidente en su casa. Hacía cuarenta años que no iba al Uruguay.

Se aloja en un hotel central. Allí lo visitan algunos exiliados, periodistas y el canciller de la República. Su viejo amigo Luis Alberto de Herrera no, porque está en el Brasil. El médico le escatima las visitas y aconseja pasar una temporada en alguna playa marítima. Sale poco, porque el tiempo es lluvioso, pero a veces pasea a pie por las avenidas centrales de la ciudad, recordando con precisión fotográfica sitios y casas que existían cuando su primera visita. Se anuncia su próximo viaje a la orilla del mar y que en ese caso el gobierno oriental pondrá a su disposición un tren especial. ¡Uruguay no puede olvidar al presidente argentino que ofreció defender con las armas argentinas su soberanía amenazada!

Así pasa el caudillo una temporada que no hace poco ni mucho por su restablecimiento, pero que, al menos, lo distrae y le hace olvidar un poco la desgraciada realidad de su patria. Decide regresar al país para el 22 de abril, pues ya se rumorea el próximo levantamiento del estado de sitio y la libertad de la mayoría de los detenidos políticos. Pero un nuevo golpe le obliga a apresurar su retorno: el fallecimiento de su hermana Marcelina Yrigoyen de Rodríguez. Llega a tiempo para el sepelio.

Así lo describe alguien que lo vio en ese momento:

«Había regresado sigilosa y precipitadamente de Montevideo aquella mañana. Por la tarde sería el sepelio de la extinta, y a eso de las cuatro de la tarde un compacto gentío se agolpaba en la cuadra de la calle Ayacucho al doscientos. La gente que estaba en el interior de la casa mortuoria fue saliendo de a poco y silenciosamente. El tráfico estaba interrumpido y los curiosos iban duplicando el número de los asistentes reales. Salió por fin el ataúd llevado por sus deudos. De pronto la multitud se olvida que aquello es un sepelio y como si hubiera estado movida por una electrización, rugió con un grito brutal y ronco:

»—¡Yrigoyen!

»Es que en el umbral de la puerta de calle se destacaba imponente y fornida la gran figura nacional de Yrigoyen. La multitud quiso abalanzarse sobre él. Lo rodeó. A duras penas los amigos más cercanos pretendían salvarlo de aquel gentío que gritaba como en los días de sus grandes apariciones políticas...

»—¡Viva el doctor Hipólito Yrigoyen!... ¡Yrigoyen! ¡Yrigoyen!...

»Y el titán hacía esfuerzos sobrehumanos para contener el llanto. Ganó el coche de duelo y en la umbría que las cortinillas acentuaban en el fondo del carruaje, el jefe radical parecía una religiosa máscara de cera. La fatiga le agrandaba los ojos y le intensificaba la mirada. Fue la primera vez que acompañó un muerto y no descendió en el cementerio...».



El 1.º de mayo se pone en libertad a muchos presos. Ese día llegan Alvear y Güemes. Al día siguiente se levanta el estado de sitio y poco más tarde se ordena judicialmente la reapertura de los locales partidarios, aunque el central de la calle Victoria recién se habilita veinte días después. Van llegando los confinados

patagónicos y algunos exiliados. Lentamente empieza el partido a rehacerse. Se reúne la Mesa Directiva del Comité Nacional y delibera secretamente varios días.

Mayo y junio. A principios de junio se dice que Yrigoyen tiene pensado viajar al Paraguay. Después se sabe que ha decidido permanecer en la Capital Federal porque desea conversar con algunos amigos. Ocurría que estaba por reunirse el nuevo Comité Nacional surgido de la reorganización del año pasado, y probablemente le interesaba estar al tanto del acontecimiento y ver a los correligionarios venidos de provincias. Efectivamente, el 5 de junio se constituye el cuerpo, reeligiendo presidente a Alvear y vicepresidentes a Güemes y Mosca. Se designan secretarios a Ricardo Rojas, Simón Avellaneda, Ernesto C. Boatti y José P. Tamborini, con Roque Suárez y Raúl Rodríguez de la Torre en la tesorería. Quince días después se conoce el manifiesto que con este motivo formula la dirección partidaria: «... por fin, después de vicisitudes ingratas la Unión Cívica Radical puede presentarse ante la República con sus autoridades libremente elegidas por el mandato auténtico de medio millón de ciudadanos que han tenido el coraje de proclamarse radicales en esta hora de persecuciones». Hace un llamado a la disciplina y agrega: «La propia magnitud de nuestra fuerza nos aconseja no malgastarla en conatos estériles ni en palabras impremeditadas».

Yrigoyen asiste de lejos a estas actividades... Ya está en un plano distante, metafísico. Recibe a pocos amigos. Sus palabras, enronquecidas por la afección, cobran realce de mensaje postrero. El tema de la unidad partidaria alrededor de Alvear adquiere caracteres obsesivos: «Hay que seguir a Marcelo...», repite. Un día llama a don Carlos Borzani y le pide que se acerque más al presidente del partido.

—Marcelo ha estado mucho tiempo alejado del país, no conoce bien a los amigos... —le expresa—. Usted que ha actuado tanto tiempo a mi lado y tiene un gran conocimiento del partido, ayúdelo, asesórelo. Él necesita que lo rodee gente honesta, bien radical. ¡Hágalo!

Mira con benévola simpatía a los que insisten en conspirar, aunque mantiene su escepticismo sobre el triunfo de una revolución. Al doctor José Benjamín Ábalos, que persiste en su terco planteo revolucionario, le pregunta con una sonrisa afectuosa:

—¿Cómo andan los cuarteles...?

«Su figura había adquirido en esos meses que precedieron a su muerte una formidable fuerza sugestiva. Su cara toda era una ponderación del bronce recogido en la gloria de una figura. La palidez de su piel atenuaba el cobre de otros días y sus ojos centelleaban como siempre, escudriñadores e inquietos. No obstante ser siempre el fornido titán del pueblo argentino, se notaba una cosa que trascendía de él como el ala suave de la ternura o la melancolía. Su pensamiento se volvía hacia el pasado con incontenida frecuencia y en la nostalgia de sus horas más batalladoras y crueles, hallaba el resplandor que se le iba yendo del corazón. Aquella parálisis del nervio laríngeo lo tenía ronco siempre, pero cuando la voz no expresaba su pensamiento fulmíneo, era su mano con el índice en punta, tal como un pararrayos, la que gritaba la violenta cólera de una idea que pretendía quedar muda y el titán necesitaba decir...»^[26].

En los últimos días de junio, el intenso frío le provoca una bronconeumonía que al principio no parece revestir gravedad. Pero él sabe que no podrá sobrevivir. En

realidad, el mal que lo aqueja es mucho más grave, es un mal incurable e implacable que ahora hace crisis.

—Cómo me va a encontrar el Señor destrozado cuando me acoja en su seno... — le dice al doctor Ábalos.

El 30 lo visita Alvear. Ese día, el enfermo había mandado decir a varios visitantes que estaba descansando para evitar conversaciones que lo fatigaban: pero cuando se entera que estaba «Marcelo», se incorpora en el lecho, se peina un poco sus cabellos e indica que lo hagan pasar, pese a los amistosos rezongos de una señora amiga de la casa que en ese momento lo velaba. Eran las últimas señales de su entrañable afecto por el viejo amigo. Con estas palabras y estos gestos, el guardián de los ritos y los altares ungía públicamente la frente del sucesor, con el óleo sagrado de los elegidos...

El día 2 de julio, un sacerdote dominico, fray Álvaro Álvarez y Sánchez, viejo amigo del caudillo, lo confiesa y le administra la eucaristía: volvía así Yrigoyen a las prácticas religiosas de su niñez, volvía a reconciliarse formalmente con Dios, este gran cristiano de toda la vida. Los dirigentes partidarios empiezan a desfilar por su casa. Los diarios publican noticias dando cuenta de la preocupación que suscita su salud.

El lunes 3, a la mañana, fray Álvaro le impone la extremaunción. El enfermo parece algo aliviado, pero no habla casi, sumido como está en un tranquilo sopor. El sacerdote lo exhorta a confiar en la bondad divina: entonces Yrigoyen responde con una voz apenas perceptible que tenía la certeza de haber hecho todo el bien posible a la patria, a sus conciudadanos y a sus amigos. Se le da oxígeno y se le aplican enérgicas inyecciones para sostener la actividad cardíaca, que falla por momentos. La casa está llena de gente. En la calle empiezan a aglomerarse nutridos grupos. Al mediodía queda un rato a solas con uno de sus hijos, de quien estaba distanciado tiempo atrás. Poco después, entra en agonía, serenamente, suavemente. Llega Monseñor Miguel de Andrea y le imparte la bendición papal. El día está nublado y a ratos quiere lloviznar. A las 17 hay una ligera reacción: se incorpora un tanto y abre los ojos. Ansiosamente, los presentes le hacen preguntas para ver hasta qué punto ha mejorado: pero él sólo atina a mover flojamente las manos. Luego, vuelve a su letargo.

Entonces, los familiares llaman a algunos de los que están en la casa a la pieza donde agoniza el caudillo. También están sus familiares. Apiñados alrededor del sencillo lecho, muchos llorando, todos apichonados y en emocionado silencio, asisten a los últimos momentos del prócer.



¡Qué de imágenes, qué fugaces recuerdos, qué espejantes visiones desfilarían por su espíritu, ya copado por la fiebre y debilitado por la fatiga! Eran cosas viejas y

cosas de ahora, fantasmas de un pasado lejanísimo, tan lejano que parecía pertenecer a otra vida.

Hundiéndose en una acezante tiniebla, rescataba el moribundo los años de su niñez, la visión del suburbio bravío, el rostro mate de la madre, los viejos Alem, siempre tristes... ¡Los Alem! Allí estaba Leandro, el mentor, el hermano mayor que lo iniciara en el arte fascinador de la política. ¡Pobre Leandro! No sabía conducir el partido, pero ¡qué calidad de hombre! ¡Qué reciedumbre y qué mansedumbre aleadas en su personalidad! El partido... Eso era lo que dejaba. Se moría, pero quedaba el radicalismo para sobrevivirlo. ¿Qué pasaría con el radicalismo? ¿Superaría los fracasos, los errores, la engañosa cordialidad que le ofrecía esa máscara sonriente y mofletuda que se desvanecía burlonamente en su sueño febril? El partido... Todo se lo había dado: fortuna, esfuerzos, angustias, esperanzas... Hasta el amor había rechazado para consagrarse con más unción al partido: aquellas mujeres... ¡Pobrecitas! Él no era hombre para hacer feliz a ninguna mujer. Había nacido para cumplir un destino. Y lo había cumplido. Armoniosamente se había cerrado su parábola vital, hasta en la plenitud del dolor final. Un destino. Pero pesa y duele hacer ese recuento de cosas. Alguna injusticia, tal vez. Esos viejos amigos que se alejaron, esas debilidades hacia quienes no las merecieron... Y los desleales que lo traicionaron, los olvidadizos que se habían ido... Sí. Es duro recordar cuando se está al filo del tránsito. Pero también muchas buenas cosas quedaban: se habían hecho muchas buenas cosas: no todas las que hubiera deseado, pero bastante y siempre de buena fe, siempre creyendo estar en la verdad, nunca mintiéndose a sí mismo. ¡Cuántos lo llorarían! Lo llorarían muchos que el infausto seis habían voceado y bailoteado su caída. No importa. Los pueblos son un poco niños, veleidosos, inconsecuentes. Hay que enseñarles. «Educar al soberano...». ¡Qué razón tenía el viejo Sarmiento! Lo llamaron loco, como a él, porque andaba adelantándose a sus años... Sarmiento... Lo había nombrado en su ancianidad gloriosa en el Consejo Escolar de su Balvanera... La comisaría destartalada... ¡Qué luchas aquéllas! Todo se confundía en una batahola de recuerdos. El pueblo... Había estado solo y lo había dado todo, pero había sentido también el don sobrecogedor del amor de su pueblo. No se ve, no se toca ni se oye, pero se siente en todo el cuerpo como si mensajes sutiles que los demás no pueden recoger portaran las cosas que la gente siente. Es difícil llegar a interpretar esos mensajes: pero se puede: todo está en castigarse hasta quedar en estado de gracia, de pureza, presto a ser una varilla de rdbomante en busca de esas corrientes henchidas de soterrada claridad... Él nunca se había equivocado. Siempre había intuido los quererres de los suyos como una madre se adelanta a los deseos de sus hijos... Tal vez en alguna cosa chica, sí: pero en las cosas grandes de la Patria no se había equivocado nunca... El pueblo... La Patria...

Se moría Yrigoyen. Y mientras el rumor de la multitud congregada en suspendido recogimiento frente a la casa humilde bajo el persistente orvallo invernal llegaba apenas a su celda monástica, se le abrían al agonizante visiones de Patria en el

trasfondo desvaído de su alucinación. Desfilaban visiones. Los viejos amigos. Los que se fueron. Los que quedaban. Se iba muriendo calladamente. El pueblo... Era como si se metiera en medio de la multitud, como si se hundiera lentamente en esa pulpa fragante, caliente, vibrante. Lo único que le quedaba... Pero ¡cómo cansa este ahondarse en el pueblo! Fatiga, sofoca. Aparecen rostros y sombras, los miles de rostros que en su comercio de ochenta largos años con los argentinos había estado conviviendo. Miles de caras. Lo aprietan a uno, lo ahogan. El pueblo... Se entrega uno a él; y él lo absorbe, lo exprime, lo extenua. Es difícil sobrevivir a esa entrega. El pueblo lo pide todo, lo exige todo. Para dársele así, hay que tener alma de apóstol, hay que creer en cosas grandes y tener fe en la grandeza del holocausto. Aunque ni el pueblo mismo lo entienda. Algún día entenderá, algún día entenderá. Pero tal vez tarde ese día... No importa: hay que meterse en esa materia rica y pobre, hay que empezar de nuevo. Hay que bucear otra vez ese océano hondo y movedizo. Uno se hunde en ese mar helado cada vez más oscuro, cada vez más rugiente, cada vez más oprimente. Uno se va desgranando cansadamente en ese barro elemental que lo va tragando. Lo sofocan a uno. Cuesta respirar. Está todo tan oscuro... ¡Pero lejos, lejos, se divisa un levantado resplandor de amor y de esperanza!

Se apagó serenamente, como un cirio que deja de arder. Eran las siete y veinte de la tarde. Un gran sollozo sacudió al país. El viejo había muerto.

2

«El día en que me echen mi última retreta, podrán decir en justicia: Acompañad a ese cadáver; no volveréis a tributar iguales honores a un argentino más ilustre».

SARMIENTO.

Descansaba ya el viejo luchador. Tendido sobre el ataúd, amortajado con el hábito dominico, dormía su último sueño ante la mirada afligida y numerosa del pueblo que desfilaba interminablemente. Al fin de sus trabajos y sus días, rescatado ya ese auténtico ser que sólo se inmoviliza y cobra permanencia cuando el hombre cesa de moverse en la posibilidad diaria que es la vida, Yrigoyen quedaba caracterizado definitivamente como el monje soldado que había sido siempre. Los terciarios dominicos fueron, primitivamente, una suerte de orden caballeresca civil, cuyos cofrades asumían la obligación de tomar armas por sus ideales cuando la ocasión lo requiriera. Ahora se cerraba misteriosamente el signo estelar de su vida, revistiendo este Templario de la Libertad el albo hábito de su caballería. La oración y la pelea, la meditación y la lucha. Tales habían sido sus soles y sus lunas. ¡Qué bien cuadraba la estameña monacal sobre sus viejos huesos martirizados!

Tres días fueron de desfile. Para puntualizar mejor lo que tenía el homenaje de

cosa espontánea, popular, la familia rechazó los honores oficiales que el gobierno decretara. Se había pedido que dejaran hacer el velatorio en una plaza o en una iglesia: ambiente de ágora o de templo requerían los honores de este cadáver, pero el gobierno había denegado la autorización. Miles de argentinos venían a velarlo desde las selvas boreales, desde las montañas cuyanas, desde los valles norteños, desde las pampas bonaerenses. Oyhanarte, su hijo casi, regresaba del exilio para dejarse tomar preso con la condición de que le dejaran asistir al entierro. El Partido Blanco uruguayo enviaba a su jefe para que lo representara. Toda América le dedicaba un recuerdo. Y el pueblo pasaba y pasaba frente al gran muerto, para dar un saludo último al hombre a quien tanto quiso.

Después, el entierro. «Cantemos la apoteosis del patriarca», diría Ricardo Rojas: «éstos son funerales de epopeya».

Cerraba la noche y la ciudad vibraba con el dolor de todos. Hubo discursos, hubo crónicas, hubo homenajes. ¿Para qué? El pueblo estaba solo y todo estaba de más, todo parecía de más, como las inútiles palabras que se vierten cuando muere un ser querido. Yo era un niño por entonces y no pude entender el porqué de la voz apretada de mi padre o el saludo tristón que nos hizo el vigilante de la esquina, ni las caras serias de la gente que caminaba apurada por Rivadavia hacia el Congreso, ni los ojos llorosos de aquella señora desde los balcones de cuya casa asistimos al enorme desfile todos silenciosos; yo suspenso y sin palabras. Era muy chico y no podía comprender el secreto sentido de aquel gran dolor.

Cuando ahondé la vida del gran republicano, recién entendí que al irse el gran viejo todos ellos sabían que quedaban solos: que el custodio sin sueño de la República los dejaba, que se iba aquella presencia que había parecido eterna, exenta de muerte. Sabían que se iba —¡para siempre!— el hombre que les había dado dignidad, derechos, que les había enseñado a luchar sin odio y a triunfar sin rencor. Y sabían que todavía quedaban en deuda con él, porque el gran faltazo del 6 de setiembre no se había reparado aún, y el anciano luchador se iba a la tumba sin haber palpado físicamente el supremo retorno de su pueblo.

Recién entonces comprendí. Por eso la voz apretada, por eso la venía melancólica, por eso las caras hoscas y los ojos llorosos. Porque el pueblo argentino quedaba en soledad.

3

«Yo soy Arjona, señores nombre que no se hai perder, y aunque lo tiren al río sobre la espuma hai volver».

(Coplas para cantar con caja. Salta).

Pero entonces y después, aun desvirtuada su memoria, Yrigoyen seguía

permaneciendo. Todavía lo está. Se mantiene Yrigoyen en estado de permanencia argentina. Es así, porque su nombre es bandera de lucha; hemos visto ganar campañas electorales con la sola invocación de su nombre y con la solemne seguridad de que su obra habría de ser continuada. Es así, porque día a día acrece el interés de las nuevas promociones cívicas sobre su personalidad —y este libro es un pobre testimonio de ello—. Es así porque cuando la representación nacional decidió tributar a su memoria el homenaje del monumento no hubo voces contra la iniciativa, aunque sólo hacía quince años que había dejado de existir y aún vivían la mayoría de quienes lo combatieron. Es así, principalmente, porque la hueste cívica que él congregó y condujo todavía perdura con la esencia y el designio que él supo infundirle, y todavía constituye (a través de fracasos, de errores, de pecados, de frustraciones, de infortunios sin cuento) la gran posibilidad de realización argentina. Es así, en fin, porque no es su nombre el de un prócer archivado en cualquier casillero polvoriento de la historia, sino una afirmación, un término dialéctico, una militancia, una postura fecunda y definitoria.

Todavía lo yrigoyeneano es una realidad; estilo de lucha y de gobierno: modo de vivir y de convivir. Yo mismo, a través de la labor realizada para desentrañar el sentido de su obra, he vivido en cada página la realidad actual y palpitante de Yrigoyen. Y sobre la relación verbal, sobre el documento muerto, sobre el periódico de la época y el libro en pro o en contra, sentía crecer entrañable y potente no ya una personalidad, ni una concepción, ni una obra, sino la presencia tangible de una imagen, de un rostro argentino que intuimos como el genuino: toda una realidad nacional perdurable, bien que eventualmente soterrada. Hasta los hombres que lo rodearon tienen un tipo inconfundible, calcado de su ejemplo y de su sustancia vital. He tenido que tratar a muchos de ellos para escribir estas páginas: todos tienen un sello de decoro, de modestia, de idealismo, de hombría de bien, que es el testimonio más claro de lo persistente de su docencia.

Yrigoyen vive como viven los personajes cuyo quehacer no lo fue para un momento sino para siempre. Hay figuras que aunque mueran, no mueren: su trayectoria se identifica de tal guisa con sus gentes que adquieren para ellas estatura de mito y quedan consustanciados con la tierra y con los suyos para siempre. Esos tales permanecen, porque trascienden la mera vida física, para proyectarse en una segunda vida, más real tal vez que la primera. Al morir se convierten literalmente en tierra: se infunden en la materia elemental y generadora, dándole su ser y tornándola un poco a su semejanza. Sin vivir, protegen y defienden a los suyos: muertos, son bandera y reducto.



Es que aparte de su obra, su figura, por lo original y sugestiva, es de esas que los

pueblos no olvidan. Yrigoyen fue, por su calidad humana, un verdadero producto de selección. No es común que sociedades en formación logren arquetipos tan firmes y originales como nuestro héroe: personalidad recia y definida, compleja en su intimidad psicológica bien que simple en sus motivaciones de conducta política. El hecho de que la Argentina haya logrado producir en sus crisoles un tipo de semejante ralea es un signo de su pujanza y un presagio de su destino. Cualquier nación, cualquier conglomerado humano, no produce un Yrigoyen, como no produce un San Martín o un Sarmiento. Se necesitan reservas intangibles de bienes espirituales, depósitos ancestrales de idealismos y de convicciones firmes sobre muchas cosas: se precisa una escala de valores que durante varias generaciones se haya afirmado en conductas que la sostengan para que puedan surgir personajes de una contextura moral tan precisa, de una vibración humana de calidad tan depurada.

Como hombre, solamente, no ya como político ni como estadista, Yrigoyen es fascinante para el que lo estudia, como fue inolvidable para el que lo trató. Difícilmente aquellos que lo conocieron olvidan su simpatía, su delicadeza de espíritu, su magnanimidad, la firmeza inexorable de sus convicciones, la habilidad suprema de su conducción, su idealismo, su optimismo, su fe en los valores superiores, su callada generosidad, su escondido ardimiento disimulado tras las maneras serenas y un tanto anticuadas de su trato. Hasta sus pequeñas manías resultan en él simpáticas e integrativas. «El Doctor» vive en la palabra de quienes lo conocieron, con una fuerza que no es hija de la nostalgia ni de la idealización póstuma de una figura querida, sino el resultado de una poderosa personalidad que, aun cuando no hubiera asumido su maravilloso destino de pastor de pueblos, al menos habría sido muy superior a sus contemporáneos.

Fue, en verdad, un hombre entero, cabal, realizado genuinamente.

Yrigoyen pretendió proveer a sus connacionales de una empresa común que acometer, a fin de que se reunieran plenamente en territorios espirituales, a través de vínculos sustanciales, con humana armonía. La falta de sentido religioso, de preocupaciones urticantes sobre las cosas esenciales y de una seria valoración de lo bueno y lo malo, lo perdurable y lo deleznable, es otro de los elementos que nos falta para una integración cabal: eso engendra el reino de lo provisorio, lo improvisado, la falta de seriedad para hacer cosas. Yrigoyen quiso crear ese sentido, y por eso dio a su lucha una densidad de causa con proyecciones que trascendían lo político, sentida con fe, con exigencia, y seguida con vocación de martirio. Cuando se empiece a pensar seriamente en reconstruir lo argentino, habrá que volver a llenar esos grandes vacíos de nuestro pueblo. Y entonces se sabrá hasta qué punto Yrigoyen supo conocer nuestra topografía espiritual, y recorrerla con ánimo reconstructor.

Ese conocimiento acabado deriva de su profunda esencia argentina. Con sus defectos, con sus errores, con sus pecados. Yrigoyen fue un producto genuinamente vernáculo; algo hondamente criollo, como un ombú, como un hornero. Tal vez sea por esto que lo sentimos tan nuestro, tan íntimamente apegado a todo lo que sentimos

como realmente argentino, y tal vez por esto exaltamos su recuerdo como una grande, una limpia expresión telúrica, hija del pueblo y el paisaje, nacida al calor de los hirvientes procesos que bullen en el trasfondo de la historia.

Su quehacer rebasó el mero intento de guarnecer lo vernáculo con avizoras defensas, para engrandecerse con su lucha por los fueros humanos sin tiempo ni fronteras. Porque la de Yrigoyen no es sino la gesta por los fueros del hombre. En momentos en que predominaba un sistema que lo subsumía bajo abstracciones hechas de palabras vacías, apareció Yrigoyen para defender su dignidad en todos los terrenos en que pudiera ser menoscabada. Sabía que el hombre «lleva impresa en su frente un rayo de la divinidad» y por eso trató de encumbrarlo, ingresándolo a la dirección de la cosa pública, resguardando su vida diaria con garantías de tipo social, otorgándole la posibilidad de dirigir su propio cultivo espiritual y, sobre todo, apuntándole constantemente la conciencia de su propio señorío.

El país, América, el mundo (sabía Yrigoyen), cobrarían un orden más justo, más sensato, lograrían realizarse en la medida de lo posible a través del desarrollo de valores que connoten libertad, fraternidad, justicia, salud, alegría: mas para esto ocurrir debía ser rescatado como bien primordial el hombre en su sencilla y plena integridad: el hombre común, el de carne y hueso, el hombre con minúscula, aquel que tú, lector, y que yo, autor, vemos y palpamos y convivimos día a día en el cotidiano acontecer. Éste fue el sentido de la gesta yrigoyeneana. Tal pudo ser, porque el empeño que asumió le fue dictado por el amor, que es lo único que puede encaminar el mundo hacia tiempos mejores. Amor, aun para derribar situaciones de iniquidad, porque el amor es militancia y afirmación, y es lo único fecundo y perdurable. ¡No dejemos que ésta, su gran lección, caiga en el olvido!

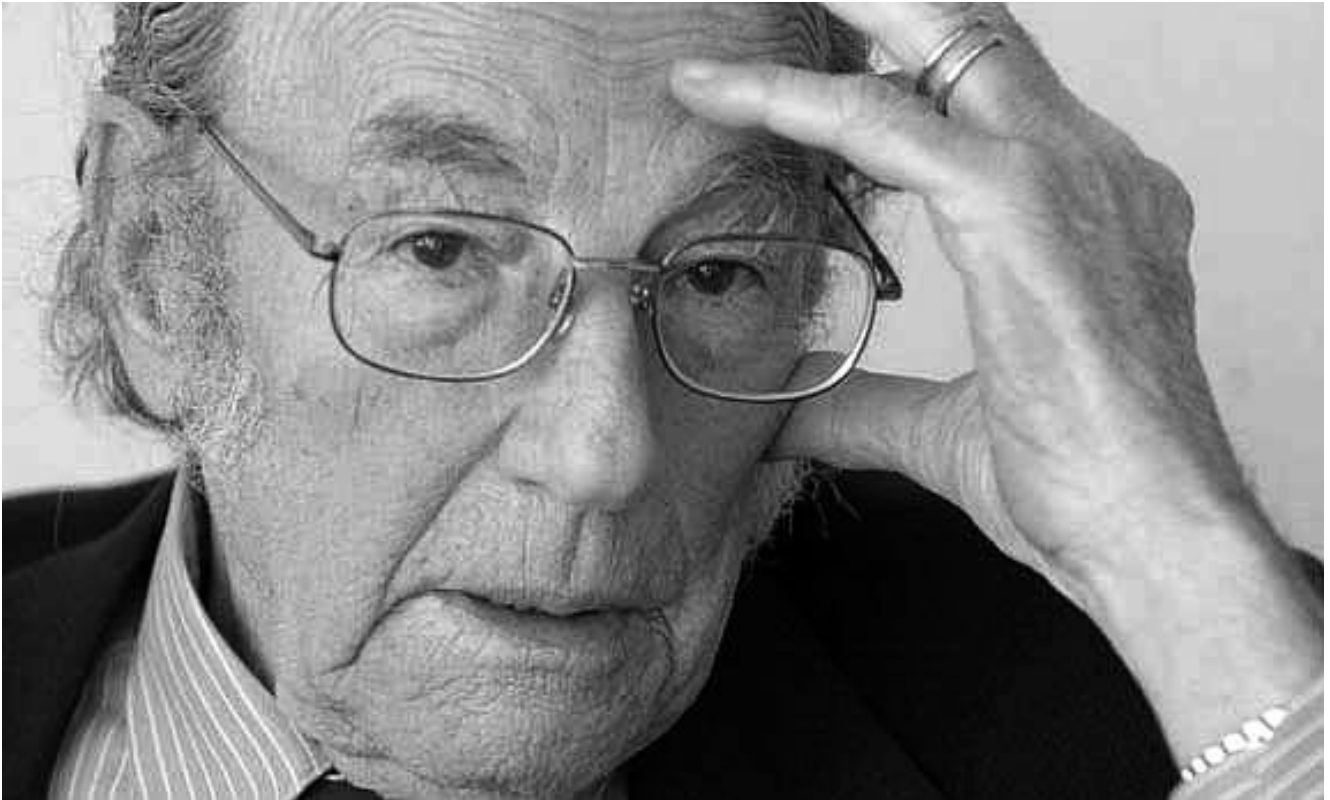
Hoy que la política, la filosofía, la literatura, están descubriendo de nuevo al hombre y se hace de él un valor supremo contra el Estado opresor en lo político, contra las creaciones explotadoras en lo económico, contra el adocenamiento del espíritu en lo cultural, la figura de Yrigoyen se nos aparece con contornos de iluminado, de gran adelantado a su tiempo, cuyo afán obsesivo por la reivindicación de las gentes apenas ahora entrevemos en su cabal grandeza. Solía decir Oscar Wilde que en toda época hay espíritus que formulan las grandes interrogaciones y otros que expresan las grandes respuestas: y que los personajes incomprensidos son quienes se adelantan a decir éstas antes de ser planteadas aquéllas. A nosotros toca, muchachos argentinos para quienes he escrito esta crónica, la misión de evitar que lo que hizo Yrigoyen permanezca incomprensido: que esa respuesta de afirmación humana que lanzó a través de su coloquio de cincuenta años cobre sentido para todos.

La cuestión es ésta: ¿podremos o no construir para la humanidad un modo de vivir que establezca el respeto del hombre dentro de los pueblos, y de los pueblos dentro del concierto universal...? En este rato del mundo en que prepondera la masa, la clase, la máquina, el número, expresiones inhumanas de una técnica sin alma y de una civilización víctima de sus propias creaciones, la cuestión es ésta: ¿podremos o

no crear un estado de cosas que permita a cada cual la realización libre de su pleno destino, ese destino cuyo rescate decoroso es lo único que puede justificar metafísicamente nuestro paso por el mundo?

Éstas son las preguntas que Yrigoyen se adelantó a responder. Su respuesta fue: Sí. Nos compromete y nos alienta. Porque es posible que las doctrinas que profesó en los distintos campos de la realidad sean superadas en el futuro por nuevas concepciones: y es posible también que su personalidad —rara, fascinante, personalidad difícil de Gran Iniciado— sea eclipsada por valores humanos cuya levadura tal vez esté fermentando en el misterio del histórico acontecer... Puede ser. Todo eso es contingente. Pero lo permanente, lo indestructible, aquello contra lo cual no han de prevalecer ni el tiempo ni el olvido ni las cosas nuevas que sobrevengan, es su alto ideal humano, su fe en el hombre, su respeto por el hombre. Eso y la sincera vocación con que supo consagrar su vida en aras de ideal tan levantado.

Por eso tiene Yrigoyen estado de permanencia argentina, y por eso está en vigencia indestructible su nombre y su recuerdo. Por eso está presente en nuestra esperanza y en nuestro entrevero, luminoso, fijo: tal, una estrella benigna mejorando la noche larga.



FÉLIX LUNA (Buenos Aires, Argentina 1925 - 2009). Fue un historiador cuya obra goza de una vasta repercusión. Libros como *Los caudillos*, *Yrigoyen*, *Alvear*, *Ortiz*, *El 45*, *Perón y su tiempo* y *Soy Roca*, entre otros, se han reeditado muchas veces y han alcanzado el nivel de lecturas imprescindibles. Sus ensayos *Buenos Aires y el país*, *Fuerzas hegemónicas y partidos políticos* y *Conversaciones con José Luis Romero* constituyen reflexiones estimulantes sobre la Argentina y su historia. Ha publicado, en siete tomos, la *Historia integral de la Argentina* y también una *Breve historia de los argentinos*. Junto a Natalio R. Botana es coautor de *Diálogos con la historia y la política*. Es, además, creador de obras musicales como «Misa criolla», «Mujeres Argentinas» o «Cantata Sudamericana», algunos de cuyos temas han recorrido el mundo. Fundó en 1967 y dirige la revista *Todo es Historia*, la más importante publicación de divulgación histórica de América Latina. Ha difundido la historia argentina a través de audiciones de radio, programas de TV, cursos, conferencias y colaboraciones en los principales diarios y revistas, además de las cátedras que ocupó en la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad de Belgrano. Ha sido secretario de Cultura de la Ciudad de Buenos Aires, aunque sus raíces familiares provienen de La Rioja. Era miembro de número de la Academia Nacional de Historia.

Notas

[1] La partida de bautismo de Hipólito Yrigoyen, registrada en el libro octavo partida 140 de la iglesia de La Piedad, reza: «En 19 de octubre de 1856, yo, el cura rector, bauticé solemnemente a Juan Hipólito del Sagrado Corazón de Jesús, que nació en 12 de julio de 1852. Es hijo de don Martín Yrigoyen, natural de Francia, y de doña Marcelina Alem, de esta ciudad. Fueron sus padrinos Juan Núñez y doña María Campero, a quienes advertí sus obligaciones. Doy fe. (firmado). Juan Páez».

Aunque del documento surgiría el 12 de julio como fecha de natalicio del caudillo, hay indicios que autorizan a presumir que éste ocurrió el 13 de julio. En efecto, en el empadronamiento de 1927, Yrigoyen manifestó haber nacido el 13 de julio (aunque rebajándose en cinco años su verdadera edad) y en esa fecha recibía habitualmente el saludo de parientes y amigos. Además, él mismo manifestó varias veces que había nacido el día de San Anacleto —que es precisamente el 13 de julio— y la tradición familiar es terminante en lo que respecta a esta fecha.

El error en la partida de bautismo, pues, debe ser atribuible a lo distante entre el nacimiento y el bautismo del prócer (más de cuatro años) que pudo hacer factible el «lapsus». <<

[2] Según uno de sus maestros del Colegio San José, Yrigoyen manifestó en algún momento de su adolescencia una vocación sacerdotal. Más tarde dejó de frecuentar los sacramentos, aunque nunca se consideró desvinculado de su fe religiosa. El 12 de octubre de 1916 —según la *Historia del Colegio San José* (Buenos Aires, 1963)— asistió a misa y comulgó a hora temprana en su viejo colegio antes de asumir la presidencia de la Nación. Como se relatara más adelante, en sus últimos años regresó a las prácticas religiosas, incluso a la comunión de los «primeros viernes», que tuvo intención de completar. <<

[3] En el juicio sucesorio de Yrigoyen su hija Elena formuló una breve reseña sobre la evolución del patrimonio del caudillo. Expresaba que sus bienes habían acrecido grandemente desde 1897, pero más tarde su consagración a la causa radical había disminuido el acervo. Ratificaba la deponente que en 1893 el caudillo vendió «El Trigo» —situado en Las Flores— en un millón de pesos a don Tomás Devoto y en medio millón el ganado que allí criaba. En 1905 vendió «La Toma», en San Luis, por un millón de pesos, y el campo de Córdoba en un cuarto de millón, al doctor José Heriberto Martínez. Aludía a diversos actos de desprendimiento de su padre, condonando deudas de familiares o haciéndose cargo de créditos en contra de parientes o amigos, pagando gastos de entierro y donando diversas sumas a correligionarios en el infortunio.

Es de notar que en la sucesión de Yrigoyen, iniciada el 17 de julio de 1933 por Elena Yrigoyen y que tramitara por ante el Juzgado Civil del doctor Martín Abelenda (secretaría del doctor Antonio Alsina), se denunciaron los siguientes bienes pertenecientes al caudillo: el campo «Colonia La Delia» situado en Villa Mercedes (San Luis), adquirido en 1903 y de una extensión de 3400 hectáreas; el campo «La Victoria» situado en el departamento Pedernera (San Luis), adquirido en 1904, de una extensión de 6300 hectáreas; el campo «Charlona» situado en el departamento Capital (San Luis), hipotecado, adquirido entre 1903 y 1907, de 16 000 hectáreas; y el campo tomado en arrendamiento «Los Médanos», de Norberto de la Riestra (provincia de Buenos Aires). Además, se denunciaban \$ 60 000 en bonos del Banco de la provincia de Buenos Aires, y depósitos en diversos bancos con un total de \$60 000. <<

[4] No obstante sus divergencias, Roca y Mitre no habían cortado nunca sus líneas. Siendo el primero Presidente, en 1885, había halagado sabiamente la vanidad de Mitre en oportunidad de un viaje que hizo éste a Chile, al indicar a los gobernadores que honraran y agasajaran al viajero a su paso hacia la república hermana. Más tarde, en las vísperas de la Revolución del Parque, el Congreso Nacional reintegró a Mitre al escalafón militar —del que estaba excluido desde la revolución del '74— con el voto unánime de los legisladores, casi todos adictos a Juárez o Roca. Es sabido, también, las concomitancias de Roca con los elementos mitristas —o, al menos, con el general Campos— durante el movimiento de julio, cuando ambos convinieron abortar la revolución para facilitar el posterior acceso de Mitre a la presidencia, por obra de un acuerdo entre todos los partidos.

No es, pues, de extrañar, que El Zorro abrigara esperanzas de llegar a un entendimiento con Mitre. La resistencia de no pocos cívicos a la candidatura del anciano general traducía un íntimo recelo de ser defraudados a última hora por un arreglo extrapopular entre ambos personajes. Así, no dejaron de ser sugestivos unos volantes anónimos que llovieron sobre los convencionales de Rosario al terminar la elección de los candidatos. En ellos leíase una fórmula que era una sangrienta ironía y a la vez, un certero augurio: «Mitre-Roca», decían. <<

[5] Inédito. Original facilitado gentilmente por Edelmiro Solari Yrigoyen. <<

[6] Sin embargo, es curioso y significativo que por esas fechas envíe la siguiente carta, cuyo original inédito obra en poder de la familia Solari Yrigoyen:

«Buenos Aires, mayo de 1896. Sor. Ángel Blanco.

Estimado amigo:

Con verdadero interés le pido su interposición y su influencia a fin de que don Cándido Elormendi obtenga en Bella Vista o en algún punto cercano un puesto de cierta importancia. Gran cosa sería si se pudiese nombrarle jefe político. Pienso que no *adivinará* los motivos de este pedido. Por ahora no puedo decirle más. Después le escribiré con más detalles. Haga todo empeño y contésteme pronto. Siempre affmo.

L. N. ALEM

Escribo en el mismo sentido al amigo Vigo». (Transcripción textual).

El tono de la carta, su destinatario y el personaje a quien se recomienda hace pensar que algo tramaba el viejo conspirador, a pesar de su cansancio. D. Cándido Elormendi, recordemos, era el famoso caudillo del Norte santafecino que en 1893 tomara Rafaela al frente de los indios sauceros; en cuanto al coronel Ángel Blanco, en ese momento actuaba dentro del Partido Liberal correntino adicto al doctor Juan Esteban Martínez, y era senador provincial, gozando de bastante influencia en el gobierno. <<

[7] La «ley de residencia» fue derogada durante la presidencia del doctor Arturo Frondizi. Recuérdese que el texto fue escrito antes de 1954. <<

[8] Hubo una honrosa excepción: la del diario *La Prensa*, que dio amplia cabida a la información sobre las reuniones del Comité Nacional, y el 29 de febrero publicó un editorial que señalaba el significado de la reorganización de la UCR. Decía, entre otras cosas: «Esa agrupación no tiene regalías que ofrecer a sus afiliados. No interviene en la aplicación de un centavo de la renta pública, lo que vale decir que no dispone del más modesto empleo. No tiene, ni pide, posiciones oficiales. Rehúsa, sistemáticamente, las evoluciones con la situación gobernante, que puedan abrirle vías de acceso a las ventajas gubernativas.

»A pesar de todo, existe. Éste es un hecho notorio. Vive de sus sentimientos, de sus pasiones, de sus ideales, que mantiene con un calor y con una fe que no guardan consonancia con el espíritu oportunista y utilitario en boga en estos tiempos, en las esferas en que se decide sobre el nacimiento y el destino de los gobiernos. Sus entusiasmos se imponen al observador sereno. Es un fenómeno revelador del alma nacional: es un hecho del espíritu argentino.

»El radicalismo no solamente subsiste y perdura, como lo acaba de revelar, con sus ilusiones frescas y con sus fervores del primer día; además de eso, posee un atributo notable, a saber: un poder moral y cívico de atracción y de asimilación de nuevos elementos. La juventud acredita espontáneas inclinaciones hacia él. Las generaciones que van surgiendo, le allegan contingentes continuados de innegable importancia. Es, por lo tanto, una comunión partidaria destinada a perdurar y a crecer. La simiente cívica del '90 está viva; el viejo tronco reverdece al calor del esfuerzo de sus viejos servidores».

Termina la importante publicación expresando sus plácemes por la reorganización radical, y aplaudiendo su estructuración popular e impersonal. <<

[9] Del artículo necrológico de Hipólito Yrigoyen, *La Nación*, 4 de julio de 1933, pág. 1 (¿Alberto Gerchunoff?). <<

[10] La huida de Roca provocó comentarios irónicos. Él aclaró, entonces, que se había trasladado a Santiago del Estero para no caer en manos de los insurgentes, pues consideraba que ello sería desdorado para su investidura de general de la Nación.

Una revista publicó con este motivo, la siguiente letrilla:

«Pero no pensemos mal.

El hombre huyó velozmente,

mas no como ex presidente,

sino como General...». <<

[11] Ramón J. Cárcano, *Mis primeros 80 años*, Buenos Aires. <<

[12] Mariano Bosch, *Historia del partido radical*, Buenos Aires, 1931. <<

[13] Gabriel del Mazo, *Historia y doctrina del Radicalismo*. <<

[14] Horacio B. Oyhanarte, *El Hombre* (8a. edición), pág. 357. <<

[15] Véase Roberto Etchepareborda, *Yrigoyen y el Congreso*, Raigal, Buenos Aires, 1952. <<

[16] Decía en 1931 el escritor no radical José Gabriel (*Bandera Celeste —La lucha social argentina—*, págs. 81 y ss.): «Una de las originalidades de Yrigoyen que más dieron que hablar en su primera presidencia fue la designación que hizo de hombres jóvenes para el desempeño de cargos públicos de consideración: el nombramiento de muchachos como Diego Luis Molinari y Albino Pugnalin para sendas subsecretarías ministeriales pareció una osadía; ¡si aquellos puestos los habían ocupado siempre hombres serios! Nadie recordó que el civil más significativo e influyente de la revolución de mayo había sido un muchacho: Mariano Moreno, frente al cual el militar y solemne Saavedra fue y será siempre un carcamán. Yrigoyen, ensoberbecido con su triunfo, ponía muchachos en el gobierno para burlarse de la nación».

Y prosigue más adelante: «... otra de las originalidades de Yrigoyen gobernante (fue) exaltar a todos los hombres que valían o que él creía que valían, sin preocuparse por su apellido; podían apellidarse con un DE patronímico como podían ser un Gambastorta cualquiera. Yrigoyen no hacía cuestión de genealogía personal; por no hacerla acogía igualmente a los de ascendencia notoria o patricia que representasen por sí mismos un valor; si abundaban los de extracción humilde entre los que escogía era porque los otros pertenecían al régimen. Esos apellidos españoles o italianos sin resonancia próspera que ostentaban los funcionarios del nuevo gobierno tomó para el titeo en *La Mañana* el escritor Gerchunof. Al lado, se ridiculizó la juventud de los aludidos».

Y luego agrega Gabriel, en aquel entonces de filiación trotskista: «Sí. Yrigoyen prescindió por entero de los apellidos entre sus colaboradores y otorgó preferencia a la juventud. Yo era un adolescente al asumir él por primera vez el poder público: educado en la conceptuosidad de la oligarquía, me asusté de aquellas designaciones de muchachos. Todos los que estábamos fuera de la órbita yrigoyenista (y éramos contando a la casi totalidad de sus correligionarios el 99% de la población del país) ignorábamos que el mundo se encaminaba aceleradamente hacia el gobierno de los muchachos. Yrigoyen, que tantos atisbos geniales ha tenido, lo presintió. ¿Quién le aleccionó en el asunto? He aquí uno de los recovecos de su compleja personalidad que tan fácilmente se presta al chiste del literato frívolo o del oligarca de mesa de juego en el club social, pero que tanto cuesta conocer. Nadie desde luego, en la Argentina, pudo incitarle a la preferencia por la juventud: todavía no ha aparecido otro Yrigoyen; y del extranjero sabía tan poco, que era nada o no mucho más: jamás viajó, nunca fue lector ávido, no llevaba relaciones asiduas con extraños. Es una de sus adivinaciones de hombre metido hasta los hombros en la vida: vio que el mundo pertenecía a los jóvenes y trató de ir poniéndolo en sus manos (sin dárselo de sopetón) en la comarca que le había tocado gobernar. Luego, cuando la juventud

universitaria en conflicto con sus maestros acudió a él, auspició hasta entregarle las universidades, que detentaban los fósiles; y en su segunda presidencia me consta que antes de enviar una intervención federal a provincias o de autorizar la constitución de un gobierno provincial partidario, exigía listas de abogados jóvenes, de técnicos jóvenes». <<

[17] Comenzó la Semana Trágica el 9 de enero de 1919. Los obreros de los Talleres Metalúrgicos Vasena (hoy Tamet) declararon la huelga, sitiaron la fábrica y se negaron a retirarse, adoptando una agresiva actitud que se exteriorizó contra la persona de don Elpidio González, entonces jefe de policía, a quien vejaron y cuyo coche incendiaron en circunstancias en que concurría a tomar una impresión «de visu» de los acontecimientos. Dos compañías del Arsenal de Guerra se atrincheraron en la fábrica, a pedido de los dueños, sitiados allí. En algún momento se produjo un tiroteo, resultando cuatro obreros muertos y más de treinta heridos. De inmediato, las dos centrales obreras declararon una huelga general de protesta que tuvo unánime apoyo en la Capital y suburbios. El entierro de las víctimas, realizado al día siguiente provocó una enorme tensión, pues se anunciaba con ese motivo una cabal insurrección, encabezada por los agitadores extremistas. Ese día y el siguiente, la ciudad vivió un clima de zozobra: las bandas organizadas de la «Liga Patriótica» del doctor Manuel Carlés incursionaban por los barrios ricos en población judía, efectuando pogroms y desmanes sin cuento, mientras los crumiros y esquirols de la «Asociación del Trabajo» del doctor Joaquín S. de Anchorena tomaban represalias contra los locales sindicales y sus dirigentes.

Ante la grave situación, Yrigoyen llamó al general Luis Dellepiane y le entregó prácticamente el mando de la ciudad. Bastó la presencia de este digno jefe para que a poco retornara la tranquilidad. Se calcularon las víctimas en 60 o 65 muertos civiles y 4 de las Fuerzas Armadas. Todo terminó el día 11, cuando la FORA decidió la vuelta al trabajo, ante la decisión gubernativa de liberar a los detenidos y ordenar la reapertura de los locales gremiales.

Los cronistas de izquierda han descargado sus andanadas contra Yrigoyen, a quien responsabilizaron de los desmanes cometidos con los obreros; aquellos vinculados a los sectores patronales también lo responsabilizaron por no haber actuado en su momento con más energía; por su parte, la policía atribuyó los disturbios a un plan maximalista de contornos revolucionarios. Un sentimiento que el autor no se atreve a calificar de honestidad intelectual —pero que desde luego lo es— le veda emitir un juicio absoluto sobre este episodio, desgraciado y absurdo en todo sentido.

En cuanto a lo acontecido en el territorio de Santa Cruz con motivo de los movimientos obreros de 1921-1922, debemos advertir que es algo más oscuro y más trágico. De las contadísimas referencias documentales y orales que hemos podido obtener, se puede afirmar que todo ocurrió de la siguiente guisa: en el verano de 1920 a 1921 los obreros rurales de Santa Cruz exigieron ciertas mínimas mejoras en sus condiciones de trabajo. Perfectamente organizado, el movimiento logró paralizar la cosecha de lana y ocupó algunas estancias sin que se produjeran violencias. El

entonces juez de Río Gallegos, doctor Ismael P. Viñas, redactó un laudo que fue rechazado por la patronal, agrupada en la Sociedad Rural de Santa Cruz. Ante la prolongación de la huelga, el teniente coronel Héctor Varela, militar honesto y valiente pero de cortos alcances, parlamentó con los obreros y consiguió que se llegara a un acuerdo.

Todo volvió a la normalidad, pero a fines de 1921, ocurrió que el precio de la lana bajó verticalmente, y las empresas se encontraron con un gran *stock* almacenado y la próxima esquila casi encima. Para evitarla, provocaron ellas mismas un alzamiento obrero, haciendo detener a algunos dirigentes sindicales y enviando agentes que consiguieron levantar nuevamente en armas a los trabajadores previa formación de sus «guardias blancas». Los obreros organizaron un verdadero ejército y ocuparon varias estancias con la misma moderación que en la anterior oportunidad: se hacían firmar recibos por las reses que consumían y por los productos de almacén que tomaban. Un establecimiento incendiado se supo más tarde que lo había sido por su dueño —un inglés Paterson— para cobrar un jugoso seguro... Muchos pequeños propietarios se adhirieron a la huelga por considerarla justa. Pero, agitando el fantasma de la insurrección social, las empresas obtuvieron —ignórase por qué medios, pues no ha podido encontrarse la orden ministerial correspondiente— que se enviara al teniente coronel Varela al frente de dos regimientos de caballería para reprimir la huelga. Este militar, enconado contra los obreros —que a su criterio habían abusado de su buena fe—, puso el territorio de Santa Cruz en pie de guerra; dictó una resolución en cuya virtud cualquier persona a quien se pillase con armas encima sería fusilada sin formalidad alguna y empezó a dirigir la represión más brutal que pueda imaginarse. Cientos de obreros fueron detenidos, apaleados y reclusos en dantescos depósitos sin la menor forma de proceso. De ellos se escogía a quienes señalaban los representantes de las empresas y se los llevaba al campo para fusilarlos. A algunos se les hacía cavar su propia fosa y luego se incineraban los cadáveres. En el Cerrito, en el Cañadón de la Yegua Quemada —hoy Cañadón de los Muertos— y en otros puntos fueron exhumados, más tarde, cientos de cadáveres.

Las empresas, que dirigieron todo, aprovecharon para liquidar de esta suerte a peones y pequeños propietarios a quienes debían dinero o cuyos campos ambicionaban. Además, abultaban los recibos firmados por los obreros para hacerse pagar por la Nación los supuestos daños causados por la huelga. Fue, en todo sentido, un episodio digno de la conquista y «pacificación» de la Patagonia realizadas por las grandes empresas explotadoras a fuerza de Remington y látigo, y que dio a este pedazo de tierra argentina el triste remoquete de «Patagonia trágica».

Todo tuvo un desenlace fantástico, tan sombrío como el episodio en sí. Dos años después de los sucesos, el teniente coronel Varela fue muerto por el hermano de uno de los fusilados en el Cañadón de la Yegua Quemada, que declaró haberlo hecho para vengar a sus compañeros asesinados. Estando bajo proceso el centinela de vista que

le adjudicaron una noche lo despierta, le encañona el máuser por la mirilla del calabozo y lo mata a sangre fría; resultó ser un enfermo mental que, siendo policía, había sufrido heridas en uno de los encuentros sostenidos en Santa Cruz contra los huelguistas. El matador del matador del teniente coronel Varela fue recluido en un manicomio, y allí, a su vez, fue muerto por un antiguo huelguista patagónico que se hizo pasar por demente para ser internado en el instituto y llevar hasta allí la roja cadena de revanchas...

Yrigoyen nunca supo con certeza lo que pasó en Santa Cruz. El teniente coronel Varela había sido revolucionario en 1905 con Lencinas, y un antecedente así era definitivo para el concepto que de los hombres solía formarse el caudillo. El doctor Viñas lo entrevista para relatarle los horrores cometidos y pedirle que se procesara a los responsables. Yrigoyen no quiso hacerlo: dijo que una medida semejante acarrearía el desprestigio de las Fuerzas Armadas, y que la fe del pueblo en las instituciones debía salvarse aun a costa de la impunidad de algunos culpables. Allí Yrigoyen con su decisión. Sería injusto pensar que no castigó a los responsables porque le fueron indiferentes los desmanes cometidos: muchas veces demostró el valor supremo que asignaba a la vida humana. Tal vez pensó que un antiguo revolucionario no podía haber cometido tales hechos, por lo menos en tan grave medida como se decía. Quizá, que los sucesos eran ya irreparables y que un proceso desdorado para la institución militar no remediaría nada, y más bien aparejaría nuevos males. No lo sabemos ni intentamos justificar nada: ésta no es una apología de Hipólito Yrigoyen sino una honrada exposición de hechos. Lo único cierto es que él no autorizó las barbaridades que se perpetraron pero tampoco hizo nada para castigar a los culpables. A veces los hombres de gobierno se topan frente a disyuntivas tremendas, donde cada término excluyente resulta respetable y aun imprescindible. No lo sabemos.

Alguna vez dijo Saint-Just: «Nadie puede gobernar sin culpas...». <<

[18] «Yrigoyen y la guerra submarina», en *Pueblo y gobierno*, t. IV, volumen II. <<

[19] Este mensaje contenía un hábil juego de palabras, y estaba enderezado, sin decirlo, al doctor Alvear. «Hay que ser radical...», expresaba, pudiéndose interpretar este concepto en el sentido de que el gobierno instaba a adoptar la posición extrema irreductible, absoluta, en fin, «radical». Pero en realidad, eso de «hay que ser radical» tenía un sentido político y no podía estar dirigido a Pueyrredón —que había sido mitrista toda su vida— ni a Pérez —que era un funcionario diplomático sin antecedentes políticos— sino a Alvear, para recordarle su lucha y su ideario, fortificando su desmayada fe en los principios que desde Buenos Aires, sustentaba, con una perspectiva limpia de ofuscaciones de tiempo y lugar, su viejo compañero de partido. Aunque estuviera dirigido a Pueyrredón, el telegrama tenía un solo destinatario y un inequívoco objeto... <<

[20] *Herbert Hoover's Latin-American Policy*, by Alexander DeConde, Stanford University Press, Stanford, California, 1951, pág. 20. <<

[21] Durante la presidencia del doctor Arturo Frondizi se sancionó una ley que nacionalizó todos los hidrocarburos. <<

[22] Gabriel del Mazo, *Historia y doctrina del Radicalismo*. Buenos Aires, 1951, pág. 169. <<

[23] Daniel Antokoletz, *Páginas Vivas*, Buenos Aires, 1945, pág. 108. <<

[24] Al fallecer en julio de ese año el candidato electo, doctor Francisco Beiró, el Colegio Electoral había designado en su reemplazo al gobernador de Córdoba, doctor Enrique Martínez. <<

[25] Transcribimos dos testimonios de antiguos revolucionarios de 1930: «Nosotros sobrellevamos el peso de un error tremendo. Nosotros contribuimos a reabrir, en 1930, en el país, la era de los cuartelazos victoriosos... El año 1930, para salvar al país del desorden y del desgobierno, no necesitamos sacar las tropas de los cuarteles y enseñar al ejército el peligroso camino de los golpes de Estado. Pudimos, dentro de la ley, resolver la crisis. No lo hicimos, apartándonos de las grandes enseñanzas de los próceres conservadores, por precipitación, por incontinencia partidaria, por olvido de las lecciones de la experiencia histórica, por sensualidad de poder. Y ahora está sufriendo el país las consecuencias de aquel precedente funesto.» (JOSÉ AGUIRRE CÁMARA, en una reunión del Comité Nacional del Partido Demócrata Nacional el 31 de julio de 1946).

«Yo recuerdo que el presidente Yrigoyen fue el primer presidente argentino que defendió al pueblo, el primero que enfrentó a las fuerzas extranjeras y nacionales de la oligarquía para defender a su pueblo. Y lo he visto caer ignominiosamente por la calumnia y los rumores. Yo en esa época, era un joven y estaba contra Yrigoyen, porque hasta mí habían llegado los rumores, porque no había nadie que los desmintiera y dijera la verdad». (JUAN DOMINGO PERÓN, discurso del 9 de abril de 1963. El entonces capitán Perón actuó el 6 de setiembre como oficial de enlace entre la columna revolucionaria de Uriburu y la Escuela Superior de Guerra). <<

[26] Juan Bautista Ramos, íd. <<